Elsa Castañeda Bernal

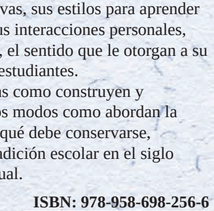
Estudios básicos en economía, psicología y pedagogía; maestría en investigación social. Ha desarrollado investigaciones en diversos campos de la educación, la salud y los impactos del conflicto armado en la primera infancia, la infancia y la adolescencia. Consultora internacional del IIPE—UNESCO Buenos Aires, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial para el África. Consultora nacional del Ministerio de Educación, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar —ICBF—, el Ministerio de Cultura, la Secretaría Distrital de Integración Social de Bogotá, CERLAC, organizaciones y fundaciones relacionadas con la infancia, la educación y la cultura. Dirigió el Instituto Iberoamericano de Primera Infancia y Derechos de la Niñez de la OEI (2007—2012). Docente universitaria en programas de formación avanzada en investigación, psicología social y comunitaria, primera infancia e infancia. Ha publicado estudios sobre análisis de política educativa, cultura escolar, culturas juveniles, primera infancia. Actualmente realiza proyectos de investigación, desarrollo social y cultural para la construcción y ejercicio de las ciudadanías infantiles que vinculan el arte, la participación, la diversidad y la movilización social.

Las historias de vida de maestros de diferentes regiones, culturas y contextos sociales colombianos que se presentan en los cuatro volúmenes, pueden ser examinadas desde múltiples ángulos. Asumen la complejidad que conlleva la narración de sus propias biografías y, con mayor razón, el delicado papel que juegan los docentes como bisagra entre generaciones.

Se destacan cinco aspectos de una posible lectura: En primer lugar, documenta históricamente la escuela colombiana de la segunda mitad del siglo XX, las expresiones de profesores y alumnos en la cotidianeidad educativa, la coexistencia de disímiles prácticas pedagógicas. En segundo lugar, descifra el esfuerzo por devolver al profesorado la voz sobre sus asuntos gremiales y académicos, pero fundamentalmente, la naturaleza del conocimiento escolar, el surgimiento de su vocación, la configuración de la carrera magisterial, sus fracasos y aciertos. En tercer lugar, ayuda a comprender las dificultades del ejercicio profesional, las alternativas pedagógicas para enfrentar la violencia social y política, la diversidad, las relaciones interculturales y generacionales de tanta trascendencia en el mundo contemporáneo. En cuarto lugar, permite observar las heterogéneas maneras como los docentes cimientan concepciones y prácticas de ciudadanía enmarcadas en contextos interculturales. Y finalmente, en quinto lugar, los textos registran el devenir de los maestros en resguardos indígenas, ríos de la selva pacífica, caseríos y poblados de la Costa Atlántica, barrios del norte de Bogotá; sus trayectorias educativas, sus estilos para aprender y para participar en cuestiones cívicas y políticas, sus interacciones personales, sociales y culturales, sus desesperanzas y conflictos, el sentido que le otorgan a su profesión y que indefectiblemente transfieren a sus estudiantes.

La vida de los maestros de la modernidad, las formas como construyen y transmiten los saberes y conocimientos escolares, los modos como abordan la formación ciudadana, son primordiales para definir qué debe conservarse, transformarse o definitivamente descartarse de la tradición escolar en el siglo XXI, caracterizado por la globalización y la era virtual.

ISBN: 978-958-698-256-6



9 789586 982566

Convenio Andrés Bello

50 años Universidad de Ibagué. Comprometidos con el desarrollo regional

Universidad Externado de Colombia

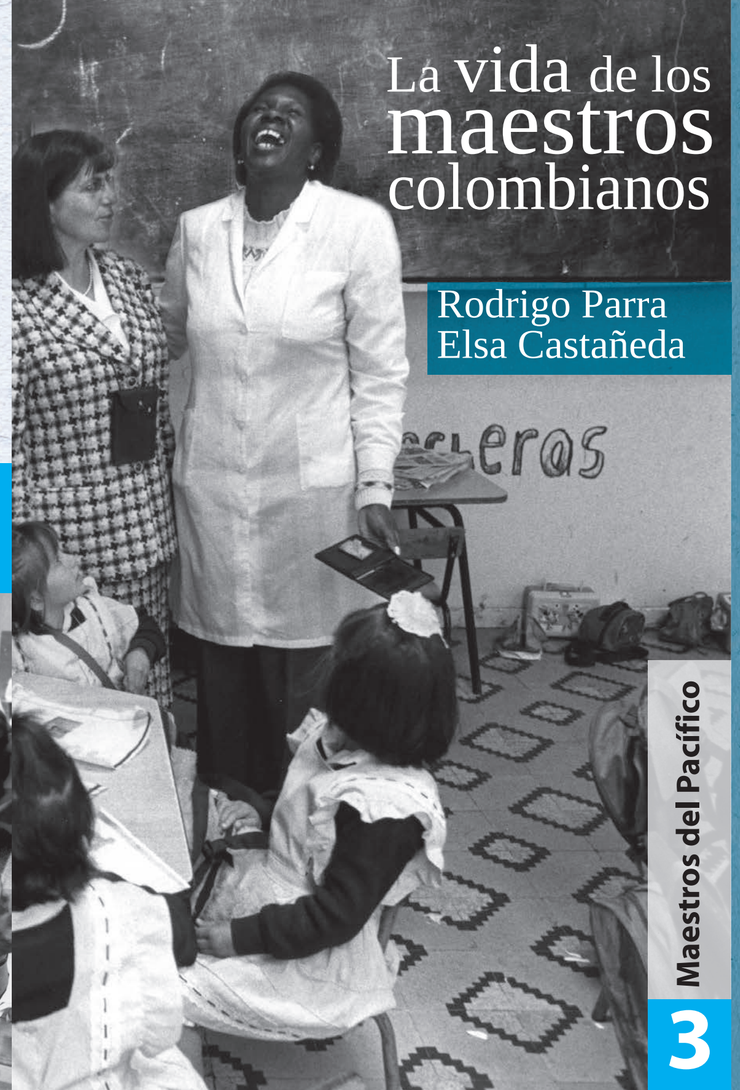
Fundación Antonio Restrepo Barco. Tejemos el mañana

Colciencias

La vida de los maestros colombianos

Rodrigo Parra
Elsa Castañeda

3



La vida de los maestros colombianos

Rodrigo Parra
Elsa Castañeda

Maestros del Pacífico

3

Rodrigo Parra Sandoval

Estudió sociología en la Universidad Nacional de Colombia y obtuvo los títulos de Master of Science y Ph.D. en sociología en la Universidad de Wisconsin, USA. Ha sido investigador en el Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, de la Universidad de los Andes y actualmente trabaja en la Universidad Externado de Colombia. Ha trabajado en el Departamento Nacional de Planeación, el Ministerio de Educación Nacional, la Fundación Restrepo Barco, la Fundación FES y en UNESCO, Buenos Aires. Ha sido consultor del Banco Mundial, UNESCO y CEPAL. Durante quince años fue investigador independiente y llevó a cabo estudios sociológicos de instituciones escolares, desde preescolares hasta posgrados universitarios, en las diferentes regiones, en áreas rurales y urbanas, de Colombia. El objetivo era sentar las bases para el estudio de la escuela como institución social en Colombia. Estas investigaciones fueron reunidas en Escuela y Modernidad en Colombia, cuatro tomos (Alumnos y maestros, La escuela rural, La escuela urbana y La universidad), publicación auspiciada por la Fundación FES, la Fundación Restrepo Barco y COLCIENCIAS. Además dirigió y publicó, con otros, el Proyecto Génesis: Innovación escolar y cambio social, dos volúmenes (Fundación FES y COLCIENCIAS). Actualmente es co-director del proyecto Escuela y Ciudadanía en la sociedad del Conocimiento (Universidad Externado, Convenio Andrés Bello y Universidad de Ibagué). Ha publicado también doce novelas. Sus investigaciones educativas han merecido el Premio Interamericano de Educación Andrés Bello de la OEA, Washington y dos menciones de honor de la Fundación Eduardo Ángel Escobar. Sus novelas han recibido el premio nacional de novela, mención de honor, tanto para libro de cuento como para novela. del Premio Casa de las Américas, Cuba.

La vida de los maestros colombianos

Interculturalidad y ciudadanía en la escuela

Parra Sandoval, Rodrigo

La vida de los maestros colombianos: interculturalidad y ciudadanía en la escuela/ Rodrigo Parra Sandoval y Elsa Castañeda Bernal. -- Bogotá: Convenio Andrés Bello; Universidad de Ibagué; Universidad Externado de Colombia, 2014.

4 volúmenes: ilustraciones, fotos; 24 cm.

Incluye bibliografía.

Contenido: v.1. Maestros de Bogotá -- v.2. Maestros del Caribe -- v.3. Maestros del Pacífico -- v.4. Maestros indígenas.

ISBN: 9789586982535 (Obra completa)
9789586982542 (volumen 1)
9789586982559 (volumen 2)
9789586982566 (volumen 3)
9789586982573 (volumen 4)

1. Maestros -- Colombia 2. Educación -- Investigaciones -- Colombia 3. Educación intercultural -- Colombia 4. Educación indígena -- Historia -- Colombia 5. Investigación etnográfica -- Colombia 6. Educación y sociedad -- Colombia 7. Educación -- Historia -- Colombia I. Castañeda Bernal, Elsa **II.** Universidad Externado de Colombia. I**II.** Universidad de Ibagué **IV.** Título

370.9 SCDD 21

Catalogación en la fuente -- Universidad Externado de Colombia. Biblioteca

©Rodrigo Parra Sandoval y Elsa Castañeda Bernal
©Convenio Andrés Bello, Universidad de Ibagué y Universidad Externado de Colombia

Diseño y diagramación páginas internas
2014, Convenio Andrés Bello
Calle 93 B # 17-49, Bogotá
Teléfono: (57) (1) 644 92 92
secretariaejecutiva@convenioandresbello.org
www.convenioandresbello.org
Diseñador: Héctor Suárez Castro

Diseño y diagramación de cubiertas
2014, Universidad Externado de Colombia
Calle 12 Nro. 1 -17 Este, Bogotá
Teléfono: (57) (1) 342 02 88
Oficina de publicaciones
publicaciones@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co
Diseñadora: Marcela Vega Vargas

Impresión
2014, Universidad de Ibagué
Carrera 22, Calle 67 Barrio Ambalá
Teléfono: (57) (8) 270 94 00
Ibagué, Tolima, Colombia
Ediciones Unibagué
www.ediciones.unibague.edu.co
León Gráficas Ltda. PBX. (57) (8) 263 00 88 Ibagué

La vida de los maestros colombianos

Interculturalidad y ciudadanía en la escuela

Tomo III. Maestros del Pacífico

Rodrigo Parra Sandoval
Elsa Castañeda Bernal

Fotografías: Carlos Mario Lema
Juan Camilo Segura

Premio Nacional de Ciencias Sociales
Mención de Honor
Fundación Alejandro Ángel Escobar

Premio Interamericano de Educación
Organización de los Estados Americanos, Washington

Fundación Antonio Restrepo Barco
Carrera 7 Nro. 73-55 Piso 12
Teléfono: (57) (1) 312 15 11
Bogotá, Colombia
www.fundacionrestrepobarco.org.co

Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación, Colciencias
Carrera 7b Bis Nro. 132-28
Teléfono: (57) (1) 625 84 80
Bogotá, Colombia
www.colciencias.gov.co

Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello
Calle 93B No. 17 – 49 Of. 402
Teléfono: (57) (1) 644 92 92
Bogotá, Colombia
www.convenioandresbello.org

Universidad Externado de Colombia
Calle 12 Nro. 1 -17 Este
Teléfono: (57) (1) 342 02 88
Bogotá, Colombia
www.uexternado.edu.co

Universidad de Ibagué
Carrera 22 Calle 67 Barrio Ambalá
Teléfono: (57) (8) 270 94 44
Ibagué, Tolima, Colombia
www.unibague.edu.co

Dirección de la investigación

Rodrigo Parra Sandoval
Elsa Castañeda Bernal

Investigadoras

Elsa Castañeda Bernal
Patricia Calonje

Asesor internacional

Juan Carlos Tedesco

Fotografías

Carlos Mario Lema
Juan Camilo Segura

Asesoras institucionales Fundación Antonio Restrepo Barco

Ángela María Robledo
Tatiana Romero

Coordinación editorial – Convenio Andrés Bello

Mónica Lozano

Edición

Zabrina Welter

Corrección de estilo

Felipe Rocha
Zabrina Welter

C o n t e n i d o

Tomo III. Maestros del Pacífico

Agradecimientos 9

Presentación 12

i. Maestros de la generación adulta 17

Educarse a sí mismo requiere sacrificio 19
María Elvia Mina

Aconteceres en la vida de una maestra de escuela 47
Teresita de Jesús Cabezas Valois

Vida, historia y realidad de un maestro 73
Juan María Congo

Sé que no soy lo que a los demás les gustaría que yo fuera 95
Nidia Rojas

Añoranzas 111
María Elfa Mérici Carabalí de Peña

ii. Maestros de la generación intermedia 203

El trabajo ideal 205
Martha Cecilia García Rayo

Caminando con Dios 219
Elizabeth Calero Cardozo

Tras las huellas de una vida 249
Aleyda Meneses Muñoz

La educación y la construcción de su destino social 303
Adriana Castañeda Arango

La casa de la mata de plátano 347
Sonia Viveros

Mi vida de maestra: una entrega 361
Olga Lucía Angulo

Vida de un etnoeducador comprometido 391
Jesús Siccard Yurgaky

Autobiografía 419
Carmen Elodia Cuero Vidal

Sueños y verdades 447
Carmen Agudelo

iii. Maestros de la generación joven 495

Sueños y realidades de una maestra negra 497
Francy Amú Molina

La vida me permitió cimentar un sueño 521
Teófila Ortiz Mosquera

Contenido de la serie 589

Agradecimientos

En esta ardua tarea confluyeron múltiples instituciones y personas, pero fundamentalmente los maestros y maestras que se atrevieron a escribir o contar sus historias al equipo de investigadores. En consecuencia, los primeros y más grandes agradecimientos son para ellos que nos contaron su vida con generosidad.

A la Fundación Antonio Restrepo Barco que apoyó financiera y administrativamente la investigación y en especial a Ángela María Robledo y Tatiana Romero por sus valiosos aportes y acompañamiento. A Colciencias y la Secretaría de Educación del Distrito por sus aportes financieros al proyecto.

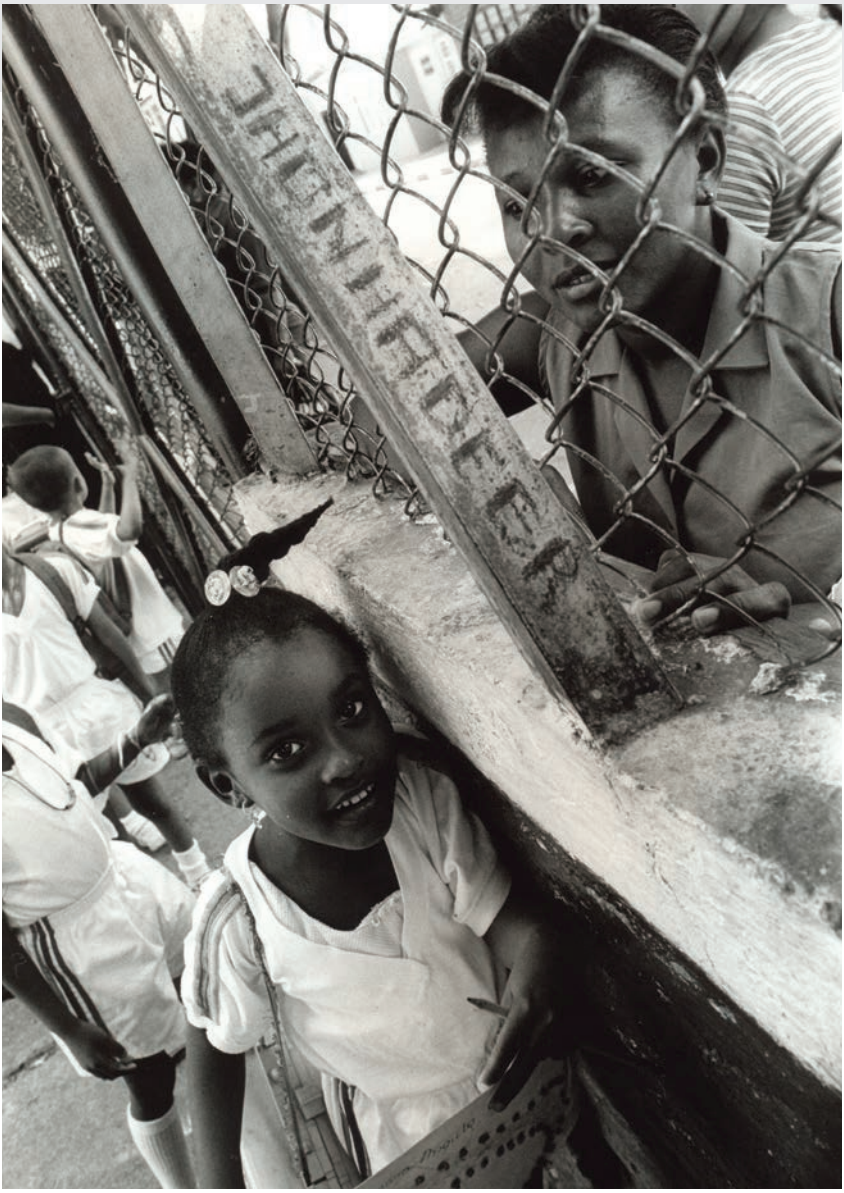
Al Convenio Andrés Bello por el apoyo y gestión en el proceso de publicación de los resultados, particularmente a Mónica López, Secretaria Ejecutiva de la Organización, a Mónica Lozano gestora y editora del proyecto y a Zabrina Welter por su cuidadosa preparación de los textos. Igualmente a la Universidad Externado de Colombia y a la Universidad de Ibagué por su participación en la preparación de las cubiertas e impresión de los libros.

Finalmente agradecemos al fotógrafo, Carlos Mario Lema, quien construyó la memoria visual del proyecto. Si bien las fotografías y las historias de vida no tienen una correspondencia, son historias paralelas que en ocasiones se entrecruzan.

Tomo III

Maestros del Pacífico

Presentación



Las biografías que se presentan a continuación fueron escritas por doce maestros afrocolombianos y cuatro maestros blancos. El grupo lo componen catorce mujeres y dos hombres, cuyo trabajo se realiza o se ha realizado en comunidades predominantemente afrocolombianas. De los 16 maestros, dos hacen parte de la generación joven, cinco de la generación adulta y nueve de la generación intermedia.

La construcción de estos relatos biográficos: catorce autobiografías y dos historias de vida, se produjo a través de un proceso de seguimiento y asesoría tanto colectivo, como individual. A través del proceso enmarcado en los parámetros procedimentales establecidos por la investigación, este grupo de maestros participó en la construcción de sus propias biografías, a partir de una especie de exhumación colectiva de la memoria individual. Al comienzo, estaba solo el recuerdo de lo obvio y de lo inmediato, por lo que fue necesario crear las condiciones para que afloraran los hechos más significativos, muchas veces ocultos por el dolor de algunas experiencias o por una renuencia pudorosa a compartirlos. El carácter progresivo de estas biografías es una consecuencia de la permanente puesta en común con sus pares de los avances de la escritura y al consecuente retorno modificatorio sobre los materiales hasta ese momento elaborados. El contexto metodológico fijado y la confrontación de las escrituras fueron encauzando la progresión de los textos y nutriéndolos con los caudales de la memoria común.

Los textos fueron escritos en condiciones propicias para la sinceridad. Encantados por el hecho de que por primera vez se les ofrecía la posibilidad de escribir su propia vida, con el aliciente de que toda rememoración implica una reflexión, este grupo de maestros reflejó

con entusiasmo en sus biografías una memoria transparente. No hay en ellas pose alguna sino, más bien, una narración que evoca el pasado, que narra el presente y que en algunos casos, vislumbra el porvenir, y reflexiona sobre ellos sin trampas, sin segundas intenciones, sin la búsqueda de efectos impresionantes. Su escritura fluye casi con naturalidad y, en todo caso, con una satisfacción de fondo. Poder escribirse por primera vez, equivalía un poco a verse ellos mismos en el espejo de su escritura, a hacer conciencia sobre aspectos nunca antes reflexionados.

Todas las biografías ponen de presente el origen social y cultural de los maestros. Las condiciones de vida materiales, afectivas y espirituales en las cuales adelantaron su escolaridad y los estudios para titularse como maestros son fundamentalmente dramáticas. Para alcanzar su condición de docentes titulados, estos maestros han debido sobreponerse a limitaciones muy grandes. Para la totalidad del grupo, que tiene un título de licenciado, el camino de la formación ha estado lleno de obstáculos y pleno de problemas que superar. Relaciones familiares a menudo difíciles —aunque en ciertos casos plenas de afecto y enriquecedoras por el apoyo incondicional de la familia que en el caso de los maestros afrocolombianos es extensa—, precariedad alimenticia y habitacional, inexistencia de recursos económicos para procurarse los materiales de estudio y carencia de estímulos intelectuales son una parte notable de las restricciones predominantes que han debido enfrentar. El esfuerzo sostenido para lograr unas metas ha sido realmente enorme.

Muchos de estos maestros creen que han llegado a serlo, porque existía para ellos una predestinación, una vocación o un gusto que de manera prematura y premonitoria, ya se manifestaba desde edades tempranas pues desde niños, en sus juegos, comenzaba a gestarse una disposición hacia la enseñanza. En esos juegos de infancia se dibuja el germen de su futuro. Para algunos maestros, los pasos dados para alcanzar la meta de llegar a enseñar solo facilitaban el alcance de lo que estaba inscrito en las líneas de sus vidas. Otros, han terminado por ser maestros porque, sin gustarles en un comienzo, los procesos de sus vidas, que sienten no haber controlado, los han llevado hacia ese territorio; no obstante, asentados ya en el desempeño de su profesión,

encuentran placentero y digno su ejercicio. Ninguno repudia su oficio. Al contrario, el es fuente de ufanía.

La escuela es para ellos un complejo nudo de aspectos. De una parte, es el lugar donde se cumple con, en lo que a su entender, es una de las labores sociales más nobles, que es la de la formación de los niños. Hay en los maestros una especie de magnificación de su trabajo. De allí se deriva una actitud de orgullo, de complacencia y de justificación vital. Ser maestros los legitima socialmente y les da un sentido profundo a sus vidas. Sin embargo, paradójicamente coexiste con este sentimiento la idea según la cual la sociedad no valora debidamente la profesión de maestro. Entre esos dos sentimientos se reparte su corazón. De otra parte, la escuela es el lugar de su realización personal, el espacio en el cual logran ser lo que siempre quisieron ser y lo que sus seres más queridos siempre quisieron que fuesen. Muy pocos ven la escuela como una plataforma hacia otros ámbitos; ella es llegada, punto final de una trayectoria vital. En tercer término, la escuela es también el lugar en el cual se construyen los tejidos más fuertes de las relaciones sociales no familiares: en ella se establecen las amistades más intensas y duraderas y, al mismo tiempo, se cultivan las rivalidades más tenaces y corrosivas.

La escuela es también un lugar de anclaje social. Hijos en su mayoría de migrantes interiores, desplazados ellos mismos por urgencias formativas o económicas a través de varias ciudades del país o del departamento del Valle del Cauca, la escuela crea un nexo de afecto y de trabajo tan fuerte entre ellos, como maestros y la ciudad donde ella se encuentra y que de alguna manera lo ata irremediablemente a ésta. Sin proponérselo, el maestro une indisolublemente su vida con el lugar de su trabajo por intermedio de la escuela, la que muchas veces por un azar le fue asignada.

Si una gota de agua habla de todas las gotas de agua, estos relatos biográficos nos hablan, en muchos aspectos, de las condiciones de vida, de trabajo, de los sueños, de las frustraciones, de los problemas y conflictos, de las relaciones con el quehacer pedagógico que tienen hoy los maestros colombianos. Ellas reflejan las durísimas circunstancias familiares y sociales en las que se forman, el imaginario que los alimenta, la complejidad de sus afectos y deseos, el drama de la inserción laboral, su relación con lo pedagógico; recrean sus gustos, la

noción de sus vínculos de familia, el valor de lo consanguíneo, la dimensión de la importancia de las jerarquías en las estructuras familiares y laborales, sus valores estéticos puestos a prueba en la apreciación de los espacios donde trabajan y donde viven y en los espacios que les rodean, las limitaciones de recursos para el ejercicio digno de su oficio, los insoportables prejuicios con los que les hostigan en algunas circunstancias de sus vidas por el hecho de ser afrocolombianos.

Pero estos relatos biográficos son también el reflejo de un acendrado sentimiento de esperanza. Presente en todas las líneas de estos textos, este sentimiento, por su carácter portentoso, anula el agobio que genera el inventario de las enormes dificultades que han debido soportar los maestros para llegar a serlo y las que deben afrontar día a día para seguir siéndolo. Ser maestro en Colombia, podrá significar para algunos docentes vivir de acuerdo a la rutina, pero para quienes han escrito estos relatos biográficos es sinónimo de esperanza, de la posibilidad de soñar con un horizonte distinto para la escuela.

Maestros de la generación adulta

Educarse a sí mismo requiere sacrificio

María Elvia Mina

El comienzo

Ensimismada en mis propios pensamientos me siento como en aquellas épocas de niña y de adolescente, cuando mi mamá, supongo que después de haberme observado detenidamente, me preguntaba: "¿Qué tenés?" o "¿Qué te pasa?", me parece escucharla en estos momentos, después de once años de su ausencia y quisiera haberla tenido aquí a mi lado, observándome para preguntarle ¿por qué?, y no como en aquel entonces, cuando solo me limitaba a responderle: "Nada" y le respondía: "¡Nada!", porque su voz me hacía volver a la realidad y en verdad sentía que nada me pasaba, pero si eso mismo me ocurriera hoy, pediría a mi mamá una descripción de cómo me reía y qué pensaba ella de mí, cuando me preguntaba: "¿Qué tenés?" y "¿Qué te pasa?".

En aquel entonces, seguramente con un pensamiento infantil, soñaba con un mundo de fantasía, ¡fantasía de niña!, que ahora no logro recordar, de adolescente, seguramente haciéndome ilusiones y pensando en un futuro mejor.

Ahora, en este momento, cuando me parece haber escuchado la voz de mi mamá, pensaba precisamente cómo iniciar mi autobiografía. Es ahora cuando la añoro, como siempre, desde que murió y para preguntarle tantas cosas, que cuando la tuve a mi lado no le pregunté. Y es que a pesar de tantos pensamientos fantasiosos, jamás se me había ocurrido la idea de escribir sobre mi propia vida, ni sobre mi trabajo, ni sobre mi profesión. Ni siquiera al escuchar a mi amiga Fidela, quien es

para mí como si fuera mi hermana, desde que nos conocimos cuando cursábamos tercero de primaria y con quien he tenido una bonita amistad y digo bonita, por la sinceridad que en ella se conservó como lema permanente. Compartimos momentos de alegría y de tristeza, los éxitos logrados, los momentos de frustración, nos decimos lo bueno, lo malo de cada una, nos hacemos notar nuestros errores sin disgustarnos, sino para corregirlos, porque la amistad sincera debe ser así, para ayudarnos mutuamente a mejorar como personas. A pesar de que nos identificamos con muchas cosas, existen grandes diferencias, como estas: ella no se crió al lado de su mamá, yo sí; ella tuvo mejores posibilidades económicas para estudiar y solo terminó la primaria y aunque su mamá adoptiva quiso que ella continuara sus estudios no lo hizo, se casó, tuvo hijos y también se divorció; yo ni me casé, ni tuve hijos. Ahora ya bien adulta, ella hizo el bachillerato y un curso de enfermería en el Sena, recién lo terminó; ella es enfermera y yo maestra.

Fidela siempre me dice que por las circunstancias que han rodeado su vida, tendría que escribir su autobiografía y ni siquiera, al escucharla decir que proyecta escribir una novela de su vida, pensé que a mí me tocaría hacerlo.

El recuerdo de mi mamá trae también a mi mente los relatos de su juventud y me remonto a aquellos tiempos o episodios que dan comienzo a mi existencia.

Puerto Tejada, 9 de abril de 1948, se escuchó la noticia de la muerte o asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Se revolucionó el pueblo, hay saqueos en sus tiendas y almacenes. Luego, la mayoría de las personas ubicadas cerca a la plaza tratan de huir al monte.

Mi mamá por aquella época, era una joven mujer negra, alta, ni gorda, ni flaca, cabello ensortijado pero largo, que usaba recogido atrás, estilo cola de caballo, porque no le gustaban las trenzas, de ojos pequeños, cejas pobladas, nariz achatada y labios delgados —rasgo que no es propio de las negras—. Ella se parecía mucho a su padre, a diferencia de la nariz y el color, porque mi abuelo era una mezcla de zambo y mulato de nariz aguileña y pelo suelto y mi abuelo sí era legítimo negro.

De los acontecimientos del 9 de abril en Puerto Tejada, mi mamá contaba a sus amigas: “Yo bajaba donde el finado Ramón, cuando se

escuchó la noticia y todo el mundo se alborotó y se formaron corrillos en las calles, cuando apareció la tropa del ejército y como estaban saqueando las tiendas y los almacenes, la gente salió a huir; el puente lo habían sellado con trozos de guadua y no había por donde pasar, y los que sabían nadar se atravesaban el río, yo tenía que irme para donde mi familia, porque donde don Ramón ya todos habían huido, pero no pude pasar por el puente y tuve que venirme para acá, porque el camino estaba despejado, para donde doña Juana, su amiga, a la vereda donde nací y me críe".

Mi mamá vivió con doña Juana algo más de un año, le ayudaba a trabajar en la finca, hasta que se conoció con mi papá, que vivía en una finca vecina y se fue a vivir con él. Ella trabajaba en casas de familia o en el campo, porque era huérfana de madre y su padre tenía otra familia. Sus tías maternas no quisieron recibirla cuando quedó huérfana a ella y a su hermanito de nueve años. Solo la recibieron a ella, le entregaron el hermano al papá, porque apenas eran hermanos de madre. Mi mamá, ofendida por la actitud de las tías, tampoco quiso vivir con ellas y prefirió trabajar para sostenerse. Las tías de mi mamá argumentaban que el hijo varón debía criarse con su padre para que le enseñara a ser hombre. A mi mamá le dolió mucho tener que separarse de su hermanito.

Mi mamá no estudió, porque cuando ingresó a estudiar el primer año, la profesora le impuso un castigo que consistía en colgarla amarrada de los pies, con la cabeza hacia abajo. Unos vecinos de la escuela, al escuchar semejante alboroto que se formó, se asomaron a ver qué pasaba y obligaron a la maestra a no imponer semejante castigo tan cruel; la niña, al verse libre, salió corriendo para su casa a contar lo ocurrido a sus padres, quienes vinieron y hablaron con la profesora, aclararon que la moneda que tenía la niña, ellos se la habían dado para el recreo y no era la que se le había perdido a la profesora —una moneda de dos centavos— por este motivo sacaron a la niña de la escuela. Esto ocurrió más o menos en 1926 o 27, pues mi mamá había nacido en 1919; al año siguiente, contaba ella, la llevaron a estudiar a la escuela de la sabana, ubicada en un terreno quebradizo de una vereda de Santander de Quilichao llamada la Salsa, hoy Villarrica.

Esta escuela estaba situada en un lugar alto, rodeada de un llanito con verdes prados y un florido jardín, donde se podían observar rosas

de todos los colores, dalias, geranios, violetas y muchas flores más, que se cultivaban en los jardines de las casas campesinas.

También allí, aunque éste fue colectivo, recibió un castigo que le afectó; en una tarde de verano, con el cielo despejado y el astro rey en todo su esplendor, los bulliciosos niños no dejaban dar la clase a la profesora por más que ésta gritase: "¡Niños silencio!", más se alborotaban, entonces la profesora, cansada de luchar con ellos, resolvió alejarse de la escuela a una casa vecina, pero antes había dejado a los niños encerrados bajo llave en el salón de clase. Estos muchachos más se alborotaron, gritaban, llamaban a la profe: "Señorita, venga, ábranos", pero la profe no los escuchaba. Así estuvieron toda la tarde gritando, saltando y jugando encerrados en el salón. De tanto gritar y jugar, los niños y niñas estaban muy agitados cuando la profesora, después de mucho tiempo, supongo yo dos o tres horas, resolvió abrirles la puerta. Salieron todos al llanito y como al caer la tarde soplaba una fresca brisa, casi todos los muchachos que estaban muy acalorados se resfriaron y mi mamá no se libró del resfrío, que le afectó para todo el resto de su vida, pues con frecuencia sufría de resfrío y afonía. Por eso, le cogió mucho miedo a la escuela y nunca más volvió a estudiar y sus padres tampoco la obligaron y se quedó sin saber leer ni escribir.

Cuando mi mamá se juntó con mi papá, fue a vivir a la casa de él, ubicada cerca de la finca de doña Juana, donde ella estaba viviendo antes. Aunque mi mamá no fue a vivir con sus tías por los motivos ya explicados, sí las visitaba con frecuencia, después de que se calmó la violencia que se desató con los acontecimientos del 9 de abril. Mi mamá iba a Villarrica y ellas venían a Güengüé, mi vereda. Por eso, cuando yo iba a nacer, mi papá fue a dejar a mi mamá donde mi tía Dolores, hermana de mi abuela materna en Villarrica, porque acá no había quién cuidara a mi mamá en la dieta. Mi papá durante la cuarentena de la dieta de mi nacimiento se pasaba de Güengüé a Villarrica y de Villarrica a Güengüé para atender los gastos de mi mamá y atender también el trabajo en la finquita de donde sacaba el sustento de la familia. Después de la cuarentena, mi mamá volvió a su casa con su muchachita. A los cuatro años se repitió la misma escena, cuando nació mi hermano.

En 1956 mi papá se enfermó y duró algunos meses enfermo. Los familiares de él y de mi mamá iban a acompañarlos, porque en la casa

solo vivíamos nosotros cuatro y mi hermano solo tenía algunos meses y yo apenas cinco añitos; los familiares acompañaban a mi mamá a la finca y a cuidar a mi papá enfermo. De esa enfermedad, a pesar de que estuvo en manos de varios médicos, no se recuperó y murió finalizando el año, en pleno diciembre.

Antes de mi papá morir, en su lecho de enfermo, se casó con mi mamá, porque antes no lo habían hecho. Después de la muerte de mi papá, vino el papá de mi mamá, único abuelo que conocí, porque los demás ya habían muerto cuando yo nací, a acompañarnos por algún tiempo. Cuando él se fue vino mi tío Sabas y su mujer a vivir con nosotros.

Ana Felisa, así se llamaba la mujer de mi tío, me enseñó el abecedario, me enseñó a leer y a escribir el abecedario en la casa con la cartilla que se llamaba *Citolegia*. Por eso digo que Ana Felisa fue mi primera maestra.

Un día, en octubre de 1958, mi mamá me dijo: "Tome, llévele la escoba a la señorita de la escuela, arrima y dice 'Buenos días señorita' y le entrega la escoba". Ahora recuerdo que no saludé como mi mamá me había ordenado, porque a mí me daba pena con la señorita que era la maestra.

La escuela estaba ubicada a la orilla de la carretera que va de Puerto Tejada a Padilla. Era una escuela con un salón grande, el salón tenía un calabozo —que es una pieza pequeña y oscura, donde encerraban a los niños cuando se merecían ese castigo—, un corredor ancho y largo, un cuarto largo que se utilizaba como comedor y al lado del comedor, la cocina y otro cuarto pequeño para la despensa. También, al frente estaba la habitación para la profesora si quería vivir en la escuela. Detrás de la escuela, como a una cuadra, estaba mi casa.

En ese año entré a estudiar primero de primaria, al año siguiente me pusieron en primero adelantado. Mi maestra de la primera escuela se llama Alba Ligia Mina, es bajita y gordita, pero cuando yo entré por primera vez a la escuela la veía alta. Doña Albita, como le decimos ahora cariñosamente, nos enseñó además de lo curricular, muchas cosas, recuerdo las manualidades, costuras, bordados, tejidos, bolsos en tela y en iraca; nos enseñaba bailes colombianos como la

guabina y el bambuco, dramas y poesías. Para estas actividades nos reuníamos por la noche en una casa vecina, ella se quedaba allí para ensayarnos, cuando nos cogía mucho la noche ensayando, teníamos que dormir todos en esa casa, dormíamos en el suelo sobre cobijas que se hacían de costales y que servían para secar el cacao y el café; cuando nos avisaban que nos íbamos a quedar hasta el otro día, llevábamos nuestra cobija de la casa para arroparnos.

Con doña Albita estudié hasta tercero de primaria. El año lectivo 1961-1962 no estudié, porque a mi mamá le dio por irse a vivir al pueblo y no encontramos cupo en las escuelas. Luego, después de un año, volvió para la finca, porque no tuvo como seguir pagando arriendo en el pueblo. Al año siguiente, entré a estudiar en el pueblo y me tocaba viajar todos los días de la finca al pueblo, hasta que terminé la primaria.

Cuando entré a estudiar al pueblo, mi mamá me hizo repetir otra vez tercero, porque tenía la idea que cuando uno pasaba de la escuela rural a la urbana, había que repetir el año, dizque porque una iba mal preparada en cada grado. De tercero a quinto tuve una profesora diferente, todas fueron muy buenas y me querían mucho hasta ahora, especialmente mi profesora de cuarto que quiso ser mi madrina de confirmación.

De primero a cuarto los exámenes eran orales, con jurado calificador y al finalizar los exámenes, se clausuraba con una velada en la que se presentaban dramas, baile, cantos y poesías, que las maestras nos habían enseñado durante casi todo el año. Era mejor la clausura de la escuela rural, porque hasta comilona había y música de viento o de cuerda, que era lo de moda. Cuando terminé el quinto de primaria, los exámenes finales fueron escritos.

La enseñanza era memorística, porque generalmente se nos enseñaba a memorizar fórmulas y lecciones. La maestra explicaba la lección en una forma magistral, donde la participación del alumno era solo para responder a las preguntas que la maestra hacía sobre las lecciones que ella nos había dictado o escrito en el tablero y que luego debíamos memorizar, pero no recuerdo que se nos exigiera análisis sobre el tema enseñado. Las actividades que realizábamos en casa, eran las tareas que se decía en ese entonces consistían en resolver problemas de matemáticas, pero con las fórmulas ya preestablecidas, además de memorizar

lecciones y responder preguntas. Se exigía dar las respuestas casi al pie de la letra de lo que se nos había enseñado. Para los exámenes finales había que estudiar y recordar todo lo que se había aprendido durante el año lectivo.

Respuesta a mi maestra: el valor de un buen consejo

En julio de 1965, había terminado el quinto grado de la enseñanza primaria en la concentración escolar Sagrado Corazón de Jesús, ubicada en el sector urbano del municipio de Puerto Tejada, Cauca. ¿Y qué hacer ahora? Ya la decisión estaba tomada, mi mamá había resuelto mandarme a trabajar a Cali como sirvienta —así se le llamaba en aquella época a las mujeres que trabajaban en los oficios domésticos en las casas de los ricos—.

Mi mamá tenía que trabajar en los oficios del campo para sostenernos y lo que se ganaba no le alcanzaba para costearme los estudios secundarios. Vivíamos en una vereda de Puerto Tejada, ubicada a cuatro kilómetros del sector urbano, afortunadamente no teníamos que pagar arriendo, pues mi papá nos había dejado la casa donde vivíamos, era con lo único que contábamos, porque aunque la casa estaba ubicada en un terreno de dos hectáreas de extensión, era muy árido y no se producía en el lo suficiente para sostenernos y mi mamá tenía que trabajar en las fincas de los vecinos.

Como no había recursos económicos para seguir estudiando, tampoco podía quedarme en la casa haciendo nada, tenía también que trabajar para ayudar con los gastos del sostenimiento de la familia. Por tal motivo, el primer trabajo que tuve como doméstica me lo consiguió una prima de mi mamá en Cali. Allí solo trabajé ocho días, porque la patrona no se amañó conmigo, porque yo hablaba duro. Como yo soy campesina, me acostumbré a hablar duro, o sea, en voz alta —tal vez para ella muy alta—, pero para mí era normal, así estábamos acostumbrados en la vereda, pues las casas tenían poco más o menos una cuadra de distancia una de la otra y conversábamos de una casa a la otra. ¡Qué contrastes! Mientras que en mi vereda mis amigos y vecinos decían que era una niña bien educada, para mi primera patrona fue todo lo contrario, muy mal educada. ¡Diferentes culturas!

Luego una comadre de mi mamá, que vendía plátanos en la plaza de mercado del pueblo, me consiguió otro trabajo en casa de una de las clientas que ella tenía. Doña Olga, así se llamaba la patrona, iba todos los miércoles de Cali a mercar a Puerto Tejada. En esa época mucha gente de la ciudad se desplazaba a mercar allá, porque como había muchas fincas, el mercado era muy bueno, se conseguían las frutas y las verduras frescas y baratas.

Duré un poco más de un año trabajando en casas de familia en Cali. En una ocasión que fui a unas vacaciones, doña Ana María, la profesora de la escuela de la vereda, que era una persona muy humanitaria y amable, se había ganado el cariño de la comunidad, además se había hecho amiga de mi mamá y nos prestaba mucho apoyo económico, nos regalaba provisiones para la alimentación y hablándonos sobre nuestro futuro, nos convenció a mi mamá y a mí, de que yo debía continuar mis estudios pues ella sabía de mi buena capacidad intelectual y facilidad para aprender. Aunque yo no estudié con ella, sino que ella era la maestra de mi hermanito, siempre estaba pendiente de mis calificaciones y conversaba con mis maestras sobre mi rendimiento escolar. Como yo siempre izaba bandera, al finalizar cada año lectivo, me daban diploma de buena conducta o de aprovechamiento y al terminar la primaria, gané medalla de excelencia, porque mis calificaciones fueron las más altas al sacar el promedio de todas las alumnas de la escuela; entonces doña Ana María se adolecía que yo no pudiera estudiar más. Cuando ella me preguntó qué profesión me gustaría, le dije que quería ser secretaria y ella me respondió: "¿Quién dijo que a una negra le dan empleo en eso? ¡Esa no es profesión para nosotras las negras! Nos varamos de trabajo, ¿usted no ve que en las oficinas no hay negras ni para hacer el aseo? Yo le aconsejo mejor que haga siquiera dos años de bachillerato y se consiga un trabajo como maestra en una escuela, que le resulta mejor". Acogiendo las sugerencias de la profesora de mi hermanito, que además también era nuestra amiga y colaboradora, resolví reiniciar mis estudios y comenzar mi bachillerato.

Era noviembre de 1966, ya hacía un mes que se habían iniciado las clases, pues en el calendario B, por esa época el año lectivo empezaba en octubre y terminaba en julio. Como mi mamá estaba enferma no podía ir a matricularme al colegio y por eso doña Ana María fue

conmigo al colegio para matricularme. Al llegar al colegio ya no había cupo; allí nos encontramos con mi profesora de cuarto de primaria, que es mi madrina de confirmación. Al vernos, dijo a doña Ana María: "¿Y de dónde a ésta?"[1]. Ella le explicó a qué íbamos y como aún en aquel entonces el colegio no estaba aprobado, algunas niñas se matriculaban para no perder el tiempo en la casa, mientras llegaba el mes de febrero, cuando se iban a estudiar a un colegio de calendario A. Generalmente se iban al departamento de Antioquia, Boyacá o Cundinamarca en busca de colegios aprobados, porque cuando el colegio no es aprobado, los años de estudios realizados allí no son reconocidos como válidos.

Mi madrina había pasado de la primaria a enseñar en el bachillerato. Al enterarse de mi deseo de estudiar, dijo a la directora del Colegio Sagrado Corazón, ubicado en el municipio de Puerto Tejada, en el centro del pueblo donde nos encontrábamos en ese momento: "Ésta —esa era yo— va a estudiar durante todo el año y la otra se va en enero —la otra era Doyle, quien ahora también es maestra—", y así fue que le cancelaron la matrícula a Doyle y me dieron ese cupo a mí.

Doña Ana María, además de ir ella misma a matricularme, le prestó a mi mamá el dinero para pagar la matrícula y me regaló la falda del uniforme de su hija, que ya había terminado los estudios en la Normal. De esta forma di inicio a mis estudios secundarios.

Estudiábamos en dos jornadas diarias, la jornada de la mañana de 7:00 a 11:30 a.m. y la jornada de la tarde de 1:00 a 4:30 p.m. Todos los días tenía que recorrer una distancia de cuatro kilómetros, para llegar de la casa al colegio y aunque vivía lejos, tenía que ir a almorzar a la casa, para luego regresar a la jornada de la tarde. La mayoría de las veces iba en bus, pero cuando no había para pagar el pasaje, debía irme a pie, gastaba entre 40 y 50 minutos de camino yendo muy rápido y hasta trotando o corriendo para poder llegar temprano al colegio.

Los vehículos utilizados para el transporte, eran los carros que hoy denominan chivas, también se les decía "los córrase", porque el ayudante le decía a los pasajeros: "Córranse que caben siete". Cada

[1] Se refería a mí.

carro tenía un nombre que lo identificaba. El dueño de cada vehículo escribía o hacía escribir el nombre en la parte trasera con letra bien grande. Los nombres que recuerdo son: Paraguay, Huracán, Internacional, Poeta, Bucanero, etc.

El único bus que transitaba por allá era denominado la Sapa, cubría la ruta Padilla, Puerto Tejada, Cali y de regreso Cali, Puerto Tejada, Padilla. Generalmente yo viajaba en la Sapa, porque su paso por mi vereda coincidía con la hora en que yo debía ir y regresar del colegio. Viajábamos tres o cuatro estudiantes, nos cobraban medio pasaje, que costaba 30 centavos, porque el pasaje completo eran 60 centavos.

Recuerdo que cuando ingresé a primero de bachillerato, el primer día asistí a clases, la profesora de matemáticas hizo un examen y la profesora me felicitó porque saqué cuatro cinco —en esa época se calificaba de uno a cinco—, me fue muy bien, ella se sorprendió porque yo no había estado en las clases anteriores, porque como dije anteriormente, llegué un mes después de haber iniciado el año lectivo. El examen fue sobre conjuntos, yo recordaba muy bien que esos conceptos me los había enseñado mi profesora de quinto y aunque me pasé un año sin entrar al colegio, los recordaba muy bien.

Al iniciar el bachillerato fue sorprendente para mí, aunque traumatizante, el hecho de que hubiera un profesor para cada materia, ya que en la primaria todas la materias las dictaba un solo profesor o profesora. Realmente no fue tan traumatizante, porque en todas las materias me iba muy bien, hasta en inglés, que era una materia totalmente nueva para mí, porque en aquel entonces el inglés se comenzaba a aprender cuando se ingresaba al bachillerato. Ahora siquiera los niños y niñas reciben clases de inglés desde la primaria.

El día de la clausura, mi mamá estaba muy preocupada, esto me lo hizo saber cuando llegamos a la casa, porque ella veía alegría en los rostros de mis compañeros, en cambio, yo estaba muy triste, por eso ella pensaba que yo había perdido el año. Pero se llenó de alegría, cuando recibió la libreta de calificaciones y se dio cuenta que había ganado el año sin tener que habilitar ni una materia. Al año siguiente, en la misma forma, gané el año para tercero sin mayores dificultades, aparte de las económicas.

Cuando estaba cursando segundo, llegaron los visitadores del Ministerio de Educación al colegio y después de estudiar y revisar todos los libros reglamentarios y examinar al alumnado en los grados primero, segundo, tercero y cuarto, los grados que hasta ahora tenía el colegio, fue aprobado.

Qué alegría que sintió toda la comunidad educativa: profesores y profesoras, padres y madres de familia y alumnos, ya no había el miedo de que no se reconocieran como válidos los años cursados allí, ya existían las mismas garantías que en todos los demás colegios aprobados.

Al iniciar el tercero, ya mi mamá había pensado vender la tierrita, para comprar una casa en el pueblo, para que se nos facilitara más la asistencia al colegio, pues había ocasiones en las que no podíamos asistir, porque amanecía lloviendo muy fuerte y había inundaciones, al no existir los desagües adecuados para que el agua escurriera. También, en otras ocasiones, no asistíamos a clase, porque había que acompañar a mi mamá a la finca, ya que lo que en ella se producía no era suficiente para nuestro sustento y mucho menos para pagar un trabajador. Nos demoramos mucho tiempo para hacer el negocio de la venta de la finca y digo nos demoramos, porque mi mamá nos involucraba también en los negocios, a pesar de que éramos menores de edad, pero como ya sabíamos leer y escribir y, además hacer cuentas, ella nos asignaba algunas responsabilidades.

Como en mi familia hemos sido muy creyentes y hemos puesto nuestra fe en Dios, le confiamos todas las actividades de nuestra vida. En una ocasión, que mi mamá hablaba con una pariente que tenía una finca cercana a la nuestra, le comunicó lo demorada que estaba la venta de la finca, porque los que iban a verla se daban cuenta que el terreno no era fértil, entonces ofrecían muy barato o ni siquiera se interesaban; Chepa, la pariente de mi mamá, le recomendó hacerle la novena a San Judas Tadeo. Él había hecho muchos milagros y ella misma nos llevó a regalar el libro de los ejercicios al santo mencionado y los realizamos con mucha fe.

Como por el estudio tenía que viajar a diario al pueblo, entonces mi mamá me puso la tarea de ir todos los miércoles, que es el día de San Judas Tadeo, a hacer una visita a la iglesia, rezar y colocar una veladora al pie de la imagen del santo. La única iglesia católica de Puerto Tejada,

la Inmaculada Concepción, está ubicada frente al parque principal, el colegio quedaba muy cerca del parque, por lo que no era muy lejos, además que los carros en que me transportaba a la finca parqueaban enseguida de la iglesia, por eso se me facilitaba cumplir con las devociones religiosas. Una de las devociones a San Judas Tadeo, consistía en rezar durante cuarenta días consecutivos la oración del Padre Nuestro, empezando por uno e ir aumentando uno cada día hasta terminar rezando cuarenta Padres Nuestros, así se cumplía la promesa. Esto lo hacíamos de rodillas y cuando completamos los cuarenta días mí mamá casi no alcanza a terminar, porque se sentía como si ya se fuera a desmayar, pero le pidió a Dios que le diera fortaleza hasta que termináramos y no se desmayó. La verdad es que poco tiempo después se realizó el negocio. Vendimos la finquita y compramos la casa en el pueblo. El 1 de abril de 1969 nos trasladamos, aunque a mí no me gustaba esa casa, la vía era muy fea, me gustaba más la casa del campo, pero fue la única que mi mamá pudo comprar con el dinero que había recibido, pero como no encontró otra mejor, me tocó vivir en ella.

Cuando cursé el cuarto año de bachillerato, ya vivíamos en la casa del pueblo y mis compañeras de estudio ahora sí me visitaban, porque ya estábamos más cerca y nos reuníamos con frecuencia a estudiar, especialmente matemáticas, que era la materia que más me gustaba y entendía con mucha facilidad. Yo les explicaba a mis compañeras y, especialmente, durante los exámenes nos reuníamos varias niñas y amanecíamos estudiando a veces en mi casa y otras veces en casa de alguna de ellas.

Como en el colegio donde estudiaba solo había hasta cuarto de bachillerato, ahora sí tenía que pensar en trabajar y como ya no vivíamos en la finca, la cosa se fue poniendo más dura para conseguir cómo mantenernos. Mi mamá siguió trabajando en labores del campo, pero ahora era ella la que le tocaba ir de aquí para allá y de allá para acá, donde encontrara trabajo; en ocasiones trabajaba en casas de familia o lavando y planchando ropa, pero como a ella no le gustaba dejarnos amanecer solos en la casa, trabajaba aquí mismo en el pueblo, a pesar de que acá pagaban muy barato por los oficios de casa y de todos modos la situación era aún más difícil. Había que

ir al campo a buscar leña para cocinar cuando no había para comprar petróleo, porque todavía no teníamos estufa eléctrica.

En mi época de estudiante en el Colegio Sagrado Corazón, recuerdo que mis compañeras eran muy colaboradoras conmigo, porque conocían mis dificultades económicas, en muchas ocasiones varias de ellas me invitaban a almorzar a su casa para que no fuera tan lejos y pudiera volver a tiempo. Especialmente recuerdo a Graciela, que era quién más me invitaba a su casa. Yo siempre les he agradecido esos buenos gestos y le ruego a Dios que las bendiga y las proteja.

En la primaria y en el bachillerato a mis profesores los he considerado muy buenos, cumplidores de su deber, no recuerdo que faltaran a su trabajo, se preocupaban mucha para que una aprendiera bien. Las clases eran magistrales, poca participación del alumno a parte de presentar las tareas y responder los exámenes orales o escritos y muy pocas o casi ninguna exposición. No recuerdo tampoco que nos dejaran muchos trabajos de investigación, la mayoría de las veces dictaban después de explicar la clase, una copiaba y aprendía al pie de la letra y también mucha memorización de fechas. Nos acostumbraron poco a analizar y sacar nuestras propias conclusiones. Los profesores de español y literatura sí nos ponían a leer y analizar obras literarias y a sacar resúmenes, a inventar poesías y a escribir en prosa algunas obras escritas en verso.

Algo que me costó mucho trabajo aprender y que aún cometo muchos errores es la ortografía, no sé por qué, pero en esto fui muy descuidada y si me rebajaban puntos en las materias, era por la ortografía, especialmente en el bachillerato, porque en primaria no sucedía eso.

Terminado el bachillerato básico, empieza una nueva etapa de mi vida, la búsqueda del empleo para seguir ayudando al sostenimiento de los miembros de la familia.

Teniendo muy en cuenta las recomendaciones de doña Ana María, quién se encontraba muy congratulada conmigo porque ella me había dicho: “Estudie siquiera hasta segundo de bachillerato”, pero cuando terminé el segundo, resolví seguir hasta cuarto, ahora me sentía capacitada para conseguir mi cargo como maestra de escuela primaria.

Produciendo buenos frutos: mi labor como maestra

Interesada en conseguir mi trabajo como maestra de escuela, me dirigí a la oficina de la supervisora de la zona educativa número once del departamento del Cauca a la que pertenece el municipio de Puerto Tejada. En ese cargo se desempeñaba la señora Myriam Zape. Esta oficina estaba ubicada en uno de los locales de la casa de administración municipal en el segundo piso.

En respuesta a mi solicitud, la señora Myriam me recomendó que fuera a Popayán con la documentación necesaria para hacerme inscribir en el escalafón docente, que de esa forma sería más fácil mi nombramiento. Cumplí con el requisito y quedé inscrita en el escalafón en cuarta categoría. En ese tiempo las categorías en el escalafón docente eran cuatro, siendo la más alta la primera y la más baja la cuarta. Como apenas había estudiado hasta cuarto de bachillerato, quedé en cuarta categoría. Esperé más de un año y nada que llegó el nombramiento. Mientras esperaba mi nombramiento como maestra, estuve trabajando como vendedora en el almacén Puerto Tejada de propiedad de doña Leiva de Barrera, ubicado frente al parque principal. Yo siempre iba a ese almacén a hacerle mandados a unos familiares míos y como doña Leiva me conocía y necesitaba otra vendedora, me ofreció el empleo. Allí me ganaba doscientos cincuenta pesos mensuales y tenía que trabajar desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Allí se vendían ropa, zapatos, toda clase de telas y útiles escolares y según la temporada, recuerdo que tenía que trabajar hasta las ocho de la noche, especialmente a comienzo del año lectivo y en la época decembrina.

Después de dos años de espera del nombramiento, logré que por intermedio de un político amigo de mi tío Risell, quién me presentó al alcalde de ese entonces don Edgar Valencia, que me nombró en la escuela de la vereda Los Bancos. La escuela tenía el mismo nombre de la vereda, allí trabajé como maestra seccional durante dos años y dos meses. Me correspondió trabajar todo ese tiempo con niños y niñas del curso primero. Como yo no tenía experiencia como maestra, Enriqueta la directora de la escuela, me indicó cómo debía enseñarle a los niños en los primeros días, además de eso, yo tenía las guías alemanas que eran las que estaban de moda en ese tiempo.

En la escuela éramos solo dos maestras, la directora que también era una mujer joven pero ya con un año de experiencia y también había estudiado en una Normal Rural —así se denominaban las normales donde solo había hasta cuarto grado—. En la escuela solo había tres grados primero, segundo y tercero. Yo tenía 45 alumnos en primero y ella, de segundo y tercero, tenía 22, para un total de 67 niños en la escuela. Los niños eran muy dóciles en esa época, no tuve ningún problema en la escuela. Había material didáctico adecuado para la enseñanza, los pupitres eran bipersonales, buenos y suficientes para que los niños estudiaran con comodidad. La escuela está ubicada a la orilla de la carretera que de Puerto Tejada conduce a Guachené —antes los carros transitaban por allí, ahora ya no porque existe otra vía mejor—, a un kilómetro del sector urbano. Nos íbamos siempre juntas a pie para la escuela. Había un salón pequeño, donde trabajaba Enriqueta y otro salón grande, que era el mío porque tenía más alumnos; también había una pieza pequeña donde guardábamos el material. Tenía un patio bastante espacioso, donde jugaban los niños en las horas de recreo y donde dábamos las clases de educación física y deportes. Los padres de familia eran muy colaboradores y nos manifestaban mucho cariño y respeto. Hacíamos visitas a las casas de los niños y nos atendían muy bien. Las relaciones entre maestras y padres de familia siempre fueron buenas, pues nosotras también les manifestábamos nuestro respeto y cariño, acostumbrábamos a saludar a todo el que encontrábamos a nuestro paso y eso le gustaba a la gente.

Con Enriqueta trabajé dos años, porque a ella la trasladaron al sector urbano, la reemplazó la profesora Gloria, con quien trabajé dos meses, porque como las maestras de esa escuela éramos municipales, me salió el nombramiento departamental en la escuela urbana de niñas Antonia Santos, en el municipio de Padilla y me fui a trabajar allá. Mi profesora Ana María se puso muy contenta cuando me nombraron de maestra y me decía: “Se fija, por eso era que yo le decía ¡estudie!”.

Cuando trabajé en la escuela rural mixta Los Bancos fue para mí muy satisfactorio, a pesar de no tener experiencia como docente, ni haber estudiado en una Normal. Los niños aprendieron a leer y escribir bien desde el primer año. En el primer año tuve 45 alumnos, solo uno perdió el año, porque no aprendió nada. En el siguiente año, también

de 47 niños que tenía en primero, pasaron 40 y siete perdieron porque no alcanzaron los mínimos logros.

Mi primer nombramiento como maestra municipal fue en septiembre de 1972, para esa época ya se iniciaba el año lectivo en ese mes y terminaba en junio.

En el primer año de trabajo me ganaba $960 mensuales y al año siguiente, aumentó a $1.000 mensuales. Cuando yo empecé a trabajar en la escuela, mi mamá no trabajó más, porque antes de empezar a desempeñarme como docente, ella estuvo muy enferma, pasó dos meses postrada en la cama y gracias a la ayuda de los parientes y vecinos, pudimos sostenernos y comprarle los medicamentos. Mi hermano, que apenas había terminado la primaria, trabajaba, pero como todavía era un niño ganaba muy poco. Al empezar a trabajar en la docencia, tuve que empezar a responder por todos los gastos de la casa y comprar las cosas necesarias de las que carecíamos o para reemplazar las que ya estaban muy deterioradas. Tuve que comprar casi de todo, camas, utensilios de cocina, asientos. Poco a poco nos fuimos aprovisionando de lo necesario para vivir mejor.

Antes de comenzar a trabajar como maestra, ya había iniciado otra vez estudios para capacitarme más. En la Normal de Varones de Cali abrieron cursos de capacitación para maestros, era requisito para ingresar a dichos cursos ser maestro en ejercicio y haber cursado cuarto de bachillerato. Estos cursos iniciaron en 1972, cuando fueron los Juegos Panamericanos de Cali. Teníamos que ir a estudiar todos los sábados y en épocas de vacaciones, debíamos ir a estudiar todos los días. Cuando me fui a matricular para ese curso, no presenté la constancia de trabajo, porque aún no trabajaba como maestra, como era requisito, yo dije que trabajaba en una escuela privada y que después llevaba la constancia, pero solo la pude presentar cuando me iba a graduar. El curso de capacitación para maestros duró tres años, asistiendo todos los sábados y en las vacaciones todos los días a clases. En el transcurso de esos tres años, vimos todas las materias que se dan en quinto y sexto de Normal, menos práctica docente, porque como ya éramos maestros, teníamos el conocimiento de la materia y para la calificación de la práctica, el supervisor de la zona educativa donde uno trabajaba hacía una visita a la escuela, nos observaba un día de clase y

enviaba a la Normal la constancia con la correspondiente calificación. El examen me lo hizo el supervisor León Bolívar Sánchez, a quién le correspondía la zona 11, a la cual pertenecía mi escuela. Luego fue él quien colaboró para que me nombraran como maestra departamental. Me gradué en enero de 1994 y me nombraron con el departamento en noviembre del mismo año.

El 1 de diciembre de 1974 empecé a trabajar en la Escuela Antonia Santos del municipio de Padilla, la cual está ubicada en la zona urbana. Cuando llegué a esta escuela me encontré con dos condiscípulas con las que habíamos estudiado en el Colegio Sagrado Corazón. Sentí alegría al verlas, pero sufrí una desilusión cuando a la hora de salir a almorzar no me esperaron, yo aún no conocía a nadie más en Padilla, porque era la primera vez que iba allá. El supervisor me había dicho que se trabajaba en jornada continua y resulta que también allí se trabajaba en dos jornadas y yo no iba preparada para almorzar allá, pensaba que podía almorzar en mi casa cuando regresara.

En esa escuela éramos nueve seccionales y la directora, que también tenía grupos. En total eran diez grupos de primero a quinto, dos grupos por grado. Elizabeth, una de las profesoras de la escuela y a la que conocí ese día, me esperó a la salida y me preguntó si tenía a dónde ir a almorzar. En vista de que no, ella me llevó donde una señora amiga suya, que vendía comida y le pidió el favor que me diera el almuerzo y al otro día se lo pagábamos. Como ella no vivía en Padilla sino en Cali, de donde viajaba todos los días, almorzaba donde la señora Tulia, a quien le dijo que si podía atenderme con los almuerzos. Ella aceptó desde el día siguiente y allí almorzamos como unos cinco o seis años, hasta que se implantó la jornada continua. Cuando por algún motivo doña Tulia no podía atendernos con el almuerzo, madrugábamos a hacerlo y lo traíamos.

En la Escuela Antonia Santos trabajé 18 años, nos llevábamos muy bien con todas las compañeras y con los padres de familia. Para desarrollar las clases y lograr un buen rendimiento académico de los alumnos, uno como maestro debe tener mucha comprensión, paciencia y creatividad; claro está que la mayoría de los alumnos responden a las exigencias académicas, cumplen con sus deberes escolares y asimilan lo que se les enseña, pero hay un buen porcentaje que tiene dificultades

de comportamiento y de aprendizaje. Son muchos los factores que se conjugan en esta situación: falta de empleo, en Padilla no hay fuentes de trabajo; la descomposición familiar, 'madresolterismo'; en muchos casos los niños quedan solos o al cuidado de hermanitos mayores, tías o abuelos, mientras las mamás salen a trabajar para ganar el sustento.

Los profesores, aunque no todos, pero sí algunos, hemos tratado de ayudar a la solución de estos problemas, pero falta mucho apoyo e interés por parte de las autoridades, que a todo momento se quejan de la falta de recursos económicos. Con Bienestar Familiar hemos logrado que se nos colabore un poquito con la alimentación, a través de los restaurantes escolares, donde se le da a los niños más necesitados un refrigerio a un precio muy módico y a algunos muy pobres se les da totalmente gratis.

En enero de 1992, me trasladaron a la Escuela de Varones José Hilario López. Al comienzo fue muy duro para mí, porque yo estaba acostumbrada a trabajar con niñas y ahora tenía que trabajar con niños y estos son más difíciles de manejar, pero poco a poco me he acostumbrado a ellos. Los problemas en las dos escuelas son casi los mismos.

En estos últimos tres años se ha logrado que nos den dotación de pupitres y material didáctico y en ese sentido, hemos logrado mejorar nuestra labor académica, pues los niños pueden sentarse con más comodidad, así ellos se interesan más y también el material didáctico juega un papel muy importante para el buen desarrollo del proceso de enseñanza-aprendizaje.

En las dos escuelas de Padilla se ha tenido la costumbre de que un profesor o profesora coge un grupo de alumnos desde primero y los lleva hasta quinto. Yo no he estado de acuerdo con esta modalidad, siempre me ha gustado que los alumnos en primaria tengan diferentes profesores en los distintos grados, por eso yo he tenido un mismo grupo por más de tres años. Los cambio por otros alumnos, porque a veces lo que a uno se le escapa, otro profesor lo puede suplir. Pero en los últimos seis años que trabajé en la Escuela Antonia Santos, me correspondió sacar una promoción de niñas desde el grado cero, hasta quinto. Con este grupo pude comprobar que mi labor como docente había producido buenos frutos; estas niñas fueron mis alumnas de 1986 a 1992 y fue muy satisfactorio para mí cuando en 1998 recibí una tarjeta

de invitación a la ceremonia de grado de casi todas mis exalumnas, de 20 que estuvieron conmigo en toda la primaria se graduaron sin perder ningún año en el bachillerato 16 y las otras cuatro están próximas a terminar. Todas a costa de sacrificio, algunas con escasez de recursos económicos, pero se esforzaron por hacer su bachillerato, de éstas ya hay tres haciendo estudios universitarios.

Y ahora, cuando la mayoría de mis exalumnas de mis últimos años en la Escuela Antonia Santos han terminado sus estudios secundarios y unas pocas han iniciado estudios superiores, pienso también en todas las demás estudiantes que cursaron conmigo uno o dos grados, porque como ya lo había dicho, no era partidaria de que un niño o niña estudiara toda la primaria con el mismos maestro, y que algo bueno también debieron aprender, mientras fueron mis discípulas. Con satisfacción siento que mi decisión de ser maestra me ha dado la oportunidad de aportar algo para ayudar a la superación de algunas personas.

Pensando en el altruismo de mi querida maestra Ana María, quisiera imitarla pero mi condición económica no ha sido aún superada. Pero sé que en medio de mis posibilidades, he colaborado económicamente, aunque muy poco, con algunos niños de mi familia. Lo que sí me ha sido posible es brindarles siempre a todos apoyo moral, insistiéndoles en la importancia que tiene el estudio para lograr así la superación intelectual y que puede también ayudar a la superación económica.

Como a mí me ha tocado autoeducarme, siempre que escalo un peldaño, aspiro a continuar hacia la cima del saber, para desempeñar mejor mi labor. Como maestra, no he logrado la superación económica, porque la superación intelectual cuesta dinero y sobre todo sacrificio, cuando se carece de recursos económicos. Aunque muy lentamente, he ido superándome intelectualmente, es así como logré hacer una licenciatura, aspiración que por mucho tiempo estuvo frustrada, pero por fin ha sido un logro alcanzado, a costa de sacrificios.

Escalando otro peldaño

En 1974, cuando logré mi grado de maestra, después de haber pasado tres años realizando el curso de capacitación para maestros en la Normal Departamental de Varones de Cali, pensé en que tenía que

continuar estudios universitarios para alcanzar una licenciatura. Como en primaria y bachillerato mi fuerte fue la matemáticas, aspiraba ser licenciada en matemáticas o estudiar psicología. Esta última fue descartada desde un comienzo, cuando me enteré que debía estudiar todo el día. Tendría que dejar de trabajar para estudiar y esto era imposible, porque con mi trabajo nos sosteníamos y si yo no trabajaba, ¿quién nos mantendría y quién pagaba mis estudios? No había quién.

Cuando trabajaba como maestra municipal en Puerto Tejada, aspiraba que se me nombrara en el mismo municipio como maestra departamental, porque el sueldo era mejor y así podía pagar la universidad, pero esto tampoco se logró, porque cuando me salió el nombramiento departamental fue para el municipio de Padilla y tuve que aceptarlo de inmediato, porque de lo contrario, me quedaba sin trabajo. En Puerto Tejada ya habían nombrado a otro maestro en mi reemplazo, así que no tuve otra opción que aceptar.

Como yo era normalista y en quinto y sexto de Normal no se estudiaba muy a fondo química y física y no se veía trigonometría, tenía que validar quinto y sexto de bachillerato para poder estudiar matemáticas, otra dificultad. Aunque en el trabajo en Padilla tenía un sueldo un poco más alto, implicaba otro gasto pagar pasajes y almuerzo. Por esos años, 1975 a 1976, aún no había bachillerato nocturno en Puerto Tejada, había que trasladarse a Cali y el sueldo no alcanzaba para tanto. Entonces como me gustaba la modistería y ya sabía coser, lo aprendí en mis ratos libres donde una tía que es modista. Yo iba a ayudarle a hacer obra de mano y viéndola a ella, fui aprendiendo a hacer los trazos; cuando tenía que hacer mi ropa o la de mi mamá, ella me indicaba cómo debía hacer los trazos según el modelo y luego me prestaba alguna máquina de coser de las alumnas, porque ella también enseñaba modistería, y así fui aprendiendo a coser. En 1975 compré a crédito una máquina de coser industrial. En los ratos libres, me dediqué a coser para mejorar los ingresos económicos, para poder pagar la máquina. Con el tiempo fui perfeccionando la costura y tenía buena clientela, en la temporada decembrina tenía que trasnochar para cumplirle a las clientas con sus vestidos. Hice también un curso de sastrería y camisería y en algunas ocasiones, cosía también pantalones de hombre y camisas. Por algún

tiempo le cosía los pantalones a mi hermanito, pero luego no hice más pantalones porque la embolsillada quita mucho tiempo y no me rendía el trabajo.

A mis alumnas de quinto cuando me correspondía ese grado, como ya eran más grandecitas, les enseñaba a hacer los trazos básicos de modistería; nos quedábamos apenas en los trazos, porque en la escuela no teníamos máquina para coser. Les enseñaba además a bordar, a pegar botones y a hacer ojales a mano.

Con el paso de los años, me dediqué en el tiempo libre a la modistería y ya tenía descartado lo de la universidad, porque haciendo cálculos, lo que me ganaba no me alcanzaba para pagar los estudios superiores y el transporte. Tenía que pagar pasaje para ir al trabajo y pasaje para ir a Cali a estudiar. Eso sí, cada que el CEP programaba los cursos de actualización docente, estaba lista para asistir a ellos, porque de ninguna manera podía descuidar mi preparación para mejorar la calidad de mi trabajo como docente.

Como yo siempre estaba ocupada en el trabajo, en la escuela o en la casa cosiendo, era mi mamá quién se encargaba de los oficios de la casa, menos de lavar y planchar mi ropa, de eso me encargaba yo misma y cuando tenía muchas costuras y no me alcanzaba el tiempo, entonces buscaba quién me lavara la ropa.

Abro un paréntesis para contar algo que también me ha gustado desde niña y es la poesía; la primera poesía la aprendí en primero de primaria y se titula *La planta de algodón*, me correspondió recitarla el día de la clausura. Como cuando yo estudié en primaria y bachillerato la enseñanza era memorística, a mí se me facilitó aprenderme muchas poesías, además recuerdo mucho a mi profesora de tercero de primaria llamada Ana Ruth Díaz, quien nos insistía que la gracia de la poesía era la entonación y la mímica, cosa que aprendí bien de ella, lo apliqué en lo sucesivo y gusta mucho mi estilo de declamar, por eso, siempre me tienen en cuenta para declamar, dicen los que me escuchan que le doy sentido vivencial a la poesía.

En los centros literarios y actividades culturales del colegio donde estudié, siempre me tuvieron en cuenta para declamar. También le enseño a declamar a mis alumnas. En las actividades culturales que

se realizan a nivel de gremio del magisterio, también participo con la poesía. En algunas reuniones familiares he declamado. El año pasado la profesora Mireya Rivera, directora de la Escuela Rural Mixta Holanda, ubicada en la vereda del mismo nombre a tres kilómetros del sector urbano de Padilla, me invitó por dos ocasiones a participar con mis poesías; primero a un reinado infantil proexcursión y luego a una fiesta de integración de la comunidad educativa —padres, estudiantes y maestros—. Además de la poesía, enseño a mis niños cantos de música colombiana.

Otra cosa que me ha caracterizado entre mis compañeros de trabajo es el sentido religioso y siempre me ha gustado inculcarle a mis alumnos y padres de familia la práctica de los deberes del cristiano. Respetando las creencias religiosas de los que no son católicos, con la mayoría que sí lo son, realizamos en la escuela algunas actividades religiosas, como la oración diaria antes de empezar las clases, en diciembre la novena de aguinaldo y canto de villancicos, misa en comunidad cuando es posible y Semana Santa infantil, ésta se realiza a nivel del municipio, con participación de todas las escuelas urbanas y rurales y con la coordinación de la jefe del núcleo educativo.

Los niños de la Escuela José Hilario López, donde trabajo actualmente, tienen un equipo de microfútbol que ha participado en torneos departamental e interdepartamentales. En el año 1996 y 1997 quedó como campeón departamental de microfútbol.

Otra actividad, ésta sí es extra escolar, es la danza, hay también un buen número de niños de la escuela que pertenecen a los grupos de danzas que hay en el municipio y cuando se realiza alguna actividad cultural en la escuela, ellos participan.

Siguiendo con lo de la modistería, esta actividad me ayudaba a mejorar mis ingresos, porque además de los gastos de la casa, también debía pagar las consultas médicas y los remedios de mi mamá, que permanecía muy delicada de salud, algunas veces se complicaba y caía a la cama por varios días. Unas veces que la gastritis, otras que el reumatismo o la hipertensión y como mi hermano se entusiasmó con unos pocos pesitos que ganaba cuando yo todavía no trabajaba como maestra, él también colaboraba con algo porque era aún un niño; luego por ilusión de esos pocos pesos que se ganaba no quiso seguir

estudiando. A él sino le valieron los consejos sobre los beneficios del estudio, siguió siempre como jornalero, luego creció, se hizo todo un hombre, formó su hogar, se fue de la casa y ahora sí, me tocó continuar con la obligación con mi mamá y algunas veces hasta colaborarle a él cuando no tenía trabajo.

En diciembre de 1987, tenía bastante trabajo de costuras para esa navidad. Por esos días vivía también con nosotros mi sobrino Alexis, el hijo mayor de mi hermano, tenía seis añitos, apenas estaba iniciando su primaria, mi mamá había solicitado a mi cuñada que se lo diera para colaborarle con el estudio. El día sábado 12, a eso de las 6:00 p.m., mi mamá sirvió la cena y me llamó a comer, pero yo por estar atendiendo la costura, no acudí inmediatamente, entonces llegó una señora con unas telas para que le cosiera unos vestidos y se demoró bastante mientras escogía los modelos. La comida se enfrió. El domingo 13 conté las telas y cuando llegué a 30, todavía faltaban por contar no sé si cuatro, cinco o seis, pero me causó preocupación, porque era ya mucho trabajo y poco tiempo y me dije, tengo que coser por lo menos tres vestidos diarios para poderle cumplir a todos, solo faltaban 12 días para la navidad. Me fui al mercado, compré rápido las provisiones para la semana y regresé a casa. Ni siquiera acomodé el mercado, cosa que yo siempre hacía, le dejé ese trabajo a mi mamá que por esos días se sentía muy contenta porque su salud creía y sentía ella que había mejorado, entonces me puse a coser.

Esa tarde de domingo alcancé a coser un vestido y otro quedó trazado. El lunes 14 me levanté muy temprano, a las 5:00 a.m., como de costumbre cuando tenía que ir a la escuela, a pesar de que por esos días estaba ya en vacaciones navideñas. Me bañé, colé el café, tomé tinto, me organicé y me puse a coser. Mi mamá se encargaba de los oficios de la casa. Ese día logré coser los tres vestidos que me había propuesto. A eso de las seis de la tarde, hora en que mi mamá acostumbraba a servir la cena, me llamó y me dijo: “Vení comé, pero vení de una vez que no vaya a pasar lo mismo que el sábado, que no viniste cuando te llamé y llegó esa clienta y la comida se te enfrió”. Inmediatamente me paré y me senté en el comedor y cenamos los tres al mismo tiempo; como mi sobrino aún estaba pequeño era muy inquieto y mientras comíamos no sé cómo se resbaló del asiento y fue

a dar debajo de la mesa y mi mamá lo regañó. Yo le dije a ella que no se angustiara tanto con ese muchacho y recuerdo que me contestó con un acento muy especial: "¡Es que a ese muchacho hay que educarlo!". Ella lo quería mucho, pues era su primer nieto. Luego terminamos de cenar y nos paramos de la mesa, ella se fue a la cocina a lavar los platos y yo me senté nuevamente a coser. Ahora recuerdo que ese día también nos acompañó en la cena Graciliana, una anciana vecina, muy allegada a la casa. Habían transcurrido unos cinco o diez minutos cuando mi mamá pegó un grito angustioso, me llamó con desesperación. Al instante me paré de la máquina y salí, ella venía hacia la habitación, se tiró en la cama desesperada diciendo: "Me ha dado un dolor por dentro que me va a matar". Graciliana salió corriendo, llamó gente, que acudieron a ver qué ocurría —aún después de once años cuando revivo esta escena, no puedo contener las lágrimas—. Vino Nidia, una prima de mi mamá que es enfermera, le tomó la presión y dijo: "La tiene altísima, es la presión". Adolfo, un sobrino de mi mamá —por fortuna estamos rodeados de familiares que viven cerca de la casa— fue pronto a buscar un carro para llevarla al hospital. Cuando fuimos a sacarla para subirla al carro ya no podía caminar y estaba pesadísima, éramos como cinco cargándola y casi no podíamos con ella. Llegamos a urgencias del Hospital Centenario de Puerto Tejada, la atendió el médico y diagnosticó infarto cardíaco, eran poco más o menos las siete de la noche. La remitió al hospital departamental de Cali, fuimos en la ambulancia del hospital. Nidia, mi prima, se puso su uniforme de enfermera, porque así le quedaba a ella más fácil entrar al hospital. A las 9:00 p.m. llegamos al hospital de Cali, de inmediato nos atendieron y por más esfuerzos que hicieron los médicos y enfermeras del hospital durante cinco horas, todo fue inútil, a las dos de la mañana del día 15 de diciembre exhaló el último suspiro.

Ya no pude coser los tres vestidos diarios, todo cambió a partir de la muerte de mi mamá, para mí fue un golpe muy duro, no estaba preparada para ello. Con mi mamá teníamos proyectos a largo plazo que no pudimos llevar a cabo, solo quedaron en eso, proyectos. Yo estaba equivocada, nunca consideré ni siquiera remotamente que mi mamá me fuera a faltar algún día. Mi mamá ya tenía 68 años cuando murió y aunque se quejaba de dolencias, tenía apariencia de una persona más joven.

Algunas clientas se llevaron sus telas, otras esperaron hasta algunos meses, mientras me recuperaba del dolor. Pensando en que yo quedaba sola, porque como apenas vivíamos en la casa mi mamá, el sobrino y yo, vinieron a acompañarme algunos familiares y allegados que se quedaron en la casa después del entierro y la novena. Se juntaron 14 personas que me acompañaron, luego se fueron yendo poco a poco. Para todos hubo espacio en la casa, entre estas 14 personas había ahijadas de mi mamá y mías, sobrinas, primas y compadres, solo había cuatro varones, un hermano de mi mamá y su hijo de 12 años, mi sobrino y mi compadre que vino con mi comadre y sus cuatro hijas, la familia completa. Para ellos hubo una pieza donde se acomodaron, para mi tío y su hijo otra habitación, él ocupó el cuarto de mi hermano que ya no vivía con nosotras. Las ahijadas y sobrinas de mi mamá se fueron a sus casas, unas a los tres meses y otras a los cinco meses. Mi sobrino quedó bajo mi responsabilidad. Los compadres vivieron cuatro años en mi casa, allí nació el quinto hijo de ellos, que también es mi ahijado. Cuando yo salía a trabajar, la comadre se encargaba de todo lo de la casa, también arreglaba mi ropa y cuidaba a mi sobrino cuando llegaba de estudiar, mientras yo llegaba.

Todos trataban de animarme, pero yo lloraba mucho y no comía, en la escuela muchas veces tuve que abandonar a mis alumnos para que no me vieran llorar. En una ocasión, las compañeras tuvieron que sacarme de la escuela y llevarme al puesto de salud, porque la crisis era muy aguda.

A los ocho meses de la muerte de mi mamá me dio anemia, esto sí me hizo recapacitar, porque pensé que si todavía no era tiempo de morir, iba a estar enferma y esto sí me aterró, porque cuando uno está enfermo y no tiene dinero, la gente se cansa de lidiar con enfermos y queda abandonado y solo. Puse de mi parte y empecé a alimentarme bien, cumplí con el tratamiento médico, me resigné por la pérdida de mi madre y me recuperé.

Aunque tuve muchos pretendientes no me casé, porque pensaba que si me casaba no podía atender bien a mi mamá, porque ella dependía de mí. Después que ella murió yo ya tenía 36 años, el tiempo se me había pasado buscando un hombre con unos requisitos, que según mi punto de vista, no reunió ninguno de mis pretendientes. Nunca deseé

vivir en unión libre, ni ser madre soltera, porque mi formación moral y mis principios religiosos no me permitieron tales cosas.

Mi sobrino solo vivió conmigo año y medio. Luego regresó al lado de sus padres, pero yo le costeé toda la primaria y ahora le estoy colaborando en el bachillerato y si Dios me lo permite, le colaboraré hasta que si él lo aprovecha, se haga todo un profesional.

Cuando me recuperé y vi que ya no tenía a nadie bajo mi responsabilidad, consideré que podía iniciar estudios universitarios para hacer mi licenciatura. En un momento dado, volví a pensar en la licenciatura en matemáticas, pero una compañera de trabajo me desanimó argumentándome que era muy duro, ella es licenciada en matemáticas y me contaba que le tocó esforzarse demasiado para lograr graduarse.

Como ya hacía 15 años, desde que recibí mi grado de normalista y además de eso no validé el bachillerato, consideré que era mejor hacer mi licenciatura en educación primaria y como me gusta más trabajar con niños, que con gente adulta, dije, yo no voy a enseñar en bachillerato, siempre me voy a quedar trabajando en primaria, entonces me especializo mejor en lo que más me gusta.

Primero pensé estudiar en la Universidad de San Buenaventura, a distancia, pero cuando Mireya, una profesora de Padilla que estudiaba licenciatura en estudios sociales en la Universidad del Valle, me comentó que iban a abrir el plan de licenciatura en primaria en esa universidad. Me esperé hasta que se hizo realidad el proyecto de la profesora Patricia Calonge. Vine a Cali, compré el formulario de inscripción, recuerdo que el día que compré el formulario de inscripción me enteré de un pre-universitario que dictaban en AKADEMOS e inmediatamente me puse a hacerlo, porque mi aspiración era ganar el examen de admisión para ingresar a la universidad. Me presenté, recuerdo que esto fue en 1989, al examen de admisión de los alumnos especiales, porque aún no había presentado las pruebas de ICFES, también porque me dijeron que el examen era más fácil. Luego del examen de admisión, recuerdo que también los que aspirábamos a estudiar licenciatura en educación primaria, tuvimos que presentar otro examen de competencia textual y discursiva. Yo había rogado mucho al Espíritu Santo que me iluminara en los exámenes.

Di muchas gracias a Dios y me alegré muchísimo cuando recibí la correspondencia que había sido admitida en la universidad, inmediatamente reuní la documentación requerida para matricularme.

En octubre de 1989, inicié mis estudios universitarios. Por haberme matriculado como alumna especial, me fui atrasando en algunas materias, pues solo se le permite a los alumnos especiales matricular cuatro materias y el pensum por semestre es de seis materias por semestre. Los tres primeros semestres para mí en la universidad fueron fáciles, aunque en algunas clases me quedaba dormida, porque estaba acostumbrada a dormir por la tarde y ya no podía por el estudio, además como yo soy hipertensa, tomaba aguas aromáticas de cidrón, mejorana y toronjil y como son hierbas relajantes, producen sueño. Las compañeras más jóvenes se burlaban de mí por dormilona y hacían comentarios que disgustaban a Irne, mi paisano, compañero de trabajo y de estudios universitarios; un día cuando terminó la clase y salimos a abordar el bus para regresar a Puerto Tejada, Irne me regañó fuertemente y me dijo: "Usted no ha venido a dormir a la universidad, sino a estudiar", pero a él no le molestaba tanto que yo durmiera, sino que le dolía cómo se burlaban de mí, yo ni cuenta me daba, porque cuando despertaba, ellas se hacían las disimuladas. Cambié las aguas aromáticas por tinto, para no dormir en clase, porque Irne tenía la razón y todos los días me tomaba un tinto antes de entrar a clases para no dormirme.

A partir del cuarto semestre empecé a sentir que las clases eran más duras, casi "tiro la toalla", pero pensando en lo que ya había invertido, me esforcé para continuar. Empecé a sentir dificultad, porque había que estudiar analíticamente y mi formación académica anterior había sido memorística. Aunque me pasé casi diez años en la universidad y tuve que repetir algunas materias, me sostuve en la universidad, hasta que gracias a Dios, ya logré mi objetivo: escalar otro peldaño hacia la cima del saber.

Lograrlo me costó luchar mucho, porque Padilla, mi lugar de trabajo, es un municipio que está ubicado a doce kilómetros de Puerto Tejada, hacia el oriente de este municipio y hasta hace solo un año el transporte era muy difícil, porque la carretera parecía camino de herradura. En verano mucho polvo y en invierno muchos huecos y barro, muchos

pantanos, en ocasiones parecía que el carro ya se iba a voltear. Afortunadamente, Dios con su gran misericordia, siempre nos protegió y no tuvimos ningún accidente, también nos tocaba viajar apilonados en esos buses porque pasaban cada hora y a veces había que esperar hasta dos horas. A eso se le sumaba la incomprensión de los compañeros, porque en ocasiones tenía que salir más temprano del trabajo o pedir permiso para poder cumplir con las exigencias de la universidad, o para poder llegar temprano a las clases.

Todas estas dificultades fueron superadas con el apoyo moral y económico de muchas personas que me impulsaron a seguir adelante hasta lograr el éxito, tanto en mis estudios, como en mi trabajo.

Cada vez que recuerdo las palabras de doña Ana María, pido a Dios que la bendiga y la guarde por sus sabios consejos y es muy real que educarse a sí mismo requiere sacrificio.

Aconteceres en la vida de una maestra de escuela

Teresita de Jesús Cabezas Valois

Espacios y personajes inolvidables en mi formación como maestra

El 23 de abril del año 1998, asistí al recital de piano, presentado por el pianista uruguayo Manfred Gerhardt en el Paraninfo Francisco José de Caldas, Universidad del Cauca. Hacía casi treinta años —1969— había estado allí, no para asistir a un concierto, sino para estar presente en mi graduación, pues recibía mi título de ¡Maestra!

En el silencio del recinto se agolparon en mi mente los recuerdos: sentí de nuevo la emoción de ese maravilloso día en el que recibí mi título. Culminaban así, en un ir y venir, unos maravillosos días de angustias, sufrimientos y alegrías, vividos en dos espacios que recuerdo con todo el amor que se siente por los sitios en los que hemos sido felices a pesar de los problemas que plantea la vida.

El proceso de formación para llegar a desempeñarme como maestra, lo desarrollé en dos instituciones, la Normal Departamental de Cali y la Normal Superior de Señoritas en Popayán. Ingresé a la Normal Departamental de Cali, cuando terminé la primaria. Me tocó en suerte ser una de las alumnas fundadoras, pues en el año en que comencé mis estudios secundarios, fue también el año en que esta institución inició labores en algunos salones cedidos por la Escuela San Vicente de Paul, donde yo estudiaba.

El gobierno departamental, ante el pedido de vecinos del barrio Salamia, donde estaba situada la escuela, quienes reclamaban para el

sector la creación de colegios de secundaria, decidió fundar la Normal y solucionar en parte el déficit de cupos y darle así la oportunidad a un numeroso grupo de jóvenes del sector, que queríamos realizar estudios secundarios.

Cursé los dos primeros años en la Normal Departamental; en el transcurso de esos dos años, deambulamos por varias sedes, casi todas escuelas públicas, en las que cedían, como en la primaria, algunos salones para su funcionamiento. A pesar de los inconvenientes que esta generaba, recuerdo que disfruté de todo lo que hacíamos.

El trabajo académico se desarrollaba básicamente, según el modelo adoptado en el bachillerato clásico. Casi todas las profesoras eran maestras de primaria, que estudiaban en las universidades de Cali, especializándose en diferentes áreas. Las recuerdo con cariño, pues desarrollaban su trabajo con ímpetu y alegría. Todas eran muy especiales: Luz Dary Miranda, profesora de orientación vocacional, estricta, exigente, muy profesional en su trabajo, Martha Bermúdez de ciencias sociales, excelente en sus explicaciones, nos transportaba a tiempos y espacios antiguos, mostrándonos mediante cuadros sinópticos el desarrollo cultural de la humanidad; paseábamos imaginariamente por los asentamientos de importancia cultural; cuando de exigir cumplimiento en el trabajo académico lo hacía con rigor. Pienso que ellas influyeron decisivamente en la forma como he desarrollado mi pensamiento humanista y político.

El profesor de música, Santiago Velasco Llanos, reconocido a nivel local y nacional, como uno de los mejores directores de agrupaciones corales. Por supuesto, el coro de la Normal, cuando él lo dirigió y al que pertenecí era de los mejores; el profesor Velasco Llanos era eminentemente un maestro. Inolvidable el profesor Daniel Romero, de dibujo, poseía una encantadora sonrisa, sus clases eran amenas y las disfrutábamos al máximo. En ellas descubrí mi gusto por el dibujo en perspectiva; casi de la mano nos llevó por el camino de las líneas y formas, haciendo hincapié en la importancia de adquirir agilidad y conocimientos en esta área, a fin de facilitarnos el trabajo, cuando nos correspondiera hacerlo como maestras.

El área de español la dictaban las profesoras Luz Mila Amaya y Alba de Manzano, quienes con su excelente manejo del idioma y la

orientación en el trabajo, despertaron en mí, el deseo de conocer en profundidad la estructura lingüística de nuestra lengua; como las demás, estas profesoras realizaban su trabajo con dedicación.

Es difícil recordar detalladamente, todo lo que se dio en mi relación con cada una de las profesoras, lo cierto es que este grupo de profesoras y su trabajo influyen preponderantemente en mi formación y me alentaron a continuar mis estudios, para llegar a ser profesional.

A pesar de que el estudio era lo más importante para mí, no aprobé el curso segundo en la Normal Departamental, pues descuidé mi trabajo académico, desviando el interés hacía otro objetivo; creí estar enamorada. Lógicamente esto me perjudicó.

Mi mamá preocupada por lo negativo de esta relación, decidió enviarme a la Normal de Señoritas de Popayán, pretendía así alejarme de la distracción y asegurarme la continuidad de mis estudios. En ningún momento me revelé ante esta decisión, siempre fui obediente, pensaba que si mi mamá lo hacía era por mi bienestar, además la idea de vivir en otra ciudad me agradó. Me preocupaba sí, de cómo sería el internado y de si me adaptaría a vivir lejos de mi casa, dejando mis hermanos, mis amigos y todo lo que hasta ese momento había significado tanto para mí.

Mi mamá fue una de las alumnas fundadoras de la Normal Nacional de Señoritas de Popayán. Conversando con ella acerca de sus años de estudiante en esta institución, me contó algo que me parece valioso comentar: la Normal fue creada en la ciudad de Cali. El gobierno nacional, buscaba solucionar uno de los problemas que aún hoy persiste, como es el del olvido en el que se han mantenido las comunidades negras e indígenas. Por eso, determinó crear la Normal y traer a ella, niñas de los departamentos con regiones costeras, niñas que quisieran formarse como maestras.

Después de cuatro años de formación, volverían a sus regiones a realizar tareas de alfabetización. Efectivamente llegaron a Cali, cincuenta niñas de los departamentos del Chocó, Cauca, Valle del Cauca y Nariño; la mayoría eran de raza negra. Fueron instaladas en una casa situada en un sector aledaño a las orillas del río Cali, exactamente en el sitio donde hoy se asienta el Centro Administrativo Municipal —CAM—. Corrían

los años 30 cuando la llamada "alta sociedad" caleña, se percató de esta situación y protestó enérgicamente; para un grupo de personas de alta sociedad, era una afrenta que tantas negras e indias circularan por las calles caleñas bajo la protección económica del gobierno. Fue así como un buen día, las alumnas salieron con sus profesoras a pasear a la ciudad de Popayán; estando allá, les dijeron que no volvieran a Cali, pues las autoridades educativas habían decidido que la Normal seguiría funcionando en Popayán.

Así pues, fue creada la Normal a donde llegué en 1964. No fue fácil trasladarme de la ciudad al internando, pues solo había estado lejos de casa por vacaciones. Sin embargo, debo reconocer, separarme de lo que hasta ese momento era mi mundo, representaba un gran reto. El contacto con mi familia, con mis amigos quedaría reducido a los períodos de vacaciones. Sin embargo, debo reconocer que no fue tan traumático como lo imaginé, pues me acostumbré rápidamente a la vida del internado.

Por ser la Normal una institución de carácter nacional, llegaban a ella profesoras y estudiantes de distintas regiones del país. Esto hacía de la Normal un lugar especial. Las estudiantes en gran mayoría, llegaban de los departamentos del sur-occidente: Chocó, Valle del Cauca, Nariño, algunas de los departamentos de Caldas, Huila, Tolima, costa atlántica y muchas de los diferentes municipios del departamento del Cauca. También las profesoras llegaban trasladadas de otras instituciones nacionales, de Cali, Pasto, Bogotá, Tunja, Barranquilla, Pasto y demás. La diversidad de origen, las distintas costumbres y formas de ser, hacían de la Normal un espacio enriquecedor. Semejábamos una gran familia de miembros muy heterogéneos.

Dejar atrás nuestros hogares durante meses y años, convivir bajo las estrictas normas de la institución, no fueron obstáculo para que disfrutáramos cada día, cada momento en nuestro nuevo hogar, la Normal.

Las tolimenses y huilenses, buenas estudiantes, dedicadas a su trabajo académico; de trato amable, les gustaba compartir con todas, lo que les enviaban de sus casa: dulces, pan queso, etc. Las vallunas, muy alegres, casi siempre lideraban los cuentos y se preocupaban por participar activamente en todas las actividades propuestas;

las pastusas y las caucanas dedicadas, muy responsables, buenas estudiantes; difícil establecer con ellas relaciones de amistad, por momentos siente uno que solo lo aceptan.

De todas maneras, cuando nos involucramos con tantas personas, la pluralidad de carácteres, las distintas condiciones, contribuyen a enriquecer de alguna forma nuestra experiencia personal y ayudar a formar y templar nuestro carácter.

Se daba la rivalidad entre cursos, por circunstancias como el rendimiento académico, los buenos resultados de las actividades propuestas, la preferencia de profesoras, en fin, todo lo que se puede generar en una comunidad educativa, que además de numerosa, era polifacética. Hoy lo veo como algo maravilloso, pues compartir con tantas personas, por varios años me permitió conocer mucho de la forma de ser, costumbres y criterios, de diferencia de pensamiento y comportamiento de las alumnas, que representaban su regiones —de aquí en adelante aprendí a valorar a las personas en lo justo, a reconocer las diferencias, y tomar para mí lo mejor de ellas—.

La Normal Nacional de Señoritas de Popayán, es una construcción enorme, compuesta de varios edificios llamados pabellones, destinados a servir de dormitorios a profesoras y estudiantes. Construcción de dos plantas, separados unos de otros por hermosos jardines, amplías terrazas, lugares donde nos reuníamos a estudiar y a jugar. Delante de los pabellones de los dormitorios, estaba el pabellón central donde se ubicaban los salones de clase, oficinas, el comedor, la capilla y demás espacios destinados al trabajo académico.

Frente al pabellón central se encontraba “la pista”, espacio amplío de forma circular, rodeado de pérgolas, muchos árboles que ofrecían acogedora sombra, abundantes plantas con flores, azaleas y hortensias, siempre florecidas imprimiéndole al paisaje de nuestra Normal el toque de alegría. Una amplia avenida separa el pabellón central. A la derecha de este pabellón el terreno se eleva, allí estaba la bella gruta de la virgen; a ella se llegaba por un camino artísticamente empedrado, bordeado de hermosos pinos, que los jardineros podaban dándoles diversas formas. En ese lugar terminaban las procesiones que se realizaban en el mes de mayo, dedicadas a la virgen patrona de la Normal, además se llevaba a cabo el reinado normalista, concursaba una

candidata por curso, organizábamos veladas, era el mes del jolgorio —claro, sin descuidar nuestros estudios—. El 31 de mayo culminaban las festividades, era el día de gala: ceremonia solemne, presentación de revistas gimnásticas, comida especial y baile. Eran invitadas autoridades civiles, militares, egresadas de la Normal, padres de familia y demás miembros de la familia normalista.

Fueron cinco años maravillosos. Las profesoras conformaban un grupo con un sentido de responsabilidad, muy profesionales en su trabajo, empeñadas en mantener en alto el buen nombre de la institución, considerada a nivel nacional como uno de los mejores centros educativos, formadores de maestros.

La mayoría de las profesoras, incluyendo la rectora, eran internas. Esta circunstancia nos permitía compartir de manera más intima nuestra vida en la Normal. Particularmente, pienso que esto influyó profundamente en mi formación personal, poder estar con ellas por fuera de los salones de clase y en distintos momentos, nos permitió conocerlas mejor, confrontar nuestras opiniones con las de ellas y enriquecer así nuestros conocimientos.

Recuerdo especialmente a Aura Enriquez Córdoba, profesora de biología, era de Pasto. La admiré profundamente, además de ser excelente en su materia, era artista, pues tocaba el violín y en los momentos de descanso nos deleitamos escuchándola. Leonor Cuervo, bogotana, profesora de inglés, recordaré su cara adornada de innumerables pecas, cuyo color se acentuaban cuando se disgustaba. Con ella aprendí lo poco que sé de inglés; ella no era licenciada en idiomas, su especialidad era traducción simultánea, pero era excelente maestra, con las mejores condiciones para trasmitir sus conocimientos, estricta e inflexible a la hora de evaluar nuestro trabajo. Cuando tenía a cargo la disciplina, nos hacía temblar, debíamos cumplir a cabalidad las labores, nos vigilaba constantemente en las horas de estudio, reprendiéndonos severamente cuando nos sorprendía incumpliendo las órdenes impartidas.

Leonisa Estrada, manizalita. Tenía a cargo el área de sociales; recuerdo la dinámica de sus clases que eran magistrales, era una enciclopedia, dominaba ampliamente la geografía y la historia, esto le permitía captar totalmente nuestra atención, nos apabullaba con su

mirada sus ojos de expresión dura y firme iba de un lado a otro del salón haciendo en el tablero cuadros sinópticos, tejiendo nombres, fechas, lugares, sucesos, era toda una aventura, un viaje maravilloso. En el año 1967, la señorita Leonisa Estrada fue ascendida a rectora de la Normal, empezamos a sentir el peso de sus exigencias. Cursábamos el grado quinto, iniciábamos las prácticas docentes; para ella éramos ya maestras y como tal, debíamos compaginar nuestro trabajo con el de las alumnas de último grado, participando en todas las actividades de la Normal, de la escuela Anexa y otras escuelas afiliadas. Por turnos, le colaboramos a la profesora que le correspondía la disciplina semanalmente, las alumnas de los cursos inferiores se dirigían a nosotras cuando requerían ayuda en alguna circunstancia, el trabajo era intenso. Cuando ingresamos al grado sexto el trabajo fue agobiante. Prácticamente la escuela Anexa, nuestro laboratorio, quedaba a nuestro cargo, lo mismo que las escuelas afiliadas, por tanto debíamos desarrollar todas las actividades de organización y llevar a cabo las actividades propuestas, todo esto sin descuidar nuestras obligaciones de estudiantes normalistas. Muchas noches nos dormíamos llorando, pensando en el resultado final de todo el esfuerzo que hacíamos, en las calificaciones que las maestras consejeras darían a nuestro trabajo, en las clases a preparar, en los materiales a conseguir y en todo lo que implicaba tener un: "¡Sí se puede graduar!". Todo esto formó en nosotras un gran sentido de responsabilidad y Leonisa Estrada contribuyó en gran manera a esto.

Cuando estábamos en tercer grado, la profesora Diva Álvarez, dictaba el área de sociales; sus ojos pequeños de color miel, eran de mirada penetrante, como las demás nos exigía responsabilidad y cumplimiento. A los dos años de terminar mi grupo, nos enteramos que había muerto de cáncer. Laura Cortés del Huila, profesora de idiomática —español— había sido monja, por supuesto nos aplicó las disciplina en la que ella se había formado, nos exigía al máximo y sus clases eran de lo mejor. Persona de gran calidad humana. Fidel de los Reyes, profesor de dibujo, escultor, pintor, descendiente de una familia de artesanos ecuatorianos —su padre esculpió las figuras del viacrucis que observamos cuando se sube a la Iglesia de Belén en Popayán—, con él desarrollamos trabajos en dibujo, decoración, arcilla, perspectiva y muchas actividades en esta área.

Alfredo Lleras, payanés, profesor de música, llegó muy joven a la Normal, disfrutábamos mucho de sus clases, se esforzaba por hacerlas agradables y organizó un grupo coral excelente, en el que participé.

Hoy me es imposible recordar en detalle la relación que tuve con cada uno de los muchos profesores que conocí a la largo de los cinco años en la Normal. Mi memoria no es suficientemente fidedigna para recordar exactamente todos los rasgos y carácteres de ellos, solo puedo decir que todos contribuyeron de la mejor manera en mi formación personal y profesional.

Adoro la Normal, es decir, el espacio donde pase cinco años de mi vida y aunque no todo fue color de rosa, considero que todo lo que allí se dio me afectó positivamente. La férrea disciplina, la organización de la institución misma, el excelente trabajo académico, la calidad del profesorado, me ha ayudado a través de todos estos años a desempeñar mi trabajo responsablemente. Salí de la Normal de Popayán en el año 1969 con la convicción firme de ser una maestra preparada para enfrentar la labor docente.

Mis padres, mis hermanos...

Formo parte de una familia compuesta por ocho hijos, además de mis padres. Cinco hermanos hombres y tres mujeres, una de mis hermanas falleció hace nueve años. Somos de ascendencia costeña, mi mamá es de Tadó —Chocó—, mi papá de Tumaco —Nariño—. Se conocieron en Popayán, mi papá estudiaba derecho en la Universidad de Cauca. Mi mamá ejercía ya su profesión de maestra en un pequeño pueblo del Cauca llamado Asnasú. Uno de mis tíos, hermano de mi mamá, estudiaba ingeniería en la misma universidad de mi papá, y era amigo de éste y fue él quien propicio la relación entre mis padres.

Cuando se conocieron, mi mamá ya había tenido una experiencia matrimonial, se había casado muy joven pero enviudó en poco tiempo, de esta unión quedó un hijo, mi hermano Alberto que hoy cuenta con 57 años.

En 1947, cuando mi papá cursaba el último año de su carrera decidieron casarse; mi papá continuó estudiando y mi mamá su trabajo. Al

año siguiente, en 1948, en el mes de marzo nace mi hermano Daniel, hoy tiene 50 años, es un excelente abogado, dedicado a la docencia en la Universidad Santiago de Cali, especialista en derecho civil.

Mi papá termina sus estudios, recibe su título y decide trasladarse a Buenaventura, donde inicia el ejercicio de su profesión. Corría el año de 1948, época de violencia política, el asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de ese año convulsiona el país. En todas las regiones se desata implacablemente la persecución y los asesinatos políticos, liberales y conservadores convierten el país en un campo de batalla. En los campos, pueblos y ciudades pequeñas, las gentes viven días de zozobra y angustia.

Para protegerse, muchas familias emigran a las ciudades más grandes para salvar sus vidas. Mi papá militante del Partido Liberal, al sentirse amenazado en Buenaventura, decide trasladarse a Cali, se instala en esta ciudad y ejerce allí su profesión, lo que ha hecho continuamente por 50 años. Mi mamá entonces permanecía en Buenaventura y viajaba a Cali continuamente. Nací en el año 1949, llegarían luego Ayza, Tomás, Ciro, Vanio y Eunice, mis hermanos menores.

La relación no funcionaba bien entre mis padres. Al cabo de diez años se terminó.

Llegamos a Cali, cuando yo estaba por cumplir ocho años. A mi mamá le adjudicaron una casa en el barrio Salomia, lo que nos permitió establecernos en esta ciudad definitivamente, la que ya conocíamos porque viajábamos con frecuencia a visitar a mi papá.

Estando acá, el rompimiento entre mis padres se acentuó. A pesar de esto, mi papá no se alejó del todo, nos visitaba varias veces en la semana, nos ayudaba económicamente. Siempre aconsejándonos el cumplimiento de nuestros deberes, manifestándonos su deseo de que todos estudiáramos y obtuviéramos un título profesional. Él es el culpable de mi afición por la lectura, nos llevaba cuentos, las mejores revistas, pagaba la suscripción para que el periódico nos llegara diariamente, nos daba dinero para ir al cine, a pasear y muchas otras cosas.

Cuando se separaron, mis padres decidieron que los hijos permaneceríamos con mi mamá y mi abuela paterna, quien decidió quedarse con nosotros. Estaba con mis padres desde que nació mi hermano

Daniel y no quiso alejarse de nosotros, pues éramos sus únicos nietos. Vale la pena escribir aquí algo sobre ella, pues fue muy importante para todos nosotros en nuestra infancia. Se llamaba Teresa; de baja estatura, de color cobrizo, hija de una negra y un indio peruano, nacida en una población de la región costera nariñense conocida como la sierra. Era analfabeta, pero poseía la sabiduría del indio. En las noches, nos sentábamos a escuchar sus historias. Lavando y planchando ropas ajenas, había criado a sus hijos, excelente cocinera enseñó a mi mamá los secretos de la cocina costeña. Nos acompañó por muchos años, hasta que otro hijo de ella, marinero de profesión la llevó de nuevo a Buenaventura, murió allá a la edad de 104 años.

Mi madre es una hermosa mujer que hoy, a sus 77 años, conserva mucho de la belleza que la distinguió siempre. De rasgos finos y suaves, negra de mediana estatura, adornada su belleza con un espíritu alegre y festivo, poseía una voz hermosa de la que nos enorgullecíamos. Los fines de semana nos sentábamos en las noches en el patio de la casa a escucharla cantar y a aprender las canciones que interpretaba.

A pesar de los problemas familiares se veía contenta, dispuesta siempre a hacernos sentir bien, organizaba paseos a los sitios de recreo cercanos a Cali: al río Santa Rita, al río Meléndez, al río Timba y muchos otros. Invitábamos a nuestros amigos y armábamos un numeroso grupo de alegres paseantes, dirigido por ella.

En vacaciones nos mandaba a pasear a fincas de personas amigas, a Buenaventura. Se preocupó siempre por proporcionarnos esa alegría que en ella era desbordante. No todo fue jolgorio, mi mamá era severa, exigente, sobre todo con los varones, a las mujeres nos trataba suavemente. El tener ocho hijos bajo su responsabilidad, la obligó a manejar las situaciones con mano dura. De su madre —mi abuela— heredó un carácter fuerte y dominante, de mi abuelo el trato amable, cariñoso y un buen gusto por el arte.

Mi mamá tocaba bandola, cantaba, escribía cuentos, perteneció al coro de maestros de Cali llamado *Orfeon*. Laboró como docente por 31 años en varias escuelas del Cauca, Buenaventura y Cali. Cerca de diez años se desempeñó como directora de la Escuela Rafael Zamorano, ubicada al norte de esta ciudad. En esa época las directoras dirigían

las escuelas y tenían a cargo un curso, además la jornada de trabajo se extendía de las 7:00 a.m. a las 11:00 a.m., salían a las casas para almorzar y regresaban a las 2:00 p.m. hasta las 4:00 p.m. No recuerdo exactamente cuando se instauró la jornada única, pero desde ese momento, hasta que terminó su trabajo de maestra, mi mamá laboró en la jornada de la tarde.

Noté siempre las buenas relaciones que ella establecía con sus compañeras de trabajo, con estudiantes y padres de familia. No puedo decir nada acerca de su desempeño en el aula de clases; cuando por alguna circunstancia iba a la escuela donde ella trabajaba, no entraba a los salones. Recuerdo si los paseos, fiestas y demás actividades recreativas, porque ella nos llevaba siempre.

Hace 23 años está jubilada, dedicada a descansar y sobre todo a viajar que ha sido su *hobby* siempre.

Mi niñez... la escuela... mi adolescencia

Nací el 18 de marzo de 1949 en el puerto de Buenaventura, ciudad enclavada en la bahía de su mismo nombre, situada al occidente del Valle del Cauca, en la región costera del Pacífico.

Está grabado en mi memoria el fuerte olor de lluvia, de madera mojada, de pescado de las calles empedradas de brisa marina. La imagen de canoas, lanchas y sus conductores musculosos, cuya piel brillaba con destellos bajo los fuertes rayos del sol que caen directamente en el trópico. Barcos enormes entraban y salían de los muelles del puerto, al verlos me preguntaba: ¿Por qué no se hunden siendo tan grandes y pesados?

Admiraba profundamente el paisaje, los atardeceres y los paseos a la orilla del mar, el colorido de las barcas que lo surcaban. Me extasiaba escuchando la música interpretada por músicos de la región, lo mismo que los bailes y danzas folclóricas; los fines de semana, en las noches, en un sitio cercano a la casa donde vivíamos se reunían hombres, mujeres y niños para danzar alegremente al son de tambores y marimbas —instrumento hecho de listones de guadua, que al golpearlos con unos palitos produce hermosos sonidos—. Recuerdo un personaje del

pueblo, al que siempre veíamos pasar ofreciendo: "¡Pescado fresco!". Los llevaba en tarros atados al extremo de una vara, que colocaba sobre sus hombros debajo de la nuca. Llamaba nuestra atención su figura delgada, su piel amarilla, ojos pequeños y rasgados, era chino; había llegado al puerto emigrando de su país, con muchos otros a establecerse en este puerto.

Cuando tenía siete años, por decisión de mis padres nos trasladamos a Cali, nos adaptamos rápidamente. Llegamos al barrio Salomia a la casa que le habían adjudicado a mi mamá, con nosotros llegaron al barrio numerosas familias —iniciamos allí otra etapa de nuestras vidas—. Conocimos otras personas e hicimos amigos. Ingresamos a la escuela, pues todos estábamos en edad escolar. Ingresé a la Escuela San Vicente de Paul, que era una construcción muy grande, con amplios salones alrededor de un ancho patio de forma rectangular, de grandes y brillantes corredores, adornados con grandes materas en forma de tinajas y de color vino tinto, sembradas con enredaderas de variados colores y otras plantas, que siempre estaban florecidas. Era un sitio lindo y acogedor. Esta escuela la dirigían las hermanas vicentinas, religiosas que allí tenían uno de sus conventos, había también maestras laicas a quienes recuerdo con afecto. A diferencia de la mayoría de personas que estudiaban en esta época, no sufrí atropellos ni castigos severos que me afectaran física o psicológicamente. Asumía que era necesario que ellas nos exigieran para así obtener mejores resultados en nuestro trabajo. Yo obedecía todos sus mandatos y me complacía en cumplir mis deberes escolares.

¡Eran días alegres! Recuerdo especialmente mi primera comunión. Fue espectacular: durante tres días permanecíamos semi-internas en la escuela de 7:00 a.m. a 5:00 p.m. en los llamados retiros espirituales, nos reunían en un salón especial que formaba parte del convento, allí leíamos o escuchábamos narrar las vidas ejemplares de los santos, cantábamos, realizábamos trabajos manuales y las mojas nos aleccionaban acerca de los valores, las buenas costumbres y en todo lo que debíamos poner en práctica como buenas cristianas. El tercer día iba el párroco del barrio a confesarnos, ensayábamos la ceremonia del día siguiente. La escuela era adornada con festones y ramos de flores blancas, se disponía uno de los salones para el desayuno de

las comulgantes, la mesa era adornada con espigas de trigo y ramos de uvas. Ese día era fastuoso, las demás alumnas con el uniforme de gala, las maestras y padres de familia todos vestidos elegantemente. Las niñas que comulgábamos con largos y bellos vestidos blancos, corona, velo, flores en las manos, parecíamos novias. Después de la ceremonia, en las horas de la tarde celebrábamos con fiestas en las casas. Mis hermanos, Daniel y Ayxa hicieron la primera comunión el mismo día, tuvimos una fiesta muy bonita compartida con el grupo de vecinos y amigos.

Terminé la primaría y pasé a la recién creada Normal Departamental. Pasar al bachillerato significaba, según nuestros padres, convertirnos en personas serias y responsables. Para mí no fue difícil adaptarme al ritmo de trabajo, me las ingeniaba para cumplir con mis tareas y dedicar un tiempo a jugar, cosa que hice hasta muy grande. Cambié luego los juegos por la lectura, el cine, la música, las visitas a las exposiciones. Se despertó en mí el ansia de apreciar todas las manifestaciones del arte. Con mis hermanos y amigas íbamos a conciertos, a obras de teatro, disfruté de muchas programaciones culturales, pues los estudiantes podíamos entrar a estos programas pagando menos.

Se acentuó el ansia por leer, el camino de la lectura que había iniciado siendo muy niña con el periódico, las revistas, los cuentos, derivó a las novelas románticas, las enciclopedias y todo lo que caía en mis manos. A través de los años y en el avance de mis estudios, empecé a seleccionar lo que quería leer, llegaría entonces la lectura de los clásicos, las novelas de autores famosos, la poesía; conocería entonces a Neruda, Machado, Borges, Silva y muchos más.

¡La lectura ha sido un alimento para mí! Considero que esta inclinación ha sido muy importante en mi vida, ella me ha hecho universal, permitiéndome adentrarme en el pensamiento de los hombres y las mujeres que han vivido en diferentes épocas, conocer diferentes culturas, confrontar mi pensamiento con los de los seres más valiosos de la humanidad, que han plasmado en los libros los de ellos.

No fui una adolescente conflictiva, al igual que todos los jóvenes, buscaba aclarar dudas, explicar lo inexplicable, solucionar los conflictos

cotidianos en la casa, en el colegio, con mis hermanos, mis amigos y con mi madre. No fue traumático asumir los cambios generados al interior de la familia cuando crecimos. En los libros encontré respuesta a muchas de mis inquietudes.

Mi pensamiento... mi trabajo de docente...

Terminaba la escuela primaria, cuando se creaba la Normal Departamental, como ya lo referí. Por consejo de las maestras y de mi madre, en el sentido de aprovechar la oportunidad que nos brindaban, acepté ingresar a la Normal. Estar allí era garantía de mantener la continuidad de nuestros estudios, además representaba para mi mamá menos gastos para mí; como la Normal era una institución pública, a los hijos de maestros nos exoneraban del pago de matrículas y pensiones y no tendría que pagar transporte, pues estaba cerca de la casa, solo pagaría los uniformes, los libros y útiles escolares y lo relacionado con gastos por actividades.

En ese momento no era claro lo que deseaba, acepté la sugerencia de ingresar a la Normal, sin decidir conscientemente ser maestra, me impulsaba más el deseo de seguir estudiando. Desde pequeña escuchaba a mi madre decir: "¡Los negros en Colombia deben estudiar para hacerse valer!". El estudio entonces era prioridad para nosotros, pues al igual que todos los negros nos enfrentábamos a la discriminación racial.

En nuestro país, como en el resto del mundo, la discriminación racial ha llegado a extremos insospechados, el problema es tan grave que me atrevería a decir que circula en la sangre de las personas. Por siglos y siglos, al negro se le ha considerado un ser inferior y como tal se le ha tratado, se les ha relegado a tal punto, obligándolos de una u otra manera a conformarse. Los hombres y mujeres negros han desempeñado siempre las labores que requieren de esfuerzo físico, los hombres en las minas, en los campos labrando, cosechando, cortando caña y las mujeres en los oficios domésticos, como esclavos en las primeras épocas de nuestra historia, después para procurarse el sustento y la supervivencia. Más tarde derivaron su trabajo a labores sociales, sobre todo las mujeres convirtiéndose en maestras y enfermeras. Hoy el

problema continúa, aparentemente hay aceptación pero esto no es del todo cierto, muchos negros han luchado por salir de la marginalidad, pero cuando lo consiguen, solo quieren imitar al blanco.

En nuestro país hoy ya hay muchos negros profesionales en diversas carreras, pero son minoría frente al crecido número de negros discriminados por todo el territorio colombiano. Para nosotros no ha sido fácil, la mayoría de mi familia es negra, por diversas circunstancias se ha mezclado y la componen muchas personas, de muchos colores: de piel de negro a blanco, pasando por trigueños oscuros, claros, etc.

Bueno, escribir sobre esto será siempre importante y necesario para mi, pienso que este problema será superado por la humanidad, cuando el hombre sea consciente de sí, cuando el negro acepte su color como una más de las diferencias entre los seres humanos, cuando el blanco se dé cuenta que la diferencia solo es de ¡melanina! y cuando se haga intenso trabajo de reconocimiento, igual al que se ha hecho para subvalorar al negro.

Asumida como una muestra negra colombiana, continúo narrando mis años de estudiante y mi trabajo como docente. El trabajo académico se desarrolló básicamente de acuerdo con los programas del bachillerato clásico: matemáticas, español, sociales, inglés, música, dibujo, orientación vocacional, danzas, teatro, ciencias naturales, educación física y religión, eran las materias que componían el pensum del bachillerato.

Pasamos de tener una maestra para todas las áreas en la primaria, a un profesor para cada materia en el bachillerato. Cada uno era autónomo en su materia y la orientaba de acuerdo a sus conocimientos, experiencia y formación académica. No había un modelo específico a seguir, la mayoría se apegaban a los lineamientos de los programas oficiales, utilizando las exposición de los temas y las explicaciones pertinentes, el dictado para consignar los contenidos y la evaluación a través de: lecciones de memoria, tareas, trabajos, talleres y evaluaciones escritas. A mitad del año escolar se realizaban los exámenes semestrales; la calificación obtenida en estos, se sumaría a los de los exámenes de fin de curso para redondear en una calificación final.

Corrían los años 60, los mejores años de este siglo. Cambios políticos y sociales afectaban al mundo y nuestro país no era ajeno a esto. La

juventud ávida de emociones, movimientos estudiantiles y sindicales, cambiando las pautas de pensamiento político y social en el ámbito mundial. De una u otra manera, todos nos afectamos. Los jóvenes inclinados a participar activamente en los cambios sociales, admirábamos los revolucionarios cubanos, Fidel Castro, El Che Guevara, la Revolución Rusa, la organización socio-política que se gestaba en los países socialistas; leíamos todo lo que llegaba a nuestras manos y soñábamos con nuestra revolución.

Pronto este sueño perdió vigencia para nosotros, nuestra realidad era otra, para muchos analistas una revolución en Colombia no se daría fácilmente, la historia lo muestra claramente. A través de mis lecturas acerca de la historia de nuestro país, he analizado lo inmanejable de nuestros conflictos, cómo los partidos políticos, convertidos desde siempre en asociaciones corruptas, han llevado a la desesperanza, al conformismo, apatía y falta de compromiso de los colombianos.

Nunca he participado del trabajo político en grupos, siempre he rehuido esta clase de compromisos, sé que no tengo condiciones para asumirlos desde las perspectivas que en ellos se plantea. La mayoría orientan su trabajo a satisfacer intereses particulares, alejados del sentir del pueblo, hundiéndolo cada vez más.

Mi sentir social en contra de esto incidió definitivamente en mi decisión de ser maestra, pude haber estudiado otra carrera, la bacteriología, conocer ese mundo biológico oculto normalmente a la vista humana, que someramente conocíamos en el bachillerato en las clases de biología y que tanto llamó mi atención. Pero actuando de acuerdo a mi pensamiento y a los sueños alimentados por la lectura, me incliné por el trabajo que me permitía trabajar con personas y caminar avanzando con ellas en la construcción del conocimiento, fortalecimiento de criterios y en el desarrollo integral como personas. Construir una vida es difícil, enfrentarse a múltiples problemas, obstáculos y situaciones creadas culturalmente, abocados a decidir, a solucionar nuestros conflictos, importantes ante la magnitud de los dolores del mundo, nos ha sumido en el conformismo y la desesperanza. La intolerancia, la falta de solidaridad, el antagonismo, la diversidad de problemas sociales que nos acosan, en tanto no podemos asumirlos, nos llevan a situaciones inmanejables. Tomemos como ejemplo uno

de los problemas a los que muchos nos hemos enfrentado: la discriminación racial; soy negra, lo es también mi familia en su mayoría, que hoy por circunstancias diversas se ha mezclado y hay en ellos otros colores de piel. Desde niña, cuando llegamos de Buenaventura a Cali, ciudad de mayoría "blanca", percibí el rechazo por el color oscuro de mi piel, sobretodo de los adultos y de los niños, cuyos padres les prohibían acercarse a nosotros; con el paso del tiempo esto cambió por lo menos en nuestro barrio y con nuestros vecinos, razón por la cual nuestra niñez y adolescencia en el barrio Salomia fue maravillosa, aún hoy conservamos amistad con muchas de las personas que compartieron con nosotros esa etapa de la vida.

Mi mamá fue clave para que nosotros lográramos enfrentarnos a la segregación racial, con sus palabras nos alentaba desde que éramos niños: "¡Estudien! En este país los negros deben estudiar, solo así pueden destacarse en la sociedad". Estas palabras y el deseo de trabajar con la gente, influyeron en mi decisión de ser maestra.

En el mes de octubre de 1969 obtuve el nombramiento oficial. Me nombraron docente de la Escuela Ángel Piedrahita. Llegué a esta el 28 del mismo mes. Esta escuela estaba situada al nororiente de la ciudad, en el barrio Olaya Herrera, allí permanecí quince años, tiempo en el que acompañé a muchos niños en los cinco cursos del nivel primario.

El primer día fue terrible; me asignaron un grupo de cincuenta niñas, en el curso cuarto. Llegué al salón de clases asustada. Esbocé una sonrisa, dije mi nombre, les conté de donde venía, traté de mostrarme segura e infundirles confianza. Procedí luego a llamar a lista, pidiéndoles que se pusieran de pie a su turno, para así grabar sus nombres y su fisonomía.

El panorama era desolador. No era la escuela Anexa de la Normal de Popayán, en la que las practicantes obligatoriamente la organizábamos de la mejor manera: limpia, bonita, con lindas carteleras y mucho material didáctico elaborado para las clases y las diversas actividades que desarrollábamos. El alumnado, las maestras consejeras, las practicantes, todas nos desempeñábamos bajo la más estricta organización. La escuela a la que llegué era otra cosa: una edificación sin muchos atractivos, con salones grandes alrededor de un pequeño patio, separados de éste por corredores estrechos; en la parte trasera del edificio,

se extendía un amplio terreno utilizado por los vecinos del barrio para arrojar basuras y escombros y utilizado también como campo deportivo y el lugar de reunión de vagos y viciosos. Más o menos a quinientos metros se puede observar un tramo del río tutelar de nuestra ciudad, el río Cali. No era este un sitio agradable, muy cerca se sitúan barrios de invasión.

Me sobrepuse a esta primera impresión y me propuse a convertir mi salón de clase en un espacio agradable en el que disfrutáramos el trabajo, cambiando sus caritas famélicas y tristes, enfundadas en uniformes sucios y raídos al igual que los zapatos, retrato de su pobreza material, por caras alegres a pesar de su triste realidad.

Como dije antes, era un grupo heterogéneo, cuyas edades oscilaban entre los nueve y quince años. No sé exactamente que pasó, pero en corto tiempo, el grupo empezó a mostrar su potencial: se preocupaban por su presentación personal, trabajan con alegría, jugábamos, cantábamos, les exigía en el trabajo y el grupo respondía. Descubrieron que ese espacio era importante para ellas.

Por decisión de la directora y para favorecer a una de las maestras, quien solo le gustaba manejar el curso quinto, el curso pasó a manos de ella, no valieron las protestas de las alumnas y padres de familia. Ocasionalmente supe que algunas, al salir de la escuela continuaron estudiando.

El año siguiente me asignaron el curso primero. ¡Casi me muero! Desde la práctica docente en la Normal, había sentido temor de trabajar en él, consideraba un gran reto hacerme cargo de este curso, al que creo básico en el proceso de aprendizaje. Particularmente pienso que este curso deben manejarlo, en cada institución, los mejores maestros, pues dependiendo de cómo asuma el maestro la responsabilidad del trabajo a este nivel básico en el proceso educativo, así serán los resultados.

Una de las compañeras, que por años trabajó con primero fue mi consejera; a ella acudí cuando surgían las dificultades. Desarrollaba mi trabajo aplicando más o menos los procesos metodológicos desarrollados en el trabajo de alumna-maestra. No sé en qué momento los niños empezaron a leer y a escribir.

Como anotaba atrás, trabajar en el grado primero constituye un reto y lo fue más para mí, pues de la práctica docente cuestioné la radicalidad con que se argumentaba el porqué las clases debían seguir un orden establecido; creo que arbitrariamente, convirtiéndose en un modelo mantenido por años. Pensaba que de acuerdo al nivel de desarrollo en cada grupo, acorde con su característica, el trabajo podía planearse de diversas maneras, a fin de obtener mejores resultados. Por ejemplo: los maestros decimos que en el proceso de lectura y escritura debemos mezclar todos los métodos, pues así aseguramos que cada alumno acceda al conocimiento a través del método al que cada uno se acomode. El aplicar el método de silabeo o el de palabras normales en el trabajo de lectura y escritura, frena de alguna manera el proceso de asimilación y comprensión de los textos. Si desde el preescolar se inicia el proceso de lectura y escritura, desde la base de la lectura que traen los niños de su entorno, de su mundo cotidiano, si proponemos la lectura y escritura de textos completos, pienso en mejores resultados y en la solución a muchos de los problemas que presentan los niños en este proceso.

De todas maneras no estoy autorizada para escribir aquí un tratado sobre esto. Existen verdaderos investigadores, maestros, científicos, lingüistas que han desarrollado un trabajo muy profesional en este sentido, planteando nuevas estrategias, aclarándonos desde diferentes puntos de vista la complejidad de estos procesos y mejores formas para encararlos.

Nunca me he comprometido con la investigación, pero he tratado de acoger las valiosas sugerencias de las personas que han dedicado su vida a la investigación en este campo pedagógico. No he grabado sus nombres, pero en el camino de la lectura siempre he incluido en él todos los textos que han estado a mi alcance, y con algo de intuición e implementado el trabajo en el aula de clase obteniendo buenos resultados.

Durante 12 años trabajé en los cursos tercero, cuarto y quinto, innovando a mi manera, planteando el trabajo menos académico pero más vivencial, tratando que los alumnos se habituaran a la lectura, mediante los cuentos, artículos, películas y actividades que despertaran en ellos el deseo de leer.

Participé además en muchos de los cursos programados para los maestros, en el afán de obtener nuevos conocimientos y poder así colaborar eficientemente con los niños en la superación de las dificultades que surgen en los procesos pedagógicos. Sin embargo, poco o nada era lo que estos cursos aportaban, pues en su mayoría no mostraban nada nuevo y se hacían más por cumplir con las disposiciones legales determinadas por el ente gubernamental, que por mejorar la calidad de la educación.

En el año 1975, la Universidad San Buenaventura, programa un curso para maestros que estuvieran laborando en el nivel de básica primaria; mediante anuncios en el periódico invitaban a participar de este trabajo. Me inscribí en él. Desde la primera reunión, sentí atracción por la teoría pedagógica que allí se planteaba, basada en las teorías del alemán Rudolf Steiner, que propende por la educación integral del individuo. Según Steiner, la teoría pedagógica debe enfocarse de manera distinta a las actividades docentes que la humanidad ha venido formulando, pensando que la labor diaria con los estudiantes debe tener sentido, comprender que nuestro trabajo necesita una dirección, compenetrándonos firmemente de una conciencia para apoyar el trabajo educativo.

Durante ocho meses desarrollamos este trabajo en la universidad y en el Colegio Hispanoamericano. Profesores de varios países trabajaron con nosotros, en pintura, escultura y demás materias que desarrollan las escuelas Waldorf, en las que se trabaja este modelo pedagógico. Esta experiencia enriqueció mi labor docente.

La primera Escuela Waldorf se fundó en Stuttgart, Alemania en septiembre de 1919, más tarde se crearon otras en diferentes países. En América hay Escuelas Waldorf, en EE UU, México, Brasil, y en Colombia en la ciudad de Cali, el Colegio Luis Horacio Gómez, desarrolla este método pedagógico, adaptándolo de alguna manera a los programas nuestros.

En 1976 ingresé a la Universidad del Valle. Leí el programa de español y literatura al que luego se determinó nombrar como licenciatura en letras-educación. Decidí entrar en este programa por dos razones: el deseo de acercarme de alguna manera a lo mejor de la literatura, además pensaba que el trabajo en la universidad me ayudaría a

resolver problemas que se presentan a nivel del desarrollo lingüístico. Por ejemplo, despertar en los alumnos el deseo por leer, dirigirlos mejor en el proceso del desarrollo correcto de su lenguaje. Estas y otras preguntas me asaltaban constantemente, no encontré respuestas satisfactorias a nivel del trabajo pedagógico; el trabajo universitario en ese momento estaba muy lejos de mi interés como docente, se centraba específicamente en la lectura, el análisis literario, las técnicas de escritura, en general la incidencia de la obra escrita en la historia de la humanidad. El programa de licenciatura incluía algunas materias de metodología en las que el trabajo desarrollado era muy superficial, solo en el programa de psicoanálisis y psicología se incluían temas relacionados con la labor docente.

En 1984 me trasladé a la Escuela Rufino José Cuervo, situada al suroccidente de la ciudad de Cali, en el Barrio Meléndez. En ésta, como en las demás escuelas públicas, el manejo y la organización se hacen de igual manera. Los mismos problemas de las comunidades educativas, en donde la mayoría de los estudiantes pertenecen a familias de escasos recursos, donde la colaboración de los padres de familia es mínima, matizada por la ignorancia, la irresponsabilidad y los múltiples problemas e inconvenientes que genera el carecer de medios económicos y donde el compromiso de los entes educativos se incumple cada vez más.

Acepto que la labor de docente nos sumerge en la rutina de la repetición. Si reflexionamos honestamente sobre nuestra práctica, debemos reconocer que hemos desaprovechado como dice Zuleta: “La escuela como campo de batalla”. El espacio escolar se ha desperdiciado, convirtiendo a la escuela en un lugar en que no se construye conocimiento. Exigimos a nuestros alumnos que repitan lo que en otro momento los maestros nos hicieron repetir; contagiándonos de conformismo, disfrutando la comodidad de un trabajo seguro en el que la calidad depende del compromiso individual.

Hoy el mundo entero clama por mejorar la calidad en la educación y son muchas las preguntas que se plantean: ¿Bastan las nuevas políticas educativas planteadas por el gobierno?, ¿cómo participarán las comunidades educativas para lograr el mejoramiento?, ¿cuál debe ser el compromiso de cada uno en este proceso? El compromiso

es de todos. La escuela debe constituirse en el espacio adecuado para construir desde allí una sociedad en la que sus miembros sean conscientes de sí mismos.

Reconozco que al igual que la mayoría de los docentes, me dejé arrastrar por la rutina y no he sostenido mis argumentos y siempre me he enfrentado con mis compañeros, criticando la falta de compromiso, pero en última instancia, he optado por callarme, pues estoy segura de lo difícil que es convencer a los demás de la necesidad de convertir la escuela en ese espacio maravilloso a donde vamos a disfrutar alumnos y maestros la aventura del conocimiento que es en últimas el fin de la escuela.

Sé que desperdicié gran parte del potencial que nutrí con mis lecturas, con los cursos y trabajos pedagógicos en que participé. A pesar de esto, siempre propongo a los niños diversas actividades en las que se disfrute del trabajo académico.

La invaluable amistad...

La amistad es la relación más importante que establece el ser humano. Amistad, el afecto que damos y recibimos, el amor y la entrega por nosotros y por los demás.

En el barrio Salomia en el que prácticamente nos criamos, compartimos con muchos niños de nuestra edad, que habían llegado también procedentes de otros barrios de Cali. Íbamos a la escuela, jugábamos juntos, hacíamos las mismas cosas, crecíamos en un ambiente de camaradería. Al llegar a la adolescencia, cambiamos como todos los jóvenes, los juegos por los bailes, paseos, reuniones en grupo, compartiendo todo lo que era de interés para nosotros en esa etapa. Recuerdo algunas compañeras de la escuela, a las que he visto ocasionalmente: Martha Lucía Torres, quien ha desempeñado altos cargos en educación, Esperanza Mera, abogada, labora en la sección jurídica del CAM y Gloria Castrillón, profesora e investigadora en el área de matemáticas, labora en la Universidad del Valle.

Hay amistades que permanecen a pesar del tiempo y la distancia, Amanda Arana, de Palmira y Amparo Coronado, de Cali, fueron mis

mejores amigas en la Normal de Popayán; fuimos muy unidas en el internado, ambas fueron muy importantes para mí. Amparo era muy estudiosa, de oírla siempre repitiendo las lecciones como una lora, grababa yo lo que debíamos aprender de memoria. Se licenció en español e inglés en la Universidad de Santiago de Cali, se casó con un profesor belga, vive en Bélgica y por familiares de ella sé que trabajó como traductora en un museo.

Amanda en cambio, le bastaban las explicaciones, captaba rápidamente y nos ayudaba a despejar las dudas. Ahora labora como profesora en el Colegio Cárdenas de Palmira, estudió lenguas modernas en la Universidad del Valle, se casó y tiene tres hijas, a ella la veo de vez en cuando. Las recordaré siempre como mis amigas.

En las escuelas donde he desempeñado la labor docente, he mantenido buenas relaciones en el plano personal con todas mis compañeras, compartir la misma labor por tantos años en el mismo espacio acerca a las personas, siento un afecto especial por cada una de ellas; nos comportamos como una familia en la que el afecto y el respeto nos permite sortear las dificultades y desacuerdos, tratando de mantener la unidad del grupo docente.

Hoy, al final del camino, llegó a mi vida una persona a la que quiero profundamente, se llama Claudia del Pilar Benítez, llegó a la Escuela Rufino José Cuervo, es de Popayán y desde tres años atrás se desempeñaba como docente. Desde el primer momento, nos identificamos plenamente, nuestro acercamiento se dio por mutuo interés por la lectura, además de que a través de nuestras conversaciones me di cuenta de que compartíamos muchos de los criterios sobre el proceso educativo.

Ella es una persona muy inteligente, que ha desarrollado eventuales trabajos en su área, es licenciada en filosofía y gran conocedora del arte en todas sus manifestaciones. Entre nosotras hay una relación muy bonita, compartimos muchos momentos en los que yo he enriquecido el gusto por el arte, tratando de aprovechar lo valioso de sus conocimientos.

Hace tres años llegó a la escuela una linda niña, estudiante de artes plásticas, manifestó su deseo por compartir su trabajo con los niños;

se llama Claudia Patricia Sarria, con ella pasó lo mismo que con Claudia del Pilar, a pesar de su juventud llevamos una bonita amistad.

En estos años ha colaborado gratuitamente en el trabajo de educación estética, con todos los grupos. He compartido también con ella momentos agradables, visita mi casa, vamos a cine, a paseos y planeamos juntas el trabajo para los niños, mis hijos sienten un gran afecto por ella.

Estas dos personas son muy importantes para mí, por lo que han aportado a mi vida y a mi trabajo como maestra.

Mis hijos...

A los 21 años salí de mi casa decidida a formar mi propia familia. Creí estar enamorada, pensé equivocadamente que la fuerza del amor movía todo; no es verdad, solo pasa cuando hay reciprocidad, cuando hay respuesta a los sentimientos en todos los sentidos, cuando entre las personas hay comunión.

La unión con la persona equivocada trae dolor y tristezas a nuestras vidas. Yo me equivoqué. La persona con la que compartí diecinueve años de mi vida, me trajo años de dolor, angustia, vejaciones, recibiendo solo lo que los miserables pueden dar, nada... Fueron muchos años de dolor, que hoy y aunque es imposible, quisiera olvidar, borrarlos de mi memoria, recordarlos me produce rabia y dolor. No he podido clarificar el porqué soporté esa situación por tanto tiempo, pensando en que todo podía cambiar, sacrifiqué en gran medida mis mejores años en aras de algo que no cambiaría nunca, además las opciones eran pocas, mi vida se redujo al trabajo y al cumplimiento de la responsabilidad con mis hijos. Pienso que algo inexplicable me obligaba a estar allí, era consciente del daño que hacía a mis hijos y a mí, sin embargo, fueron 19 años de dolor.

Mis hijos son el motivo de mis esfuerzos, he tratado de compartir y estar siempre con ellos, pendiente de suplir de la mejor manera sus necesidades, impulsándolos para seguir adelante a pesar de las dificultades.

Hoy los tres están conmigo, son dos mujeres y un varón. Diana, la mayor, nació el 25 de septiembre de 1971, cuenta con veintisiete años, estudia contaduría; César Augusto es el del medio, nació el 7 de abril de 1977, tiene veintiún años y estudia ingeniería industrial en la Universidad Santiago de Cali; Nadia Constanza nació el 24 de junio de 1978, estudia instrumentación quirúrgica. Son tres muchachos alegres, de sanas costumbres y con muchos deseos de superación, les he procurado un mejor estar y confío en que puedan continuar sus vidas de la mejor manera. Confío plenamente en que ellos saldrán adelante, pues sus condiciones se lo permitirán, son inteligentes, muy capaces y conscientes de que la vida es una batalla que hay que librar.

Pronto cumpliré 50 años, deseo retirarme de la labor docente y de pronto continuar trabajando con maestros, para compartir mis experiencias acumuladas por tantos años.

Vida, historia y realidad de un maestro

Juan María Congo

Introducción

Vida, historia y realidad de un maestro, es el compendio de los rasgos más sobresalientes en el desarrollo de mi vida y muy particularmente y con mayor énfasis en el ejercicio de la profesión de la docencia. Entrego al desprevenido escrutinio del lector, aspectos relacionados con acontecimientos en familia, donde mi tío Leonel se constituye en el personaje central. Continúo dando información sobre separaciones y fisuras ocurridas en mi primera infancia, íntimamente ligadas con mis experiencias educativas en la primaria y la secundaria. Me refiero luego a mi iniciación en la docencia, las acciones sindicales, a mis esfuerzos de autosuperación y a mi ejercicio como directivo docente para terminar haciendo un recorrido por el camino de la universidad.

Aspiro a que esta producción intelectual se constituya en punto de enlace entre los maestros veteranos y las nuevas promociones y sirva a los amantes de la lectura para encontrar aquí, motivos de reflexión y espacios de análisis que inicien la construcción de otras artesanías intelectuales.

Sucesos en familia

Mi tío Leonel, hermano de mi madre, llegó de Bogotá donde cursaba su bachillerato, a la casa paterna, localizada en la Arboleda, patria chica de la familia. Era el inicio de las vacaciones de fin de año; podía considerarse privilegiado entre sus hermanos, pues de nueve, fue el único

que tuvo la oportunidad de viajar a la capital de la república para hacer realidad sus metas de superación.

Transcurría el año de 1945. Mi abuela materna, madre de mi tío y de mi propia madre, soportaba entonces una delicada y penosa enfermedad que había obligado a mi abuelo a enajenar una proporción considerable del patrimonio familiar, a fin de costear los gastos médicos. Esta situación de calamidad doméstica y económica, anuló la posibilidad de regreso a Bogotá de mi tío Leonel, sobreviniendo así, una imprevista interrupción abrupta de su proceso educativo, pues no encontró otra alternativa que la de quedarse en la casa paterna trabajando y desempeñando diversos oficios, en unión con toda la familia, para procurarse el diario sustento.

Con los días ocurrió lo inevitable: la desaparición de mi abuela, que ahondó la crisis en el seno del núcleo familiar. Este fatal desenlace causó un impacto demoledor y desestabilizador en la unidad de la familias, empezando por mi abuelo, quien para contrarrestar las secuelas del duro golpe, optó por refugiarse en una finca de su propiedad, localizada en un lugar denominado Caponera, aproximadamente a tres horas de camino a caballo, que era el medio de transporte más conocido y generalizado por aquella época en la región.

Caponera era uno de los tantos asentamientos de población negra a orillas del río Palo, muy cerca a Puerto Tejada, en el norte del Cauca; Caponera tenía la misma característica de todos los terrenos que formaban parte de la cuenca del río Palo: mostraba una tupida y espesa vegetación por la fertilidad de los suelos donde predominaban el cachimbo, por ser el sombrío de las fincas plantadas con cacao, café, plátano y frutales.

Uno de los accesos principales a Caponera era por una trocha, camino de herradura, denominado *La boca del monte*; nombre, que a propósito, da clara idea de lo boscoso del lugar. Las casas de Caponera, en su mayor parte chozas de bahareque con techo pajizo, servían de habitación a sus residentes, descendientes de esclavos o de cimarrones escapados de las haciendas esclavistas, asentados sobre las márgenes del río Palo. La producción de cacao, plátano y café, garantizaba una subsistencia sin sobresalto, fuera de otros cultivos de pancoger: maíz, arroz y yuca.

Era así, a grandes rasgos la localidad a donde mi abuelo se retiró a mitigar su dolor, hecho que se constituyó en el principio del desmoronamiento de la familia. Cada uno de los hijos, fueron tomando rumbos autónomos y formando por su puesto, sus propios hogares en sitios diferentes a la casa paterna.

Cuando hablo de la casa paterna, me refiero a la casa de mis abuelos maternos; obviamente no era la casa de mis propios padres, pues ellos, en ningún momento se constituyeron en una unidad familiar estable, a pesar de haber traído tres hijos al mundo y provenir ambos de unidades familiares estables. La casa en referencia se encuentra ubicada en la Arboleda, jurisdicción de Santander de Quilichao. Ahora, con la reciente elección del nuevo municipio de Villarrica, segregado del anterior, la Arboleda ha pasado a hacer parte de esta nueva entidad territorial.

La Arboleda es una dilatada franja plana de tierra bordeada, en parte, por el río La Quebrada sobre cuyas riberas se observa un paisaje de bosque; además, en mayor proporción, se encuentra constituida por llanos cubiertos de trencilla; goza de agradable clima y de suaves vientos que regularmente llenan de frescura y solaz todo el ámbito del llano.

Al salir al encuentro con su emancipación, mi tío Leonel vino a establecerse en Puerto Tejada, donde incursionó en el escenario de la política, alcanzando alguna figuración; sin embargo, en un nuevo e inesperado episodio, esta vez en 1948, los sucesos del 9 de abril precipitaron su retorno a la casa paterna.

Ya en la tranquilidad y sosiego que se disfrutan en la Arboleda, empezó mi tío Leonel a madurar la idea de la creación de un centro educativo que sirviera a los vecinos del lugar y que se hizo realidad a partir de 1952. La sede de la escuela fue la casa ya varias veces mencionada. Esta casa constaba de corredores amplios, de alcobas espaciosas, de una sala por demás suficiente, paredes de embutido[1], una altura aproximada a los tres metros, cielo raso y paredes empañetadas[2],

[1] Embutido: paredes de bahareque rellenas en su interior con barro apisonado.

[2] Empañetado: mezcla de barro, paja y boñiga de vaca.

techo en teja de barro, toda enlucida donde se percibía un agradable ambiente.

En ese tiempo llevaba el nombre de Flor de la tarde; estaba rodeada de verdes prados por el oriente, por el occidente y por el sur y un cafetalito por el norte; se encontraba a una cuadra del camino principal, que como era carreteable, conduce, aún hoy, a dos vías pavimentadas, una de ellas la carretera Panamericana y la otra, la vía a Caloto.

Esta casa fue la opción utilizada como planta física para echar a andar el proyecto de escuela concebido por mi tío Leonel; escuela que vino a solucionar la necesidad sentida de un buen número de familias de la Arboleda, que pudieron así brindar a sus hijos un lugar seguro y apropiado para iniciar el aprendizaje de las primeras letras.

Los pobladores de la Arboleda en aquel entonces eran casi en su totalidad pertenecientes al grupo étnico negro, lo que quiere decir, que eran descendientes de la población negra esclava, que había trabajado en las propiedades que los Arboleda tenían en Caloto y que al producirse la libertad, habían quedado ocupando esos terrenos, ya no como esclavos, sino como dueños y en calidad de baldíos. Fue en esa misma casa, utilizada como escuela a partir de 1952, donde vine al mundo, seis años antes y fue allí a donde ingresé por primera vez a un centro de enseñanza y tuve mis primeras experiencias de aprendizaje.

Recuerdo que lo más placentero para mí de esa experiencia escolar, lo encontraba durante la hora de recreo, que significaba ni más ni menos la más hermosa de las oportunidades para practicar en cualquier cantidad de juegos, comenzando por los partidos de fútbol con pelota de trapo, que despertaban en mí y en muchos niños, el más vivo entusiasmo.

Otros juegos muy usuales se hacían con bolas de cristal o en su defecto se utilizaban corozos[3]; con las bolas o los corozos se jugaba al cuadro, al pepo, a la relanza y a la cuarta, entre otros. Además jugaba al trompo, al balero, que era construido con tarros de enlatados; se jugaba a la lleva, a la libertad, al escondido, a saltar la cuerda y a la rayuela. El recreo era también la hora de comprar bombones y bananas.

[3] Corozo: semilla vegetal comestible recubierta por una coraza esférica.

En diciembre, en el recreo se apostaban los aguinaldos, como los de palito en boca, de todo sí, nada no, hablar y no contestar, dar y no recibir.

Como yo vivía en la misma casa que servía de escuela, no estaba matriculado como otros niños, sino que participaba del aprendizaje espontáneamente. Recuerdo, como si fuera ahora, que fue allí donde aprendí el número 1.000, porque interrogaron a varios niños sobre este número y las respuestas que daban, resultaban erradas; cuando uno de los educandos acertó en la respuesta, fue un verdadero acontecimiento en la clase y de allí en adelante interioricé este número.

En realidad debo hacer expresa manifestación, que conscientemente yo disfruté y sentí complacencia en esa etapa de mi infancia, pero debo confesar también que le tenía miedo inefable al látigo, práctica común en la escuela y en la vida cotidiana de las familias.

Ahora que hablo de familia, me siento inclinado a precisar que la mía propia estaba constituida por mi madre, un hermano mayor con el que poco me relacionaba, porque permanecía la mayor parte del tiempo ausente y una hermanita menor. Mi padre no vivía con nosotros, pero venía ocasionalmente pues él vivía con otra señora en un paraje bastante alejado; en consecuencia, el apoyo que esperábamos de él resultaba, por qué no decirlo, inexistente.

Mi madre, por su parte, explotaba una finquita que le había dado mi abuelo, de la que extraía unos modestos recursos para el sostenimiento de ella y de nosotros. La finquita producía cacao, café, plátano y banano, pero solo se comercializaban el cacao y el café. Mi madre se ayudaba también con la modistería y los domingos templaba una toldita a la orilla del camino, donde vendía empanadas, gaseosas y cervezas, pero como carecía de respaldo, resolvió no continuar con el negocio de las ventas para evitar contrariedades con los clientes.

Fisuras

Mi padre se desempeñaba en labores agrícolas atendiendo el cultivo de varias fincas, que tenía en la localidad de Padilla, tierra de colonos negros, que se dedicaban al oficio de explotar con esmero,

especialmente cacao, plátano y café, productos que encontraban muy buen mercado en las plazas; el acceso a este sitio de colonización resultaba sumamente dificultoso, dificultad que se acentuaba en épocas de lluvia.

Yo sentía mucha curiosidad y hasta anhelo por estar al lado de mi padre, pues abrigaba la ilusión de encontrar en él a la persona que también me pudiera ofrecer la oportunidad de ir a la escuela y así se lo di a saber. No lo pensó dos veces, pues de inmediato preparó las condiciones para que pudiera trasladarme a los fecundos, pero lejanos terrenos en donde él se había afincado.

No imaginaba en ningún momento las dolorosas y duras consecuencias, sobre todo afectivas, que iba a producir en mí el desarraigo del lado de mi madre y de mi patria chica. Ya en Padilla, comencé a asistir a la escuela y a trabajar sin descanso en las ocupaciones de la finca.

Contaba con ocho años cuando se dio la separación, terriblemente frustrante para mí, sensación experimentada solo cuando estuve al frente de la realidad, esto es, al lado de mi padre y lejos de mi madre; dos hermanas de padre, mayores de mí, que estaban también conmigo en Padilla, fueron testigos de las angustiosas oraciones y plegarias que diariamente elevaba al cielo, creyendo infructuosamente, que esto serviría para que fuera devuelto al lado de mi madre.

Como en la casa de mi padre no había más hijos varones, me correspondía cumplir, por tener tal condición, con el desempeño de cualquier cantidad de oficios, desde recoger el agua del río Güengüé para responder a las exigencias sanitarias mínimas, diariamente, hasta tomar parte activa en la recolección de las cosechas, las deshierbas, hacer los mandados, despulpar el café, lavarlo y secarlo, secar el cacao, despalillarlo y buscar la leña para cocinar lo alimentos; trabajos desempeñados solo en las horas que no estaba en la escuela a la cual asistía por la mañana y por la tarde. La escuela se llamaba Jorge Eliécer Gaitán.

Jorge Diógenes Hurtado, así llamaba mi primer maestro en la escuela Jorge Eliécer Gaitán, oriundo de Santander de Quilichao, fue él quien orientó mi aprendizaje al iniciar el proceso en Padilla. El profesor Hurtado no pertenecía a la etnia negra, como casi la totalidad de los

educandos, pues formaba parte del grupo ínfimo de mestizos que vivían en Padilla. En honor a la verdad, el trato que el profesor Hurtado dispensaba a todos sus alumnos, era imparcial y justo, equilibrado, equitativo y ecuánime.

En la Escuela Jorge Eliécer Gaitán, cursé los grados segundo y tercero. Aquí me vi forzado a hacer un receso en mi estadía en Padilla, por no haber alcanzado un resultado exitoso en el grado tercero. Entonces fui a estudiar a la localidad de Caponera, asentamiento rural vecino a Puerto Tejada, pero perteneciente a Caloto.

Mi traslado allá obedeció a que mi abuelo, desde la desaparición de su amada compañera, escogió ese sitio para establecerse, entre otras cosas, porque allí poseía bienes raíces, parte de los cuales había recibido de su padre en calidad de herencia.

El padre de mi abuelo, esto es, mi bisabuelo materno, habiendo sido esclavo, logró beneficiarse de la ley de manumisión o liberación definitiva de la esclavitud, a partir de 1852. El nombre suyo: Viáfara Manuel Santos y el de su hermana, Viáfara Nerea, aparecen en una relación de esclavos liberados, pero además, favorecidos con adjudicaciones de tierras de la Hacienda de Quintero de propiedad de los Arboleda, no a título de donación, sino de venta. (Mina, 1975, pp. 51-54)

Estos terrenos adquiridos con justo título por mi bisabuelo, fueron los que pasaron en calidad de herencia a manos de mi abuelo Juan Viáfara Carabalí, en la región de Caponera. De ello hay testimonio en los registros de propiedades del Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Por otra parte, por ese tiempo, 1956, mi tío Leonel había recibido ya su nombramiento oficial de maestro, para trabajar en Caponera. Como consecuencia de todo lo mencionado, debo decir que las condiciones para estudiar en Caponera, eran las más favorables. Por una parte, el maestro era alguien muy cercano a mis afectos; por la otra, en la vivienda que tendría en casa de mi abuelo, se me brindaba entera confianza y total libertad. En Caponera agoté esta etapa de transición y regresé luego a Padilla, donde al evaluarme, consideraron que poseía la competencia adecuada para cursar el grado quinto, en el cual quedé matriculado, cumpliéndose así, con mucha antelación en mi caso,

la promoción automática, decretada mucho tiempo después por el Ministerio de Educación Nacional. La promoción automática, no solo busca frenar la mortalidad académica, sino promocionar de un curso al inmediatamente superior a quienes previa evaluación, demuestren competencia para ello.

La aprobación del grado quinto sirvió para permitir mi ingreso en la educación secundaria, que inicié en la Normal Superior de Varones del Valle, en Cali, a la edad de 11 años, después de superar las pruebas de admisión.

Mi tránsito por la Normal, no constituyó una experiencia satisfactoria, pues estaba lejos de mis padres y sin una orientación oportuna y eficaz. Había pasado de un medio rural a uno urbano, hecho que me hacía un total desadaptado a la cultura de ciudad. Me entretenía con las novelas radiales y el autoritarismo de los profesores en todo su furor, produjo los resultados más desfavorables. La consecuencia fue el retiro de la Normal y búsqueda de una nueva oportunidad, esta vez, en un colegio de bachillerato en Santander de Quilichao: el Instituto Técnico, que ni en ese momento, ni ahora, imparte la educación que se indica en el nombre. Contaba con 13 años al iniciar mi escolaridad en este nuevo centro educativo.

Con muchos altibajos logré recorrer el camino del bachillerato: el apoyo y respaldo ofrecidos por Patrocinio Zapata y la señora Saturia Castillo de Zapata, ambos ya fallecidos, fueron vitales para el éxito alcanzado. Cuando hablo de altibajos, me refiero concretamente a fracasos en algunas materias, que hacían tambalear mi aprobación de los cursos, pero una vez habilitadas, recibía el pasaporte al grado siguiente. En el grado quinto, estuve a punto de obtener una beca, beneficio que no pude lograr, por llevar una materia perdida.

A pesar de los tropiezos e inconvenientes encontrados, al término de mi bachillerato, en julio de 1964, alcancé el privilegio de haber clasificado como uno de los cinco mejores bachilleres del colegio.

Ya como egresado del colegio, con título de bachiller, vuelve aparecer en escena mi tío Leonel, quien no vaciló en orientarme hacia la búsqueda de una ocupación en la docencia, trabajo que inicié en 1965.

Mi iniciación en la docencia

No necesité esperar, ni hacer cola, ni participar en concursos, ni hacer antesala, ni pasar entrevistas, ni nada por el estilo; simplemente una solicitud por escrito dirigida al señor supervisor Gilberto Flórez y a los ocho días ya tenía mi nombramiento en el bolsillo, pero claro está, mi tío Leonel me apadrinó en todo el proceso. No es extraño que esto sucediera, pues teniendo yo título de bachiller, en la misma institución donde iniciaría como docente, había otros ejerciendo, habiendo cursado solo un primero o segundo de bachillerato; claro que en esta situación no estaban sino tres docentes; los nueve maestros restantes que allí trabajaban poseían título docente.

Es bueno hacer notar que en esa época, quienes poseían título de maestros, o estaban escalafonados, se defendían con el salario que devengaban. Quienes no teníamos título docente y aún estábamos fuera del escalafón docente, como era mi propio caso, soportábamos una explotación despiadada, de tal forma, que el oficio de maestro no resultaba atractivo para nadie que, aún teniendo el título docente, estuviera por fuera del escalafón.

A la anterior situación se agregaba un agravante más, que tenía relación con el costo de la vida en Puerto Tejada, que estaba por encima del que regía en la mayor parte del Cauca, porque siendo un centro azucarero, operaba allí un creciente movimiento migratorio, que presionaba el alza en el costo de servicios tan fundamentales como vivienda y alimentación.

Inicié así mi práctica como docente en el Centro Educativo San Pedro Claver. Mis primeros pasos en el ejercicio de la docencia, tuvieron como común denominador una asfixia económica, que lindaba con el estrangulamiento, porque mi salario en términos de hoy no llegaba al mínimo para la época.

La siguiente comparación ilustra muy bien mi realidad: mientras a un cortero de caña, el salario devengado le alcanzaba para satisfacer lo necesario y hasta para darse lujos como sostener tres mujeres, a mí el pago me dejaba tan mal parado, que escasamente daba pie con bola, si hablábamos de alimentación y vivienda.

En mi experiencia docente no conté inicialmente con las herramientas fundamentales para afrontar esta responsabilidad; solo me acreditaba el recorrido académico logrado a través del bachillerato y a él acudía como punto obligado de referencia, cuando se trataba de examinar los saberes que exigía mi nuevo desempeño. Aunque es cierto que el conocimiento adquirido en el bachillerato no habilitaba profesionalmente para el ejercicio de la docencia, no es menos cierto que me daba una opción para ser inscrito en la tercera categoría del escalafón nacional, hecho que atestiguaba la idoneidad para que alguien que reuniera las condiciones, pudiera desempeñarse como docente.

Mis primeras prácticas, entonces, se limitaron a una labor de reproducir actuaciones de mis propios maestros en la primaria y secundaria, lo que se traducía en atiborrar a los alumnos de contenidos sin interés ni significado para ellos. Tampoco tomaba partido en pro o en contra de las afirmaciones de los textos, porque consideraba que estos contenían la verdad revelada. El niño era asumido por mí, en ese entonces, como un depósito que acumulaba y almacenaba conocimientos, con la posterior perentoria obligación de demostrar lo que sabía, recitando con la mayor aproximación posible, toda la información recibida. Aunque ha pasado mucho tiempo de esto, aún se estila esta práctica, con muy superficiales modificaciones.

De todas maneras, fui un maestro improvisado, hecho sobre el andar, que llegó allí por accidente y como tal, no pudo evitar caer en errores en perjuicio de mis propios educandos. Para muestra, un botón: en alguna oportunidad un alumno de quinto, después de haberlo castigado por no recitar algún contenido, castigo que infringí con un fuete, me preguntó delante de todo el grupo: "¿Profesor, usted no sabe que el látigo está prohibido?". La pregunta me desconcertó y me descompuso y la respuesta que di al niño de ninguna manera fue convincente.

Quiero eso sí, dejar constancia de no poder atribuirme un *mea culpa* por todos los errores ocurridos en mis primeros años de práctica pedagógica, pues todos los estudiosos de los desarrollos educativos del país saben que el maestro solo cumplía el papel de administrador y aplicador de saberes concebidos y diseñados por pensadores

completamente ajenos a la tarea de enseñar y por lo tanto, desposeído de autonomía de su propia práctica.

Como Puerto Tejada resultaba en aquella época, lustro de 1965 a 1970, muy atractiva y apetecida para los maestros con título docente y escalafonados, principalmente por la cercanía a Cali, no me quedaba, por lo tanto, más alternativa que gestionar mi inscripción en el escalafón, que una vez logrado, me permitió estabilidad en el cargo y una mejora en términos económicos.

Más adelante, seis años después de haber ingresado al magisterio, vale la pena decir en 1971, logré obtener el título de maestro en la Normal Nacional de Varones de Popayán, paso que contribuyó considerablemente, a consolidar mi situación dentro de la práctica pedagógica y a que me confirieran un mejor rango dentro del gremio. Y claro, yo me felicité a mí mismo por haber alcanzado esta meta de superación, porque si bien conté con posibilidad de disponer de recursos e instrumentos de capacitación, no hubiera logrado apropiarme de estos beneficios, si no es por la meditación de mi esfuerzo constante y de mi voluntad indeclinable, aspectos, estos, donde marqué mi acento de manera contundente, pues entendía la importancia de ser un maestro bien calificado.

Con mi nueva condición de maestro titulado, continué ejerciendo por varios años y debo reconocer y hacer explícito, el admirable ambiente que me rodeaba, pues manejaba unas excelentes relaciones de amistad con quienes tenía oportunidad de entrar en contacto. Sin embargo, seguí cometiendo errores en mi práctica docente, pues dejaba de lado algunos aspectos vitales inherentes a los educandos. Por decir algo, la realidad que el niño vivía, su entorno, a mí no me decía nada; yo no partía de las experiencias de los niños, sino de las indicaciones del programa; yo no evaluaba procesos de desarrollo del niño, sino su capacidad memorística; yo no evaluaba para mejorar, sino para calificar, pero, considero yo, que estos errores estaban institucionalizados por el mismo sistema educativo.

Como había aprendido a identificarme profundamente con mi oficio, me dedicaba a él con verdadera vocación; lo sentía como algo sagrado y lo vivía intensamente. Creo que mis actuaciones en

la docencia me salían del alma y estaban marcadas con el sello de la honestidad y de la ética profesional.

Después de varios años de servir como soldado raso o de "carga ladrillo", como dirían otros, realizando con toda dedicación y entrega mi trabajo en las aulas, encaminando u orientando a los educandos, sorteando todo tipo de obstáculos e impedimentos de diferente índole, ya afectivos, ya económicos, ya de niños inmanejables y conflictivos, ya de padres de familia apáticos o ausentes y con ostensible falta de presencia del Estado en apoyo del proceso, fui distinguido con el ascenso a director del establecimiento donde trabajaba.

Acciones gremiales

Hasta ahora no me he referido para nada a las contiendas y jornadas sindicales duras, beligerantes y valerosas que he vivido en mi condición de maestro.

De ellas quiero hablar para mostrar cómo esta experiencia práctica me ha llevado a confiarme que la transformación, la superación y el mejoramiento económico, social y cultural del maestro, se nutren sistemáticamente y avanzan tomadas de las manos, con las luchas reivindicativas del pueblo y concretamente, con las luchas libradas por los educadores, que han llevado al magisterio a convertirse en un símbolo de resistencia a condiciones humillantes y de la liberación del pueblo. Esta liberación significa alcanzar igualdad de oportunidades para todos; un salario profesional justo y adecuado para los docentes; condiciones de dignidad, legitimidad y reconocimiento; mejorar la calidad de vida del pueblo, y obviamente la de la educación que se imparte en las instituciones educativas estatales.

El discurrir anónimo, silencioso, casi que en la clandestinidad, vivido por el maestro, se encuentra preñado de acciones reivindicativas en la búsqueda de su identidad como constructor de los verdaderos cimientos de la patria y del país. La presencia permanente e inmarcesible del maestro en largas y agotadoras marchas con su cortejo de consignas, pancartas, pasa-calles y pregones. Las justas reclamaciones por un salario digno, por servicios de salud, vivienda y educación para el pueblo, constituyen ya, un patrimonio histórico que no puede ser

desconocido o soslayado y un aporte indiscutible y significativo en la conquista de la justicia social para el país.

Estas vivencias son otro aprendizaje, otro conocimiento que surge de la verdad de la vida; otro saber que no proviene de la academia, pero que también produce frutos tangibles; otra enseñanza valiosa como aquella de la que habla la canción que en uno de sus apartes dice: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar".

No se puede, pues, creer que la condición de relativa bonanza y bienestar de los agentes educativos del momento es graciosa dádiva del Estado, que copiosamente ofrece mejor estar a los maestros. Esa relativa mejora en la condición del docente, en buena medida, es el fruto de la movilización gremial.

Es así como se han producido reivindicaciones como el Estatuto Docente, que consagra un régimen especial para los educadores y un escalafón nacional de 14 categorías. La Ley General de la Educación o Ley 115, es otra formidable conquista de los docentes.

Si debo aclarar cuál ha sido mi participación concreta en esas luchas, digo que la de un educador comprometido con todas y cada una de las tareas y propósitos impulsados por la acción sindical, así como la de acatar y acoger disciplinadamente las directrices y lineamientos acordados democráticamente en las deliberaciones.

Tangencialmente, quiero referirme en este capítulo a la acción solidaria y cooperativa en mi ejercicio magisterial. En el año de 1980, diez maestros, entre los cuales me incluyo, creamos en Puerto Tejada, un fondo de ahorros que con el tiempo se convirtió en la Cooperativa de Maestros del Norte del Cauca —COOMANOR—, con más de 100 afiliados en la actualidad. Esta empresa solidaria, es un buen ejemplo de iniciativa y creatividad de los maestros para su propio beneficio relacionado con servicios de ahorro y crédito.

Esfuerzos de autosuperación

Al margen de la vida sindical, siempre he mantenido predisposición al mejoramiento de mis calidades humanas a la cualificación y perfeccionamiento de mi competencia e idoneidad profesionales. Por eso, me

he exigido a fondo para romper la monotonía y la rutina que significan estancamiento, atraso y retroceso. En aras de buscar actualización en conocimientos tecnológicos y navegar en las aguas de la modernidad, busqué y obtuve ingreso al SENA y después de seis semestres de intensas prácticas, recibí el certificado de aptitud profesional en dibujo arquitectónico.

Pude entonces combinar el trabajo docente, con la práctica del dibujo, circunstancia que me produjo una mejora ostensible en mis ingresos económicos. El poseer conocimientos en dibujo y el estar escalafonado, me sirvieron para ser tenido en cuenta por el Colegio Nacional Fidelina Echeverry de Puerto Tejada, para dictar una cátedra de dibujo por espacio de tres años.

La experiencia de estos tres años de trabajo en un centro educativo de secundaria, fue sumamente fructífera y enriquecedora, desde todo punto de vista y muy especialmente, por el acople y articulación coherente con la mayor parte de las demás áreas del conocimiento humano.

Consciente también de la importancia y de la necesidad de sembrar una buena imagen personal en el corazón, el sentimiento y en el afecto de todos aquellos que me rodean y que en algún momento dado establecen conmigo relaciones, me propuse desentrañar los secretos que me llevaron a descubrir los saberes más elementales en torno a una adecuada canalización, en mi favor obviamente, de unas poderosas y constructivas relaciones humanas.

Lo anterior fue el motivo que me inclinó a desarrollar una propuesta para la Corporación para el Desarrollo de los Recursos Humanos —COPERADH—, que puso a mi disposición la posibilidad de explorar y escudriñar en el libro de la vida, elementos de autosuperación y motivación, conducentes a lograr explotar el inmenso potencial a discreción de las personas, a fin de cosechar y recoger fortuna, éxito, bienestar y felicidad, sin afectar, atropellar, desconocer o lesionar derechos y posibilidades ajenas. No se trata aquí de una obra material, sino de saberes que actúan como palancas al servicio de quienes los poseen.

Esta tarea significó para mí recorrer desconocidos caminos, que me enseñaron secretos en la fina, excelente, formidable y calificada gestión de conquistar los afectos, los aprecios y la confianza de los

demás. Allí aprendí a valorar el esfuerzo y la perseverancia, como ingredientes indispensables en todos los procesos que culminan exitosamente. Encontré las alas que se necesitan para levantar la autoestima a niveles de dignidad y decoro, para que el cuerpo no sea solamente instrumento de los más bajos instintos y placeres sensuales, sino que se convierta y transforme en el potente legado de la imagen de Dios, capaz de manejar, operar y transformar su entorno y su mundo, porque el cuerpo no solo es materia sensible y voluptuosa, sino espíritu y mente pensantes y creativos, impulsados unos y otros por una fuerza individual indiscutible, la voluntad que es como un poder, que puede ser utilizado para vencer cualquier dificultad. El éxito está al alcance de todos, solo que toca descubrir sus ocultos caminos.

Pero el dibujo y las relaciones humanas son apenas una parte mínima y casi imperceptible de mi superación, pues no constituyeron en su momento factor de ascenso en el escalafón. Por tanto, permanecía estático e inmóvil en una categoría intermedia, mientras las demandas y exigencias por personal mejor calificado en el escalafón, crecían sistemáticamente por lo menos en Puerto Tejada, donde se cumplía mi desempeño, pues por la cercanía a un centro cultural tan sobresaliente, a la capital del departamento del Valle del Cauca, Cali, un porcentaje considerable de educadores de Puerto Tejada, había conquistado una licenciatura y, mientras me la jugaba como director de varios licenciados sin llenar yo mismo ese requisito, las presiones desde todos los ángulos, hacían tambalear mi autoridad legal, por cuenta de la mejor calidad de los licenciados.

Ejerciendo como director

La Escuela de Varones San Pedro Claver fue dividida en dos establecimientos distintos: Escuela San Pedro Claver No. 1 y San Pedro Claver No. 2, funcionando ambas en la misma planta física, pero en jornadas diferentes.

Fui nombrado director en la Escuela San Pedro Claver No. 2, jornada de la tarde; entre otros motivos, porque en esa jornada, cumplía mi compromiso laboral y porque reunía otros requisitos: primera categoría en el escalafón y tenía experiencia docente.

Mientras de 12:30 p.m. a 5:30 p.m. asistía a cumplir con mis labores docentes, aprovechaba el horario matinal de 7:00 a.m. a 12:00 m. para realizar estudios de dibujo arquitectónico en el Centro de Construcción del SENA, en el barrio Salomia de Cali.

Una vez designado director, pude cumplir con esta responsabilidad solo por un año, pues sin mediar explicación ninguna, el SENA trasladó el horario de la jornada matinal a la vespertina, o sea que el nuevo horario se cruzaba con mi jornada laboral en la docencia, razón que me movió a procurar una permuta con un docente de la jornada matinal y, en consecuencia, a dejar el cargo de director, como única manera de garantizar mi permanencia en el SENA.

Este año de experiencia en calidad de director, estuvo signado por las buenas relaciones con padres de familia, alumnos, profesores y comunidad en general. Este clima se originó, porque entendía mi papel como una instancia de concertación y convergencia de propósitos y así, buscaba ante todo, el consenso entre los diferentes estamentos de la comunidad escolar. Por eso creo yo, no se presentaron discordias, problemas, conflictos, ni discrepancias graves y puedo considerar esta primera experiencia en el cargo de director, ciento por ciento positiva.

Una segunda oportunidad se me dio para acceder al mismo cargo, esta vez en la Escuela San Pedro Claver No. 1, jornada matinal, ante el retiro del director de la misma. Ahora las circunstancias presentaban características bien distintas: el Escalafón Nacional con 14 categorías; ante esta nueva realidad, el título de licenciado constituía la mejor carta de presentación para cualquier director, título que yo carecía; varios docentes de la escuela ostentaban la calidad de licenciados.

La situación para mí, entonces, resultaba un tanto incómoda por estar abocado a una de las siguientes opciones: o daba los pasos conducentes a la obtención de la licenciatura, cambiaba de establecimientos o dejaba el cargo, pues las presiones que me impulsaban a tomar una decisión en cualquiera de los sentidos no se disimulaban y se hacían cada vez más crecientes.

En este momento coyuntural cometí un error que fue aprovechado hábilmente por quienes querían mi fracaso en el cargo. Decidí, en oposición a la mayoría de maestros, adelantar la hora de entrada en

15 minutos. El toque de campana para iniciar la jornada ordinaria se daría, entonces, a las 7:00 a.m. y no a las 7:15 a.m. Solo cinco maestros acogieron la medida, los 15 restantes continuaron con el antiguo horario, generalizándose el caos y el desorden en la institución durante tres semanas, cuando un delegado de la Secretaría de Educación se hizo presente en el establecimiento y convocó a reunión para buscar la salida al conflicto existente. El delegado planteó en forma perentoria: quienes no estén de acuerdo con el horario de las 7:00 a.m., bien pueden buscar ubicación en otro plantel. Ese fue el único pronunciamiento del delegado de la Secretaría de Educación que, obviamente, era de respaldo a mi decisión. Con eso quedó subsanada la problemática, pero la concordia en la escuela quedó definitivamente rota.

Mientras era el centro de la controversia durante el desempeño de mi cargo, se dio apertura en la Universidad del Valle, al Plan de Licenciatura en Educación Primaria a finales de 1989. Después de superar las pruebas de selección, tuve el privilegio de formar parte de los admitidos.

Este paso me dio la fortaleza que necesitaba y la seguridad que me faltaba para consolidar mi posición en el cargo; ya no podía ser objeto de señalamientos y los temores que daban origen a que se me cuestionara, se irían disipando, por lo menos mientras pudiera sostenerme en la universidad.

El cargo que desempeño lo he asumido con humildad y ha significado para mí la más propicia oportunidad de encontrar múltiples razones de valorar a los demás y para demostrar que la autoridad debe servir para ayudar, apoyar y brindar comprensión, cuando a ello haya lugar; mis actuaciones se inscriben no tanto en la dimensión de poder, sino en un terreno de dimensiones con sentido humano; no ha sido instancia para mostrar actitudes arrogantes y soberbias, sino un puente de solidaridad, cooperación y compromiso con la causa de los niños olvidados, abandonados, desvalidos y desorientados y por lo mismo, desnutridos afectivamente, y con la causa de los padres de familia carentes de conocimiento de sus derechos.

En numerosas ocasiones me he dado a la tarea de explorar e indagar en muchas de las problemáticas que viven los alumnos y que

generan en ellos comportamientos agresivos, que se han convertido en los casos de mayor atención, con el fin de buscarles explicación y unas soluciones razonables. Si alguna satisfacción puedo mostrar con orgullo, es la realidad de sentir que alumnos, padres de familia y comunidad educativa, se identifican con mis actuaciones.

En 1991 fui ubicado en otro centro educativo: la Escuela Urbana de Niñas Puerto Tejada. Aquí apliqué las orientaciones que he manifestado hasta el mes de septiembre de 1998, fecha en que empecé a laborar en la escuela Manuela Beltrán.

La universidad

Un grupo de maestros, que yo consideraría privilegiados y entre los cuales me encuentro, formó parte de la primera promoción del plan de licenciatura en educación primaria ofrecido por la Universidad del Valle, a partir del año de 1989.

Para que este plan se concretara, tuvo mucho que ver la profesora Patricia Calonje, quien con el apoyo de la facultad de educación de la universidad y el apuntalamiento de un laborioso equipo académico de la facultad, concibieron y dieron vida a este formidable proyecto como indispensable aporte a la profesionalización del docente de primaria en Colombia y como necesaria respuesta a la inaplazable exigencia de sentar las bases de una educación de calidad.

Se trata, en este caso, de valorar el inocultable esfuerzo de una institución estatal, pero ante todo regional, que abrió un único espacio y oportunidad a los educadores de primaria, el cual representó, especialmente para mí, una muy significativa y ejemplarizante ruptura con encasillamientos y patrones que responden más a estereotipos y preconcepciones, que a una concepción real de la capacidad de las personas para alcanzar su verdadera dimensión humana y cultural.

Pero lo que más quiero resaltar, en esta oportunidad, es el indeclinable compromiso de Patricia Calonje, quien no supo de desmayos ni claudicaciones en el propósito de entregarle a la educación colombiana un aporte muy original y creativo, forjado gracias a las lúcidas y agudas mentalidades que laboran en la facultad de educación de la

Universidad del Valle, que se vio traducido en un formidable éxito a partir de los años 1994 y 1995, fechas en las cuales la universidad puso en manos de los primeros egresados de la licenciatura, sus diplomas de licenciados en educación primaria.

Gracias a la capacitación alcanzada, logré captar aspectos fundamentales y adquirir herramientas tan poderosas, como indispensables para el acertado y preciso manejo de la práctica docente, traducidos en múltiples y variados saberes que me indican el camino correcto cada vez que se hace necesario tomar decisiones, resolver problemas, formular cuestionamientos, hacer análisis, plantear hipótesis, construir teorías, producir conclusiones, en fin, de socializar resultados.

Esta experiencia me ha permitido darle sentido y racionalidad a mi práctica pedagógica; me permitió conocer en profundidad autores de pedagogía antiguos y modernos —Rosseau, Kant, Pestalozzi—, experiencias educativas interesantes —Agustín Nieto Caballero y su Gimnasio Moderno—; analistas, pensadores e ideólogos del acontecer pedagógico —Antanas Mockus, entre otros—. Conocer teorías de autores admirables —Jean Piaget—; penetrar el alma infantil mediante el recurso del psicoanálisis creado por Sigmund Freud; adentrarme en la intimidad de la investigación docente y mirar y examinar trabajos en este sentido —Elsie Rockwell, Aracelly de Tezanos—; analizar el papel del maestro y de la escuela desde diversas perspectivas.

Esta experiencia me ha permitido también descubrir facetas ocultas que obstaculizan y atrancan los procesos de enseñanza y aprendizaje y que tienen relación con estados afectivos y situaciones pedagógicas que al ser ignoradas, hacen nulos esfuerzos por responder satisfactoriamente a las exigencias y demandas relativas al desarrollo de los educandos en sus conocimientos, habilidades y destrezas. Me ha posibilitado abrir espacios para examinar en detalle trabajos de observadores, analistas y críticos que desprevenidamente y sin apasionamientos, juzgan con imparcialidad la obra o desempeño de los docentes como ocurre con Rodrigo Parra Sandoval.

En fin, para darle consistencia, solidez y refuerzo a los fundamentos adquiridos en la profesionalización, encontré la oportunidad de hacer posible la realización de un estudio de posgrado, como es la especialización en la enseñanza de las ciencias sociales-historia de Colombia y

obviamente, encuentro ahora mayor claridad y transparencia y mejores y más abundantes elementos de juicio al reflexionar sobre aspectos sociales e históricos.

La licenciatura me abrió la posibilidad de ascender al grado 12, pero la especialización me despejaba el camino para acceder a la máxima categoría del escalafón.

Algunas consideraciones finales

Sobre mi experiencia como director y docente: los antisociales, llámense pícaros ladrones, reducidores o malhechores son un azote para las instituciones educativas oficiales, porque las han convertido en los lugares favoritos para desvalijarlas de los mejores materiales docentes que tales centros educativos poseen, se llevan libros, material didáctico, enciclopedias, equipos de sonido, televisores, antenas parabólicas, computadores; piénsese si con estos desvalijamientos se puede llevar a feliz término una buena gestión pedagógica.

Sobre políticas educativas: considero afortunadas y audaces las propuestas sobre el proyecto educativo institucional: autonomía escolar, gobierno escolar, democratización de la vida en la educación, la incorporación de aspectos valiosos en relación con la informática y la tecnología y el estudio de un segundo idioma. Aunque, en cierta forma, estas innovaciones implican un factor de desequilibrio, porque hay regiones que no cuentan con la infraestructura requerida para implementar estos avances. Mención especial merece la incorporación en el currículo de la ética y los valores humanos, ante la terrible tragedia nacional que vive el país, como es la propagación de la cultura de violencia, pues de nada sirven: avance, progreso, tecnología y modernidad, sino es sobre la base de la convivencia pacífica entre los miembros de la comunidad y sobre la base del respeto y los derechos humanos, principiando por el respeto al derecho a la vida. Si se hace referencia a los logros, ello resulta más práctico y apropiado porque tiene más relación con los procesos educativos en la medida en que se trate de evaluar es más adecuado hablar de logros.

El manual de convivencia constituye una excelente y formidable oportunidad de plasmar por escrito los términos de la convivencia

escolar. Sobre el grado de autonomía, es innegable que ella existe en forma plena, mientras no desborde los marcos institucionales y en la medida en que se alcanzan mayores niveles académicos, en esa medida crece el dominio del manejo de la autonomía. Razones para permanecer en el magisterio: lo más valioso y significativo de la tierra es el recurso humano; estar en permanente contacto con ese recurso; conocer sus posibilidades y limitaciones; sus fortalezas y debilidades; sus proyecciones y sus valores; participar e involucrarse en la cultura humana; crecer y formarse en ese ámbito y lograr penetrar y adentrarse en el mundo inferior de la gente, hasta el punto de llegar a influenciarla y moderarla y alcanzarla, puede decirse que en cierta forma constituye un privilegio que es un motivo más que suficiente para sostenerse en el ejercicio de la docencia, aunque por otra parte, existan además razones económicas, por ser esa la fuente de ingresos que permiten el sostenimiento individual y familiar. Como maestro, considero que he aportado con solicitud y eficiencia, elementos valiosos y enriquecedores a la comunidad educativa, he aportado servicio, solidaridad, esfuerzo, ética, idoneidad profesional, tolerancia, amistad, superación, honestidad y amor a la niñez. En cuanto a libros escritos, los únicos son los trabajos monográficos de pregrado y posgrado. El primero, habla sobre el cumplimiento de los programas oficiales de ciencias naturales en el cuarto grado de primaria en dos escuelas de Palmira y tres de Puerto Tejada y el segundo, habla del poblamiento negro en el norte del Cauca.

Referencias

MINA, Mateo. Esclavitud y Libertad en el Valle del Río Cauca, pp. 51-54. La Rosca Bogotá, 1975.

Sé que no soy lo que a los demás les gustaría que yo fuera

Nidia Rojas

El caso de Wilson, un reflejo de mi propia historia

¡NO ACEPTO MÁS A WILSON EN MI SALÓN! No lo resisto, mírelo, tiene cara de loco, les pega a los niños, me interrumpe las clases, no me deja trabajar. Así se me venga el mundo encima, no lo admito más en mi salón. Ya los padres de los otros alumnos están disgustados, él atenta contra la integridad de sus compañeros. Así gritaba la maestra dirigiéndose a mí y señalando insistentemente al niño al cual hacía referencia. Yo la escuchaba mirándola fijamente y en silencio, Wilson, junto a mí, agachaba la cabeza, y con su mano helada me apretaba el brazo. No supe qué decir en esta situación, pues se me hizo un nudo en la garganta, sentí un sabor amargo en la boca y un fuerte dolor en el pecho. Una mezcla de rabia y de impotencia me llenaba por dentro. Tomando al niño de la mano me alejé del salón de primero en dirección al aula, al llegar a ella, ambos nos quedamos callados, él se agachó sobre el pupitre y se negó a realizar ningún ejercicio y así pasó el tiempo, hasta que el hermano mayor pasó a recogerlo. Mientras me desplazaba por el corredor se hicieron presentes recuerdos que ya casi había olvidado. Sin darme cuenta, de pronto me encontré en el año 1954 en un garaje semioscuro, desde donde se podía apreciar la calle y la acera de enfrente. Percibí nuevamente un fuerte olor a húmedo y un gran bochorno producido por el calor, tan propio del clima de Buenaventura. Hice memoria y recordé cómo estaba organizado este espacio. En él se encontraban varias líneas de pupitres bipersonales, con muy poco lugar entre uno y otro, en ellos se ubicaban unos treinta niños,

cuyas edades oscilaban entre cuatro y seis años y quienes gritaban y saltaban por encima de los puestos. Entre la puerta del garaje y los pupitres se encontraba un tablero que no permitía la entrada de más luz en aquel recinto.

Hacia el lado izquierdo del salón se encontraba una puerta que comunicaba con un pequeño patio, donde se encontraba una jaula que alojaba a un gallo, que superaba la estatura de una niña de seis años y quien compartía con nosotros los pocos minutos dedicados al recreo, momentos bastante amargos, llenos de llanto y espanto producidos cuando algún niño dejaba en libertad al gallo, retirando la varilla que sostenía la puerta de la jaula; éste aprovechando los pocos minutos de libertad, saltaba sobre nosotros, picando a uno y otro niño causando gran alboroto del que nadie podía escapar, pues la maestra cerraba la puerta para evitar nuestra entrada al salón o la interrupción de su desayuno.

Me vi sentada al lado de mi hermanita de dos años. De pronto se hizo presente la maestra, una anciana corpulenta muy alta, y con muchas arrugas en su cara, quien dirigiéndose a mí muy disgustada, me dijo: "Clara, hasta cuando trae a su hermana, ustedes no están pagando por esa muchacha, esto no es casa de beneficencia", y sacándome de un brazo me dijo: "Es mejor que se vaya y no vuelva". Y así a los seis años, con un gran maletín que había heredado de mi hermana mayor, quién en ese entonces trabajaba en el correo pegando estampillas con la lengua según pensaba yo, y con mi hermana pequeña de la mano, con el peso de la derrota sobre mis hombros, me dirigí a mi casa esperando la reprimenda de mi madre, quien al escuchar mi relato se encogió de hombros y no me dijo nada.

Un gran sentimiento de desamparo se apoderó de mí: ya no aprendería a leer ni a escribir. ¿Qué sería de mí? Para lo único que iba a servir sería para lavar platos, me sentía culpable, insignificante, flaca, bastante fea, pues todas las personas que nos conocían hacían alarde de la belleza y la inteligencia de mi hermana Amparo, la que me acompañaba a la escuela, y a mí no me tomaban en cuenta. En cambio, mi madre y mi hermana mayor se quejaban constantemente de mi inquietud y mi gran facilidad para mentir. Durante tres años permanecí en la casa, sin volver a la escuela en compañía de mi madre y mis cuatro

hermanos, tres mujeres: Vilma , de 16 años, Amparo de dos años, Rosa de un año y un varón, Pedro, de 15 años, quien era muy amable y cariñoso conmigo. Todo este tiempo que me dediqué a jugar con mi hermana, a hacer daños, a decir mentiras, aunque yo consideraba que todo lo que contaba era tan real, pues yo sentía que lo había vivido.

En los ratos libres que tenía mi hermana Vilma, la mayor, se dedicaba a la ardua tarea de enseñarme a leer y a escribir, misión que le fue imposible cumplir, pues me pedía que produjera mágicamente sílabas, juntando nombres de consonantes y vocales. Era muy difícil buscar palabras a partir de los pedacitos que ella me enseñaba, me inducía a la confusión, cuando me pedía que identificara los sonidos aislados de las consonantes. Por más que me esforzaba no los distinguía aisladamente cuando hablaba, para mí no era claro hablar de letras, de su nombre, su fonetización y de que al unirlas se formaran sílabas sin relación con el nombre que se estaba trabajando, no le encontraba significado a lo que se escribía. En conclusión, no entendía nada, todo eso se me hacía muy complicado, cada vez estaba más convencida de mi falta de talento y de mi incapacidad para aprender, lo que si lograba era irritar a toda mi familia, sentía que nadie me quería, había momentos en que solo deseaba morirme.

Como la situación económica se hizo tan difícil para nuestra familia, mi madre decidió ir en busca de nuevos horizontes en compañía de mis tres hermanas y yo, pues Pedro se quedó en Buenaventura trabajando en el Banco de Bogotá. Ahora, al alejarme de él, me encontraba más sola que nunca, pues la única persona que no me criticaba y me comprendía se separaba de nosotros.

Finalmente llegamos a Palmira. Corría el año de 1957, esta era una ciudad muy sola, pequeña y cuyo silencio se veía interrumpido de vez en cuando por el ruido ocasionado por el motor de las locomotoras que entraban y salían, por el pito de los trenes y el repiqueteo producido por los cascos de los caballos, cuando arrastraban sus carrozas, que se me asemejaban a las de los cuentos de hadas

Ya instalados, mi madre me matriculó en una escuela muy grande, con amplios salones muy iluminados, aireados, con extensos corredores, donde reinaban el orden y la limpieza muy propios de las instituciones dirigidas por monjas. Lo que más me gustaba era el patio

de recreo, pues era muy grande. Aquí podría correr libremente, algo que siempre había deseado —¡Ah! Recuerdo que repartían un queso donado por Caritas, que me fascinaba—. Me encontraba muy feliz, pues la escuela era bonita, las niñas muy bien arregladas y lo mejor de todo, mi maestra era una monjita de la Caridad, pues siempre las consideré llenas de amor, dulzura y comprensión. Aquí sí sería feliz como nunca lo había sido y además, aprendería a leer y a escribir, que era lo que más anhelaba.

No pasó mucho tiempo para que la monjita empezara a gritarme y a criticarme delante de todas mis compañeras, pues afirmaba que era el colmo, que a los nueve años no conociera la o por lo redonda. Empecé a ignorarla, conversaba con aquellas niñas que se atrevían a dirigirme la palabra, cosa que molestaba mucho a mi maestra, por lo que empezó a cambiarme de puesto, a ridiculizarme por mis silencios, a disgustarse porque agachaba la cabeza, porque me movía mucho, o porque las respuestas a las preguntas que me formulaba siempre estaban erradas. En estas circunstancias no pude aprender nada. Mis compañeras empezaron a rechazarme, no querían hablar ni jugar conmigo y me hacían bromas pesadas que las divertían mucho y a mí me hacían sentir muy mal. Yo sentía que toda esta situación injusta era aprobada por mi maestra.

No podré olvidar el día en que en una reunión de padres de familia, mi maestra dirigiéndose a mi madre en frente de todos le dijo: "Señora, en este salón solo hay paz el día que Clara no viene". Mi mamá, que siempre ha sido muy sumisa, sacó valor y con firmeza le aseguró que de ahí en adelante sería muy feliz, porque yo no volvería a la escuela. La respuesta que dio mi madre causó gran consternación entre los asistentes, pues no era correcto ser tan irreverente con una persona tan respetable como era la maestra.

Así fue como volví a quedarme en la casa por espacio de dos años, ya no me interesaba la lectura o la escritura. Al fin y al cabo mi abuela era muy sabia y ella no leía ni escribía.

Como la situación económica no mejoró, mi madre decidió que nos fuéramos a vivir a Felidia, un corregimiento a una hora de Cali, con un parque en el centro del pueblo, donde la gente se reunía después de las seis de la tarde todos los días de la semana, los sábados, domingos

y festivos, una iglesia, una inspección de policía y una escuela donde por fin aprendí a leer y escribir a la edad de 11 años, cosa que no me pareció muy grandiosa, pues no sabía para qué servía tanto esfuerzo, si leía y no entendía y escribía y solo me criticaban, por tener la letra tan fea y enredada. Debía ser por el defecto que tenía, pues para rematar era zurda.

Siempre quise leer y escribir como lo hacía mi hermana Vilma, una de las cosas que más anhelaba era imitarla. La lectura me parecía algo mágico, pues no lograba entender que toda esa cantidad de signos informara sobre noticias y sobre lo que sucedía en la casa de mi tía Alicia, que vivía en Leticia. Me parecía tan estupendo acompañar a mi mamá a la galería y leer en cada puesto y en voz alta, lo que se debía comprar. Pensaba que el leer y escribir me despojarían de mi insignificancia, que teniendo esos dominios y competencias, iba a tener un reconocimiento de los míos. Sería una persona importante y podría enterarme de los títulos de las películas, de su contenido, cuando la lengua utilizada era extranjera —el cine me fascinaba—, leería letreros y avisos. Todos me escucharían y de seguro me felicitarían por leer tan bien, sería maravilloso hacer la lista de regalos que le pediría al Niño Dios, hasta él se daría cuenta de mi existencia, y de pronto los regalos que me enviaba año tras año podrían mejorar.

Cuando aprendí a leer, descubrí que lo que se leía en la escuela nada tenía que ver con lo que leía y escribía mi hermana. Y cuando quise leer las cartas que enviaba mi tía, lo hice con mucha dificultad, pues terminando de leer un párrafo o una frase, no entendía nada. Por esta razón, abandoné la tarea de leer sin haber empezado.

Así transcurrieron tres años en una escuela rural, dedicando mucho tiempo a la realización de paseos, a la organización de huertas, a la recolección de productos, que eran repartidos entre todos los estudiantes. A los 13 años hice la primera comunión, un día de Corpus Christi, con un vestido largo y muy blanco. Todos me decían que parecía una novia y con este comentario, no me permitían olvidar la diferencia de edad que tenía con respecto a los otros niños.

Como en la escuela no había sino hasta tercer grado, mi mamá decidió que me fuera con mi hermana Amparo para Cali a estudiar en

un escuela que quedaba muy cerca de donde vivía mi hermana Vilma, quien ya se había casado y tenía dos hijos.

Empecé a asistir a una escuela urbana muy bonita, dirigida por maestros jóvenes, recién egresados de la Normal de Señoritas. Mi maestra era una joven muy alta, estricta y gritaba mucho. Logró convencerme de mi inutilidad, ya que consideraba que todo lo que hacía era digno de vergüenza. En ese entonces, me parecía que ella tenía razón. Con 14 años en cuarto de primaria y siendo considerada tan mala alumna, lo mejor era retirarme y no estudiar más.

Esto se lo comuniqué a mi hermana, quien no aceptó y más bien decidió que su esposo me diera clase todos los sábados por las tardes, para reforzar mi aprendizaje. La situación se complicó, empecé a detestar todo lo que tuviera que ver con el estudio, finalmente me promovieron a quinto con notas muy bajas.

Inicié el siguiente año lectivo muy desanimada y con el propósito de retirarme lo más pronto posible de la escuela, idea que olvidé muy pronto, porque mi profesora era muy comprensiva, cariñosa y me hizo reconocer que no era tan mala alumna como yo pensaba. Esto sirvió para que ese año se pasara de una forma más agradable.

Hoy con el episodio ocurrido con Wilson, recuerdo la alumna que fui, entiendo claramente por qué me duele tanto la situación por la que viene atravesando Wilson, yo también fui expulsada de dos instituciones y sé lo que se siente el vivir una situación de rechazo e incomprensión. Si no hubiera sido por la mano bondadosa que me brindó mi maestra de quinto de primaria, Luz Mery Rojas, no sé que hubiera sido de mí.

Wilson es un niño que presenta problemas en el aprendizaje y una gran dificultad para comunicarse en forma oral. Es cierto que el niño presenta constantes roces con sus compañeros, pero esto solo sucede cuando se siente rechazado. También es cierto que desde el año pasado ha sido víctima de acusaciones injustas por parte de las maestras que lo han tenido a su cargo. En dos oportunidades fue señalado como autor de faltas que no cometió, motivo por el cual ha sido expuesto al escarnio público y a regaños en la dirección. Después de haber investigado, pude comprobar que él no tenía ninguna responsabilidad en los hechos con los que lo habían relacionado.

Considero que esta es una de mis grandes derrotas, pues no tengo el poder para reintegrarlo de nuevo a la institución. Solo espero que se pueda vincular a otra escuela, donde hayan personas con otras actitudes y un mayor compromiso en la aceptación de las diferencias. Todavía nos hace falta, como dice Franz Kafka, "Romper ese hielo que nosotros tenemos por dentro", astillarlo para poder tener unas relaciones mucho más humanas y ricas.

Manos amigas

Al finalizar el año lectivo de 1963, una de las maestras que trabaja en la escuela de Felidia y mi cuñado, animaron a mi madre para que me inscribiera en la Normal, pues ella no había contemplado la posibilidad de que yo continuara mis estudios.

Mi desempeño académico no había sido muy bueno en los años precedentes, por eso se preguntaba: ¿cómo serían los futuros si el estudio era más complejo? Era lo que en ese momento pensaba mi familia, incluyéndome yo.

Con la ayuda de la hermana de mi antigua maestra, que trabajaba como profesora en la Normal Departamental de Señoritas, fui aceptada e ingresé a primero, aquí me pude dar cuenta de mi ignorancia, pues mis bases no eran muy sólidas.

Este año conocí a un estudiante de la facultad de arquitectura de la Universidad del Valle, quién me apoyó en todo momento con sus explicaciones. Conté también con la ayuda de la hermana de mi antigua profesora, quien intercedió para que me subieran unas décimas en matemáticas y así fui promovida al curso segundo, habilitando dos materias, que finalmente logré pasar con notas mínimas.

Los años que siguieron, me dediqué a estudiar y logré ser promovida sin mayores tropiezos. Cuando me encontraba cursando quinto, la maestra de trigonometría me dio una gran lección: un día cualquiera teníamos que presentar el examen final, como siempre me había esforzado mucho, había dedicado mucho tiempo a la preparación del examen. Pero en el momento que tomé la hoja del examen entre mis manos, la mente se me quedó en blanco y así pasaron las dos horas

en las que se debía contestar el examen, y yo si acaso había escrito mi nombre. Me paré y se lo entregué a la profesora, quien al verlo en blanco me preguntó preocupada qué me había pasado, yo no le respondí nada, solo me dediqué a llorar. Ella, tomándome del brazo, me dio unas palabras de aliento y me animó a realizar el examen diciéndome que ella me esperaría todo el día, que no me preocupara. También me ofreció un vaso con agua de azúcar. Creo que es el vaso con agua más rico que me he tomado en toda mi vida.

Pasada una hora entregué toda la prueba diligenciada, la profesora la calificó de inmediato, pues hacía una hora que había salido la última alumna. Cuál sería mi sorpresa cuando la profesora me informó que mi calificación era cinco, por cierto fue la nota más alta del examen.

Este suceso me hizo reconocer mi gran inseguridad, que si no hubiera sido por la profesora Aura Acevedo, de seguro hubiera seguido convencida de mi gran incapacidad para aprender.

Así pasó el último año y con la ayuda del estudiante de arquitectura, que finalmente se convirtió en mi novio y gracias a la gran lucha que libré esforzándome para entender lo que me enseñaban, logré obtener mi título de maestra. Ese día me sentí muy feliz, acababa de librar una batalla que estaba segura de que no ganaría jamás.

De inmediato empecé la licenciatura en biología y química en la Universidad Santiago de Cali. El título lo obtuve solo hasta el año de 1980, a causa de las interrupciones ocasionadas por la atención que debía dedicarle a los tres hijos que tuve, ya que fue en esa época que contraje matrimonio.

El hacer por hacer

Después de aceptar la ayuda de una compañera de la Normal, quien me presentó a un político conservador, logré obtener mi nombramiento como maestra en una escuela pública en un barrio marginado de la ciudad de Cali.

La escuela constaba de una planta física construida en guadua con techo de paja, y cuyo espacio se encontraba distribuido en cinco salones. Mis primeros alumnos, en su gran mayoría, pertenecían a la etnia negra.

Aquí me sentí muy útil e importante. Empecé con mucho entusiasmo a aplicar lo aprendido en la Normal, preparaba clases, aplicaba estrategias, con el objeto de que los niños mejoraran sus aprendizajes. En este mismo año, me casé con el antiguo estudiante de arquitectura, que por ese entonces acababa de obtener su título de arquitecto.

De pronto y sin saber en qué momento, mi entusiasmo por el trabajo desapareció, mis alumnos no me interesaban, me limitaba a la rutina diaria en el aula, y no llevaba trabajo para la casa. Y así pasaron ocho años, durante los cuales tuve tres hijos. Por la insistencia de mi esposo, renuncié a mi cargo. Al muy poco tiempo empecé a sentirme inconforme, quería volver a la escuela, pero ya era tarde.

Pasaron los años y en el año de 1980 obtuve mi título: Licenciada en ciencias de la educación, especializada en biología y química, con un área mayor química. Ese mismo año Juan y yo decidimos separarnos. Empezando una nueva vida, trabajé como promotora de ventas, en el departamento de construcción de una empresa, donde me fue muy bien, pues obtuve buenos dividendos.

Después fui aceptada para desempeñarme como vendedora en un concesionario de carros. Económicamente este trabajo me favorecía, pero no llenaba mis aspiraciones, pues sentía que me encontraba ocupando un espacio ajeno.

No alcancé a trabajar en este sitio ni un solo día, pues por ese mismo tiempo, sucedió algo que me ayudó a encauzar el rumbo de mi vida y a realizarme en plenitud.

Un inmóvil universo de polvo y calidez humana

En el año de 1984 y gracias a la ayuda de una antigua compañera de la Normal, que ocupaba un buen cargo en la Secretaría de Educación, logré que me reintegraran. Pero en este caso, me nombraron como maestra en una zona rural, en Puerto Rico, un corregimiento que está ubicado al sur del departamento del Valle del Cauca. Sus casas se encuentran dispuestas a lado y lado de la carretera que conduce de Puerto Tejada a Florida. Esta vía se encuentra sin pavimentar y en muy mal estado. En verano, el pueblo se ve envuelto en una densa

nube de polvo, por el continuo transitar de los trenes cañeros, de los carritos que por estar fuera de circulación en los pueblos grandes, se dedican al transporte de personas en regiones apartadas y de los buses intermunicipales encargados del transporte de personas y de alimentos los días de mercado. En épocas de invierno esto es un verdadero caos, el río Desbaratado, única fuente hídrica del pueblo, se sale de su cauce inundando la carretera, dejando al pueblo incomunicado.

Este corregimiento se encuentra ubicado en una zona totalmente plana, que limita al norte con el corregimiento de Remolino, al sur con el río Desbaratado, al oriente con la vereda La Acequia, al occidente con el corregimiento de Tarragona.

Se encuentra a una altura de 970 m sobre el nivel del mar, con una temperatura promedio de 24ºC.

Los medios de comunicación utilizados por sus pobladores son: la carta, el teléfono, la radio y la televisión, en muy pocas oportunidades el periódico.

En esta región predomina el cultivo de la caña de azúcar, que ocupa grandes extensiones de tierra, propiedad del ingenio del Cauca, se cultivan en mínimas cantidades la yuca, el maíz, la soya, el tomate, la habichuela y frutales en menos proporción, pertenecientes a algunos de los 1.850 pobladores que habitan en una extensión de tierra de 32 a 4 Km.

La comunidad de esta región pertenece en un 90% a la etnia negra, pertenecientes a los estratos uno y dos, son gentes sencillas, alegres, cálidas, muy crédulas y a veces ingenuas.

En esta población predomina la unión libre, las familias son numerosas, con un promedio de cinco y seis hijos. Su sustento se deriva de la alfarería, la extracción de arena y un pequeño porcentaje se desempeñan como obreros o empleados del ingenio del Cauca. También hay un alto índice de desempleo, es muy común ver a diferentes horas del día grupos de jóvenes en las calles jugando bolas, parqués o conversando en el parque. El único centro de recreación es una cancha de fútbol, donde realizan torneos con otras veredas.

Los oficios fúnebres se realizan en los hogares con la velación del cadáver, tienen como costumbre brindar café, cigarrillos, licor y en

algunas oportunidades hasta comida, dependiendo de la religión que profesan, se reza o no la novena.

La única institución encargada de promover la cultura y la educación en este pueblo es la escuela, que fue construida hace 54 años. La planta física que albergaba en 1984 a 340 alumnos, se encontraba constituida por seis salones, la dirección, la biblioteca, una tienda escolar, la batería sanitaria, una alcoba para los comodatarios, un patio en tierra que en épocas de invierno se inundaba, llevando el agua hasta los salones, las paredes eran muy altas y el techo en esa época estaba cubierto con tejas de barro.

En un principio, me sentí muy desilusionada, pues la escuela era sucia y muy abandonada. Empecé mi trabajo, que cada vez se hacía más interesante, había mucho para hacer. Como primera medida, entusiasmé al director para que solicitara ayuda a la alcaldía para arreglar la escuela, lo que se logró al cabo de un año. Así continuamos capacitándonos, haciendo celebraciones, donde se permitía la participación de los alumnos y la comunidad.

Durante el primer año de trabajo, utilizamos las guías alemanas, donde se pedía encontrar temas, contenidos y la programación académica, que se seguía en los diferentes cursos. En la escuela, la enseñanza era tradicional y conductista, algunos maestros utilizaban castigos físicos para sancionar a los alumnos. El segundo año lectivo hubo algunas transformaciones a raíz de la implementación del programa Escuela Nueva, creado por el Ministerio de Educación Nacional, para propiciar el mejoramiento cualitativo de la educación en escuelas rurales donde hubiera uno o dos maestros y varios grupos.

Nosotros, aunque pertenecíamos a una escuela graduada, donde cada curso estaba dirigido por un maestro, decidimos implementar este programa, porque vimos la posibilidad de dotar a nuestros alumnos de guías y materiales donados por el Ministerio de Educación, por la capacitación que brindaban a todos los docentes que se acogieran al programa, por la posibilidad que se le daba al estudiante de leer las guías para indagar y buscar información. Nos parecía muy importante la participación de los alumnos en el gobierno escolar y en los diferentes comités, pues perdían el miedo a hablar en público, se volverían más seguros y autónomos.

Como todo en un principio, el programa nos pareció muy bueno, pero con el transcurrir del tiempo, pudimos detectar algunas de sus fallas: el encasillamiento de los estudiantes al darles informaciones limitadas, pues no se dirigían a otras fuentes, los contenidos no correspondían al medio ni a los intereses de los alumnos, las guías habían sido diseñadas para niños que vivían en la costa del Pacífico, los estudiantes no tenían posibilidad de actualizarse y los niños que se iniciaban en el proceso lector, debían hacerlo con el método de las palabras normales.

Creo que lo que más hizo daño en la aplicación del programa, fue el hecho de que algunos maestros le delegaran a las guías sus funciones, dejando a los niños solos, resolviendo ejercicios, que eran muy largos y dispendiosos.

Por estos días, me nombraron como multiplicadora de este programa, motivo por el cual abandonaba a mis alumnos por algunas semanas durante el año escolar. Viajé a la Costa Atlántica, a San Antonio del Táchira y a otros municipios del Valle del Cauca, con el objeto de capacitar a los maestros de esas zonas rurales en la ejecución del programa.

El núcleo educativo al cual pertenecía, empezó a trabajar con una agrupación de negritudes, con el objeto de rescatar los valores culturales de esta población, todo esto nos llevó a incluir en el currículo danzas, prácticas de percusión, juegos y rondas de la costa Pacífica, poesía negra, narración de mitos y leyendas propias de este lugar. Este trabajo favoreció a toda la comunidad, pues despertó el interés por sus arraigos culturales.

En esta época decidí iniciar el posgrado en educación especial en la Universidad de San Buenaventura, la razón que me motivó a tomar esta determinación aparte de querer ascender en el escalafón a la categoría catorce, fue la experiencia que se vivió en la escuela en el año de 1990. Este año llegó a nuestra institución, Claritza, una niña de nueve años solicitando cupo en preescolar. De inmediato, la mayoría de los maestros se opusieron a su ingreso por considerar que nosotros no teníamos la preparación suficiente para trabajar con una niña que padecía trastornos en integración sensorio-motriz. Les propuse que ensayáramos, que sería muy bueno vivir esa experiencia. Finalmente, mis compañeros accedieron y la niña pudo matricularse. De acuerdo

con los padres de Claritza, la llevamos donde un especialista en Cali, quién nos aconsejó que no esperáramos mucho de ella, porque si acaso ella lograría llegar a escribir su nombre. Sin embargo, la niña siguió asistiendo a la escuela, participando de todas las actividades que se realizaban dentro y fuera del aula.

Los maestros nos propusimos respetar su ritmo de aprendizaje y tratarla como a todos los estudiantes. Los resultados no se hicieron esperar, pues la niña no solo aprendió a leer y a escribir, sino que cumplió con todos los logros exigidos para culminar quinto de primaria.

Después de una entrevista, fui aceptada en la universidad. Aquí tuve la oportunidad de conocer dos personas muy especiales: Luz Amparo Sepúlveda y Gloria Rincón, quienes con sus orientaciones, me llevaron a reflexionar sobre mis prácticas pedagógicas.

De aquí en adelante, me enamoré de mi profesión, todo lo que aprendía lo practicaba con mis alumnos y lo compartía con mis compañeros. Cada día que pasaba, mi entusiasmo crecía por los resultados que producía un trabajo planeado y bien organizado, que giraba alrededor del papel que cumple la lengua escrita como mediadora de los procesos de aprendizaje de todas las disciplinas. Con el tiempo, la escuela tuvo avances significativos académicos, en la consecución de recursos y en la recreación y deporte. El director logró conseguir la ayuda de Bienestar Familiar, que incluyó en su programa de restaurantes a esta institución.

En julio de 1996 recibí la notificación de mi traslado a una escuela pública de la ciudad de Cali. Sentí satisfacción, porque abandonaría los largos recorridos que tenía que realizar diariamente para llegar a la escuela. Pero también me llené de nostalgia al tener que abandonar a mis alumnos y a toda esa gente, que hacía 12 años me habían acogido con tanta sinceridad, sencillez y calidez.

Los actos míos, son más míos si son también de todos

Mi nuevo nombramiento me asignaba el cargo de docente de apoyo. Este rol está determinado por el apoyo al proceso de integración escolar, mediante la atención a los niños y niñas con necesidades

educativas especiales —discapacitados—, en las aulas regulares. Mí campo de acción, era trabajar de manera cooperativa con los docentes integradores, en el diseño e implementación de estrategias pedagógicas, que permitieran la mayor integración de estos alumnos en la dinámica del aula y el currículo ordinario. Al llegar a esta escuela, encontré una marcada resistencia institucional a aceptar que los niños discapacitados que tradicionalmente eran confinados en aulas especiales, fueran integrados a las aulas regulares.

Queriendo enriquecer mi labor, me matriculé en la Universidad del Valle para hacer una especialización en psicología del niño. Creo que es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida, porque aquí he tenido la oportunidad de conocer personas muy especiales, que me han enriquecido como persona y como profesional de la educación. Ellas son las investigadoras Miralba Correa y Patricia Calonje. Estoy segura de que no las olvidaré nunca, gracias a ellas se despertó mi interés por la lectura, lo que está siendo irradiado a toda la comunidad.

En un principio quise compartir con todas las compañeras de la escuela, los conocimientos sobre innovaciones en las prácticas pedagógicas, especialmente en lo que se refiere al trabajo con lenguaje y escritura, pero todas mis propuestas fueron rechazadas. Esta situación, me llevó a tomar medidas que permitieran ser aceptada por los miembros de esta institución. Y fue así, como empecé a diseñar y aplicar estrategias de lenguaje en algunos cursos donde los maestros me lo permitían. Las docentes empezaron a interesarse por el tipo de trabajo que se estaba desarrollando.

Fueron los resultados observados, los que disminuyeron las resistencias y abrieron la posibilidad de aceptar una propuesta, que estaba centrada desde una concepción de lectura y escritura, diferente a la que prevalecía en ese momento en esta escuela.

Haciendo un recorrido a lo largo de mis tres años de trabajo en esta institución se puede encontrar lo siguiente:

En enero de 1997, la profesora de transición aceptó incluir en el currículo el lenguaje escrito y la escritura, favoreciendo así a 30 alumnos regulares y dos con síndrome de Down. Los logros obtenidos en este curso, animaron año tras año a las docentes a realizar transformaciones

en el trabajo con el lenguaje. Hoy hay siete docentes y 250 alumnos —15 integrados—, vinculados a la propuesta de formar niños lectores y productores de textos y a sus respectivos proyectos de aula.

Este trabajo ha favorecido a toda la comunidad educativa, independiente de sus condiciones personales, logrando avances en la construcción de una cultura lectora en la escuela y la familia.

Se han comprobado las ganancias de los niños lectores frente a los que tienen una mala iniciación en sus procesos lectores.

La práctica pedagógica de los maestros ha retomado la fuerza de la recuperación de la memoria y han comenzado a escribir y a participar de manera activa en los momentos culturales con los estudiantes, donde no solo actúan los alumnos, sino que el maestro también actúa para ellos.

Con mi asistencia, he propiciado el incremento de la integración en diferentes aulas, promoviendo el acercamiento de los niños y maestros a la lectura placentera. El acercamiento al libro, como objeto cultural por excelencia.

Añoranzas

María Elfa Mérici Carabalí de Peña

La historia de mis padres

Hay momentos en los recuerdos que producen una huella imborrable de alegría y tristeza en nuestro corazón y hacen que nos remontemos, como las gaviotas, a tiempos y lugares lejanos para evocar lo que pudo haber sido y no fue o para decir valió la pena.

Mi padre José Ernesto Carabalí García se casó con mi madre Cristina Moreno Pontón, cuando él tenía 37 años y ella 27. Él acababa de enviudar y de su primer matrimonio no quedaron hijos. Mi padre era oriundo de San Antonio, vereda de Santander de Quilichao. Hijo de campesinos negros, agricultores, llamados Cornelio Carabalí y Pascuala García, los cuales tuvieron cuatro hijos, tres mujeres y un solo hombre, mi papá. Mi madre es hija de Florentino Pontón y Lorenza Moreno. Mi abuelo era blanco de ojos azules, mi abuela negra de cabello bastante pasudo. No estaban casados. Mi abuela Lorenza tuvo cuatro hijos.

Mi padre pagó servicio militar y a su regreso se fue a construir el ferrocarril en el tramo Cali-Armenia, que correspondía al departamento de Caldas en el año 19, pero su estadía allá duró poco, ya que en esa época se había desatado la lepra y los leprosos se encontraban en el camino, motivo que lo llenó de nervios y lo hizo regresar, pese a que la situación económica de su familia no era buena. Sabedor de que en Villarrica había fincas fructíferas, se traslada a esta región; trabaja, compra un lote y construye una casa, más tarde compra fincas y se dedica a trabajar de lleno. Allí conoce a mi mamá, quien vivía media cuadra más arriba. Se hacen novios, con la mala suerte que mi abuela

Lorenza no lo acepta por mujeriego y tomatrago. Pero esto no era sospecha, ni cuentos, pues él en San Antonio tenía hijos llamados Julio Anibal, Esther Julia y Hermes Alfonso, hijos de Saturnina; Julio Hernán, hijo de Paula; en Villarrica, tuvo a Pablo Vásquez, hijo de una señora desconocida; a Dídimo y Lubia Vergara, de Betsabé Vergara; a Zoraida con otra señora, y a Óscar Julio Cambindo con Bernardina Cambino de Puerto Tejada, para un total de diez hijos. Pese a que no son hijos de mi mamá, mis hermanos se caracterizaron por su nobleza, hermandad y humildad. Pueden imaginarse ¿qué madre admite como novio a un hombre así? Esto motiva a mi abuela Lorenza a despachar a mi madre para Cali, donde un primo de ella llamado Eulogio Caicedo y la deja por mucho tiempo con el fin de que se olviden, aplicando el proverbio que: "La ausencia causa olvido". Y lo consiguió, pues mi padre decide no esperarla más y se consigue una novia de una vereda de Santander, de nombre Encarnación Racines y con quien contrae matrimonio meses más tarde. La unión dura dos años y su esposa muere de parto, dos días después muere la niña.

Mi madre regresa después de haberse casado mi padre y mi abuela le pone una tiendita para que se entretenga. Una vez viudo, mi padre siguió conquistando a mi madre hasta que le aceptó, pero debido al rechazo de mi abuela Lorenza, se volaron y se casaron en 1941 en Puerto Tejada.

Mi padre nació el 2 de abril de 1904 en San Antonio, era alto, con 1.80 m de estatura, delgado, con cabellos canos, que se los cortaba muy bajitos, diría yo rapado, con una babera, tenía bigote, con una expresión de amigabilidad y de ternura que impactaba. Vestía bien, usaba pantalones de dril y paño, con saco, pues siempre decía que el hombre no podía salir sin éste, sus camisas eran de manga larga y de color blanco y la corbata que no le faltaba en ocasiones especiales. Para ir a la finca, usaba pantalones de una tela llamada gripa o de dril caqui, en ocasiones estaban remendados con parches que mi madre sobrehilaba, usaba botas pantaneras o grullas, inmediatamente que llegaba de la finca se sentaba en el tendal a dejarse reposar, se bañaba con una pantaloneta o un pañuelo que acomodaba en una piola que tenía en su cintura, costumbre que heredó de mis abuelos. Era un gran, o mejor decir, un fumador empedernido, se fumaba una cajetilla de cigarrillos El Sol o patialzado, cigarrillo que encendía con un encendedor

que llamaban eslabón. Por la noche cuando salía, usaba su ruana y su bordón[1] para apoyarse, el bordón lo hacía él mismo con la rama de un árbol de guayabo a la que le quitaba la cáscara y labraba y luego, en la parte superior, le hacía un hueco y por allí metía un rejo de cuero de ganado.

Mi padre fue estanquero, agricultor y tinterillo. Hombre culto, y apreciado por su honradez y porque era muy humano. Con grandes conocimientos en política, pues los tinterillos sabían mucho de leyes.

Fue presidente de la junta pobladora. Al casarse con mi madre, su posición económica mejoró notablemente, ya que mi madre poseía muy buenas fincas. Villarrica se caracterizó por ser una región agrícola, aunque ahora no lo es; anteriormente sí fue rica en agricultura. En las fincas se cosechaba especialmente café, cacao, plátano, banano, fríjol, maíz y frutas como naranjas, mandarina, guanábanas, aguacate, caimos, zapotes, papayas, anones, guayabas, grosellas, ciruelas, badeas, limón, algarrobo, etc. Recuerdo que en esa época para la cosecha de café y cacao, mi padre contrataba un camión para transportar estos productos y llevarlos a la Luker en Cali o a la Federación de Cafeteros en Santander. El plátano lo llevaba a vender por yuntas a Cali, en unos carros chivas, llamados Nacional y Manolete. Con la venta del plátano, comprábamos el mercado; el dinero sobrante lo depositaba en el Banco del Estado de Puerto Tejada —mi padre fue fundador de este banco—.

Al mejorar su estado económico, conoce grandes personalidades de la vida política, donde se convierte en bebedor y fumador empedernido, porque mujeriego ya lo era; empieza a comprar fincas por doquier.

Villarrica es un corregimiento perteneciente a Santander de Quilichao, pero tenido en cuenta solo en época electoral, porque hasta el mercado hay que hacerlo en Santander, Puerto Tejada o Cali.

Mi madre queda en embarazo. Ya en los días de dar a luz, mi abuela Pascuala le pide que se vaya para San Antonio para que yo nazca allá y poderla ayudar en la dieta; y así fue. Mi madre sufrió tres días dolores

[1] Bordón: palo que sirve para apoyarse al caminar.

de parto y el lunes 1 de junio de 1942, nací yo. En cuanto me convierto en una promesa, pues mi padre juró que después de mí no tendría más hijos extramatrimoniales y lo cumplió.

Pasada la dieta rigurosa, cuenta mi madre, que no se podía abrir la puerta del cuarto, toda hendija que había, tenían que taparla con trapos, la parida debía permanecer con la cabeza tapada para que no le entrara pasmo y las comidas eran llevadas a la pieza tapadas. Se bañaban a los 40 días con agua calentada al sol y yerbas aromáticas. Una vez bañada, se le daba un trago de aguardiente con yerbas para evitar el frío. Al día siguiente, ya podía salir y lo hacía estrenando vestido y paseaba a su bebé sin miedo alguno. Cabe anotar que la mujer en esos 40 días no podía dormir en la cama con el esposo. Pasada la dieta, mi madre regresó a Villarrica con mi abuela Pascuala, quien la acompañó un buen tiempo.

Mis años en Santander de Quilichao

En esa época, mi padre era estanquero de las rentas departamentales del Cauca en Villarrica, por consiguiente era poderoso y asediado por las mujeres que le hacían la vida imposible a mi mamá. Esto le ocasionaba disgustos a mi abuela, quien decide regresar a San Antonio y encariñada conmigo, me lleva de un añito a Santander de Quilichao, localizado en una loma de tierra colorada, limitada por un río Quinamayó y la quebrada La Quebrada, por caseríos: San José, San Jerónimo, Taminango y haciendo contraste, un hermoso cerro llamado Garrapatero, donde hasta hace poco tenía vegetación virgen.

Las casas eran de bahareque, separadas unas de otras por solares y cercas de alambre que tenían para entrar talanqueras[2], es también una región agrícola, pero su tierra no es tan fructífera como la de Villarrica. Sus gentes, negras todas con muchas cualidades: humildes, unidas, serviciales y en su mayoría de la familia.

[2] Talanquera: puerta que lleva a los lados una o dos guaduas verticales con huecos en los entrenudos y según los huecos van guaduas horizontales, que al introducirlas impiden el paso de la gente y de los animales.

La casa de mi abuela Pascuala es grande, muy parecida a las casas del Eje Cafetero. Tiene un corredor amplio, para ir a la cocina hay que bajar dos gradas, luego se encuentra un patio grande con tierra colorada que barrían todos los días con una escoba de rama[3]. Había alrededor de la casa una extensa capa de grama que no crece y que parecía una hermosa alfombra verde, algunas veces salpicada por los pétalos de las veraneras, de las dalias y otras plantas que adornaban el patio. Al lado de la casa de las Paulas, había un lago que llamábamos el pozo, el que siempre permanecía con agua y cuando llovía se desbordaba inundando la carretera. Al frente del corredor y después del patio, hay un cafetal que llega hasta el bajón. En el bajón había dos aljibes de donde se traía el agua para tomar y hacer los oficios de la casa.

Mi abuelo Cornelio era de mediana estatura, con cabellos blancos sin una hebra negra, con un bigote que tapaba sus labios y los encrespaba en las puntas al estilo Tomás Cipriano de Mosquera. Usaba sombrero, un pañuelo amarrado en el cuello, carriel y de zapatos unas quimbas hechas de cuero. Pero lo que más admiraba era cuando fumaba su cóngolo —lo que llamamos pipa—. Él sembraba el tabaco, lo ponía a secar cuando estaba jecho y luego, esa hoja seca la picaba y la metía en un tarrito, que construía con guadua delgada, de la parte del nudo hacía la tapa; el tarrito que mantenía en el carriel. Para encender la pipa, usaba dos piedras negras que llamaban eslabones y una espiga, que daba la planta de fique que llamaban yesca. Esta espiga la dejaban secar y ya seca la ponía en medio de los eslabones, que al friccionarlos, producía una chispa que encendía la yesca para prender el cóngolo, formando unas bocaradas de humo como las fumarolas de los volcanes. Para apagar la yesca usaban la tapa donde tenían el picado del tabaco.

Como algo curioso, mi abuelo leía pero no escribía. Para mí él era muy elegante, pero serio y poco cariñoso. Otra cosa que me llamaba la atención, era ver en el alambre sus pantaloncillos de percal y de largo del pantalón terminados en resorte, por eso los llamaban ataja pulgas. Mi tía Evangelina los cosía en su máquina *Singer*.

---

[3] Escoba de rama se le dice a la que se corta en las fincas. Hay dos clases: la bugueña y la común.

Mi abuela Pascuala era alta, de 1.80 m de estatura, con cabellos blancos ondulados, se hacía trenzas a los lados. Tenía cualidades muy especiales para mí: tierna, sencilla, humilde y humanitaria. Aún la recuerdo con cariño.

Usaba faldas largas llamadas follados y las lucía muy bien por su estatura, debajo del follado usaba enaguas anchas, llamadas fundamentos de lana castilla[4]. Llevaba en sus hombros un pañolón negro bonito, como de seda con flecos para salir al pueblo o a reuniones especiales y uno ordinario para estar en casa.

Mi abuela se quitaba el bocado de comida para dárselo a quien llegara a casa. ¡Qué hermosa mi abuela! Recuerdo sus manos grandes y delgadas muy parecidas a las de mi padre; recuerdo cuando me sostenía en medio de sus piernas. Recuerdo además, cuando dormía con ella al rincón de su cama, siempre pendiente de si me volteaba o me descobijaba. Era partera, atendía los partos de la región.

Con mis abuelos vivían mis tías Evangelina, que era soltera y Lilia, mis primas y Amelia, que también era soltera. Mi tía Evangelina era alta como mi padre y de cabellos ondulados. Era una gran modista, tenía una máquina *Singer* de pedal, no era extraño encontrar en una casa una hija modista, pues esa era la única profesión que debía tener una mujer, o desempeñarse en los quehaceres de la casa. Evangelina era muy seria y regañona. Tenía un novio, pero con el tiempo terminaron. Yo aún creo que a ella no le gustaba cocinar, porque siempre a las nueve de la mañana sacaba la máquina al corredor y se ponía a coser. Ella usaba collares y se pintaba las cejas.

Amelia, otra de mis tías, tenía una máquina *PAFF*, pero a diferencia de Evita, no le gustaba la modistería, solo la usaba para remendar o hacer algo que se le presentara; en cambio, le gustaba tambar[5] en el río.

Fabriciana se casó con Manuel Larrahondo primero que mi madre, ellos tuvieron dos hijas Leida y Lilia, con quienes me crié. Yo viví al lado de ellos hasta cuando me fui a estudiar a Popayán. Ella fue maestra,

---

4 Lana castilla: material de paño con que elaboraban los indios sus hamacas.

5 Tambar: sacar oro del río con unas bateas especiales.

pero no la conocí como tal. Es la más bajita de los tres hermanos, pero muy tierna conmigo, sé que llegó a considerarme como su hija.

A la escuela
(Canto)

Vamos a la escuela
Vamos a la escuela
Vamos a estudiar
que la escuela es templo
de felicidad
Si a la escuela niño
tú quieres venir
cumple tus deberes y serás feliz.

Entré a estudiar a los siete años de edad —en 1949—, pues en esa época se iniciaba la primaria hasta los nueve años.

Mi escuela quedaba en la loma; todavía está allí. Era de color blanco, con dos ventanas y dos puertas, una al frente de la otra, los pupitres eran para cuatro o cinco niñas y tenían un espacio donde guardar los cuadernos. El salón era grande, dividido por un tablero que se podía voltear, por un lado, tenía cuadrícula y por el otro, líneas simulando el rayado de un cuaderno. Las almohadillas las hacían las alumnas con retazos de tela que regalaban las modistas y las colgaban en un palo que tenía el tablero.

A un lado quedaban las alumnas de tercero, cuarto y quinto; al otro, las alumnas de primero y segundo. Había una sola profesora llamada Adelina, era tan blanca que la llamaban huevo de bimbo. Mientras que la profesora nos ponía las planas a las de primero y segundo, las otras alumnas hacían ejercicios en sus cuadernos y así sucesivamente.

Todas estábamos juntas a la última hora de la tarde que tocaba costura, o trabajos manuales. El horario de clases era todo el día, de 8 a.m. hasta las 11:30 a.m. o 12:00 m. y desde la 1:30 p.m. hasta las 4:30 p.m. La profesora acostumbraba a dejarnos tarea a la hora de almuerzo, así es que muchas veces el tiempo era corto para descansar o reposar el almuerzo. El aseo debía quedar hecho por la tarde. No teníamos uniforme. En el grado primero usábamos solo la

pizarra[6], en ella hacíamos nuestras primeras letras con una tiza especial y borrábamos.

Cuando estábamos en capacidad de hacer bien las planas del libro *Alegría de Leer*, la pasábamos al cuaderno con lápiz y utilizando los dos tipos de letra: script y cursiva.

Recuerdo mis planas:

Mi mamá me ama
yo amo a mi mamá
mi mamá me mima
ma-me-mi-mo-mu

Tulia la tía de totó toma su taza de té
kiosko wagón

Para llegar a la escuela teníamos que pasar una cañada llamada La Cañadita; ésta tenía un puente formado por dos guaduas, al que yo le tenía pánico, porque pensaba que me podía caer. Por algo me llamaban blandengue, porque a todo le tenía miedo y se me dificultaba hacerlo. La Cañadita era un lugar miedoso, tenía un guadual y árboles que no dejaban penetrar los rayos del sol; cuando los pájaros sentían nuestra presencia volaban y esto me hacía sentir más temor, unido al croar de las ranas, el carpintear del pájaro carpintero o al cantar de la lechuza y a los cuentos de la gente, que aseguraban que allí salía un espanto cuando andaba una sola persona.

Una vez pasada La Cañadita, empezábamos a subir la loma empinada, en ocasiones las niñas más grandes me llevaban apada[7] porque me cansaba; sentía tranquilidad, porque había una casa de un señor Alfredo Piguita.

La escuela estaba rodeada por una cerca de alambre de púas y para entrar había un portillo. Después de éste, había un jardín con dalias y unas matas de limoncillo, luego un corredor amplio al frente y a los lados. En la parte de atrás, estaba la habitación y la cocina de la profesora y un patio amplio, donde hacíamos la formación y sembrábamos

---

6 Pizarra: tablero pequeño donde escribíamos nuestras planas de escritura y guardábamos en una jigra.

7 Apada: cargar a una persona en la espalda.

la huerta. Este patio se comunicaba por una talanquera que había al frente de la casa de la familia Figueroa.

La escuela tenía una panorámica hermosa, porque quedaba en una loma de donde se divisaba el paisaje, donde la imaginación hacía creer que el cielo se unía con la tierra, y donde Santander a las seis, empezaba a encender sus cocuyos para producir un destello de luces. Los caminos parecían hilos, que llevaban a las gentes a sus casas.

Mis primas Leida y Lilia, mayores que yo, me cuidaban mucho, aunque estaban en un curso adelantado. Recuerdo que llevábamos tete a la escuela. Cuando me compraron la cartilla *Alegría de Leer*, me hizo sentir miedo, porque había un dibujo de una maestra con una vara en la mano y un niño con un gorro que decía: Burro Baba la letra con sangre entra. Al instante imaginé que a mí me iban a hacer lo mismo y me iban a poner de burla de mis compañeritas, con ese gorro, además no era justo que me pegaran en la escuela, ya que en mi casa no lo habían hecho.

La profesora Adelina tenía las uñas largas y pintadas de rojo, cuando las alumnas se manejaban mal o no hacían la tarea acostumbraba pellizcarnos, darnos con la varita o el rejo, meternos al calabozo, o arrodillarnos con los brazos arriba soportando el peso de los ladrillos o cuadernos, así es que siempre me acompañó el temor.

Es en primerito donde aprendo:

Manecita rosadita
Manecita rosadita
muy experta yo te haré
para que hagas buena letra y no manches el papel.

A Pulgarcito
A Pulgarcito lo invitaron (bis)
a dar un vue vue vue lo en un avión (bis)
y cuando estaba allá arriba (bis)
la gasoli lil lina se acabó (bis)
oh eh oh oh oh oh.

Las alumnas tenían marcados los libros y cuaderno así: si este libro se me pierde, como puede suceder, no es de plata ni de oro, ni de cosa qué comer, suplico al que se lo encuentre, que lo sepa devolver,

si no sabe mi nombre, aquí se lo voy a poner. Y escribían el nombre y la dirección.

Los materiales que pedían eran: *Alegría de Leer; Catecismo del Padre Astete; Cien lecciones de Historia Sagrada; Urbanidad de Carreño*; *Instrucción Cívica; La Citolégia;*[8] cuaderno de dibujo; colores; regla de madera con borde metálico, y pluma con tintas azul y roja.

Yo aún conservo mi pizarra y *La Citolégia* que guardaba mi padre. Las normas de urbanidad y de higiene las enseñaban con versos así:

Duerme todos los días
con buena ventilación,
acuéstate con las aves
levántate con el sol.

Cabe anotar que al alumno se le enseñaba a que aprendiera de memoria. Se hacía énfasis en:

a. Temor de Dios
b. Respeto a los padres, superiores, saludar, ponerse de pie cuando llegaran personas mayores de edad en dignidad, pedir la bendición, dar las gracias y todo esto mediante las reglas de urbanidad.
c. Amor por los símbolos patrios: bandera, escudo y el himno nacional.

Desde niños se conocía y se respetaba la bandera; cuando se oía el himno nacional, fuera donde fuera, estuviera donde estuviera, había que detenerse y ponerse firme. El escudo se aprendía a dibujar y se conocía cada parte de éste, su significado. El himno nacional se analizaba estrofa por estrofa y había que aprender el número a que correspondía cada una.

En cuanto a los juegos, había muchos y aún los recuerdo: Brincar lazo; *Rayuela*; *O.A*: "Oa, sin moverme, sin reírme, sin hablar, con una mano, con un pie, con la derecha, con la izquierda, atrás, atrás y adelante, adelante y atrás, remolino, torbellino, media vuelta, vuelta entera"; *El puente está quebrado*: "El puente está quebrado, con qué lo curaremos,

[8] Citolegia: libro con aprobación eclesiástica. Tenía el sumario del catecismo del Padre Astete, castellano, urbanidad, aritmética, reglas de higiene, lecturas y el Himno Nacional.

con cáscaras de huevo, los niños al potrero", y *Que pase el tren*: "Que pase el tren, que ha de pasar, el hijo del Conde, se debe quedar".

Las instrucciones de otro juego, eran que dos alumnas de las más grandes, que se supone tienen más fuerza, se ponen nombres de animales, ciudades o cosas sin que nadie se dé cuenta. Se cogen de las manos y las demás, en fila india, deben pasar debajo del brazo de las dos alumnas escogidas; la última niña, debe escoger uno de los dos nombres que se le dice y pasa a engrosar la fila de A o B, cuando ya han terminado la fila las niñas A y B empiezan a tirarse con fuerza, si se caen las de la fila A, porque se descarriló el tren, ganan las del otro bando.

También jugábamos *Las yucas*: una niña sentada en el suelo y agarrada de un árbol, hace que las demás lo hagan de igual forma, pero en fila india y cogidas de la cintura, luego la niña que queda, se encarga de arrancar a las que están cogidas. A medida que se van soltando, pierden, hasta que se suelten todas o la mayoría; *La gallina ciega:* vendarle los ojos con un pañuelo o pañoleta a una alumna y hacer que coja a alguien o algo, y *Tun-tun de la carabela*: "Tun-tun de la carabela, que el que se duerma, le meto una pela*".* Este juego consistía en sentarse en un círculo con las manos atrás. Una niña corría detrás del círculo diciendo tun-tun, llevaba en la mano una correa o rama, que dejaba a cualquiera que no estuviera atenta cuando ella, muy silenciosamente, dejara la correa y si al dar la vuelta no la había cogido, se le daba un correazo.

Otros juegos eran *La sortija*: poníamos las manos en posición de oración y una niña con las manos en esa misma posición, llevaba algo en las manos y lo hacía pasar sin que las demás lo notaran y a cada una le decía: toma esta sortijita. A la niña que había quedado por fuera le tocaba adivinar quién la tenía; *Rondas:* "Luna, luna, luna, mira nuestra ronda blanca como tú redonda conocéis la historia de caperucita mira niña luna, tienes noviecita"*. Las escondidas: era* el juego al que más miedo le tenía, pues había oído decir a mis compañeros, que el diablo se le aparecía, por eso no lo jugaba; *La lleva*: se escogía a una alumna para que saliera corriendo detrás de las otras y debía tocar o pegar a quien se dejara agarrar y le decía: "¡La lleva!". Para escogerla se decía: "Tin, marín de dos pingué, cúcara mácara títiri fue". A quien le tocara fue, ese debía iniciar el juego; los demás resultaban de pegarles, y *Ña María*: con una hoja de papel, hacían dobleces que ponían en los dedos

y decían: esta es la noche, este es el día, esta es la boca de Ña María y allí aparecía un corazón o un dibujito agradable.

Todos los días se hacía formación mañana y tarde. Tocaban la campana y la maestra siempre se paraba en el corredor, los maestros siempre se mostraban superiores y por eso, escogían algo alto que los hiciera ver así. Las filas eran de dos en dos por orden de estatura y conservando su distancia, que se medía poniendo la mano derecha sobre el hombro derecho; antes de hablar decía la maestra: "A discreción, atención, fir...mes", luego: "A discreción". Acto seguido nos hacía rezar, terminada la oración matutina nos saludaba diciendo: "Buenos días niñas" y en coro le contestábamos: "Buenos días Adelina".

Luego pasaba revisando el aseo, a quien tuviera las uñas, manos o el vestido sucio, le daba un reglazo. Volvía a pasar al frente y hacían las observaciones y nos despachaba al salón en orden y cantando.

La izada de bandera se hacía cada mes, íbamos muy bien presentadas. El programa lo leía una alumna de buena conducta o aplicada, por lo general era:

1. Izada de bandera a los acordes del himno nacional.
2. Juramento de bandera.
3. Saludo a la bandera
4. Canto de un himno patrio
5. Alguna biografía.

   Alumnos que por su buen comportamiento y aplicación merecen izar el pabellón tricolor.
6. Representación de algún momento histórico
7. Recitación
8. Marcha final.

Entre los cantos estaban:

Soy pirata

Soy pirata y navego en los mares
donde todos respetan mi voz
soy feliz entre tantos pesares
y no tengo más leyes que Dios (bis)
Viva la mar.

Cual una flor radiante

Cual una flor radiante de púrpura y de oro
nacida en algún mágico jardín de calidad
te vi pasar un día...

Saludo adorada bandera

Saludo adorada bandera que un día,
batiendo sus pliegues allá en Boyacá,
sellaste por siempre la lucha bravía
de un pueblo que ansiaba tener libertad (bis).

Oh santa bandera nosotros te amamos
porque eres la gloria, el honor y el amor
por ti moriremos felices cantando
que viva el sublime pendón tricolor (bis).

Viva Colombia

Viva Colombia, viva mi patria
Vivan los héroes de grande honor
Viva Bolívar el generoso
que fue el más grande libertador.

Himno al árbol

Plantemos nuevos árboles
la tierra no convida
cantando plantaremos
los signos de la vida.

Algunas de las recitaciones eran:

Patria te adoro

Patria te adoro en mi silencio mudo
y temo profanar tu nombre santo
por ti he sufrido y padecido tanto
como lengua mortal decir no pudo
no te pido el amparo de tu escudo
sino la dulce sombra de tu manto
quiero en tu seno derramar mi llanto,
vivir, morir en ti pobre y desnudo.

Ni poder ni esplendor ni lozanía
son razones de amar; éste es el lazo
que nadie nunca desatar podría
Amo yo por instinto tu regazo
¿Eres tú de la familia mía?
Patria de tus entrañas soy pedazo.

A las alumnas que izaban la bandera, se les ponía una insignia en la blusa y pasaban al cuadro de honor todo el mes.

En cuanto a trabajos manuales, recuerdo que se hacían por la tarde de cuatro a cinco. Para bordar usábamos un tambor[98]. El hilo para bordar era madeja marca Ancla, y para tejer era hilo calabrés. Se acostumbraba bordar cubrelechos, manteles, fundas, cojines y los dibujos que aplicaban eran canastas con flores, palomas, corazones y expresiones de amor como dos palomas besándose o dos corazones en cuyo interior aparecían los letreros "Tú y Yo". Cuando bordábamos, una alumna leía un cuento para hacer más agradable el trabajo. No fui buena bordadora, pero lo hacía, porque debía hacerlo. Nos enseñaban a hacer mariposas y barcos de papel. La mariposa simulaba el giro de los molinos de viento, pues la colocábamos en una varita que producía el árbol de guache, la sosteníamos con un alfiler y la poníamos con dirección al vientre para que girara.

Se hacían horas sociales donde se presentaban dramas, cantos, recitaciones. De estas horas sociales recuerdo los siguientes cantos y recitaciones:

Tengo una muñeca

Tengo una muñeca vestida de azul
con zapatos blancos y velo de tul.
La saqué a paseo y se me resfrió
la tengo en la cama con mucho dolor.

Dos y dos son cuatro
cuatro y dos son seis
seis y dos son ocho y ocho dieciséis

[9] Tambor: aro de madera que se usaba para bordar, con el fin de que la puntada quedara firme; se templaba con una correa o con otro aro con un tornillo.

y ocho veinticuatro y cuatro treinta y dos
más diez que le sumo son cuarenta y dos.

Rubí

Rubí es una niña que vive en el bosque (bis)
su canto es melodioso, su risa es mejor
imitemos sus gestos (bis)
no hay niña más hermosa que aquella Rubí.

Había una escuela de varones, el maestro Arístides, a diferencia de la maestra, era cariñoso, siempre se veía sonriente, conversaba con los alumnos. De lo que sí estoy segura es que a los maestros se les apreciaba, se creía en ellos, se les escuchaba entre otras cosas, porque eran los que habían estudiado y estaban en capacidad de ayudar a solucionar los problemas de la región.

Por la noche, nos reuníamos a jugar en el patio del frente a la lleva, rondas, a cantar cuentos de tío conejo, tío león, tío sapo y tío tigre. Cabe anotar que el alumbrado se hacía con velas o lámparas de gasolina.

Mi primera comunión

Llegó por fin lo que mi pecho ansiaba,
ya el cielo sus delicias me ofreció.
Llegó Jesús que tanto deseaba,
diciéndome amoroso aquí estoy Yo.

Era la leyenda de una de tantas tarjetas que recibí con los regalos, ese día. Qué linda mi primera comunión, qué inocencia, qué bellos recuerdos de los tiempos idos. La primera comunión fue un domingo de mayo, yo estaba en primerito, mi mamá le dijo a mi abuela que me mandara a Puerto Tejada donde unas tías a que me peinaran. Mi cabello era pasudo pero largo, mi madre tiene cabello largo y de hebra quebrada; me fui sola en una chiva, la carretera era destapada y había que pasar por Japío, una hacienda histórica, porque allí pernoctó Simón Bolívar con su ejército cuando iba para el sur; luego encontramos a la Arboleda, una vereda donde paraban los carros y se estacionaban en una tienda que se llamaba *Las quince letras*, letrero que con los años vine a descifrar; pasábamos por Llano Cansón, tiene ese nombre

porque es una llanura de lado y lado y un tramo bastante largo, y luego Villarrica, Primavera, Perico Negro y Puerto Tejada. Puerto Tejada en 1949, era un pueblo pequeño, con un parque y una iglesia; la plaza de mercado quedaba donde es el parque y el mercado se hacía los miércoles con afluencia de la gente de los pueblos circunvecinos. Era variado por la diversidad de productos: café, cacao, plátano, banano, frutales. Pero lo que más admiraba era el río Palo, caudaloso y siempre lleno de jóvenes que se iban a refrescar en sus aguas cristalinas y suaves.

Mi madrina Aurelina es prima hermana de mi mamá, fue maestra, muy culta y de lo más granado de ese pueblo. El novio era mi padrino Aníbal Loboa, un gran músico, director de la banda municipal en Santander y Puerto Tejada. En casa de ella me peinó Mélida, me hicieron bucles muy parecidos a los que usaban los jueces romanos cuando iban a dictar sentencia. Los bucles los sostenían con unas pinzas muy delgadas llamadas pinzas de ilusión. Mélida demoró casi hasta las tres de la tarde y mi mamá ya estaba asustada de ver que no llegaba.

Al llegar a San Antonio, la casa tenía ambiente de fiesta, mi papá había comprado una lechona. Recuerdo que dos señores aparecieron con unos cuchillos grandes y filudos e hicieron ir a los niños que estábamos allí —los viejos decían que adelante de los niños no se podía hacer ni decir nada indebido, porque ellos lo aprendían—, y nos mandaron a jugar al otro patio. De lejos oíamos el chillar de la lechona, hasta que no volvió a chillar. Cuando regresamos, me llenó de sorpresa ver sobre una hoja de plátano seis marranitos muertos que se le habían sacado a la mamá lechona. Mi abuela ordenó que nos prepararan para hacer una comitiva.

La hora de la confesión llegó y pasé mi gran susto, pues la maestra nos había dicho que quien se olvidara de alguna de las oraciones que había enseñado, no podía hacer la primera comunión, y cuando el padre me ordenó que dijera el *Yo Pecador*, tuve que repetirlo no menos de tres veces, porque se me olvidaba, pero él notó mi miedo y me ayudó. Confesarse era espantoso, nos habían enseñado que todo era pecado, tanto que yo creía que el padre me iba a excomulgar.

El domingo me hicieron levantar y me dio la lloradera cuando vi que todos se desayunaban menos yo. En esa época ni agua se podía tomar antes de comulgar. No sé quién me puso el vestido, largo con encajes,

cinturón, mis medias tobilleras y mis zapatos blancos. La corona encajaba justo en el peinado. Ya a la hora de salir, me pusieron los guantes, el tul que cubría mi cara y la carterita de tela donde recibía la plata que me regalaban.

Una vez terminada la misa, nos dieron el desayuno en la escuela. Lo que más me gustó fue el ponqué, desde esa época soy feliz comiendo tortas. Por la noche fue la fiesta, no recuerdo mucho porque era para adultos, sin embargo, yo estuve despierta un buen rato recibiendo los regalos. De los regalos recuerdo mucho un busto del Divino Niño que conservé por muchos años y una jarrita de cristal.

Rumbo a Cali

Cali una incógnita para mí. ¿Por qué digo esto? Les conté que tenía diez hermanos, pues bien, con mi abuela Pascuala vivía uno de mis hermanos llamado Julio Aníbal y a él le oía cantar siempre:

Estoy en la prisión
me llevan sentenciado
a veinte años de destierro
que tengo que pagar.
En la estación me embarcan
con rumbo hacia la Habana
donde por ley y fuerza tengo que trabajar.
Me llevan al destierro, no sé si volveré
la justicia me acusa, cuan grande es mi dolor
suplico a mis amigos y a mis aconsejados
que se olviden de Cali, que Cali es un traidor.

Yo era muy niña, pero esa canción me hacía sentir algo de Cali. Mi tía Fabriciana y mi tío Manuel, su esposo, compraron una casa en Cali, en el barrio Saavedra Galindo. Pese a que mi abuela me había criado, mis padres nunca dejaron de responder por mí, ni de visitarme; además ellos siempre habían pensado que las hijas mujeres debíamos estudiar y lo mejor era hacerlo en la ciudad. Empacamos nuestra ropita y nos fuimos en tren. El tren pasaba por una vereda llamada San Jerónimo, que quedaba en una loma cubierta de grama verde y fresca con muchos árboles de guache y frutales, entre ellos el algarrobo y la toronja.

Antes de llegar a San Jerónimo, mi abuelo tenía un terreno llamado potrerito, era una loma de tierra colorada con árboles de mortiño que me causaba impresión su forma. De ellos escribí un poema:

A un mortiño

Te conocí desde niña,
encorbado y jiboso,
con tu piel arrugada,
áspera y muy fuerte.

Te conocí desde niña
acompañando la rojiza montaña
o sosteniendo el lazo
o rascando la espalda
de tu amigo: el caballo.

Te conocí, taciturno,
cabisbajo, callado,
con tus hojas verdes grisáceas.
Y te miré extasiada,
y admiré tu fuerza,
tu color, tu mirada
y esa llama rojiza que produces en las fogatas.

Te conocí desde niña
y admiré tu figura tallada,
te conocí taciturno
como un alma desolada.

Y los he admirado tanto, que en otro momento de soledad y del desierto que me produce la ausencia de mi fallecido padre, escribí de los mortiños: Papá: hoy estuve pensando en los mortiños, esos árboles viejos, cansados, solitarios, dormidos y me dije: "¿Por qué cambian tanto?". Recuerdo que iniciaban su vida débiles, bajos, pero muy frondosos y sombreados. Son árboles raros, viven separados el uno del otro, son muy callados, en ellos no hay calor humano, después con el tiempo se tornan grisáceos y muy agobiados, se ven en sus tallos la giba del tiempo, la sed del desengaño. ¿Por qué aguantan sed y son tan solitarios?, ¿por qué los admiro y los evoco tanto?, ¿tú has pensado por qué ellos me atraen y me conducen al pasado?, ¿por

qué los mortiños son verdes grisáceos?, ¿qué esconden sus tallos?, ¿qué esconden sus hojas?, ¿qué esconden los años?, ¿sabes? Amo los mortiños y las talanqueras, porque impiden el paso y hacen inclinar a los muy espigados. Amo las talanqueras, porque son el símbolo de mis antepasados y porque duran tanto. Amo las talanqueras como amo el pasado y sus encantos.

Decía que en potrerito había que pasar una cañadita, donde en la época de verano nos íbamos a pescar, a coger balosos, anguilas y sardinas, mediante un trinche que se le hacía a ésta.

El tren pasaba a las 6:00 a.m. Desde las 4:30 a.m. nos hacían levantar a vestirnos, para desayunar y luego caminar casi media hora hasta San Jerónimo. Para llegar al 17, donde pasaba el tren, había un portillo y encontrábamos la carrilera; para que el tren parara, había que poner un pañuelo o trapo rojo, pañuelo que veía el maquinista desde una curva después del puente.

La máquina era negra, muy negra y coquetona, se paseaba con su chiqui chiqui cha. Ahora comprendo por qué García Márquez se inspiró en *Cien Años de Soledad* por la locomotora, ese monstruo metálico gigante que humeaba y lloraba cuando dejaba atrás a su amado o a los pueblos que le habían recibido con amor, o a los valles y montañas que recorría.

Los primeros días que vi el tren lloré, recuerdo que la parada que hacía éste no era larga, había que subir corriendo, ya adentro en los vagones todo era alegría, me gustaba observar cómo corrían las vacas y los caballos a su paso. Algunas veces los muchachos que habían mandado a coger los caballos para ir a la finca, apostaban carreras que perdían. Después, con el tiempo llegué a compararlos con las películas románticas o de vaqueros, donde éstos corrían a alcanzar el tren ya para despedir a su novia o ya para robar un botín.

El viajar en tren me hizo inspirar y escribir de nuevo a mi padre: Papá: hoy quise abordar el tren y sentarme junto a una ventanilla, para ver pasar y a la vez quedarme atrás, los árboles gigantescos, viejos, huecos, la yerba inclinarse por el viento que deja el tren en su movimiento, las vacas correr buscando un escondite, huyendo del ruido, del humo y de su negrura.

Mirar las montañas encadenadas, a veces, o solitarias, unas con el verde de la esperanza, otras con el rojo de la sed, de la angustia o del deseo de una gota de rocío que permanezca un segundo sobre su pradera; mirar cómo las nubes silenciosas, ágiles se esconden, mirar la salida o puesta del sol, y de pronto observar cómo un ave desafiante se eleva hasta querer tapar los rayos del sol con sus alas sin quemarse.

Quiero mirar el paso del tren y extasiarme hasta sentir la borrachera que produce el movimiento, y una vez adentro, ver que la ciudad, la luz, el bullicio queda atrás, no se mueve, no nos busca y en ese vacío, dormir y despertar cuando la noche en su fúnebre silencio me haga sentir frío, el frío de la ausencia, del dolor y volver a quedarme dormida para siempre.

Después del 17 encontramos paradas en: Lomitas, La Balsa, Timba, Potrerito, Jamundí, Guachinte, La Viga y Navarro. En Navarro dejábamos el tren y nos íbamos a pié con nuestra maletica hasta la casa que quedaba a unas diez cuadras. Y llegué a Cali, una ciudad de la que había oído hablar pero que no conocía.

La casa quedaba en la esquina, calle 26 con carrera 22, número 21-75. Era de fachada, tenía un portón y un zaguán que se comunicaba con el resto de la casa. Había tres piezas, el comedor, la cocina, los baños y un patio. La primera pieza tenía dos puertas de madera sin pintar, allí había una tienda con un traganíquel que se llamaba radiola. Era curioso ver cómo funcionaba, pues ninguna mano podía mover los discos, que solo obedecían al introducir una moneda de centavo que hacía sonar el disco. Cuando empezaba a funcionar en la parte de afuera se formaban visos de diferentes colores que caminaban formando figuras. Los tomadores llegaban pedían una cerveza y hacían sonar la radiola.

En esa época estaba de moda *El Niño Majadero* de Daniel Santos, a mi abuela Pascuala le gustaba mucho cuando decía: “No, no, no, no me peques papá, no, no, no, que yo no lo hago más”, pero había un disco que le tenía miedo y decía: “Voy a quitarme la vida por ella aunque mal pague”, y sonaba un tiro, había tangos, tangos hermosos y discos agradables. En el zaguán organizamos la sala, en el patio había un portón que se comunicaba con la carrera 22, y allí tenían arrumes de leña y carbón para vender. El comedor tenía una mesa grande de madera, una mesa y dos bancas, cocinábamos con leña, petróleo o energía en casos

esporádicos. En la casa nos repartieron la lavada de la loza, cada día a una. Dormíamos de a dos en cama, aunque Leyda, que era la mayor dormía sola. La última pieza estaba arrendada siempre. El cambio fue notorio, teníamos energía, se escuchaba radio y se andaba en bus. En pocas palabra, el ambiente era diferente, me sentía muy bien. Yo extrañaba a mis padres, aunque ellos iban muy frecuentemente a visitarme.

De nuevo a la escuela

Me matricularon en la Escuela Saavedra Galindo a hacer segundo, en el año 1950. La escuela era grande, rodeada por muros de cemento, con muchos salones, muchas profesoras, a diferencia de la escuela de San Antonio. Cada profesor tenía a su cargo un salón; las alumnas eran en su mayoría blancas y su nivel cultural era superior.

La vida en la ciudad definitivamente culturiza. El uniforme era de color blanco con zapatos negros y medias blancas. Cuando llegué al salón, encontré pupitres bipersonales, tenían a lado y lado un espacio para colocar el tintero.

En segundo tocaba escribir con plumero, tinta azul y roja. La tinta era de marca Norma o Bolivariano. Para que no se regara, nos mandaron a hacer una cajita cerrada, con unos orificios redondos en la parte de arriba, donde cabía el cuello del tintero. Aún así, con tanto cuidado, la mayoría de las veces se regaba en los pupitres y cuadernos. Por eso era obligación comprar papel secante. Fueron unos días difíciles mientras aprendía a escribir con pluma sin manchar el cuaderno o el uniforme, pero como todo, al poco tiempo lo aprendí a hacer.

Aún me parece percibir el olor agradable que producían los útiles nuevos y la tinta, como también el miedo que me producía pasar por el lado de un pupitre y que fuera a derramar un tintero. El nombre de mi maestra no lo recuerdo, ya que yo fui para ella una alumna más; siempre creí que no quería a las negras.

Nos enseñaron a cultivar la huerta casera y recuerdo que cada que cosechábamos nos preparaban platos con los productos cosechados.

Al frente de la escuela quedaba la iglesia San Pablo apenas en construcción. Yo decía que era muy feíta, ¡qué iba a imaginarme que en

esa iglesia me casaría 20 años después! Al frente de ésta se hacía una viejita a vender coco, mamoncillo, banano, etc.; les estoy contando de la época cuando nos daban uno o dos centavos para el recreo. Mis primas y yo arrimábamos y le fiábamos hasta el día siguiente, pero, si al otro día no teníamos como pagarle, extraviábamos calle para que no nos viera.

Ese año nos inscribieron en el catecismo del Colegio de María Auxiliadora. Pueden imaginarse el asombro que sentí al encontrar un colegio tan hermoso, de dos plantas y muy bien dotado, con lujos y es aquí donde empieza uno a pensar, ¿por qué unos tienen tanto y a los otros nos falta tanto? Empecé a conocer la desigualdad, pues para ir allá había que pasar por un barrio suntuoso, con unas casas hermosas y unas berlinas que me dejaban deslumbrada; las alumnas eran todas delicadas, llenas de joyas, se veían finas, cultas, pero hacían resaltar su posición ante las niñas que íbamos de barrios populares. En ese momento Cali ya se había vuelto familiar, ya salía sola a la galería a recibir las encomiendas que me mandaban de la casa.

En esta misma escuela hice tercero. Recuerdo que conocí a la que hoy es actriz, Mariela Home, ella estaba estudiando en el curso quinto. El curso cuarto lo hice en el Benjamín Herrera sin mis primas, pues Leyda pasó a bachillerato y Lilia se quedó haciendo quinto en la Saavedra Galindo. Recuerdo que mi maestra se llamaba Alicia, aunque dejó en mí una pequeña huella comparada con la maestra anterior.

El quinto lo hice en la Concentración de Quintos que quedaba por la plaza de Caicedo. En ese año aparece un decreto en la Secretaría de Educación, que estipulaba que las escuelas debían enviar a las alumnas de quinto a estudiar en escuelas solo para quinto.

Mi maestra se llamaba Leonor de Madiedo, era excelente, con gran calidad humana, pendiente de nosotros, nos miraba a los ojos para saber nuestros problemas. La materia que más me gustó en quinto fue la puericultura, que enseñaba sobre el cuidado del niño.

Olvidé contar que cuando cursaba cuarto de primaria, el primero de junio, murió mi abuelo Cornelio en San Antonio. Meses más tarde estaba durmiendo en Cali, cuando sentí algo extraño, oí que desde el comedor venía alguien con chanclas hasta que llegó a mis pies y se sentó a mi lado, yo grité y casi me desmayo. Al otro día no podía estar

sola, porque perdía las fuerzas y trataba de desmayarme. Mi tía me llevó dos días después a donde unas señoras que vestían de blanco, que les decían hermanas porque eran espiritistas; ellas dijeron que era mi abuelo quien me estaba molestando, me pusieron ruda en la pieza, debajo de la almohada, en las manos y es misterioso, pero apenas soltaba la ruda me ponía mal. Esto impidió que yo asistiera consecutivamente a clases. La familia acostumbraba después de la comida a contar cuentos, jugar parqués, etc. En esa época existían muchos cuentos de brujas, diablos, duendes y de maleficios.

Ellos se deleitaban contándolos mientras que yo me moría de miedo, no podía irme a la pieza sola por temor y es así como me convierto en una niña exageradamente miedosa. A ello se une lo del abuelo, por consiguiente, yo pasaba las noches en vela, tenía que dormir con la cara tapada así hiciera mucho calor y para completar, apagaban todas las luces de la casa. Había un disco que se llamaba el ron de vinola que aún se escucha, comentaban que un día en un bailadero cuando sonaba, vieron a un señor muy bien vestido pero que del pantalón le salía una cola y hasta hoy no me gusta escucharlo, le tengo temor, el disco dice: "Me gusta el ron de vinola por que me gusta y me gusta, pero más recuerdo a Lola porque me gusta y me gusta...".

En esa época estaba en furor un cantante llamado Alberto Granados, quien cantaba: "Voy gritando por la calle"; cerca de la Concentración estaba la voz del Valle y nosotros íbamos a oírlo cantar. Al igual que íbamos al Auditorio de la Voz de Cali.

Estoy en mi adolescencia, mi menstruación ya había llegado, afortunadamente mis padres y mis primas me instruyeron en esto, mi vida había dado un giro de 90 grados y aunque era despierta, conservaba mi inocencia y el respeto por mis mayores y por mí, cosa que me habían enseñado en la casa. Diagonal de la casa, por la carrera 22, construyeron un teatro llamado Teatro Habano. Ahí presentaban películas mexicanas especialmente. El primer día que entré a cine a ver una película de vaqueros, cuando empezaron a echar bala, yo me puse a llorar y a esconderme en los asientos, pues me parecía que las balas me iban a matar. Me tocó salirme con el corazón en la mano.

Poco a poco me fui familiarizando, porque entre otras cosas, las rancheras me gustaban, México había invadido la radio. Me llevaron al

Teatro Colón a ver *El mago de Hoz.* De nuevo el miedo se apoderó de mí. ¿Cómo podía una mujer volar en una bicicleta o en una escoba?, ¿cómo hacían las películas? ¡Qué bueno ser artista!

Después fui a la ciudad de hierro y cada domingo íbamos a conocer lugares diferentes. Fuimos a Postobón, donde desde la calle se veía cómo una máquina llenaba los envases de gaseosa que iban desfilando en fila india hacía otra máquina, que les ponía la tapa. El matadero, un lugar horrible, nunca quise volver, se me hizo inhumano ver cómo mataban las reces con un fuerte corrientazo de energía y luego aparecían colgadas en un gancho. Íbamos a Juanchito a montar en lancha, pues el río Cauca todavía mostraba su poderío y majestuosidad en sus aguas; a las lanchas no les tenía mucho miedo, porque en San Antonio montábamos en champanes[10]. Al cerro de las Tres Cruces, donde era escabrosa la subida, pero una vez allá, la vista se recrea al divisar el paisaje que formaba las estructuras de las manzanas, con las carreteras y el río Cali y de vez en cuando, uno que otro avión o avioneta, como un pájaro volaba sobre la ciudad. Al Acueducto, que recorrí con miedo y con admiración. La estatua de Belalcázar me gustaba y me gusta todavía, al igual que la estatua de Cristo Rey. En esa época empezamos a oír novelas por radio, entre ellas: *El derecho de nacer*, de la que no perdíamos un capítulo, solo recuerdo el nombre de Albertico Limonta y la Negra Dolores, pero la trama la recuerdo todavía. Pero más que *El derecho de nacer*, recuerdo la novela *El 007 está ocupado*, era una novela romántica. Desde esa época me considero romántica y me he atrevido a comparar esta novela con *Mientras llueve*. Se trataba de una joven que la metieron a la cárcel acusada de un crimen que no cometió y en un programa de radio, llamó a la emisora y quien le contestó le impacto la voz, luchó por volver a escucharla, lo logró y una vez conocida su historia le puso abogado, salió libre y se casaron.

Yo sentía que era romántica, mi padre tenía una biblioteca muy hermosa y entre tantos libros tenía *Parnaso colombiano*, libro que aún conservo y del que recitaba poemas de Silva a quien admiraba, tenía además novelas como *Los tres mosqueteros, La María, El alférez real*, cuentos variados y dos o tres libros de Vargas Vila que me recomendó

[10] Champan o balsa de guadua, se usan en los ríos para transportar mercado o guadua para construcción.

no leer, libros de derecho como *El abogado al alcance de todos* —que acabo de regalar a mi hijo que es estudiante de quinto año de derecho—. No obstante, insisto, me inclinaba por el Parnaso y un librito de cuentos de un perro que se llamaba Astro y del que, aunque incompleto, admiro como en esa época, años 49 ó 50 decía: "Antes accionó el botón del teléfono. —Aquí Súper llamando. —Ultra... ¡Me dirijo al espacio! Avisa a la policía". Esto era ya un vaticinio de la aproximación de los investigadores en el espacio. Pero lo que más admiraba en el diminuto librito era que, si se hacían pasar rápidamente las hojas, parecía que las figuras se movieran; algo que después de muchos años logre ver en los libros animados de Carvajal.

Me impresionó mucho la última proclama del Libertador, Simón Bolívar. No sé porqué en momentos de incertidumbre tanto política como familiar, pienso en ella, es que el mensaje es hermoso:

> ¡Colombianos! Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna, y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que es más sagrado: Mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono. Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo, los militares, empleando su espada en defender las garantía sociales.
>
> ¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro —Simón Bolívar, diciembre 10 de 1830—.

Todas las vacaciones: Semana Santa, Navidad y vacaciones de fin de año escolar lo pasaba en San Antonio, donde mi abuela Pascuala y en Villarrica, donde mis padres.

Los amaneceres y anocheceres en San Antonio eran hermosos, pues nos despertaba la orquesta del medio ambiente con intérprete como los gallos, el trino de los pájaros que hacían sus nidos en un samán en frente de la casa, el piar de los pollitos que pedían el alimento a su mamita gallina, o el calor de mamita gallina, buscando afanosamente a su pollito o pollitos, que curiosos se habían ido en busca de alimentos; el rajar de la leña para hacer el desayuno, o el llamar a las gallinas con el *pío,* pío para que arrimen a desayunar ese duro manjar que es el maíz, llamado que también se hacía batiendo el maíz en un aguamanil o en una batea, o el espantar a las gallinas con *uchi* para que no dañen las matas del jardín, o el saludo cariñoso o sincero del campesino que afanosamente pasaba para su trabajo a San Julián o a otros lugares, o el nombre de Dios o Mentú Laita, saludo matutino que daban los transeúntes. Todo esto nos hacía levantar rápidamente de la cama a nuestra gran tarea: jugar, comer y dormir.

El desayuno era café con arepa que se hacía en una cayana[11]. Cuando la arepa era de maíz choclo se llamaba majaja[12]. El almuerzo era solo sopa, a la comida hacían sancocho, arroz que preparaban en una cazuela, guiso de carne y de sobremesa, agua fresca, pues no había licuadoras. Por la noche, como no había energía, nos sentábamos en el corredor a decir cuentos o nos íbamos a jugar.

De las cosas que me fascinaban era escuchar el *umbiii* de las chicharras durante la tarde, casi noche, que aposentadas en el gigantesco samán que les había mencionado, orquestaban al anochecer hasta quedarse dormidas unas y otras, hasta morir reventadas de tanto chillar y orinar.

En una Navidad en San Antonio nos regalaron unas muñecas hermosas y casi del grande de nosotras, eran de cara de caucho y el cuerpo de yeso, se podían parar; la mía tenía vestido amarillo. Con mis primas construíamos casas con ladrillos superpuestos, hacíamos asientos y mesas con tapas de gaseosa y hacíamos comitivas de verdad.

---

11 Cayana: cazuela plana hecha de barro, donde se asan las arepas en hornilla de leña.

12 Majaja: arepa de choclo que se asa envuelta en hoja de plátano en una cayana.

Los 24 de diciembre nos hacían acostar temprano para que el Niño Dios viniera y nos dejara los regalos debajo de la almohada, así nos enseñaron; al otro día cuando nos levantábamos encontrábamos nuestros juguetes y pinchadas estrenando, salíamos a mostrar a los demás niños que no tenían juguetes de la calidad de los nuestros.

No se hacía novena de aguinaldo, aunque sí se apostaban aguinaldos como: palito en boca, dar y no recibir por manos propias o por manos ajenas, hablar y no contestar, si o no, estatua, entre otros.

En las casas se batía el dulce de manjar blanco y el dulce de casco[13]. No se conocía la cena pascual. Los viejos lo que hacían era tomar su trago y a los niños les compraban una caja de galletas Noel, o la rosa con figuritas o dobles y una botella de vino que más parecía vinagre que otra cosa.

En cambio de la novena de aguinaldo se hacían adoraciones al Niño Dios, venía a San Antonio gente de La Balsa, Quinamayó, Robles, El Plamar, San José, Lomitas, El Alterón, etc., y en la noche, bailaban jugas alrededor del Niño. Era hermoso ver cómo nuestras y nuestros viejos tenían habilidad para danzar alrededor del Niño, entonaban cánticos alusivos a Él, acompañados de un tambor, un violín y unas hojas de un bejuco llamado Juan Blanco, que doblaban y la hacían sonar; el violín lo fabricaban con un pedazo de guadua al que le sacaban cuerdas y el arco lo hacían de guadua también.

Las viejas con sus follados, pañolones, pañoletas y su tabaco en la boca, algunas veces con la candela por dentro de la boca bailaban; al descanso algunas se tomaban un trago y otras aprovechaban para amarrar a sus hijos que llevaban aparados en la espalda; se divertían hasta las seis de la mañana que terminaba la adoración. Pese al baile había respeto y creencia en el Dios Niño.

Recuerdo algunos cantos:

La mula y el buey

La mula y el buey se fue pa' Belén
A ver a María y al Niño también (bis)

[13] Dulce de casco: se prepara con higuillo, panela y canela. El higuillo se pela y se deja agua por dos días para que pierda la leche, luego se cocina en un melado de panela con canela y clavos. Se sirve con el manjar blanco y queso.

Gloria, gloria en excelcis Deo (bis)
Que ha nacido el Salvador (bis).

Una mujer de Caloto

Una mujer de Caloto, mi lavandera, mi lavandera
Se fue a lavar sin jabón, mi lavandera, mi lavandera,
Volvió con la ropa sucia, mi lavandera, mi lavandera
Hasta el año venidero, mi lavandera, mi lavandera
Que nos volvamos a ver mi lavandera, mi lavandera.

Niñito bonito

Niñito bonito para cundé,
Abre la puerta me sentaré.

Yo quisiera que María

¡Ay! Yo quisiera que María (bis)
¡Ay! a la gloria me llevara (bis)
¡Ay! para yo adorar al Niño (bis)
¡Ay! Que en sus brazos me cargara
Tiene, tiene, tiene carate,
y es que le pica y es que le late (bis).

San Antonio fue un pueblo de tradiciones, tenían muchas costumbres, por ejemplo:

1. Cuando se moría un niño hacían bundes[14].
2. A los niños se les ponía un azabache rojo y negro para que no les hicieran ojo. Si les hacían ojo había que llevarlos donde personas especializadas —curanderas—, quienes les preparaban tomas para curarlos.
3. Cuando le daba hipo a los niños se les ponía una mecha untada de saliva en la nariz.
4. No se podía dormir con los niños recién nacidos en oscuras, porque las brujas se los chupaban.
5. Se creía en maleficios y en espantos.

[14] Bunde: baile que hacen las mujeres alrededor de los niños cuando se mueren entonando cantos acompañados de tambores. La gente pasa la noche en esta celebración ya que el niño es un ángel que va al cielo y hay que despedirlo con fiesta.

Los sábados nos íbamos al mercado a Santander, por lo general nos tocaba irnos a pie, ya que el primer carro entraba a las cinco de la mañana y el segundo entraba a las seis o siete, la carretera era destapada, nosotras llevábamos los zapatos en la mano hasta el río, ya que había que pasarlo por falta de puente que a menudo se lo llevaba el río.

Yo admiraba a mis negras(os), mis viejos se iban al mercado llevando en la cabeza un rodete y encima de éste el canasto suelto, ya que en las manos llevaban la jigra que iban tejiendo sin temor a tropezar; en la boca su tabaco y las que tenían su hijo pequeño, lo llevaban aparado a la espalda o terciado en la cintura, sostenido con una toalla o una sábana. La jigra servía para llevar mercado, la hacían de cabuya. San Antonio se caracterizó por su cultivo de cabuya. Para obtener la fibra raspaban la mata de fique sobre una tabla y un pedazo de guadua. Al raspar botaba una sustancia amarga, verde que se utilizaba para coger pescados y a la que se denominaba barbasco. Una vez pelada la cabuya, la lavaban y la ponían a secar en los alambres de los cercos. Algunas hebras las teñían con anilina de diferentes colores, para formar figuras en la jigra. Tenían una maestría sin igual para tejer la cabuya.

El cabello lo peinaban con peines de cacho de vaca; cuando el peine bajaba hacia la nuca, sonaba haciendo *carru carru* por la sequedad del cabello. Esto me motivo a escribir el siguiente poema:

A las trenzas de una negra
Arrimada la negra
en la talanquería
fumando un tabaco
tejía sus trenzas.

Con un peine de cacho
en sus manos ligeras
se oía el *carru*
al bajar la peineta.

Y era tal la destreza al formar
las hileras que con gran maestría
tejía las trenzas.

Los hombres llevaban sus cosechas en los caballos pero sin montarse en ellos, para evitarles exceso de peso. En Santander mi tía Evita tenía

un granero llamado Grano de oro, allí compraban y fiaban la mayoría de la gente de San Antonio, pero nosotras nos íbamos a las petaquillas[15] a comprar espejos, vaselinas, perfumes, pañuelitos bordados, cancioneros y hasta el almanaque *Bristol* para leer los chistes. El almuerzo lo tomábamos donde unas tías llamadas Elena y Petrona, quienes cocinaban delicioso; además mecateábamos pan de yucas y acemas entre otras cosas. Regresábamos a San Antonio a eso de las cinco o seis de la tarde en unos carros que les llamaban "córrase".

Los domingos no eran tan especiales, sin embargo, íbamos a nadar al río, o nos íbamos a una finca de los padres de mi tío Manuel llamada Torres, finca que quedaba a unos dos kilómetros de San Antonio; la casa era linda, situada en un altico. Al frente se encontraban árboles de mango que permanecían cargados y florecidos, a la entrada estaba el corral y media cuadra antes de llegar había una laguna. Cuenta mamá Juana que la laguna era encantada y debía ser, pues no la surtía ningún río o riachuelo, y dizque en varias ocasiones se aparecía un cisne o una sirena.

Torres era un remanso de paz, de aroma, de tranquilidad, con un paisaje soñador, pues estaba bordeado por el cerro de Garrapatero, que le hace dar un panorama romántico y un clima fresco. Garrapatero se conservó virgen hasta hace pocos años. Decía que íbamos a baño al río Quinamayó, río tranquilo pero con charcos temerosos como uno llamado El infiernito, donde los muchachos y muchachas se bañaban tirándose de una lomita, desafiando su profundidad. Sin embargo, yo no fui capaz de aprender a nadar. Recuerdo que un día de tantos fuimos a nadar; mientras ellos hacían su despliegue de nadadores, yo me quedé en una parte donde el agua me daba en los tobillos, un muchacho llamado Isabelino, al verme, llamó a los amigos y les dijo "Vean, un gato nadando en lo seco".

Le tenía miedo al río y aún le tengo miedo a los ríos, además fui testigo de dos crecientes espantosas, en cada una se llevó el puente de cemento. Cuentan que una noche, la gente que vivía cerca de éste vieron que el río crecía y que en la empalizada se oía el ruido como de

[15] Petaquilla: puesto de ropa o curiosidades que ponen en las galerías sobre estantes de guadua.

una música extraña. La creciente se llevó hasta el charco; hoy el río adolece de atractivo, se volvió seco, triste, solitario y la contaminación lo acabó.

Este río tiene historia para mí y fue tan real e impresionante, que participé en un concurso al que desafortunadamente no llegó a tiempo mi cuento.

El fantasma de la quebrada

Amaneció un nuevo día, los pájaros con su trino alegraban la mañana, se oía el rajar de la leña y el paso de los campesinos madrugadores a realizar sus faenas rutinarias. Griselino todavía en cama piensa: "Hoy organizaré una balsa y me iré con mis primos por la quebrada adentro hasta llegar a su desembocadura".

El recorrido era relativamente corto, descansado para nosotros y a la vez maravilloso. Cuando todos nos levantamos, nos contó sus planes y felices nos propusimos realizarlo. De pronto alguien pregunta "¿Y cómo haremos para ir, pues estoy seguro en la casa no nos dejarán?", "déjenlo de nuestra cuenta", dijeron los más grandes.

Nos desayunamos y nos dedicamos a nuestros quehaceres para estar listos a la 1:00 p.m., hora de partida. Ese día hicimos más rápido nuestro oficio y pedimos más temprano el almuerzo para poder reposarlo como era de costumbre. Mi tía llamada Evita, sentada en las gradas tejía una jigra con unos listones blancos y de colores teñidos con anilina; en su boca llevaba un tabaco grande y moreno, que acostumbraba a fumar por la candela, solo se veía el humear y frecuentemente el escupir de la saliva cargada del ambil que en ocasiones le producía tos. Amelia en el patio, limpiaba la batea de tambar oro con el fin de dejarla lista para la mañana siguiente.

Mientras tanto nosotros nos organizábamos para irnos. Marleni dijo: "Tías vamos a jugar al bajón". "¡Cuidado niñas con ensuciar y romper la ropa en esa tierra colorada!", gritó Evita y presurosas avanzamos por el cafetal, llegamos al bajón y nos dimos unas rodaditas. Leyda dijo: "Movámonos, pues de lo contrario no alcanzamos". Así que continuamos nuestra marcha perdiéndonos en la maleza para encontrar la orilla de la quebrada. Recuerdo que al pasar, vino a mi mente

la época de La Violencia, cuando la gente tenía que esconderse en unas chozas llamadas pucas, para que los bandoleros no los mataran; recuerdo también que a un señor llamado Blanco Sendo, porque su cuerpo estaba lleno de una mancha llamada carate, lo encontraron los conservadores y le dijeron: "¿Se voltea o no?". Y él les contestó "Yo... yo... yo me 'voltio' pero en mi cama". Y lo cogieron a golpes hasta que le hicieron perder el sentido.

De vez en cuando cogíamos flores y alguna mariposa, que extasiada chupando el néctar de las fragantes flores, no se percataba de nuestra presencia. Por fin llegamos. Gricelina, Leyda, Leonilde y Marleni se dedicaron a amarrar las guaduas con un bejuco muy fuerte, Lilia, Dolores y yo corríamos jugando a la lleva.

"¡Está lista!", gritaron. "Vengan niñas", nos dijeron. "Ustedes se irán atrás y nosotras llevaremos los remos para manejarlos". Así fue como empezamos nuestra aventura, cantando: "Ya la mar está tranquila. Riza el céfiro las olas..". Y de vez en cuando gritando: "Que viva el paseo". A nuestro paso, la naturaleza se hacía más hermosa y extraña a la vez y la quebrada aumentaba su caudal. De pronto dijo Leonilde: "Ya vamos a llegar al río, ¿no oyen el ruido de sus aguas?", y gritamos "¡Viva!". Cuando de pronto sentimos el trotar de una manada de caballos que presurosos corrían hacía nosotros como si trajeran jinetes, tan fuertes como los de los conquistadores. "¡Dios mío ayúdanos!", gritamos todas y nos pusimos a llorar. "¡Bajémonos de la balsa!, ¡ayudemos a las más pequeñas y corramos quebrada arriba!", gritando Leyda, Gricelina y Marleni.

Corríamos, llorábamos y a la vez encorábamos el rosario, cada instante sentíamos más de cerca los caballos dentro del agua y cada rato nos erizábamos más, temblábamos hasta hacer chasquear nuestros dientes. Nuestra ropa destilaba agua, de pronto caíamos y volvíamos a correr hasta que por fin llegamos al lugar de donde habíamos salido. Marleni dijo: "Esperemos aquí a que pasen los caballos". Nos retiramos un poco de la orilla, nos sentamos a esperar casi media hora y los caballos no llegaron. No los vimos por más que esperamos. Llenas de miedo nos dirigimos a la casa con la incógnita: ¿Qué sucedió en la quebrada?, ¿por qué nos persiguieron? Y ni modo de preguntar a las tías, pues nos habíamos ido sin permiso. Acaso se

cumplió lo que nos enseñaban, "No anden a escondidas". Desde ese día no volvimos a la quebrada.

Mi niñez fue hermosa, aunque no la viví con mis padres, ellos me visitaban y se comunicaban conmigo semanalmente o dos veces por semana. Parte de las vacaciones las pasaba en Villarrica donde mis padres. Villarrica a diferencia de San Antonio tenía servicio permanente de carros, chivas y buses de la empresa de Transportes Puerto Tejada. No había luz eléctrica, pero mi papá tenía lámpara *petromax* de gasolina y un radio *Zenith* de pilas grandes. Para sacar agua tenía una bomba de mano y para planchar, a cambio de las planchas de empuje o carbón, tenía una plancha de gasolina. Es decir, todas las comodidades de la época, que no todos disfrutaban.

La casa de Villarrica era linda, aunque de bahareque. Tenía una sala grande, a lado y lado de ésta una pieza y una de ellas comunicaba a otra, que era de mis padres. Después de la pieza de ellos quedaba la despensa de las cosechas, luego la despensa de la comida, luego la cocina y, por último, el rancho de la leña. Al frente de la primera despensa había un corredor con dos bancas grandes y el comedor. Al frente de la cocina había una mesa hecha de esterilla de guadua, allí se colocaban los platos y se lavaban en un aguamanil.[16] Había un patio que abarcaba desde la primera despensa hasta la cocina y luego un tendal[17] o secadero de cosecha, con dos canoas que se llenaban de cacao, café o frutas según la época. Para menear el cacao se usaba la meneadora y ésta debía permanecer debajo del tendal para que no se dañara.

La sala tenía piso de ladrillo, recuerdo que en Cali una compañera me enseñó a preparar cera con parafina, petróleo y anilina vegetal roja, así que el piso era admirado por muchos, por el brillo. Tenía la sala un escritorio al que llamábamos pupitre, con un estante donde colocábamos el radio *Zenith*, la máquina de escribir *Reminton* que aún conservo, y donde mi papá hacía los documentos por la venta o compra de lotes. El radio lo utilizábamos para las noticias y para

16 Aguamanil: platón de aluminio utilizado para lavar ropa, las manos, la cara, etc.

17 Tendal: secadero de cosecha que se hacía de esterilla de guadua a una altura de un metro y de 4 o 5 metros de extensión.

escuchar novelas y especialmente el programa de complacencia de *Radio Eco* los sábados de 8:00 p.m. hasta las 2:00 a.m., que se acababa el programa. También tenía la sala un juego de asientos de madera con una mesa de centro redonda adornada con carpetas tejidas en crochet o de tela, con encajes y en el centro de ésta un hermoso florero con flores campesinas —platanillo, dalias, rosas, amancayo, bandera, entre tantas—, pues mi padre decía que: "No puedo aceptar una casa con mujeres y sin flores". En una esquina había un trípode que engalanábamos con porcelanas o matas de violetas o begonias sobre unas carpetas tejidas pero hermosas.

Mi pieza era larga, yo tenía una cama-cuna y dormía sola en mi cama, mas no en la pieza. La pieza de mis padres se comunicaba con la mía con una puerta, hay algo que me llamó la atención hasta hoy: nunca recuerdo haber dormido con mi madre y nunca la vi durmiendo con mi padre, aunque compartían la misma pieza y se querían, tenían camas separadas. Mamá un baúl grandísimo con cosas finas, entre ellas joyas de oro, perfumes, pulseras, labiales, redecillas para sostener el cabello, polvos y crema *Ponds* y C, creo que por esta razón, no he sido capaz de usar una crema diferente en mi cara y por eso mi debilidad son las pulseras. Tenía además los aparatos de su máquina de coser *Paff*, que usó muy poco y que regaló años más tarde a su hermana Ana Julia.

En la pieza del frente había otra pieza donde dormía mi hermano. El comedor era agradable, una mesa de madera, con dos bancas a los lados y en la cabecera dos asientos de cuero para papá y mamá, un trípode con un cántaro que tenía el agua de tomar al cual le echaban azufre. En el corredor había un jardín con matas finas de flores como violetas, dalias de diferentes colores sencillas y dobles, rosas paules, un árbol de amancayo, que daba flores blancas pero en cierto tiempo producía unos gusanos de colores negros con rayas blancas y verdes, y un palo de granada que se mantenía cargado siempre. Cerca del jardín estaba el aljibe y el tanque del agua. El inodoro era letrina, pero yo le tenía miedo y asco a la vez. El patio era grande, al fondo limitaba con un cafetal de un señor que le decían Tío Maito. Por la noche, era tétrico mirar para allá; además papá contaba que allí salía un espanto. Las casa tenían de particular los patios comunes; no tenían tapias que

los separara, así es que cinco casas arriba uno se daba cuenta de todo lo que había en los patios ajenos. A diferencia de San Antonio, no había cerca con talanqueras.

En la casa había muchas gallinas, pollos, patos comunes y chilenos; por la mañana nos dedicábamos a echarles maíz y contarlos para ver si las chuchas o el guatín se había comido alguna. A las gallinas se les hacía un gallinero de guadua con unas estacas para dormir y a las ponedoras se les hacía un rodete de cincho de plátano para poner los huevos y encubar sus polluelos.

En Villarrica no tenía con quien jugar, ya que mi mamá no me dejaba juntar con los muchachos y muchachas. Además, como yo estudiaba en Cali, los muchachos me tenían mucho respeto.

El agua de tomar había que traerla de los aljibes que mi padre había hecho en la manga en un lugar llamado Tumbamaco. Los aljibes de tomar agua eran bajitos, me fascinaba ver la tierra colorada que lo formaba y se podían achicar a cada rato. Era hermoso ver a la gente cargar el agua en la cabeza con cántaros u ollas sobre un rodete y era hermoso a la vez, el derroche de fortaleza de mis negras que con una mano sostenían el cántaro y en la otra llevaban una olla.

La manga tenía árboles de guayaba, piñuelas, pitahayas, el corral de ordeño donde mi padre inició la ganadería, gracias a que el día de mi bautizo me regalaron una ternera. Había también un sin número de caballos. Recuerdo además que todas las mañanas mi padre nos daba espuma de leche con plátano maduro asado. Bordeando la manga hay una ciénaga llamada Saladillo de donde él sacaba el junco para hacer los amantillos o sudaderas a los caballos. En algunas épocas cultivaba en la manga: maíz, yuca y frijol. Algunos domingos nos íbamos a montar a caballo hasta un lugar llamado la Arboleda, a una hacienda El Rubí de unos familiares. Mi padre tenía caballos finos con sus respectivas sillas. Los arreglaban muy bien con la jáquima y los diferentes aperos y tenía zamarros para montar. A los caballos de carga se les ponían monturas de madera, especiales para transportar cargas y a cada lado, sudadero, junco y amantillos[18] de cincho de plátano. Para cargar la

[18] Amantillo: protector que se hacía de cincho de plátano sobre un telar rústico para ponerlo en la piel del caballo antes de la montura.

leña a la montura se le colocaba a lado y lado garabatos[19]. Llamaba la atención ver por la mañana el desfile de agricultores, que en su caballito se dirigían a la finca llevando hachas para rajar la leña, canastos para coger el café —canastos que eran hechos de carrizo y en San Antonio—, los costales para acomodar la cosecha, la media luna y la garaza para coger el cacao y su machete en la cintura, símbolo de seguridad y virilidad.

El cacao una vez cogido se llevaba al picadero, donde se desgranaba después de haberlo picado con el machete. Si el grano estaba muy pegado a la cáscara lo sacaban con espátulas[20]. Eso era una fiesta, los jornaleros eran gente humilde, cantaban, contaban historias y se comentaban los sucesos recientes. Mi madre y unas sobrinas preparaban el almuerzo, que debía ir acompañado de plátano asado. Mi madre había hecho unas canoas de guadua y cucharas de totumo, para no llevar la loza buena. El agua la llevaba en los calabazos y la tomaban en totumos.

Una vez desgranado el cacao lo traían en costales forrados en hojas de bihao o en zurrones. El cacao se acomodaba en canoas, igual se hacía con el café. Las canoas tenían en una de las puntas una parte plana allí se colocaba la máquina de trillar o despulpar. Luego se lavaba en la misma canoa y luego se zarandeaba para sacar la cáscara que quedaba.

Nunca llegamos a comprar café, siempre lo tostábamos en una cayana con una cagüinga y mi madre al principio lo molía en una piedra grande luego lo molían en molino. El chocolate lo preparaban en la casa tostándolo, moliéndolo con canela, clavos y nuez moscada y luego formaban bolitas produciendo un chocolate delicioso.

A las 5:00 p.m. de regreso se veía de nuevo el desfile de los agricultores, que traían sus caballos adornados y recargados con leña, plátano, escoba, cosecha y alguien, especialmente un niño, encima del cabestrado por el papá o la mamá. Las mujeres con rodetes en la cabeza traían sus canastos o la leña, o la escoba, manejaban con donaire su cuerpo, situación por la que escribí:

---

19 Garabato: instrumento hecho de la rama de guayabo especialmente en forma de V para cargar o transportar la leña.

20 Espátula: instrumento de leña pequeño rebanado en una punta para desgranar el cacao.

A una negra

Caminaba la negra
tranquila, serena,
esbelta, arrogante,
por la carretera.

En la mano llevaba,
una jigra llena
con ollas, recado
pa' preparar la cena.
Y en la cabeza
un rodete hecho
de cincho de plátano
Y sobre éste... un redondo cántaro.

Caminaba la negra
con tanto donaire
que se tongoneaba
al vaiven del aire,
y formaba olas,
despertaba miradas,
sonrisas, carcajadas,
murmullos, desaires.

Caminaba la negra
con tanta seguridad,
que soltaba su cántaro
sin temor a tropezar.
Caminaba la negra
con tanta majestad
que alargó un paso
y se perdió en la inmensidad.

Las fincas de mi padre eran numerosas y muy productivas, cada una se distinguía por uno o varios productos especiales, *La Rica:* era eminentemente cacaotera y platanera. *Saladillo*: era de frutales, naranjas, zapote, mandarina, mango, guanábana, guayaba, guamas, caimos, etc. *Quintero*: plátano y café. *Potocó*: plátano, cacao, café, naranja. *La Casita*: cultivaban especialmente maíz y recuerdo que

mi papá sabía preparar sabajón con maíz, huevo, canela, clavo, nuez moscada y panela; luego que lo preparaba lo enterraba, cuando íbamos a hacer comilonas allá lo sacaba, pero solo para tomar los viejos, porque era afrodisiaco. La Casita limitaba con una de las mejores fincas llamadas Agua Azul; finca muy cacaotera, donde se encontraban frutas como caimo, zapote, aguacate y guanábanas, que se caían de los árboles. Aquí mi papá cazaba guatín y ardillas, animales que se comían el cacao. Había también café. Había casi todas las matas medicinales como albahaca negra, albahaca blanca y como siete clases más, poleo utilizado para daño de estómago y como condimento; cargadita, cilantro cimarrón, caña agria, suelda con suelda, pronto alivio, yerba del golpe, paico, yerba buena, orozul, colchón de pobre, verbena blanca, etc. Estas yerbas también se encontraban en las casas.

En Semana Santa era otro acontecimiento, la gente desde el Miércoles Santo traía la leña y el agua, porque en los días santos no se podía hacer oficio; pero al contrario de las otras épocas se comía más. Se preparaba el champús, envueltos de tabla[21], envuelto de mote[22], fríjoles con panela y maduro, sopa de resplandor[23], ensalada y tocino de cerdo que lo llamábamos chicharrón.

No se podía gritar ni pelear, porque se ofendía a Dios. Jueves y viernes santos se vestía de negro con mantilla en la cabeza. Era mi adolescencia y ya les había comentado que me volví romántica por herencia, al escuchar a mi padre leer *El Parnaso*, pero a esto se unió la música. Los cantantes se inspiraban en la luna, en el amor y no importaba que música fuera, o rancheras o boleros o salsa, le llegaban profundamente al corazón, que lo hacían palpitar a veces con violencia, a veces más rápido hasta convertirse en soñador. Nosotras teníamos por costumbre copiar las canciones cuando sonaban en la radio y con dos veces que sonaran las corregíamos y luego Leyda las pasaba en una libreta de canciones que aún conserva.

---

21 Envuelto de tabla: se hace con masa blanca de maíz cocido, sobre hoja de caña brava, caracterizados por tener poca sal y consistencia delgada.

22 Envuelto de mote: se prepara con maíz puesto a remojar en lejía de ceniza, se pela, se muele, lleva panela y se envuelve en hojas de bihao.

23 Sopa de resplandor: se prepara con sardina revolcada en harina con huevo, la cual se frita y luego se echa a la sopa.

Nuestra admiración era *La Sonora Matancera*, pero recuerdo muchos discos que me fascinaban que no eran de *La Sonora*, ejemplo: *El jinete, El caballo blanco, El pastor, María bonita, La engañera, Rayito de luna, Estoy en la prisión, Clavelito rojo, El plebeyo, Yo era un pibecito, La carta, Carta a Eugenia, Nube gris, Senderito del alma, Como se mueve la pava, Mater admirada, No se puede torcer el destino, Me voy lejos, El tren lento, Casas viejas, La punta del pie, San Fernando, Borrachera, Estrellita del sur, Tragedia del Circo Egred, No me lo digas, Yo también haré lo mismo, Luna de octubre, La m*úcura, Esas de *rojo, Que vivan los novios, Cuando las aves, Creíste que sin tu amor no iba a vivir, Naufragio*, etc.

Los compositores se inspiraban en la luna; recuerdo que en Villarrica no había luz eléctrica, pero la luna de octubre iluminaba de tal manera que se podía andar sin temor, pese a que octubre era un mes del que se contaba, que por la influencia de la luna aparecían las brujas, los lobizontes, pero ella con su belleza hacía perder el miedo y se convertía en cómplice de los enamorados, que la pintaban coquetona y se oían discos como: *Luna de octubre, Los aretes de la luna, Si te vuelvo a besar, En el balcón aquel, Soñando contigo, A orilla del mar, Luna*, etc. Yo tengo la creencia de que el amor en esa época era más fuerte, quién no se inspiraba, quién no le enviaba papelitos a su enamorado(a), quién no regalaba pañuelitos bordados o con encajes a su enamorado(a), o marcados con las iniciales de su nombre, quién no disecaba pétalos de una flor o la hoja de un árbol enviada por su enamorado(a), quién no escuchaba ansioso el programa de complacencias de la radio o de la plaza de mercado esperando ese "te quiero", con la letra de una canción, quién no dibujaba o enviaba corazones sangrantes traspasados por una lanza y en medio de ellos la palabra "tú y yo", o quién no bordaba su ropón o cubrelecho y cojín con unas palomitas o pajaritos dándose piquitos o dos manos cogidas en señal de unión, o quién no enviaba una caja de pasteles de la pastelería *California* cuando iba a Cali. Quién no enviaba pensamientos como:

Gaviotas al norte,
gaviotas al sur
en el mar el cielo
y en el cielo tú.

Una mirada primero
una sonrisa después
luego un apretón de manos
así se empieza a querer.

¿Quién no se inspiró con las estrellas hasta quererlas colocar como prendedor en la cabeza o ponerlas cerca al corazón, o quién no escribió cartas de amor profundo o no escuchó una serenata? Todo hacía conjugar el verbo amar, no importa la música que fuera, como: pasodobles como *Los campeones, España, Cali, El beso, La violetera*. Escuchar a Juan Legido nos hacía acercar al enamorado(a) en sus brazos, para por un instante, saborear el dulce roce de su piel y sentir por raticos el palpitar de su corazón.

Pero definitivamente lo que me enloquecía era *La Sonora,* que me transportaba a ese mundo lleno de ilusiones como es la adolescencia y que viví llena de cariño por mis padres. El cantante que más me gusta de *La Sonora* es Celio González, es tanto lo que lo admiro, que quisiera que éste espacio fuera musical como las tarjetas para grabar. Escuchar: *Cien mil cosas, Atribulado, Porqué palpitas corazón, En el Balcón aquel*, etc. O escuchar a Bienvenido Granada en, *Soñando contigo*; a Leo Marini en, *Canción del dolor e Historia de un amor*; a Alberto Beltrán en, *Todo me gusta de ti y El 19*; a Celia Cruz en, *Cuídate bien y En el bohío*; a Nelson Pinedo en, *Corazón sin puerto*; a Daniel Santos en, *El juego de la vida, Se vende una casita, Qué humanidad y Despedida*, o escuchar tangos, etc.

Me caracterice como una gran bailarina. Nadie me enseñó a bailar, es que los negros llevamos el son, el baile en la sangre y cuando la música llega al corazón, éste se hincha, se llena de inspiración, de destello, de alegría y se traduce en ritmo.

La educación en la ciudad marcó una etapa trascendental en el inicio de mi adolescencia, empecé a conocer los valores y a diferenciar las clases sociales y culturales que a veces impiden nuestro progreso. Yo era pinchada, a mi madre le gustaban las cosas finas, bonitas a pesar de que no había estudiado, pero como dije anteriormente, me mantenía a la moda. En esa época las telas que se usaban eran: organdi, organza, percal, satín, tafetán, crespón, nylon, una tela tornasol, periódico, seda y dacrón entre otras, así es que ella me mandaba a coser lo que estaba de moda. Yo era muy delgada, con una carita agradable, con unos

dientes hermosos, separados, con mirada soñadora y pícara y aunque delgada, era nalgoncita, así es que cuando salió el medio paso y los tacones puntilla, los hacía lucir muy bien. Mi mamá me regaló todas sus pulseras de allí el amor que siento por éstas.

La educación en la ciudad marcó una etapa trascendental en el inicio de mi adolescencia, hay menos tabú en las enseñanzas, los conocimientos de las materias son más profundos y el despertar es más rápido que en la vida del campo, aún se siente esto en el colegio donde trabajo, que queda en un corregimiento.

Rumbo a Popayán

En septiembre de 19** mi papá me llevó a estudiar a Popayán. A él le gustaba que yo estudiara a diferencia de muchas familias de aquí. Ayudado por el padre Marín, párroco de Puerto Tejada y quien estuvo muy ligado a mi familia, me consiguieron una beca en la Normal Superior de Señoritas. Cabe anotar que en esa época, la mayoría de las veces eran los padres quienes tomaban las decisiones sobre los hijos. Un día cualquiera, llegó con la lista del equipo, nos fuimos a Cali a comprarlo y me aterró cuando me compró cantidades alarmantes de ropa, entre ellas, camisas *Don Juan,* que eran las de moda. Al día siguiente me dediqué a marcar mi ropa con tinta china y pepa de aguacate. Las maletas eran de cuero y tenían pliegues, correas y llaves, mi maleta quedó pequeña y tuvimos que comprar otra.

Nos tocaba viajar un domingo, yo no conocía Popayán, pues está muy alejada de Villarrica y aunque es la capital del Cauca, acá todo se compra en Cali. El domingo pasó el carro a las 6:00 p.m., una buseta de Transportes Puerto Tejada que habían contratado los padres de todos los estudiantes de esta región. Yo viajé con un vestido azul, suéter azul y medias tobilleras blancas. Qué nostalgia dejar a mi madre, lo mío; es que el hogar se convierte en nuestra propia vida, allí nacen y viven nuestras ilusiones, nuestras alegrías y tristezas, lo bello. El viaje fue largo, duró seis horas, la carretera era destapada y con muchas curvas y precipicios.

Cuando llegamos al cofre, mi papá me dijo que ya íbamos a llegar. El corazón se me entristeció, perdí la esperanza de volver a mi casa

y empecé a pensar: "¿Cómo será un internado?". Me recosté en el hombro de mi padre, ese gran amigo y me dormí. Al llegar me despertó, sobresaltada miré la ciudad blanca con aspecto de pueblo, sus calles empedradas, sus iglesias abiertas a toda hora y sus gentes a la usanza de los cacharros, con sacos, gabardinas, sombrillas, sombreros, chalecos, reloj de bolsillo, que sacaban con orgullo para mirar la hora cuando tenían alguna cita o compromiso. Llegamos a un restaurante que quedaba al frente de la Normal de Varones, hoy el Colegio Francisco Antonio Ulloa, allí almorzamos y como la entrada era a las 4:00 p.m., fuimos a conocer el parque de Caldas, el Banco de la República, La Casa de Valencia, la Universidad del Cauca —Santo Domingo—, el Puente del Humilladero, la Herradura, un restaurante al pie del puente y el barrio Bolívar, donde de paso veía pasar a los patojos, que silenciosos o hablando muy suave paseaban por la frías y mojadas calles de la ciudad. Algunos con respeto se quitaban el sombrero para saludar a mi papá, quien vestía muy bien, con pantalón de paño, saco y sombrero, pues nunca concibió la idea de no usar saco, así llevara pantalón de dril.

Antes de irnos entramos a una fuente de soda La Viña, donde permanecían los estudiantes de todos los colegios. Allí se daban cita los enamorados y los amigos con el fin de departir con ellos un rato. Allí se compró el mecato que debíamos llevar.

La Normal quedaba lejos del centro, en un lugar llamado La Ladera. Cuando llegamos, la directora de internas nos estaba esperando y nos asignó la pieza que nos correspondía, con mi padre organizamos nuestras cosas, el colchón y dejamos tendida la cama con sobresábana y las cobijas. Al instante se fue mi padre y quedé sumida en la más profunda tristeza. Pasamos a comer una comida horrible y después a rezar el rosario en la capilla.

La Normal era bonita, muy grande, con cinco pabellones de dos plantas cada uno. En uno quedaba la enfermería y los cuartos restantes, que estaban destinados a las alumnas y profesoras. Engalanaban cada pabellón, hermosas palmas y un patio en piedras y gradas por fuera. Los salones, oficinas, capilla y biblioteca quedaban en un pabellón central. El comedor era grande, las mesas eran para ocho alumnas y al frente de las mesas estaban las mesas de las profesoras con vista a la ciudad.

Alrededor de la Normal había pinos que los podaban formando figuras que le daban un aspecto y aroma agradable al lugar. Bordeando los pinos había violetas, hortensias, azucenas amarillas, cartuchos blancos y gladíolos. Al frente de la capilla habían rosas rojas, blancas y rosadas. Tenía una pérgola y una cancha inmensa para hacer maratones, jugar y ensayar marcha. Al fondo estaba la cancha de baloncesto y en una lomita la gruta de la virgen, enmarcada en viejos pinos olorosos como escribiera el maestro Valencia en su poema. Pasando la carretera, estaba la escuela Anexa, una casona de dos plantas donde vivió el maestro Valencia.

Rezamos, descansamos y luego sonó la campana para irnos a acostar. Iniciaba otra etapa de mi vida, mi libertad empezaba a ser cortada, las ideas ya no eran propias y se hacía lo que quisieran las profesoras. Cuando se pierde la libertad se pierde la ilusión y los derechos, pero eso estaba en las normas de formación que debíamos seguir y por consiguiente, era bien visto en nuestros padres y aún en nosotras.

El uniforme era azul turquí, falda de seis nesgas y una blusa separada que se llamaba peto, con dos tiras adelante, que se sostenían con ganchos. La camisa de cuello, con corbata y manga larga, zapatos de cordón negros y medias tobilleras blancas. Para desfiles y actos especiales, usábamos uniformes de gala, a diferencia del de diario se usaba medias de nylon, guantes blancos, boina azul y un cuello blanco postizo. La mantilla para la misa era negra y debíamos tenerla en el salón.

Aprendí a tender la cama con sobresábana y a conservarla sin una arruga para evitar sanciones. Aprendí también a dejar el uniforme debajo del colchón, tapado con una toalla o periódico para que no se arrugara.

La madrugada al otro día fue dura, al sonar la campana no había tiempo para hacer pereza, sino tirarse de la cama para coger el turno del baño y poder estar lista cuando sonara la campana de nuevo para ir a misa. No podíamos asistir a misa sin el misal del padre Antonio, a quien llegué a querer y comprender. Algo muy nuevo para mí, pero le dio una gran profundidad a mi vida espiritual, especialmente cuando hacían la exposición del santísimo y en ella se hacían los quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado. Pero lo más hermoso para mí,

fue que aprendí a comunicarme con Dios, a sentirlo, especialmente cuando hacíamos los retiros espirituales, donde desafortunadamente se nos enseñaba, pero se nos hacía sentir temor.

La misa la ofrecía el padre de espaldas y en latín. La capilla era pequeña, pero muy bien dotada, algunas veces fue mi cómplice cuando quedaba con sueño, otras veces fue mi refugio cuando la tristeza o el miedo de perder un examen me hacía dedicarle unos minutos a Dios. La adornaban con ramos de flores campesinas y unos violeteros de vidrio que llenábamos cada tres días. Además tenía la veladora, símbolo de vida, amor y presencia Divina.

Terminada la misa, pasábamos al comedor a tomar el desayuno, al que decíamos que se dividía así: Lunes: café, huevo y pan; martes: pan, huevo y café; miércoles; huevo, pan y café. Después del desayuno teníamos un descanso para organizar los salones, luego formábamos y pasábamos cantando a clases dirigidas por las alumnas maestras.

Los salones eran amplios, bien decorados, agradables, con pupitres bipersonales y con llaves. Allí dejábamos los útiles. Las llaves jugaban un papel importante en la disciplina, ya que la pérdida de éstas baja nota de disciplina o sanciones que le hacían perder la salida a la calle. La presentación personal, como la disciplina se recalcaban a cada instante.

Yo me caractericé por tener una buena conducta, por eso no sufrí, pues a pesar de haberme criado separada de mis padres, ellos a cada instante me recomendaban cómo debía comportarme. Aquí conocí compañeras como: Angélica Playonero, Alba Libia Mina, Julia Inés Peña y Alba Rosa Alegría. Teníamos salida y visita cada mes, esto dependía del rendimiento académico y de la disciplina. Mi padre venía a verme cada mes y cada ocho días me enviaba comiso o mecato con la mamá de Nidia Aponzá, quien estaba en sexto grado. Entre las alumnas practicantes conocí y recuerdo con cariño a Gloria Cilia Mina C., Nidia Rusca, Doris Caicedo, Elba Gladis Nievas, Ligia Charrupí, entre otras.

Ligia Charrupí fue mi profesora de inglés, quién al notar la facilidad que yo tenía para pronunciar y traducir me empujó a que me gustara, pues me ponía como monitora y estoy segura que el título y el amor que profeso por esta materia se lo debo en gran parte a ella.

Yo digo que el maestro debe conducir al alumno a que se encamine por lo que le guste o tenga facilidad para hacerlo. Me convertía en mujercita, ya empezaba a conocer y a la vez a sentir ese pun, pun del corazón cuando alguien le gusta. Conocí a un muchacho, Irne Díaz de Puerto Tejada y me fascinó, con tan mala suerte, que era novio de una de las alumnas maestras. Sin embargo, se me iba la baba por él, pero solo conversábamos. Un día me regaló un poema titulado *Nocturno a Rosario*, un diccionario de su padre el Dr. Natanael Díaz; pero no pasó a más. Me tuve que conformar con lo que decía el poema:

Era mi amigo, pero yo lo amaba,
yo lo amaba en silencio ciegamente,
y mientras sus secretos me contaba,
yo escuchaba sus frases dulcemente.

Y terminaba el poema diciendo:

y aunque de mis amores
jamás él supo nada, era mi amigo
pero yo lo amaba.

En ese año tuve la mala noticia de la muerte de mi abuela Pascuala, pero no me llevaron al entierro, porque estábamos en exámenes. Me dolió su muerte, pero como no la vi no me impresionó mucho.

El colegio organizó una excursión a Tulcán, arrimando a Pasto, Las Lajas e Ipiales. Mis padres me dieron el paseo inolvidable, primera vez que hacía un viaje fuera del país. La directora Antonia Cardoso Serrano, era de Bucaramanga, con sus abriles encima, pero muy elegante. Como las normales eran nacionales y se podían hacer traslados, se trajo a la mayoría de las profesoras y administrativas de allá. Recuerdo que ella nos daba hormigas culonas, cuando le enviaban encomiendas de su tierra.

Pese a que era la primera vez que estaba interna, mi vida era agradable, aprendí a convivir, compartir y conocer una serie de valores que se necesitan en la vida.

Los sábados en la mañana había clase. A la 1:00 p.m. salían las alumnas de Popayán, la tarde la empleábamos en arreglar dormitorios, anotar la ropa sucia y pasarla a la portería, donde la portera, que era una

señora chismosa, de todo se daba cuenta y aventaba a quien se dejara coger en algo. Nos tocaba virutear el salón, era de la única manera que desterrábamos las pulgas, que hambrientas se aposentaban en nuestra cama o en nuestro cuerpo provocándonos granos, rasquiña y algunas veces hasta trasnochar. Después de tanto trabajar, salíamos a la sala de baile y podíamos ponernos ropa de calle. Allí escuchábamos música y evocábamos los instantes vividos en nuestra tierra.

En la noche nos ponían música y bailábamos hasta las 9:00 p.m., hora en que sonaba la campana para ir a dormir. Los domingos nos llevaban a caminar o al centro o a las afueras de la ciudad. Las salidas eran a pie y no faltaba el racista, que nos molestara a las negras, que éramos bastantes. En la Normal me inicié en los coros, me fascinaba la profesora Elvirita, una estupenda y reconocida soprano, me llamó a integrarlos y canté. Recuerdo: *Amapola del camino, A ti sola, sed ardiente, Rosa rosita morada, Noche de paz*.

En las materias no fui excelente, solo cumplidora con mis tareas, lecciones y buena conducta. Se nos recalcaba el sacrificio que hacían nuestros padres al enviarnos allá, motivo que lo impulsaba a uno a no quedarse. El dibujo me gustó y más por el profesor Fidel de los Reyes, un ecuatoriano sencillo. La preceptiva me ayudó a volverme más romántica, todavía conservo mi libro. Yo considero que esta fue una puerta abierta a lo que me gustaba, me inspiraba la poesía, el amor, ese no sé qué, que llega no sé cuándo y termina no sé dónde.

Había algo que me molestaba, me lastimaba y era el tener que dejar que la directora de internas leyera las cartas y telegramas que me enviaban de la casa. Solo se aceptaban cartas de los padres y de los hermanos, siempre y cuando no enviaran razones de los novios o enamorados. Si el novio escribía, era motivo de castigo o llamaban al padre de familia, pues solo podían hacerlo si tenían permiso de los padres. Yo recuerdo que las profesoras algunas veces se reunían a leer las cartas y a burlarse, ya por la redacción, la letra, etc. Recuerdo también que en urbanidad nos enseñaron que no se podía leer las cartas ajenas, que era acto de mala educación y siempre se decía: “Ni mano en plata ni ojo en carta”, y ellas, ¿qué ejemplo nos daban?

Sin embargo, el vivir lejos de mis padres desde tan temprana edad me ayudó a aprender a redactar cartas y telegramas. Mis vacaciones

eran anheladas, cuando llegaban los días, el cielo se veía más azul, se respiraba aire de libertad; pese a que en la Normal el ambiente era bueno, estábamos bordeados de una vegetación hermosa, entre ellos los pinos y los eucaliptus. Un paisaje más hermoso cuando el volcán, con su destello de grandeza, votaba esas bocanadas de humo que teñía de gris el firmamento y de ceniza los techos y calles de la apacible ciudad blanca o cuando quería demostrar su pureza y se vestía de ese blanco reluciente y frío que produce la nieve. O también, cuando lleno de rabia por algo, reventaba y tiraba piedras a su alrededor para que los curiosos dejaran de espiarlo.

Cuando llegué a casa me hicieron una linda fiesta de 15 años. Así transcurrieron mis dos años en la Normal, es cuando mi padre decide que yo me vaya a estudiar bachillerato, porque él y yo teníamos en mente que estudiara derecho; además siendo normalista, me tocaba validar para seguir una carrera. La Normal me hizo crecer espiritualmente, me hizo sentir más amor por los míos, reconocer que sus caricias y su presencia son importantes en nuestras vidas, además mi formación intelectual se amplío. Empecé a conocer lo que significaban los valores de la vida, más no llegué a conocer el verdadero significado de ser normalista, ni a tener curiosidad por serlo.

Rumbo a Bogotá

"Un nuevo cielo, un nuevo mundo, un sueño y una frustración". Mi padre logró conseguirme con el Dr. Rafael Cortés Vargas una beca en el Liceo Nacional Femenino Antonia Santos de Bogotá, para hacer tercero de bachillerato. Viajamos los primeros días de febrero de 1959. De nuevo tuve que dejar mi casa y ahora viajar a una tierra más lejana. Nuevamente dejar mi corazón o llevarlo sumido en la más profunda tristeza.

Cada pueblo era algo muy diferente para mí, la gente, las costumbres, los paisajes, el clima, carreteras pavimentadas, la noche en todas sus dimensiones, pues salimos de Cali en el Bolivariano a las 8:00 p.m. En algunos lugares había luna, otros lluviosos, en otros el cielo estrellado, a lo lejos se divisaban las luces, que intermitentes anunciaban la cercanía de un pueblo, otras veces se escuchaba la música de carrilera

de los pueblos de la región cafetera o los tangos que las rocolas hacían sonar a petición del enamorado o desengañado. Y yo miraba entredormida, algunas veces sollozando, por el recuerdo de mi madre y mis hermanos, que ya hacían ruido y falta o con el recuerdo de Leyla y Lilia con quienes me había criado y me habían dado tanto cariño.

Llegamos como a las 11:00 a.m. y nos hospedamos en un hotel cerca de la séptima. Descansamos y salimos a comprar colchón, almohada y una cobija de pura lana. Paseamos, fuimos al Tía de la séptima que tenía escaleras eléctricas. Al día siguiente, fuimos a la Casa del Florero, Capitolio, etc.

En el hotel había televisión, presentaban el noticiero, películas y un programa llamado *El Club del Clan*. La televisión era algo nuevo para mí. La sorpresa del desayuno fue la changua que me gustó y otra cosa que me llamó la atención, las costumbres especialmente en las comidas, por ejemplo decirle al tinto: perico, etc. Estuve con mi padre hasta el miércoles, día en que me interné y allí empezó mi calvario. Bogotá era un sueño para mí, la capital de Colombia, solo sabía que era de clima frío, por las clases de sociales. Yo era la primera negra de Villarrica que iba a estudiar a la capital. Los negros que vivían allá eran muy pocos.

Mi papá me compró gabardina, sombrilla, sacos lindos y un saco abrigo, yo andaba bien vestida. Además los vestidos debían ser de lana, paño, lanilla de un solo fondo o telas a cuadros; mamá me mandó hacer cuatro vestidos y dos faldas con chaquetas.

Cuando entré al internado fui la mirada de todo el alumnado, había solo dos niñas morenas, una de San Andrés, Sonia Boys, otra de apellido Sanín y una niña chocoana, que aunque de cabello pasudo y piel morena clara se consideraba blanca. Llegué a ser amiga de Sonia, quien con sus obsequios se había ganado a los profesores. Yo a diferencia de ellas caí muy mal, teníamos una directora de internas que parecía un soldado cuando caminaba; era cuarentona y solterona, motivo que la hacía más insoportable. Fue para mí un calvario ese colegio, la directora, la señorita Isabel Villate, parecía otro militar, era el orgullo andante, aunque debo reconocer que era elegante, muy elegante, pero muy prepotente, clasista y racista. Cuando se dirigió a mí, creo que fueron solo dos veces, pues por no pasar por mi lado prefería regresarse o quedarse, me decía: “Esa niña Carabalí”.

Un día estando en formación de a dos en fondo, yo estaba entre las últimas, porque era de las más altas, dijo parándose al frente de mi curso tercero: "Aquí en esta fila huele mal", y desde esa distancia me señaló y dijo: "Es usted señorita, vaya y se cambia". Yo, indignada me acerqué a ella, me abrí la camisa, mostré mi brasier, levanté los brazos y le dije: "Huélame a ver sí soy yo". Al instante llamaron a mi acudiente, que era más prepotente que ella, pero me respaldó hasta última hora.

En marzo del mismo año llegó Leda Esperanza Mina, una negra de Puerto Tejada quien fue mejor aceptada que yo y con quien llegamos a hacer una linda amistad. Nunca fui feliz ni siquiera en misa, ni siquiera en la capilla logré calmar mi dolor. Todo lo sentía con desprecio, afortunadamente nunca adolecí de dinero, y así no tenía que valerme de nadie.

Los sábados salían las alumnas de Bogotá y regresaban los lunes, felices contando sus historias amorosas, o los paseos en familia; y nosotras las de lejos, allí encerradas, porque para mí esa fue una cárcel, allí solo se veía el firmamento azul algunas veces o grisáceo o la infatigable lluvia o la neblina inundaba la ciudad, no tenía un árbol, una mata, solo tres pisos y un vacío terrible en cuanto a hermandad o humanización.

La alimentación era mala. En cuanto a las materias, álgebra la entendí a la maravilla, todavía recuerdo los polinomios, las sumas algebraicas etc., pero no me dejaron pasarla, casi ninguna materia pasé. Anatomía fue una materia que me gustó sobremanera y sé que la aprendí, tenían un material muy bueno y la entendí y creo que la pasé. Recuerdo que se veía dibujo arquitectónico, para entonces ya usaba gafas, pero esto no me impedía hacer las planchas hermosas. El profesor nos hacía dibujar una hoja de una planta, por ejemplo, con un modelo de hoja que escogíamos y que había que envolver en papel celofán para que no dañara la plancha, ésta se hacía con lápiz 3h y plantilla para la letra. El dibujo también fue mi fuerte, máxime cuando en Popayán había tenido un profesor humano y preparado. Aquí sucedió algo especial, yo le hacía las planchas a Ligia Caballero, una gran amiga de Bogotá, adinerada y sencilla, pero el profesor, que se llamaba Luis, racista a morir, sacaba su lapicero *Sheafer* y mi plancha la tachaba mientras que Ligia sacaba cuatro o algunas veces cinco, y con muchas compañeras comparábamos las planchas y ellas reconocían la injusticia de él.

Hicimos un herbario y yo me di el lujo de exponer la flora de mi departamento, ya que mi papá mediante instrucciones que le daba en las cartas que le enviaba, me coleccionó y disecó muchos ejemplares de la flora de clima caliente y frío, pues fue hasta el páramo a conseguir frailejón, pero la profesora el día de la nota ni corta ni perezosa me calificó con 3.0, mientras que otras casi sin nada sacaron 4.0, etc. Yo había pertenecido a los coros en Popayán, en Bogotá el colegio tenía orquesta. Un día en cartelera fijaron un aviso en el que decían necesitar alumnas para integrar la orquesta, a mí me gusta la música y la entiendo, la profesora me puso todos los tonos que pudo para corcharme, pero como no lo logró, me dijo no hay cupo y me dejó por fuera. Pasados unos días me mandó a llamar para que tocara viola, aprendí algo y el día de la presentación me hice la enferma y no asistí. Creo que es de las pocas venganzas que he hecho.

Salir en Bogotá era una odisea, si iba con el acudiente a los almacenes, las empleadas o no nos vendían, o primero se rascaban la rodilla o la palma de la mano como augurio de buena suerte, se burlaban, nos insultaban, o nos saludaban, pero esto no impidió que yo me abriera paso en la ciudad, que aprendí a conocerla y manejarla y que a lo último me sedujo. Lo único que no me negó el colegio fue el descuento que hacía Avianca para las alumnas que viajábamos a otras ciudades.

Mi fortaleza fue y seguirá siendo mis padres, quienes me escribían continuamente y me colmaban de sus frases de aliento y cariño para que no desfalleciera. De allí salí derrotada, con casi todas las materias perdidas, pero dentro de mí reconocía que sabía mucho de cada una. Mi madre vino por mí a Bogotá en noviembre y pese a que mi papá conocía la situación que viví me regañó y me comprometí a estudiar.

En Bogotá conocí la discriminación racial, el desprecio, la prepotencia. Aprendí a defenderme, a conocer a los demás y especialmente que entre el maestro de escuela y el profesor, en el segundo hay una profunda deshumanización, y que la pedagogía y la psicología no les sirve para conocer al alumno ni para detenerse a pensar que pueden acabar por completo con un alumno tratándolo mal —no hablo de castrar, porque en esa época no se conocía ese término como pedagógico—.

Definitivamente mi sueño se derrumbó y como la lechera, adiós derecho, adiós doctora.

A Zipaquirá

En 1959 Leyda, mi prima, se fue a estudiar a Zipaquirá. Con ella nos escribíamos frecuentemente. Yo he sido muy buena para escribir y siempre he considerado que una carta, una nota, es una voz de aliento en el camino de la vida. Leyda es y ha sido una persona muy especial para mí: cariñosa, detallista, humana, delicada, suave, elegante y el símbolo de la rectitud. Mi padre me llevó a estudiar a Zipaquirá pero esta vez externa. Me quedé en un colegio de primaria: María Auxiliadora y me iba a estudiar al Liceo Femenino. El Colegio estaba construido en el centro de Zipaquirá, en una casona vieja, pero a diferencia del otro liceo, había a parte de la directora, directora de internas, profesoras y alumnas, cariño, comprensión, ambiente de familia. A la alumna se le premiaba, se le apoyaba, se le tenía en cuenta, cosa que no sentí allá en Bogotá.

Una mañana conocí a una señora, Lucía González de Roa, quien tenía una fuente de soda y gracias a un mal entendido, logramos hacernos amigas y me ofreció ir a vivir a su casa. Mi padre fue a Zipaquirá y habló con ella y me autorizó vivir con ella. La familia de Lucía estaba conformada por su esposo, el señor Manuel Roa y sus hijos Amanda, Lucía, Pepe, Leoviceldo, Aleyda y Margarita. Llegué como a mi casa, allí no hubo diferencia de razas, me dieron cariño y se me consideró como la hija y la hermana mayor y así me comporté. La casa era hermosa, fuera del cariño había abundancia de comida, paseos, cine, etc. Yo les colaboraba en los oficios, especialmente los sábados. Los martes, día de mercado, iba a mercar si eran festivos. Zipaquirá lo recuerdo con cariño, era un pueblo pasivo, de clima frío, sus gentes campesinas desfilaban los martes, día de mercado, con sus caballos cargados de hortalizas, frutas, cebolla y ellos con su ruana, sombrero y alpargatas caminaban al paso del caballo haciéndolo despertar de vez en cuando con un latigazo.

Los que vivían en el pueblo eran gente de chaleco, vestido de paño, corbata y con su "ala" de saludo cuando se encontraban con sus amigos. Admiré el Seminario El Cedro, donde fuimos varias veces, pues nuestro capellán padre Federico y luego el padre Robayo vivían allá.

Zipaquirá por razón de su clima, tenía en las casas jardines hermosos, entre ellas la casa de Lucía donde había hiedra, violetas, violetas de los

alpes, geránios, rosas, gloxíneas y muchas que no recuerdo ya. Saliendo del pueblo, tanto a Bogotá como a Nemocón se encontraban haciendas amuralladas con tapias de adobe que adornaban con enredaderas.

Conocí además a Peldar, ubicada en las afueras de Zipaquirá. Pero lo que más me causó admiración fue la Catedral de Sal, definitivamente el hombre es un gran transformador del paisaje. Al principio se siente temor de entrar al túnel, máxime cuando había pedazos oscuros y se sentía el gotear de las paredes simulando una profunda tristeza o soledad, luego de seguir las flechas y de caminar en la humedad se encuentra la maravilla, "una catedral en medio de las rocas y de sal". Con todas las técnicas. Había ocasiones que se sentía pesadez para respirar, pero fue un lugar que me impactó. No faltó el boquiabierto que no mirara y nos dijera: "Adiós, prima de Jesús", pero ya no les hacía caso.

El colegio tenía una capilla bonita y acogedora, yo me transportaba hacía Dios, lo sentía y soñaba con Él, por eso escribí:

En vano

Desde niña, en sueños veía
Que de ti salían rayos,
unos rayos tan profundos,
que traspasaban mi cuerpo
unos rayos tan azules...
que a mis ojos no hacían daño
y yo al verlos extendía mis manos.

Continué mis sueños, durante muchos años
Pero nunca me dijiste
Por qué me enviabas tus rayos
Tus azules rayos que recuerdo tanto
Tus celestes rayos que ahora busco en vano.

En el internado debíamos hacer todo en el menor tiempo posible, es decir, que la pérdida de tiempo no nos ocasionara una llamada de atención, que se tenían en cuenta para las salidas a la calle cada mes. Nosotras salíamos donde Lucía con Leyda y por la noche escuchábamos la emisora 1,020 que tenía un programa *Las dos pegaditas.* Allí oíamos a la *Sonora Matancera* y llorábamos. Estaban de moda los discos *La*

matita de mafafa, Pobrecito cocodrilo entre otros, los cuales hicieron aumentar a mi costumbre un estilo de baile *El bote*.

La directora, que Dios la bendiga, doña Betsabé Burgos Leiva, una señorita, me atrevo a decir de sesenta años, pero con carisma envidiable, sencilla, pendiente de las alumnas, preocupada, cariñosa, comunicativa, había hecho del colegio un lugar agradable. Allí se estudiaba mucho, se competía, el curso que sacara el primer puesto se le daba un premio representado en un paseo o salida masiva del curso.

Para llegar a la cima
¡Para llegar a la cima tanto batallar!
subir escalones volver a bajar
caer, deslizarse,
agitarse, resbalar,
gritar angustiada
y volver a empezar.

¡Para llegar a la cima
qué dificultad!
Extiendo los brazos
y no logro alcanzar
me agarro, me empino,
me empujo en la soledad.

¡Para llegar a la cima
tanto batallar!
y por más que me esfuerzo
que grito, que araño,
que sufro, que lloro
no puedo llegar.

Para llegar a la cima
dime Dios querido
¿lo podré lograr?

La directora de internas, Lida Gelves, de ojos claros era tierna por más que se hiciera la estricta. Las profesoras nos enseñaban con profundidad y análisis sus materias, por eso se exigía tanto. Los exámenes eran escalofriantes, nos daban un día para preparar la materia, al otro día debíamos llevar una hoja de cuadernillo a

la que le ponían el sello del colegio; el examen iba mimeografiado. Allí aprendimos a mirar por el espejo el revés del examen, que por lo general era de otra materia y uno aseguraba dos o tres preguntas de éste. Nos hacían sentar intercaladas y aún así no faltó la chancuquera, que escribiera papelitos y los pasara a sus compañeras o levantara la hoja para que se copiaran. En muchas ocasiones nos tocó levantarnos a media noche al baño a estudiar o debajo de las cobijas con unas linternas que parecían lapiceros.

Era una época dura, aunque se habilitaban y se rehabilitaban, pues el deseo de cada estudiante era pasar en limpio. Además después de los exámenes nos reunían en cada salón y nos daban el resultado, diciendo: "Fulana de tal perdió tantas materias", y esto causaba malestar con las demás compañeras.

La disciplina era estricta, una llegada tarde después de salir a la calle le impedía salir el próximo mes. Faltas de disciplina graves, que todo era grave, ocasionaba:

a) baja de disciplina
b) suspensión
c) cancelación de la matrícula

La imagen del colegio era lo más importante, por tal motivo nos inculcaban representarlo lo mejor posible con nuestro comportamiento diario. Ese año me quitó el sabor amargo que me había dejado el año anterior en Bogotá. "El maestro debe ser un verdadero dador de cariño, comprensión y a la vez corregidor de las actuaciones del alumno para que no trunque su camino".

Nemocón

Yo estaba cansándome, la vida había sido dura para mí, muchas derrotas, ahora diría muchas pruebas. Lucía hizo que mi papá me matriculara en la Normal Rural de Nemocón, esto me causó un medio trauma, yo no quería ser maestra, ya lo había dicho, me gustaba ser abogada, pero tampoco me quería quedar cocinando en casa o en la finca. ¿Cómo entrar a una Normal Rural, si había estado en una superior y en un bachillerato? Con todas esas reflexiones me fui a estudiar.

A cada instante, el tren me llevaba a lugares más distantes de mi Villarrica. Nemocón, un municipio de Cundinamarca, hasta donde el padre Aguilera —dueño de dos colegios: la Normal femenina y el bachillerato de hombres— tenía ruana, era un pueblo de clima frío y muy pequeño. De nuevo, era la única negra.

Llegué pisando fuerte, pues el haber estado en los dos liceos me había dado una profundidad y una superación académica importante. Estoy segura que con un examen en la Secretaría de Educación había pasado mis años; yo reconocía que entendía y sabía de todas las materias, materias que después me sirvieron para explicarles a mis hijos, cuando ellos estaban en el bachillerato y que aún no olvido.

En la Normal, al igual que en Zipaquirá me valoraron y me pusieron en el lugar que me correspondía. Ocupé el cuadro de honor varias veces y me distinguí como buena alumna maestra. La práctica al principio me produjo miedo, pero poco a poco fui cogiéndole el hilo. Las profesoras de la Anexa siempre han sufrido de complejo de superioridad y gozaban dejando a las alumnas por práctica, conmigo no pudieron porque me esmeré en hacer lo mejor. Hubo algo que no me gustó, que fue estudiar psicología y metodología, porque cada día descubría que aunque me pusieran todos los alineamientos, mi sentir era otro y yo hacía lo que sabía me iba a dar resultado y me daba resultado. Me gradué con todos los honores el 22 de noviembre de 1962 y aunque con algo de frustración ese día me sentí maestra.

Viajé en compañía de los Roa a Villarrica, donde me recibieron con una hermosa fiesta y donde me quedé en espera del nombramiento.

A trabajar

Mi primer nombramiento fue en Puerto Tejada en la Concentración de Niñas, pero mi padre no me dejó trabajar allá. Esperé meses hasta que el 25 de julio de 1963, me llegó el nombramiento como profesora nacional del Núcleo Rural de Villarrica, Cauca.

En ese momento, la educación estaba dividida en departamental y nacional. El profesor nacional tenía mejores sueldos y mejores garantías laborales. Me posesioné en Santander de Quilichao y viajé después a Popayán a afiliarme a la caja departamental.

Yo era delgada, muy delgada y alta, pero usaba tacones muy altos, que me hacían lucir elegante. Me presenté al núcleo el lunes 22 de julio, estaban en formación. Mi mayor sorpresa fue encontrarme con alumnos mayores y más acuerpados que yo, quienes al verme dijeron: "Pobrecita esa flaquita, en una semana estará de regreso a su casa". Me presentaron y con voz temblorosa los saludé.

El director era Cecilio Ortiz, a quien a pesar de muerto le dedico con cariño y aprecio las siguientes palabras: "Fue mi gran orientador". Yo salí regularmente preparada para enseñar, ya que solo hice el cuarto de Normal, pero tenía un interés: "Ser la mejor o estar entre los mejores". El primer consejo de mis compañeros fue armarme con una varita o una regla, o una correa, símbolo de mando o autoridad. Recuerdo que había aprendido años atrás que "la letra con sangre entra", algo a lo que tuve miedo y que ahora trataba de imponer. Mis compañeros eran la mayoría departamentales y pertenecían a Asoinca y Aproenca. Cuando llegué me miraron mal, pues no era justo que después de llevar tantos años en el magisterio no habían logrado que se les nombrara profesores nacionales.

Como nacionales estaban:

1. El director Cecilio Ortiz, quien había estado en E.E.U.U y quien sabía mucho del manejo de comunidades y de quien aprendí a decir: vamos, hagamos, etc.
2. El alfabetizador: como su nombre lo indica, encargado de alfabetizar a los adultos en las veredas.
3. El experto agrícola: impartía enseñanzas sobre agricultura y veterinaria.
4. Mejoradora de salud: enseñaba hábitos y costumbres de higiene, también salud alimenticia.
5. Mejoradora de hogar: enseñaba mejoramiento de vivienda, como modistería, decorado, crochet, pero especialmente les enseñaba a utilizar los recursos propios de la región. Así, por ejemplo, con el cincho de plátano hacían individuales, tapetes, etc.; con el fique o cabuya hacían zapateros, bolsos, alfombras, etc.
6. Jefes de talleres: construcción de elementos para mejorar el hogar utilizando los recursos del medio, tales como muebles con guadua, con palos de café, etc.

7. El pagador.
8. Yo, la única maestra nacional.

La jefe de núcleos era doña Flor Ángela Hernández Santofimio, una tolimense de armas tomar, y digo así porque ella estaba pendiente del buen funcionamiento.

El año escolar ya terminaba, yo llegué justo a presentar exámenes después de una semana. Mi primer día de clases fue tremendo, por no decir que espantoso. Me dieron el curso primero, porque según ellos debía tener el mejor profesor en cuanto a preparación. Tuve que prepararlos para el examen final, que en ese tiempo era oral, con jurado calificador y padres de familia para ver y oír a sus hijos salir bien y uno que otro curioso que acá llaman novelero. Pese a mis nervios, todo fue normal, los alumnos se lucieron y yo sabía de años atrás, que se le preguntaba al que más había aprendido, además el núcleo tenía un primero, dos segundos, dos terceros, un cuarto y un quinto y los noveleros no pudieron estar solo en mi salón. Terminamos el año y aprendí a hacer la evaluación, a sacar promedios y a respirar otro ambiente.

En agosto, el director me envío a Popayán a hacer un curso de nutrición y extensión agropecuaria, que dictaban la Universidad del Cauca y el Sena, situación que llenó de inconformidad a mis compañeros, ya que el núcleo tenía mejoradora de salud y experto agrícola, que podían hacerlo ya que su radio de acción era más amplío. Para completar nunca hice la exposición de lo aprendido.

Una de las principales misiones de los núcleos era el mejoramiento pedagógico del maestro y para ello se dictaban cursos constantemente, ya por los supervisores nacionales, departamentales y alfabetizadores, ya con las escuelas satélites o con los núcleos cercanos como el de Caloto y Corinto.

El año escolar se iniciaba en octubre, así es que en septiembre 15 nos citaron a planear el trabajo del año 63-64. Yo me hallaba haciendo el curso de nutrición en Popayán y llegué los primeros días de octubre. Planear era algo desconocido para mí y tuve que hacerlo, porque era obligatorio y primordial en el desarrollo del año escolar. La planeación la hice prácticamente sola, me tocó preguntar casi todo, pues no sabía hacerla. Fue cuando supe que una vez conocido el curso, debía tener el

programa que vendían en las librerías, con éste empezábamos a distribuir los temas después de haber hecho la planeación, que consistía en tener mes por mes, días hábiles, fiestas patrias, fiestas religiosas, izadas de bandera, imprevistos, reuniones, etc. Las matrículas las hacía cada profesor de grupo y el requerimiento era la libreta del año anterior. Una vez organizados estos requisitos, el profesor esperaba a los alumnos el primer día de clases.

El núcleo tenía un material para dictar clases y una biblioteca buena. Allí llegaban las donaciones que daban las embajadas y las entidades como Caja Agraria y fábricas como *Luker*, cigarrillos *Pielroja* o *Sol*.

Yo inicié el año con el grupo tercero, más descansada, pues los alumnos ya sabían leer y escribir. La preparación de las clases había que hacerla el viernes, para dejar que el director le pusiera el visto bueno; el procedimiento a seguir era el siguiente:

1. Ciudad y la fecha
2. Materia
3. Tema — motivación — objetivos
4. Material
5. Método
6. Desarrollo
7. Evaluación

Se usaban los métodos inductivo, deductivo y global. Uno aplicaba el que más resultado diera.

El núcleo tenía un buen presupuesto para materiales como cartulina, hojas de block, lápices, lapiceros, colores, témperas etc., así es que nos tocaba emplear el tiempo haciendo material para enseñar.

Las izadas de bandera se hacían con representación del tema. Cada curso se esmeraba por hacer lo mejor. Siempre se llevaba a cabo los lunes y había que leer el acta anterior, de la que se hacían preguntas alusivas al tema. Los alumnos que izaban la bandera llevaban la insignia tricolor y figuraban en el cuadro de honor hasta la próxima izada.

Diariamente se hacía la formación mañana y tarde y en cada formación se hacían observaciones de comportamiento, aseo, deberes,

derechos, aplicación; por la mañana se hacía revisión de aseo a todo el alumnado, sancionando a quien no estuviera aseado.

- La disciplina y la conducta era sancionada con:
- Llamada de atención
- Baja de disciplina
- Informe al padre
- Suspensión o expulsión

Recuerdo que el método inductivo, como su nombre lo indica era inducir, conducir al alumno a un razonamiento de lo particular a lo general, de las partes al todo, ejemplo: para enseñar la palabra mamá, primero:

1. Motivación, que podía ser un cuadro de una mamá, un canto o un cuento.
2. Se concluía que era la palabra mamá la que se iba a aprender.
3. Una lámina con la palabra mamá.
4. La escritura de cada letra, primero sobre el pupitre o en el aire para coger la forma.
5. Pronunciación del sonido de cada letra y vocal.
6. Pronunciación de la sílaba.
7. Pronunciación de la palabra.
8. Escritura en el tablero y en el cuaderno.

Y luego se seguía el proceso de afianzamiento de lo aprendido.

El método deductivo iba del todo a las partes. Pero el que más apliqué, fue el método global. La escritura era script y manuscrita, se hacían planas donde se resaltaban normas de conducta, religiosas, patrióticas. El núcleo para mí fue una Normal, allí aprendí lo que no pude en Nemocón. En dos cursos que se dictaban y que me sirvieron para mejorar especialmente en ayudas educativas, aprendí a elaborar: Carteleras, periódico mural, carteles, tarjetero, diccionario del aula o mural, televisor, mapas con cuadrícula, mapas en alto relieve y las motivaciones a base de cuentos, cantos, juegos, etc.

Los libros reglamentarios eran: preparador, parcelador, observador del alumno, registro de asistencia, libro anotador diario.

El maestro siempre ha sido tomado como guía, orientador. En una guía que hablaba de las materias encontré: Matemáticas, ¿por qué aprende el niño matemáticas? La matemática es una ciencia, que el ser humano, ya sea niño o adulto necesita para facilitar la solución de los problemas que surgen en la vida. ¿Cómo y cuándo se efectúa el proceso enseñanza-aprendizaje?

1. Cuando el niño participa activamente de todas las actividades matemáticas.
2. El conocimiento matemático debe estar adaptado al niño y al medio.
3. Aprender en forma razonada. Como el principal objetivo del núcleo es la proyección hacia la comunidad, los profesores teníamos como obligación ir a las reuniones de la junta de acción comunal, de las que aprendí a hablar en público y participar de las actividades de Villarrica. La vida espiritual o religiosa era importante en los alumnos o mejor digamos obligatoria, los alumnos debían ir a misa los domingos con uniforme y permanecer en formación. Terminada la Santa Misa debía llamar a lista y quien no asistiera, al día siguiente era castigado.

Los profesores vivíamos en el núcleo, era un internado para los profesores, no importaba que yo viviera en el mismo lugar; este internado era tan estricto como los que tuve que soportar en época de estudio. Los profesores no podíamos llegar después de las 10:00 p.m., no podíamos ser novios entre compañeros, además el profesor debía ser modelo de virtudes, por tal motivo quien saliera en embarazo sin casarse era destituido inmediatamente. Si se enteraban que eran novios entre compañeros se trasladaban o los destituían.

La alimentación era buena, el núcleo tenía economía para velar por la alimentación. El horario de comidas era estricto, el llegar tarde implicaba quedarse sin comida. Los núcleos fueron una de tantas instituciones que tuvieron la suerte de estar favorecidas por el Programa CARE de los Estados Unidos, que enviaban alimentos para el sostenimiento del restaurante para alumnos de las veredas. Enviaban queso amarillo, harina, manteca y leche en cantidades alarmantes. Esto durante el gobierno del presidente Kennedy. Enviaban además implementos de deportes, sábanas, toallas, etc. Por consiguiente, los

alumnos almorzaban en el núcleo y el costo era creo diez centavos —no me acuerdo para qué los utilizaban—.

Al alumno se le valoraba y pese a que se andaba con la varita se vivía un ambiente de amistad con ellos. La disciplina se calificaba en reunión de profesores, a donde se llevaba el observador del alumno. Pese a la edad de algunos alumnos, la conducta era buena, pues se podían dominar y la falta que se cometiera era sancionada. Las fiestas patrias se celebraban con pompa, por ejemplo: el Día del Árbol o el Día de la Raza, se hacía un desfile, donde cada dueño de casa debía sembrar un árbol. Las calificaciones se hacían de uno a cinco. En ocasiones, al alumno de cursos superiores, de cuarto y quinto, se les pedía que ellos mismos se autocalificaran conducta y disciplina.

Fue un gran comienzo para mí. El ganar dinero y pertenecer a una posición asalariada me hicieron sentir grande y pensar en superarme más y más. Entre otras cosas Villarrica solo tenía tres maestras: la señorita Imelda Ballesteros, Leovigilda Lerma mi prima y yo. Les conté que el núcleo estaba bien organizado en cuanto a trabajo, aulas y comunidad.

Aprendí mediante capacitación a correlacionar materias. Fue una gran experiencia para mí. El trabajo se hacía basado en problemas:

Presentación

Se daban orientaciones relacionadas con la forma como alumnos y maestros realizarían las actividades diarias. Se tomaba como base los estudios sociales, por ser los que más directamente atañen a la vida del individuo. En los planes de clase se tenía en cuenta como objetivo general, la adquisición de hábitos, actitudes, destrezas, habilidades y conceptos en matemáticas y lenguaje. Religión, educación física y parte de ciencias naturales necesitaban también horas especiales, por eso no se incluían en el estudio del problema.

Organización del trabajo

Del programa de estudios sociales se tomaba un aspecto general que constituyera el problema principal. De éste se desprendían problemas secundarios, que conducían al desarrollo total del programa. Se organizaban por equipos y se desarrollaban en varios días. Los temas guardaban relación entre sí y con el problema secundario.

En cada día aparecían numeradas las diferentes áreas. La numeración indicaba el orden que se debía seguir en el trabajo. La guía requería adaptación al medio regional, intereses, necesidades de sus alumnos y condiciones de la escuela. Iniciativa: utilizar los recursos del medio.

Ejemplo de correlación

Problema Principal
¿Cómo es el lugar donde vivimos?

Problemas secundarios:
1. ¿Cómo son nuestros hogares?
2. ¿Qué es una familia?
3. ¿Qué necesitamos para vivir?
4. ¿Cómo es nuestra escuela?
5. ¿Cómo está situada nuestra escuela en relación con nuestros hogares?
6. ¿Qué personas de la comunidad nos ayudan a vivir mejor?
7. ¿Cómo manifestamos nuestro amor a la patria?

Teníamos también un plan diario de clases así:
- Fecha.
- Actividades de la mañana:

1. Limpieza de los pupitres y tableros.
2. Oración.

Primera clase: Lenguaje:
1. Presentación de los niños y del maestro.
2. Conversación a cerca de los hermanos, amigos y familiares.
3. Conversación acerca de la escuela y del aula.
   ¿Para qué nos sirve?
   ¿Cómo debemos mantenerla?
   ¿Cómo debemos arreglarla?

Segunda clase: Juegos organizados
- Realizar con los niños juegos que conozcan.

Tercera clase: Educación estética y manual
- Arreglo del aula.

Cuarta clase: Aritmética
- Ejercicio de comprobación de los conocimientos en matemáticas.
- Tarde.

Estudio del problema: ¿Cómo son nuestros hogares?

Relacionar este estudio con las actividades de las clases de la mañana.

Evaluación y planeación.

Toda materia relacionada, debía lograr objetivos específicos al estudiar el problema secundario.

Evaluación

Debía ser hecha por el alumno para que le permitieran:

1. Analizar otras formas de trabajo para obtener mejor rendimiento.
2. Valorar el tiempo.
3. Apreciar la participación del alumno en la actividad del grupo.
4. Apreciar la calidad de los conocimientos adquiridos y su aprendizaje.
5. Sentir la necesidad de continuar las actividades.
6. Planear el trabajo del día siguiente.

Planeación

Cada día, alumno y maestro planeaban su trabajo, teniendo en cuenta los intereses del niño y actividades que ellos podían realizar con los recursos del medio. La planeación permite que el niño se interesen por los temas venideros, conozca algunos medios necesarios para alcanzarlos y les enseñe a organizar su trabajo de manera significativa.

En ocasiones la planeación era difícil hacerla con los alumnos. Esta fue una experiencia al principio muy difícil, pero después muy enriquecedora, porque nos vuelve:

1. Creativos.
2. La comunicación entre maestro y alumno es mayor, no es solo el sentir y pensar del maestro, sino el sentir y el pensar del alumno y en ocasiones padres de familia.
3. Se aprovechan y valoran los recursos del medio.
4. El alumno se vuelve investigativo.
5. Aprende a convivir en grupos grandes y pequeños.

Mi sueldo lo empleaba en comprar cosas para mí, hasta cuando vi la necesidad de construir una casa de material. Por eso le propuse a

mi padre ayudarle y la construimos bien hermosa de fachada y muy grande. Ya mis hermanos, de quienes no les había hablado por ser tan menores que yo y que se llaman: Enerly, Amanda, Ernesto y Aida Lorenza, estaban grandes y empezaron a disfrutar de mi sueldo, pues mi papá les compraba y yo también.

Recuerdo que un diciembre, cuando terminaba de poner el piso, llegué con mi radiola *McSilver*; sentí una felicidad inmensa, porque la casa era de todos, pero la radio la había comprado con la prima de Navidad. Organizamos tremenda rumba con mis familiares, así es que cada mes compraba discos de *La Sonora*.

Qué tiempos aquellos. Qué lejos estaba de pensar que el magisterio me iba a traer tanta satisfacción. Ser maestra significó para mí: progreso, libertad, unidad, convivencia, creatividad, amor y tantas cosas agradables.

Pese a que unas profesoras me frustraron, nunca sentí odio, ni rabia con ningún alumno, al contrario, mi política era que una maestra debía ser amiga del alumno, guiarlo, orientarlo y hacer que salga adelante. Definitivamente el núcleo marcó una nueva etapa en mi vida y estoy segura que el amar que siento por mi profesión, la entrega, se la debo a Dios y al profesor Cecilio Ortíz y a mis padres que siempre me apoyaron. En Villarrica estuve cinco años. Con el director Ortíz solo estuve un año, pues lo trasladaron a otro núcleo. Después llegaron otros directores, que no se distinguieron como él, pero que en una y otra forma contribuyeron al adelanto de la educación de esa región.

Mi traslado a Santa Isabel

Un desafortunado incidente con la directora y la supervisora de educación nacional, porque yo no quise llevar agua a la pieza, me ocasionó el traslado a Santa Isabel, Tolima. El 17 de julio de 1967 fue el día de mi traslado y me posesioné el 31 de julio con retroactividad al 6 de junio del mismo año. Yo era soltera con una buena solvencia económica, al principio no quería irme, pero mis padres me aconsejaron que me fuera y así lo hice. Cuando llegué a Santa Isabel casi me muero. Era un pueblito en un cerro y de un clima excesivamente frío. Del pueblo al núcleo había dos horas de camino en mula o a caballo, pues la única

chiva subía cada ocho días, siempre los sábados y cuando no hubiera llovido mucho. Me monté en mi burro y me fui al núcleo con el mayordomo que había salido a encontrarme. Me hicieron una excelente bienvenida, yo siempre he dicho que: "Los cambios son necesarios en algunas ocasiones", y muchas veces lo que se considera un castigo, resulta para uno un premio.

Doña Flor Ángela tenía muy buenas referencias de mí, sobre trabajo y conducta y eso lo había comunicado al director. Me dieron el curso quinto, que lo consideré excelente; eran niños campesinos con un gran deseo de superación.

En esta época había rasgos de violencia. Los pobladores de Santa Isabel, cuna de sangre negra o radio de acción de ésta, aunque temerosos, eran gentes cariñosas y buenas. Allí empecé a amar al Tolima, a conocer y aprender sus costumbres, a despertarme con las hermosas canciones de Garzón y Collazos, Silva y Villalba, Jorge Villamil, etc. Aprendí a querer más a Colombia, porque desde niña había aprendido: "Colombia patria mía, te llevo con amor en mi corazón..", aprendí a sentirla más y llevarla dentro de mí, sentimiento que fui trasmitiendo a mis alumnos y que a la vez ellos me transmitieron. Me dio la impresión de que el tolimense sentía mucho el amor de patria.

Santa Isabel influyó notablemente en mi desarrollo como maestra. La esposa del director, profesora también y con mucho espíritu de trabajo o vocación se dedicaba a hacer que el núcleo estuviera bien académicamente, así es que se hacían todas las actividades que se planeaban, entra ellas el centro literario y las izadas de bandera. Yo aprendí de ella, porque siempre he dicho que las oportunidades no se deben desaprovechar, además, allí no había oportunidad de hacer cursos de capacitación por la distancia, razón por la cual ponía cuidado a todo lo que podía aprender. A cambio de sus orientaciones, yo les enseñe a correlacionar las materias.

El director era una persona cariñosa, que se hacía querer y le gustaba que conociéramos los otros núcleos. Nos llevó a conocer Ambalema, un núcleo grandísimo y con cultivo de algodón extenso y el de Murillo. Al año y medio de estar allí, recibí orden de traslado para el Núcleo Olaya Herrera del Tolima. Olaya Herrera, era una zona roja, perteneciente a

Ortega y como los otros núcleos, estaba alejado de la cabecera municipal, entraban carros cada ocho días, era carretera plana y destapada. El traslado fue el 4 de febrero de 1968.

Como siempre, era la única negra pero fui bien recibida. Estaba de director el señor Alfonso Blandón, quien era casado. Olaya era una vereda que tenía una iglesia, más no era parroquia, unas casitas de bareque y zinc o pajizas, de una pobreza extrema, con inspector, policía, parquecito, tienditas, billar y una rocola, prototipo de las pueblos del Tolima. La luz eléctrica la surtía una planta que apagaban de 9:00 a 10:00 p.m. Los alumnos, buenos muchachos, entre ellos los alumnos de apellido Alape, a quienes recuerdo por su humildad.

En Santa Isabel aprendí a organizar el centro literario y a la vez aprendí a desenvolverme más en mi profesión, tenía don de mando a pesar de que siempre me distinguí como una persona cariñosa y comprensiva. Así es que organicé el centro literario y fue todo un éxito, porque los profesores al darles a cada curso una tarea para desarrollar, se vieron en la necesidad de participar, porque había que rendir informe de la comisión y no querían quedar mal.

Organicé las izadas de bandera haciendo representaciones de temas históricos, esto fue competitivo tanto en la representación, como en los cursos que tuvieron mayor número de alumnos que izaran la bandera. Conocí la televisión educativa de la que aprendí mucho, pero para los alumnos no era gran cosa. Mi madre tenía un lago con lotos y en unas vacaciones llevé lotos para un lago que había allá, así es que el núcleo quedó hermoso. Fue un año de mucha satisfacción y fue tanta, que en una fiesta patronal conocí al comandante de una base que tenía ejército en Guaymaral, perteneciente a Chaparral. Fue tal el flechazo que el 28 de diciembre de 1968 contraje matrimonio en Cali. La fiesta la hicimos en Villarrica, las vacaciones finales eran en noviembre, así es que yo viajé a casa para hacer los preparativos de la boda. Me casé y me fui a vivir a Ibagué a una casa fiscal. En enero de 1969 debíamos presentarnos los profesores a organizar el plan de trabajo y en los primeros días de febrero. Doña Flor Ángela me trasladó al Núcleo de Altosano el 4 de febrero de 1969, porque le habían informado de mi voluntad de trabajo. Altosano pertenece a Ortega, pero aunque más cerca del pueblo, el caserío se limitaba a unas pocas casas y mucho

monte. Cuando me presenté al núcleo no había curso para asignarme, situación que me produjo malestar y a lo último me obligó a renunciar. Yo le presenté mi carta de renuncia el 28 de febrero de 1969 a Doña Flor Ángela, me pidió que lo pensara, pero no lo consideré otra vez y me fui a Ibagué.

Mi trabajo lo realicé en cinco años y medio, donde al final me di cuenta que dentro de mí, en lo más profundo había no algo sino un océano de maestra. Y lo digo, porque yo me emocionaba en mis clases, recurría a todo —dibujos, cuentos, dinámicas, juegos—, con tal de que los alumnos me entendieran y no se aburrieran. Mi cuerpo se movía cuando hacía las explicaciones, la varita todavía estaba en mi mano derecha, pero como un bastón de mando más no como señal de tortura, porque no la utilizaba. Siempre alentaba al alumno para que siguiera adelante, aunque fui estricta, porque de lo contrario hubiera fracasado. Yo me atrevo a creer que los fracasos que tuve en Bogotá y Zipaquirá me llevaron a sentirme maestra, de lo que me siento orgullosa. Entonces comprendí que al maestro no lo hacen solo los tratados de los psicólogos, ni de los pedagogos, hay también una dosis de amor, compromiso y mucho más.

Otro episodio

Cuando regresé a Ibagué me di cuenta de que todo había cambiado, yo estaba casada, sin empleo y lo confieso, me arrepentí. Sin embargo, me fui a la Secretaría de Educación pero no conseguí nada. Yo estaba en embarazo y no insistí en trabajar. Me casé con un blanco pese a los problemas que tuve en Bogotá, porque el amor es ciego y este problema en algunas ocasiones se me trataba de presentar con las señoras de los suboficiales, que trataban de opacarme, pero cuando les decía mi profesión y me oían hablar o dirigir cambiaban de parecer.

En Ibagué estuve hasta el 12 de octubre, fecha en que me fui a la casa de mis padres a esperar el nacimiento de mi hijo y a tratar de organizarnos solos sin los familiares de mi esposo.

El 6 de noviembre de 1969, nació nuestro primer hijo, a quien le pusimos de nombre José Gilberto, igual que el nombre del papá. Un año después, el 6 de noviembre de 1970, nacía en Popayán Óscar

Fernando. Me preguntarán: "¿Y la píldora qué?". Le tenía pavor, los sacerdotes todavía influían en las conducta de los feligreses y condenaban la píldora, se hablaba de excomunión, maldición, que eso era matar a un niño y miles de cosas más que influyeron para que no la tomara, además decían que producía dolor de cabeza y gordura y le tenía pavor a ser gorda.

Cuando Óscar nació ya vivíamos en Popayán de arriendo en un apartamento; cada vez el trabajo se esfumaba más. En marzo de 1971, tuvimos la dicha de sacar casa en una urbanización llamada Llano Largo-Santa Elena, en la carrera 27a No. 5-43. Mi esposo, a quien cariñosamente le decimos Gilbert, estaba en Cali controlando una revuelta provocada por los estudiantes de la Univalle. Mi padre vino a ayudarme a hacer el trasteo. El 26 de marzo de 1972 nació en Popayán Carlos Alberto, mi tercer hijo. Nuestra situación económica era solvente, además teníamos ayuda de mi padre, que nos enviaba mercado cada ocho días, el sábado y en vacaciones se llevaba los niños y los mandaba con ropa, zapatos, etc.

El 23 de marzo de 1973, nació Freddy Mauricio con problemas, pues tuve un parto post maduro y el niño nació afectado de la piel, diarrea crónica, etc. En septiembre trasladaron a mi esposo para Neiva y nos tuvimos que ir, arrendamos la casa, pero nos tocó dejar a Mauro con mi madre en Villarrica, hasta cuando la piel se le restableciera.

Muy pronto quedé embarazada de Yesid Ernesto, quien nació en Neiva el 5 de julio de 1975. Yo logré conseguir empleo en un colegio privado de primaria, donde me tocó el curso quinto. Trabajar en colegios privados es bueno y no bueno. Bueno porque se relaciona con gente de clase media alta o alta y mala porque el sueldo no alcanza para comprar los lujos que se gastan a diario y el trabajo muchas veces no tiene límites. De todas maneras fue gratificante, les enseñé a hacer carteleras, un periódico mural y una serie de actividades que no sabían y libros reglamentarios que no usaban. Desafortunadamente me tocó irme a Popayán, ya que Gilbert estaba en espera de la jubilación y yo en espera de mi sexto hijo, que quería tener en Popayán. Olvide decir que durante mi estadía en Neiva, hice un curso de inglés por niveles en la Universidad Surcolombiana Itusco. Curso que me serviría después para mi licenciatura.

Popayán, la ciudad de las calles silenciosas

En enero viajamos a Popayán de nuevo, me sentía feliz, porque estaba cerca de los míos y en lo mío, mi casa. Llegamos a la casa de Fabriciana mientras nos desocupaban la nuestra y le hacíamos unos arreglos.

La jubilación de Gilbert demoró y mi niña nació el 30 de abril de 1977 en Popayán. Por fin una niña, qué felicidad. Aunque yo era feliz con mis hijos hombres, tuve en mi vientre a cinco y crié a uno que nació en Villarrica antes de que mis hijos nacieran y que se llamaba Holmes Arcelio, quien me acompañó por muchos años.

Gilbert por fin salió jubilado y muy joven, esa es la ventaja del ejército. Antes de irme a Neiva yo había validado el quinto de bachillerato, porque pensaba en estudiar derecho. Cuando regresé, una amiga, Cecilia Carvajal de Montero, me convenció que validara, pero yo no quería, un día llegó con el recibo de pago de matrícula y me fui a estudiar al nocturno del José María Carbonell y allí me gradué.

Hay algo que quiero hacer resaltar, o no sé si las historias se repiten. Holmes y José entraron a estudiar al Colegio San Francisco de Asís y mi hijo José fue expulsado del colegio, porque él a cada instante tocaba con las manos algún ritmo de una canción, lo paraban al frente, al lado del tablero y cuando menos pensaba volvía a tocar. El colegio tenía un coordinador, y un jefe de disciplina muy estrictos, los alumnos debían llevar diariamente un carnet que se perforaba si no hacían las tareas, si se comportaban mal etc., todo era perforar el carnet. Lo cierto es que mi hijo fue expulsado por tocar música con las manos sobre algún objeto. Lo admirable de esto es que no se llevó a cabo el proceso disciplinario, como llamar a los padres, entre otros, sino que me di cuenta por una nota. Mi hijo tenía escasos siete años, había sido humillado varias veces. Le tenía pánico a los profesores, casi me enloquece porque se volvió disipado y miedoso.

Una amiga dueña de un colegio privado y a quien ya mencioné, porque me matriculó para validar el bachillerato, Cecilia, al darse cuenta del problema me insinuó que lo metiera a su colegio y gracias a Dios logró superar durante esos años, algo del trauma que le dejó el colegio. Pero fueron tantos los traumas, que Chepe, cuando terminó el quinto donde Chila, pasó a primero de bachillerato y tuvo que repetir cuatro

primeros, porque se moría de nervios cuando veía un profesor, pese a los tratamientos psicológicos que le hicimos. Cuando empecé a hacer mi licenciatura, él se fue animando y logró terminar su bachillerato.

De nuevo veía al maestro castrador en el proceso educativo de los niños. Y la pedagogía que tanto se pregona. Años más tarde, después de haberlo expulsado, perteneció al grupo *Aires de Pubenza* de Popayán y en Villarrica perteneció al grupo *Changó* y dirigió varios grupos. Chepe es experto tocando tambora, bangó, etc., pero lo que más admiro es su manera elegante y rítmica de bailar.

A mi Colegio José María Carbonell

Del insigne patriota
Heredaste tu nombre
Un varón noble y bueno
De grandiosa humildad.

Hoy cumples ya dos lustros
Por tus claustros han pasado
Alumnos pobres que sin vanidad
Su título ha logrado conquistar
Carbonell: tú que viviste
Con el ánimo pleno
En tu patria, la educación fomentar.

Hoy tus hijos te rinden con orgullo sincero
El saber que anhelante
Supiste implantar.

A mi bandera

Te he visto ondear: risueña, triste
Como un niño, a veces como un adulto.
Te he visto ondear en todas partes
En los rincones y balcones del mundo
Y te he visto tan altiva y tan radiante
que he querido en ese instante
convertir en mis brazos en bandera
y con orgullo llevarte por doquiera
como el mejor galardón.
¡Oh mi estandarte!

Carta a Yesid:

Querido hijo:

Primero que todo, quiero saludarte con un abrazo fuerte en señal de mi amor y mi deseo ferviente por tu bienestar espiritual y corporal.

Hoy es primer viernes del mes, un día dedicado a Nuestro Señor y hoy precisamente coincidió con la convivencia, espero que hayas disfrutado, recapacitado, reflexionado, aprendido muchas cosas, que tu horizonte se haya despejado aún más y que hayas recordado que los valores en todos y cada uno de los seres humanos son los que los hacen grandes y ver a nuestros semejantes con toda humildad, bondad.

Qué no quisiera decirte, te he dicho tantas cosas, te he enseñado tanto, pero lo que más quiero de ti es tu confianza en mí, no te alejes, porque te llamé la atención o porque sospeché algo de ti, óyeme, y con humildad y claridad hazme ver que estoy equivocada. Si lo estoy, quiero que camines tomado de mi mano siempre, no importa el rango que ocupes, recuerda que soy tu madre y que lo tuyo me preocupa, que estoy en capacidad de ayudarte a solucionar tus problemas, pero no te alejes, no calles, no ocultes, así solo aumentarás tus penas.

Cuídate, la vida es un largo camino, una larga batalla, donde gana el que con la espada de la inteligencia, la fe en Dios, la constancia, vence todos los obstáculos que se le presentaron y no desvíes el camino y si llegaras a hacerlo, estira tu mano hacia Dios, implóralo con fe, que Él enviará a sus ángeles a que te lleven por el verdadero camino.

Sabes que te quiero, tú significas mucho para mí.

Dios te bendiga.

Besos, Mamá.

Lástima que no tuve nunca oportunidad de mostrarle a esos maestros lo que era mi hijo.

A la Universidad del Cauca

Una vez terminé el bachillerato y después de haber sacado unas pruebas del ICFES, que me aseguraban el paso a la carrera que siempre había soñado, me presenté a la universidad, pero el horario que prácticamente era todo el día, me impidió la entrada. Adiós ilusiones, adiós derecho y esta vez para siempre. Pues yo tenía seis hijos pequeños unos y todos estudiando.

Sin embargo, gracias a Dios que nos guió en la crianza de ellos, pues les enseñamos a hacer oficio, a colaborar en el arreglo de la casa, a la preparación de la comida, a peinar a la hermanita, etc., situación que me sirvió de gran ayuda. Gilbert había sido militar, pero muy sencillo y muy colaborador, así es que el fue mi punto de apoyo. Mi padre había muerto y yo no tenía ya la ayuda económica que me daba. Nosotros nos unimos y empecé.

Me tocó un horario por la tarde y la noche, salía a la 1:00 p.m. y había veces que llegaba a las 9:00 p.m. Pero todos los días encontré mi comida caliente y la espera de todos con la expectativa de cómo me iba. Fue duro para mí, una época de sacrificio y de entrega. Por la mañana me tocaba levantarme y dejar hecho casi todo o llegar por la noche y terminar de hacer, esto en cuanto a la lavada o la revisión de tareas de los muchachos, que no descuidé.

La universidad fue una hermosa época. Estudiar en mi edad con un grupo de sardinas, en una época tan diferente a la que yo estudié, me hizo sentir niña y muy adulta a la vez, son esos contrastes que nos llevan a profundizar más en la vida, en el comportamiento de los adolescentes, yo me atrevo a decir que fue una época inolvidable, que llegó con la época de la menopausia o época de libertad para las mujeres, sin hablar de libertad libre, sino de libertad física si se puede decir así. Además, como madre descubrí y conocí las facetas de los adolescentes, espejo para guiar a mis hijos que iniciaban su adolescencia. Las sardinas y sardinos nos querían a las tres cuarentonas que habíamos y quienes no nos dejamos poner la pata en nada, porque fuimos muy aplicadas. Nos tocaba hasta pedirles permiso en sus casas para ir a las fiestas y entregarles después de puerta a puerta. Los profesores fueron increíbles, sin ser tiranos; en su mayoría gente con gran calidad humana.

Me llamó la atención, porque pensé que el estudio del inglés se hacía con traducción simultánea, pero no fue así. Yo creo que a uno le dan bases para seguir el camino solo, pero lo demás corre por cuenta de cada uno. Vimos español, estadística, literatura, sociología, psicología, talleres entre otras, pero pese a todo, aprendí algo y me sentí bien.

El estudio fue difícil y largo. Nosotros sufrimos las inclemencias del terremoto, así es que nuestra carrera se alargó un semestre más y tuvimos que estudiar un tiempo en la Escuela Industrial, porque la Unicauca sufrió averías.

En la Universidad del Cauca haciendo la licenciatura de Inglés-español

Me gustó la literatura y me dediqué a leer y comprar obras, que hasta Bogotá mandé a conseguir. Me gustaba la literatura y me gustaba leer y me gustaba tener mi biblioteca y lo logré, pues llegué a tener estanterías en dos paredes de la biblioteca, un mapamundi, una bandera y un escritorio hermoso, que me regalaron mis hijos y mi marido de cumpleaños.

El estudio de inglés había creado en mí otras expectativas y algunas falencias que poco a poco he ido superando. La práctica la hicimos en un bachillerato nocturno, pero no llegó a impactarme. Sin embargo, hice otro semestre de práctica en el Colegio San Agustín, en donde fue excelente el nivel académico de las alumnas, provocaba estar en clase con alumnas que investigaban, leían y se preocupaban por superarse cada día más. Esos alumnos hacen mover al maestro.

La universidad le deja al alumno profundas inquietudes que se deben resolver con el paso de los días y años en la práctica y en cursos de capacitación, que ésta misma dicta. De nuevo me sentí maestra, pero a diferencia de los años anteriores, esta vez era licenciada en lenguas modernas. Pese a que yo me sentí satisfecha por la preparación recibida y adquirida, a las universidades les falta algo, no sé si profundizar más en cuanto a la pedagogía o en cuanto al desenvolvimiento del alumno en la realidad. Porque si yo, que había trabajado en primaria y bachillerato me sentí por un tiempo maniatada, ¿cómo serían mis compañeras que apenas habían hecho su bachillerato? Yo

reconozco que en ocasiones el maestro no nace sino que se hace, pero es bueno que se le presente la realidad al alumno.

El seminario para optar el título de licenciadas en lenguas modernas lo hicimos nueve compañeras, a quienes no tocó la experimentación y práctica en primaria y bachillerato, dirigidas por el profesor Jorge Orozco, un gran maestro de español y quien había trabajado en bachillerato y Félix Gonzalo Calderón.

Tomamos el problema: una propuesta metodológica para la enseñanza del español y la literatura, para diagnosticar el estado en que se encontraba la enseñanza del español y la literatura en el departamento del Cauca. Este trabajo de diagnóstico se realizó a través de cuestionarios que se entregaron a rectores, profesores y alumnos de sexto, séptimo, octavo, noveno, décimo y undécimo nivel, en la mayoría de los colegios de bachillerato del departamento del Cauca y reveló fallas en la metodología de la enseñanza de estas materias, ya que los profesores transmiten solo contenidos, sin permitir que los alumnos tomen parte activa en la adquisición de los conocimientos, limitando su creatividad y desconociendo la realidad social que vive la región, el país y el mundo. Además de los problemas de tipo metodológico, el diagnóstico, permite detectar desaciertos en la utilización de los recursos, consulta de textos, criterios de selección, aprovechamiento de la creatividad de los alumnos, escasa producción intelectual en el campo del español y la literatura. Como posible determinante de estas fallas se mencionan los recursos deficientes de que disponen las diferentes instituciones.

El diagnóstico duró diez meses, e inmediatamente se elaboraron las guías didácticas con los siguientes objetivos:

1. Los talleres serían una posible solución a los problemas metodológicos en la enseñanza del español y la literatura.
2. Hacer de la enseñanza del español y la literatura —por medio de talleres— una experiencia funcional práctica.
3. Promover por medio de las guías, la enseñanza del español y la literatura para que el estudiante pueda llegar a formular sus propios juicios críticos de la realidad económica, social, cultural y política que lo rodea.

4. Lograr por medio de las guías la motivación y desarrollo de las capacidades creativas de los estudiantes.
5. Lograr que el alumno mediante las guías se ejercite en diferentes formas de trabajo como consultas, intervenciones, críticas, opiniones y técnicas de trabajo.
6. Los talleres implicarían un continuo trabajo bidireccional (profesor-alumno) encaminados a lograr el propósito que especifica cada taller.
7. La evaluación debe ser hecha en forma progresiva para el alumno, el profesor y el proceso de aprendizaje realizada en forma parcial o total al finalizar cada taller.

La metodología propuesta fue la de taller, que agiliza el aprendizaje práctico de la morfosintaxis, fonética, semántica y la literatura. El seminario resultó interesante y ganamos aplausos, pero creo que para mí lo más importante fue que aprendí a trabajar las guías, mis inseparables compañeras en el diario enseñar. Una guía es para mí, "Una luz, un camino, son una inquietas mariposas que van de flor en flor distribuyendo el polen para aportar en la fecundación del saber".

En busca de empleo

Yo sabía que ser licenciada le aportaba a uno una mejor preparación, un mejor sueldo y ascensos en el escalafón. Pero yo me gradué en una época donde los profesores éramos muchos, las universidades empezaron a sacar licenciados a diestra y siniestra y, por consiguiente, empezaron a escasear los puestos, aunque se oía decir que había déficit de profesores.

Traté de que me tocara en Popayán, lugar donde vivía hacía 25 años, pero no fue posible, primero porque los puestos los politizaron y, por consiguiente, se necesitaba tener padrino o palanca según el partido de turno. Segundo en Popayán han sido sectarios y fue difícil mi nombramiento allá. Y en tercer lugar, yo era ya cuarentona y las viejitas hay que mandarlas a donde sea, a cambio de las sardinas que sí deben estar en la ciudad.

Yo tenía a un familiar vinculado a la Secretaría de Educación, pero no logré que me ayudara mucho en el nombramiento. Me tocó luchar

15 días enteros en la Secretaría de Educación sometida a los desplantes y prepotencia del secretario de educación, que muchas veces habiendo sido maestros, se crecen y se olvidan de las penalidades que han sufrido.

A los 15 días, con los pies que ya no eran míos y con algo de sinsabor, me dijeron: "Tenemos una plaza en Guachené, usted escoja si se va o no, si la desprecia se queda sin empleo, porque en el momento no hay nada más, además allá usted puede ir porque son de su misma raza".

Me fui a casa y se forma la de Troya, unos que sí, otros que no. Mi familia estaba conformada por seis hijos y mi marido; mis hijos estaban en primaria y bachillerato, solo Holmes estaba en Palmira en la universidad. Gilbert se disgustó y me dijo que él no permitía que yo me fuera, pero yo estaba en los cuarenta años, si despreciaba esa oportunidad sabía que me quedaría por fuera. Además tenía dos interrogantes, primero, mis hijos estaban grandes, eran unos adolescentes y la situación económica empezaba a apretarse. ¿Qué haría Gilbert solo? Además no quería por nada del mundo que se quedaran sin estudio por falta de recursos económicos, segundo, yo no podía estar solo pendiente de la ayuda que me dieran o me quisieran dar mis hijos cuando estuviera anciana y la única seguridad para tener lo mío era jubilándome y gozar de mi jubilación. De lo contrario, ¿me podrán ellos ayudar siempre? Me preguntaba.

Nuestro hogar era y ha sido hermoso, hemos vivido en continua comunicación, unión, armonía, pero me tocó escoger y le pedí a Dios que con su Santo Espíritu me iluminara y al otro día les dije: "Me voy". Lloramos hasta decir no más. Carlos, mi hijo, se vino conmigo y Óscar organizó viaje a los pocos días. Mi corazón lloró, dice la canción, pero ya estaba decidido, mi marido quedó sumido en una profunda tristeza y rabia a la vez, pero más tristes quedaron mis hijos, Yesid y Gabby, quienes tenían diez y ocho años respectivamente.

Guachené

El nombramiento me salió el 9 de septiembre de 1987 como profesora catedrática, otra modalidad de nombramientos que había sacado el estado para evitar una serie de compromisos laborales. El catedrático

se le nombraba para trabajar por horas y a un precio mínimo, sin garantías de volverlo a recibir el próximo año.

Viajé con mi hijo Carlos Alberto, yo no conocía Guachené, pese a estar relativamente cerca de Villarrica. Cogimos en Puerto Tejada un carro chiva y nos tocó enfrentarnos a un tierrero espantoso. Para mí no era desconocido andar en carreteras destapadas y sufrir esa lluvia de polvo que se produce en verano. Motivo por el cual, mi cabello cuando llegué, no estaba tan empolvado, porque sabía que al guardar la plata debo guardar la pañoleta. Desafortunadamente salimos cuando el personal había salido de clase.

A mí me nombraron para dictar 18 horas de la cuales solo nueve correspondían a inglés, mi especialidad, las otras a dibujo, o sea costura o relleno como lo llamaban. Al otro día llegué y encontré entre los profesores a un exalumno de Villarrica dictando inglés, las ironías de la vida.

Los profesores eran departamentales, de tiempo completo y habían nombrado a cinco profesores conmigo como catedráticos. Empezaba la discriminación, porque ellos nos veían como catedráticos. Mi impresión no fue la mejor, ya que ese día hubo una reunión que me dejó dudando de las relaciones entre ellos.

Antes de la reunión, la señora directora a quien conocía de nombre porque había trabajado en Villarrica, me presentó a los alumnos de sexto, con quienes tenía clases. Eran alumnos pequeños, yo diría que humildes con ese carisma que presenta el niño de campo.

La planta física del colegio era relativamente pequeña, le faltaban salones, tenía un aula múltiple, una biblioteca funcional y una sala de profesores amplia. La batería sanitaria era insuficiente para el número de alumnos que tenía la sola jornada, faltaban canchas deportivas, arborización, tenía local para laboratorio pero sin elementos, escaso material didáctico y una serie de factores que impedían el buen funcionamiento del colegio. El colegio tenía los grados sexto A, B, C, y D, séptimo B, octavo A y B, noveno, décimo y once. Con déficit en pupitres para los alumnos y además pupitres bipersonales, algunos en mal estado, a eso se unía el elevado número de alumnos especialmente en primero a sexto, motivo que hacía más difícil la enseñanza. El profesorado en

su mayoría era licenciado y los otros estaban en la universidad. El personal administrativo estaba formado por la directora, la contadora y dos secretarias, tenía dos vigilantes y dos aseadoras. Tenía además una tienda escolar que no suplía las necesidades del estudiantado y los profesores desayunaban donde una señora Ana Delfa.

El inglés no sentía temor dictarlo, porque hice una buena práctica dictando cursos para alumnos que tenían que habilitar en Popayán, pero lo que me preocupaba era el dibujo, ya que no sabía nada, aunque en Bogotá vi dibujo arquitectónico en la Antonia Santos, además sentía gusto por éste, pero tenía un gran impedimento, mis ojos; yo uso gafas por miopía muy avanzada. Sin embargo me dije, si el hombre se atrevió a ir a la luna, ¿por qué María Elfa no se atreve a dictar dibujo?, ¿cómo hacerlo?

Mis compañeras, a quienes les agradezco, me orientaron acerca de qué clase de dibujo enseñar. Un día iluminada por el Espíritu Santo, a quien invoco a cada instante, hablé con mi hijo Yesid que estudiaba en San Francisco de Asís para que le pidiera orientación al profesor de dibujo acerca de cómo hacer las planchas. Además los vecinos del barrio también me colaboraron y yo le rogué el favor a un profesor, quien los sábados me orientaba y por lo que le daba cualquier peso, como se dice. Así salí adelante.

Estoy segura de que mis alumnos llegaron a recrearse con esta materia, porque dejé también que ellos expresaran su sentir muchas veces. “El dibujo es la expresión del alma”. Es allí cuando digo: “El maestro debe ser creativo, los obstáculos no pueden impedirnos el desarrollo de una clase”.

Lo cierto es que cuando entré a clase de dibujo con los alumnos de cursos superiores me dio temor, había alumnos hasta de 21 años de edad. Algunos me encantaron, pero otros les sentí recelo. Sin embargo, no tuve problemas grandes pese a que me cuestionaron que si yo no era profesora licenciada en dibujo, por qué lo dictaba.

Cuando inicié inglés, sentí dicha, aunque mi problema no era tan fácil; el idioma extranjero es de las materias difíciles para el alumno, máxime cuando éste no domina su propia lengua. El dialecto de Guachené no era difícil en cuanto a pronunciación, pero sí en cuanto a estructuras.

Guachené es un corregimiento de Caloto, Cauca. La palabra Guachené viene de la voz guachenta, nombre del Cacique Guachen, jefe indígena de la tribu de los paeces descendientes de los caribes, que llegaron por los ríos: Palo, Cauca, Paila, Magdalena.

Sus gentes provienen de corrientes migratorias que vivieron en Suárez y Buenos Aires, Cauca, buscando tierras aptas para la agricultura. También llegó el personal declarado "libre" de las haciendas de Japio, quienes compraron tierras al hacendado Feijó, que tenía haciendas en la región. Sus gentes religiosas, amables, humildes, trabajadoras, bailarines (festivos), a ratos con carácter irascible y de pronto inconstantes cuando emprenden una labor a largo plazo. Está situada en la zona tórrida, al pie de la falda de la cordillera central, en la hoya hidrográfica del río Palo, el cual nace en el páramo nevado del Huila. Cuenta con iglesia, hospital, inspección, plaza de mercado, el Colegio Jorge Eliecer Gaitán, escuelas, guarderías, servicios de agua y energía. Su población es negra y tiene en el casco urbano 5.000 habitantes y un número igual de población en las veredas. Posee la mejor mina de balasto del departamento y sus carreteras están en muy mal estado. Hacen presencia en la comunidad las monjas de la comunidad de franciscanas.

Pese a todos los obstáculos me ingeniaba cómo hacer que los alumnos gustaran o amaran la materia. Les escribía letreritos en inglés con dibujos de Mafalda, Snoopy, corazones, pareja de niñitos que decían *"I am positive".* Otra vez mandé a hacer en computador un letrero que decía:

I am positive
He is positive
She is positive
And you?

Me tocó buscar muchas estrategias para hacer que si no lo hablaban, por lo menos sintieran gusto de estar en clase. Además, en el colegio somos tres profesores de inglés quienes nos hemos caracterizado por ser unidos, planear nuestro trabajo, respetar nuestras decisiones y aclararnos las dudas. Nos preocupamos por hacer cursos de actualización en la Universidad del Cauca y otras instituciones. El colegio goza de una planta de profesores excelente. Cuando yo llegué todos eran

licenciados, hoy tienen un gran número de profesores con posgrado, abogados y contadores.

Nuestro nombramiento se hacía cada año, era una época de incertidumbre, pues nada era fijo, además cada inicio de año escolar se tejía una serie de cuentos como para impresionarnos, pero gracias a Dios siempre nos nombraron.

Al igual que en la primaria, el profesor debía llegar 15 días antes de iniciar clases para planear el trabajo a realizar. Una vez hecho, nos organizábamos para recibir a los alumnos. Los profesores catedráticos no teníamos dirección de grupo, solo los de tiempo completo. A los profesores les tocaba la disciplina, lo primero que hacían al llegar era la formación, las observaciones respectivas, el aseo, informes sobre reuniones de padres de familia o de actividades.

Había como profesora de religión una monja de la comunidad y ella era la encargada de lo espiritual. Sin embargo, no faltó el profesor que protestara porque se perdía tiempo en la formación, porque para él lo más importante era llenar los cuadernos, así que esto ayudaba a que los alumnos desmejoraran en su comportamiento. Ellos hacían disciplina diariamente y las actividades se organizaban por áreas, teniendo en cuenta el cronograma de éstas.

El colegio tenía una sola jornada en la mañana, aunque la población estudiantil daba para las dos jornadas. Iniciábamos clases a las 7:00 a.m. y salíamos a las 12:30 m. El transporte lo hacía y lo hace el profesor Alfer en su camioneta LUV.

Los libros reglamentarios eran:
Preparador de clases.
Observador del alumno, para directores de grupo.
Registro de asistencia diaria.
Calificaciones bimestrales.
Plan de trabajo.
Manual de disciplina o convivencia.

Cada bimestre se hacía reunión de padres de familia, para entregar los resultados de las evaluaciones. Las calificaciones de disciplina se hacían en reunión especial de profesores, aunque he notado que falta tomar correctivos para el cumplimiento de ésta. Las faltas de disciplina

siempre han seguido el mismo lineamiento que el que yo aprendí cuando trabajaba en primaria.

Durante muchos años nos tocó luchar para que se nos nombrara profesores de tiempo completo. La lucha fue grande, porque el gobierno no quería que nos convirtiéramos a tiempo completo. Nos tocaba hacer reuniones en los diferentes colegios de norte del Cauca para solucionar la problemática. Afortunadamente nosotros estábamos afiliados a Asoinca[24], que nos ayudó hasta el momento de la conversión a tiempo completo. Por primera vez me tocó participar de tomas a la Panamericana o a la gobernación para poder ser oídos por los estamentos del Estado, que no oyen las justas peticiones de los profesores. Estas tomas las hicimos en compañía de padres de familia, alumnos y muchas veces en compañía de otras entidades estatales que estaban en jornadas de paro.

Cabe anotar que el gobierno siempre es indiferente a la problemática de la educación, si se llega a una solución se hace en los primeros días y luego se incumple. Participar en una toma produce inseguridad o miedo, ya que se infiltran gentes que están por otros objetivos (guerrilla, delincuentes). Además la fuerza pública goza de poca paciencia para soportar los ultrajes de profesores que se olvidan de sus modales o no los conocen y a una bala perdida le tengo pánico. Además mi esposo fue militar y para nosotros no es bien visto las tomas, así es que mi presencia era poca en estos cuentos.

Nosotros los catedráticos estuvimos luchando con Asoinca por el tiempo completo, hasta que el 31 de enero de 1984, siete años después, nos nombraron; lo logramos, aunque ahora nos estamos preguntando: ¿Cuál fue el acto administrativo que ordenó ese decreto? No aparece. Ya teníamos asegurada por lo menos la estabilidad laboral, porque siempre se comentaba que las plazas catedráticas tendían a desaparecer y se cumplió.

El colegio tenía un objetivo y era sacar alumnos competitivos y un problema era la lectoescritura. Así se pretendió que en el transcurso del año escolar, el alumno leyera bien, escribiera bien, interpretara

[24] Asoinca:: Asociación de Institutores del Cauca

bien. Se trabajó con base en estos aspectos, aunque con mucha dificultad por parte de profesores y alumnos.

Los cursos son muy numerosos y en ocasiones es difícil para el profesor poder controlar, calificar y organizar su clase. Las reuniones de padres de familia se hacían a pleno sol en el patio, porque no teníamos salón múltiple, después se construyo y se dotó de silletería. No faltó el político que en la época electoral se acordara del colegio para obsequiar algo o el nuevo alcalde que para hacer gala de su posición como jefe del municipio, regalara algo sin importar que estuviera obsoleto, dañado y después con el pretexto de que no se había dado cuenta, justificara su desacierto. Lo cierto es que con las actividades, con las gestiones del colegio y de los políticos de turno llegamos a tener: una sala múltiple, una "sala de cómputo", unos pequeños materiales de laboratorio, T.V, grabadoras, dos equipos de sonido, enmallar el colegio, compra de pupitres, materiales de deporte y la banda marcial. Sin embargo, estamos en pañales porque la ayuda del gobierno es cada día más poca. Además de todo, es sabido que a la educación el gobierno no le pone mucho cuidado, porque a cambio de ocasionarle entradas le da salidas y muchas. Otra cosa es que la preocupación del Estado no es la superación del pueblo.

La educación ha sufrido y sufre a cada instante innovaciones que facilitan el proceso de enseñanza—aprendizaje y en otras ocasiones lo complican más. Cuando yo llegué, solo se preparaban las clases como yo las preparaba en primaria y el profesor era ese gran devorador de tiza, expositor y único sabedor y conocedor de la materia. El alumno un receptor dormido, aburrido, sin derecho a opinar para no interrumpir al sabelotodo. Años después, nuestra enseñanza la hicimos por medio de guías, era un trabajo que yo había practicado en mi seminario de grado y que más o menos conocía.

A ti Jesús

Dónde estás oh mi Jesús...
En las tranquilas aguas de ese mar callado
o en las revueltas aguas del mar encrespado
o en la montaña
o en al carácter del volcán cercano,
o en el árido desierto sediento de rocío,

o en el espeso bosque cundido de árboles
o en el trinar del pájaro matutino y delicado,
o en la flor que se abre coquetona y risueña
o en el sol que despierta el dormir sagrado
o en el corazón de la madre que cuida a su hijo
o en el llorar del niño que espera ser amamantado,
o en los ojos cansados de los ancianos
o en el aroma florida que nos ofrece el campo
o en el amor que profesan los seres humanos
o en la constelación que matiza tu cielo azulado,
¿dónde estás oh mi Jesús?
sé que estás en todas partes
y en todas partes con ansias te busco,
camino... te llamo, te extiendo mis brazos
y entre mas lo hago siento que te vas de mi lado,
¿dónde estás oh mi Jesús?
ven que te amo...

Con fe en ti

Con la fe en ti Jesús
mi cuerpo sanará
y en mi hogar habrá paz y felicidad.

Con la fe en ti Jesús
mi alma bendecirás
y en mi hogar habrá paz y felicidad.

Con la fe en ti Jesús
mi vida cambiará
y en mi hogar habrá paz y felicidad.

Con la fe en ti Jesús
todo será felicidad.

Otro año me tocó enseñar urbanidad, otra de mis realizaciones, ya que había fallas de comportamiento que me gustaba tratar y estaba en capacidad de hacerlo. Sin embargo, hay ocasiones en donde es más fácil moldear una vasija de barro sin ser alfarero, que moldear el corazón, la voluntad y los sentimientos de una persona. Hay algo que tengo a mi favor y es que soy dulce y cariñosa con la gente. En ocasiones es

mal visto dentro de las contradicciones pedagosicológicas, porque me tratan de maternalista. Pero siempre, estoy segura que he aportado mi granito de arena para que el alumno sea menos agresivo. “Si tu das amor, recibes amor”, les digo siempre.

Llegó la época del proyecto educativo institucional—PEI— y todos aceptamos la orientación de uno de nuestros compañeros, quien tenía un amplio conocimiento en proyectos y con él lo iniciamos. Con énfasis en lectoescritura nuestro eterno problema.

Con anterioridad los profesores de español se habían reunido con los profesores de primaria para ver cómo solucionábamos este problema. Nuestro profesor se fue, porque tenía aspiraciones políticas y llegó de la Unicauca un experto en proyectos que nos orientó hasta el final del trabajo, que entre otras cosas expusimos en las reuniones o asambleas de Caloto.

Nuestro proyecto no llegó a un feliz desarrollo, porque desafortunadamente el colegio entró en crisis y todo quedó sin realizarse por completo. El colegio entró en crisis, porque todos participamos en ella directa o indirectamente. Fallaron la dirección, la administración, los profesores, los padres de familia y los alumnos. La dirección hacía poca presencia en el colegio y se demoraba en resolver los problemas. La administración no tenía una gestión oportuna. Los profesores no decían nada, eran desinteresados. Los alumnos, algunos movidos por profesores, organizaron marchas en contra de la dirección y de los profesores, a los que se les unieron los padres de familia. Por dicho problema tuvimos que recurrir al secretario de educación, quien no solucionó a tiempo la situación y aumentó más. Iniciando el año escolar 1998-1999 cambiaron a la directora, los problemas continuaron hasta ahora que con el nuevo rector se está tratando de mejorar.

Para recordar: Estamos en la época en que el rector debe saber dirigir o mandar, impone y quiere mediante el régimen del terror hacer cumplir. A este director no le auguro un futuro promisorio. Esa es la nueva situación.

Actualmente estoy orientando religión, la mayor de mis realizaciones, nunca había pensado que me dieran religión y llegó como un regalo de Dios, pues pertenezco a un grupo de oración y andaba

buscando precisamente jóvenes para formar el grupo: estoy feliz, pues aunque como todo es una obra a largo plazo, por lo menos estoy sembrando para ver o que vean el fruto con los días o con el tiempo. Hay algo que sí he notado en la educación con adolescentes y es que es más difícil; el profesor tiene el tiempo limitado para estar con los alumnos de bachillerato por la cantidad de salones que debe asistir, pero a la vez se trabaja bien.

Cuando aparece la Ley 70 del 27 de agosto de 1993, yo creí que a las comunidades negras se les iba a dar más importancia, pero no. Como todo, apenas es el principio, ya que tenía artículos dónde se decía que los integrantes de grupos étnicos tendrán derecho a aplicar normas para favorecer el desarrollo de los procesos de educación de los grupos étnicos. Además, los grupos étnicos están obligados a buscar procesos para ganar autonomía en el desarrollo de sus planes. También deben romper la modalidad de la educación tradicionalista que le impedía que el educando fuera educado de acuerdo con su cultura, lengua y tradición. Pero al respecto, la normatividad solo se ha tenido en cuenta para los indígenas, más no para los negros. Esto motiva el desinterés de los alumnos en el estudio.

Cuando se establecieron las dos jornadas, se aumentó la planta de personal docente y surgieron problemas de dotación. Pero nunca el gobierno se manifestó y parece que le faltó empuje por parte de la administración. Un colegio es un compromiso, hay que dedicarle y ponerle toda la atención para que el proceso educativo no falle. Máxime cuando la región es difícil de manejar por sus costumbres arraigadas, su cultura y su idiosincrasia.

A los alumnos en su mayoría les gusta el estudio, pues es uno de los colegios que no presenta deserción numerosa. Pero lo que sí creo es que falta que los programas se adapten al medio en el que viven. Guachené es una región agrícola, pero ahora hay muchas fábricas con la ley paez, razón por la cual el colegio amerita tener énfasis en alguna tecnología.

Nuestro PEI lo hicimos con énfasis en lectoescritura, pues es el principal problema que hemos detectado en el alumnado desde hace muchos años. El alumno por la falta de bibliotecas en sus hogares, por el medio, por la falta de útiles escolares, porque la prensa no llega

hasta la región, no tiene en hábito de la lectura, además hay falta de interés. Nosotros proyectamos la lectoescritura por áreas y cada profesor dentro de su materia la aplica. Sin embargo, al ver que no dio resultados se tomó como una clase aislada, lectura, ortografía, escritura, pero ese no era el objetivo, así es que se volvió a trabajar en cada materia. El problema de la lectoescritura es a nivel nacional, en las universidades se ha impulsado la campaña de la lectoescritura en los primeros semestres. Y no nos digamos mentiras, el maestro ha influido en que el alumno no sienta amor por la lectura, porque es quien impone qué obra se va a leer y no cuál quieren leer, que llenen sus expectativas. Pero yo recalco que el problema no es solo la lectura, hay una falta de hábito de estudio que hace ver al alumno perezoso y falta que los profesores cambiemos para lograr mejorar la educación y más compromiso por parte de los padres de familia.

El colegio trabaja actualmente con guías gracias a que tenemos fotocopiadoras y una partida para papelería que nos dan los padres en la matrícula. La evaluación se hace con base en los indicadores de logros y damos una semana para recuperación. El trabajo es pesado pero agradable.

El colegio y la docencia me han dado una serie de satisfacciones, porque lo que creí que era un castigo al nombrarme en Guachené se convirtió en una realización, aunque con sus falencias, pero sí con el deseo de superación por parte mía y de que los alumnos amen las materias que oriento. Además que como negros traten de superarse para que puedan realizarse y sentirse en un estatus mejor, no como algunos que quieren y piensan que los negros solo debemos ser sirvientes y jornaleros.

Hay algo que nosotros los profesores a veces no vemos, son los ojos de los alumnos, no sabemos sus problemas, sus necesidades y ni siquiera dónde viven. Nosotros tenemos alumnos de veredas muy lejanas, son muchachos que por el desconocimiento de su problema, muchas veces el profesor se limita a decir que es un alumno regular, pero no sabe las penalidades que tiene que pasar el alumno para llegar a clases, muchas veces sin desayuno, muchas veces con el temor de tener que pasar por extensas plazas de canales o llevando a cuestas un principio de embarazo, lo cual causa retiro de la alumna del colegio.

Los padres de familia eran indiferentes en las reuniones que se hacían en el colegio, pero poco a poco se les fue metiendo en el proceso y ahora acuden al llamado que se hace y algunas veces van sin llamarlos. A los alumnos les faltan modelos para tener hábito de estudio, los padres no les compran los útiles escolares ya por pobreza, ya por negligencia. Yo estoy segura que si al alumno se le adaptaran los programas de acuerdo al medio, se interesarían más por la educación.

Hay una situación preocupante y son los paros, yo recuerdo que cuando trabajé en la primaria nunca hicimos paro, pese a que el gremio de profesores no era la prioridad del Estado, los profesores nacionales teníamos nuestro sueldo cumplido menos en los dos primeros meses del año, mientras hacían el presupuesto. Los profesores departamentales y municipales sí tenían dificultades con su sueldo, pero la gente sufría callada o vendía con anterioridad su nómina, pero no dejaba de trabajar, ese era el maestro apóstol ayudado por el mercadito que le enviaban los padres de familia. Recuerdo también que se les pagaba con aguardiente o ponían al maestro a rezar para que la licorera tuviera buena venta para poderles pagar.

Hoy la situación de pago se ha convertido en caótica, para los maestros no hay pago cumplido y hasta cuando no se generan las protestas, no se ponen a conseguir el dinero que nos habían girado, pero que lo destinaron para otras necesidades, al fin y al cabo los maestros que aguanten, dicen ellos. El maestro continuamente se ve golpeado por el Estado, pues es el gremio más despreciado y desprotegido en Colombia. Sin embargo, hay ocasiones en que los padres de familia y los alumnos se hacen partícipes de nuestra problemática y nos ayudan en las justas luchas y peticiones al gobierno.

Lo que sí hay que admirar es el desbordante número de profesores que están haciendo su licenciatura y su posgrado. Aún en el área rural, que era donde menos facilidad tenían para estudiar, hoy gracias a la educación a distancia se han ido venciendo estos obstáculos. Aunque las universidades, en el afán de enriquecerse, han programado licenciaturas en pocos semestres, al igual que los posgrados, han desmejorado la preparación del docente.

Yo no hago posgrado si este no es afín a mi licenciatura, mi concepto es que ostentar un cartón solo por aumento de sueldo no sirve, lo que

importa es su aplicación. Además mis hijos están en la universidad y la mayoría en privadas y no es justo que ellos dejen de estudiar por entrar yo de nuevo a pagar las millonadas que cobran en ese afán, no de impartir conocimiento sino de aumentar su capital o lavar dinero.

Hay algo que quiero resaltar en mi vida y es el aporte que me ha dado: El buen trato y preocupación de mis padres pese a que mi madre es neurasténica. La docencia porque me tocó trabajar en primaria con niños de seis, siete años en adelante y esto aunque no lo creas despierta en uno ese espíritu maternal. De allí que para mí hay una profunda diferencia entre la enseñanza en primaria y en bachillerato.

Cuando yo tuve mis hijos ya sabía que era ser mamá pues me tocó coger al hijo de Libia mi prima quien trabajaba en Núcleos como mejoradora de salud y salió en embarazo sin ser casada, por tal motivo tuvo que dejármelo con solo quince días de nacido para que no se dieran cuenta y no la destituyeran. El niño se llamó Holmes Arcelio, a quien moldee a mi antojo bendito Dios y quien me dio grandes satisfacciones, como ser un modelo ante sus demás hermanos.

El trabajar en la noche hizo que yo fuera una mamá preocupada por el nivel académico de mis hijos. Yo soy una persona muy cariñosa y así trato a mis alumnos aunque en algunas ocasiones me han visto como muy maternalista, yo sé que así se moldea o se llega mejor al alumno. Cabe anotar que el alumno de Guachené es de temperamento fuerte, porque en su mayoría los padres no son cariñosos con ellos sino bruscos. Hay alumnos que comentan que después de los consejos que les doy de cómo tratar a los padres se les acercan a la mamá muy cariñosos o acariciándola y los rechazan, porque creen que ellos les van a pedir algo. Más que el conocimiento de la materia que oriento me he preocupado porque el alumno aprenda valores, siempre critico el haber quitado la urbanidad, la religión y las formaciones antes de entrar a clase en los colegios, así me vean como anticuada.

Me gusta orientar a los alumnos cuando están entrando en su adolescencia, me gusta darles esa voz de aliento cuando están flojos, ese decir: “Tú puedes”, “adelante”, “pilas”, “cuídate”, “hazlo mejor”, “inténtalo”, “no te desalientes”, “habla mal o bien pero habla”, o “escribe mal o bien pero escribe”. Les insisto en la salida al tablero,

porque yo creo que es una manera de vencer los nervios y de corregir el error que tenga. Hago que valoren la evaluación con que corrijan allí donde debe centrar su atención, y que ellos mismos me digan fallé aquí por tal motivo.

Al iniciar la clase hacemos una oración de las que salen de nuestro sentir, y les recalco tanto a ellos como a mis hijos el amor a Dios.

La educación ha cambiado y pretende mejorar, pero todavía hay muchas dificultades. Pues aunque la tecnología esté llegando a las instituciones, las deficiencias continúan. El profesor de bachillerato está cada día alejándose más de la comunidad, la relación alumno profesor es menor, nosotros estamos en este momento haciendo la dirección de grupo pero no hay una hora especial para hacerla, así es que se está perdiendo espacio para conocer los problemas del alumno y ayudarlo. Los padres como ambos trabajan especialmente aquí donde las mamás dejan a sus hijos en compañía de sus abuelas y ellas se van a trabajar a Cali, además los papás no permanecen en casa, esto impide tener un contacto directo con ellos.

El alumno ha perdido el interés por el estudio, aunque repito vienen a clase pero no se nota mucho interés, les gusta estudiar pero no se les ve consagración, nos toca revisarnos a todos para saber cual es la falla. El alumno es poco investigativo. Es feliz cuando se le dice no hay clases.

El Decreto 1860 ha favorecido mucho al alumno, situación que hace que éste se preocupe menos por la educación. Las tutelas, la no pérdida del año, la recuperación, hacen que éste viva solo en espera de qué hacer para salvarse. He visto con buenos ojos el Decreto 1860 en cuanto a lo que tiene que ver con el gobierno escolar y la organización institucional, porque con esto se pretende una mejor administración y compromiso mayor, mediante la participación de las personas o comunidad educativa que tienen responsabilidades, derechos y deberes con la institución.

En el 63 cuando ingresé solo existía la asociación de padres de familia, las decisiones las tomaba solo el rector y en casos especiales con la asociación de padres de familia. El alumno participaba solo en los centros literarios, donde ventilaba el presidente los problemas de los alumnos.

El trabajo con logros se hace más fácil teniendo en cuenta que un logro es el doctor o el pedagogo que dice en qué falló o en otras palabras es la dosis para alcanzar los objetivos. Recuerdo que la evaluación era cuantitativa y la cualitativa se aplicaba solo cuando se valoraba la disciplina y conducta. No sé si llegue a ver al alumnado del colegio en un mejor nivel académico, pues me queda poco tiempo para la jubilación. Lo cierto es que he contribuido en ella, que me juzguen los alumnos que pasaron por la institución y quienes han conocido mi trabajo. No sé tampoco si llegue a ver al colegio mejor dotado y sin esa serie de problemas que se presentan. Hasta cuando no cambiemos al colegio seguirá lo mismo. ¿Cuándo cambiaremos?, ¿será cuando nos aprendamos de memoria los decretos y leyes que emanan del Ministerio de Educación o cuando ese eslabón alumno-padre-maestro esté lo suficientemente unido y fuerte para avanzar al futuro?, ¿o cuando los profesores miremos en nuestro interior no solo el signo $ sino formación, valores, saber?

Yo creía que al venirme para Villarrica me iba a causar muchos problemas, pues mis hijos se habían criado en ciudades como Neiva y Popayán, pero lo que no tenía en mente era que ellos ya tenían bases en su formación, así que no me les afectó; además tuvieron la suerte de estudiar en colegios de Cali y Jamundí donde se sintieron bien. Una vez que se graduaron, entraron a la universidad y están unos ya terminando carrera y otros en semestres avanzados.

A Dios le agradezco que volvimos a reunirnos aquí en Villarrica, pues se fueron viniendo y a lo último mi marido, que trabajaba en la licorera renunció y se vino, y para completar la dicha compramos una casita que hemos ido remodelando y nos sentimos bien. Una vez lo que creí que era un castigo resultó ser un beneficio para mí. La educación me ha dado grandes satisfacciones y un día le dije a mis hijos y a mi marido: "Valió la pena".

Conclusión

He volado como las gaviotas
que recorren el mar ansiosas,
alegres, con altibajos,

tratando de ver en la profundidad
sus pensamientos, sus sueños,
sus ilusiones
para transformarlos en realidad
y así respirar ese aire de
lo hice, lo pude hacer,
que se refleja cuando se logra
lo soñado.

Maestros de la generación intermedia

El trabajo ideal

Martha Cecilia García Rayo

El escenario donde transcurrió mi infancia y adolescencia, la ciudad donde nací, es recreado tal como era desde los años 30 hasta nuestros días por mis padres, con quienes conversando en estos días, he logrado revivir muchos recuerdos.

La ciudad y mis padres: memorias que dejamos a nuestra hija

Martha Cecilia es la mayor de las dos hijas que tengo con Cecilia Rayo. Cecilia y yo nacimos en el puerto de Buenaventura, en la década de los años 30 —1932 y 1937 respectivamente—. En esa época, Buenaventura, que hace parte de los 42 municipios del Valle del Cauca, contaba con una deficiente infraestructura de servicios públicos en relación con el número de habitantes y tenía además un muellecito de madera. Allí arrimaban las embarcaciones con la carga de naranjas, huevos y gallinas traídas del Cauca. Casi todo estaba poblado por casas de dos plantas, construidas con madera y zinc a la orilla del mar. Las calles estaban rellenas de cemento. Había almacenes de turcos, el único almacén de un colombiano era el del negro Concho, a quien le decían negro con plata, era el dueño del bajo mar. Allí quedaba la oficina de *Grace Line*, que traía la información a través del cable submarino, porque las noticias llegaban por debajo del agua. Ya había boyas en el mar para la orientación de barcos que entraban por la bahía.

Buenaventura es una isla poblada por personas provenientes de variadas partes del país como Chocó, Cauca y Nariño. La gente de

Buenaventura es amable, porque es humanitaria, nunca trataron mal a los foráneos. El que no tenía empleo, pasaba mucho trabajo debido a que le tocaba rebuscarse revendiendo plátano, banano y naranjas, que compraba a la orilla.

Se hacían casas grandes y se arrendaban por cuartos.

Buenaventura ha atravesado por varias crisis, una de ellas ocurrió en 1928, cuando el barco Tritonia estalló y no se daba permiso para moverlo. Dos valientes marineros lo movieron y se murieron. En ese momento, muchos almacenes se acabaron. Allí nada quedó. Luego en 1930, debido a que no había nada qué hacer, había crisis y contrariedad, los hombres trabajaban en rotación, quiere decir que en la quincena trabajaban ocho día unos y siete días otros en el muelle de madera.

El 26 de diciembre de 1930, ocurrió un gran incendio que, dicen algunos, fue provocado y otros que fue un accidente —corto circuito—. En ese momento, no existía cuerpo de bomberos voluntarios, por ese motivo, la gente trató de apagar el incendio con agua del mar. Después de este incendio se dio la orden de no dar madera, sino cemento, arena y ladrillo para la construcción de la ciudad.

En 1934 se hicieron las bodegas del malecón —bodega que salía al mar—, después del malecón se hizo el muelle con cuatro bodegas, posteriormente lo demolieron y prolongaron el muelle hasta la bodega 11. En 1937, se crea el cuerpo de bomberos voluntarios, debido al incendio tan grande que había ocurrido.

Buenaventura se encuentra ubicada en un punto central del litoral pacífico, lo que le da la ventaja de que los demás pueblos y moradores confluyan en él, convirtiéndolo en un puerto multiétnico y con diversidad en su cultura. Se cultiva la música afrocolombiana: currulao, alabao, maquenle, bambazú, la jota, danza, contradanza y otros.

Se practican también rezos y creencias, tales como el chigualo y alabao, que consisten en la preparación del viaje del niño muerto, es un ángel que iba a reunirse con el Señor. Se brindaba un guarapo de caña —biche— y se hacían *pusandaos* —comida hecha con carne serrana, gallina, plátano, huevos, papa, agua y condimentos—, toda la noche se hacía la celebración hasta el día siguiente, en que se iba al sepelio del

angelito. Durante la noche, los hombres se dedicaban a jugar dominó y naipes, las mujeres bailaban al ritmo del chigalo, que se tocaba con instrumentos rústicos tales como marimba, guasá, cununo, todos cantaban: "Velo qué bonito lo vienen bajando con ramos de flores lo van adorando arrurú-arrurú San Antonio ya se vá...".

Mi mamá interviene para aclarar que también se practicaban creencias como la del duende, que se robaba las muchachas vírgenes en las noches, se enamoraba de ellas y se las llevaba. *El ribiel*, se contaba que era un demonio que andaba en una embarcación pequeñita —asustaba a los marinos y pescadores de pequeñas embarcaciones—, en la que llevaba un reverbero echando candela, pasaba a toda velocidad por el lado de ellos, haciendo un fuerte oleaje que llegaba hasta hacerlos naufragar. *La Tunda*, era la mujer del diablo con figura horrible, tenía una pierna que parecía molinillo o torcida, asustaba a todos los que deambulaban en las noches.

Dice mi papá que también se contaba con folcloristas, que le dieron impulso a nivel nacional e internacional a Buenaventura, entre los cuales están Petronio Álvarez, inspirador del currulao *Mi Buenaventura* que le ha dado la vuelta al mundo, lo tienen en una versión clásica de la emisora BBC de Londres. También Enrique Urbano Tenorio, compositor de *Mi peregoyo*.

Teófilo R. Potes, a cuya memoria se fundó el colegio de bachillerato oficial que hoy lleva su nombre. La negra Margarita Hurtado, era analfabeta, pero gran trovadora. Mercedes Montaño, inspiradora del folclor del pacífico. Y entre los actuales se encuentra Gloria Perea.

Ya en 1958 ocurre el encuentro entre Cecilia y yo, es decir, 21 años después, en la celebración del matrimonio de los amigos Salomón y María. No nos conocíamos antes, a pesar de que los dos estudiamos en el mismo colegio, por cuanto nos llevábamos cinco años de diferencia. En ese año —1958— se hizo una integración del centro de exalumnos del colegio, convocado por los antiguos estudiantes, al que se integraron jóvenes de ambos sexos —50 participantes, 35 hombres y 15 mujeres—, para realizar actividades en pro de la cultura e instrucción del pueblo. Allí se dictaban cursos de alfabetización para adultos y jóvenes, a quienes se les dificultaba estudiar durante el día.

Invité a Cecilia a que hiciera parte del profesorado encargado de la alfabetización en las horas de la noche, desde las 7:00 p.m. hasta las 9:30 p.m. Como congeniábamos tanto y trabajábamos en el colegio, le propuse que fuéramos novios. Ella aceptó. Durante este tiempo, además de interesarme por el buen funcionamiento del centro de exalumnos y escuela de alfabetización, la visitaba en la casa. Fui muy amigo de los hermanos y la mamá de Cecilia, todos me recibieron de buena forma, puesto que en el año inmediatamente anterior ya había hecho un año de arquitectura en la Universidad La Gran Colombia de Bogotá.

Asistíamos a bailes que organizaban los muchachos del centro de exalumnos, pero mientras que pasaba todo este tiempo, la mayoría de los exalumnos se fueron cansando de esta actividad y fue así como el centro de exalumnos quedó reducido a 12 hombres y cinco mujeres. Este grupo se impuso la meta un poco exagerada de fundar el bachillerato nocturno, regentado por ellos mismos y que funcionaría en el mismo colegio. Este empezó con los muchachos de alfabetización de quinto de primaria, conformando así el primero de bachillerato. Se cobraban dos pesos para papelería y gastos de administración, los profesores no cobraban por su labor.

Después de una ardua lucha y ya dejados los cimientos del bachillerato nocturno, se entregó a la dirección del Colegio Pascual de Andagoya, que en la actualidad pertenece al sector oficial. Fundamos además la revista *Alborada* con publicación mensual de 50 ejemplares, financiada por el comercio de Buenaventura, ésta se distribuía con un costo de 20 centavos entre los estudiantes. Allí se trataban temas de actualidad, culturales —biografías y poesías— y científicos —primeros preparativos del viaje a la luna—.

En 1959, tuve que abandonar la organización, debido a que tenía que continuar mis estudios en Bogotá. Regresé en el año de 1967, debido a la falta de recursos económicos, por eso empecé a trabajar en el Servicio Nacional de Erradicación de la Malaria y Cecilia en esa época se dedicó a trabajar en Peláez Hermanos —importadores de repuestos automotores— como secretaria almacenista. Como teníamos la capacidad económica para formar un hogar, decidimos casarnos el 23 de diciembre de 1964 en la Iglesia La Inmaculada y el Divino Niño,

ceremonia oficiada por el reverendo Micíades Marín, sacerdote que tenía una estrecha relación con nosotros, porque Cecilia pertenecía a la Acción Católica del Vicariato, que estaba regentado por el obispo Gerardo Valencia Cano.

Decidimos fijar nuestro domicilio en el barrio 14 de julio, ubicado en la parte continental del municipio de Buenaventura, en una colina que se prestaba para la vida armónica de todos los moradores, porque era un barrio nuevo con familias jóvenes, construido por el Instituto de Crédito Territorial. Cecilia ya vivía en este barrio con su mamá y hermanos. Las casas de esa época las entregaban con una parte construida —sala, comedor, una alcoba, cocina, baño y techo eternit—, medían 7 x 5 metros. Se entregaban en obra negra y poco a poco se iban mejorando.

Cuando nos casamos, decidimos arrendar a una distancia de 21 metros más adelante de la casa habitada por la mamá de Cecilia, ésta tenía el número dos, era de propiedad de María Cifuentes, el color era crema, andén alto de 50 centímetros, tenía sala-comedor, una alcoba, cocina, servicios, patio y solar encerrado en ladrillo, sin ninguna vegetación. Teníamos juego de sala, comedor, alcoba y elementos de cocina, que habíamos adquirido antes de casarnos. Allí vivimos cuatro años, hasta que en 1968 adquirimos una vivienda, la número 23, frente a la casa de la mamá de Cecilia, compra que se hizo con los ahorros de cuatro años de matrimonio. La casa fue comprada a Jaime Sandoval. Esta casa se había ampliado, tenía sala-comedor, cocina, dos alcobas, patio, lavadero, antejardín y solar sembrado de árboles frutales —guayaba, árbol de pan, zapote, guamas—. Allí se celebró el primer cumpleaños de Martha Cecilia.

En esa misma época el hermano de Cecilia, Pedro, compró la casa número seis, Esther, una de las hermanas de Cecilia, vivía diagonal a la casa de doña Esther, la mamá de Cecilia, la número 26. La cuñada de Pedro vivía en la número ocho y la abuela de Cecilia vivía en la número diez. Todo lo anterior le daba al barrio un ambiente netamente familiar. Los hombres nos reuníamos en una de las casas para jugar dominó y parqués, las mujeres se dedicaban a ver novelas y los niños a jugar.

Evitábamos ir hacia el mar cuando se realizaban paseos, por la inseguridad que en ese tiempo se notaba en las embarcaciones. En el año

1962 ocurrió un siniestro: un buque que iba hacia La Bocana, casi en plena bahía se volcó con 600 personas, de las cuales perecieron 300. Ese buque de mediano colado, tenía el nombre de Vencedor, de allí que cundió el pánico a las salidas al mar.

El barrio además contaba con una escuela que era una ramadita, se hizo con recursos de los vecinos. La maestra que llegó por vínculos de amistad, inicialmente la pagaba Industrias del Mangle, porque había muchos trabajadores de esta empresa que vivían en el barrio. Cuando la industria del mangle se declaró en quiebra, los padres de familia asumieron el pago de la maestra. Luego la escuela se convirtió en una casona con cimientos de material, paredes de madera y techo de eternit. Había solo un salón y dos baños, los niños se sentaban en dos bancos largos y una mesa. Todos llamaban a la escuela "La Piripipí", porque era como de mentiras, pero su verdadero nombre era San Judas Tadeo. La comunidad le puso este nombre, porque así se iba a llamar la iglesia en honor al santo que era el abogado de las causas difíciles. Allí ingresó Martha Cecilia a realizar el kinder a los cuatro años, con la maestra Adelaida.

Después de ir a la escuela, Martha Cecilia jugaba a las muñecas y a la maestra, se reunía con sus amiguitas y su hermana Diana, las sentaba en una alfombra roja, que Cecilia tenía y la sacaba al antejardín, además utilizaban un tablero que era una lámina de zinc, tizas, cuadernos, colores, lápices y muñecas. Ella no regañaba a los muñecos ni a Diana, lo que hacía era enseñarles los palitos, bolitas, vocales y los números, esto era todo lo que aprendía en el kinder de "La Piripipí".

Gracias a las memorias que mis padres me han dejado, hoy puedo darme cuenta de que desde pequeña sentí el deseo de brindar a los demás, la oportunidad de aprender y compartir mis conocimientos. Y no solo me interesa que a mis alumnos les llegue la información, sino por el contrario, que les sirva y sea para toda la vida como me lo enseñaron mamá y papá.

Mi dedicación al estudio

En el año de 1972 inicio mi vida escolar, siempre acompañada por mis padres, debido a que lo que me enseñaban en la escuela, en casa lo

reposaba con mi mamá, ella fue la persona que me enseñó a leer y a escribir.

Por un tiempo, mi mamá nos mandó para Cali a mi hermanita de tres años, a mi abuela y a mí, porque mi tía Charito, su hermana, estaba estudiando en la universidad y tanto mi mamá, como mi papá tenían que trabajar. Para nosotras fue muy triste separarnos de ellos, debido a que solamente los veíamos sábados y domingos.

En Cali me matricularon en una escuela pública del barrio Periquillo, allí vivimos unos meses y después nos fuimos al barrio Cristóbal Colón. Debido a esto me fui a estudiar al Colegio Santa Dorotea. En ese colegio no fui feliz, me sentía sola, ni siquiera recuerdo a mi maestra, no me era tan familiar como la "Piripipí". Como allí no estaba rindiendo mucho y además mi tía Charito se había casado, mi mamá decidió retirarme de ese colegio y devolvernos para Buenaventura con mi hermanita y mi abuela.

En Buenaventura repetí segundo de primaria porque a mi mamá no le había gustado para nada lo que estudié en Cali y decía que no estaba preparada para cursar tercero de primaria. En ese momento, decidió dejar de trabajar y dedicarse a nosotras y a la casa, pues para esa época mi papá ya trabajaba en Puertos de Colombia.

Como mi mamá ya no tenía un sueldo, decidió aprender a coser para trabajar en la casa, ganar dinero y así estar pendiente de su familia, que tanto la necesitaba. Ella siempre estaba pendiente de mis tareas y me ayudaba a repasar las lecciones, asistía a las reuniones de padres de familia y se sentía orgullosa de mí cuando sacaba buenas calificaciones. Pocas veces nos castigaba a mi hermanita y a mí con el rejo que tenía colgado en la cocina, pues nosotras no le dábamos muchos problemas. Mi papá no nos castigaba, él siempre nos llevaba crema y en algunas oportunidades, compraba enciclopedias, porque eran necesarias para hacer las tareas. Siempre nos celebraban los cumpleaños con una torta casera, cherrynol y música, por eso desde pequeña me ha gustado bailar y estudiar.

Ya en segundo de primaria, mi mamá me enseñó las benditas tablas, que me las tenía que aprender de memoria, porque la profesora las preguntaba todo el tiempo y gracias a ellas, me gané un reglazo que

no olvido, ni a la profesora que me lo dio, pues fue la primera en castigarme de esa forma. Claro está, que ya había probado los castigos de la maestra Adelaida, que consistían en jalones de oreja, estos me los ganaba por ser conversadora.

En cuarto de primaria me matricularon en la escuela Anexa a la Normal Juan Ladrilleros, para tener oportunidad de ingresar luego a la Normal. En esa época jugaba a la maestra, a las reinas y a la comitiva. Tuve una compañera de quinto de bachillerato llamada Libia, que me llevaba al colegio, ella fue muy importante en mis primeros años de estudio en la Anexa, porque me aconsejaba y me animaba para que llegara a ser maestra.

En quinto de primaria, me coronaron reina del salón, llegué en el bus muy feliz y aclamada por mis compañeros. Me gustaba participar en las diferentes actividades que se programaban en el colegio. En una oportunidad, la directora de la Anexa, preguntó quién podía cocinar arroz para la despedida de las alumnas y yo me ofrecí. Ese día llegué a mi casa en un taxi cargada con arroz y le dije a mi mamá que lo necesitaba para el día siguiente. Ella me dijo: "Parece loca, ¿cómo se le ocurre que yo voy a cocinar una arroba de arroz? Pero, sin embargo, como ya te comprometiste, lo voy a hacer".

En primero de bachillerato no estaba rindiendo académicamente, porque pertenecía al grupo de bastoneras del colegio, participaba en desfiles y demás actividades extracurriculares. Cuando mi mamá recibió las notas, me dio un ultimátum: "Si no te recuperas, te voy a retirar de todas las actividades en que estás participando". Al ver la reacción de mi mamá, me puse las pilas y traté de salvar el año lo mejor que pude y terminé habilitando dos materias: ciencias y geografía. Para presentar la habilitación de geografía, me matricularon en un curso con una profesora licenciada y en ciencias me preparó mi primo William, que por esa época estaba de vacaciones en la casa de mi abuela. Después de presentar los exámenes de habilitación, no tuve más problemas académicos, hasta que en tercero de bachillerato habilité biología con el mismo profesor con el que había perdido ciencias. Esto me sirvió para estudiar con más interés y obtener, a partir de cuarto, hasta sexto de bachillerato el primer lugar.

Durante este tiempo, además de dedicarme al estudio, participé en el grupo folclórico del colegio, grupo de teatro y equipo de básquet. Cuando hice parte del equipo, recuerdo que ganamos por una cesta que hice, lo que llenó de alegría a mis compañeras, principalmente a mí, porque realmente cuando me pasaron el balón no sabía qué hacer, estaba tan asustada que me gritaban: "Lanza la pelota, lanza la pelota", y de tanto oír, eso lo hice. Así fue como logramos un triunfo en el que no pensé que yo fuera la protagonista.

Mi bachillerato lo terminé con honores, me hice acreedora al premio a la mejor normalista en 1984.

Al terminar mis estudios en la Normal, mis padres decidieron que continuara estudiando en la universidad. Por ese motivo, nos trasladamos a la ciudad de Cali, porque en esa época en Buenaventura no había dónde cursar estudios universitarios. Inicialmente, realicé tecnología en educación preescolar en la Corporación de Educación Superior Miguel Camacho Perea, en las horas de la noche y durante el día me dediqué a trabajar como maestra. Me fascinaba estudiar en este lugar, los profesores eran increíbles, personas muy calificadas: aprendí mucho y sobre todo, lo que más me gustaba era la familiaridad con que el señor Camacho y el director del programa trataban a los alumnos.

Allí pertenecí al grupo de danzas y desarrollaba con mucho entusiasmo las actividades que debía presentar. Allí nacieron amistades que todavía conservo y las tengo muy presentes, porque me colaboraron y me brindaron lo mejor. Recuerdo especialmente a Beatriz, una compañera que todas las noches me llevaba a mi casa en su carro, a Cristina que siempre me invitaba a reuniones sociales, a Mincho, quién me recomendó para trabajar en un preescolar, a Mónica con quién estudiaba para los exámenes, María Elena quien me cuidaba en la escuela donde hacíamos la práctica docente, debido a que estaba ubicada en el distrito de Aguablanca y, en general, a todos mis compañeros de la generación del año 1986.

Después de estudiar preescolar, me decidí por la carrera que me brindara la oportunidad de trabajar algún día en otro campo, como lo era el derecho. Ingresé a la Universidad Santiago de Cali, allí estudié con mucho agrado y dedicación, sabía lo importante que era para mí

darle satisfacción a mis padres de ser una profesional, el sueño de mi papá era que una de sus hijas llegara a ser abogada, profesión que hoy me sirve para dar clases de legislación laboral, legislación comercial y constitución política de Colombia, a estudiantes de grado once del Instituto Central de Comercio y Bachillerato. Un año después de graduarme como abogada, mi mamá se dio cuenta de que ofrecían la profesionalización de técnica en educación preescolar en el Camacho Perea y de inmediato, sin pensarlo dos veces, me volví a matricular en este lugar para ser licenciada. El año y medio que duró la profesionalización fue muy bueno, lleno de recuerdos del pasado, del nacimiento de nuevas amistades con las que desarrollé proyectos que se aplican a la vida del preescolar y de nuevos logros como lo fue la medalla a la mejor alumna de licenciatura en educación preescolar 1996.

Luego, pensando en la necesidad de realizar un posgrado en educación y de la motivación que me brindaba mi mamá, me decidí por la educación ambiental, después de hacer un análisis de todos los ofrecidos por las diferentes universidades de Cali. Finalmente, regresé a la Universidad Santiago de Cali a realizar el posgrado. Además, en el Centro Experimental Piloto de Cali realice el curso de integración curricular, nuevas concepciones de lecto-escritura en la Universidad del Valle, niño psicólogo, científico y lector, lectura y escritura. En el Colegio INEM, hice el curso de pedagogía conceptual. Participé además en el curso de inglés con metodología *Dynet*, auspiciado por el municipio de Santiago de Cali.

Tanto mi formación universitaria, como los cursos realizados, me han brindado los elementos necesarios para enfrentarme a mi grupo con muchos conocimientos y el deseo de enriquecer mi quehacer docente, donde nunca llegan tarde las experiencias, sino en el momento justo para crecer.

El trabajo ideal: ser maestra

En 1985 decidí empezar a trabajar como maestra. Por ese motivo, comencé a buscar trabajo en los clasificados de los periódicos de la ciudad de Cali. Allí me di cuenta de que en el barrio El Diamante necesitaban una maestra para preescolar en un colegio del sector privado.

Envié mi hoja de vida, los directivos la estudiaron y me llamaron para que realizara una prueba, ésta consistía en escribir el desarrollo de una clase. Para mí no fue nada complicado, pues en la Normal se tenía muy en cuenta la preparación y desarrollo de las clases, allí primaban las asignaturas relacionadas con la pedagogía y con la práctica docente, claro está que en ningún momento había que descuidar las demás. Pasados unos días, recibí la grata noticia de que había sido admitida como profesora del colegio, éste se llamaba el Pedagógico La Merced.

Para la realización de las diligencias con este trabajo, conté con la colaboración de mi tía Charito, ella estaba sorprendida de ver el barrio El Diamante y mi deseo de trabajar en ese lugar, pues el barrio nos llegaba hasta los tobillos y era un poco complicado llegar, pero a mí no me importaba eso, yo solo quería trabajar y tener un grupo propio. Me dediqué mucho al preescolar de la señora Mildred, así se llamaba la dueña del colegio. Preparaba las clases como en la Normal, adornaba el salón con flores de papel, en cada una escribía el nombre de cada niño, dibujos y demás. Todo lo que me enseñaron en el Camacho Perea lo ponía en práctica. Trabajaba desde las 7 a.m. hasta las 12 del día con niños de edades entre los cuatro y cinco años, todos muy queridos, con padres de familia muy colaboradores. El niño que más recuerdo de ese colegio es Richard, siempre lo nombraba porque me hacía llamarle la atención continuamente y presentaba dificultades para aprender con rapidez. A pesar de todo esto, me hacía sentir muy feliz cuando alcanzaba uno que otro logro. Fue una época difícil, pero muy importante en la carrera que ya había iniciado. Siempre le agradecí a la señora Mildred por creer en mí y confiarme uno de los primeros grados, que diría es el más importante de una institución educativa.

Después de trabajar en el sector privado, me vinculé con el sector oficial en el Colegio Distrital Andrés Sanín, pagada por los padres de familia y la comunidad de las Hermanas de la Providencia, hasta 1995, año en el cual fui nombrada como profesora del municipio de Santiago de Cali en este mismo centro educativo, después de una ardua lucha llena de incertidumbre, pero con resultados positivos como lo fue el nombramiento.

En esta institución realmente he desarrollado toda mi vida como maestra, he tenido a cargo los grados transición, primero y segundo. El grado en el cual he tenido más experiencia es con transición, este me ha dado muchas satisfacciones gracias al desempeño que he ganado, reconocimiento por parte de los padres de familia y el núcleo educativo en el que laboro.

He dedicado cada instante a la manera más sencilla de hacer que el grupo aprenda a atender y obedecer, para que luego los pequeños puedan adquirir con facilidad los conocimientos, que sus futuros maestros necesitan que aprendan.

En mi comunidad educativa, acojo con agrado todas las sugerencias que me ayuden cada día a crecer como persona. Me enfrento positivamente a las diversas situaciones que se presentan, buscando en ellas la manera de enriquecer las relaciones interpersonales, con todos aquellos que participan en el proceso educativo.

Propongo a mis alumnos, mediante la creatividad, infundir en ellos un motivo más para permanecer en las aulas y así tener una oportunidad de progreso en su vida, en forma integral, basada en el principio de la autonomía y la formación en valores.

No solamente he trabajado en preescolar y primaria, sino a nivel de bachillerato y capacitación de adultos, en donde he tenido la oportunidad de comparar los niveles educativos y darme cuenta de que la mayor satisfacción a nivel educativo se tiene con los pequeños de transición, por el deseo que tienen de aprender y compartir experiencias. Lo anterior es un motivo más para permanecer ejerciendo la docencia, es muy satisfactorio desarrollar una labor en la que los resultados se ven y me motiva a seguir estudiando, porque cada día mis alumnos me dejan interrogantes que debo resolver de la mejor forma.

Hoy en día, mi vida se desarrolla como maestra y esposa de un oficial de la marina. Él es una persona que se identifica con mis proyectos, mi forma de ser y principalmente con la enseñanza, en este momento se está preparando en licenciatura de lenguas modernas y a través de él puedo ver que la U está preparando a los docentes con los mejores profesores en el área y elementos para ejercer la enseñanza, me he podido dar cuenta de que la metodología y conocimientos que les

brindan, apuntan a que con creatividad y deseo de superación, transformen la práctica docente y se construya la escuela ideal, donde se conjugue lo disciplinario con el aprendizaje de contenidos llenos de creatividad y socioafectividad. Es decir, crear una escuela única, que cada día brinde nuevas experiencias a sus alumnos y que desarrolle en el niño valores y aptitudes que determinen en el éxito en el aprendizaje.

Caminando con Dios

Elizabeth Calero Cardozo

Un regalo de Dios para mí: mi familia

Todo tiene su tiempo y todo lo que está debajo del cielo su hora.
Tiempo de nacer y tiempo de morir
Eclesiastés 31:2

Es esta una verdad bíblica que se aplica en la existencia de todo ser humano.

Para que se diera mi tiempo de nacer, otras personas jugaron un papel muy importante. Es el caso de mis abuelos maternos. Mi abuela Matilde Cardozo era una niña que a sus escasos 13 años tuvo que enfrentar la crudeza de la vida. Provenía de un hogar sencillo, que se sostenía gracias al ferviente trabajo de sus padres en el campo. Todo parecía muy normal hasta el día en que la vida le proporcionó una de sus más grandes e ingratas sorpresas, la muerte de su madre al dar a luz a uno de sus hermanos. Ella no contó con la dicha de una escuela, ni de conocerlas letras. Cuando sintió el vacío de su madre, conoció lo que era la soledad y el abandono, pues ésta era todo para ella. Frente a esta nueva situación, la alegría y la inocencia fueron desapareciendo de su rostro y sin estar preparada, tuvo que asumir la vida de una persona adulta. Así se lo aconsejó su amiga Carmenza, quién por su mayoría de edad veía las cosas de una manera muy distinta a la de Matilde. Jamás se sabrá que fue lo que motivó a Carmenza a llevar a Matilde al mundo del "rebusque", infortunadamente por un medio no adecuado, la prostitución. A pesar de la ignorancia de Matilde, cuando llegó a Florida,

Valle con su amiga Carmenza, proveniente del Tolima, se dio cuenta que el mundo que le ofrecía su amiga no era el mejor, por ello decidió en el primer día de experiencia, abandonarlo todo y buscar un futuro por sí misma. En busca de ese futuro llegó a Cali, donde procuró de una forma honesta trabajar para sostenerse, pues su gran sueño era progresar y ahorrar dinero para regresar y ayudar a sus hermanos.

Mi abuela contó con la suerte de encontrar personas que de una u otra forma le ofrecieron su apoyo para ubicarse y lograr una estabilidad laboral económica. Sin embargo, también encontró gente ajena a los buenos sentimientos, que con sus actitudes contribuyeron para que esa tierna joven muy pronto se sintiera cansada y anhelara salir de su soledad. Allí empieza una nueva búsqueda, alguien a quién amar y que la amara, pues según escuchaba ella de la gente mayor, cuando una mujer encontraba a un buen hombre solucionaba no solo su soledad, sino hasta los problemas económicos.

Mi abuela el día menos pensado conoció a un hombre de tez negra, alto y hasta simpático, que le llamó la atención. Gilberto Díaz, mi abuelo, conoció el interés del joven corazón de mi abuela y quién empezó a pretenderla. Gilberto era esa clase de hombre, de su época, machista, no muy interesado en adquirir un compromiso. Pero sin darse cuenta sus sentimientos terminaron muy arraigados a Matilde y por ello decidió llevársela a vivir, pues para él era muy diferente esta situación a la de un matrimonio legal. No sintió temor de hacer frente a la situación económica, pues era un hombre que podía trabajar en lo que fuera, bien es cierto que Matilde solucionó su problema económico al irse a vivir con Gilberto, pero también es cierto, conoció de Gilberto el maltrato y el desengaño, ya que él muy pronto empezó a maltratar a mi abuela y a cambiar comida por golpes. Para su sorpresa, Matilde quedó embarazada y esto complicó un poco más la situación.

Al reflexionar sobre su nueva vida, Matilde se dio cuenta que otra vez se había equivocado, pero también se dijo que nunca era tarde para empezar y un día cualquiera, antes de nacer su hijo, se marchó. Esta decisión poco afectó a Gilberto, quién jamás se interesó por saber la suerte de esta mujer y el fruto del supuesto amor que los unió. Ese es el motivo por el cual nunca conocí a mi abuelo.

Mi abuela Matilde asumió con mucho amor y gran responsabilidad la crianza de María Elena su hija y mi madre. Para ello siempre se preocupó por tener una estabilidad laboral, ésta la obtenía con su propio esfuerzo, pues jamás se negó a realizar cualquier clase de trabajo que fuera honesto y le garantizara el sostenimiento de su hija.

Para Matilde el hecho de conocer a Gilberto Díaz, significó recuerdos amargos y fue algo que quiso siempre olvidar, pero esto jamás lo lograría, ya que el solo hecho de mirar a María Elena, le recordaba al hombre que le robó la ilusión de amar, pues la niña tenía rasgos físicos muy parecidos a los de su padre, como el color de la piel.

María Elena fue una niña sobreprotegida por su madre, pues ésta quería llenar en la niña el vacío de su padre. Sin embargo, la sobreprotección hizo daño a la relación madre e hija, situación que llegó a sus límites en el momento en que María Elena creció y conoció el amor.

María Elena, mi madre, compartió como toda joven a sus 15 años con sus amigos del barrio, disfrutaba de los encuentros, de los juegos y porque no decirlo, hasta de los disgustos que tenían entre ellos. Sin darse cuenta asumió un papel muy importante para sus amigos, pues era por así decirlo, la "mensajera de los enamorados", particularmente de Anuar, mi padre, quien era un joven enamorado y que veía un día bonita a Flor, pero al día siguiente quizás veía mejor a María. Era allí donde María Elena era muy oportuna, pues para ella no había problema en llevarle hoy los saludos y mensajes a Flor y mañana a María. En este ir y venir, María Elena participaba en sus clases de modistería, las cuales decidió tomar después de terminar primaria.

Para corresponder a los favores que recibía Anuar de María Elena, la llevaba en su bicicleta hasta su lugar de estudio y en el camino tenían tiempo para hablar de las enamoradas de él y sus reacciones frente a los mensajes que les llevaba María Elena.

Inicialmente todo se veía muy normal en la vida de María Elena con amigos como Anuar, que la llenaban de alegría con sus travesuras y nuevos inventos, aunque ella notaba la diferencia entre sus amigos del barrio y los que encontraba en la iglesia bautista, lugar a donde su mamá la llevaba y que ella frecuentaba desde sus más tiernos años, cuando una vecina invitó a su madre a que asistiera. A partir de ese día

nunca dejaron de asistir. Es de anotar que María Elena iba a la iglesia bautista más por un compromiso con su mamá, que por su propia voluntad. Ella se sentía más a gusto con sus amigos del barrio, pues le permitía vivir momentos de picardía propios de la juventud.

En 1961, en una de sus conversaciones con Anuar, María Elena le comentó su parecer en relación con los continuos mensajes que él les enviaba a diferentes chicas. Le dijo que ella lo consideraba una persona seria, pero que le parecía extraña esa actitud de estar enviando mensajes a todas las chicas, lo que no era acorde con su personalidad seria y le aconsejó que mejor dejara esa costumbre, pues esto desdecía mucho de él. Para Anuar este comentario fue trascendental, pues lo motivó a dar un cambio en este aspecto. Decidió pues, solo enviar mensajes a su amiga Elena, mensajes de amistad sincera que los unía y que de allí en adelante lo inspiró, al contemplar la sencillez y el desinterés que le ofrecía María Elena como una mujer atractiva e interesante, la cual valía la pena conocer más y profundizar en un sentimiento más profundo que la amistad.

Empezó a visitarla en su casa con más frecuencia. Al principio doña Matilde lo aceptó como un amigo más de su hija, a tal punto que lo invitó para que las acompañara a la iglesia bautista. Él accedió a la invitación para sentirse más cerca de María Elena y ganarse la confianza de doña Matilde. Sin embargo, a pesar de su formalidad, cuando reveló sus verdaderos sentimientos, esto no le sirvió de nada ante doña Matilde, que al ver a su hija pretendida se llenó de ansiedad y temor, pues no quería que se repitieran en la vida de su hija su historia. Pero como decía el sabio Salomón: “Fuerte como la muerte es el amor” (Cantares, 8:6), y fue el verdadero amor el que surgió del corazón de Anuar y María Elena y fue ese amor el que los llevó a luchar y a enfrentarse contra todo con tal de no separarse jamás. Así lo prometieron el día 5 de septiembre de 1964 frente al altar de la Iglesia Católica Santísima Trinidad. Promesa que han hecho cumplir ante la prosperidad y la dificultad, no importando los tropiezos, como la pobreza y el continuo rechazo de doña Matilde a Anuar. Este rechazo lo fundamentaba no solo en el miedo de que su hija también fuera maltratada y desengañada. En los primeros años de convivencia de la pareja, doña Matilde al tenerlos viviendo en su casa, percibió a su yerno como un joven tranquilo y sin aspiraciones,

características que creía no le permitían ofrecer un buen futuro a su hija y a sus futuros nietos. Por eso no dudó en decirle a María Elena que de solo amor no se vivía, a lo cual María Elena le dio poca importancia.

Además de encontrar el amor de su vida, encontró el papá que nunca tuvo. María Elena se sentía bien viviendo en casa de su mamá, pues allí tenía en una forma sencilla lo que materialmente necesitaba, todo proporcionado por su madre, por lo tanto le gustaba el amor, que le ofrecía Anuar y nunca le exigió más que eso, amor. Esta pareja vivió su experiencia familiar con muchas privaciones y pobrezas y en ese contexto nacieron tres hijos: Edinson, Derly y yo. Soy la menor de mis hermanos.

La experiencia de ser padres ya les había dado muchas satisfacciones a mis papás. Pensar en un tercer hijo era difícil por la situación económica y el hacinamiento que ya se vivía en la casa de la abuela, donde estaban todos los tíos con sus correspondientes familias. Sin embargo, cuando se conoció que un nuevo bebé llegaría a la familia, éste se aceptó con mucho amor. Se hicieron los preparativos correspondientes a una familia humilde que quería brindar lo mejor al nuevo miembro de la familia que muy pronto llegaría.

Mis primeros pasos con Dios

Mi infancia

El 14 de diciembre de 1967 mi madre María Elena se sentía un poco extraña, pues no tenía voluntad para hacer las cosas y cualquier ruido de sus dos pequeños hijos la molestaba. De pronto se dio cuenta de que su estado anímico se debía a que había llegado el momento del nuevo nacimiento. Pronto llegaron las contracciones y Anuar la acompañó al ISS de La Uribe, donde en un parto normal a las 3:15 p.m. se anunció mi nacimiento.

Era una niña pequeña de tez blanca, ojos oscuros y abundante cabello. Para mi familia, mi nacimiento trajo mucha alegría y no causé mayor novedad, pues yo me caracterizaba por ser muy tranquila y solo lloraba en casos de extrema necesidad como hambre u otras molestias mayores.

Mis primeros nueve meses como bebé transcurrieron con los cambios normales que experimenta todo recién nacido. Es de anotar que en mi caso, mi viveza y rápido desarrollo fue notorio para todos, al punto de llegar a sorprenderse, pues a mis nueve meses desarrollé capacidades de una niña de mayor edad. Fue justamente a esa edad cuando dije la primera palabra: "Papá". Esta primera palabra fue la premonición de una relación muy estrecha entre papá y yo.

A mis nueve meses de nacimiento empecé a dar mis primeros pasos, los cuales no fueron muy firmes hasta los cuatro años, pues a pesar de que corría y jugaba, era muy usual que me cayera con facilidad. Situación que a la familia en general le llamó la atención y pronto me dieron el apelativo de patas de muñeca.

Por ser la menor de la casa, fui una niña muy mimada, a la cual siempre se le complacía en todos sus caprichos. Uno de ellos, era el de chupar dedo. Esta costumbre la tomó mamá como herramienta para calmar mi llanto, ya fuera por ausencia de mi padre, que había salido de cacería o de pesca o por el rechazo de mis hermanos al querer impedir que yo participara en sus juegos. Mi madre al verme llorar para calmarme me indicaba que chupara el dedo y me acostara a dormir. Fui creciendo y cada vez más se notaba el parecido con mi madre y mi abuelo Gilberto. Mi piel era tan morena como la de ellos.

Todos me recuerdan cuando niña por ser mimada, llorona y traviesa. Una de esas travesuras que vale la pena resaltar, fue el día en que todos los moradores de la casa se inquietaron al enterarse de que yo me había introducido una pepita de un collar en mi oído derecho. Mis padres hicieron todo lo posible por auxiliarme, pero ante la imposibilidad de sacarme la pepita, decidieron llevarme al médico, quien intentó solucionar el problema mediante tortuosos lavados de oído, concluyendo que el caso era de operación. Anuar, mi padre, se negó rotundamente a someterme al bisturí del cirujano, por el temor a que yo perdiera el oído, por eso decidió acudir a donde mi tío William. Con mucha paciencia los dos se ingeniaron un método casero para resolver la situación. Fue así que con un pequeño alambre de teléfono lograron tener éxito en su intento. Todos pensaron que esta amarga experiencia había sido una gran lección para mis travesuras, sin embargo seguí caracterizándome por ser una niña muy curiosa, quería saber qué había

dentro de las cosas, por qué las cosas tenían ciertas formas o colores, etc. Era normal que me encontrara tratando de romper un bolocho[1] para saber qué tenía por dentro.

Mi tío Raúl era muy cariñoso con todos los sobrinos, en especial conmigo, pues además de ser su sobrina, soy su ahijada. En expresión de cariño, mi tío Raúl reunía a todos los sobrinos en casa el día domingo para darle a cada uno un peso para gastar en mecato. Uno de esos domingos, después de un acalorado día de trabajo, el tío Raúl llego a casa y reunió a todos los pequeños para darles lo prometido. Después de ver la sonrisa de satisfacción en cada sobrino, sintió un vacío, porque faltaba alguien muy especial, yo. Al preguntar por mí, tanto mis primos como mis hermanos respondieron que debía estar en algún rincón jugando sola, pues estaba aburrida, porque ellos no querían admitirme en sus juegos, ya que todos me consideraban una llorona. Inmediatamente mi tío se dio a la tarea de buscarme. Cuán grande fue su sorpresa, pues me encontró en un rincón de la casa jugando con varios granitos de maíz y de fríjol. Al mirarme percibió que algo me estaba pasando, pues me veía muy asustada. Pronto descubrió que tenía un grano de fríjol atrapado en mi nariz. La paz del domingo terminó allí. Rápidamente los adultos que estaban en casa acudieron para auxiliarme, unos con palabras de consuelo y otros con palabras de regaño por mi travesura. Pero finalmente fueron papá y mi tío Raúl, los que con la ayuda de un depilador lograron sacarme del aprieto.

Mis años escolares

Pronto llegó el 14 de diciembre, el día de mi cumpleaños, todo trascurrió normal, pero al final del día, mi padre, después de tener gran éxito en la pesca en la tarde, me llamó y me llevó al parque del barrio. Allí habló conmigo para explicarme que ya se acercaba el tiempo en que debía acompañar a mis hermanos a la escuela. Esto me inquietó mucho, pues tenía claridad sobre lo que realmente se hacía allí. Papá con palabras sencillas me hizo entender que el llevarme a la escuela era el mejor regalo que podían darme, ya que como éramos una familia

[1] Bolas para jugar los niños a las canicas, en algunos lugares les llaman boliche o bolocho.

pobre, solo podía darme una buena educación, para que así tuviera un mejor futuro y algún día pudiera salir de la pobreza.

Guardé estas palabras en mi mente infantil y las interpreté a mi manera. Para mí ir a la escuela significó sencillamente algo bonito y anhelaba que pronto llegara ese día. Pero fue grande mi sorpresa cuando mis padres intentaron matricularme a primero y no lo lograron, porque yo tenía tan solo seis años. Esto me desconsoló. En vista de mi situación, mis hermanos decidieron enseñarme a jugar a la escuela y así fue que durante todo ese año en nuestros juegos de rutina estaba incluido el de la escuela.

Mi hermana me designó desde un comienzo como la profesora, pero el problema era que yo nunca había visto como actuaba una, así que mi hermana se encargaba de decirme todo lo que yo debía hacer. A este juego se unieron mis primos y algunos vecinos de la casa. Sin imaginármelo, de repente, un día en medio del juego una de mis amigas, la vecina, María Gertrudis decidió que yo no debía ser más la profesora y que ella debía ocupar ese lugar. Ante esta insinuación los demás niños se opusieron argumentando que no había profesoras negras, pues María Gertrudis pertenecía a esa raza.

Parece ser que la niña nunca se había sentido rechazada por su color. Así que María prorrumpió en llanto y empezó a decir que yo, aunque no era exactamente igual a ella, también era oscura. Por un momento la sentí mi rival y estaba dispuesta a todo menos a dejarme quitar mi lugar. Pero el incontrolable llanto de María y la profunda tristeza que manifestó alejándose del grupo y ubicándose en un rincón, movieron mi infantil corazón y solo por ese día intercedí con mis amigos para que la dejaran ser la profesora. Esta actitud fue el comienzo de una lejana pero bonita amistad.

Los días, las semanas, los meses pasaron velozmente y muy pronto me encontré una tarde con mamá y papá en el centro de Cali muy preocupados, tratando de hacer alcanzar el dinero para comprar los cuadernos y uniformes tanto para mis hermanos como para mí. Al comienzo pensé que se trataba de unos juguetes más para mis juegos de la escuela, pero luego entendí que no se trataba de ningún juego, pues ya mamá me había matriculado en primero de primaria en la Escuela Alfonso López Pumarejo.

Una noche mi mamá me explicó que debía acostarme temprano, porque al día siguiente iniciaría mis clases en la escuela. También me contó que a partir de ese día me llevaría a la escuela y que yo debería quedarme allá. No me gustó mucho la idea, pues en el año anterior mis hermanos habían ido a la escuela y yo me quedaba en la casa en compañía de mi mamá, pero ante la expectativa de mi uniforme, mis cuadernos y mi lonchera, me llené de emoción y quise que amaneciera muy pronto.

A la mañana siguiente todo me pareció raro, empezando porque me despertaron más temprano que de costumbre. Nunca me había puesto un uniforme, me veía tan linda, tan limpia y muy especial con mis dos trenzas. Tanto era mi entusiasmo, que ni para desayunar solté mi lonchera y esto despertó algo especial en mí papá, quién me despidió con un fuerte abrazo, un largo beso y una hermosa frase: "Mi curicuri[2] que estés muy feliz en tu primer día de clase".

Sin esperar más, tomada de la mano de mi mamá nos dirigimos a la escuela, no sabría explicar exactamente qué sucedió ese día, pero durante el largo camino hacia la escuela mi entusiasmo fue muriendo poco a poco y se convirtió en una profunda tristeza, un terrible miedo cuando observé aquel grande edificio de la escuela. Me sentí muy pequeñita e indefensa, sentí que todo atentaba contra mí y que mi felicidad infantil se veía amenazada por ese lugar.

En esos segundos extrañé a mi padre, a mi abuela, a mis primos, a todos los de la casa y a la casa en sí. Quise salir corriendo y huir de ese lugar, pero la voz de mi madre me despertó de mi ensimismamiento, pues me hizo notar lo bonito de la escuela, el lindo jardín, los corredores tan limpios, los salones grandes y hermosos. Todo lo vi bonito, porque sentía la presencia de mi madre.

Una mujer muy alta y elegante se acercó y nos saludó, era la profesora Sol Ángel, quién me explicó que sería mi profesora. Cuando mamá se despidió y quiso dejarme, nuevamente sentí miedo, pensé que me abandonaría y que nunca volvería por mí, sentí de todo y nuevamente ya no me pareció tan agradable el lugar, ni la profesora. Ésta

[2] Curicuri es una palabra que papá se inventó para llamarme con dulzura.

con el objetivo de consolarme, me mostró la imagen de la virgen que estaba en el patio de la escuela y me dijo que ella me acompañaría, que no tuviera miedo. Lo que la profesora no supo es que al tratar de consolarme, lo que logró fue inspirarme más miedo, pues yo no estaba acostumbrada a ver esas imágenes, ya que asistía a la iglesia bautista de mi abuela Matilde y aunque allí me hablaban de la virgen, nunca había visto una imagen como esta. Pronto solté el llanto y me aferré a la falda de mi madre, suplicándole que no me dejara en ese lugar. La profesora me arrancó de mi madre y me llevó al salón de clase. Allí, al ver a mis compañeros tuve más miedo, porque era muchos niños, entonces lloré más fuerte. En un instante indescriptible mi actitud cambió cuando la profesora Sol Ángel con un grito me sentó en un pupitre bipersonal, me ordenó que me callara. No hubo más llanto, ahora todo era un silencio rotundo. En el fondo de mi ser había un miedo indescifrable, ese mismo miedo que me obligó a guardar mis lágrimas y a obedecer a esa mujer tan alta, que empezó a dar órdenes.

Al final de la jornada escolar me sentí nuevamente emocionada al observar que mi madre regresaba por mí. Fue tanta la alegría, que olvidé mis útiles y mi lonchera por salir al encuentro de mamá. Fue allí, en ese momento, cuando comprendí que el ir a la escuela no significaba el abandono de mis padres.

Cuando llegué a casa, mi papá, mi abuela y todos los grandes que vivían allí me recibieron con expectativa. Recuerdo que papá, con gran entusiasmo observó mis trazos con el lápiz en el cuaderno. Esto me motivó profundamente, ya no me pareció tan mala la idea de regresar a la escuela. Fueron pasando los días y pronto conocí las primeras letras y los primeros números. Todo parecía normal, seguí la rutina tradicional de ir y volver a la escuela en compañía de mamá o papá. Ya casi para finalizar el año hubo algo que nuevamente cambió mi ánimo y me causó mucha tristeza. Una mañana de camino a la escuela mamá me explicó que no podía volver a recogerme, que en su lugar lo haría mi tía Myriam o mi tía Leonor, ya que por las muchas necesidades de mi familia, ella tenía que empezar a trabajar. No fue fácil acostumbrarme a la ausencia de mamá en las tardes, pero poco a poco acepté la nueva situación gracias al cariño y cuidado que me ofrecían mis tías. Pero sin duda alguna, lo que más me ayudó a superar estas y otras dificultades

infantiles fue la profunda relación que sostenía con mis padres, pues a pesar de querer mucho a mamá, nadie podía ocupar el lugar de papá. Él era mi héroe, mi amigo, mi confidente, mi todo. A él llegaban mis quejas, mis secretos, mis tristezas y también mis alegrías. A pesar de que él se ausentara, era tan íntima nuestra relación, que siempre podía sentir su presencia.

Cierto día en la escuela la profesora Sol Ángel consideró que yo no estaba muy atenta en la clase, pues al ponerme a leer confundía la letra g con c, asunto que la llenó de indignación y sin darme oportunidad llevó a castigarme. Tuve mucho miedo, pues muchas veces observé cómo castigaban a mis compañeros golpeándoles las manos con una regla. Todo para mí se convirtió en confusión, mi pequeño cuerpecito comenzó a temblar y mis manos no cesaban de sudar. No podía aceptar que ahora fuera yo castigada, pues a mi parecer no entendía cuál era mi error, yo estaba segura que la g sonaba como c. Me llamó la atención que la profesora Sol Ángel no se acercara con una regla, sino que en lugar de ello hablara con una voz muy fuerte, la misma voz que me sentó y me mandó a callar el primer día de clase. Me ordenó que me hiciese en una esquina del salón mirando la a pared.

Para mí fue un gran alivio y acepté con gusto el castigo. Ese mismo día nació allí uno de mis pequeños secretos infantiles, el cual solo conoció papá. Cada vez que la profesora me castigaba yo lo disfrutaba en secreto, pues en los ladrillos de la pared yo formaba con mi mirada interesantes figuras, tales como cruz, una estrella, etc. Estoy segura que ninguno de mis compañeros disfrutaba tanto como yo el castigo, pues esto me permitía descansar y poner a volar mi imaginación, a tal punto que con picardía infantil muchas veces, con intención, propicié despertar en la profesora Sol Ángel el grito de castigo para así disfrutar de mi gran secreto.

Al transcurrir los siguientes años de la primaria hubo una situación que me marcó profundamente. Dentro de los programas de la escuela se promovía un movimiento cívico, el cual era integrado por los niños más ordenados de cada grupo. Su función consistía en cuidar el orden y la deslumbrante limpieza de los corredores de la escuela. Tanto en segundo como en tercero y cuarto de primaria, muchas veces pertenecí a ese grupo, pues para mí era un privilegio. Lo fue especialmente

cuando cursé segundo de primaria, pues mi profesora Rosmira dejó notar su preferencia y cariño por mí. De tal manera, que yo me convertí en su colaboradora permanente y por ende, en persona poco querida por mis demás compañeros, ya que mi presencia para ellos representaba el peligro de ser descubiertos por la profesora en sus picardías, pues yo todo se le informaba. Sin embargo, no me importó el desprecio de ellos, me parecía muy poquito precio frente al privilegio de ser la líder del movimiento cívico de mi salón y la niña consentida de la profesora, quien al mismo tiempo era la directora de la escuela. Ese consentimiento fue muy notorio el día en que unos señores fueron a tomar fotografías de cada uno de los niños para vendérselas a los padres como recuerdo de los años escolares de sus hijos.

Mis padres estaban en una difícil situación económica y por lo tanto, no pudieron comprar la foto, ante tal situación la profesora Rosmira decidió comprarla y regalármela, pues al fin y al cabo yo era su alumna consentida.

Tengo que anotar, sin embargo, que no todo fue alegría y privilegio, pues en otros años experimenté la tristeza infantil de verme ubicada en la fila de los malos o los regulares, según las clasificaciones que hacía cada profesora con sus alumnos en el salón de clase. Por lo general, estuve en esas filas no por ser desordenada o indisciplinada, sino por no poner empeño en lo académico. Sin embargo, esta era una situación que duraba poco tiempo, pues mi destacado orden y mi buen comportamiento pronto me hicieron merecedora de la izada de la bandera.

En cuarto de primaria, la escuela organizó un reinado en el cual se elegía en cada curso una niña merecedora de representar a su grupo. La niña se destacaba no tanto por su belleza física, sino por sus cualidades especiales. Durante la campaña del reinado cada candidata con sus compañeros de clase y en coordinación con cada profesora del curso, organizaba diferentes eventos para recolectar fondos. Finalmente, ganaba el reinado la candidata que hubiera recolectado más dinero. Estos dineros eran utilizados para arreglos y adecuaciones de la escuela. Con esta experiencia experimenté una nueva alegría y un nuevo privilegio al ser elegida durante ese año como la reina de la escuela.

Pero como en los cuentos de hadas, no hay felicidad completa para una reina. En mi caso, mi orgullo infantil de ser reina, se vio herido por el aprovechamiento, la manipulación y el chantaje de que fui objeto por parte de mi hermana mayor Derly. Ella era una niña muy glotona y le fascinaba mecatear[3] en todo momento. Es así como no le alcanzaba el dinero que mamá le daba para recreo para satisfacer sus gastos, ella me obligaba a que yo le diera lo que a mí me habían dado. Esta situación se repitió durante todo el año, hasta el día en que la profesora Nancy descubrió la mala actitud de mi hermana y se la dio a conocer a mi mamá, quien inmediatamente tomó las medidas necesarias para solucionar el problema. Ante esta nueva situación no pude vencer la tentación de sentirme como una reina rescatada por su príncipe y fue así como la última semana del año escolar disfruté tranquilamente de mi recreo.

Las vacaciones de este año fueron muy significativas en mi vida, pues en mi rutina de juego siempre ocupaba el primer lugar el juego de la profesora.

Una mañana fría y lluviosa me encontraba jugando con mis primos y algunos vecinos. Ellos como alumnos y yo como profesora. Como había mucha lluvia agregué nuevos elementos a mi juego. Uno de ellos fue que por el frío no dejé salir a mis supuestos alumnos al descanso. Como era de esperarse, mis amiguitos de juego se rebelaron. Yo asumí una actitud de profundo enojo y decidí que como profesora los castigaría. Para sorpresa mía lo aceptaron como algo divertido. De repente, me di cuenta que papá y mamá me estaban observando y finalmente se decidieron a preguntarme si realmente me gustaría ser profesora de verdad, a lo que les contesté con gran entusiasmo, que me gustaría crecer rápido y cumplir mi sueño de trabajar en esa escuela y ser la mejor profesora del mundo. Ellos se sorprendieron con mi respuesta, pero también manifestaron alegría por mi buen deseo.

A mediados de junio, un lunes por la mañana, mi mamá me invitó a que fuéramos a matricularme al quinto grado de primaria. Yo con la alegría, me alisté y salí en compañía de mamá, pero noté algo diferente.

---

[3] Comer golosinas como dulces, papitas, rosquillas, etc. Es decir cosas que no nutren el cuerpo humano.

No nos dirigíamos a mi escuela de siempre y aún más sorprendente, fue el hecho de que abordáramos un bus. Inmediatamente pregunté a dónde nos dirigíamos. Mamá me contestó con otra pregunta: "¿De verdad quieres ser profesora?", y yo le contesté que sí. Ella me explicó que para lograr ese sueño, yo tendría que estudiar en una escuela especial y que la vecina Amparo le había dicho dónde quedaba la escuela.

No puedo explicar con las palabras exactas cuán grande fue mi emoción, pero también sentí nostalgia al pensar en la escuela y los compañeros que dejaba. Durante el recorrido del bus, recordé muchas cosas lindas de mi escuela y también me pregunté muchas cosas respecto a la nueva escuela.

Llegué a pensar qué pasaría si no me gustaba, cómo serían las profesoras y si podría encontrar nuevos amigos y amigas. De repente, mis pensamientos se vieron interrumpidos al indicar mamá que era el momento de bajarnos del bus. Al hacerlo, mi corazón empezó a latir fuertemente y por un momento, pensé que se salía de mi cuerpo al leer un letrero grande de letras uniformes que decía: Escuela Anexa Martín Restrepo Mejía. Al entrar, me pareció que yo estaba soñando, pues vi unos edificios grandes, unos prados muy limpios, unas canchas de juego muy hermosas y varios buses estacionados en el gran patio. Lo que más me deslumbró fue la grande, hermosa y limpia piscina que había en aquel lugar. Se podría decir que fue amor a primera vista, en ese instante tuve la certeza de que nunca querría salir de allí y me prometí a mí misma que haría todo lo posible por conservar mi lugar en aquella nueva escuela. Pude comprender lo que muchas veces me habían enseñado en la escuela dominical de mi iglesia bautista. "Todo tiene su tiempo y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora". (Eclesiastés, 3:1) Este fue el comienzo de mi gran carrera, fue la hora del inicio de mi preparación como docente y futura maestra de éxito.

La dinámica académica fue totalmente nueva para mí, empezando por el hecho de no tener una sola profesora, sino que la dirección de cada materia estaba a cargo de un profesor diferente. A este hecho puedo recordar que las profesoras y profesores eran llamados en la Normal maestros practicantes, quienes finalmente eran alumnos que se estaban preparando para ser docentes. Es decir, los que también habían elegido la ruta que yo inicié con una proyección futura de

maestra. Solo que había una gran diferencia, yo hasta ahora iniciaba mi camino y ellos ya estaban a punto de terminarlo.

Tanto la nueva dinámica académica, como el cambio de escuela y compañeros causaron en mí un gran choque, el cual fui superando en mi proceso de adaptación. Sin embargo, no logré destacarme como una de las mejores alumnas, tampoco pertenecí al grupo de bajo rendimiento. Se podría decir que mi rendimiento se mantuvo en un término medio, ya que esto era lo mínimo que podía alcanzar para sostenerme en mi sueño, casi fantástico, de pertenecer al grupo de nado sincronizado.

Este grupo lo conformaban únicamente las alumnas que mostraran vocación para este deporte y un rendimiento académico satisfactorio. El pertenecer se constituyó para mí en un sueño hecho realidad, pues como lo describí anteriormente, la gran piscina que observé en mi primera visita a la Normal fue una de las cosas que impactó mi espíritu de niña. Cuando conocí la existencia y condiciones del grupo de nado sincronizado, me propuse como primer y gran objetivo ser parte de ese equipo. Esta actividad llenó mi vida escolar de hermosas experiencias y grandes satisfacciones, como conocer diferentes lugares de mi Valle del Cauca.

Finalmente el equipo de nado sincronizado fue una de las cosas que me hizo enamorarme de mi nueva experiencia escolar y a esta se unía el privilegio de contar con dos recreos. Esta novedad recreativa me permitió disfrutar un poco más del compañerismo y los juegos de niñas, experiencias que no pude disfrutar en mis anteriores años escolares por la continua presencia de mi hermana.

Experimenté una gran libertad al saber que mi hermana no estaba en la misma escuela, allí tuve oportunidad de elegir a mis amigos y gastar sin temor lo que mi mamá me daba para mi recreo. Los juegos durante esos recreos eran diversos como la lleva, los escondites y otros muy interesantes. Sin embargo, entendiendo un poco el camino que había empezado de prepararme para ser profesora ya era menos frecuente en mi juego a la profesora; no obstante, secretamente lo jugábamos con Deisy, una niña de color, que era también compañera de curso. Solíamos dejarnos llevar por la fantasía y una semana ella era la directora y yo la profesora y a la siguiente semana, cambiábamos de turno,

lo interesante del juego era que nuestra escuela era la misma Anexa y los alumnos todos nuestros compañeros, con la gran diferencia de que nadie conocía que formaban parte de nuestro juego.

Es de anotar que no todo fue color de rosa, hubo cosas que me desagradaron profundamente, una de ellas fue el hecho de sentirme obligada a asistir a misa, pues para mí era una experiencia novedosa y a la vez sin sentido. ¿Por qué? Desde muy pequeña mi experiencia religiosa fue orientada por mi abuela materna, quien pertenecía a la Iglesia Bautista Redentor y a donde me llevaban cada domingo. Allí aprendí de Dios y fui formada en los principios éticos, morales y cristianos. Por otra parte, se me enseñó a adorar, alabar y hablar con Dios de una forma diferente. Por eso, yo no le encontraba sentido al hecho de repetir algunos rezos durante la misa, pues me había acostumbrado a hablar con Dios como un amigo. Es decir, con mis propias palabras y mi propio sentir. Sin embargo, asistía a la misa regularmente todos los viernes, porque entendía que era una obligación académica más.

Es así que logré culminar la primaria, etapa sobrecargada de interesantes experiencias infantiles. Allí mismo inicié dos etapas interesantes de mi vida; el paso de mi niñez a la adolescencia y el inicio del bachillerato.

Mi vida al servicio de Dios

Adolescencia, juventud y edad adulta

En una calurosa mañana de septiembre de 1980 y a mis 12 años de edad cumplidos, tuve mi primera clase en la Normal Nacional de Señoritas en la ciudad de Cali. Sentía mucha emoción al dar los primeros pasos de mi bachillerato. La directora de grupo extendió un saludo de bienvenida a las cuarenta niñas que ocupábamos ese salón. Fue una experiencia interesante, pues aunque muchas de esas niñas habían sido mis compañeras de la Anexa, había otras que apenas empezaba a conocer. Todas nosotras habíamos pasado por un proceso de selección para ganar un cupo en la Normal, entre ellas yo. Pues fuimos las afortunadas ganadoras de esos tres cupos por medio de una rifa, es decir que quedamos exoneradas de presentar examen de admisión.

Durante ese año la Normal contaba con 11 grupos de primero de bachillerato, los cuales tenían el reto de conservar su lugar hasta el sexto grado.

Los primeros tres años de bachillerato fueron dedicados a la parte teórica referente a la preparación de clase, metodología, pedagogías, elaboración de currículos, etc. Cada profesor jugó un papel muy importante en mi preparación teórica como docente, pues su enseñanza no se limitaba solo a la teoría, sino a los valores prácticos que como docentes los caracterizaba a cada uno. Se podría decir que pude mantener mi lugar una vez más sin destacarme entre las mejores, pero tampoco entre las de menor rendimiento académico. Lo que sí confirmé cada día de clase fue mi hambre y sed por entrar a la práctica docente. Pues lo que antes era un juego para mí, yo soñaba con convertirlo en realidad, a pesar de mi temor de ser evaluada por mis profesores. Mis clases fueron conjugadas con mis prácticas de nado sincronizado, práctica que me motivaba a sostenerme académicamente además de mi profunda vocación de ser maestra.

Sin embargo, no todo era estudio ni deporte. Los fines de semana acompañaba a mi abuela Matilde a las reuniones de la Iglesia Bautista el Redentor. Allí había programas especiales para las adolescentes, en los cuales yo participaba, teniendo la precaución de no comprometerme mucho, pues temía que al hacerlo, tuviera que desligarme de algunas amistades y actividades propias de mi edad, pero ajenas a las costumbres de la iglesia. Me agradaba participar en los juegos de basquetbol de barrio, al igual que acompañar a los muchachos en sus partidos de fútbol. Actividades que solo podía realizar después de cumplir con mis deberes académicos y de ayudar a mamá en las labores de la casa y con la respectiva autorización de mi papá.

Esta etapa de muchos cambios, mi paso de niña a mujer, marcó mi vida, porque empecé a experimentar cosas nuevas. Por ejemplo, mi nuevo gusto en los juegos y también en mis amistades. Se podría decir que yo era una niña común y corriente, sin embargo una tarde de juegos en mi barrio alguien me hizo sentir que no era tan común y corriente, me hizo notar lo especial que había en mí. Sin darme cuenta, empecé a disfrutar de los cambios de mi cuerpo, que aunque al comienzo eran incómodos para mí, terminé conviviendo con ellos.

Guillermo fue quien una tarde, de forma inocente y sencilla, describió lo atractiva que me estaban haciendo esos cambios. Mi tez morena conjugaba muy bien con mi delgado, pero bien formado cuerpo, cosa que le llamó la atención no solo a Guillermo, sino a otros chicos del barrio. Sin embargo, yo notaba también esos cambios en mis amigas, entonces, ¿qué era lo especial en mí? Según Guillermo, un chico de tan solo 14 años, vecino desde mis más tiernos años y alguien que nunca traté sino hasta esa tarde, veía en mis ojos una magia especial de transparencia e inocencia. Él comentaba que por el hecho de yo ser una niña con buenos principios y tan amante de Dios, había una belleza especial en mí. Esa belleza que se lleva en el espíritu. Parece ser que mi nuevo amigo llevaba ya algún tiempo observándome. Me llamó la atención su forma de analizar y reflexionar. El era un chico sencillo, alto, negro, de ojos grandes, negros y profundos, su cabello lacio y su perfil bien marcado daban las facciones de un futuro hombre muy atractivo. Sin darme cuenta, despertó en mí la primera chispa de lo que se podría llamar mi primera ilusión sentimental. Fue así como dimos comienzo a un amor de colegiales, con la precaución de que nuestros padres no se enteraran, pues a nuestra edad no era algo bien visto. Esta relación me permitió compartir las primeras aventuras y travesuras de adolescencia. Logramos sostener esta relación durante cuatro años. Durante ese tiempo, creí en la pureza e inocencia del amor, entregué mis sentimientos con transparencia, pues hasta allí no conocía los desengaños cotidianos que nos regala la humanidad. Solo entendí un poco esa realidad cuando a mis 15 años, descubrí la relación clandestina que sostenía mi supuesto novio y mi mejor amiga. ¡Qué desengaño!

La inocente niña se convirtió en la más incrédula y desconfiada. Conociendo de esa manera tan dolorosa, de la humanidad podría esperar cualquier cosa. No creía justo el haber sido tan sincera y tan fiel y que todos esos sentimientos no hubiesen sido valorados lo suficiente por mi amiga y por el que creí que me brindaba un amor sincero. Allí aprendí a tener precaución en las nuevas relaciones que iniciara.

A finales de tercero y durante todo el cuarto de bachillerato, nos desplazábamos a las escuelas afiliadas a la Normal para observar las clases coordinadas por las maestras consejeras, quienes eran las titulares de cada aula y a su vez dirigían a las maestras practicantes, quienes eran las alumnas de quinto y sexto de la Normal. La función de

nosotras las alumnas de tercero y cuarto de bachillerato era diligenciar un formato de evaluación concerniente a la materia, tema, actividades y responsable de cada clase que observábamos. Esto lo realizábamos una vez por semana y entregábamos los formatos evaluativos a la profesora Luz Marina Zúñiga, coordinadora de práctica.

En esos años adquirí fuertemente el hábito de la lectura, sin duda era algo que ya estaba sembrado en mí desde mi primer año de primaria cuando aprendí a leer. Empecé a adquirir un buen desarrollo en esta etapa mencionada, no solamente por mi interés de leer sobre pedagogía para mejorar mi calidad de aprendizaje, sino también por el interés en la investigación bíblica que sembró en mí la iglesia bautista. De allí se desprende el hecho de organizar dentro de mis horarios cotidianos tiempo para leer. Mi relación con la iglesia bautista continuó en una rutina de asistencia, pero igualmente sin compromiso y ahora por un motivo más especial, mi nuevo novio.

Meses antes de terminar mi relación con Guillermo, en un partido de fútbol del barrio, me llamó la atención el arquero de nuestro equipo y para mi sorpresa resultó ser amigo de Guillermo, quien al final del partido me lo presentó. Fue así como conocí a Alexander. Él era un joven que me llevaba cinco años de edad y se veía muy interesante. Asistió a mi fiesta de 15 años y le concedí el privilegio de bailar el primer disco conmigo. Fue como un sueño y ese sueño dio paso a un noviazgo de cuatro años. En realidad, lo que me atraía de él era su físico, porque en el fondo era una persona sin aspiraciones intelectuales. Le gustaba que yo estudiara, pero cuando yo sugería que él lo hiciera, se limitaba a contestar que tenía buen trabajo y buena plata, por lo tanto no necesitaba estudiar, según él.

Todo parecía muy bien, era esa clase de relación donde había mucha armonía. Esta solo se veía interrumpida por mi asistencia a la iglesia bautista. Él solo me acompañó a una reunión de jóvenes cristianos, allí bostezó y al final de la reunión, me dijo que nunca más volvería, que no le gustaba. Sin embargo, yo seguí asistiendo aunque con menos frecuencia por la influencia de él, pues por lo general me tocaba decidir entre ir a la iglesia o salir con él y esto solo era posible los fines de semana. Mis compromisos académicos y mi entrenamiento del equipo de nado sincronizado no me daban lugar a estar con él.

A pesar de la desagradable experiencia que tuve con mi primer novio, entregué una vez más mis sentimientos con toda sinceridad, aunque de una manera más profunda que la primera vez, tal fue mi entrega, que adquirí el hábito de escribir cada día algo de nuestra relación. Fue a la persona que le dediqué más versos de mi inspiración y sin darme cuenta me convertí en una constante escritora de versos y poemas. Infortunadamente, las cosas no siguieron el curso que yo hubiera deseado, realmente fue un final muy triste y frustrante del cual no quiero dar más detalles, a pesar de los años despierta en mi un gran dolor. Solo sé que lo amé con locura y dedicación y creí después, que de tal desengaño no sería capaz de continuar con una vida normal.

Esta ruptura tuvo lugar en uno de los momentos más importantes de mi vida. Sin embargo, doy gracias a Dios, porque él me ayudó a sostenerme, pues los años de quinto y sexto estaban dedicados únicamente a la práctica docente y era allí donde necesitaba corroborar mi vocación y decidir mi camino profesional. Sin embargo, Alexander alcanzó a estar presente para el tiempo de mi graduación, aunque la relación venía en proceso de decadencia

Hubo momentos durante mi práctica docente, que dudé de mi elección académica. Me sentía triste, llena de temores y de un poco de inseguridad, me preguntaba a mí misma: "¿Me gusta lo que hago?, ¿será que lo estoy haciendo bien?", preguntas como estas iban y venían en mi cabeza, en especial cuando recibía alguna nota de observación y corrección por parte de mi coordinadora de práctica.

Sin embargo, tomaba nuevamente ánimo al recordar el texto bíblico donde Jesús dijo a sus discípulos: "Lo que yo hago no lo entiendes ahora, más lo entenderás después". (Juan, 13:7) Esto me motivaba, pues entendía que cuando estuviera ejerciendo como maestra titular comprendería el por qué de tantas observaciones y correcciones.

No puedo dejar de mencionar mi primera experiencia como maestra practicante, esto tuvo lugar en la escuela Anexa a la Normal Marco Fidel Suárez. Preparé una clase de ciencias naturales para un grupo de quinto de primaria, puse todo mi empeño en la preparación teórica y lógicamente, yo soñaba con tener un buen éxito. Al llegar a la escuela, me sentía presa de los nervios y esta situación aumentó al ingresar al salón de clase y encontrarme con la frialdad de un profesor que ni

siquiera me saludó y se limitó a decirme empiece. Realmente, hasta el día de hoy, no sé qué dije en esa clase, tan solo tengo conciencia de que aparentemente hice todo lo contrario de lo que había preparado. Me fue imposible el control de la disciplina y por un momento, pensé que tanto los alumnos como el profesor se habían puesto de acuerdo para sabotear la clase y burlarse de mí.

Finalmente, me confundí tanto, que no pude terminar la clase y para suerte mía sonó el timbre para recreo y el profesor Armando Viáfara ordenó a los alumnos que salieran. Al encontrarme sola con él tuve miedo, pues él me había brindado confianza. Sentí su mirada profunda y de pronto, con una sonrisa, me invitó a sentarme y me preguntó: "¿Qué te pasó?". Yo rompí en llanto y le contesté: "Yo creo que no sirvo para esto, mire cómo me fue de mal". Él colocó su mano en mi hombro y me dijo: "Tranquila que lo mismo me pasó a mi cuando empecé en este cuento como docente". Además me advirtió: "Esto no es nada para lo que te falta en tus prácticas. En esta oportunidad, no te colocaré ninguna observación, quiero que repitas toda la clase de hoy, mañana con las observaciones orales que te he dado". Yo me sentí un poco más aliviada después del diálogo con él, recogí mis cosas y me fui para la casa. Cuando llegué, como siempre mi mamá me estaba esperando con la pregunta: "¿Cómo te fue en este día de clase?". La abracé, lloré y le dije: "Muy mal, fue todo un fracaso". Mis padres se asustaron mucho y me pidieron que les contara con detalles. Después de escucharme, me consolaron y me dieron palabras de ánimo.

Al caer la noche, pude conocer lo que fue mi primer desvelo, pues no pude dormir pensando en cómo podía dictar esas clases. Lo interesante es que no fue en vano mi desvelo, pues al intentarlo nuevamente, me fue muy bien en mi práctica. Este hecho se repitió durante varias oportunidades, donde en algunas ocasiones me felicitaban y en otras me corregían, pero todo redundó en bien de mi preparación docente.

Ya casi concluyendo mi bachillerato, a mitad del sexto año, recibí una invitación que me llenó de mucha motivación. La Iglesia Bautista Redentor donde yo asistía regularmente, decidió abrir un preescolar y me invitaron para ser la profesora titular. Fue un proceso muy hermoso, pues este proyecto era coordinado por el pastor Pablo Moreno y algunos líderes de la iglesia. Ellos me apoyaron mucho y me

dieron la oportunidad de colocarle el nombre al colegio, que llamé Colegio Bautista Pequeñines. Fue un año de muchas expectativas y grandes esfuerzos, pues a la vez que estudiaba durante la mañana, en la tarde asumía mi responsabilidad como profesora del colegio. Tal era mi compromiso que no alcanzaba a ir hasta la casa para cambiarme y almorzar, por eso mi mamá me llevaba el almuerzo y la ropa para cambiarme en el colegio. Ella asumió esa rutina con mucho gusto, pues se sentía orgullosa de ver a su hija como profesora. Para mí también fue satisfactorio el apoyo y la asesoría recibidos por parte de mis maestras consejeras. Se podría decir que a ellas les debo mucho el que yo haya podido asumir ese compromiso con responsabilidad.

Recuerdo que yo realicé esta primera experiencia como docente con mucho amor, al punto que no me interesaba gastar parte de mi sueldo en materiales necesarios para el mejor desarrollo de las clases, ya que el colegio, por su precaria situación económica no alcanzaba a cubrir todas las necesidades. Algo que me motivaba mucho era la confianza que me tenían los padres y también los directivos de la iglesia, solo por el hecho de yo ser normalista.

Mi primer grupo del Colegio Bautista Pequeñines lo conformaban 12 niños de los cuales la mitad eran de raza negra. Todas las familias eran de escasos recursos. Este grupo me llenó de grandes satisfacciones, pues adquirí más confianza en mí misma como docente. Mi sueño no era ganarme un salario, sino consolidarme en mi decisión profesional, pues si bien es cierto que muchas veces dudé de mi vocación y en otras creí que todo lo hacía presionada por mi familia, también es cierto que en mi primera práctica como maestra titular confirmé que había sido llamada para el magisterio, no solo por mis dones y talentos, sino por mi aptitud general.

Trabajar con niños de raza negra, creó en mí muchas expectativas, pues había escuchado que eran niños difíciles; también me había dejado influenciar con las ideas de algunos racistas que señalaban a la raza negra como de menos capacidad. Sin embargo, por la influencia del cristianismo en mi vida, donde se enseña a no hacer excepción de personas y que todos somos iguales delante de Dios, decidí hacer a un lado los perjuicios y darme la oportunidad de elaborar mi propio concepto por la experiencia.

Después de tres años de experiencia pude concluir que los niños negros tienen la misma capacidad que los niños blancos, simplemente que por cultura o no sé qué motivo, ellos tienden a dejarse llevar más por la pereza. Claro está, que hay que hacer salvedad de que no es una norma en todos los niños negros, pues en los blancos también se presenta este fenómeno, pero no de una manera tan marcada. De todas formas, para mí fueran blancos o negros eran mi especial objetivo, pues era muy satisfactorio observar tanto en los unos como en los otros los logros alcanzados. Es decir, darme cuenta que para ellos servía como maestra.

Mi relación con la iglesia para ese entonces no se limitó solo en lo laboral, sino que empecé a participar un poco más de lleno en las actividades de la misma, quizá movida por mi búsqueda de consuelo y apoyo después de mi decepción amorosa. Finalmente este acercamiento con la iglesia me permitió conocer al ser más maravilloso que dio sentido a mi existencia, Jesús. Él llenó en mí los vacíos y sanó las heridas que a pesar de mi juventud ya había recibido de la vida. Esta nueva relación de intimidad con Jesús, me permitió amar más mi trabajo y lograr más satisfacciones de él.

Mi jefe inmediato en el Colegio Bautista Pequeñines, era el pastor de la iglesia, Pablo Moreno, quien finalmente se convirtió en un gran amigo. Él me orientó oportunamente en medio de mi confusión sentimental.

Mi experiencia laboral también se vio enriquecida por la práctica que tuve en el Colegio Mi Segundo Hogar, pues a los dos años de trabajar en Pequeñines, acepté colaborar durante la segunda jornada en el colegio mencionado. Es así, como trabajé durante un año en dos colegios simultáneamente.

Siempre trabajé con los grupos de preescolar y primero, pues me sentía especialmente atraída por los niños de esas edades y tenía fluidez y talento para llegar a ellos.

La amistad con Pablo Moreno, sin darme cuenta tomó un nuevo rumbo, pues un día percibí que él no me miraba tan solo como amiga, sino como algo más. Al darme cuenta de esto, no me agradó la idea, porque yo aún no lograba olvidar a mi ex novio, tal era el caso, que en

algunas oportunidades hablando con Pablo lo llamaba por el nombre de Alexander. Por otra parte, yo era consciente de la posición de Pablo. Él era un pastor y por ende, un hombre que al buscar un noviazgo tenía como propósito firme el matrimonio. Yo no me podía imaginar como esposa de un pastor, pues esto implicaba un gran compromiso, no solo con él, sino también con Dios, con la iglesia y con la comunidad; por lo tanto, yo me veía muy joven y sin la suficiente experiencia para asumir tal reto. Pero como dice la Escritura: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos". (Isaías, 55:8) Finalmente y después de un proceso de enamoramiento me casé con Pablo Moreno, el 15 de julio de 1989 en la capilla del Seminario Bautista de Cali. Como fruto de esa unión tuvimos a nuestras dos hermosas hijas, Érica que actualmente tiene siete años y Daniela de dos años.

La experiencia como madre me permitió crecer y reafirmarme una vez más en mi vocación como docente, pues pienso que para mis hijas además de ser mamá he sido su amiga y maestra. Por su parte, Pablo me ha enriquecido con su amor, su profesionalismo y paciente ministerio familiar en nuestro pequeño hogar. Por esto y por mucho más, desde el tiempo en el que decidí unir mi vida a la de Pablo, lo he visto a él como el pastor, el amigo, el esposo y el amante ideal. Todo lo anterior pareciera un ideal, pero tengo el privilegio de afirmar que a pesar de desavenencias y dificultades normales de una pareja, hemos gozado de momentos de intensa felicidad y todo gracias a nuestra oportunidad e inteligente decisión de hacer de Dios, nuestro guiador y consejero permanente.

Después de regresar de mi luna de miel, me encontré con una grata sorpresa, mi amiga María Luisa Navarro trabajaba como docente en la Escuela Codenal San Pedro y ahora se veía en la necesidad de abandonar su cargo por el traslado de su esposo a Bogotá. La sorpresa consistió en que ella me invitó para que pasara papeles y me presentara como candidata para reemplazarla. Inicialmente sentí nostalgia por mi Colegio Bautista Pequeñines, pero inmediatamente recordé que el colegio ya iba rodando en forma satisfactoria y ya no era necesaria mi presencia. Pensé que era bueno darme una nueva oportunidad de dejar huella como docente en otro lugar. Al enterarme que el grupo que yo tomaría era primero no dudé más en presentar mis papeles.

Cuando conocí la escuela y su historia, confirmé más mi deseo de trabajar allí. La Escuela San Pedro de Codenal se encuentra ubicada en el barrio San Pedro Claver, comuna suroriental de Cali, vecina del distrito de Aguablanca. El barrio San Pedro, era antiguo territorio de invasión. La escuela participó en la invasión a través de la profesora María Claudia Ramírez de raza negra, quién con el apoyo de otros invasores, construyó en ese terreno una ramada donde empezaría a funcionar la escuela. Ella recibió ayuda de algunas damas de la alta sociedad de Cali y poco a poco se fue construyendo lo que hoy es la Escuela Codenal San Pedro.

La mayoría de habitantes del barrio son personas de raza negra y de escasos recursos económicos. Por otra parte, presentan un grado de escolaridad mínima, algunos de ellos en estado de analfabetismo. Su sustento lo derivan del trabajo como vendedores ambulantes, obreros de construcción, empleadas domésticas y oficios varios. Como en todos estos barrios del suroriente de la ciudad, hay mucha delincuencia, jóvenes pandilleros y grupos consumidores de droga en las esquinas y calles aledañas a las escuelas.

Sin embargo, a pesar de los múltiples problemas que presenta la comunidad, es de admirar su empeño y empuje por sacar adelante su barrio. Han sido muy unidos cuando de proyectos comunitarios de progreso se trata. Un fiel ejemplo de esto se presentó cuando la escuela tuvo la necesidad de hacer política para lograr que sus profesoras pasaran de contrato a ser nombradas oficialmente por el municipio de Cali. Es así como cada padre de familia se comprometió a conseguir votos que apoyaran a los políticos que necesitaban una curul, donde nos pudieran dar el apoyo municipal que necesitaba la escuela. En esa oportunidad, maestras y padres de familia conformamos un grupo sólido de apoyo a algunos líderes políticos, que nos ofrecían perspectivas de progreso para la escuela y la comunidad. Fue a través de estas ayudas que finalmente en enero de 1990, la administración municipal se hizo cargo de esta escuela, del sostenimiento de la planta física y de la contratación y pago de la planta de profesoras.

Nuestro contrato era renovado cada seis meses, nos pagaban un salario integral con el que no teníamos derecho a ninguna seguridad en la permanencia de nuestro cargo, como tampoco a beneficios

prestacionales. Así estuvimos por un lapso de varios años, hasta que el sindicato y las nuevas políticas del municipio de Cali decidieron nombrar en propiedad a todos los docentes municipales que veníamos trabajando por contrato durante varios años.

En enero 11 de 1995, obtuve el nombramiento como docente municipal. Se podría decir que la mayor parte de mi experiencia como docente la he realizado en la Codenal San Pedro. Esta escuela es pequeña, tiene cinco aulas para niños, tres baños para niñas, una pieza pequeña para Nancy, la comodataria de la escuela, dos proveedores de agua de una dirección y una bodega pequeña para los materiales. Cada salón está dotado de pupitres bipersonales, un tablero y un *locker* mediano, donde se guardan los materiales de los alumnos. Esta escuela ha entregado varias promociones de alumnos, todos pertenecientes a la comunidad antes mencionada.

En mi labor como docente, además de dictar clases, tengo otras funciones, entre ellas el control de la disciplina una vez por semana. Para cumplir con esta función lo hago de acuerdo a un criterio muy personal y por lo cual he sido criticada en varias oportunidades por mis compañeras. Normalmente se acostumbra a que los alumnos formen en filas por orden de grupo, después de estar formados se presentan las observaciones del día y luego se envían a clase. Particularmente, yo no estoy de acuerdo con este método, porque considero que es una manera más de implantar una especie de régimen militar al niño, negándole la oportunidad de ser él mismo y propiciando circunstancias que alimenten el espíritu de violencia, que ya traen de sus hogares, donde la mayoría de las veces, antes de llegar a la escuela ya han recibido una buena dosis de gritos y de órdenes.

Por lo anterior, yo acostumbro a enviar a los alumnos directamente a sus respectivos salones para que tengan un espacio para compartir con sus profesoras algún tema diferente a los cotidianos de clase. ¿Y qué pasa con las observaciones que hay que dar cuando están en la fila los alumnos? Pues me siento más satisfecha al ir de salón en salón y dar las observaciones de acuerdo a la circunstancia de cada grupo, permitiéndome así, un contacto más personal no solo con mis compañeras de trabajo, sino también con los demás alumnos que no pertenecen a mi salón.

Hay otras funciones como: la izada de la bandera, elaborar una vez por reunión el acta de reuniones de docentes y asistir a las capacitaciones citadas por el jefe de núcleo. Éstas en sí son parte de la rutina, pero de todas maneras procuro desempeñarlas, colocando lo mejor de mí en cada una de ellas. No igual sucede con la atención de la tienda escolar que me corresponde una vez al mes. Ya que no estoy de acuerdo con el proceso que se sigue para adquirir los productos a vender, no creo justo que se les pida a los alumnos los productos para vendérselos a ellos mismos. Claro está que se les pide lo que voluntariamente ellos quieran traer; sin embargo, de acuerdo a mis criterios, no me parece correcto. De todas maneras, lo hago para no ir en contra de las normas directivas, pues hasta donde esté a mi alcance siempre defenderé la armonía. ¡Y qué decir de la cartelera! Reconozco que en mí hay talento y creatividad para hacer carteleras, pero soy consciente de que elaborar la cartelera de la escuela cuando me corresponde, se ha constituido para mí en un dolor de cabeza. ¿Por qué? Sencillamente porque quisiera hacerla con toda la libertad posible, pero a veces me he sentido presionada por los criterios y gustos de algunas compañeras. A parte de esto creo que los dueños de la cartelera son los alumnos y que nosotras las docentes deberíamos utilizar tan valioso recurso para promover la creatividad y el desarrollo de los niños, pero en fin, al igual que con el caso de la tienda, trato de ajustarme a las normas de la institución.

En el manejo interno de la disciplina de mi aula de clase procuro hacerla basada en los valores de justicia, de veracidad, honradez, amor, solidaridad, etc. Por lo tanto, a pesar de siempre haber tenido el grupo de primero de primaria, donde hay niños entre seis a ocho años de edad, procuro que en su mente infantil encuentren cabida esos valores. Por lo general, mis ex alumnos y alumnos recuerdan los temas de primero: “Como quiero que me traten a mí, yo trato al otro”, “Respeto para que me respeten”. Bien lo dice la escritura: “Instruye al niño en su camino”, y aún cuando estén estos temas basados en la doctrina cristiana, son bien vistos tanto por católicos como por no católicos. Así me lo han hecho saber los padres de familia en algunas oportunidades, quienes además de sentirse satisfechos por los logros académicos alcanzados por sus hijos, se sienten muy agradecidos por los cambios vistos en el comportamiento de sus pequeños, por la influencia de los

valores cristianos en sus mentes. Esta experiencia me ha permitido consolidar buenas relaciones tanto con los padres de familia, como con mis compañeras de trabajo. Sin embargo no todo es perfecto, hay algunos caracteres que de acuerdo a su personalidad, alimentan algunos sentimientos dañinos para ellos mismos, como para quienes los rodean. Esta situación se me ha presentado con una de mis compañeras, infortunadamente hasta el día de hoy desconozco los motivos que la han llevado a asumir una actitud egoísta y poco amigable para conmigo. De todas maneras, he intentado acercarme a ella y servirle con el mismo interés que lo hago con los demás. Sin embargo, como persona madura entiendo y acepto que no es obligación de todas las personas querernos de la misma manera, por ello enseño y trato de practicar la tolerancia y el respeto.

La relación con mis alumnos me ha permitido ser niña, ser amiga, ser madre y ser docente. Ellos me han aceptado y querido y con ello me han brindado las más grandes satisfacciones como persona y como docente. Es increíble para mí la fusión que se ha presentado con mis alumnos, pues a pesar de las circunstancias de cada uno, hay cosas que nos identifican y nos unen como grupo. Me fascina ver el espíritu alegre y el ritmo de la música que corre por la sangre de la mayoría de mis alumnos negros, pero me frustra terriblemente el hecho de que la mayoría de las veces ellos prefieran entregar su cuerpo y su mente al ritmo del rap y la salsa, que a realizar algún ejercicio de lectura, escritura o matemáticas.

Este último hecho es uno más que me afirma en la convicción de que el niño de raza negra está más dispuesto a todo lo que implique diversión, que a las mismas actividades académicas, no porque no sea inteligente, más bien diría que es la predisposición de su cultura negra. Esta es una de las razones que me motivó a continuar mis estudios pedagógicos. Fue así como ingresé a la Universidad Santo Tomás, a realizar mi licenciatura en educación primaria y promoción de la comunidad, porque estaba convencida que a través de los nuevos conocimientos y las investigaciones que realizara iba a adquirir nuevas herramientas, que me permitieran aplicar las metodologías pedagógicas de acuerdo a las necesidades y proyecciones de la comunidad. Afortunadamente no me decepcioné en mi proyección, pues durante el desarrollo de mis

estudios y después de mi graduación, he logrado ver nuevos frutos gracias a la oportuna y buena inversión que he realizado con estos. Sin embargo, no puedo decir que lo he logrado profesionalmente, pues en los asuntos pedagógicos todavía hay mucha tela que cortar.

Ahora, al escribir mi biografía me he convencido más sobre mi interés y deseo de profundizar en las formas apropiadas para conocer y ayudar a los niños de raza negra.

Tras las huellas de una vida

Aleyda Meneses Muñoz

La diferencia entre lo excelente y lo bueno
es un poco más de esfuerzo.

La Rayuela de don Fefo

Tras los sucios cristales de la ventanilla, veo pasar los árboles, guayabos, mangos, almendros, cachimbos[1], lentos como el paso de *La Rayuela*, la buseta que conduce don Fefo, como cariñosamente llaman los muchachos al conductor que todas las mañanas nos transporta desde Santander hasta Guachené, lugar donde trabajo como maestra.

Don Fefo es uno de aquellos personajes que silenciosamente se ganan la fama y el aprecio de muchos. Él, un hombre pequeño, cuarentón, un indio en medio de una comunidad negra, fue el único capaz de establecer las rutas de transporte que todos habían ensayado y que para nadie fueron rentables. Un día, de repente, apareció con su vieja buseta crema y rojo y empezó no solo a transportar a las personas que necesitan desplazarse entre Santander y Guachené, sino a servir de correo y mandadero de todos. Desde entonces, es él quien compra el galón de petróleo para el *Esso* Candela de doña María, el bulto de engorde para los pollos de don Etelvino, la remesa para la tienda de la esquina, además de que lleva, de aquí para allá, los mensajes, las cartas, los papelitos, las listas, los recados, las razones, las excusas, los amores y desamores de un pueblo que estaba urgido de un correo

[1] Árboles propios de las regiones de clima cálido.

seguro y confiable que siempre pasa a la misma hora, con la misma lentitud de siempre.

Estoy convencida de que si García Márquez lo conociera, lo raptaría para llevarlo a habitar en uno de aquellos calurosos pueblos de sus cuentos. Don Fefo no tiene afanes, no sufre de mal genio, no discute ni contradice, ni siquiera cuando nosotros, los profesores que viajamos todos los días con él y que por eso a veces nos creemos dueños del carro, le reprochamos su lentitud, lo culpamos de nuestra llegada tarde, le gritamos que espere al compañero que levanta la mano allá a tres cuadras, le pedimos que cambie la música, le reclamamos porque espera y porque no espera. En fin, él sigue allí, como si no escuchara, como si nada en este mundo pudiera afectarlo, conduciendo parsimoniosamente mientras tortura nuestros oídos con los quejumbrosos amores de Darío Gómez[2] o con el estruendoso escándalo de *La Recocha*[3].

Casi siempre llegamos tarde al colegio. Cinco, diez o quince minutos, a pesar de que la buseta arranca de Santander a las 6:30 de la mañana y más aún, a pesar de que yo debo salir de mi casa a las 6:10 por tardar, para alcanzar a recorrer, qué digo, a correr, los dos kilómetros que separan mi casa del lugar donde nos espera *La Rayuela.*

Sin embargo, sé que aunque me tarde una hora y media en llegar a mi trabajo, tenemos un transporte que está esperándonos sin falta todos los días, desde hace casi dos años. Antes, cuando a don Fefo todavía no se le ocurría la idea de cambiar su linda casa por *La Rayuela*, nuestro viaje era incierto. No sabíamos ni el tiempo, ni la clase de carro, ni la hora de llegada, ni siquiera la ruta que tendríamos que seguir para llegar al colegio y menos aún para regresar a casa.

Durante mucho tiempo nuestro único transporte fueron las volquetas que van al río Palo a asaltar el banco de arena y balasto que hay allí, utilizado para pavimentar, calles y carreteras de otros lugares, para que personas extrañas disfruten del asfalto, mientras los guacheneseños se quedan con los huecos y se ahogan en el polvo que levantan a su paso los pesados vehículos.

---

2 Cantante popular de música carrilera.

3 Programa radial.

Cuando todavía no contábamos con *La Rayuela* nos tocaba viajar apretujadas contra el conductor después de rogarle a más de uno para que nos llevase. Al final, casi siempre mis compañeras debían cargarme para poder viajar todas en la cabina, porque si no teníamos que irnos en el volco[4] sobre el material que transportaban.

Cuando terminábamos la jornada, muchas veces caminábamos hasta el río bajo el calcinante sol de la una de la tarde. Allí debíamos esperar, con el hambre reflejada en el rostro y defendiéndonos de la nube de mosquitos que encontraban en nuestras piernas su sangriento banquete, otra volqueta que fuera a Santander o siquiera hasta Caloto, la cabecera municipal. En muchas ocasiones, después de una o dos horas de infructuosa espera, decidíamos regresar al pueblo a buscar los llamados "cusumbos" o "guanábanas", los carros más chatarra[5] que he visto en mi vida y que servían de transporte entre Guachené y Puerto Tejada. El viaje en ellos implicaba —o implica porque aún sobreviven muchos— someterse a un baño de polvo continuo, acompañado por el penetrante olor a gasolina que emanaba del galón que, con frecuencia, llevábamos a nuestros pies.

Al apearnos del carro nos habíamos convertido en seres extraños. A mí a veces me producía mucha risa ver a mis compañeros tan empolvados como si estuvieran recién sacadas del cuarto de San Alejo, pero a veces también sentía rabia, porque creía que ya era suficiente con vivir a orillas de una carretera destapada como para, de sobremesa, tener que transitar por una similar todos los días hasta mi trabajo. Pasaba de la rabia al desconsuelo, sobre todo cuando mi mamá me veía llegar toda sucia y me decía con asombro: "¡Ay mija, parece que la hubieran tenido colgada!".

Todos estos ires y venires me han dejado ya una herencia: una laringitis que cada vez me quebranta más la voz, una escoliosis lumbar que me tuvo tirada en una cama casi un mes sin poder sentarme y una piel que, sobre todo en los veranos, se me marchita a pasos agigantados, confundiéndose con el paisaje agreste y desolado que se puede observar en esos días. En las temporadas de lluvia y en la época de

4 Parte trasera de la volqueta, donde se carga el material.

5 Expresión que indica viejo y desvencijado.

vacaciones, renace mi piel junto con los árboles y los pastos, con el río Palo que es lo más bonito que tiene Guachené y con todos los riachuelos y quebraditas que en verano casi desaparecen. Lo único que he podido salvar de las inclemencias del clima es mi cabello, gracias a que adopté una de las costumbres de la región.

Cuando llegué a Guachené —de eso hace ocho años— creía que las únicas que usaban pañoletas eran algunas faranduleras, las chicas gomelas y las mujeres negras quienes la usaban para taparse los rulos. Yo, ni era farandulera, ni era gomela, ni era negra, ni me colocaba rulos, pero igual terminé usándola —aunque en principio me daba pena hacerlo— al comprobar que si no lo hacía, llegaba a mi casa con el cabello tan quieto como el de mis alumnos.

Una "blanca" entre negros: mi experiencia en Guachené

No era esa la única idea equivocada que yo tenía. En octubre de 1990 obtuve mi título de licenciada en literatura y lengua española, en la Universidad del Cauca. A finales de ese mes, estando todavía en Popayán, recibí una llamada de mi mamá, quien entonces asistía a algunas reuniones políticas, ante la inminente necesidad de que yo consiguiera trabajo. La noticia que me dio fue que había una plaza en el área de español, en Guachené. Cuando oí mencionar ese nombre, pensé que mi mamá estaba bromeando. No era la primera vez que lo escuchaba, pero siempre había creído que Guachené era una invención del negro Palomino[6] para amenizar sus cuentos. Por eso tuve que preguntar por todos los detalles y confieso que me sorprendió saber que aquella localidad quedaba tan cerca de Santander. Mi sorpresa aumentó cuando, después de haber ido a presentarme, la rectora del colegio me informó que todos los días salía un bus a las siete de la mañana. En ese tiempo había una ruta de buses que salía de Santander y llegaba a Puerto Tejada, dando la vuelta por Guachené. Solo duró hasta que el puente sobre el río Palo se quebró. Para mí era increíble que hubiera pasajeros que quisieran o tuvieran que viajar a aquel lugar tan desconocido. Después me di cuenta que la desconocida y la que desconocía muchas cosas era yo.

[6] Humorista nacido en Guachené.

Debo decir también que hubo otra cosa que me sorprendió. A pesar que desde los ocho años vivo en Santander, pueblo donde conviven personas pertenecientes a todos los grupos étnicos, jamás me había detenido a pensar que, así como existen reservas indígenas, también existen pueblos de comunidades negras. Mi conocimiento sobre ello se remontaba y limitaba a la historia colombiana que, fugazmente, nombra los palenques. Por eso mi primer día, día de reunión de padres de familia para completar, me sentí como dice mi mamá: "Como parche donde no es el dolor", ante tantas personas negras juntas, mirándome, escuchándome, escudriñándome, mientras las mil agujas del susto se clavaban en mi estómago.

Fue la misma sensación que tuve hace veintitrés años, cuando mi familia y yo fuimos a vivir a Santander.

Mi padre, por cuestiones de trabajo, se pasaba siempre de traslado en traslado, lo que hizo que nosotros nos acostumbráramos a no ser de ninguna parte. En cualquier momento, llegaba a la casa con la noticia de que lo habían trasladado y eso significaba abandonar muchas cosas: los lugares, los árboles, los animales, los vecinos, los amigos y para mí en ese año, también la escuela.

Habíamos vivido en muchas partes, yendo y viniendo del Huila al Cauca alternativamente. El último traslado de mi papá fue precisamente de Popayán a Santander. A pesar de haber andado tanto a mis ocho años, no sabía de la existencia de personas negras pues jamás en mi vida había visto una.

Por eso cuando el camión del trasteo se parqueó frente a la casa donde íbamos a vivir en Santander, y yo, que venía en la parte trasera, me dejé llevar por la curiosidad y saqué mi cabeza de en medio de todos los trebejos[7] que llevábamos, mis ojos se desorbitaron. En el andén de aquella casa y de las vecinas, había una hilera de niños negros, mirando el camión, curiosos también por saber quiénes llegaban en él.

Mis hermanos y yo nos bajamos del carro y los continuamos mirando con extrañeza, pero en una mente infantil tan sana como era la nuestra en aquella época, ni siquiera existía la idea de discriminación, así que

[7] Utensilios, trastos.

comprendimos rápidamente, mucho más rápido de lo que pudieron o quisieron comprenderlo los españoles hace más de quinientos años, que ellos eran tan humanos y tan niños como nosotros.

Muy pronto, con la facilidad que tienen los niños para hacer amigos, compartíamos juegos y peleas, sobre todo en las noches cuando todos salíamos a jugar al yeimi o a la líber.[8]

No siempre fue fácil la convivencia. En una cuadra donde mi familia era la única "blanca", existía cierta resistencia hacia nosotros de parte de algunos vecinos, la cual trataban de transmitir a sus hijos con frases como: "No se junten con esos amarillos HP".

Por ese resentimiento ancestral que algunos no han podido superar, tal vez producto de su falta de instrucción, tuvimos que sufrir cuatro años en los que no dejaron de llover las piedras sobre mi casa y en los que solo bajo el cuidado de nuestros padres podíamos salir a jugar porque, de lo contrario, éramos víctimas de maldades supuestamente infantiles, como aquella en la que me esperaron para llenarme el cabello de cadillos[9] o aquella otra en la que atisbaron a uno de los gemelos para romperle la cabeza de una pedrada.

De todas maneras, con maldades o sin ellas, nosotros disfrutábamos de los juegos, de los chistes y de la alegría de aquellos niños, entre los cuales hubo algunos cuya amistad sobrevivió al resentimiento y al tiempo, para permanecer hasta hoy como mis grandes amigos.

Desde esa época la raza negra se integró a mi vida, representada en compañeros, vecinos y amigos. Incluso recuerdo que mi primer amor, ese amor de los quince años, fue un muchacho alto, delgado, muy apuesto y negro. Para mí no importaba el color de su piel, sino aquellos ojos de mirada profunda que me hablaban de todas las cosas que su timidez y la mía no permitían decir con palabras. Fue un amor limpio y callado, un amor enmarcado en el más puro romanticismo, un amor sin caricias, sin besos, como el de Efraín y María, novela que en esos días releía con deleite. Muy pronto aquel amor se quedó atrás pero me dejó en el alma un grato sabor a comunión con los seres humanos sin importar la raza que en el horno divino les haya correspondido.

---

8 Juegos infantiles que se realizan utilizando trozos de teja y una pelota.

9 Fruto en forma de espina que se adhiere a la piel y a la ropa.

Un hecho que para mí es significativo en este aspecto es el par de excompañeras del bachillerato, con quienes aún conservo una estrecha amistad. La una, blanca, muy blanca, de hermosos ojos verdes y de una inteligencia clara y juguetona; la otra, una negra linda, de carácter fuerte, una luchadora infatigable que, estoy segura, llegará muy alto.

Ellas dos y yo, compañeras desde segundo de bachillerato, hemos sido amigas inseparables, a pesar de que en el plano académico fuéramos rivales. Entre nosotras existía la más sana competencia. Trabajábamos juntas, resolvíamos las inquietudes en conjunto y, al final, disfrutábamos mucho con la expectativa de saber cuál de las tres había sacado la mejor nota. No había envidias ni peleas, a pesar de que cada una tenía sus propias "seguidoras" entre las compañeras e, incluso, entre algunos profesores. Al finalizar el año, yo siempre me quedaba con el primer puesto, como lo hice durante los once años de primaria y secundaria y después incluso, durante algunos semestres en la universidad. Sin embargo, para nosotras lo importante no era quién ganaba sino lo bien que la pasábamos durante la competencia.

Nos graduamos de bachilleres y de ahí en adelante la vida nos ha llevado por senderos distintos; la primera está radicada en Bogotá desde hace algún tiempo y es una gran economista. La otra vive en Cali, es profesora de idiomas y está terminando su magister en lingüística. Las dos, estudiosas y disciplinadas, alcanzan cada día nuevos triunfos, que yo celebro con la misma alegría desprevenida con la que ellas disfrutaron los míos en nuestra etapa estudiantil.

Cada una de nosotras vive ocupada en sus cosas y por eso, y obviamente por la distancia, casi no nos vemos y rara vez hablamos por teléfono. Sin embargo, hemos institucionalizado una fecha que no es precisamente el 12 de octubre, Día de la Raza. Ella reúne a tres personas de distintas razas, de distintas clases sociales, de distinta ideología, con un sentimiento invariable: la amistad.

Es así como desde hace trece años nos encontramos indefectiblemente todos los 31 de diciembre, a las tres de la tarde, en la casa de Fabiolín, como llamamos cariñosamente a la que es profesora de idiomas. El pretexto es celebrar su cumpleaños, pero realmente nosotras llevamos la intención de contar experiencias, de vestirnos de

informalidad, de despojarnos de todos los secretos y compartir con las amigas de siempre las amarguras y alegrías guardadas durante un año.

En las cuatro o cinco horas que dura la reunión, una reunión de tres solamente, se ventilan, en un ambiente festivo, todos los temas, los trascendentales y los que no lo son, los relatos más variados, desde las satisfacciones personales hasta las más intrincadas historias de amor. Allí nos encontramos, cada año más maduras, más solteras y también más dispuestas a reírnos de una vida que a veces nos hace subir como palmeras tras el encanto de una ilusión, para luego dejarnos caer como cocos en un estrepitoso desengaño.

Es este un momento especial que nos sirve, no solo para reiterar nuestra amistad, sino también para fortalecer el espíritu, porque cada una ha aprendido que el humor es el único que puede hacer de cualquier problema, un problema menor.

Así pues, desde niña me he rodeado de personas de distintos grupos étnicos, de distintas posiciones frente a la vida, con quienes he entablado relaciones muy cercanas, lo cual me ha permitido ampliar mi visión respecto de los conflictos humanos. Esto es importante si se tiene en cuenta que ser maestro exige una vasta capacidad de comprensión, de "ponerse en los zapatos del otro" y entender el por qué de sus actitudes para empezar a buscar soluciones.

Grandes dosis de humor he necesitado muchas veces en mi trabajo como maestra. Recuerdo, de una manera especial, aquel día, hace unos tres o cuatro años, que habían citado a una reunión de profesores de ambas jornadas. El motivo de la reunión yo lo desconocía, así que llegué desprevenidamente, sin mucho entusiasmo, pues siempre he pensado que los maestros somos especialistas en hacer las reuniones más interminables, más tediosas y menos productivas.

Al iniciar la reunión me di cuenta con sorpresa que había sido convocada con el ánimo de que cada uno de nosotros dijera lo que le disgustaba de los demás o, mejor dicho, en lenguaje popular, que sacáramos "los trapitos al sol" en un supuesto esfuerzo por mejorar la convivencia. Yo, si soy sincera, aunque extrañada por el motivo de la reunión, me dispuse a observar uno de los espectáculos de rasgadura de vestiduras que por esa época se presentaban con frecuencia.

Mucho antes de que yo llegara al colegio, según algunas narraciones entre burlescas y emocionadas que he escuchado, las relaciones interpersonales habían sido un poco tensas y las reuniones de profesores se convertían en el espacio ideal para descargar el peso de las broncas germinadas cualquier día, broncas que estallaban en alaridos, pupitrazos, lágrimas y estampidas, como en la mejor de las telenovelas mexicanas. Tanto así que en mi primer día de clases, la primera frase célebre que escuché fue: "Aquí le va bien dependiendo del bando en el que se meta". Después de ocho años, todavía no sé en qué bando me metí, si es que lo hice, pero en todo caso me ha ido bien.

En los días de aquella reunión, las cosas no estaban tan graves; al menos habían desaparecido las lágrimas, pero las relaciones no eran buenas, sencillamente porque los seres humanos perecemos ante el reto de tener la lengua quieta y ello nos acarrea más de un descontento. El chisme, el va y viene, la misma desorganización administrativa del colegio, eran el caldo perfecto para que se cocieran historias y comentarios que terminaban ofendiendo a más de uno, además porque también nos caracteriza una extremada, dramática e inservible susceptibilidad.

Yo aprendí a observar a mis compañeros, a saber cómo reaccionaban, a darme cuenta en qué momento se podían transformar; me aprendí sus razones, sus explicaciones, sus cambios intempestivos de posición; me conozco sus alegrías y sus escándalos, sus agradables bromas y las de doble filo; los interpreto cuando me saludan con un "quiubo" y también con un "buenos días, profesora"; me los aprendí como si fueran personajes de alguna de las novelas psicológicas que tanto me apasionan y por eso he logrado entenderlos, apreciarlos en sus cualidades y disfrutar de su compañía en los momentos en que se relajan y dejan brotar la amistad, inundando mi alma de risa para que ninguno de los dardos que de vez en cuando me lanzan, logren clavarse en mi corazón. Así me había salvaguardado en varias ocasiones, pero esta vez el personaje se me salió del libreto y alcanzó a herirme.

Pues bien, aquella reunión comenzó y tomó la palabra en primera instancia, un compañero hijo de la comunidad guacheneseña y con quien siempre tuve relaciones muy cordiales. Sus palabras me cayeron como un baldado de agua fría. La primera persona que salía

a la palestra era yo, acusada nada más y nada menos que de racismo. Muchas cosas se pasaron por mi mente en esos instantes; muchos sentimientos tambalearon dentro de mí y se tradujeron en una gran ira que me hizo temblar la voz y participar activamente del zafarrancho del que, minutos antes, pretendía disfrutar con toda la calma que me caracteriza.

Entonces recordé a mis amigos negros de la infancia, a Fabiolín y a todos mis alumnos negros a quienes tantas veces les había insistido en que debían amar su raza. No sé por qué, pero en ese momento la acusación me dolía más por ellos que por mí. Yo en realidad jamás había pensado siquiera que algún día fuera a ser señalada como racista. No porque sintiera un inmenso amor por la raza negra, sino porque para mí las personas son valiosas como tales y no por la mayor o menor pigmentación de la piel. De alguna manera, siempre me he sentido por encima de aquellas ideas de discriminación racial que me parece, a las puertas del siglo XXI, los hombres debiéramos haber superado.

Así lo expresé aquel día y aunque al final mi compañero se retractó, estuve disgustada con él un buen tiempo, por no ser capaz de reconocer que una crítica no siempre viene vestida de negro.

En efecto, la razón de su señalamiento consistía en que desde que llegué y como era natural, quise hacer un diagnóstico de los avances y dificultades que tenían mis alumnos en el área y en el proceso de aprendizaje en general. Los resultados no eran nada halagadores: además de que existían y existen aún grandes deficiencias en un proceso fundamental como es la lectoescritura, el problema iba mucho más allá. Los alumnos de sexto grado llegaban al colegio con carencias en lo más elemental del conocimiento. Muchos, por ejemplo, no podían identificar cuál era su primer apellido y jugaban con ellos como si se les pudiera aplicar la propiedad conmutativa; otros ni siquiera lograban escribir correctamente su nombre, pensando tal vez en aquello de que "los nombres propios no tienen ortografía".

El examen de admisión, que en ese tiempo era obligatorio y en cuya elaboración participé durante tres o cuatro años consecutivos, hablaba por sí solo. En el primer año elaboramos un examen acorde con lo que, en nuestra opinión, debían manejar los alumnos que aspiraban ingresar al colegio. El fracaso fue total. En el segundo año se disminuyó

el grado de dificultad, se obviaron conocimientos teóricos y volvimos a fracasar. En el tercer año decidimos elaborar otro tipo de examen; nos documentamos, establecimos los parámetros más elementales de evaluación basándonos en una prueba que había sido aplicada a estudiantes de segundo grado. La verdad es que cuando terminamos el examen y lo leí, pensé que estábamos subestimando a los muchachos. Un hondo desconcierto fue lo que me embargó cuando, una vez más, nos tuvimos que olvidar de la nota mínima y dejar que los recibieran a todos sin tener en cuenta el examen.

En fin, las dificultades eran tales que en mis primeros años de trabajo me sentía como hablando chino cuando dictaba clases y al tratar de leer los escritos de mis alumnos, experimentaba la misma sensación que debieron sentir los arqueólogos ante los indescifrables jeroglíficos egipcios. Era un abismo muy grande el que nos separaba, un abismo que en mí producía angustia, la angustia de pensar que todos mis esfuerzos eran estériles y que, de seguir así, mi conocimiento, mis ganas de hacer bien las cosas, mis ansias de buscar nuevos caminos, se iban a consumir en el mar de la indiferencia, del "no me importa", del "por mí que se caiga el colegio", que algunas veces se ha escapado de los labios de algún compañero que ya se ha dado por vencido.

A pesar de que en principio me mostraba algo tímida en las reuniones, cuando me preguntaban las razones por las cuales tantos estudiantes perdían español, no podía dejar de presentar ante mis compañeros el cuadro de carencias que, a mi modo de ver, no iban a permitir nunca que los muchachos guacheneseños tuvieran un nivel competitivo, como era el sueño de muchos, incluyéndome.

Siempre me he caracterizado por ser directa, algunas veces cruda para decir las cosas, y quizás fue eso lo que motivó a mi compañero a pensar que mis opiniones no eran fruto de un análisis real de la situación, sino de una mezquina posición racial.

No obstante, lo que verdaderamente importa no es quién tiene la razón sino qué podemos hacer colectivamente por una comunidad que pone en nuestras manos a sus hijos, con el ánimo de que nosotros los orientemos en un sendero que para ella también es escabroso: la construcción y apropiación del conocimiento.

Emprendiendo el cambio de metodologías

Muchos han sido los intentos, los caminos iniciados en busca de una respuesta positiva en el aprendizaje de nuestros alumnos. Recuerdo con un cariño especial a mi amiga Ángela, una "sardina" que estuvo trabajando conmigo en el área de español durante cuatro años, a quien involucré en mis esfuerzos y en mis decepciones, quien con esa sonrisa hermosa de las mujeres chocoanas, me decía siempre: "¿Y ahora, qué se te ocurrió?".

Creo que esos cuatro años han sido hasta ahora mi mejor etapa en el colegio, no solo por tener sentada a mi lado la más sincera amistad, sino porque por fin había encontrado alguien que hablaba mi mismo lenguaje.

Vinieron entonces los ensayos; se sucedieron uno tras otro y si seguimos así, serán tantos como los de Thomas Alba Edinson, hasta que algún día se haga la luz.

Empezamos por desconfiar del programa que teníamos de sexto a once, programa que hasta ese momento sacábamos de los textos escolares. Tratamos de determinar la importancia que cada tema podría tener en la formación de nuestros estudiantes y nos dimos cuenta de lo lejos que están esos conocimientos de la realidad de un adolescente.

Entonces empezamos a eliminar temas para enfatizar en aquellos que creíamos podían tener mayor importancia. Ese fue nuestro primer ensayo, pero la verdad es que nos vimos ahogadas por la desmotivación de los muchachos, para quienes seguía siendo más importante la pelea, la bulla, el desorden, que cualquier tema de español.

"Si quieren juego, juego tendrán", nos dijimos y empezamos a buscar y a diseñar dinámicas, juegos de palabras, de agilidad mental, crucigramas, sopas de letras y todo lo que sonara a entretenimiento. ¡Claro! En cierta forma la idea era "inyectarles" el conocimiento sin que se dieran cuenta. Allí nos vimos sorprendidas por otra realidad con la que no contábamos: los muchachos tenían serios problemas para entender y seguir las instrucciones, de tal manera que, en ocasiones, se nos iba la mitad de la clase explicándoles la mecánica del juego, además de que algunas veces se necesitaba, sobre todo en las dinámicas, un buen

manejo espacio-temporal, así que tocó empezar por hacer ejercicios de lateralidad, de los que hacen en preescolar, porque a algunos niños se les dificultaba identificar su derecha e izquierda.

A la par trabajábamos primero con talleres y luego a base de guías, que diseñábamos de la manera más explicativa posible. Sin embargo, no lográbamos motivar suficientemente a los estudiantes, hecho agravado con el bajo nivel de lectura que aún persiste.

Por esos días el colegio me patrocinó para que asistiera a la *Semana del Lenguaje* que se realiza cada año en la Universidad del Cauca. Asistí con verdaderas ansias de encontrar algunas respuestas a mis múltiples interrogantes. Lo cierto es que en ese tipo de actividades se teoriza mucho y sale uno con la tentación de invitar a alguno de los conferencistas —que tan lindo pintan la pedagogía— a que pongan en práctica tan inmejorables teorías, en uno de aquellos grupos atiborrados de muchachos que gritan, que se agreden por insignificancias, que olvidaron la noción de respeto y cuya capacidad para escuchar tiende a desaparecer.

Siempre me ha asaltado la inquietud de por qué cada que asistimos a uno de esos talleres de capacitación o actualización, los ponentes se expresan peyorativamente de la clase magistral, del profesor tradicional, como si al fin y al cabo todos los que ahora somos maestros no hubiésemos sido forjados dentro de ese sistema educativo y, después de todo, no salimos tan mal librados. Lo más paradójico es que, con muy raras excepciones, los conferencistas pretenden hacernos entender qué cosas están *out* pedagógicamente hablando, y para ello se valen de largas y aburridas charlas en las que invariablemente se está poniendo en práctica la clase magistral.

No obstante, en aquella semana y al margen de la teoría, dos experiencias atrajeron poderosamente mi atención: la creación de un espacio dentro del plantel dedicado exclusivamente a la lectura y el desarrollo del programa llamado *Prensa escuela*.

Inmediatamente nos pusimos manos a la obra. Elaboramos un proyecto con miras a implementar el *Rincón de la lectura*; en él establecimos qué tipo de actividades se iban a desarrollar allí y en qué momentos; hicimos la cotización de implementos para organizar y

decorar el lugar de una manera especial; sugerimos el espacio donde se podía establecer y finalmente pasamos el proyecto a la dirección del colegio, donde fue recibido de muy buena gana. Jamás volvimos a saber de él. No lo aceptaron, no lo rechazaron, no lo sé. El hecho es que no hubo espacio, no hubo presupuesto y no hubo ningún *Rincón de la lectura*.

Entonces decidimos emprender camino por otro lado, el del proyecto *Prensa escuela*. Para ello lógicamente era necesario contar con los periódicos. El programa era patrocinado por un diario de Cali y se requería que el colegio se inscribiera para que le fueran enviadas las ediciones diarias del periódico. Tampoco esto fue posible. Sin embargo, nosotras decidimos comprar nuestros periódicos —porque a Guachené no llega ningún tipo de publicación periodística— y llevarlos al colegio para trabajar con los estudiantes.

Fue una época de tijeras, carteleras y recortes por todos lados. La idea era partir de la lectura de noticias para llegar a crear las noticias propias de la región. Era un trabajo difícil, que empezaba con el titular y terminaba con el punto final.

Debo destacar aquí una experiencia. Tenía yo en ese tiempo el español del grado noveno y no había logrado entenderme con el grupo. Eran pocas las clases en que no teníamos un altercado. Según ellos, porque les dictaba rápido o porque no les dictaba, porque no alcanzaban a leer la obra de turno, porque no la entendían, etc. A mi parecer, porque los muchachos no dejaban dar clase, nunca tenían buena disposición para ella, no realizaban los trabajos, etc. El caso es que terminó el primer período y los resultados, como era de esperarse, fueron desastrosos. Ellos estaban muy molestos conmigo y viceversa. Nos unía, sin embargo, una cosa: la preocupación. Ellos no querían seguir perdiendo la materia y a mí me angustiaba que lo hicieran. Eso nos motivó a hablar. Nos sentamos calmadamente a examinar la situación y a buscar las razones por las cuales habíamos llegado a ella y, sobre todo, a plantear algún tipo de solución, porque las cosas definitivamente no podían continuar así. Entonces surgió la propuesta. Teníamos cuatro horas semanales distribuidas en tres clases. Nos dividiríamos las actividades de tal forma, que en una clase yo desarrollara lo que atañe a algunos aspectos gramaticales y de literatura; en la otra los

estudiantes expondrían algunos temas relacionados obviamente con la materia y, en las dos horas restantes, nos dedicaríamos a reforzar la lectoescritura mediante la creación de un periódico. La idea fue aceptada con entusiasmo por todos y, para no hacer largo el cuento, diré que además de que nos hicimos muy buenos amigos, logramos que muchos de los estudiantes que no eran capaces de escribir cinco frases seguidas coherentes, empezaran a redactar noticias, a realizar entrevistas y lecturas en forma bastante aceptable.

En todos los grados, sin embargo, no nos fue tan bien. Buscando otras alternativas nos picó el bicho del teatro[10]. Con la certeza de que nuestros alumnos poseen una gran capacidad histriónica, organizamos actividades en torno al teatro. La dificultad radicaba en que ni Ángela ni yo poseíamos el suficiente conocimiento en este aspecto.

Mi gusto por el teatro venía de mucho tiempo atrás. Cuando era niña no me gustaban las muñecas. Más era el tiempo que mis papás dedicaban a ahorrar para comprarme una, que el que yo me demoraba en dañarlas o en regalarlas. Mi imaginación infantil, en cambio, se sentía atraída por otra cosa: inventar escenas y representarlas. Bien peculiar era, eso sí, que yo jamás asumía el papel de los personajes; me limitaba a disfrazar, maquillar, ensayar y dirigir a mis tres hermanitos, quienes terminaban usando vestidos de mi mamá o míos, con la cara pintarrajeada por todos lados, con moños en sus cabellos y con las uñas llenas de esmalte. Esto nos ocasionó más de un reclamo de mi mamá por gastarle los pocos implementos de maquillaje que tenía y la ira de mi papá quien les gritaba a mis hermanos si era que se querían volver maricas.

Disfrutaba mucho esos instantes en donde mi capacidad creativa aumentaba sus revoluciones. Siempre he sido una observadora minuciosa y ello me servía bastante para indicar a mis hermanos cómo debían interpretar su personaje, aunque yo jamás intentara hacer de actriz en aquellos juegos porque ahí sí afloraba mi timidez.

En la vida real solo en dos ocasiones me tocó actuar. La primera vez cuando cursaba mi primer año de escuela, en el que la profesora se

[10] Expresión que significa dejarse atrapar por una afición.

empeñó en que las mejores del curso representáramos una obra en la que debíamos salir vestidas de viejitas, tosiendo y chupando *bom bom bum*. Eso es lo único que recuerdo. La segundo fue en la universidad, donde como parte del trabajo de grado, debimos representar una de las obras dramáticas de Jairo Aníbal Niño, las cuales eran objeto de nuestro análisis. A pesar de que me fue bien y que lo disfruté mucho, fue difícil para mí porque siempre he preferido estar "detrás de cámara". Por eso el trabajo en el colegio me emocionó tanto. Era la oportunidad de revivir aquellas dotes infantiles de dirección y la verdad es que fue esa la tarea en la que obtuvimos verdaderas y completas satisfacciones.

La idea de representar una obra surgió a raíz de la necesidad de organizar un acto cultural para celebrar el Día del Idioma. Por algunos ejercicios teatrales hechos en clase, sabíamos que nuestros estudiantes eran muy buenos para ello. Así que empezamos por seleccionar, entre todos los alumnos, un grupo que, a nuestro parecer, podría responder a tales propósitos. Teníamos buen ojo para identificar actores potenciales, así que no nos demoramos mucho en la selección.

El segundo paso fue elegir la obra a representar. Debíamos escoger una que agradara al público por su contenido humorístico y por eso nos decidimos por *Las Convulsiones* de Luis Vargas Tejada. Así, con todo entusiasmo, nos dispusimos a realizar el ensayo, el cual consistía simplemente en que cada actor leyera la parte que le correspondía a su personaje.

Ese día volvimos a saborear la decepción. El muchacho que hacía el papel protagónico y en quien teníamos cifradas gran parte de nuestras esperanzas por la gracia innegables que revelaban sus gestos, cursaba el grado décimo y, a pesar de ello, cuando le correspondió su turno, no logró leer correctamente dos versos; no leía, tartamudeaba. Ángela y yo nos mirábamos con desconcierto, haciéndonos la misma pregunta: "¿Cómo habíamos permitido que este muchacho llegara a décimo sin saber leer?".

Salimos bastante desmotivadas del ensayo, dejándoles, sin embargo, la tarea de aprenderse el papel de cada uno. La verdad es que no creíamos que lo lograran, porque el texto era bastante largo —a pesar de que lo habíamos adaptado—, estaba compuesto en verso y con una

lectura tan lenta sería casi imposible aprendérselo. Tuvimos la intención de tirar la toalla[11] ese mismo día. No obstante, decidimos esperar a justificar nuestra renuncia en el siguiente ensayo.

Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando Cirilo, representado por el alumno de décimo, no olvidó uno solo de sus versos. Estábamos atónitas. Creo que ni nosotras lo hubiéramos logrado en tan poco tiempo. Los demás muchachos ya se sabían la mayor parte d su papel, así que empezamos los ensayos con un entusiasmo inusitado.

Trabajábamos casi todas las tardes. En esos dos meses se hizo corriente que yo saliera de mi casa a las seis de la mañana y regresara a las seis de la tarde, sin almorzar, porque hasta ese momento era alérgica al agua impotable de Guachené. Pero eso no me importaba. Tanto para Ángela como para mí ese era un trabajo lúdico y lo disfrutábamos al máximo. Los muchachos ponían todo su esfuerzo y nosotras debíamos corresponder a él. El silencio, el respeto y después el aplauso cerrado del público, fueron el mejor premio para una actuación impecable. Fue una inyección de entusiasmo que nos sirvió para continuar realizando obras de teatro, mimos, concursos, etc., que hacían de los meses anteriores a abril un tiempo en el que sentíamos realmente la satisfacción de ser maestras.

En 1995 se llevó a cabo la única *Semana Cultural* que ha habido en el colegio desde que laboro allí. Nunca había visto un trabajo tan bien sincronizado; en esos días nos sentimos como una gran familia en fiesta, libres de resentimientos y de prevenciones; no había tiempo para ello. Cada uno, con las consabidas excepciones, puso lo mejor de sí en aquella serie de actividades entre las cuales tuvimos espacio para lucirnos con tres obras teatrales. Debo decir que en esos días el colegio renació. Nos dimos cuenta de todo el potencial humano que tenemos. Fueron unos días inolvidables, porque allí supimos lo que es el esfuerzo por un interés común.

Después, la gruesa capa de la rutina volvió a caer sobre nosotros y las cosas volvieron a ser como antes. Ángela y yo presentamos un proyecto para la creación de un grupo de teatro en el colegio, no solo

[11] Darse por vencido.

porque entendíamos la necesidad de que lo hubiera, sino porque cada una había adquirido compromisos en las tardes y eso hacía difíciles los ensayos. El proyecto corrió con la misma suerte del *Rincón de la lectura*, así que nos dejamos contagiar por la desmotivación reinante y le disminuimos el ritmo al trabajo.

En 1996 llegó la fiebre del PEI al colegio, un poco tarde como siempre, pero empezamos un buen trabajo asesorados por un profesor de la Universidad del Cauca, de quien recibimos orientación durante todo el tiempo que duró la elaboración del proyecto educativo de nuestra institución.

Nos dividimos en grupos para realizar el diagnóstico y nosotras (Ángela y yo) nos ubicamos en el grupo que debía elaborar el diagnóstico del aspecto cultural y socio-educativo de la región. Aprendimos mucho al respecto y disfrutamos la labor, porque nuevamente nos sacaba de la rutina a la que ni ella ni yo podíamos adaptarnos con facilidad. De este trabajo surgió la idea de dejar plasmado como el proyecto principal del colegio, el que se tituló *Desarrollo del pensamiento lógico y de estrategias de aprendizaje a través de la lectoescritura*, con el cual se pretendía integrar la labor de todas las áreas alrededor de este aspecto fundamental. Era la culminación de un esfuerzo de mucho tiempo que no solo a mí sino a algunas compañeras que compartían mi criterio, nos había ocasionado tropiezos y las malas interpretaciones de algunas personas.

De allí en adelante se creó un clima renovador que nos llevó albergar la esperanza de que ahora sí íbamos a encontrar el camino para llegar a nuestros estudiantes. Siempre con la actitud reacia de algunos, pero con el compromiso de otros, intentamos darle vida a la teoría poniendo en práctica tan bellos propósitos.

Hubo aún un intento más. Ante los desastrosos resultados obtenidos hasta ese momento por los estudiantes del grado undécimos en las pruebas del ICFES, la directora de grupo de ese año —1996— decidió organizar un PREICFES con la expectativa de mejorar, aunque fuera un poco, dichos resultados. Yo estuve encargada de la parte de aptitud verbal y español y literatura. Caí en cuenta de algo. Los profesores estamos acostumbrados a preparar a nuestros alumnos para unas pruebas que ni siquiera nosotros mismos conocemos. Decidí

entonces que, para ser más honesta en mi labor, debía presentarme al examen. Como sospechaba, la prueba ha cambiado mucho. Yo me había presentado en 1985 para optar por mi título de bachiller y, transcurridos once años, comprobé que realmente los maestros hablamos a veces de lo que no sabemos. Cada uno se refiere al ICFES simplemente porque alguna vez, hace cinco, diez, quince o veinte años se presentó, pero no tiene en cuenta las nuevas exigencias de la prueba.

A mi modo de ver se ha disminuido al grado de dificultad, pero se hace necesario que el estudiante haya desarrollado cierto tipo de habilidades lingüísticas y de aplicación de la lógica para resolver problemas, en los que ya no se exige tanto el conocimiento teórico, como sí la capacidad para vislumbrar soluciones prácticas.

Me fue muy bien en el examen, lo que me sorprendió, ya que me había presentado sin repasar nada y mis conocimientos en áreas como la física, química y matemáticas eran precarios. Sin embargo, una buena comprensión de lectura y aplicación de la capacidad lógica a lo que no se sabe con exactitud, es decisivo en la superación de cualquier prueba.

Esta experiencia nos sirvió para implementar la aptitud verbal en una asignatura llamada lectoescritura que en esa época se había creado en el colegio con el ánimo de dedicar más tiempo a la solución de las graves dificultades de los alumnos en este campo.

Trabajábamos con empeño, tratando de atender los distintos frentes que se habían propuesto en el proyecto educativo. No obstante, tal vez no lo hicimos de manera estructurada y suficientemente coordinada, tal vez a veces nos dejamos arrastrar por la decepción ante los pocos avances que veíamos, tal vez el ambiente desorganizado del colegio y la posterior crisis que llevó a un cambio en la dirección del plantel, ocasionaba demasiado malestar en nosotros, tal vez los continuos ceses de actividades que frenaban intempestivamente el desarrollo del trabajo, nos quitaban demasiado empuje; en fin , creo que todos estos factores no han dejado prosperar el proyecto al punto que hoy lo siento moribundo.

Ahora hemos dado marcha atrás. Aquellos intentos de labor mancomunada han quedado en el pasado. Ángela, mi compañera inseparable, después de sufrir todos los tropiezos que ocasiona ser

maestra municipal y luego OPS, terminó su trabajo en el colegio y se fue a laborar en un colegio privado, donde han sabido valorar más sus actividades extracurriculares. Carmen, una compañera del área de sociales con quien también me identificaba bastante, se presentó y ganó un concurso en el valle y se fue a trabajar allá, lejos del polvo y de los "cusumbos" que estuvieron a punto de acabar con sus vías respiratorias.

De alguna manera me he quedado sola, con algunas compañeras que, aunque saben mucho, no tienen la fogosidad de otros días, ni la disposición para sacrificar su tiempo en la experimentación de nuevas alternativas pedagógicas.

Una cosa es cierta. Aunque casi todos sentimos el hastío de quien ha intentado y fracasado muchas veces, muy dentro de nosotros existe la esperanza de que algo, aún no sé qué, nos va a llevar a descifrar el lenguaje de aquellos muchachos alegres, sanos, amigos de la parranda y de la bulla, pero todavía no de la droga, ni del pelo largo, ni del aretico en la oreja, que hoy son nuestros alumnos. Tal vez en sus almas llevan demasiadas cargas ancestrales que no les permiten aprovechar el nuevo mundo que se abre para ellos; tal vez nosotros no hemos encontrado la forma de ayudarlos a liberarse de las cadenas, pero en todo caso, el día que lo logremos, espero estar allí para celebrar el derrumbe de una torre de Babel que hoy nos mortifica a todos.

Y yo, ¿cómo llegué a ser maestra?

Nunca quise ser maestra. Creo que lo soy por uno de esos asaltos de la vida en que las Moiras[12] abren de repente un camino para nosotros. La verdad es que muchas cosas se fueron tejiendo, sin que me percatara, para traerme a este destino.

Frecuentemente me pregunto cómo llegué aquí, si esto es realmente lo que quiero y si lo es, por qué ahora estudio una carrera como contaduría pública, disciplina tan distinta de mi labor docente. Sobre éstos y otros aspectos de mi vida, escribí hace tiempo algunas reflexiones. He aquí unos apartes:

[12] Según la mitología griega, tejedoras del destino.

Soy de todas partes. Antes y a veces todavía, me preocupaba definir mi futuro de un solo pincelazo y me devanaba los sesos pensando en cuál debía ser el rumbo profesional que le daría a mi vida.

Crecí sin sueños. Todos los niños sueñan. Estudié los primeros años sin otra motivación que la de alejar mi mente de las presiones familiares que me ahogaban en casa. No pensaba en luchar por ser tal o cual profesional, porque creía no tener los recursos para lograrlo.

Sin embargo, me acostumbré a hacer las cosas bien; a poner todo mi empeño en lo que me ocupa en el presente. Aprendí a ser minuciosa y perseverante.

De niña me despojé de muchos rasgos infantiles para tratar de entender, y a veces tomar parte, en los conflictos de los adultos. Me forjé o me forjaron como un ejemplo y siempre me preocupé por serlo a cabalidad para no defraudar a los demás, especialmente a mi padre a quien siempre le temí.

Desde la escuela, por ser la mejor, debí siempre explicarle a mis compañeras, tomar lecciones, calificar exámenes y así me inicié en mi primera carrera, la cual me ha permitido doblegar muchos de mis fantasmas, entre ellos mi excesiva timidez.

Amo las humanidades, el tratar de entender a las gentes, amo las diversas formas de comunicación y me gusta, y sobre todo disfruto, observarlas, analizarlas, interpretarlas, no tanto desde los libros, sí desde la vivencia.

Una parte de mí ha tendido hacia esos aspectos de la vida que no poseen una sola respuesta. La otra, en cambio, añora las respuestas exactas, las cuentas, los cálculos mentales, la materialidad y allí nace mi segunda carrera, en la que espero doblegar otros fantasmas.

Disfruto siendo maestra y me encanta sentirme alumna; creo que es una buena forma de vivir el aprendizaje.

Ahora sé que no quiero ser nada específico, que no quiero determinarme, que quiero dejar que mi razón y mi alma exploren muchos campos, en la búsqueda de una sola cosa: no estacionarme en la vida sino extasiarme en ella.

Cómo me hice maestra es una pregunta cuya respuesta incluye especialmente dos factores. En primer lugar, creo que de alguna manera y sin saberlo a conciencia, cumplí uno de los sueños de mi madre, quien

había visto frustrado su deseo de ser maestra ante las reacciones absurdas de una familia falta de toda instrucción. En segundo lugar, mi experiencia en la etapa estudiantil marcó decididamente el sendero que habría de tomar más tarde.

Mi madre, una campesina opita, fue muy estudiosa. Hizo su primaria en solo cuatro años, porque era tan aventajada, que logró cursar el primero y el segundo en un solo año. Pertenecía a una familia muy numerosa cuyo jefe, mi abuelo, un viejito simple, bonachón y de inmejorables sentimientos, esperaba a que despuntara el día para salir a buscar el sustento diario. Por eso mi mamá no albergaba muchas esperanzas de poder continuar sus estudios hasta aquel día en que, después de haber demostrado su gran inteligencia en los exámenes finales orales que en ese tiempo se hacían ante las principales autoridades del pueblo y ante la comunidad en general, surgió la posibilidad de que obtuviera una beca para ir a estudiar a la Normal de Gigante en el Huila. Mi mamá estaba feliz. Sus hermanas mayores hicieron las gestiones necesarias entre el párroco de Garzón, nuestro pueblo natal, y ante el concejo municipal y la anhelada beca se hizo realidad. Solo faltaba que llegara la época de matrículas, puesto que el uniforme se lo daría uno de los doctores del pueblo, quien estimaba mucho a mi abuelo.

Tenía mi madre catorce años, porque en ese tiempo los niños no empezaban a estudiar tan rápido y menos aún si eran niñas, ya que, según mis abuelos, el estudio no se hizo para las mujeres.

Como era natural, en plena etapa de la adolescencia, mi madre empezó a sentir cierta atracción hacia el sexo opuesto, lo que manifestaba en las alegres sonrisas y en las furtivas miradas intercambiadas desde la calle con los muchachos del colegio varones. Uno de ellos, sin jamás haber cruzado palabra, le envió un papelito con una amiga que se había criado en la casa de ella, en el que le pedía que fueran novios. Mi mamá, con el corazón en la boca, apenas pudo garabatear un tembloroso sí. Eso fue todo. De ahí en adelante, solo tenía la alegría de saber que aquel muchacho, al que también se le encendían las mejillas cuando la veía a lo lejos, era su novio. Sin embargo, la cómplice de aquel amor candoroso fue la misma que le reveló a su madre, mi abuela, tan inocente secreto.

Creo que allí empezó la cadena de maltratos de que ha sido objeto mi mamá a lo largo de toda su vida. Su madre y algunos familiares tomaron el hecho como el más escandaloso de los sacrilegios. Los castigos e insultos se volvieron el pan diario, al punto que una de sus hermanas, cuyo resentimiento era inexplicable, le gritaba con frecuencia: "Qué tal esta mechuda, que pone la virgen de matojo pa' ndar con los hombres en la loma". No puedo imaginar lo que fue esto para alguien cuyo único delito había sido no lograr controlar el palpitar de su corazón cuando veía a su supuesto novio a dos cuadras de distancia.

Al evocar estos acontecimientos con algunas de mis tías, quienes en ese tiempo eran niñas, no logramos entender de dónde vinieron tantas ínfulas de moralidad de parte de mi abuela, si ella, al casarse con mi abuelito, tenía ya dos hijos de padres distintos y estaba esperando el tercero. Lógicamente la situación acabó con los sueños de mi madre, quien tuvo que dedicarse a las labores domésticas y a cuidar a sus sobrinos, sin derecho siquiera a chistar.

Tres años más tarde, buscando tal vez un escape, se casó sin saber lo que era un beso, con el hombre que le arrancó de una vez por todas la infantil alegría de su corazón. Tiempo después, ya como nuestra madre, desarrolló un afán casi obsesivo porque sus cinco hijos estudiáramos, en especial las dos mujeres a quienes nos inculcó la idea de nunca depender de un hombre para que, según sus propias palabras: "No las humillen toda la vida por un peso".

Mi madre pues, desde mis primeros años de escuela hasta mis estudios universitarios, me ha dado la fuerza, me ha infundido la fe, ha celebrado mis éxitos y compartido mis días grises, sin permitirme jamás desfallecer, sobreponiéndose incluso a su supuesta debilidad de carácter. Además, en muchos aspectos ha sido mi mejor maestra. Fue ella quien me enseñó a leer, razón por la cual no necesité preeescolar y me pasé el grado primero desbaratando la cartilla, porque ya sabía la mayoría de las cosas que nos enseñaba doña Rosbita.

Con ella aprendí también la importancia de una buena ortografía a punta de pellizcos y tirones de oreja —creo que por eso me crecieron tanto—. Nunca pude igualarla, pese a que lo intenté, en su hermosa letra y en su agilidad mental para hacer cuentas. Sin embargo, desarrollé un gran gusto y habilidad para las matemáticas, que se incentivaron

también al ver a mi padre, siempre haciendo cuentas y recuentas en un papelito, supongo que referentes a cómo distribuir los $l.300 que ganaba en l974, el año en que ingresé a la escuela.

Mis tres hermanos y yo estudiamos con esfuerzo, porque los recursos económicos eran escasos. Cuando estábamos aún en la escuela, papá empezó la que habría de ser su carrera de agricultor. Su primer cultivo fue de tomates y lechugas, los cuales nos envió a vender a la plaza de mercado. Mis hermanos demostraron sus aptitudes para ello, pero yo no hice más que rebajar y rebajar el precio acordado, de manera que en tiempo récord había terminado. Tenía mis mejillas tan rojas como los hermosos tomates que casi regalaba.

Desde entonces, mis hermanos se costearon sus estudios, desempeñando diversas labores, desde vendedores de canela y aliños, cargadores de canastos, hasta que, finalmente, los gemelos se construyeron su carretilla donde acarreaban cargas mayores, mientras que Javier se dedicaba a vender ropa.

Yo, que había demostrado mis pésimas habilidades de vendedora, me dediqué a estudiar con ahínco, de tal manera que en quinto de primaria gané una beca del ICETEX que me sirvió para comprar parte de mis útiles escolares hasta que estaba en octavo, año en el cual fueron suspendidas las becas. Siempre ganaba matrícula de honor, así que mi papá no pagó matrícula ni pensión por mí, más que el primer año de primaria y bachillerato.

Estudiaba con el constante apoyo de mi madre, quien vivía pendiente de mis tareas, de mis trabajos, de mis notas, de todo, enseñándome a ser estricta en mis cosas hasta que, casi sin que nos diéramos cuenta, me convertí en una perfeccionista a veces obsesiva. Eso me ayudaba obviamente en la escuela, donde mis resultados académicos no podían ser mejores. Mi primer año lo hice en Popayán, en una escuelita que olía a moras y florecillas campestres. De segundo en adelante estudié en Santander, donde por única vez probé la regla de la profesora un día en que no había aprendido todavía a dividir por una cifra. Fueron tres reglazos que me dolieron en el orgullo de buena estudiante, más que en las piernas. Aprendí rápidamente para no repetir aquella escena. Después mi papá se encargaría de herir no solo mis piernas, sino mi alma con el insulto y el correazo que seguía a cada titubeo mío en una

división por dos cifras. Así aprendí antes de que la profesora pensara siquiera en enseñarnos esa clase de división.

En tercero de primaria, ya con otra profesora de quien guardo gratos recuerdos por su gran paciencia, empezó, sin que yo lo imaginara siquiera, mi carrera de maestra. Recuerdo que doña Yolanda nos tomaba lección todos los días y para determinar el orden de salida, no usaba el terrible dedo señalador de la profesora de segundo, sino que dejaba la designación al azar. Como cada estudiante tenía un número en la lista, colocaba en una bolsita de tela, que seguramente ella misma había cosido, tantas fichas amarillas marcadas con un número como alumnas tenía en su curso. Así que nosotras sabíamos que iba a tomar la lección cuando empezaba a sacudir aquella bolsita ofreciéndola a alguna alumna para que extrajera la primera ficha. La lección debía ser impecable, sin titubear, sin omitir ni una palabra de lo que el día anterior ella misma nos había dictado.

Yo empecé a sobresalir no solo porque en ese tiempo tenía una memoria casi fotográfica, sino porque asimilaba los conocimientos con gran facilidad. La profesora entonces empezó por pedirme que me quedara en horas de recreo explicándoles a algunas compañeras que no entendían, especialmente en el área de matemáticas. A mí no me disgustaba explicarles, pero me mortificaba enormemente tener que sacrificar algunos de los recreos que acostumbraba aprovechar para disfrutar mi afición por el juego del yaz, en el que llegué a ser muy buena. Era, por demás, lo único que me gustaba hacer en los recreos, porque nunca me he sentido segura en otro tipo de juegos, sobre todo en aquellos en los que pudiera recibir algún golpe.

La profesora tenía dificultades para que yo le colaborara en la tienda escolar el día en que a ella le correspondía, porque yo evadía siempre la labor de vender. Lo único que me gustaba era hacer las cuentas finales para determinar la ganancia. Tampoco le colaboraba en la preparación del tinto para las demás profesoras, que le correspondía también una vez por semana. Recuerdo cómo mis compañeras casi suplicaban que las eligiera para preparar y servir el tinto, mientras yo me escabullía rápidamente entre tanta algarabía. Doña Yolanda nunca supo que yo detestaba servir, porque a mis nueve años ya estaba cansada de hacerlo.

Por esto se quejó alguna vez con mi madre de que yo era muy poco colaboradora, aunque excelente estudiante. En esos días tuve que hacer unos esfuerzos enormes para salir a vender la cancharina[13] y para servir el tinto a las otras profesoras de la escuela, mientras mis manos sudaban copiosamente y las tazas temblaban en la bandeja. En todo caso la profesora debió conformarse con mi calidad de estudiante y poco a poco empezó a delegarme otras responsabilidades. Ya no se conformó con que les explicara a mis compañeras. A veces, mientras ella desarrollaba otra actividad fuera del salón de clase, me pedía que les revisara la tarea. Ahí, a mis nueve años, aprendí a hacer mis primeros vistos buenos.

Después, un día en que no podía llegar a tiempo, me pidió que les tomara la lección a mis compañeras. Yo estaba aterrada cuando me entregó su bolsita con las fichas amarillas, porque por primera vez debía dar una nota, de uno a cinco como se usaba en aquel tiempo. Lo hice tal como ella lo hacía. Era sorprendente que asumiera el papel con la misma seriedad y responsabilidad de una maestra de verdad. Al principio mis compañeras estaban escépticas creyendo tal vez que no sería capaz de hacerlo y que les colocaría cualquier nota o inventaría algún pretexto. Sin embargo, al ver mi determinación, se quedaron perplejas, viéndome sacudir la bolsita y cada una fue poniéndose de pie y recitando su lección como si estuvieran ante la maestra.

Ahí me di cuenta que poseía una cualidad que he tratado de cultivar toda mi vida: la imparcialidad, pues ni siquiera hice concesiones con mis mejores amigas. Desde el momento en que acepté el encargo de la profesora, todas mis compañeras empezaron a ser iguales para mí. Tal vez eso lo aprendí de mi profesora, pues ella me delegaba aquellas responsabilidades sin demostrar ninguna deferencia especial conmigo; lo hacía con naturalidad y con la misma naturalidad me daba las gracias continuando su clase con esa serenidad que la caracterizaba, sin siquiera volver a determinarme. Así que yo no me sentía su alumna preferida, sino obligada a hacerle un favor como cualquier otro.

[13] Polvo de maíz tostado y molido.

El paso al bachillerato no me afectó mucho. Había aprendido a adaptarme a cualquier ambiente, así que para mí lo único nuevo fue que hubiera un profesor para cada asignatura. Por lo demás, nunca he tenido problemas de nostalgia ni de resistencia ante los cambios.

Nuevamente empecé a destacarme como la mejor alumna y allí sí encontré algunos profesores que demostraban cierto cariño especial por mí, aunque de vez en cuando también uno que otro trataba de opacarme. Todo el tiempo mis compañeras recurrían a mí para que les ayudara en sus tareas escolares.

En el colegio siempre era tenida en cuenta en las izadas de bandera o en los actos culturales, en donde debía hacer lecturas, cantar o participar en concursos de conocimientos, cosas que hacía bastante bien aunque nadie sabía el esfuerzo que para mí representaban.

Ya en los grados superiores volví a ejercer labores de maestra cuando, un día la profesora de química me pidió que calificara los exámenes que nos acababa de hacer, incluso el mío. Pensé que estaba bromeando, pero ella se quedó seria pasándome las evaluaciones, mientras mis compañeras se frotaban las manos de alegría, pensando que ahora sí iban a ganar el examen. Con dolor, pero con firmeza, dibujé el uno o el diez que cada examen merecía, sin mirar el nombre para que no me doliera tanto. De ahí en adelante debí hacerlo varias veces, ya sin la expectativa de mis compañeras, porque sabían que siempre calificaba lo justo, ni más ni menos.

Los tormentos de mi padre

Todas estas experiencias me habrían podido servir para hacer muchas amistades en el colegio, pero mi carácter introvertido me impedía tocar terrenos distintos de los meramente académicos. No era una niña alegre. Mi niñez y sobre todo mi adolescencia, las pasé refugiada entre los libros no solo porque aprendí a disfrutarlo, sino porque el resto del mundo me daba miedo. En los cuatro años de primaria que hice en Santander, estudiaba y estudiaba con el ánimo de ser la mejor por una sola razón: el temor a mi padre.

Recuerdo que en esos años sufría de una anemia constante, ocasionada por frecuentes hemorragias nasales y por la mala alimentación

que recibíamos. Casi todos los días llegaba mareada a la escuela pero eso era muy corriente, así que no le prestaba mayor atención.

Un día llegué más mareada que de costumbre y debí sentarme un buen rato, porque estaba a punto de caer. Teníamos examen de español a primera hora y no fui capaz de decirle a la profesora que estaba enferma, sino que lo presenté en ese estado. Lógicamente me fue mal, lo que hizo que mi nota en ese bimestre fuera de 3.5. Cuando llegó el día de la entrega de libretas de calificaciones, estaba aterrada. Mi padre decidió asistir esa vez y yo me quedé en casa temblando de miedo. Le conté a mi mamá lo que había pasado y ella tembló conmigo. Fue tan grave mi estado de nervios, que empecé a vomitar y me dio una fiebre tan alta como si estuviera muy enferma. Cuando regresó mi padre, debió quedarse con toda la furia a cuestas, pues no se atrevió a pegarme al verme desmadejada en la cama. Di gracias a Dios por permitir que me hubiera enfermado.

Para mí no era muy agradable ser la mejor en la escuela. Eso significaba salir a izar bandera, cosa que me ocasionaba mucho susto. En ese tiempo hubiera preferido ser una niña más para que nadie me mirara. Pero seguía estudiando porque esto me servía también para olvidar de alguna manera el ambiente que me rodeaba.

La situación en mi casa era difícil. Mi madre, mis hermanos y yo vivíamos atemorizados por la actitud constantemente agresiva de mi papá. Me duele mucho recordar aquella época no solo porque creo que allí empezaron a surgir mis fantasmas, sino porque mi padre tuvo mucho que ver con ellos y él, con todos sus defectos y equivocaciones, sigue siendo mi padre, a quien también le debo mucho.

Siempre ha sido de mal carácter, lo fue desde el primer día de matrimonio, según dice mi madre, y creo que lo será hasta el día de su muerte, muerte que ha anunciado desde que tengo uso de razón.

Sin embargo, cuando éramos niños, su carácter era poco menos que insoportable, lo cual era alimentado con el terrible miedo que le demostraba mi madre.

En ese tiempo todo debía estar a la medida de sus deseos. Hay imágenes que no puedo olvidar como la de los “platos voladores” que

salían del comedor e iban a estrellarse al patio, simplemente porque a mi papá le había parecido que la comida estaba muy caliente, o muy fría o pasada de sal o simple, mientras mi mamá se tragabas las lágrimas y empezaba a preparar otra cosa.

Tampoco puedo olvidar las descargas de furia cuando hacíamos algún daño o cuando sucedía algo que no podíamos evitar. En la escuela y también en el colegio, por ejemplo, era muy frecuente que hicieran rifas con cualquier pretexto. Yo temblaba cuando la profesora nos anunciaba que debíamos llevar la hojita de la rifa. Sabía el rosario de insultos que me esperaba por no haber sido capaz de decir que no la llevaría. Cuando llegaba a la casa le contaba a mi mamá y ella empezaba a buscar el mejor momento y la mejor manera para contárselo a mi padre. De todas formas, las palabras más soeces que he escuchado en mi vida, empezaban a salir furiosamente de su boca, mientras me amenazaba con que él no iba a pagar ninguna rifa y que yo debía devolvérsela a la profesora.

Me sentía en una encrucijada. Por un lado, estaba la profesora diciéndonos que la rifa era obligatoria y que no dejarían entrar a nadie a clase sin que llevara el dinero. Eso era terrible para mí si se tiene en cuenta que yo cargaba con la fama de ser la "niña modelo". Por eso y porque mi timidez no me lo hubiera permitido, no me atreví nunca a contarle la verdad a la profesora. Por el otro lado, estaba mi padre con sus insultos y sus amenazas. Finalmente, después de los muchos ruegos de mi madre, él terminó accediendo a pagar y empezó a hacer otra cosa que hoy me parece graciosa pero que, en esa época, dada mi excesiva inseguridad, era terrible para mí.

Pues bien, él empezaba a llenar los puestos, apuntando a todos los miembros de la familia. El problema era que no usaba nuestros nombres, sino los apodos que nos había colocado, incluyendo al perro y al gato que nunca faltaban en nuestra casa. De modo que el día que hicieron la rifa en el colegio, mientras todas mis compañeras cruzaban los dedos para que saliera su lista y se ganaran el premio, yo elevaba mis más fervorosas oraciones para que aquella mano que revolvía los papeles se alejara lo más posible de mi lista. En efecto, nunca la sacaron pero muchas veces tuve pesadillas en donde la profesora sacaba mi lista y empezaba a llamar a Sué, Bejuco o a Curramba Meneses, mientras yo

sentía morir de la vergüenza. Siempre le temí al ridículo y eso es algo que aún no supero del todo.

Es importante mencionar en nuestra relación con papá, su forma de comunicarse con nosotros. Él siempre ha sido un hombre de pocas palabras y en esa época a la única hora que le sobraban era cuando estaba enojado. De lo contrario, las raras veces que se dirigía a nosotros lo hacía con monosílabos o hablando entre dientes. En muchas ocasiones ni siquiera hablaba. Cuando quería que le sirviera agua, por ejemplo, se presentaba ante mí con un vaso en la mano. Yo no sabía si quería agua, jugo o agua de panela y le preguntaba pero él no hacía otra cosa que enojarse porque no le servía rápido.

A veces se acostaba y alzaba una pierna y yo debía entender inmediatamente que deseaba que le quitara los zapatos y las medias. Nunca pedía el favor y yo detestaba servirle, porque sus maneras me hacían sentir humillada. Nosotros debíamos no solamente cumplir sus órdenes sino también adivinarlas, si no queríamos que se armara un zaperoco[14].

Mis tres hermanos y yo le temíamos tanto que su sola presencia nos intimidaba. Recuerdo que a mí me tocaba lavar la loza todas las noches y, si él estaba cerca, casi siempre rompía un plato.

En ese tiempo, durante mi niñez comíamos sentados en unas banquitas de madera que él mismo había hecho, porque no teníamos juego de comedor. Esa hora era casi la más temida por nosotros, porque allí quedábamos bajo la inquisidora mirada de mi padre. En una ocasión estábamos comiendo rápidamente y en silencio como lo hacíamos todos los días que él estaba en casa. De pronto, no supe por qué, hice un movimiento nervioso y el plato se soltó de mi mano, quedando a mis pies el montón de espaguetis revueltos con los pedazos de loza. Mi padre se enfureció mucho gritándome que estaba muy equivocada si creía que me iba a salvar de comer tirando la comida. Según él, la había regado porque era muy "resabiada" y no quería comer. Entonces me puso a recoger el plato roto y me obligó a tomar nuevamente la cuchara y empezar a comer del suelo. Una rabia callada se revolvía dentro de mí. Eso se repitió algunas veces, especialmente con mis hermanos gemelos quienes eran muy nerviosos y le tenían demasiado miedo.

[14] Pelea, escándalo.

Las palizas que nos daba también eran memorables. En ellas no solamente empleaba su correa sino sus patadas, sus puños y cualquier cosa que tuviera a la mano. Una vez le alcanzó a colocar un lazo en el cuello a uno de mis hermanos y estuvo a punto de ahorcarlo. Todo era una locura. Los gritos, el llanto, el miedo, se confundían en un ambiente que se hacía irrespirable.

Las condiciones económicas también fueron precarias, especialmente en los diez primeros años de nuestra residencia en Santander. Al parecer el sueldo de mi padre no alcanzaba más que para la comida, el arriendo —que pagamos solo los cuatro primeros años— y mis libros; porque eso sí, siempre había dinero para comprar mis libros así fuera sacado a regañadientes. Mis hermanos se costeaban sus útiles escolares.

Al principio solo estrenábamos en diciembre. Después, cuando mi papá empezó a construir la casa, no volvimos a estrenar y esperábamos con ilusión las encomiendas que nos enviaba una tía de mi madre desde Neiva, con ropa usada que había logrado recoger entre sus amistades. Ese día era alegre, porque mis hermanos y yo nos lanzábamos sobre la caja buscando con ansiedad la prenda que nos podría servir. Nos medíamos una y otra mientras mamá tomaba medidas para ver dónde podía soltar o coger según el caso.

Era una ropa fina, olorosa a perfume de niños ricos, que yo sabía no encajaba con nuestra condición. Muchas veces no llegaba nada que les quedara bien a mis hermanos y mi madre debía desbaratar los vestidos y hacerles camisas o pantaloncitos cortos con aquellos retazos.

Nos vestíamos con la resignación de quien no tiene más; algunas veces, incluso, con alegría. No obstante, para mí era una mortificación muy grande cuando en el colegio nos decían que podíamos ir sin uniforme. Algunas veces falté a clase porque no soportaba que mis compañeras me vieran sin uniforme. Me parecía que la ropa iba a gritar que no era mía y hubiera preferido que la tierra me tragara. No sé cuándo se desarrolló en mí semejante complejo, pero he tenido que luchar mucho conmigo misma para superarlo.

Hubo muchos momentos difíciles en mi niñez. Fueron demasiadas escenas amargas que se quedaron grabadas en mi retina y esculpidas en

mi alma. Mi padre, seguramente sin saberlo, hizo que nuestra infancia fuera dolorosa. No me refiero a la pobreza —más pobres hubiéramos podido ser—, ni a los latigazos, ni a los castigos que muchos padres imponen a sus hijos en su afán de educarlos bien. Hablo de una constante tortura psicológica de la que fuimos víctimas mis hermanos y yo y especialmente mi madre.

Fueron tristemente duros los nueve meses del último embarazo de mamá. Olvidaba decir que soy la mayor de cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres. Pues bien, por uno de esos caprichos de la vida y cuando los gemelos tenían ya siete años, mi mamá volvió a quedar en embarazo, justo cuando lo que estaba buscando era su esterilización definitiva. La ira de papá no se hizo esperar. La culpó, la amenazó, en fin. Él no quería saber nada de ese "bulto de mierda", según sus propias palabras. Fueron nueve meses en los que no hizo más que ultrajarla y recriminarle su embarazo porque, según él, toda la culpa era de ella. No le compró ni un solo vestido de maternidad. No permitía que mamá tocara un centavo, aunque para ello tuviera que hacer el mercado él mismo.

Mi madre siguió usando la poca ropa que tenía. Desbarató algunos pantalones para hacer blusas pero la tela no alcanzaba, así que, muy pronto, empezaron a quedarle cortas. Él no se apiadó ni siquiera cuando ella debía salir con una blusa que le dejaba al descubierto parte del abultado vientre. Tampoco compró ni un solo pañal para la bebé. Se refería a ella con las peores expresiones, mientras mi madre contenía su llanto, un llanto que aprovechaba los rincones de la casa para desbordarse con todo su caudal.

Cuando se acercaba la hora del parto, mi madre alistó unos trozos de sus viejos vestidos pensando en usarlos como pañales, mientras mi papá seguía empecinado en mostrar el lado más rocoso de su corazón. Sin embargo, Dios quiso que aquella criatura tuviera mucho más de lo que tuvimos nosotros. Tres días antes del parto llegó una encomienda llena de los más primorosos vestiditos, pañales y todo lo que puede necesitar un bebé.

Nunca olvidaré el día que la llevaron a casa. Era una bebé preciosa, con su carita rosadita y sus labios bien rojos. Se me pareció al Niño

Dios que había visto en mi catecismo de cuarto de primaria. De alguna manera lo fue porque por un buen tiempo el carácter de mi padre se suavizó, enternecido por aquella criatura que, meses antes, parecía odiar. Debo reconocer que con mi hermanita trató de ser diferente, pero se fue al otro extremo y también se equivocó. No consentía nada con ella. Con frecuencia desautorizaba a mi madre para evitarle cualquier castigo. No le reprochaba ni le exigía nada. A veces yo no reconocía a mi padre en ese hombre cariñoso que mimaba sin cesar a su hija preferida.

Tímidamente, mi mamá intentaba hacerle caer en cuenta que tampoco se traba de ser extremadamente flexible con la niña, porque podría "malcriarse". Pero mi papá no escuchaba razones y la dejaba callada con un: "Déjela que no se críe tan sonsa como esa otra". En efecto, mi timidez cada día iba en aumento. Tenía demasiados problemas para entablar relaciones sociales. A medida que crecía y debía enfrentarme a las nuevas exigencias de mi adolescencia, me iba llenando de un terrible miedo que a veces se me hacía insoportable. Le temía a todo. Era demasiado insegura. Siempre pensaba que no iba a ser capaz de hacer lo que se me encomendaba. Vivía nerviosa, temiendo siempre que se presentara algo nuevo, por insignificante que fuera, porque no sabía cómo habría de enfrentarlo. El valor era desconocido para mí.

Pero no siempre fui así. Hasta los siete años era una niña bien distinta, alegre, segura, parlanchina y muy sociable. La gente decía que era una niña linda y yo me lo creía. No obstante, el último año que pasamos en Popayán y los diez primeros que vivimos en Santander, sucedieron cosas en mi hogar que me marcaron demasiado y mi carácter cambió tanto que parecía una rosa marchita antes de tiempo.

Si hubo instantes felices en mi niñez fue gracias a la compañía de mis tres hermanos, quienes siempre me invitaban a sus juegos y trataban de protegerme. Ellos sufrieron tanto o más que yo. La única diferencia es que no estaban al tanto de los detalles de aquella historia.

Los únicos momentos en los que me sentía realmente dueña de mí misma era durante las horas de estudio, hacia donde trataba de dirigir todas las energías que tenía reprimidas. En los demás espacios

procuraba estar siempre sola o con cualquier amiga cuyos temas de conversación giraran siempre en torno al estudio. No me gustaba que me preguntaran nada de mi familia ni de mi casa y temía enormemente que alguien pensase siquiera en ir a visitarme. Me avergonzaba de todo, de mi ropa, de que en mi casa no había muebles, ni televisor, ni nevera, ni nada. Más aún, en el bachillerato me avergonzaba también que supieran que yo vivía en la cárcel del pueblo.

En efecto, cuando mi papá compró el lote donde hoy es nuestra casa, decidió que para construir era necesario recortar aún más los gastos del hogar, así que empezó por buscar un lugar donde pudiéramos vivir sin pagar arriendo. Creo que allí se formalizó el presidio en el que había tratado de mantenernos hasta ese momento, aunque yo sé que no lo hizo con esa intención. De todos modos, como él trabajaba en la Guardia Nacional, hoy llamada el INPEC, y como la cárcel habitada ahora, en ese tiempo apenas estaba en construcción, fue fácil que le otorgaran la autorización para que fuéramos a vivir allá. Era un lugar muy grande que compartíamos con otra familia. Lúgubre, frío, gris, como grises fueron los cuatro años que debimos permanecer allí.

No quisiera recordar mi adolescencia. Fue una etapa difícil. Ya no solamente era la agresividad de mi padre ni las lágrimas de mi madre, sino una tormenta que se desató en mi interior que a veces parecía ahogarme. Era una confusión de miedos, rebeldía, compasión e incluso odio, sumados a una autoestima totalmente acabada. Mi madre nos había enseñado el arte de la resignación, del no contestar los ultrajes, de evitar problemas, de caminar despacito todo el día para que mi padre no se despertara, porque había hecho el turno nocturno y de hacer siempre su voluntad, incluso cuando las cosas parecían imposibles.

Recuerdo que con mucha frecuencia papá enviaba, especialmente a mis hermanos, a hacer alguna diligencia o a comprar algo en el centro del pueblo. Con mucha frecuencia también, y ante las pocas explicaciones que él daba, traían el artículo equivocado (un tubo más grande o más pequeño, porque no habían entendido aquello de las pulgadas, por ejemplo) y venía la consecuente explosión de insultos. Enseguida les gritaba: “Aquí escupo y antes que se seque, debe estar aquí con lo que yo le ordené que me trajera”. En ese tiempo ya vivíamos a dos kilómetros del centro del pueblo, así que los piececitos de mis

hermanos corrían despavoridos para llegar un rato después sin aire, con el corazón saliéndose del pecho, no solo por la carrera sino también por la angustia. Esas cosas eran muy corrientes así que, de alguna manera, ya estábamos acostumbrados, porque hasta al dolor se adapta el hombre.

Realmente lo que pasaba dentro de mí era lo que me atormentaba. En mi adolescencia llegué a odiar a mi padre, todo lo que se refería a él me fastidiaba. No quería verlo ni saber de él. Estaba cansada de sus órdenes y de su maltrato. Dentro de lo posible, era feliz el día que él no estaba. Desde niños habíamos desarrollado un especial temor por los días en que él estaba en casa y un casi terror cuando nos anunciaba que le iban a dar vacaciones. Afortunadamente esto no era muy frecuente, porque él era un trabajador obsesivo.

A mis quince años no quería siquiera mirarlo. Creía que él tenía la culpa de toda mi desgracia, porque yo me sentía desgraciada. A mi modo de ver, para lo único que servía era para estudiar. En las demás actividades mi padre tenía razón: era un fracaso, una inútil, una "momia", como frecuentemente me llamaba. Él se refería a mi futuro casi con sorna. Si acaso serviría para ir a "mantequiar"[15] a Cali. Lo peor era que no me sentía capaz ni siquiera de eso. De manera que yo seguía estudiando, devorando los libros sin saber con certeza para qué lo hacía.

En mi adolescencia me retiré del mundo. No tuve amigos. Le tenía un especial temor a los hombres. Siempre mostraba mi peor cara para que ninguno se atreviera a acercarse a mí y, si alguno osaba hacerlo, le iba muy mal pues lo recibía con mis peores respuestas.

Mi padre me había prohibido tener novio con la amenaza de que si se daba cuenta que andaba con alguien, hasta ahí llegarían mis estudios. Esto de alguna manera me daba tranquilidad, porque al menos sabía lo que debía hacer: rechazar a todo muchacho que se acercara, aún cuando a los quince años el corazón empezaba a traicionarme.

En el colegio no participaba en ninguna actividad extraclase. No iba a las fiestas ni a los paseos, argumentando que no me gustaban. En realidad pasaban dos cosas: la primera era que una rebeldía reprimida

[15] Trabajar como empleada del servicio doméstico.

me impedía pedir permiso. No quería darle la oportunidad a mi papá para que se negara y aprovechara para humillarme. Me acostumbré a no ir a ninguna parte para no tener que pedirle permiso. La segunda era mi miedo al ridículo. No iba a los paseos, porque no tenía vestido de baño y aunque mis compañeras me ofrecían prestármelo, me negaba, porque la verdad era que me avergonzaba de mi cuerpo. Me sentía demasiado fea y pensaba que todo el mundo se burlaría de mí. Tampoco sabía nadar ni bailar. Esto último ha sido un obstáculo que, a pesar de mis esfuerzos —años después estuve incluso en academias de baile—, no he logrado vencer. Creo que la razón para ello es que a mí se me olvidó la alegría y hasta hoy, cuando me encuentro en un grupo que canta, baila, aplaude, grita, manifestaciones propias de la euforia, algo en mí se retrae, algo se encoge en mi estómago y vuelvo a sentir miedo. Eso me hace vivir la alegría artificialmente, al punto que muy pronto me siento ridícula, me apago y no me permito perder el control y la compostura en ningún momento.

Tuve tantos conflictos emocionales en mi etapa adolescente, que en ciertas ocasiones deseé morir. Le pedía a Dios que me llevara y a la vez me sentía culpable por desearlo. Mis sentimientos eran confusos. Por un lado mi resentimiento hacia mi padre y mi compasión por mi madre. Por el otro, una sensación de culpabilidad por no amar a mi papá. Paradójicamente, también era rebelde. No con una rebeldía explosiva, sino más bien analítica, por llamarla de algún modo. No tenía el valor para contestarle nada a mi papá ni para desobedecer sus órdenes, pero iba haciendo una lista en mi cerebro de las cosas que un ser humano no tiene por qué soportar y me odiaba por no ser capaz de gritarlas.

También llegué a odiar la actitud extremadamente pasiva de mi madre. A veces me cansaban sus lágrimas y sus interminables y tristes confidencias. Sin embargo, si alguna cosa aprendí a hacer bien fue a convertirme en su apoyo moral. Desde ese tiempo hasta ahora soy, no solamente su confidente y consejera, sino la única persona capaz de levantarla de los estados de angustia en que la sumen las actitudes de mi papá. Creo que en ese campo también, en cierto modo, he sido maestra. Para ella me vestía de todo el positivismo, el valor y la fe que no tenía para mí.

Aún me atormentaba otra cosa. De alguna manera, yo entendía la razón del comportamiento de mi padre y por ello me sentía más culpable al condenarlo en vez de tratar de ayudarlo. Él tuvo una niñez triste. Su padre no quiso reconocerlo y su madre lo abandonó en brazos de su abuela, una viejita que seguramente ya había olvidado lo que era un niño. Era demasiado mayor y estaba demasiado sola. Vivían en una finca alejada del resto del mundo y allí debió criarse mi padre soportando las vejeces, resabios y locuras de su abuela. No tuvo amigos y apenas sí pudo hacer hasta segundo de primaria, aún cuando su inteligencia añoraba los estudios. Desde niño debió trabajar. Muy joven se fue de la casa y empezó a ir y venir, trabajando en fincas y en construcciones hasta que, finalmente, se fue a prestar el servicio militar. Creo que eso marcó demasiado su carácter, porque frecuentemente hacía referencia a las duras experiencias que pasó allí y siempre quiso educar a sus hijos varones con un régimen militar. No sé cómo hizo pero logró ingresar a la guardia carcelaria y eso acabó de endurecer su golpeado carácter.

Nunca ha sido feliz. Llegó a adulto con una carga de resentimientos que se aumentaban al sentir el rechazo de la gente. Pienso que en el fondo es una persona demasiado carente de afecto, pero no se permite mostrar tales "debilidades", porque desarrolló una soberbia que le hacía pensar que cualquier vacilación era una flaqueza. Imagino que debió sufrir mucho. Imagino también que algún día se prometió no permitir que nadie volviera a pisotearlo. Sé que se equivocó al cobrar venganza con el mundo en la persona de sus hijos y su esposa, pero las cosas sucedieron así y ya no pueden dar marcha atrás.

No todo ha sido malo, sin embargo. A él le debemos también muchas cosas positivas. De él heredamos principios como la responsabilidad y la honradez que definen nuestra participación en cualquier campo de nuestra vida. En sus ratos buenos era cariñoso, aunque nosotros no lográbamos disfrutarlos del todo, porque siempre vivíamos temiendo los estallidos de su mal humor, los cuales eran impredecibles.

Creo que nos amaba secretamente. Se preocupaba por nuestra salud. A él, a Dios y a la medicina les debo el poder caminar correctamente, puesto que nací con una luxación de cadera que no fue tratada

a tiempo y que, de no haber sido porque mi papá se sobrepuso a todos los prejuicios que tenía la gente hace treinta años respecto de los tratamientos médicos con yeso, estaría condenada a cojear toda mi vida.

De él aprendimos también el amor por el trabajo, por hacer las cosas con toda corrección. De él aprendí a ser franca, a llamar las cosas por su nombre y, contradictoriamente, heredé también su altivez, solo que la guardo en mi interior para tratar de no ofender a nadie con ella, aunque a veces no puedo evitarlo.

Como es de suponer, todas estas circunstancias hicieron que al terminar mi bachillerato, el panorama fuera oscuro. Mi papá no había contemplado siquiera la posibilidad de costearme una carrera. Él siempre se cerraba en que no tenía un peso y eso daba el punto final a cualquier conversación.

No obstante, mi excelente desempeño en mis labores académicas por fin dio sus frutos. Obtuve el mejor puntaje del colegio en las pruebas del ICFES y eso me valió para que mis profesores no concibieran la idea de que yo no siguiera estudiando. Así que la directora de mi curso llamó a mi padre y trató de hacerle entender que era un gran error no apoyarme para continuar mis estudios, dadas mis capacidades. Esto lo hizo reflexionar y empezó a buscar la manera de que yo pudiera hacer una carrera. Habló con un medio hermano suyo que vive en Popayán, quien siempre ha sido muy cercano a nosotros, y él accedió a recibirme en su casa, sin recibir nada a cambio. Así que en los seis meses que siguieron a mi graduación de bachiller, se definió mi futuro y las cosas empezaron a cambiar positivamente para mí.

Venciendo fantasmas: la universidad

Una nueva etapa se abría en mi camino. Llegar a Popayán y a la universidad era todo un reto. Había decidido casi al azar la carrera que habría de estudiar, porque la Universidad del Cauca no ofrecía en ese tiempo ingeniería de sistemas, que era lo que yo quería.

En los cinco años que permanecí allí tuve que enfrentar cara a cara cada uno de mis fantasmas y empecé a ganarles la guerra. Poco a poco y no sin esfuerzo de mi parte, fui venciendo miedos tan tontos como

el de comer frente a otras personas, el miedo a que llegaran visitantes a la casa, que en tiempos no muy lejanos me había llevado incluso a esconderme debajo de la cama, y uno de los más difíciles, el temor a relacionarme con personas del sexo opuesto.

Justamente en ese aprendizaje estuvo a punto de repetirse la historia de mi madre y por poco mi papá me lleva de vuelta a casa, cuando apenas iniciaba el primer semestre, al ser informado de que, al parecer, ya tenía novio. Mi mamá, quien estaba feliz de que yo estudiara, se opuso rotundamente con un valor casi desconocido en ella, y le hizo entender a mi papá que no se podía desaprovechar aquella oportunidad por un simple chisme. Así que seguí estudiando y todavía me demoré un año más para saber lo que era tener novio.

Los estudios en la universidad me aportaron, más que una estructura de conocimientos teóricos, una gran formación humanística. Creo que a fin de cuentas elegí la carrera indicada para un alma prisionera como la mía. La lectura, la escritura, la posibilidad de compartir experiencias con personas de distintos lugares, y el mismo ambiente, un ambiente matizado con las pinceladas de los estudiantes de artes plásticas, las interminables y enrevesadas discusiones de filósofos y antropólogos, en medio de las sublimes notas arrancadas a bajos, pianos y violonchelos, además de la poesía y la literatura, eran los elementos perfectos para empezar la reconstrucción de un espíritu.

Yo lo entendí y lo viví así. Sabía que era mi oportunidad, no solamente para obtener un título profesional que me garantizara la independencia tan anhelada, sino para liberarme de todas las cadenas de prejuicios y temores que hasta ese momento me maniataban. No perdí la sana costumbre de estudiar con responsabilidad, pero trataba siempre de dejar abierta una puerta en mi vida para las amistades que me propuse cultivar, en un afán por recobrar mi sociabilidad. Por eso mi sitio preferido de trabajo era la cafetería de la facultad de humanidades, a donde llegaba todo el mundo con ánimo de conversar y compartir un tinto, para lo cual yo siempre estaba dispuesta.

Otra experiencia me ayudó en mis propósitos. Como el dinero que papá me daba era escaso y la situación cada día se hacía más difícil, mi mamá, quien estaba dispuesta a no permitir que yo dejara de estudiar,

empezó a asistir a reuniones políticas y logró conseguir mi primer trabajo. Era justamente lo que necesitaba, dado el poco tiempo libre que me permitían mis estudios. Yo estaba contenta y aterrada a la vez. Era la oportunidad de ganar mi propio dinero para no tener que seguir dependiendo completamente de mi padre. Pero también era un reto frente al cual no tenía el suficiente valor. Fue decisivo el apoyo de mi madre y mi propia decisión de superar la cobardía de otros tiempos. Así que lo acepté. Ganaría $5.124 y trabajaría solamente los viernes y algunos sábados.

El día que debía presentarme en el colegio estuve a punto de no ir. Tenía los pies clavados en el piso. Me sobrepuse y fui. Lo que me dijo la hermana rectora del colegio acabó con mi poco valor. El trabajo consistía en crear un centro de educación de adultos, que integrara la alfabetización con labores manuales como tejido, bordado, etc. Para ello tendría a mi cargo a las estudiantes del último grado del colegio, el cual era de un estrato medio alto. Aquellas niñas eran muy finas, vestían elegantemente y al principio me miraron de arriba a abajo como preguntándose por qué debían obedecerle a aquella muchacha de pueblo cuya pobreza revelaban a gritos sus gastadas sandalias. Me sentí pequeñita, tan insignificante como Gregorio Samsa[16]. Quería salir corriendo.

No sé si premeditadamente o por casualidad la monja hizo algo que me puso a prueba de una vez por todas y que hoy le agradezco. A veces uno necesita terapia de choque. Dijo que era necesario difundir la información sobre la creación del centro y que para ello, nada mejor que fuera la coordinadora en persona quien realizara la campaña de difusión puerta a puerta. Me envió a mi sola por todo el barrio, mientras yo sentía que las piernas me temblaban. En la tercera casa, sin embargo, ya me sentía dueña de mí misma y terminé la labor con una serenidad que me sorprendió.

En los días siguientes, me sometió a pruebas similares, esta vez acompañada por las estudiantes que tenía a mi cargo, con quienes llegué a entablar una gran amistad. Sin embargo, mi inseguridad no me permitía disfrutar suficientemente el trabajo, así que me atreví a pedir al coordinador de educación de adultos que me trasladara a un centro

[16] Protagonista de “La Metamorfosis”, obra de Franz Kafka.

de educación nocturno, donde pudiera dictar clases. Después de tres meses conseguí el anhelado traslado y por primera vez me enfrenté oficialmente a un grupo de alumnos.

Era esa una labor con la que ya estaba familiarizada de alguna manera, así que fue más fácil para mí. Allí se trabajaba por quinquemestres. Había un profesor de planta para cada grado y el resto eran estudiantes que estaban cumpliendo su servicio de alfabetización.

En el quinquemestre que siguió a mi llegada a aquel centro no nombraron a mis otros compañeros de planta y me dejaron solo a mí con el cargo de directora del centro. Pasé muchos trabajos, ya que había varias cosas que desconocía del manejo administrativo, pero logré desempeñarme aceptablemente, aprendiendo cada día más. Luego nombraron una licenciada para aquel cargo y yo volví a mi puesto de seccional, convirtiéndome en su mano derecha. Después fui directora por otro quinquemestre.

Ese empleo me sostuvo durante cuatro años hasta que obtuve mi título universitario. Mis experiencias allí forjaron mi carácter de maestra con un gran deseo de dejar en cada clase mi mejor esfuerzo. Creo que fue la mejor práctica docente, puesto que los elementos pedagógicos que nos dio la universidad no me dejaron del todo satisfecha.

Respecto de la formación universitaria tengo dos objeciones. La primera es que los elementos teóricos se alejan demasiado de la realidad educativa del país. En nuestra carrera, jamás conocimos siquiera los programas que se siguen en la educación secundaria que, al fin y al cabo, después serían nuestra herramienta de trabajo. También éramos totalmente ajenos a la problemática del magisterio y a las luchas sindicales, lo que también es contradictorio porque ello hace parte de la formación de un maestro.

Mi segunda queja es que en nuestro país todo el mundo puede ser maestro. Es decir, no se tienen en cuenta las aptitudes personales de quienes aspiren a serlo, sino que se recibe a todo aquel que cumpla requisitos como el puntaje del ICFES, que por cierto es bastante bajo, y no se hacen pruebas adicionales de aptitud, que busquen medir ciertas capacidades especiales que debiera poseer un maestro, como sí las hacen en otras carreras. Me refiero específicamente a las

habilidades comunicativas. Son miles los profesores de hoy a quienes se les dificulta enormemente escribir en forma coherente una carta, hacer un resumen, exponer un problema o argumentar una posición. Más aún, los maestros en general nos caracterizamos por ser reacios a escuchar y amantes obsesivos de que nos escuchen. Sé de muchos profesores cuya vocalización es tan deficiente que difícilmente podemos entender lo que dicen y, sin embargo, son profesores de idiomas. Todo ello sin contar la cantidad de maestros que hacen víctimas a sus alumnos de sus desviaciones psicológicas. En fin, creo que el gobierno colombiano tiene tan abandonada la educación que, en últimas, le da lo mismo si el profesor tiene o no la formación adecuada.

En mi opinión, ser maestro debiera integrar una serie de valores y habilidades que nos distinguieran como los orientadores de una sociedad en formación. No obstante, las carencias son alarmantes y el declive de la educación cada día más triste.

De maestra en Guachené

Fue en octubre de l990 cuando obtuve mi título profesional. Significaba, entre otras cosas, regresar a casa donde la situación había tomado un sendero menos escabroso. El cambio en mi carácter se veía reflejado en cierto respeto que había ganado ante los ojos de mi padre, quien estaba orgulloso de mí aunque no hubiera querido estudiar derecho, la carrera de sus sueños. Significaba también consolidar una vida fabricada a punta de empeño, luchando contra mí misma para lograr ser diferente. Significaba dejar lugares que para mí serían inolvidables, dejar amistades sinceras, una familia que me acogió en su seno y que merece toda mi gratitud, y abandonar mi empleo, mis alumnos, mi colegio y todo lo que él representaba. Dudé mucho en abandonar tantas cosas pero finalmente, con tristeza profunda, lo hice.

Quince días más tarde empecé a trabajar en Guachené, nombrada con 22 horas de cátedra. Al principio ni siquiera entendía la diferencia entre un profesor catedrático y uno de tiempo completo. Cuando fui a conocer aquel pueblo, del que nada sabía, tenía toda la intención de irme a vivir allá pero, dadas las condiciones, desistí de la idea.

Guachené es un corregimiento de Caloto, ubicado al norte del Cauca, a orillas del río Palo. Su población es, en su mayoría, negra. Es casi tan grande como la cabecera municipal y tiene tanto potencial electoral, que con frecuencia decide quién ha de ser el alcalde del municipio. No obstante, esto no ha servido más que para atender ciertos intereses particulares, porque en el desarrollo del corregimiento se respira el olvido de los gobernantes locales. Sus habitantes son alegres, amantes de la parranda y de la algarabía; sencillos, resignados a una vida de carencias ante las cuales les falta empuje y organización para tratar de solucionarlas.

Es un pueblo extremadamente caluroso que carece de agua potable. La mayoría de ocasiones ni siquiera hay agua y se puede observar el desfile de mujeres con grandes cestos de ropa sobre su cabeza, acompañadas de sus numerosos hijos, quienes llevan tarros para traer agua del río. Cuando hay invierno, deben dejar que se asiente el barro para consumirla.

Antes su medio de subsistencia era la agricultura. Cada familia tenía su parcela y allí cultivaban hortalizas, plátano, yuca, soya, fríjol, maíz, además de los variados árboles frutales. Después los ingenios empezaron a devorar tierras con sus cultivos de caña y los guacheneseños se vieron obligados a vender o a alquilar sus lotes para terminar quemándose en medio de los cañaduzales por un salario ínfimo que apenas sí les alcanza para subsistir. El desempleo cunde en las esquinas del pueblo, donde hombres y mujeres se dedican a jugar dominó o parqués o simplemente a ver pasar la vida sin hacer nada por ella.

Pues bien, ese es el lugar a donde fui a trabajar recién desempacada de la universidad. Los grados que me correspondieron llevaban tres meses sin clase de español, esperando a la nueva profesora. Para mí no fue difícil adaptarme al medio, porque la mayoría de mis compañeros eran muy especiales con quien, en ese momento, era la "niña" del cuerpo de profesores. También los estudiantes me recibieron con cariño, a pesar de que en general no son demasiado afectuosos. Para lo único que tenía dificultades era para distinguirlos, pues todos me parecían igualitos.

Valoraba mucho mi nuevo empleo, porque sabía lo afortunada que había sido al conseguirlo tan rápido. Era la oportunidad de

desempeñarme en mi especialidad, pues hasta ese momento había sido profesora de todas las áreas, especialmente de matemáticas. También era la oportunidad de recibir, ahora sí, un sueldo de verdad con el cual empezaría a comprar todo lo que necesitaba.

Era una completa "lechera"[17], haciéndome ilusiones con el dinero que ganaría. La primera decepción me la llevé cuando la pagadora me hizo la cuenta de todo lo que me debían descontar, además de informarme, que no me pagarían sino dos o tres meses más tarde. Allí empecé a vivir la verdadera realidad del maestro.

Muy pronto comprendí las diferencias entre un catedrático y un profesor de tiempo completo. Me sentí inconforme por ser catedrática y decidí afiliarme al sindicato. Desde ese tiempo asistí a todas las reuniones que se programaban para los maestros y, especialmente, para los catedráticos, donde siempre se planteaba la imposibilidad de pasar a tiempo completo.

El salario prácticamente no me alcanzaba sino para pagar el transporte y la alimentación. Todos mis sueños empezaron a quedarse sin fondos. Me molestaba no tener la manera de comprar aquellas cosas necesarias en cualquier hogar. Opté entonces por endeudarme, para lo que siempre había tenido mucho recelo, y poco a poco he ido comprando lo que hacía falta en mi casa, muchas veces con la ayuda de mi mamá.

Así transcurrieron tres años entre reuniones, marchas y paros. Me fue difícil aceptar la idea del cese de actividades, porque en mi bachillerato no había hecho otra cosa que criticar a los maestros por su constante pérdida de tiempo —la cual interpretaba como pereza— con los consecuentes perjuicios en el nivel académico de los estudiantes. Creo que la desdibujada imagen que yo tenía de los maestros fue una de las razones por las cuales dudé tanto en decidirme por esta profesión.

Siendo ya profesora, me sentía culpable por traicionar mis principios de responsabilidad y cumplimiento del deber, al dejar de trabajar en mis clases. Comprendí, sin embargo, la compleja problemática que aqueja al gremio y entendí que el arma más inmediata para protestar es

[17] Fábula de Rafael Pombo.

el cese de actividades. No estaba muy segura de que fuera el adecuado pero la verdad, no veía otra opción.

Salir a marchar, a agitar consignas en las calles también me costó bastante esfuerzo, ya que no había sido criada para protestar sino para callar. Pero me obligaba a hacerlo, porque entendía que ello me podía servir en mi proceso de autosuperación. A los tres años, y después de mucho trabajo sindical, empezó la conversión de catedráticos a profesores de tiempo completo. Fue la culminación de una lucha. Más de 800 profesores del departamento dejaríamos la hora cátedra.

Todavía en la semana en que debía salir nuestro nombramiento, tuvimos que hacer actividades tendientes a presionar la diligencia administrativa y nos tomamos la Gobernación del Cauca. No me perdí ni una sola actividad, porque consideraba un deber participar si queríamos obtener un beneficio, como efectivamente sucedió. Normalmente yo asistía sin falta a cuanta asamblea y marcha se programaba. Me gustaba hacerlo, porque era la manera de estar al día en todo lo relacionado con la problemática del magisterio. Me acostumbré a asumir las actividades sindicales con la misma responsabilidad y disciplina con la que asumo mis clases diarias. No puedo entender cómo muchos profesores acatan la orden de cese de actividades y se desconectan de su labor de maestros, quedándose en su casa sin la menor preocupación y el mayor descaro.

Precisamente esto, unido a los pocos resultados que hoy en día obtiene el movimiento sindical en Colombia, ha hecho que cada día me distancie más de ello, aunque jamás perderé el interés por vivir bien informada sobre nuestra situación. Me preocupa sobremanera la actitud que hemos asumido los maestros en general frente a nuestro trabajo. El paro se ha convertido en un arma de doble filo. Por un lado, cesar las actividades pretende llamar la atención de un gobierno sordo a las peticiones de los maestros. Por el otro, parar se ha convertido en un verbo que nos hemos acostumbrado a conjugar en todos los tiempos y personas. Somos conscientes de que éste es un mecanismo de protesta que ha perdido eficacia ante la indiferencia gubernamental frente a la educación. No obstante, nos es difícil deshacernos de él porque, en mi opinión, en el fondo hemos empezado a anhelar secretamente el paro como una prolongación indefinida de las vacaciones.

Para muchos, un paro es el momento perfecto para ir de compras, pasear a los niños, visitar a los amigos, conversar en las esquinas, realizar la diligencia pendiente desde hace tiempo, etc., todo, menos una verdadera lucha sindical. Es más, me he encontrado con maestros que, estando en paro, si se les pregunta cuáles son los motivos de éste, no logran expresarlos con claridad, porque difícilmente asisten a una reunión y cuando lo hacen se dedican a hacer lo que tanto queremos corregir en nuestros estudiantes: desorden —charlar atrás, leer el periódico, mirar revistas de Yanbal, etc.—.

Tampoco yo he sido del todo ajena a esa situación. Y es que en muchas ocasiones nuestras cabezas sindicales nos envían a ceses de actividades, llenándonos una hoja con un pliego de peticiones que, palabras más, palabras menos, contiene los viejos asuntos por los que ya se han hechos muchos paros. Después de una semana, un mes o dos de supuestas y arduas negociaciones, nos leen un acuerdo gobierno-sindicato, lleno de promesas vestidas solamente con palabras. En el fondo, todos sabemos que una vez más hemos sido utilizados en los manejos clientelistas que se presentan también a nivel de las directivas sindicales y, sin embargo, en un esfuerzo por tapar el sol con un dedo, rompemos en un sonoro aplauso porque "una vez más el magisterio colombiano ha triunfado".

No desconozco las conquistas que, a nivel sindical, se han logrado. Sé que los profesores jóvenes hemos encontrado un camino abierto gracias al sudor y la sangre derramada en las luchas sindicales de antaño. Sé también que los trabajadores colombianos necesitamos de un movimiento que vele porque no se violenten nuestros derechos. No comparto, sin embargo, que muchos dirigentes sindicales hayan empezado a responder más a sus intereses particulares que a los intereses del magisterio que, a fin de cuentas, es el que los elige y los sostiene allí. Tampoco comparto que nosotros, como base, veamos en el sindicato el escudo perfecto para justificar los pretextos de nuestra irresponsabilidad, convirtiéndose incluso en abogado de causas perdidas.

Pienso que a los maestros nos falta una verdadera cultura sindical que nos lleve a las luchas con plena conciencia de lo que ellas significan. También creo que en los últimos años han sido tan seguidos

los paros, que en algunos maestros ha empezado a filtrarse la idea de no trabajar como una tentación atractiva y para ceder a ella, sino hay paro, nos ataca la "reunionitis", enfermedad muy común en las instituciones educativas estatales. Todo esto porque no hemos interiorizado la importancia real que tiene nuestra profesión en el destino de la sociedad.

A veces pienso que en nuestro gremio hay gente tan capaz que, si canalizara toda la energía que posee en el sentido de un trabajo comprometido, nuestro sistema educativo podría mejorar aún en contra de las propias prioridades de los gobiernos centrales. No obstante, los profesores colombianos seguimos empeñados en creer y hacer creer que realmente con los ceses de actividades se alcanzan grandes conquistas, lo que se desvirtúa si se observa el contenido de los últimos acuerdos. Se hace necesario, entonces, empezar a buscar nuevas alternativas de presión que reivindiquen nuestra imagen ante las comunidades y propendan verdaderamente por defender nuestros derechos y hacer respetar el derecho a la educación que tienen todos los colombianos.

La conversión de profesores de hora cátedra a tiempo completo fue justamente el producto de una serie de actividades de distinta índole, incluyendo el aspecto jurídico y las concertaciones, aunado a la presión constante por parte de las bases magisteriales. Como decía, entre septiembre de 1993 y marzo de 1994 se realizó dicha conversión en nuestro departamento y todos pasamos a ser profesores de tiempo completo, solucionando en gran medida los problemas de déficit de profesores de que adolecían las instituciones en ese momento.

Justamente en el ir y venir de la semana en la que nos nombraron, conocí al hombre que habría de estremecer todas las estructuras de mi alma, con un amor que se introdujo por cada poro de mi piel.

El último paso para superar mis temores

A mis veintiséis años desconocía casi por completo las tormentas y las mieles que nos hace probar un amor de verdad. Había salido con algunas personas, pero mis romances comenzaban y terminaban con una facilidad increíble. Aunque a veces me arrancaban algunas

lágrimas, era cuestión de muy poco tiempo para que hubiera enterrado mi amor por ellos con todos los recuerdos que los circundaban.

Esta experiencia fue totalmente distinta. Mi corazón, mi razón y mis sentidos coincidieron en amarlo con las mayores descargas de amor de que fuera capaz todo mi ser. Fue un idilio de aquellos en los que uno se adormece con el susurro de un "te amo" para despertar al día siguiente con el sabor de un beso que se ha quedado grabado en los labios. Fue un amor que me hizo romper las últimas cadenas que me ataban a los prejuicios y a las inseguridades de la adolescencia.

Él, un hombre inteligente y tierno al que también lo sorprendió el amor, fue dejando caer frente a mí todas las máscaras que a veces usan quienes temen enamorarse, para terminar desnudando su alma en busca de alguien que lograra acogerla.

Vivimos un romance que nos hizo entender que el amor y la felicidad no son invenciones líricas de los poetas, sino que pueden llegar a arrasar nuestra vida con todos sus néctares y manjares.

Estábamos siempre juntos, aún cuando la distancia se midiera en kilómetros, y para ello nos convertimos en los mejores clientes de *Telecom* y revivimos además aquella costumbre de los amores de antaño, que las nuevas generaciones tienden a olvidar: escribir.

Debo decir que él me enseñó y me incentivó a escribir. Hasta entonces toda mi producción escrita se limitaba a los fríos y dirigidos trabajos universitarios y a uno que otro ensayo que nunca conservé. No sabía lo que es darle la pluma al alma para que sea ella quien se exprese. Nunca había escrito una carta de amor. Pensaba que era ridículo y que ella no podía contener más que tonterías. Pero cuando comencé a recibir sus cartas, me di cuenta que el género epistolar podía ser mucho más valioso y empecé a incursionar en ese campo.

Recuerdo su gran alegría cuando recibió mi primera carta. Después siguió una serie de misivas que intentaban traducir el torrente de inspiración que fluía por cada una de mis fibras. Él se deleitaba tanto con su lectura, que un día me sorprendió al mostrarme un álbum en el que las había ordenado por fechas, en una colección que alcanzó un gran número. Siempre me decía que algún día las iba a publicar. De ellas tampoco conservo más que algunos fragmentos. Todas se quedaron en

sus manos, las manos de quien podía ser su mejor crítico porque, a fin de cuentas, habían sido escritas solo para él.

En ese tiempo mi alma se asemejaba a aquellos campos reverdecidos tras una suave y bondadosa lluvia, para luego disponerse incluso a florecer. Aquella primavera, sin embargo, poco a poco fue tornándose en un otoño prolongado que iba deshojando nuestras ilusiones de permanecer juntos. Se convirtió finalmente, en el más largo invierno de mi vida, de su vida, de una vida que dejó de ser nuestra para arrastrarnos lejos, muy lejos uno del otro, en una ausencia que no cedió a las lágrimas, sumiéndonos en el dolor del silencio. No sobrevivió nuestra relación a los tres años, aunque el amor se quedó dentro de nosotros, como una llamita inconfesable, durante mucho tiempo más.

Es difícil recuperarse de algo así. Es difícil despertar y volver a ver el mundo con sus nubes oscuras. Pero el tiempo remedia todos los males y cierra todas las heridas, aunque aún la luna llena se asome nostálgica a mis recuerdos.

Hoy mi vida está en el proceso de abandonar los tonos grises para intentar matizar sus días con nuevos colores. Hoy camino de la mano de alguien que ha hecho todo por rescatarme de la soledad a la que me había condenado, para llevarme a una playa tranquila, lejos de las tormentas del llanto y del vacío. Su alegría y la firmeza de su amor me han hecho albergar el deseo de una familia, de un hogar.

Muchas cosas han cambiado dentro de mí. He crecido. He superado los abismos insondables que me atormentaban y pude llegar a la otra orilla. Hoy veo las cosas de distinto modo. Y en esa experiencia he tratado de despojarme de todo aquello que me hacía daño.

La situación en mi familia es diferente. Todos crecimos, maduramos y en ese recorrer tratamos de olvidar. Para algunos ha sido más fácil; para otros, los fantasmas de la infancia aún se asoman de vez en cuando.

Mi padre ha envejecido y ahora me duele. No ha logrado superarse a sí mismo. Aunque disminuyó considerablemente su agresividad, quizás porque nuestra actitud indiferente lo obligó a ello, pero tuvo la pésima idea de cambiarla por autocompasión. Me duele porque ahora lo entiendo más. Trato de comprender sus razones aún cuando no las comparto. Me duele su afán de cariño, un cariño que no logró

cultivar en nuestro corazón y que hoy es tierra estéril. No aprendimos a abrazar, a besar, a decir te quiero y a veces he sentido muchas ganas de decírselo.

De todas maneras nosotros, sus hijos, con conflictos o sin ellos, trasegamos por la vida demostrándonos a nosotros mismos que somos personas capaces, que podemos alcanzar cualquier meta que nos propongamos. Le debemos a Dios toda la fuerza de voluntad que nos ha sobrado. Le debemos a nuestra madre su abnegación, una abnegación a toda prueba y, paradójicamente, aunque le debemos muchas de nuestras limitaciones, le debemos también a nuestro padre la mano oportuna que nos ha tendido cada vez que hemos caído.

Mis hermanos y yo somos ahora como dice mamá: "Harina de otro costal". Cada uno ha encaminado su vida por rumbos distintos en busca de la superación. Ahora tan solo me preocupan ellos, mis padres, el hecho de que tras treinta y dos años de matrimonio aún no se han dado cuenta que solo se tienen el uno al otro para ser felices; que ya no hay tiempo para el mal carácter de mi padre ni para los tardíos destellos de rebeldía de mi madre; que Dios les está dando vida para reconstruirse, para entender que cada minuto es tan valioso que no se puede desaprovechar en revivir inútiles rencores del pasado.

Es esa mi filosofía de la vida. Hoy entiendo que el tiempo corre inexorablemente, enfrentándonos cada vez a la realidad de que nos quedan menos días para ensayar, para experimentar, para aprender, para vivir. Por eso trato de disfrutar al máximo lo que hago, sabiendo que el único pretexto para el arrepentimiento es el haber dejado de vivir, de aprovechar las oportunidades que se cruzan en nuestro camino.

Me he hecho fuerte, dispuesta a asumir la vida con responsabilidad, con disciplina pero también con alegría. Por eso ya no me quejo; no porque me haya convertido en una conformista sin igual, sino porque sé que con ello no van a cambiar las cosas; por el contrario, van a empeorar, puesto que un estado de ánimo negativo solo reclama decepciones.

Por eso no entiendo por qué los seres humanos tendemos con tanta frecuencia a convertir los lugares donde se desenvuelve la mayor parte de nuestra vida (el hogar y el trabajo), en oficinas de quejas y reclamos. Vivimos tan preocupados en darnos golpes de pecho por el pasado y

en construir un futuro, que se nos olvida que realmente lo único que tenemos es el presente. A este respecto, hace poco escribí estas líneas:

> No sé si el futuro existe y a decir verdad poco me interesa comprobarlo. Inmolé muchos años de mi vida en su honor. Por demasiado tiempo anduve como un relojito, como un soldadito de plomo que no perdió jamás el compás, temerosa de que en un instante de distracción o de descuido, pudiese escaparse mi futuro por las hendijas de una vacilación.
>
> En las noches, en aquellas largas noches de mi adolescencia que a veces quisiera olvidar, lo veía como un gran pulpo que me amenazaba con sus tentáculos y me aprisionaba en la idea del mañana.
>
> No sabía exactamente dónde estaba mi futuro pero lo presentía, le temía y trabajaba como hormiga por él y para él. No existía otra cosa para mí. El presente se esfumaba tan rápido que en un instante era pasado, dejándome sola frente a un futuro incierto que en ocasiones me hizo albergar el cobarde deseo de la muerte.
>
> Un día empecé a despertar; abrí los ojos con dolor ante la triste realidad de que había dejado escapar diez años de mi vida sin saborearlos, sin tropezarlos, sin reconstruirlos, sin disfrutarlos, pasándolos como se traga una pastilla, sin sabor y sin dolor, escondida tras los papeles, los libros, los lápices, las notas, los aplausos, metida en las cuatro paredes de mi miedo, ese miedo que disfrazaba de disciplina y que no era otra cosa que un inmenso miedo a la vida.
>
> Me di cuenta de todas las cosas que no aprendí, de todas las oportunidades que desaproveché, de todos los errores que no cometí, malbaratando así posibilidades irrepetibles, mientras la vida se deslizaba como una barca lejana que yo no había sido capaz de abordar.
>
> De ahí en adelante me dejé estremecer por las palabras de Jorge Luis Borges, las cuales empezaron a hacer eco en mi conciencia:
>
> Si pudiera vivir nuevamente mi vida
> en la próxima cometería más errores.
> No intentaría ser tan perfecto,
> me relajaría más, sería más tonto
> de lo que he sido;
> de hecho tomaría muy pocas cosas
> con seriedad...

Correría más riesgos,
haría más viajes,
contemplaría más atardeceres,
subiría más montañas, nadaría más ríos...
tendría más problemas reales
y menos imaginarios...

De ahí en adelante entonces, empecé a enterrar el futuro en las sombras de lo desconocido y descubrí el ahora, el ya, el presente, ese instante fugaz que nos ofrece la vida como el único momento en que podemos arrebatarle todos sus tesoros.

No sé si mi trabajo de hoy esté forjando un futuro, como tampoco sé si mañana estaré en este mundo. No sé si este sendero que he empezado a andar me llevará al triunfo social y económico que todos anhelan. Quizás muchos esperen un día especial para estallar de felicidad por el éxito obtenido. Por lo pronto, yo he dejado que mi alma se convierta en zona volcánica en permanente actividad y no espero la felicidad porque ahora sé que ella está conmigo.

Por eso lo único que me interesa es el hoy y en el hoy trato de hacer las cosas bien, porque disfruto haciéndolas. Porque mi único compromiso es con el presente; del porvenir que se ocupen los astrólogos.

Hay una frase que me encontré hace días en alguna parte: "Si el problema tiene remedio, ¿por qué te quejas?, y si no lo tiene, ¿para qué te quejas?". Ya no me quejo. Ya no dejo que la ira o el desconsuelo se apoderen de mí. Ni siquiera cuando las nubes de polvo que entran ahora por las ventanillas abiertas de la buseta *La Rayuela*, empiezan a cubrirnos con su fina capa color rojizo. No hemos hecho nada por remediarlo, como sí lo hicimos en cambio en mi barrio, donde por fin, después de veinte años, vimos llegar uno de los regalos de la civilización: el asfalto.

A lo lejos alcanzo a ver ya el puente sobre el río Palo, el mismo que estuvo quebrado durante mucho tiempo, tiempo durante el cual el bus debía pasar por el río, mientras nosotros sentíamos un profundo frío en el estómago, tan profundo y tan frío como las oscuras aguas de nuestro río. Desde ese tiempo aquella ruta de buses desapareció para dejarnos a la vera del camino esperando el buen corazón de algún volquetero.

Poco a poco, con la eterna paciencia de don Fefo, nos acercamos al pueblo. Se ven ya sus casas, algunas viejas, otras apenas en proceso de construcción; sus calles llenas de huecos revelan los últimos vestigios del rudimentario pavimento que lucieron algún día.

Desde aquí se alcanza a escuchar la estruendosa música que sale de la cantina ubicada en la primera esquina del pueblo. Es lunes. Día de mercado. Día de fiesta, según me ha parecido, pues lo lunes salen las mujeres, los muchachos y los niños; unos a hacer el mercado, otros, a darse una vuelta por la pequeña plaza. En todo caso, siempre queda espacio para "darse una bailadita", para tomarse un trago o para apostarle a la suerte en alguno de los juegos de azar que llevan hasta allí gentes de otros lugares.

Definitivamente en Guachené no existe el silencio. Los hombres, parados en las esquinas, conversan a gritos y estallan en sonoras y a veces grotescas carcajadas. Algunos de ellos son "paleros"[18] y están esperando las volquetas para ir a sacar la arena del río. Otros, simplemente han salido a departir con los amigos, a hablar de fútbol -la pasión del guacheneseño- y a ver "cómo es el parche para hoy".

La Rayuela cruza en la tercera esquina a la izquierda y sigue derecho dos cuadras. Allí está mi colegio, esa construcción que un día fue blanca y que es víctima de nuestro descuido, con una zona verde que envidiarían muchos planteles y que, sin embargo, nosotros no hemos valorado y aprovechado suficientemente.

El carro que transporta a los profesores que vienen de Cali, Puerto Tejada y Villarrica, también acaba de llegar. Los estudiantes, con sus camisas blancas y sus faldas y pantalones a cuadros, van entrando uno a uno en este plantel que nos acoge a todos. Siempre me ha gustado la hora de llegada al colegio. Es bonito ver cómo cerca de quinientas personas nos damos cita en un mismo sitio para entretejer nuestras vidas, en un esfuerzo mutuo de superación. Quizás solo nos falta enhebrar bien el hilo de la comunicación para evitar que todo aquel trabajo empiece a desmoronarse. En fin, todos los días son una nueva oportunidad para intentarlo y éste es un nuevo día.

---

[18] Hombres dedicados a sacar la arena del río y cargar con ella las volquetas.

La educación y la construcción de su destino social

Adriana Castañeda Arango

La vida es una serie de circunstancias y acontecimientos donde se teje el destino que marcará la ruta de la vida de las personas. En mi caso, es fácil reconocer las circunstancias que favorecieron mi destino profesional.

Las situaciones que marcaron mi personalidad y forma de ver la vida fueron decisivas para que yo eligiera dedicarme a la educación de niños, específicamente en edad preescolar.

La separación de mi madre y el hecho de haber conocido y convivido con una tía maestra, considero que fueron puntos claves para escoger la profesión docente.

Mis primeros años

Nací un día martes 5 de julio de 1966 a las 7:00 a.m. en la ciudad de Palmira, al norte del Valle del Cauca, capital agrícola de Colombia que goza de un buen clima cálido, que la hace propicia para el sembrado de la caña de azúcar. Es por esta razón, que alrededor de la ciudad se encuentran los más importantes cultivos y procesadores de la caña de azúcar, azúcar que se refina y exporta al resto del país y al exterior. Sus habitantes son en su mayoría mestizos y una pequeña parte son de raza negra procedentes del Cauca, del Chocó y de la zona del mar Pacífico.

Mi madre, nacida y criada en un pequeño pueblo del viejo Caldas, junto con su mamá y tres de sus hermanos: Rosa la mayor y dos de

los menores, Luis Carlos y Ramón, habían llegado hacía cinco meses antes de mi nacimiento, a radicarse en Palmira en busca de mejores oportunidades de trabajo y un mejor clima para la crianza de los hijos.

Mi padre, también de origen paisa, no pudo acompañar a mi madre, su trabajo en una empresa de transporte terrestre con sede en la ciudad de Manizales, lo mantenía viajando todo el tiempo por todo el país, así que sus encuentros se reducían a cortas visitas. Algunas veces venía él a visitarnos a Palmira, otras ella iba a Manizales a verse con él.

En Palmira, mis tíos, abuela y madre llegaron a vivir al barrio Bizerta. La casa en donde yo nací y en la que solo vivieron unos cuantos meses, tenía un corredor muy largo, que también era patío de matas y extendedero de ropas. Las habitaciones, una tras otra, quedaban a un lado de este corredor. Al final de los tres cuartos y para cerrar este largo patío, estaba la pequeña cocina, enfrente el lavadero y a un lado el baño.

Mi madre había estado esperando mi nacimiento con ansiedad, con ilusión. Había mandado a hacer el ajuar para mí en un pequeño almacén al frente de la iglesia La Trinidad, una amiga se lo había recomendado por ser el sitio de moda en la ciudad. Allí mismo mandó a decorar la cuna de mimbre abullonada toda por dentro en color blanco, con su almohadita, sus mantas y un toldillo largo que la cubría hasta abajo. Después de tanta espera y de un delicado embarazo en el que corrí riesgo de no nacer, a la media noche del 4 de julio le empezaron los dolores del parto a mi mamá. A sus escasos 14 años pensó que se iba a morir y empezó a gritar. Mi abuela y mis tías trataban de calmarla y dispusieron todo para que el parto se llevara a cabo en la casa. Mi abuela ya tenía bastante experiencia en este campo.

El parto se llevó a cabo a las 7:00 a.m. de forma natural y normal, pero a las 8:00 a.m. iban mis tías con mi madre para el hospital, debido a que la placenta no salía. Allí debió quedarse hasta el siguiente día. Desde ese momento empezaría mi abuela a hacerse cargo de mi cuidado. A todos, familiares y amigos les parecí muy feíta, mi padre vino a conocerme y hasta lastima le dio, era muy pequeña, delgadita, blanca, tenía mucho cabello y todo parado. Me colocaban un gorrito para dormir a ver si así se me iba asentando el cabello.

En los días siguientes a mi nacimiento llegó mi otra tía, Adiela, una de las hermanas mayores de mi mamá. Ella estaba en Cartago y decidió venirse a vivir con nosotros. Inmediatamente consiguieron otra casa para vivir, más grande y con patío. Fue aquí donde Adiela conoció a Aldemar, un secretario de juzgado, se enamoraron y se casaron. De esta unión, al año nació Emerson, mi primo, con el cual estaría estrechamente ligada el resto de mi vida. Mi mamá y mis tías trabajaban en una cafetería todo el día. Mi abuela se quedaba en la casa cuidando los niños: Luis Carlos y Ramón, mis tíos que aún eran niños, Elizabeth mi prima un año mayor que yo, hija de Rosa mi tía, casada y separada, el pequeño Emerson y yo.

La casa parecía una guardería, no nos dejaban salir a la calle, jugábamos entre nosotros, peleábamos entre nosotros, cuando uno caía enfermo a los pocos días estábamos todos enfermos, aunque en realidad la más débil y enferma fui yo. Creo que era porque mi madre casi no me alimentó de su pecho, decía que le dolía mucho.

Tuve todas las enfermedades que le pueden dar a un niño en sus primeros seis años, a los dos años me enfermé de los pulmones y casi que esta enfermedad se me vuelve crónica, pues la padecí durante varios años, me hicieron toda clase de tratamientos y nada me valía, hasta tomaba y me bañaban con leche de chiva. Cuando tenía casi cinco años me salió un brote en todo el cuerpo y la cabeza, me tuvieron que raspar porque tenía la cabeza llena de granos.

Corrían los años 70, en los últimos cuatro años habíamos tratado de ubicarnos en una mejor casa, en un mejor barrio. En esta época vivíamos en una casa ubicada en un pasaje en cuyo interior se habían edificado unas ocho casas exactamente iguales, una seguida de la otra. Las familias que integrábamos esta comunidad llegamos a ser muy unidas. Como nuestra calle era solo peatonal y a ella solo teníamos acceso los que vivíamos allí, los niños podíamos salir a jugar libremente, sacábamos los juguetes y hasta los dejábamos afuera, entrábamos a cualquier casa como si fuera la nuestra. Entre todos nos cuidábamos.

Por esta época mi mamá ya no trabajaba, con lo que le daba mi papá nos manteníamos ella y yo, creo que era suficiente, pues le alcanzaba para visitar el salón de la belleza semanalmente y vivir muy bien vestida. Mi tía Rosa aún trabajaba y estaba en un curso de belleza, el

cual la facultaría para lograr independizarse e instalar su propia sala de belleza. Ellas, mis tías, eran muy vanidosas y les encantaba hacerse cosas en el cabello, arreglarse las uñas y colocarse mascarillas en el rostro, actividades que realizaban en los días de descanso, cuando todas estaban en la casa.

Mi tío Luis Carlos, en aquel entonces tendría unos 14 años, estaba estudiando el bachillerato. Como era el mayor de los niños, era el que tenía que hacer los mandados y ayudar a cuidarnos a nosotros. Era un niño serio, callado, juicioso en su estudio. Recuerdo sus cuadernos muy limpios y ordenados, me encantaba ojearlos, ver sus dibujos bien coloreados, su letra era pequeña y bien elaborada, pensaba que algún día mis cuadernos y mi letra serían como los de él. En sus ratos libres fabricaba figuras en arcilla, las horneaba y las sacaba a secar al patío de la casa. Una vez me causó gran curiosidad una pipa que había elaborado, traté de cogerla, pero estaba tan caliente que la solté cuando sentí que mi mano ardía. Estuve varios días con la mano ampollada sin poder hacer uso de ella. También fabricaba carros de balineras, ya empezaba a mostrar lo que llegaría a hacer por el resto de su vida. Sacaba sus carros al pasaje para probarlos, para enseñárselos a sus amigos y para darnos paseos a nosotros.

No vivíamos con lujos, pero creo que teníamos todo lo necesario para llevar una vida tranquila, sin preocupaciones económicas. En la casa no faltaba nada, pues entre todas aportaban a su sostenimiento.

A pesar del número de personas que vivíamos en la misma casa, no se observaban enfrentamientos entre los miembros de la familia, ni entre los adultos, ni entre los niños, los cuales compartíamos tranquilamente nuestros juegos y vivencias.

La disciplina casi siempre la ejercía mi abuela. Nos reprendía fuertemente y si la situación era grave pasaba las quejas a nuestras mamás. Cada una castigaba de forma diferente. Mi mamá era exigente conmigo, deseaba que todo estuviera en su lugar, que estuviera muy limpia y arreglada, que me comiera todo, que hiciera las cosas tal como ella decía. De lo contrario, me castigaba con una correa. Yo le tenía miedo cuando se disgustaba, casi siempre mi tía Adiela y mi abuela salían a defenderme de su agresión. Afortunadamente los castigos duraron poco, pero desafortunadamente la presencia de mi madre también.

Con mi familia paseábamos mucho. Los fines de semana íbamos a los ríos cercanos o a piscinas. Llevábamos las ollas con comida o allí la preparábamos. En Semana Santa o a mitad de año íbamos a Arauca, pueblo cercano a la ciudad de Manizales, lugar de nacimiento y de crianza de mi mamá y mis tías, donde vivían las hermanas y demás familiares de mi abuela. Tomábamos el tren de las 7:00 a.m. en Palmira y a las 12:00 m. íbamos llegando a Arauca. Nos íbamos solo los niños con mi abuela. Las tías abuela también tenían lujos menores, con ellos jugábamos y nos divertíamos en el río que pasaba cerca a su casa. Hacíamos comitivas, cazábamos, echábamos cuentos, hacíamos largas caminatas, no había tiempo para aburrirse.

En Navidad nos quedábamos en Palmira, ya fuera en la casa o en la finca de una amiga, que estaba cercana a Palmira. Como buenas paisas, mi abuela, mis tías y mi mamá hacían natilla, buñuelos, dulce de breva y todos los platos típicos del Viejo Caldas. Entre mis tíos, Ramón y Luis Carlos, mis primos y yo, organizábamos el pesebre, algunas casitas se hacían en la casa, otras se compraban, le poníamos mucho musgo, pues en nuestro pesebre sobresalían las ovejas, le formábamos un río con papel de aluminio que atravesaba a todo lo largo el pesebre y enterrábamos una vasija con agua que cumplía la función de lago para los patos. Las tardes las dedicábamos a hacer sonajeros con tapas de gaseosa para cantar en las noches los villancicos alrededor del pesebre.

El árbol de Navidad siempre era un pino natural adornado con bolitas. Nos decían que el niño Dios traía los regalos, pero había que esperarlos dormidos. Nos acostábamos temprano y al levantarnos encontrábamos el regalo en la cama, a un lado nuestro, generalmente los regalos eran juguetes o ropa. Entre los regalos que me trajo el niño Dios recuerdo muy especialmente un neceser de cuero rojo, redondo, grande para mi edad, pero a medida que fui creciendo empecé a verlo cada vez más pequeño. Lo conservé hasta mi adolescencia. También recuerdo una muñeca, que al despertarme y verla a mi lado me produjo susto, pues era tan grande, que parecía otra niña de mi edad, compartí varios años de juego con ella. Otro regalo inolvidable fueron dos muñecos bebés, niño y niña, me parecían tan reales cada uno con sus genitales, traían ropita y pañales para vestirlos, despertaron en mí el instinto maternal.

A pesar de ser una niña tranquila, comparada con mis primos Elizabeth y Emerson que eran muy llorones, no podía ver o por lo menos intuir un ratón porque empezaba a llorar desesperadamente. Durante toda mi infancia me produjo gran temor la presencia de la policía, lloraba, me escondía, me agarraba de mi mamá, sentía que me iba a morir del susto.

Me gustaba más jugar y compartir con niños que con niñas, no tuve muchas amistades en esta etapa de mi vida, con mis primos me bastaba. La relación con mi padre siempre fue muy buena a pesar de la distancia. Él siempre venía a visitarnos cargado de regalos para mí, dulces y frutas para el resto de la familia. Me daba mucha alegría verlo y estar con él, me hacía sentir que yo era lo más lindo y maravillosos del mundo, que él siempre estaría allí para complacerme en todo. No imaginaba entonces que llegaría a ser la persona más importante en mi vida, mi más sólido apoyo.

A mis cinco años, mi papá me llevó a conocer a su familia que vivía en Manzanares, pequeño municipio del departamento de Caldas, a tres horas de Manizales. Manzanares se encuentra rodeado de altas montañas de donde se origina su clima frío, sus habitantes en su mayoría campesinos caficultores son de raza blanca.

La familia Castañeda, vivía a las afueras del pueblo en una pequeña casa de su propiedad. Para llegar a la casa había que subir unos 300 metros por un camino empedrado; la casa estaba toda construida en madera a excepción del baño, que era construido en ladrillo y quedaba apartado de la casa. La entrada se hacía por una puerta ancha encontrándose de lleno con una pequeña sala. A mano derecha se entraba a un cuarto bastante grande que aunque no tenía ninguna clase de división física, estaba organizado en distintos ambientes. A mano izquierda de la sala, había un cuarto con una ventana al camino y una puerta a un corredor-balcón, el cual era sencillamente adornado por una hilera de plantas, en su mayoría claveles en diferentes colores, rojos, blancos, rosados o blancos con pintas rojas. Esta era la primera vez que veía y detallaba estas flores. En adelante serían mis favoritas y estarían ligadas a la imagen de mi abuela. Desde el balcón se podía observar la parte trasera de la casa que no estaba construida, solo era vegetación. Siguiendo por el lado izquierdo de la casa quedaba la cocina, un cuarto

grande con alacenas y un fogón grande de leña. La cocina tenía a su izquierda una puerta que daba a una escalera, por ella bajaba al patio en donde estaba el lavadero y el baño. Al fondo, unida a la vegetación que crecía en la parte de atrás de la casa, había una huerta, en ella mis abuelos cultivaban lechuga, tomate, cebolla y una que otra verdura. Más atrás, aunque no se alcanzaba a ver, corría un río.

Mi abuelo Vicente, era un hombre blanco, delgado, bajo de estatura y que cojeaba. Hacía más de 18 años que se había quemado las extremidades inferiores durante un incendio, las heridas no lograban sanar del todo y una de sus piernas al sanar quedó más corta que la otra. Mi abuela Ana María era muy blanca, baja de estatura, sus ojos eran maravillosamente azules, su cabello ya canoso era largo y fino, recogía atrás parte de él con un gancho. Mi papá era el hijo mayor. Debido a la enfermedad de mi abuelo le había tocado salir a trabajar a temprana edad para ayudar a mantener la familia.

Mi tía Dora era la segunda hija, tenía un hijo, Orlay, era más o menos de mi edad. Mi tía Dora vivía con mis abuelos y era la mano derecha de mi abuela en los quehaceres del hogar. Mi tío Argemiro, tercero de los hermanos, vivía en su propia casa al frente de sus padres, estaba recién casado. Era la cara opuesta de mi papá, extrovertido, Ágil, aventurero, tosco y de carácter muy fuerte. Completaba la familia Gloria, la menor, quien por esta época tendría unos 18 años, era alegre, extrovertida, a mí me pareció muy bonita, su piel blanca, su cabello negro, largo y grueso, al que normalmente le hacía una trenza. Me gustaba cómo se arreglaba, cómo se maquillaba, cómo hablaba, tenía muchos amigos y era muy apreciada entre los que le conocían en el pueblo. Mi llegada a esta familia produjo alegría, me trataron con mucho cariño, me consintieron, para ellos desde el primer momento fui “la nana”.

Mi visita duró alrededor de una semana. Durante mi estadía se celebró una fiesta, Gloria, mi tía, se graduaba de maestra normalista. Este era un título muy bien reconocido en aquel entonces, los maestros hacían parte del grupo de personalidades del pueblo. Para estudiar esta carrera y tener acceso a la Normal, la persona debía viajar y radicarse en Manizales, la capital más cercana. Mi tía, debido a su situación económica, tuvo que hacer muchos sacrificios para lograr terminar con

éxito sus estudios. Fue una gran fiesta, no sé si era que la casa era muy pequeña o a mi edad me pareció que había mucha gente, todos estaban felices y bailaron toda la noche. Yo me sentía orgullosa, no solo de pertenecer a esta familia que me había recibido tan bien, sino de tener una tía tan bonita y con una profesión reconocida y valorada por los demás.

Volvía a mi casa materna, cargada de regalos y de gratos recuerdos, con la ilusión de regresar pronto. Acababa de cumplir los seis años cuando fui por primera vez al Colegio Santa Rita, era un colegio de religiosas carmelitas. Mi mamá escogió éste porque quedaba cerca a la casa y porque se lo habían recomendado como muy bueno. Entré a hacer kínder en compañía de mi prima Elizabeth, que seguía viviendo con nosotros. El primer día yo estaba muy contenta, tenía muchas expectativas por conocer otras niñas y por aprender a leer; ese día estaba estrenando de todo, uniforme, una falda a cuadros negros y rojos, blusa blanca, medias blancas y zapatos negros, lonchera, maletín y hasta peinado.

El colegio era grandísimo, de tres pisos, muchos salones de preescolar, primaria y bachillerato, laboratorios cancha de básquetbol, zonas verdes con columpios, resbaladores y árboles frutales y hasta una capilla.

Entramos tomadas de la mano, Elizabeth con su mamá y yo con la mía, una religiosa nos informó cuál era nuestro salón de clases y yo me solté de mi madre para dirigirme a él. Mi prima empezó a llorar y a no quererse quedar, yo la animé y la llevé conmigo.

El salón era amplio, muy bien decorado con diferentes figuras de muñecos en madera pegados a la pared, todo allí parecía nuevo, me agradó. La profesora se llamaba Doris, era joven, trigueña, delgada, de cabello largo y de estatura baja; me sentí tranquila con ella pues nos dio confianza y se mostró amable con las niñas. Mi relación con ella siempre fue buena, decía que era una niña con deseos de aprender, colaboradora, que me gustaba hacer parte de todas las actividades que programaban en el colegio, además mi mamá entabló amistad con ella, la visitábamos, le llevaba regalos y cuando hacíamos paseos en el colegio mi mamá nos acompañaba, le llevaba comida y se sentaba a charlar con ella. Mi mamá siempre consideró a las maestras como

seres humanos admirables, con mucha responsabilidad y que merecían todo el respeto y apoyo que los padres pudieran ofrecerles.

Mi mamá iba todos los días a llevarme y a recogerme, algunas veces hasta iba a la hora del recreo, pues aunque el colegio quedaba a unas pocas cuadras de la casa, había que pasar por una avenida muy transitada y eso le producía pánico a mi mamá, hasta llegó a soñar que un carro me atropellaba.

Hice amistades rápidamente, al salir a recreo ya tenía amiguitas para jugar. Fue así como el primer día jugando una niña, me empujó y caí, ya me había raspado la primera rodilla.

Yo estaba feliz en el colegio, todo me producía emoción. Para el 31 de octubre, me habían mandado a hacer un disfraz de payaso, no recuerdo haber visto hasta la fecha un disfraz de payaso más bien elaborado, con tantos detalles como aquel. Era un enterizo de tela blanca con pepas en diferentes colores, en la parte de adelante tenía pegadas unas borlas de lana en colores fuertes y un gran corbatín de color rojo, los zapatos eran grandes, blancos y también llevaban borlas de lana. En la cabeza tenía un sombrero. Ese día corrí y salté por todo el colegio.

Lo que más me gustaba era subirme a los columpios, al resbalador me subí una vez, caí tan fuerte que me lastimé el coxis, no podía articular palabra, no sé si del susto o del golpe; jamás volví a subirme a un resbalador. También me gustaba subirme a los burritos de madera con mis amiguitas, pero lo que más nos divertía era curiosear por los pisos de arriba del colegio, allí se encontraban los grados superiores, los laboratorios y la capilla. Lo hacíamos a escondidas, porque si alguna monja nos veía nos regañaba y enviaba de vuelta al salón.

Aprendí a leer muy rápido, yo deseaba, anhelaba hacerlo. Cuando viajaba con mi papá me esforzaba por leer todas las vallas publicitarias que había en la carretera, me empezaron a llamar la atención las tiras cómicas y toda clase de revistas que pasaban por mis manos, había una de muñequitos que se llamaba *Sal y Pimienta*, comencé a coleccionarla, no se me escapaba nada para leer.

Terminé el año escolar en este colegio, pero ya a mi mamá y a mis tías les había llegado información acerca de otro colegio cercano, que

no ofrecía tanto peligro para el desplazamiento de los niños. Fue así como empezamos el primero de primaria en el Colegio El Bambino. Allí estábamos Elizabeth, Emerson, Ramiro —hijo de Gabriela una prima de mi mamá— y yo.

El Colegio El Bambino era de propiedad de la señora Vilma Roa, persona que estaría siempre presente en mi vida. El colegio era relativamente nuevo pero ya gozaba de cierto prestigio por sus condiciones y porque allí habían empezado su educación los hijos de algunas familias reconocidas de la ciudad.

En este tiempo El Bambino funcionaba en una antigua casona, los cuartos se habían acondicionado como salones, el número de alumnos era de 15 a 20 por grupo, la casa tenía en la parte de atrás un patío muy grande, allí hacíamos el recreo y también era el garaje del bus escolar, la mayoría de los niños se transportaban en él.

Doña Vilma tenía muchas aspiraciones con respecto a su colegio, quería implantar una educación europea en la ciudad de Palmira, para lo cual había empezado por mandar a construir una sede en la zona campestre de la ciudad, con salones abiertos desde donde se podía observar la vegetación y algunos animales domésticos, piscina y árboles frutales. Los uniformes de los alumnos correspondían a un modelo de una revista alemana y los pupitres y algún material didáctico fueron mandados a elaborar de acuerdo a modelos que aparecían en revistas pedagógicas italianas.

Doña Vilma había asistido a cursos para capacitarse como maestra y sus conocimientos pedagógicos los había tomado de los libros que encargaban de Argentina sobre la *Método Montessori*, la cual aplicaba con su estudiantado.

A mediados del año escolar, nos trasladamos para la nueva sede del colegio, era muy agradable llegar en las mañanas a estudiar. El bus escolar nos recogía a las 6:00 a.m., recorría la ciudad recogiendo otros niños y finalmente cogía la carretera que conducía al colegio a unos 15 minutos del perímetro urbano. Apenas el bus se acercaba a la reja grande de entrada, teníamos la sensación de libertad, de ganas de salir corriendo y trepar a los árboles, oíamos los pájaros cantar, veíamos el sol entrando en los salones, olíamos el verde de la naturaleza mezclado

con los olores propios de algunos animales. Era divertido y acogedor el lugar para estudiar.

Por estos mismos días ocurrió algo que cambiaría el resto de mi vida, mi forma de sentir, de vivir y de ver la vida. Mi mamá había decidido abandonar a su familia, porque se había enamorado de otro hombre, mi abuela y mis tías no estuvieron de acuerdo con esta decisión, pues querían y respetaban a mi padre al que le ofrecieron todo su respaldo al no dejarme ir con mi mamá.

Mi tía Adiela, quien desde siempre había mostrado su dedicación y afecto hacia mí, tomó como suya la responsabilidad de seguirme cuidando como su propia hija y así me lo hizo sentir siempre.

Mi madre se fue y nadie supo a dónde hasta el día que la vi entrar por la reja grande del colegio. Primero habló con doña Vilma y le aclaró la situación que se estaba presentando, la directora entendió, me mandó a llamar al salón de donde yo estaba observando todo y nos propició el momento y el lugar para que habláramos. Sentí vergüenza por lo que mis compañeros pudieran pensar, gran alegría de ver de nuevo a mi madre y, a la vez, un susto enorme por lo que pudiera pasar y que al fin sucedió: mi madre me llevó a vivir con ella ese mismo día. Doña Vilma se encargó de enviar la noticia a mi casa y mandar a pedir ropa para mí, pues mi mamá se había comprometido a enviarme todos los días al colegio en un camión que pasaba por la finca de donde ella se encontraba viviendo, ubicada en el corregimiento La Buitrera, a escasos 30 minutos de Palmira.

Mis días transcurrían entre la finca y el colegio, algunas veces el mismo camión que me recogía no me podía llevar y doña Vilma con susto me hospedaba en su casa, que quedaba allí mismo en las instalaciones del colegio. Se inició una verdadera familiaridad entre doña Vilma, sus hijos y yo, doña Vilma y mi mamá, doña Vilma y mi familia materna; ella era el puente de comunicación entre mis dos hogares.

En los meses en que viví en aquella finca me sentía mal, extrañaba a mi familia, solo me veía con mis primos en el colegio, no sabía nada de mí papá y sentía que lo estaba traicionando al vivir con mi mamá y su nuevo esposo. Me volvía una niña solitaria, tímida, nerviosa y sumisa.

Al finalizar el año escolar mi madre invitó a doña Vilma a pasa las vacaciones en la finca junto con toda su familia, allí se afianzó más

nuestra familiaridad. Pasábamos los días montando a caballo, bañándonos en la piscina y en las noches nos reuníamos a echar cuentos; cuando llegaba la hora de dormir yo prefería quedarme con ellos y dormir con los hijos de doña Vilma.

Terminadas las vacaciones, mi madre decidió enviarme de nuevo a casa de mi familia materna, creo que me vio tan triste, que consideró que lo mejor era que estuviera en donde pudiera sentirme a gusto. Me costó tiempo y trabajo volverme adaptar a mi familia, los veía como a extraños, pues vivían en otra casa, la cual era fuente de soda y cafetería en la parte de adelante y vivienda en la parte de atrás. La casa era fría y oscura, pero tenía un gran solar el que de inmediato tomé como lugar preferido para mis juegos del papá y la mamá, los que ahora hacía yo sola, pues mi prima Elizabeth y su mamá ya no vivían con nosotros. Solo quedaban mis tíos, Luis Carlos y Ramón y mi primo Emerson, que se dedicaban a otros juegos con sus nuevos amigos.

El segundo año de primaria la inicié en un colegio que quedaba al voltear la esquina de mi casa. En El Bambino no pudimos continuar, porque debido a los altos costos de mantenimiento que demandaba la institución, la propietaria se vio forzada a cerrarlo.

Mi nuevo colegio, otra casa que había sido adaptada para cumplir con las funciones educativas, era de propiedad de doña Clelia. Tenía muchos años laborando al frente del establecimiento, era directora y también docente; a simple vista parecía muy brava, su carácter era fuerte, pero en realidad tenía muy buen corazón y mucha paciencia para tratar a los alumnos. El colegio de doña Clelia, como se le llamaba, gozaba de reconocimiento entre las instituciones vecinas, decían que su nivel educativo era muy bueno y así lo pude apreciar. La directora era una persona muy organizada, activa y dinámica a pesar de estar ya avanzada en años, exigente con sus docentes y alumnos, pasaba de salón en salón observando las clases, organizando actividades y revisando que los cuadernos estuvieran completos y muy ordenados.

Durante el calendario escolar hice algunas amistades, dos hermanas que estudiaban conmigo y una vecina mía, que me llevaba algunos años de ventaja; con las dos hermanas pasaba mucho tiempo en el colegio, participábamos en todas las actividades escolares como la semana cultural, las izadas de bandera y los homenajes, ellas cantaban

a dúo y yo bailaba danzas y recitaba. Por fuera del colegio, nos gustaba reunirnos a hacer comitivas, con mi otra amiga que era mayor, charlábamos y compartíamos cuentos y revistas.

Doña Clelia se encargaba de sacar y preparar a los alumnos que estuvieran en edad de hacer la primera comunión. Por este año contaba yo con nueve años y era tiempo para recibir el sacramento de la comunión. Un 24 de mayo mi prima Elizabeth y yo estábamos entrando a la iglesia catedral de Palmira con un manto habano, era el traje que habíamos escogido para tan solemne acto. Después de la ceremonia religiosa fuimos a la casa de mi tía Rosa, allí se había programado la fiesta a la que asistieron familiares y amigos, en su mayoría compañeros de estudio.

En junio de 1975 cuando terminamos el año escolar, mi padre me llevó a pasar vacaciones a Manzanares, a casa de su familia. Yo no alcanzaba a imaginar entonces que las vacaciones eran solo un pretexto para dejarme viviendo allí, ni mucho menos que la convivencia con mi familia paterna tendría una influencia tan grande en mi vida y en mi decisión profesional de ser maestra.

Mí tía la maestra

Un sentimiento de abandono y soledad se apoderó de mí en el momento que mi padre se despedía y me dejaba a cargo de mi tía la maestra, prometiendo enviar después el resto de mi ropa. En aquel instante comprendí que las vacaciones habían terminado y que iniciaba para mí una larga estadía con aquella familia con la que solo había compartido en una oportunidad y con la cual me había sentido a gusto, pero que sentía lejana.

Mi tía Gloria la maestra, había sido nombrada directora en la Escuela José Eusebio Caro, ubicada en la vereda Las Margaritas, zona rural del municipio de Manzanares, a unas dos horas de la cabecera municipal.

Debido a la distancia y al mal estado de la carretera, las maestras contaban con vivienda a un lado de la escuela. La casa constaba de dos cuartos amplios, sala-comedor, un baño y la cocina. En un cuarto dormían tres maestras, incluida mi tía, todas ellas solteras, mi tía Dora

que también convivía con ellas y se encargaba de la alimentación, y yo. En otro cuarto, dormía otra maestra con su esposo y dos hijos.

El día lunes a las 5:00 a.m. en medio de la oscuridad y del frío típico de la región nos recogía Misael, novio en aquella época de Gloria; en su jeep íbamos al pueblo a recoger a las otras maestras para luego continuar el viaje hacia la vereda Las Margaritas. El resto de la semana nos quedábamos en la escuela y el viernes a las 5:00 p.m. regresábamos al pueblo, a casa de la abuela donde permanecíamos el fin de semana.

Con esta nueva situación me vi forzada a cambiar en todos los aspectos de mi vida. Era necesario adaptarme a mi nueva familia y ellos a mí, porque aunque me querían y consentían, yo representaba una gran responsabilidad económica y moral. El clima era totalmente diferente al que yo estaba acostumbrada, me encantaba mi calorcito valluno y el clima de Manzanares siempre fue para mí difícil de soportar, las costumbres, la corrida, la forma de vestir, todo era diferente para mí y representaba un cambio brusco. Antes nunca había sentido u observado la diferencia de color entre mi familia paterna y yo, pero en este pueblo caldense de población muy blanca, yo sobresalía por mi color trigueño. Así lo empecé a notar cuando salía y se quedaban mirándome, cuando se dirigían a mi tía dudando de que yo fuera su sobrina por mi color.

Por otro lado, yo siempre había vivido en la ciudad y estudiado en colegios, rodeada de niños en su mayoría de clase media-alta; los niños de la Escuela José Eusebio Caro eran niños campesinos que venían de regiones apartadas, tenían que caminar por entre cafetales largos trayectos, sus ropas eran muy pobres, sus cuadernos y materiales de estudio eran mínimos y los cargaban en bolsas hechas de retazos. En esta escuela no existía uniforme, cada cual asistía vestido de acuerdo a sus condiciones. Algunos alumnos llevaban almuerzo, otros almorzaban en el restaurante escolar; la jornada académica era de todo el día, unas clases en la mañana, descanso al medio día y continuaban las clases en la tarde.

En estas condiciones y por influencia de mi tía, cursé el grado tercero de primaria. Ya que tuve que nivelarme para entrar a este curso, la profesora Luz Marina, por recomendación de mi tía, me exigía

bastante. Cualquier baja en mi rendimiento era conocida por mi tía inmediatamente, a lo que ella respondía llamándome la atención y sentándome horas enteras a repasar todo lo visto en clase.

Ser la sobrina de la directora tenía sus ventajas y desventajas. Algunas ventajas eran convivir con las maestras, eso motivaba la envidia y los celos de mis compañeros, conocer con anticipación las actividades que se planeaban para toda la escuela, tener acceso a los exámenes de los alumnos, pues a veces mi tía o las profesoras me pedían ayuda para evaluarlos, conocer las notas y tener algunas consideraciones por parte de las maestras. También tenía sus desventajas, ya que cualquier información que se difundiera siempre caía la responsabilidad sobre mí con el consiguiente reclamo y castigo por parte de mi tía. Yo tenía que ocupar el primer lugar en rendimiento académico y en comportamiento. Mi presentación personal debía ser sobresaliente, así como mi vocabulario y mis modales. Constantemente sentía la presión de mi tía sobre lo que debía hacer y decir, debía ser modelo para los otros alumnos; considero que estaba en juego la imagen y el nombre de la directora, mi tía.

Durante el medio año que estudié en esta escuela, fueron muchas las situaciones que me hacían pensar y extrañar mi tierra natal. En ocasiones, las fuertes lluvias provocaban deslizamientos de tierra, cerrando la vía que conducía del pueblo a la vereda y nos tocaba pasar a pie la montaña de lodo; la escuela servía como centro de operaciones de las viviendas alejadas y por ésta razón, allí llegaban los enfermos graves para ser remitidos al hospital del pueblo, las madres embarazadas a punto de dar a luz, los heridos producto de las borracheras de los fines de semana y algunas personas con problemas policiales. Todas estas situaciones y otras, como las peleas a machete en los corredores de la escuela, las vivíamos nosotras de cerca y a mí me producían pánico.

Pronto me gané el aprecio y admiración de algunos compañeros que me eligieron como representante del grupo, esto me mantenía animada y en constante actividad, pues tocaba caminar por toda la vereda vendiendo diferentes productos comestibles y promocionando otras actividades para recoger fondos. La representante con más dinero recolectado era coronada como reina de la institución. No

gané la corona, pero sí aprendí muchas cosas de la cultura campesina paisa e hice muchas amistades.

El regreso a casa los viernes lo hacíamos con un ánimo y una alegría que nos salía a todas por los poros, las maestras regresaban al pueblo cantando a todo pulmón por la carretera. Las compañeras de mi tía eran jóvenes entre los 20 y 25 años todas solteronas con novio. La alegría que manifestaban, su carácter fresco y extrovertido, las charlas que mantenían y las actividades que realizaban en grupo y en las que yo también iba incluida, me hacían verlas como unos seres muy humanos, sencillos y cordiales a los que se podía acceder fácilmente.

Los fines de semana en casa de mi abuela significaban un alivio para mí: dormía con mi abuela, comía las delicias que mi abuela preparaba con amor, salía de compras al pueblo con mi tía y jugaba con mi primo Orley. Generalmente en mis juegos representaba lo que veía y vivía en mi convivencia con los maestros. El juego a la escuelita en el que mi primo era el alumno y yo su maestra se convirtió en nuestro favorito.

Al finalizar el año escolar, el cual logré clausurar con éxito siendo promovida al siguiente curso, me fui a pasar la temporada de vacaciones y de navidad a mi tierra natal Palmira en compañía de mi familia materna.

La familia que había dejado ya no era la misma o por lo menos así lo sentía. Cada uno tenía ahora sus propios intereses, sus propios amigos. Mi tía Adiela había comprado una casa en otro barrio, los muchachos estudiaban en otros colegios. Yo sabía que aún no era el tiempo para quedarme con ellos, pero tampoco sabía cuánto tiempo más tendría que estar lejos.

Las vacaciones terminaron y tuve que regresar a Manzanares, esta vez le correspondió a mi tío Luis Carlos irme a llevar. Cuando mi tío se despidió me aferré a él, sentía que el único hilo que me unía a mi familia se reventaba, lloré, supliqué que me llevara, pero todo fue en vano, la decisión estaba tomada, yo debía quedarme allí.

A mediados de febrero, trasladaron a mi tía para la zona urbana, a una escuela llamada Clara Velásquez, en esta ocasión ella iba en calidad de docente, lo que dificultó el que yo continuara estudiando a su lado. De todas maneras, su influencia sirvió para encontrarme un cupo en

la Escuela Santa Teresita para cursar el grado cuarto con la profesora Ofelia Villegas.

Durante este calendario escolar participé en todas las actividades que la escuela programaba, pertenecí a la Cruz Roja, a la banda de guerra y al coro, motivada y apoyada por mi tía. También recitaba y actuaba en los actos culturales, mi tía me preparaba y evaluaba para que saliera excelente.

Con el cambio de la zona rural a la zona urbana, se sucedieron otros cambios: Gloria se casó con su antiguo novio, consiguieron una casa en el pueblo para formar su nuevo hogar y que le quedara cerca a ella de su trabajo. Mi tía Dora y yo fuimos a vivir con ella. Al poco tiempo se embarazó y empezaron los preparativos para la llegada de su primogénito, yo la acompañaba a hacer compras, disfrutaba con la expectativa y las ilusiones de su bebé. Ya en el pueblo, pude hacer amistadas, entre vecinos y compañeros de estudio que me invitaban a salir a dar una vuelta, a montar en bicicleta, a preparar comitivas. Me entretenía y hacía más llevadera mi vida en este lugar.

A finales del 76 nació mi prima. Esta nueva circunstancia permitió que me enviaran de regreso a mi familia materna, ya con la plena seguridad de que mi estadía no sería temporal sino de que regresaba para quedarme.

Volviendo a casa

Mi regreso a casa no fue fácil, porque yo traía otras costumbres y porque mi tía Gloria se había encargado muy estrictamente de educarme en cuanto al comportamiento y modales que debía siempre conservar, supongo que mi familia materna me veía ahora distante, como sacada de otro mundo.

Por aquella época mi abuela tenía a Cecilia, una sobrina suya viviendo en la casa. Cecilia estaba estudiando quinto de primaria en la Escuela La Milagrosa, como era una de las mejores alumnas y se había ganado el reconocimiento de la directora y de las maestras, intervino ante ellas solicitando cupo para mí. Otra vez debí nivelarme, en esta ocasión contaba con la ayuda de mi prima Cecilia para ponerme al

día de todo lo visto en cuatro meses que llevaban de estudio. Cecilia y yo, llegamos a formar un dúo sobresaliente, que las otras alumnas no pudieron superar, al final del curso ocupamos los primeros lugares.

Ya radicada en mi casa empecé a hacer amistades, teníamos un grupo grande de amigos, todos vecinos, los cuales nos reuníamos en las noches a jugar. A esta temprana edad conocí a la familia Cañón, Angélica y Helí, los padres, Liliana, Adriana y Ricardo, los hijos. Adriana y yo nos parecíamos en nuestra forma de ser y de pensar, suficiente razón para seguir el resto de nuestras vidas unidas por una bella y sincera amistad.

Terminado el año lectivo 1976-1977, la preocupación por el ingreso al bachillerato se apoderó de mí, me sentía insegura para presentar el examen de admisión, el haber cursado dos grados en un año me hacía sentir con miedo de que me fuera a confundir, además el solo de pensar en que podía no ser admitida me aterraba, ya que no contaba con la influencia de mi tía para ingresar a cualquier institución. Por fortuna, vivíamos cerca a uno de los mejores colegios femeninos de la ciudad, y allí trabajaba mi prima Consuelo, otra sobrina de mi abuela. Consuelo pertenecía al personal que laboraba al cuidado y atención de las madres superioras, razón por la cual gozaba de su aprecio y confianza. Esto permitió mi ingreso al colegio pasando por encima las reglas del establecimiento en cuanto a la presentación del examen de admisión.

El Colegio San José de Ávila, perteneciente a la congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento, quedaba ubicado a más de cuatro cuadras de mi casa; aunque llevaba muchos años funcionando, su edificación era constantemente renovada, lo que la hacía tener un aspecto moderno. Abarcaba toda una manzana del barrio, constaba de capilla al servicio de la comunidad, la cual se unía internamente al colegio, dos pisos construidos en salones de clases, laboratorios, cocinas y biblioteca, canchas de baloncesto y un teatro.

La educación que se impartía era de carácter religioso, destacando la formación de valores espirituales y creyentes. Paralelo a las áreas de estudio obligatorias, veíamos otras características de los colegios religiosos como eran: música, generalmente de aprendizaje de temas colombianos y los cantos que aprendíamos para la participación en la Santa Misa; pintura, bordados, costura y culinaria.

A través de las clases de español y literatura pude tener conocimiento y acceso a algunos escritores y obras literarias, esto despertó mi interés y gozo por la lectura de obras literarias. Empecé a buscar libros, a pedirlos prestados, hasta me suscribí a una empresa promotora de libros. Encontré el mejor amigo a mi soledad, la disculpa para encerrarme en mi cuarto horas y días enteros[1].

En el colegio yo siempre estaba acompañada, tenía mi grupo de amigas y me sentía bien, lo contrario sucedía cuando estaba en mi casa, me sentía sola, triste e incomprendida. Comencé a pensar y a soñar con ser psicóloga de niños, consideraba que así como yo tenía problemas emocionales, había muchos niños con los mismos y yo

[1] Muchos años después en mi preparación profesional y en mi desempeño del buen hábito de la lectura. Las personas y específicamente las que nos dedicamos a la labor de educar futuras generaciones, debemos apreciar la importancia de este interés y gusto por la lectura, porque nos permite estar informados, actualizar nuestros conocimientos y mejorar la expresión oral y escrita. Mi gusto por la lectura me ha facilitado, en muchas ocasiones para conocer y entender nuevos conocimientos pedagógicos, mejorar mi nivel cultural y sobre todo, considero que me ha permitido expresarme mejor de forma oral y escrita. Con el tiempo y de acuerdo a las necesidades que se me iban presentando, conocía, disfrutaba y cambiaba a diferentes tipos de textos. Obras literarias como las escritas por Alejandro Dumas, García Márquez y Varga Llosa, los clásicos de la literatura universal y las grandes biografías fueron inicialmente mis preferidos. Después, ya en la universidad, vi la necesidad de ampliar mi conocimiento acercándome a textos de psicología: Jean Piaget y Freud se convertirían en mis mejores referentes.

Ya en el ejercicio de mi carrera, los cuentos clásicos así como el conocimiento de las nuevas producciones narrativas, serían de vital importancia en el desarrollo de mi trabajo. Los textos sobre nuevas tendencias y experiencias pedagógicas llegarían a mí a través de diferentes grupos de trabajo y como material de estudio en los diferentes talleres de actualización programados por la Secretaría de Educación Municipal. Los libros de superación personal complementarían y llenarían mi gusto por la lectura. Este hábito se me convirtió en una necesidad para el alma, me da tranquilidad, serenidad, ideas nuevas, conocimiento Y cultura. El libro, o en general el texto escrito es mi mejor compañía.

Este ámbito tan importante para mí, lo trataría de trasmitir a mis alumnos desarrollando diferentes proyectos dentro del aula que si no desarrollaban el hábito a corto tiempo por lo menos despertarían en los niños el interés y el gusto por el lenguaje verbal y escrito.

podía no solo entender los míos, sino también ayudar a otros a buscar la solución a ellos.

En el año de 1977, mi tía Rosa se volvió a casar, esta vez con un holandés residente en la isla de Curasao, antilla holandesa, ubicada al norte de Venezuela. Circunstancia que la obligó a ella y a su hija a radicarse en esta isla. Una vez mi tía viviendo fuera del país, empezó a invitar al resto de la familia a visitarla. Fue así como empezamos a pasar las vacaciones allá, conocíamos y compartíamos con los amigos de la familia, todos ellos holandeses que nos hablaban de la belleza de su país y del encanto del continente europeo. Estas charlas motivaron en mí un gran interés por conocer otros países, las clases de historia y de geografía eran mis preferidas, los idiomas extranjeros que dictaban en el colegio eras las áreas en las que yo sobresalía.

Mis planes ahora estaban centrados en terminar el bachillerato e irme a estudiar a Europa, razón por la cual me matriculé en un cuso de Inglés al que asistí todas las noches durante un año.

El segundo grado de bachillerato también lo cursé en el San José del Ávila. Este año no me fue bien, porque dedicaba muy poco tiempo al estudio, entre salir con mis amigas en las tardes a conocer nuevas amistades del sexo opuesto y encerrarme en mi cuarto a leer o en el peor de los casos a llorar mi soledad, no tenía interés por estudiar.

Mi padre interfirió esta vez comprensivamente y decidió llevarme unos días para Medellín, lugar que escogería para vivir el resto de sus días al lado de su nueva esposa.

Mi tía Adiela, siempre preocupada por mi futuro, consideró que no era bueno que yo repitiera el curso en el mismo colegio. Mi primo Emerson ya había empezado su bachillerato en el Colegio Champagnat, por esta época perteneciente a los hermanos maristas. Con la pérdida del año que acababa de concluir, volví a igualarme con mi primo y como el Colegio Champagnat era mixto, mi tía decidió matricularme allí.

Para mi fortuna y debido al apogeo que estaba viviendo el colegio en este tiempo, fueron muchos los amigos y amigas que ingresaron en este mismo año, entre ellos Adriana Cañón, mi mejor amiga. También encontré allí a doña Vilma, mi profesora y amiga de primero

de primaria; ahora, se encontraba trabajando para el colegio como maestra de preescolar.

El Colegio Champagnat era uno de los establecimientos educativos más antiguos de la ciudad, por mucho tiempo la educación que se impartía allí fue solo para varones, hacia apenas unos dos o tres años se había convertido en mixta, razón por la cual había tanta demanda de jóvenes para ingresar.

El colegio, antiguo claustro de los hermanos maristas, conservaba la misma edificación de toda su vida, aunque con algunos cambios internos, pues los monjes ya no residían allí. A nivel educativo, había sufrido una transformación, ya no era estrictamente religioso era más libre, menos dedicado al deporte, pues en otra época sus deportistas sobresalían a nivel departamental por la motivación y apoyo que la institución brindaba en este campo. La disciplina era menos rígida que la recibida por parte de los monjes. Todos estos cambios, alegaban los varones, eran producto del ingreso de las niñas al centro educativo.

Allí en los salones, patios, corredores y escaleras del Champagnat viví los mejores años de mi juventud, maduré como persona, conocí a los verdaderos amigos, los que son para siempre. Me eduqué y preparé como bachiller clásico para poder continuar con mis estudios superiores.

Durante los cinco años que estudié en este colegio siempre me destaqué por ser la "abogada de los pobres", como me llamaban. En primer lugar, siempre estaba protegiendo y defendiendo a mi primo Emerson de los muchachos más grandes a los que él agredía verbalmente colocándoles apodos, para luego salir corriendo protegiéndose de su respuesta física. Me enfrentaba a ellos alegando que él estaba muy pequeño y que para eso ahí estaba yo, para responder por sus actos. También observaba en mi salón a los alumnos solitarios, aquellos a los que casi nadie se acercaba, generalmente eran de raza negra o los menos favorecidos económicamente, me sentía en la obligación de brindarles mi compañía y amistad.

Otras veces, me enfrentaba a los profesores, consciente de que no eran seres superiores, me dirigía a ellos en buenos términos. No soportaba que reprendieran a algún alumno ridiculizándolo o haciéndolo sentir incapacitado intelectualmente.

Académicamente no fui la mejor, las matemáticas nunca fueron mi fuerte y eso se podía observar en las notas de mis informes. Tampoco lo fue la educación física, siempre consideré que los ejercicios que nos ponía el profesor eran muy fuertes para nosotras las mujeres. En lo que sí sobresalía y me pedían ayuda mis compañeros era en idiomas, literatura, filosofía, geografía e historia. Las otras materias las pasaba ayudada por mis compañeros o por los profesores con los cuales siempre mantuve buenas relaciones, especialmente con los de sexo masculino. Mi preferencia por las amistades masculinas se hizo más notoria durante estos años de colegio, me relacionaba mejor con ellos, era su cómplice y confidente en las travesuras que planeaban contra compañeros y maestros, aunque yo nunca participé en ellos, mi comportamiento siempre fue respetuoso hacia compañeros y maestros. Esta camaradería con los muchachos no era bien vista por algunas niñas, que sentían rabia y envidia contra mí, lo que dificultaba más nuestra relación de compañeros.

Si de algo estaba yo segura era de que cuando terminara el bachillerato iría a Europa, muy seguramente a Holanda, pues ya a mis 18 años había tenido dos novios holandeses y soñaba con poder conocer su país. De lo que no estaba segura era de cómo me iba a ir, a dónde iba a llegar, o qué iba a hacer.

Sucedió un día cualquiera, cuando me encontraba estudiando el último año de bachillerato. Mi tía Adiela se encontró en algún lugar con doña Vilma, mi antigua profesora y amiga, quién le comentó a mi tía acerca de enviarnos, a mi primo y a mí a participar de un año de intercambio en otro país. Ya doña Vilma había enviado a su hijo Larry hacía unos tres años a Alemania, éste se amañó y se quedó allá estudiando ingeniería de alimentos, luego se casaría y radicaría en ese país.

A mi primo no le llamó la atención la idea de salir del país, a sus 17 años aún era muy dependiente de su mamá y el enfrentarse solo a otra cultura no estaba entre sus planes. Para mí, esta nueva opción de salir del país se convirtió en la mejor forma que tenía para realizar mi sueño. Inicialmente me iría como intercambio a cualquier país de Europa y ya ubicada en el viejo continente buscaría la manera de quedarme en Holanda.

El programa de intercambio estudiantil consiste en pasar un año en otro país aprendiendo el idioma, conociendo su cultura, haciendo amistades con jóvenes de otros países y desempeñando un trabajo social de acuerdo a nuestros gustos e inclinaciones profesionales. Este programa está coordinado por una organización que se encarga de asignarle a cada estudiante una familia con ciertas características en la que el joven pueda estar seguro y con la cual pueda aprender de la cultura.

También la organización se encarga de diligenciar la documentación solicitada por cada país, planear actividades en las que el estudiante pueda reunirse y convivir con los otros jóvenes extranjeros para conocer su cultura, y de gestionar y cuidar la seguridad integral de los estudiantes.

Empecé a tramitar todos los documentos exigidos para viajar a Dinamarca, país que al final escogí por considerarlo novedoso. A medida que me iba llegando información acerca del país crecían mis expectativas y deseos por estar allá. Entre prepararme y presentar las pruebas de ICFES, cumplir con mis deberes escolares para poder graduarme y seguir con mis preparativos de viaje, trascurrió el año lectivo 1983-1984.

Aunque para mi padre ni la idea de estudiar psicología, ni mis planes de viaje eran de su agrado, me apoyó económicamente y me deseó siempre lo mejor pensando que no me volvería a ver, que me quedaría en Europa.

El día 29 de junio de 1984, mi primo Emerson y yo recibimos nuestro título de bachiller. A la ceremonia solo asistieron los padres de mi primo, mi abuela, mi tía Rosa y su hija que habían venido de Curasao y mi tío Ramón. Mi padre no pudo asistir debido a su trabajo, mi madre no se dio por enterada.

De aquí en adelante cada uno seguiría su propio destino. Mi primo se iría a estudiar a Bogotá en donde se había presentado para estudiar ingeniería de sistemas, carrera que abandonó en el segundo semestre para estudiar ingeniería eléctrica en Cali. Yo me iría para Dinamarca durante un año como intercambio estudiantil. Lo que pasaría después, hasta este momento nadie lo sabía, ni yo misma.

Un año de intercambio

Si antes siempre había sentido una gran tristeza al separarme de mi familia, esta vez, a pesar de que iba a emprender un viaje hacia lo desconocido, me embriagaba un extraño sentimiento de desapego. Amaba a mi familia por sobre todas las cosas, pero podían más, en ese momento, las esperanzas e ilusiones que tenía por alcanzar mi sueño.

Contrario a lo que todos pensábamos, mi despedida no generó llanto ni angustia. Curiosamente yo estaba muy tranquila, no pensaba en nada, no sentía temor de afrontar sola las situaciones y circunstancias para mí desconocidas.

El día 26 de julio de 1984, tomé el vuelo Bogotá-Frankfurt, 20 días después de que todo el grupo de intercambios colombianos habían partido en un vuelo chárter hacia el resto del mundo. Este retraso en mi salida, responsabilidad del gobierno danés para diligenciar mis respectivos documentos, me significó muchos trastornos con respecto al plan de viaje y llegada que la organización de intercambios había planeado para todos.

A la oficina de la organización en Dinamarca no había llegado información de mi llegada, razón por la cual nadie me esperaba en el aeropuerto de Copenhague. Cansada de un viaje de un día entre amaneceres y anocheceres, según dieran con el cambio de hora y sin un centavo de moneda local, a las 9:00 de la noche me dirigí a una oficina del aeropuerto para que me ayudaran a comunicarme telefónicamente con mi familia danesa o alguien de la organización que me orientara para llegar a ellos. Después de largo rato de llamar aquí y allí y de no encontrar a nadie, pues era sábado, dieron con la casa de Lilí, otra joven colombiana compañera de intercambio con la que pude hablar en español y me indicó que tomara un bus hacia la estación del tren, en donde ella me esperaría para enviarme a la ciudad en donde estaría mi familia esperándome.

Respiré profundo, tomé mi maleta, di las gracias a Dios y al personal que me había ayudado y subí al bus. Ya había superado mi primera situación angustiosa en ese país.

El ingreso a la estación me trajo a la realidad, aquella era una de esas estaciones antiguas, como todo Dinamarca, que lo remontaban a uno

a la época de la Segunda Guerra Mundial. Había mucha gente, todos diferentes a mí, la mayoría con rasgos físicos propios de los daneses, muy blancos, rubios, excéntricos en sus vestiduras y con accesorios y tatuajes en cualquier parte del cuerpo. Otras pocas personas tenían rasgos físicos como de los hindúes, turcos o árabes.

Por fin entre la gente reconocí a Lilí, aunque ella era blanca, su estatura, su cabello y su forma de vestir decían de dónde era. Lilí estaba viviendo en la casa de Linda, una danesa que había estado de intercambio anteriormente en Colombia. Entre las dos me recibieron afectuosamente, me ayudaron con la maleta y me dieron las primeras indicaciones. A unas dos horas en tren quedaba la ciudad en la que vivía mi familia, ellas se encargaron de comprarme el tiquete del tren, de llamar a la familia para que foto en mano, me fueran a esperar y me entregaron un sobre con una carta y cierta información importante para mí en ese momento.

El viaje de dos horas me sirvió para disfrutar del placer de viajar en tren, para observar y detallar las personas a bordo, todas danesas excepto yo, y para leer la carta que me habían entregado.

El sobre contenía un mapa de Dinamarca con sus principales vías, había un recorrido resaltado con marcador rojo. Una nota de bienvenida que me dejaba Anne, quién sería mi persona de contacto, es decir, mi ángel de la guarda durante mi estadía en su país. Anne era una danesa de unos 26 años que hablaba español, había estado de intercambio en Honduras, conocía el temperamento latino y la forma de ser y de vivir de las mujeres de nuestras regiones; por eso me fue asignada.

En el interior del sobre también había un cronograma de actividades a realizarse en la siguiente semana: en primer lugar, tendría que embarcar una bicicleta desde mi lugar de residencia hacia otra ciudad en donde al llegar la reclamaría. Iniciamos un tour por el amplio territorio danés, con descansos en la noche en algún paraje, para continuar pedaleando al día siguiente.

El tour terminaría en una ciudad, en donde estaríamos por unas dos semanas tomando un curso introductorio del idioma. Mencionaban además qué deberíamos llevar, en dónde tomaríamos el tren y a qué horas. Todo esto era un comunicado general para todo el grupo de jóvenes estudiantes extranjeros.

Casi a la media noche el tren se detuvo en su última parada, me percaté de esto, porque las restantes tres o cuatro personas que quedaban se dispusieron a bajar y yo hice lo mismo. Ya parada en la puerta del vagón del tren logré observar a una mujer y dos hombres con una foto en la mano, me dirigí a ellos segura de que era a mí a quien esperaban. La mujer y uno de los hombres eran ahora mi familia, el otro hombre era su mejor amigo, que nos serviría de traductor pues ellos no hablaban otro idioma que no fuera danés y sus dos hijos, Helene y Anders que hablaban inglés, esa noche se encontraban en una fiesta.

La imagen que yo guardaba de esta pareja de esposos por una foto que me habían enviado, era muy diferente de la que ahora observaba. Hanne la señora, se adelantó, me dio un fuerte abrazo y la bienvenida en su idioma, Hans el esposo, un poco tímido me sonrió y me ayudó con la maleta.

Después de media hora de silencio, lo que duró el viaje desde la ciudad hasta la casa de la familia, que quedaba en una apartada zona campestre, nuestro traductor empezó a intervenir. Me explicaron el motivo por el cual los hijos no estaban, me instalaron en mi cuarto, me ofrecieron comida, e hicimos un listado en inglés de algunas palabras que consideraron serían importantes para comunicarnos momentáneamente. Después de tomar una ducha en agua caliente y de hacer un reconocimiento del que en adelante sería mi cuarto, me acosté y no volvía a darme cuenta de nada hasta el siguiente día.

Lo primero que hice al despertar, fue abrir la cortina de la ventana que daba al jardín, desde allí pude observar la inmensidad del campo, pues no veía ninguna casa alrededor. Me sentí sola y muy lejana de mi país, pero sin ningún miedo. Salí del cuarto, atravesé un corredor y bajé las escaleras. Abajo había un gran salón que comprendía la sala y el comedor principal, al lado una pequeña sala auxiliar y enfrente, la cocina abierta. Dentro de la cocina había un pequeño comedor auxiliar, allí se encontraba toda la familia tomando café, no mostraron asombro al verme, era como si hiciera tiempo nos conociéramos. Helena, la hija de 17 años, muy sonriente me dio la bienvenida y me abrazó, su hermano Anders, de 14 años hizo lo mismo. Desayunamos, hablamos un rato, nos arreglamos y nos fuimos a dar un paseo en bicicleta hasta

el pueblo más cercano a unos diez minutos de la casa. Desde allí envíe mi primera carta a mi familia.

Durante la semana que siguió, Helene y yo hablábamos mucho, ella me comentaba acerca de su vida, de su familia, de las costumbres danesas, me presentó a sus amigos y fuimos a la ciudad a enviar las bicicletas para el tour, Helena iría conmigo.

El día en el que por fin conocería a mis compañeros de intercambio llegó. A una estación de tren diferente para todos, fuimos llegando uno a uno, jóvenes de diferentes países: de Italia, Estados Unidos, México, Nueva Zelanda, India, Japón y Colombia. Allí desembarcamos las bicicletas y emprendimos nuestro viaje liderados y acompañados por varios miembros de la organización.

El tour duró una semana, representó para todos una gran experiencia en todos los aspectos, fue una forma de acercarnos unos a otros, integrarnos, complementarnos con la naturaleza, apreciar el paisaje danés y adaptarnos a algunas costumbres danesas, para poder enfrentarnos después a la realidad que viviríamos durante un año.

Cuando regresamos a casa, Helene y yo nos preparamos para asistir al colegio. Este sería su primer año de estudio en la ciudad, sus anteriores cursos los había hecho en el pueblo cercano a la casa. Para ella, tanto para mí, esta sería una nueva experiencia. Muy temprano nos levantábamos, nos arreglábamos, desayunábamos y Hanne nos transportaba hasta el pueblo. Allí esperábamos el bus que nos llevaba hasta la ciudad. Caminábamos unas cuadras y llegábamos al colegio.

Ya la organización se había encargado de disponer todo para mí; iría algún tiempo al colegio para mejorar en el idioma y establecer relaciones con jóvenes daneses. Después trabajaría en algunos centros de atención para niños entre 0 y 12 años. El trabajo con niños había sido mi elección de trabajo social al inscribirme al programa de intercambio.

Con la primera familia conviví dos meses, luego fui a vivir a otra ciudad con la familia Rasmussen. La señora de origen sueco, el esposo danés y dos de sus hijos, uno de los cuales, Michael, había estado un año en Colombia. El tercero de sus hijos se encontraba en Japón también de intercambio. Con esta familia conviví la mayor parte de mi tiempo

en Dinamarca. Con Michael llegamos a tener una estrecha relación de hermandad, me acompañaba siempre, me apoyaba, me entendía.

Trabajé en dos instituciones: una con niños en edad escolar entre cuatro y doce años. El trabajo consistía en acompañar a estos niños en el tiempo libre después de asistir a la escuela, cuidarlos y desarrollar con ellos actividades educativas y recreativas, mientras sus padres trabajaban. En la segunda institución había niños entre los cero y los tres años, el trabajo prácticamente era de cuidado y atención.

Con estos dos trabajos aprendí mucho, no solo de los niños y de su cuidado, sino de las compañeras de labor, las cuales se interesaban porque yo conociera más de su cultura. Tuve la oportunidad de viajar hacia otros países europeos como Suecia, Alemania y Austria, siempre invitada por la familia.

Durante un mes fui a vivir a una institución para personas con problemas de adaptación a la familia o a la sociedad. Allí convivían jóvenes, adultos y niños, cada uno desempeñaba una labor para el beneficio de todo el grupo. Los cargos u oficios se rotaban cada día, no importaba el sexo o la edad para el trabajo que le correspondiera ejecutar. Así, me tocó trabajar en la cocina, en el taller de ebanistería, en la huerta y en el aseo de la casa.

Cuando llegó la primavera en mayo de 1985, pedí permiso a la organización para irme de vacaciones a Holanda. Yo ya había hablado con una amiga colombiana que vivía allí con su esposo holandés y me había ofrecido su casa.

En el país de mis sueños estuve casi dos meses. El año de intercambio se estaba terminando y yo ya había decidido regresar a mi país. Otra vez mi familia era muy importante para mí, la extrañaba. Mi primo ya me había enviado suficiente información acerca de universidades en Colombia donde yo podría estudiar psicología y los requisitos de ingreso. Con esta idea preparé mis maletas de regreso a Colombia, ya sabía lo que iba a hacer tan pronto llegara. Suponía entonces, que ya todo estaba definido, que ya tenía claro mi futuro.

Justo cuando ya me había adaptado al país nórdico, cuando ya me desenvolvía en él como pez en el agua, cuando había superado

muchos de los problemas propios de la diferencia de culturas, llegó la hora de regresar. Ya había hecho todo lo que tenía por hacer en ese país, ya había entendido que mi vida estaba en Colombia, ya había conocido Holanda, el país de mis sueños y aunque no dejaba de serlo, tampoco era en ese momento, el lugar para quedarme a vivir. Con la nostalgia del adiós, con una maleta llena de recuerdos, con la mirada puesta en el futuro y con unos deseos enormes de estar con mi familia, me despedí de Dinamarca.

Aprendí tanto durante ese año, que creo que si no hubiera salido de Colombia, nunca lo habría hecho. Puedo resumir mi aprendizaje en una sola palabra, VALORAR: Valorar nuestra propia cultura. Valorar otras culturas. Valorar al ser humano y respetar su individualidad. Valorar la propia familia.

Formación profesional

Los primeros meses en Colombia para mí fueron de adaptación. Me aterraba caminar por las calles de mi ciudad, sentía que me seguían, que me iban a hacer daño, que me iban a robar. Había tan mala divulgación de la vida en Colombia y me había acostumbrado a la seguridad y tranquilidad que se vive en las calles de Dinamarca, que sentía miedo de salir.

Si antes era una persona solitaria y me gustaba encerrarme en mi cuarto, ahora lo era más, pero lo disfrutaba, le sacaba provecho. Disfrutaba la vida de hogar, la tranquilidad, compartir con la familia y dedicarme a otras actividades diferentes a leer. Aprendí a tejer en Dinamarca, a cocinar, a interesarme por actividades culturales como visitar museos, galerías de arte, a escuchar música clásica. Esta fueron mis actividades durante el tiempo que esperaba inscribirme en la universidad[2].

[2] Posteriormente me dedicaría a ellos esporádicamente y a nivel personal, pues en el ambiente de trabajo en el que me desenvolvería, esta clase de actividades culturales sonarían aburridas o privilegio de personas muy cultas, raras, o de clase social alta. A pesar de las opiniones en contra y de no contar con compañía para encontrarme con el arte, siempre estaría atenta a la programación cultural asistiendo ocasionalmente a conciertos de la orquesta

Mientras iban pasando los días y yo iba leyendo y releyendo documentación de varias instituciones educativas, tomó forma otra idea en mi pensamiento. Yo no quería compartir solo con niños que tuvieran problemas, ni quería limitar mi tiempo con ellos solo a los minutos que dura una consulta. Yo quería estar con ellos, en sus alegrías y en sus tristezas, ser testigo de sus logros y dificultades, contribuir de alguna forma en la formación de su personalidad, cuidar de ellos, escucharlos, compartir sus juegos. Decidí estudiar educación preescolar.

Me documenté bien acerca de dónde ofrecían esta carrera, qué modalidad, duración, costos y aéreas de estudio. Lo que más me motivó fueron las áreas de estudio: psicología, nutrición, literatura infantil, música y otras. Todas estas materias me parecieron muy atractivas y llenaban mis expectativas acerca de lo que quería aprender. Inicialmente no le vi la importancia a estudiar una licenciatura, pensaba que para el ejercicio el título era lo de menos. Así que me matriculé para estudiar una tecnológica en educación preescolar, la cual duraría cinco semestres.

La noticia de mi decisión de ser maestra a todos sorprendió, especialmente a mi papá y a toda su familia, ahora tendrían a otra maestra. Mi papá opinaba que la profesión docente era muy mal remunerada. El siempre quiso verme liderando una gran empresa y con una muy buena solvencia económica, lo que nunca, según él, lograría obtener en el magisterio. De todas maneras, tenía libertad para decidir y él me apoyaría en mis anhelos.

Durante el primer semestre tuve que viajar todas las noches de Palmira a Cali. En Palmira por esta época no había universidades ni instituciones de educación superior, así que los que querían y podían seguir sus estudios superiores, debían desplazarse diariamente a Cali. Esto significaba no solo un gasto monetario, sino también una buena disponibilidad de tiempo para transportarse entre las dos ciudades. Razones de mucho peso para decidir alquilar nuestra casa en Palmira y trasladarnos a vivir a Cali.

---

sinfónica, conciertos de música colombiana, obras de teatro, conciertos de jazz y exposiciones.

Entre mis compañeras de grupo había algunas maestras normalistas en busca de un mejoramiento académico y otras profesionales en otras áreas que les atraía esta carrera. Las compañeras maestras se mostraban aventajadas ante el grupo en algunas materias y prácticas que ellas ya habían visto durante sus años de bachillerato, las cuales eran dictadas generalmente por sus antiguas docentes de la Normal.

Desde el principio y durante la carrera formamos un buen grupo de trabajo. Todas niñas jóvenes recién egresadas del bachillerato, inteligentes, responsables, con mucho ánimo y disposición para el trabajo. Diana, la más tímida y nerviosa para exponer, pero juiciosa y dedicada al estudio. Sandra, la más joven del grupo. Andrea y Vicky, la única maestra normalista del grupo. Era la que más nos aportaba y orientaba en muchos aspectos que ella ya conocía en cuanto a pedagogía. En su condición de normalista tenía un trayecto ya reconocido en cuanto a la preparación, ejecución y evaluación de una clase y a la elaboración y presentación de ayudas educativas, aspectos que para el resto del grupo eran una novedad.

Afortunadamente a mí siempre me gustó exponer durante mi época de colegio, porque en la universidad la estrategia pedagógica más utilizada fue ésta. Aparte de que me gustaba, me daba más seguridad para después enfrentarme a un grupo. Dirigirme a un grupo de padres de familia era la experiencia que yo estaba esperando, representaba para mí un reto. Una cosa era tratar, compartir, liderar un grupo de niños para los que el maestro es un ser superior y otra muy diferente era enfrentar a los adultos, cada uno con su propio punto de vista.

El primer semestre fue totalmente teórico con alguna que otra práctica, como fue la representación dramática de una ronda infantil. Nosotras estábamos tímidas para hacerlo, nos sentíamos con pena de hacer el ridículo ante las compañeras. El profesor nos dejó un pensamiento clave para el ejercicio de la profesión, especialmente con niños pequeños. Debíamos rebajarnos al nivel del niño, tener disponibilidad para el canto, para el juego, para la dramatización, para el gozo. Solo así podríamos llegar al corazón del niño y facilitar el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Mi primer choque, producto de la transición de la metodología del colegio a la universidad, fue la pérdida y posterior habilitación de la materia de psicología. Siendo el área que más me llamó la atención durante toda mi carrera, también fue la más dura. La que demandaba más estudio, lecturas complejas, investigación, exposiciones, trabajos escritos y prácticas. No por todo esto dejó de ser la asignatura más interesante y la que más me aportó en lo personal y en lo referente al conocimiento del desarrollo del niño.

A partir del segundo semestre iniciamos las prácticas fuera de la institución. La universidad tenía ubicada determinadas comunidades, en donde en algunas instituciones, los alumnos podíamos hacer las prácticas.

Generalmente estas prácticas se hacían en dos de las comunas más pobres, inseguras y de mayor población infantil en Cali. El distrito de Aguablanca y Siloé. Durante el segundo y el tercer semestre me tocó visitar constantemente la zona del distrito de Aguablanca. El sector de Aguablanca agrupa a un gran número de barrios del norte y suroriente de la ciudad. La población, en su mayoría de raza negra provenientes del Chocó, invasores de este territorio, son de muy escasos recurso económicos. Su sustento lo derivan generalmente del trabajo esporádico como empleadas domésticas, las mujeres y los hombres como conductores, obreros de la construcción y vendedores ambulantes. En esta región de la ciudad, la delincuencia y las pandillas son muy comunes, lo que la hace ser una de las zonas más peligrosas del perímetro urbano.

La población infantil se mantiene en aumento y sus condiciones de vida no son las mejores. El maltrato físico, verbal y moral, así como la desnutrición y el hambre, son problemas frecuentes que afectan a estos niños. Allí también se encuentran seres humanos decentes, honrados, trabajadores, con aspiraciones de salir adelante, pero que por ser pobres no han encontrado otro lugar para vivir.

Yo no conocía aún la ciudad, mis compañeras me indicaban qué buses coger y dónde, su recorrido y a dónde llegar. De esta forma también aprendí a conocer la ciudad, las rutas de los buses y a movilizarme dentro de estas zonas de alto riesgo. Al principio sentí temor

de ir a estos lugares, pero siempre íbamos en grupo y mis compañeras eran de Cali y conocían estos barrios, excepto Diana que también era de Palmira. Nos íbamos con ropa muy sencilla, sin adornos, sin joyas, sin bolsos; sólo el material de trabajo y el dinero para el transporte en el bolsillo. Además, teníamos personas allá que nos colaboraban, nos orientaban, nos relacionaban con las personas del barrio y nos protegían.

Estos primeros contactos con la comunidad fueron más de conocimiento, de observación y de concientización de la situación, que de relación y trabajo con las familias o los niños directamente[3].

Asistíamos a clase todos los días de 6:00 a 9:00 de la noche, cumplíamos con las demás materias presentando exámenes, trabajos escritos y exposiciones. Elaborando material didáctico como títeres, juegos, carteleras, cuentos y canciones. Los fines de semana o a veces en las tardes nos desplazábamos al lugar de práctica y al final del semestre había que presentar un informe sobre la observación o sobre los aspectos que se fueran a tener en cuenta durante la práctica.

---

[3] Este anterior conocimiento de la comunidad, me facilitaría el desenvolvimiento y adaptación a mi primer sitio de trabajo. Nunca imaginé que llegaría a tener una relación tan estrecha y durante tanto tiempo con la población de un barrio cercano al distrito de Aguablanca y que en general presentan las mismas características y condiciones de vida. Esta difícil situación de pobreza, violencia dentro y fuera del ambiente familiar, desempleo, drogadicción y otras tantas situaciones y circunstancias propias del lugar, contribuirían en mi formación personal haciéndome un ser humano más consciente de las necesidades y carencias de elementos mínimos para la supervivencia como el alimento, el vestido y el techo que viven algunas personas. Más sensible para escuchar y comprender a otros seres humanos menos favorecidos económica y culturalmente. Más comprometida con mi labor formadora de valores y de conocimiento que le permitan al niño laborarse un mejor futuro para él y para su familia. Más asequible y humana en el trato con los demás, factor primordial para poder entablar buenas relaciones con las personas de esta comunidad.
Aprendería a ser más observadora y perceptiva a los problemas emocionales del niño. Identificando en el niño difícil, rebelde, agresivo, desinteresado a un niño infeliz, inseguro y generalmente falto de atención y de amor. Estas prácticas, también sirvieron para irme involucrando poco a poco con la población de raza negra.

En este tiempo, mis dos tíos ya se habían casado y habían formado sus propias familias. Mi abuela se había ido a vivir con Ramón, el menor de sus hijos. Solo quedábamos mi tía Adiela, Emerson su hijo, y yo.

Un miércoles 28 de octubre de 1987, cuando me encontraba cursando cuarto semestre, mi tía Adiela sufrió un accidente que le causó la muerte. La pérdida de "nuestra" madre significó un duro golpe para Emerson y para mí, nos quedamos solos y bajo nuestra propia responsabilidad. Me sentí en la obligación de seguir cuidando de mi primo, quien también estaba estudiando. Tuvimos el apoyo moral de todo el resto de nuestra familia, quienes se preocupaban porque siguiéramos adelante con nuestros estudios y con nuestras actividades ordinarias.

Los primeros tres meses fueron muy duros, porque aparte del dolor que llevábamos, de tratar de terminar satisfactoriamente nuestros estudios, de administrar y cuidar de la parte económica que había dejado mi tía; mi primo sufrió un bloqueo emocional que le ocasionó dos accidentes automovilísticos en un mes, el segundo de considerable gravedad. Esta nueva situación lo llevó a perder el semestre y a pasar la navidad del 87 y el inicio del 88 en la cama. Yo ya no podía con tanta carga, el estudio, la casa y el cuidado de mi primo. Mi abuela fue, convencida por la familia para que se viniera a vivir nuevamente con nosotros. De esta forma, pudimos continuar nuestra vida con relativa normalidad.

En este semestre nos correspondió la práctica de guardería. Esta vez me tocó en otra de las zonas peligrosas de Cali, Siloé. Este barrio se encuentra en la parte alta del suroccidente de la ciudad. Es uno de los barrios más antiguos y tradicionales de Cali, sus habitantes son en su mayoría mestizos, nacidos y criados en la capital del Valle.

A pesar de haber sido una de las prácticas más duras, también fue la que me trajo más y mejores momentos de satisfacción, pues el trabajo con niños de cero a cinco años era el que más me llenaba sentimentalmente. Me gustaba alimentar a los niños, bañarlos, mimarlos, jugar con ellos y dormirlos. Llegué a encariñarme con algunos que demandaban de mí atención y cuidados.

El trabajo era de 8:00 de la mañana a 4:00 de la tarde, allí almorzábamos y de allí salíamos para las clases en la universidad. Mientras

duró esta práctica, Diana mi compañera, vivió en mi casa para no tener que viajar a Palmira en las noches y volverse en la mañana. Así nos acompañábamos, pues ninguna de las dos conocía el barrio y solo teníamos malas referencias de él. Afortunadamente el bus nos dejaba a unas dos cuadras de la guardería y allí mismos lo cogíamos.

Lo que más me sorprendió durante el tiempo que trabajamos allí, era recibir a diario los niños con marcas severas en su cuerpo, resultado de la agresión física por parte de sus padres. Nos partía el alma esta situación y tratábamos de presentarle otra cara de la vida al niño agredido, jugando con él, leyéndole cuentos, haciéndolo sentir importante, consintiéndolo y dándole amor.

El quinto semestre en la universidad fue aún más difícil. Teníamos que presentar el proyecto de grado, la práctica de jardín infantil y cumplir con las otras materias para podernos graduar.

El proyecto de grado era a lo que más le temíamos, debía ser muy bien investigado y elaborado, teníamos que tomar muestras, presentar registros y redactar un informe. Leímos y consultamos mucho sobre psicología. Leíamos a algunos autores que no lográbamos entender y aprendimos a amar como a Jean Piaget. También nos tocaron días y noches enteros trabajando en la interpretación y redacción del informe final. A nuestro asesor, un psicólogo muy conocedor del tema del autismo, le gustaba trabajar y producir intelectualmente en las noches. De modo que nos llevó casi que obligados a seguirlo en su rutina. No supimos cómo ni cuándo, pero logramos terminar el trabajo a tiempo y con resultados muy satisfactorios para nosotras.

Lo que más me aportó este proyecto y creo que al resto de mis compañeras también, fue el trabajo de escritura y redacción. Nos esforzamos mucho gracias al profesor de metodología que era muy exigente y estricto en este sentido.

Para la práctica de jardín me enviaron a Palmira. En el Colegio San Vicente de esta ciudad, habían matriculado 70 niños para el grado de jardín A. Junto con la profesora titular repartimos estos niños en dos jornadas, de a 35 alumnos cada una.

La primera jornada iba de 7:00 a 10:00 de la mañana y la segunda de 10:00 a 1:00 de la tarde. No había tiempo para descansar entre

una jornada y la otra. Inicialmente el trabajo era de observación de la manera como la maestra titular daba la clase, después fue de elaboración de fichas de evaluación para los 70 niños. Estas generalmente se hacían a mano pues no había recursos económicos para hacerlo de otra manera. Finalmente, me dejaron totalmente a cargo de uno de los grupos, mientras la profesora titular se encargaba de observarme y evaluar la planeación escrita y la ejecución de la clase. Este último semestre saqué muy buenas notas en todo, lo que me hizo merecedora de la medalla al mérito.

Por fin empezaron los preparativos para el grado, mandar a hacer el vestido, enviar tarjetas de participación y la cena de despedida con las compañeras.

El día sábado 27 de agosto de 1988 nos graduamos como maestras de preescolar en el salón del concejo municipal. A la ceremonia asistió toda mi familia, esta vez mi papá vino de Medellín para acompañarme. Solo extrañé la presencia de mi tía Adiela. Hubiese querido que me hubiera visto recibir el diploma, que se hubiera sentido orgullosa de verme profesional y satisfecha de haber participado en mi formación. Terminada la ceremonia nos dirigimos a un restaurante, invitados por mi papá.

Lo que seguía en adelante era empezar a buscar trabajo y encontrar una buena alternativa para empezar a ejercer mi profesión.

En el ejercicio de la carrera

Cuando me gradué y aún cuando estaba estudiando, pensaba que encontrar un buen trabajo iba a ser asunto fácil y rápido, pero no fue así. Al principio, me dediqué a buscar empleo por medio del periódico. En la mayoría de jardines infantiles privados, exigían mínimo dos años de experiencia y el salario era muy poco considerando el número de horas de trabajo y las responsabilidades a cargo, como hacer el recorrido en el bus escolar y dar clases de inglés a todos los grados de preescolar. Con las instituciones oficiales no tenía ni esperanzas. Probé suerte en algunos colegios de Palmira, donde tenía maestras amigas que me sirvieran de referencia para obtener el empleo. Hasta trabajé

sin honorarios en un reconocido jardín de la ciudad, solo por practicar. Me presenté a diferentes pruebas y exámenes en las oficinas del ICBF. No resultaba nada y el tiempo iba pasando, yo ya estaba cansada de estar en la casa dedicada a los quehaceres domésticos.

Mi padre me decía que no me preocupara, que yo no tenía necesidad de trabajar, pues el cubría todos mis gastos, pero yo quería enfrentarme sola a un trabajo, quería empezar a poner en práctica lo que había aprendido y por qué no decirlo, quería empezar a ganar mi propio dinero.

Así transcurrió un año. Yo seguía manteniendo relaciones amistosas con Vicky, mi compañera de universidad y le había recomendado que me tuviera en cuenta para cualquier empleo que ella supiera. Y así sucedió: un día me llamó y me informó que en la escuela donde trabajaba su hermana Cristina, habían abierto un grado preescolar. Ya había sido contratada una maestra y se habían matriculado 26 niños, pero a la fecha, octubre, la profesora no había iniciado el año escolar y se encontraba fuera del país. Todavía la directora, que era la encargada de buscar el remplazo, no había llevado a nadie, así que lo mejor era que yo me presentara directamente ante la señora encargada de hacer los contratos y efectuar los pagos de nómina.

Sin darse cuenta la directora y muy rápidamente, conseguí una cita con doña Lucero, la representante legal de la escuela en ese momento. Pero antes, Cristina me llevó una noche a conocer el lugar. Me hizo muchas recomendaciones sobre cómo debía ir vestida, por dónde caminar, qué llevar. Todo esto por mi seguridad, pues el barrio representaba algún peligro para las personas desconocidas.

La Escuela San Pedro Cadenal se encuentra ubicada en el barrio San Pedro Claver, comuna suroriental de Cali, vecino al distrito de Aguablanca. El barrio San Pedro, antiguo territorio de invasión, se encuentra poblado en su mayoría por personas de raza negra de escasos recursos económicos. La mayoría de su gente presenta un grado de escolaridad mínimo, algunos de ellos en estado de analfabetismo. Su sustento lo derivan del trabajo como vendedores ambulantes, obreros de la construcción, empleadas domésticas y oficios varios. Como en todos estos barrios del suroriente de la ciudad, hay mucha delincuencia, jóvenes

pandilleros y grupos de jóvenes consumiendo drogas en las esquinas y calles aledañas a la escuela.

Al día siguiente, muerta del miedo y rezando para ser aceptada en el cargo, me fui para la escuela. Después de haber pasado la entrevista personal, doña Lucero me preguntó cuándo podía empezar. Ya a esta altura del camino no podía quedarle mal a Cristina, así que le dije que al otro día. Inmediatamente fijaron un aviso citando a todos los niños matriculados para el inicio de clases.

Con emoción y a la vez con mucho susto por la responsabilidad que había adquirido, me fui para mi casa. Llamé a Vicky solicitando su presencia inmediata. Necesitaba que me ayudara a elaborar una planeación aunque fuera para una semana y me indicara todo lo que debía hacer en el primer día de labores.

Entrando por una de las tantas calles entonces despavimentadas del barrio y a todo el frente de la cancha de baloncesto y parque de recreación de la comunidad, se encuentra el Centro Docente San Pedro Cadenal. En el tiempo que ingresé a trabajar allí, solo tenía tres aulas, una habitación con baño para la señora comodataria, una oficina, un baño para alumnas y alumnos y un patio de tierra a todo lo largo de la construcción.

En la escuela, en las dos jornadas en que funciona, había hasta ese momento cinco profesoras, incluida la directora. En la jornada de la mañana ahora estaríamos tres maestras, la directora, Cristina y yo. En aquel entonces, la directora era una de las docentes escogida para desempeñar el cargo por un año.

Claudia Anita, docente del grado segundo estaba de directora ese año, desde el primer día entablamos una buena relación de compañeras. Me explicó los horarios, los libros reglamentarios que debía llevar y cuáles serían mis funciones aparte de la dirección de mi grupo.

Con respecto a las funciones alternas que yo tendría que cumplir en una institución, en la universidad no me habían enseñado nada, yo iba totalmente ajena a realizar otra función que no fuera la de enseñar. Gracias a Dios conté con el apoyo y ayuda de Cristina y de Claudia Anita, quienes me fueron orientando y me dieron la opción de observarlas primero.

Había que manejar la tienda escolar. La labor consistía en comprar algunos comestibles que tuvieran buena acogida por parte de los niños para ser vendidos a la hora del recreo. Las ganancias de esta venta iban a ser empleadas en el mantenimiento mínimo de las instalaciones educativas.

Otra de las funciones era la de ejercer la disciplina. Hacer formar en la mañana y a la hora del recreo, mantener la escuela limpia, cuidar que los niños no jugaran brusco y estar pendiente de que la reja de entrada a la escuela permaneciera cerrada. Cada mes había que cambiar el motivo y el mensaje de la cartelera gigantesca ubicada en todo el frente de la entrada a la escuela. La izada de la bandera también se rotaba mensualmente por grupo. Cada maestra debía decorar su salón de clases, de acuerdo a su gusto y creatividad. Elaborar actas de reuniones de padres, de reuniones de profesoras y de izadas de la bandera.

Al principio, todas estas actividades me parecían demasiada carga y pedía ayuda para poderlas llevar a cabo. Yo no tenía idea de cómo decorar un salón tan grande y con tan pocos recursos materiales. Todo debía hacerse con lo que tuviéramos a mano o que demandara poco gasto. Lo mismo sucedía con la cartelera. La mayoría de las veces nos tocaba colocar dinero de nuestro bolsillo. Nada de esto lo aprendí en la universidad. Mis mejores maestras fueron mis compañeras, todas normalistas y con varios años de experiencia.

Lo más difícil del trabajo ya en el salón de clases eran los pocos, casi que ningún recurso, con los que contaba, y con el impedimento de no poder pedir nada a los padres de familia, teniendo en cuenta su situación económica.

Mis primeros tres meses en la escuela fui pagada, al igual que el resto de maestras, por un grupo de damas de la sociedad encabezado por doña Lucero. En enero de 1990, la administración municipal se hizo cargo de esta escuela, del sostenimiento de la planta física y de la contratación y pago de la planta de profesoras.

Nuestro contrato era renovado cada seis meses, nos pagaban un salario integral con el que no teníamos derecho a ninguna seguridad en la permanencia de nuestro cargo, como tampoco a beneficios prestacionales. Por otra parte, se empezaron a hacer reformas a la institución

por cuenta del presupuesto municipal. Se adquirió todo el patio, se construyó un aula múltiple con funciones de salón para el grado de preescolar y de salón de actos especiales. Con el tiempo, se construyó otra aula, una bodega de materiales, otro baño para los alumnos y se adecuó el de las profesoras, también el restaurante escolar. Paralelamente pudimos apreciar la transformación del barrio. Calles pavimentadas y viviendas reformadas para garantizar la seguridad de sus habitantes. Poco a poco, también fuimos tenidas en cuenta para auxilios económicos y de material didáctico.

En enero de 1995, ya éramos ocho docentes. Todas obtuvimos el nombramiento en nuestro cargo por decreto municipal.

Algunas maestras ya habían empezado a estudiar una Licenciatura buscando mejorar su calidad docente y ascender en el escalafón. Empecé a sentirme estancada en mi formación docente, a pesar de que la Secretaría de Educación Municipal nos mantenía ofreciendo cursos cortos de actualización. Vi la necesidad entonces, de continuar estudiando para conseguir mi licenciatura. En octubre de 1997 recibí el título de licenciada en educación preescolar. Varias de mis compañeras están a punto de graduarse como licenciadas y estamos pensando en iniciar estudios en posgrado.

Son muchos los cambios y replanteamientos que he tenido que hacer en mi quehacer docente en la búsqueda de acercarme más al niño, a su individualidad, a su realidad familiar y social, sin dejar de lado las tendencias pedagógicas que se van presentando. Esto teniendo en cuenta algunas de las limitaciones de mis alumnos, generales a la población de niños que se educan en nuestra escuela como son: la falta de creatividad para desarrollar trabajos de carácter estético, su agresividad física y verbal; su desinterés por el estudio por cambiar sus condiciones de vida; la falta de interés por la lectura, por la investigación, y la poca visión del mundo exterior y la falta de respeto y valoración por las demás personas. Pero también destacando sus destrezas para el canto y para la música, su gusto y agilidad para el baile, la actuación y los ejercicios corporales. Así como, las habilidades para comunicarse verbalmente desde muy temprana edad.

He mantenido dentro de mi filosofía de trabajo, la promoción de algunos valores, entre ellos el reconocimiento y motivación por

la música colombiana, la práctica persistente de hábitos de aseo e higiene del cuerpo, del salón de clases y de la escuela en general. Los diálogos grupales e individuales que facilitan la expresión de sus ideas y sentimientos. Las reflexiones constantes acerca del comportamiento, respeto y relación con las demás personas, reemplaza para mí el área de religión. En este sentido, en nuestra escuela cada maestra tiene completa autonomía. También he querido llevar a los niños fuera del aula de clase, programando diferentes salidas pedagógicas que les permita tener una visión diferente a la de su entorno social y cultural. La promoción de la lectura ha sido uno de mis principales intereses, desarrollando para ello diferentes proyectos que favorezcan la formación de este hábito.

El trabajo no ha sido fácil debido a la falta de apoyo y comprensión por parte de los padres para desarrollar acciones innovadoras. Por la falta de recursos económicos para proveer a los alumnos de más y mejores materiales de trabajo y por las condiciones de estrechez en las que los niños se tienen que desplazar dentro del aula y del espacio físico de la escuela. Lo que impide desarrollar libremente actividades deportivas y recreativas. Ya llevo nueve años trabajando en la Escuela San Pedro Cadenal. Muchas cosas han cambiado y otras continúan igual que cuando empecé, pero considero que todos los cambios que hemos vivido han sido siempre para mejorar.

Somos un grupo de nueve profesoras, incluida la directora desde hace tres años, María Elena. Todas trabajando por mejorar la calidad de vida de nuestros alumnos y a su vez de la comunidad.

Desde siempre nuestro objetivo primordial ha sido el de fomentar en los niños el descubrimiento, formación y aplicación de valores que puedan llevar a sus familias y a todo el resto de la comunidad. Con algunos buenos resultados, pues tenemos muchos factores que desvían nuestros intereses. El más importante y el que más debería proporcionar los medios para hacer posibles todos estos anhelos, es la participación de los padres de familia. No contamos con su apoyo ni comprensión para plantear nuevos adelantos y metodologías pedagógicas. El trabajo de enseñanza-aprendizaje, siguen considerando los padres, es solo del maestro y del alumno y todo debe hacerse dentro del aula de clase. Contamos con muy poca colaboración en este sentido,

a pesar de haber intentado diferentes estrategias para involucrarlos en el proceso.

El ambiente familiar y social en el que se desenvuelve el niño lo hace ser un ser agresivo, desinteresado por salir adelante y por mejorar sus condiciones de vida. La cruda realidad que vive lo motiva a desertar de las aulas y dedicarse a otras labores que le garanticen la subsistencia.

Partiendo de las características personales de nuestros alumnos, la disciplina es uno de los aspectos que más requiere de nuestra atención. Se presentan alteraciones en el orden debido al carácter inquieto de la mayoría de los niños, la práctica de juegos bruscos y vocabulario soez. Algunos niños agredidos física o verbalmente por otros niños, imparten justicia por sí mismos o toman decisiones sin conocimiento y aprobación de las docentes. Por tales motivos, la disciplina que se ejerce se basa principalmente en el diálogo y la reflexión sobre el comportamiento. Y en casos de mayor atención se involucra al padre de familia para determinar los correctivos de común acuerdo.

La relación de nosotras las maestras con el padre de familia es cordial, dándole a cada uno el lugar que le corresponde dentro de la escuela y buscando siempre mantener buenas relaciones para no poner en peligro nuestra integridad física.

Las notas o citas que enviamos a los padres de familia comunicando sobre el comportamiento y rendimiento de sus hijos, muchas veces son ignoradas o no se les da la importancia que requieren.

En algunas ocasiones los padres se dirigen a nosotras para hacer reclamos en forma irrespetuosa y con un vocabulario inadecuado. Me toca como docente escucharlos serenamente y hablarles de forma clara y sencilla para bajar su agresividad y poderles brindar una buena orientación acerca del desarrollo y comportamiento de su hijo. Es triste y desalentador percibir la poca valoración que se le da al maestro en esta comunidad.

La relación con mis compañeras siempre ha sido de mucho respeto, admiración y agradecimiento por sus formas particulares de ejercer la profesión docente. Personalmente, he tratado de no llevar mi vida privada al lugar de trabajo. Respeto la intimidad de mis compañeras así como sus características personales. No por esto somos un grupo

aislado, compartimos opiniones y ponemos a disposición de las demás nuevos conocimientos adquiridos.

La relación que todas y cada una de las maestras mantenemos con la directora es de igualdad, de ayuda mutua, de compañerismo y sobre todo, de mucho apoyo ante la aplicación de nuevas propuestas pedagógicas.

Debido a mi carácter callado y reservado he tenido algunos inconvenientes dentro del grupo de compañeras de trabajo. Al principio no entendían ni aceptaban mi forma de pensar o de ver las cosas. No intento crear una barrera entre ellas y yo, solo intento ser y continuar siendo un ser auténtico. Soy consciente de que tengo algunas diferencias culturales con ellas, que me hacen ver la vida desde otra perspectiva y comportarme dentro y fuera del trabajo de diferente forma a la de ellas. Hemos tenido momentos difíciles a nivel de nuestras relaciones, tratando de lograr un grupo homogéneo. Para ello, hemos empezado por entender que cada ser humano es diferente al otro y que debemos respetar esas diferencias. Trabajar unificando criterios y estar dispuestas al diálogo y la comprensión para crear un mejor ambiente de trabajo y estar satisfechas con lo que hacemos y con lo que logramos hacer con los alumnos.

Afortunadamente, cada maestra dentro de nuestra institución tiene plena autonomía para desarrollar su trabajo de acuerdo a su propio enfoque de vida, obviamente, sin dejar de lado los requerimientos gubernamentales e institucionales. En algunas ocasiones, he sentido que no debía haberme hecho maestra.

Generalmente sucede cuando me tengo que enfrentar a los padres que vienen a nosotras con mala disposición y son agresivos. Me deprimo y me siento derrotada en la labor que desempeño, porque nuestro trabajo es una lucha por educar primero al padre de familia. También siento que el ejercicio docente no representa ningún servicio ni tiene ninguna relevancia en el medio social en el que laboro. El trabajo con los niños siempre es alentador, cada logro, avance o progreso de ellos me hace sentir con deseos de seguir adelante, de intentar nuevas formas de enseñanza que les permita formarse para un mejor futuro.

Pero a veces, las innovaciones y medidas del gobierno también confunden. Se promueven muchos programas y leyes que al final no

se cumplen o si se cumplen es solo por cumplir con la ley. Cada cambio de gobierno intentan algo nuevo en materia educativa, que lo único que logran es confundir y saturar al maestro y al alumno de proyectos e iniciativas, fiel copia de otros países.

Por otra parte, he comprendido a través de los años, que no me equivoqué en mi elección profesional. Siento que el trabajo con los niños más pequeños, es lo que me hace vivir cada día de forma diferente, tener esperanzas, ilusiones, proponerme metas y apreciar los frutos de la semilla sembrada y cuidada con amor, compromiso y dedicación.

Desde mis primeros días de trabajo empecé a sentir que el sistema escolar visto ahora desde mi punto de vista de maestra, era muy normativo y frenaba en muchos sentidos la libertad de los niños. Los alumnos deben responder todos de la misma forma en igual momento, se espera de ellos un comportamiento previamente establecido para el común del estudiantado. Se pretende formar niños en serie, unos iguales a los otros. No se tienen en cuenta las particularidades de cada individuo ni se deja al niño actuar de acuerdo a su propio criterio. Las políticas de educación se hacen para todo un país, sin tener en cuenta las características o necesidades de cada zona, de cada comunidad, de cada institución. De igual forma se desarrollan y se evalúan.

Considero que es importante y en este sentido ha sido bien recibida la elaboración del proyecto educativo institucional, porque así se trabaja solo sobre realidades vividas en cada institución buscando siempre que su planeación y ejecución tenga aplicabilidad dentro del medio en el que se desarrolla.

Existen programas, lineamientos, actividades que solo se programan para cumplir y que considero de nada sirven a niños, que como los de nuestra comunidad educativa, requieren de otras experiencias educativas.

Es el caso del idioma inglés, impartido en las escuelas oficiales de Cali. Aunque para mí es un idioma digno de aprender y para mí representaría un gusto enseñarlo, no representaba ninguna importancia, ni ninguna utilidad para el medio social.

La casa de la mata de plátano

Sonia Viveros

Mis casa, mis padres y la escuela

La casa de la mata de plátano, así le decían a nuestra casa paterna, porque en su patio se erguían hermosas matas de plátano. Sí, era un rancho bien bonito, hecho de bahareque con sus paredes pintadas de rosado y su techo de tejas de barro café, ubicado en la carrera 23 No. 39 - 44 del barrio Asturias de Cali al suroriente de la ciudad.

Estaba rodeado de pocas casas, por el frente pasaba la que hoy es la Autopista Suroriental, pero para esa época era como un canal estrecho, que recogía aguas residuales. En la parte posterior había un camino largo y verde que comunicaba con las pocas casas de atrás.

Tenía dos cuartos, la cocina y una salita. En uno de los cuartos dormían mi papá y mi mamá y en el otro nosotros cuatro. Todas las noches antes de irnos a nuestros camarotes, rezábamos el ángel de mi guarda y luego empezábamos a cotorrear de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. En la cocina había fogones de socandela, ya que la estufa eléctrica llegó muchos años después, cuando para una fiesta de madre mi papá nos la compró para que se la diéramos de regalo.

En la pequeña salita, solo había asientos de madera, dos cuadros y una especie de corral donde vivía un gallo de pelea que cuidaba mi papá, pues le gustaba jugarlo en las galleras. Cuando lo sacábamos del corral jugábamos con él, nos correteaba por toda la casa, trepábamos los asientos y hasta sobre las camas para defendernos del gallo.

En el patio iban creciendo las matas de plátano. En él también había un lavadero de ropas, las cuerdas para colgar y un aljibe de donde se

sacaba agua para llenar las tinajas. Las matas de plátano eran el encanto de todos nosotros, y de los chicos de la cuadra, pues la felicidad más grande era jugar entre ellas al congelado, a los policías y a los ladrones y al escondite.

Era divertidísimo correr entre ellas cuando había que dar el uno, dos, tres en la lleva, el rescate a los que cogían presos o esconderse entre ellas. La alegría se esfumaba cuando nos entraban a las siete de la noche, mi mamá ya nos tenía durmiendo y nos tocaba escuchar desde nuestro lecho, la risa de nuestros amiguitos que aun no terminaban de jugar. En los tiempos de cosecha, mi papá nos cortaba los racimos y con algunos plátanos hacíamos comitivas, los unos colocaban el arroz, otros la cebolla, ajo, las papas, etc.

La casa era muy cálida, allí vivíamos nosotros seis: mi papá, mi mamá, mi único hermano hombre, mis dos hermanas y yo. La situación económica demasiado difícil, éramos muy pobres, mi papá trabajó inicialmente como minero en las minas cerca a Golondrinas. Se iba a las tres de la mañana y regresaba a casa muy de noche.

Hijo de María Flora Viveros y Celestino Valencia, un humilde campesino oriundo de Timba, Valle, hizo hasta el quinto año de educación primaria en la única escuela del pueblo, llamada Laurentino Quintana. La tristeza llegaba a nuestra casa cuando él se enfermaba, una terrible enfermedad le acosaba siempre, la alteración del sistema nervioso, sobre todo cuando se le hacía difícil la situación económica.

De los momentos tristes de mi vida, ese, su enfermedad, en varias ocasiones lo tuvieron que hospitalizar, una vez fue por tres meses, y a mi mamá le tocó trabajar en casas de familia para poder pagar las cuotas del lote, para que no se le perdiera la casita de sus hijos, nunca lo olvidaré. En esa ocasión mi papá me mandó a regalar un tablero de madera que había hecho en los talleres del hospital, tablero que más adelante marcó mis juegos de niña.

Mi papá siempre ha sido mi ídolo, hombre honesto, responsable, trabajador, muy prudente y pausado al hablar, de excelentes relaciones afectivas con la gente y con sus hijos, casi nunca nos pegó. A mí me pegó dos veces, una porque me puse a saltar un alambrado con mi hermana y ella se rayó la pierna: “Las mujeres se ven mal con las

piernas cicatrizadas", dijo y nos castigó. La segunda fue porque yo no aprendí a escribir letra *script*.

Mi mamá, hija de Aura Obregón y Simón Bonilla oriunda de Timba, Valle, vivía de niña en Pueblo Lata, también terminó la primaria y no pudo seguir, porque su papá se murió y no hubo quién le diera los estudios, desde los nueve años empezó a trabajar en las casas de familia de la ciudad de Cali.

Ella, mi modelo como mujer, como madre, responsable, exigente con el oficio y la limpieza, pues ha sido muy pulcra, entregada por completo a los hijos, ayudaba a mi papá a pasar las crisis económicas lavando y planchando ropa ajena. Cuando se iba a trabajar nos dejaba hecha la comida y la colada para las medias tres con galletas cucas, para que yo las repartiera a mis pequeños hermanos.

A pesar de que éramos tan pobres, siempre decían que nos iban a sacar adelante para que tuviéramos lo que ellos no habían tenido. Hubo muchos días amargos, cuando llovía por ejemplo, más de una vez nos despertamos con la casa inundada y mis padres se bajaban de la cama y metían sus pies desnudos en el agua mientras con vasijas iban sacándola.

Y fue cierto que nos sacaron adelante. Mi segunda hermana es enfermera, la menor secretaria y mi único hermano hombre ingeniero y yo, la mayor, maestra. Ese fue siempre mi sueño, mi mamá decía que era mi vocación. Todas las tardes al llegar de la escuela y después de hacer las tareas, jugaba a la maestra, les enseñaba a mis hermanos y amiguitos utilizando el tablero que me había regalado mi papá. En el tablero organizaba mis clases y al recreo les servía colada de *Duryea*, a veces mi hermano se rebelaba pero amenazándolo con que le iba a decir a mi mamá recibía las clases de la enseñanza de las letras.

Mi escuela era muy linda. Muy a las seis y media de la mañana salíamos a estudiar, el caminito viejo como le decíamos, parecía cubrirse de palomas blancas todas las mañanas, ya que nuestros uniformes eran muy blancos y mis hermanas, junto con la mayoría de las niñas del barrio, estudiábamos en ella porque era la escuela más cercana a la vecindad.

Recuerdo mucho a mi maestra, un poco gordita y de cabello largo, me dio de premio por ser buena estudiante un libro de cuentos *Ricitos de oro* al finalizar el primer año escolar y un accésit cuando terminé el segundo año. Aprendí a leer y a escribir muy fácil; en las vacaciones previas al primer año, no me cansaba de mirar y de oler las hojas de la *Cartilla Victoria*, porque olían a nuevo, como a chicle. Además estaba emocionada, pues iba a aprender a leer.

Definitivamente mi pasión fue el magisterio. Cuando terminé el quinto año, mi maestra le dijo a mi mamá que si yo quería ser maestra, me tenían que matricular en la Normal y que la escuela tenía unos cupos para las mejores estudiantes y así fue, me gané el cupo.

Ese año fue extraordinario. Hice mi primera comunión. Era tan alta que parecía una novia con mi vestido blanco y mi hermana con el vestido de la Virgen del Carmen. Mi mamá se lo había prometido a la virgen, porque cuando tenía pocos meses de nacida le dio meningitis y estuvo muy grave y mi mamá se la encomendó a la virgen para que se la salvara. Ese día fue muy lindo y especial, con mucho esfuerzo nos hicieron una fiesta con los amiguitos y la pasé muy feliz

La Normal de señoritas

Era septiembre de 1975 y yo contaba ya con 12 años. Mis padres con mucho esfuerzo habían pagado matrícula, mensualidad y transporte para que yo pudiera ingresar a la Escuela Normal Departamental de Señoritas.

Muy hermoso fue mi primer día de clases. Para iniciar, mis padres me acompañaron hasta el paradero del bus al frente de la casa a las cinco de la mañana, yo era la segunda del recorrido. Abordé el bus con mi maletín y mi lonchera, la que luego me comería en los dos descansos, puesto que las clases terminaban a las dos de la tarde y a casa yo llegaba cuando iban siendo las tres de la tarde.

Más adelante subía al bus Flor, la única compañera de la escuela que entró conmigo a la Normal, pero quien solo llegó hasta el segundo grado, porque ya estando dentro de la institución, descubrió que no le gustaba ser maestra y se retiró. Compartíamos el segundo puesto en el

bus, como era tan de mañana, el aire aún se sentía muy frío en la piel y a mí me encantaba divisar la ciudad, todavía muy silenciosa a través de la ventanilla. Pocos carros sobre la avenida, más bien muchas carretillas arrastradas por los caballos, que con su trote a prisa, dejaban escuchar un sonoro ritmo que avisaba el apresuramiento de sus amos de llegar a los lugares de trabajo.

Cuando íbamos llegando a la Portada al Mar, todo se hacía más bello, empezaba a despertar el alba, resplandecía el verdor de los árboles, la brisa se hacía más cálida y el bus empezaba a subir poco a poco la loma. Casi a las seis y media de la mañana, se estacionaba en la cancha junto con los otros buses.

Realmente la Normal era hermosa, el estar entre las montañas y rodeada de cantidad de arbustos la hacían fácil para ofrecer un paisaje espectacular, natural y apacible. Sus paredes eran de ladrillo rojizo y sus salones grandes permanecían siempre limpios.

En el patio realizábamos la formación, la maestra de disciplina hacía las recomendaciones usuales: la falda del uniforme azul de cuadros debía ir por debajo de la rodilla, la blusa debía llevarse muy blanca, las medias azul turquí y los zapatos negros muy bien embetunados y brillantes.

Ingresábamos a los salones a escuchar las clases. Una de las clases más motivantes era la de inglés, la maestra llegaba y nos saludaba en inglés, luego nos colocaba una grabación correspondiente al tema de ese día, generalmente eran diálogos, acto seguido nosotras lo repetíamos y practicábamos por parejas. Después trabajábamos en el libro- taller lo relacionado con dicho tema y al final nos dejaba de tarea algún ejercicio para realizar en casa.

El profesor de educación física nos ejercitaba mucho en deportes, especialmente en balonmano y baloncesto. En ocasiones nos llevaba a dar un paseo a una finca cercana, llamada Rica huevo, allí observábamos los gallineros, dábamos una larga caminata por la finca y luego nos regresábamos al colegio.

Recuerdo mucho a la maestra que nos enseñaba primeros auxilios, por las tareas tan interesantes que nos dejaba, entre ellas debíamos consultar acerca de cómo curar heridos o hacer torniquetes y como yo

tengo una tía que es enfermera, ella me ayudaba a realizar muy bien mis tareas.

A las 9:30 a.m. era el primer descanso y todas las niñas salíamos al patio en donde nos dispersábamos, ya que el espacio era amplio y podíamos ubicarnos donde quisiéramos. Yo me sentaba en una lomita muy a la orilla de la cancha de baloncesto, la misma donde en la semana deportiva, las compañeras nos divertían jugando maravillosamente este deporte. Me hacía junto con mi amiga Flor y compartíamos la lonchera; la mía generalmente llevaba arroz, huevo y una rica arepa que todas las mañanas nos hacía mi mamá, yo me comía la mitad y guardaba la restante para el segundo descanso. El escuchar el sonido del timbre, que anunciaba la hora de salida nos producía gran alegría, pues a las dos de la tarde ya se sentía el cansancio de la jornada.

En el segundo año me sucedió algo muy especial. Era el primer día de colegio y como a unas diez cuadras de mi casa, más o menos en el quinto paradero se subió una nueva pasajera, que además dio la coincidencia de que sería una nueva alumna en mi salón. Lo más lindo aún fue que se convirtió en mi amiga, y es después de veintitrés años aún es mi amiga, la que todas las mañanas salía a aquél paradero cubierta siempre con una ruanita de colores y también acompañada de su mamá, y con quien hacíamos en las vacaciones los maletines de tela para llevar los libros al colegio.

Fuimos inseparables hasta cuando inició el sexto grado, cuando dividieron el grupo según las habilidades de las niñas. En un sexto quedaron las niñas que manejaban muy bien la matemática y en el otro las que eran más habilidosas en otras áreas. A mi amiga Margarita le iba muy bien en el área de matemática, a mí en tercer y cuarto grado me fue muy regular, realmente no era muy buena para los números. El día de la separación lloramos mucho y aunque intentamos que nos dejaran juntas nada fue posible, solo nos quedó seguir compartiendo el puesto del bus, donde siempre al regreso a casa ella me dejaba la ventanilla, porque siempre me ha gustado sentarme al lado de éstas.

En tercero de bachillerato, se inició nuestro aprendizaje como maestras, en la clase de fundamentos pedagógicos. Una maestra alta y muy erguida llamada Piedad nos enseñaba todo lo relacionado con

el ser maestra, la metodología para trabajar, cómo preparar las clases, cómo realizar las carteleras y cómo decorar los salones.

Todo esto pasó de la teoría a la práctica en cuarto grado, cuando iniciamos la práctica docente. Mi primera experiencia fue en la Escuela Marco Fidel Suárez en un tercero de primaria y fue definitiva, yo estaba muy nerviosa y a pesar de que el maestro consejero fue muy estricto, por él aprendí a manejar la voz, utilizando un tono moderado, ya que hablaba muy bajo, a decorar muy bien el salón y a que no se escapara detalle alguno del preparador de clases: la motivación, la introducción, el desarrollo de las actividades metodológicas y finales entre otras. También exigía mucho en las carteleras, y la verdad, estas eran mi talón de Aquiles, debido a mi dificultad para dibujar, razón por la que mis padres se amanecían conmigo ayudándome a realizarlas. Era toda una cooperación familiar: mi hermano ayudaba a realizar los dibujos, mi mamá a colorear o pegar láminas y mi papá cortaba los palos que sostenían las carteleras en el extremo inferior y superior donde se colocaba la cuerda que serviría para colgarla a la hora de explicar la clase.

Así empecé a ser maestra practicante, porque a partir de ese momento iniciábamos la práctica docente hasta llegar al grado sexto de bachillerato. Todo empezó a tener como eje, la práctica pedagógica en donde me encontraba rodeada de niños a quienes amaba mucho, así como a mi profesión. La cual sé que escogí por vocación, mi mamá recuerda que siempre me incliné por ser maestra, mis juegos generalmente eran hacer el papel de la maestra y cuando me tocaba cuidar a mis hermanos, yo los entretenía dándoles clases parecidas a las que yo recibía en la escuela.

Para esa época también tenía una gran amiga, con la que aún hoy sigo contando, con quien en muchas ocasiones nos tocó hacer la práctica docente y nos encantaba reunirnos a elaborar materiales, y a estudiar para las evaluaciones de las diferentes áreas. Ella, es de espíritu un poco rebelde y se hizo evidente, cuando para el año de 1979, surgió un grave problema, el gobierno decidió terminar con la Normal Departamental, para convertirla en una colegio para niños especiales. Hubo marchas y protestas en las cuales, ella siempre era una de las abanderadas de la problemática, pero por más que los maestros y las alumnas reclamábamos nuestra Normal, todo fue inútil: reubicaron a

nuestros maestros y a nosotras nos fusionaron con la Normal Nacional de Señoritas, del barrio Nacional en Cali.

Fue un acontecimiento sumamente triste, nos dolió tanto; llegar a dicha Normal fue impactante, la directora de esa época era supremamente normativa, el ambiente no era tan libre y tan alegre, las estudiantes obedecían casi como autómatas todas las normas. Atrás quedó el paisaje natural, el afecto de nuestros maestros, particularmente extrañé a mi profesor de español; sus clases eran un encanto, nos leía cantidad de cuentos y poemas, siempre lo recordé por el *Poema 21* de Pablo Neruda y se lo comenté a él, precisamente el año anterior, que me lo encontré en un congreso de pedagogía conceptual en el cual participamos; me comentó que cada vez que se encontraba una estudiante le refería lo mismo, y que él nunca imaginó que ello llegara a marcar tanto a las alumnas. Lo que él nunca supo es que al leer nosotros nos fijábamos en toda su expresión, en sus ojos verdes, en el movimiento de sus manos, en su voz tan armoniosa y varonil y que hoy todavía perdura en mis recuerdos. A esto considero que se debe mi gusto por la lectura y la extrema sensibilidad que me caracteriza, fui motivada por la manera tan especial con que él manejaba su área y por la bella forma en que nos leía los diversos escritos literarios.

Lo novedoso y bonito de la Normal Nacional era su piscina, las clases de la maestra eran buenas, pero ella siempre tuvo preferencia por sus estudiantes antiguas, así que nosotras muy poco aprendimos. La maestra que mejor nos acogió fue la de cálculo diferencial, quien nos daba clase con guantes, porque la tiza le maltrataba las manos. Ella era muy afectuosa, nos hablaba mucho, nos decía que entendía el cambio brusco de espacio que habíamos tenido, pero que poco a poco nos adaptaríamos.

La Normal era muy limpia, muy silenciosa, solo a veces se interrumpía su silencio cuando llegaban protestando los estudiantes de Santa Librada, en apoyo a algún paro realizado en contra del gobierno. Como éramos solamente mujeres y nunca habíamos estado de cerca con estudiantes hombres, su presencia nos desordenaba, así que corríamos a verlos, pero rápidamente el disturbio se disolvía cuando la prefecta y la rectora llamaban a la policía y hacían retirar los estudiantes de la reja.

Así transcurrieron los dos últimos años, entre prácticas docentes, semanas culturales, idas a misa, etc. Por fin llegó el año de 1981 nuestro grado. Mis padres y yo estábamos muy felices. Lo primero fue la excursión a San Andrés durante cuatro noches y cinco días, que nos causó una felicidad indescriptible y que hoy queda como recuerdo imborrable de aquélla época. Esta fue posible, gracias al apoyo de mis padres en la realización de actividades para recoger fondos, ellos me ayudaron a vender boletas y me acompañaron en eventos de fiestas y bazares realizados.

El grado se realizó el 14 de agosto, en la capilla del colegio en una ceremonia bonita, pero muy triste la despedida entre nosotras las estudiantes. Al llegar a casa me ofrecieron un almuerzo y una tía me regaló un hermoso ramo de flores. No hubo música, porque en el mes de marzo el luto había invadido nuestra familia con la muerte de mi abuela materna; mi mamá estaba inconsolable, por lo tanto el grado tan esperado no tuvo tanto festejo.

Un tío de mi papá me invitó a su casa, distante de la mía unas cuatro cuadras. Allí estuvimos con mis padres, mis hermanos, mis primos y la pasamos bien sabroso después de bailar un buen rato. En esa reunión uno de mis primos me presentó a su mejor amigo, lo conocí ese día y con el tiempo nos hicimos muy amigos, luego novios. Nuestro noviazgo duró seis años, al cabo de los cuales nos casamos, no lo hicimos antes, porque primero yo debía terminar con mi licenciatura de biología y química en la Universidad Santiago de Cali, y ese objetivo era prioridad.

Los cinco años de la universidad fueron de mucho aprendizaje, la monografía de grado fue un éxito, la trabajamos sobre reciclaje y medio ambiente, donde conocimos el basurero de Cali, ubicado en el corregimiento de Navarro. Para mí fue muy impresionante ver cómo la gente puede vivir en medio de la basura. Cuando hicimos la exposición, utilizamos recursos audiovisuales, como la televisión, el retroproyector y unas grabaciones. Esta sustentación gustó mucho y fuimos invitados a presentarla en una muestra de trabajos de la Universidad Santiago de Cali. Posteriormente también fue dada a conocer durante un foro en la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca —CVC—.

La idea era continuar trabajando el proyecto, pero después de graduarnos en mayo 8 de 1987, las cinco compañeras nos dispersamos y fue difícil volvernos a organizar, por los distintos compromisos que adquirimos cada una. En mi caso particular, me casé al año siguiente.

En realidad al volver atrás y recordar la época de estudiantes, puedo constatar que los años infantiles y adolescentes dejan grandes huellas, además de las clases recuerdo nuestras vacaciones. Cada que terminaba un año lectivo, mi papá nos llevaba a disfrutar de ellas a la finca de mi abuela paterna durante el mes de julio y agosto. El compraba un gran mercado y por el día domingo, madrugábamos a la estación de aquí de Cali y abordábamos el tren, atravesábamos la ciudad y después empezábamos a internarnos entre árboles y montañas, que nos acompañaban durante el recorrido hasta la llegada al pueblo de Timba.

Cuando íbamos llegando a la vereda de San Jerónimo, mi corazón saltaba de alegría, a medida que el tren avanzaba y al mirar hacia la orilla de la carrilera, las manos de los campesinos nos saludaban. Poco a poco el tren se detenía en el kilómetro 21, nos bajábamos y el volvía a arrancar con su pito y su cha-cha; al recordarlo vuelvo a sentir la alegría de aquella época y a la vez nostalgia de saber, que nunca volverán a ocurrir esos paseos, porque aunque la finca aún está, el tren ya no viaja hasta ese lugar y mi abuela falleció hace dos años.

Al arribar a la estación, nuestros primos y primas estaban esperándonos y nos ayudaban a llevar las maletas donde iba nuestro equipaje, el pan y algunos detalles que les llevábamos. Al llegar a la finca, mi abuela estaba en el rancho, parada en la puerta, que le calzaba perfectamente a su estatura; alta y vestida con sus amplios faldones, blusa de bolero y pañoleta amarrada en la cabeza, nos envolvía entre sus brazos negros y fuertes, ya tostados por el sol que recibió durante toda su vida arando la tierra.

Ella nos hacía unos desayunos muy ricos, asaba plátano o arepa en la hornilla y nos daba con café, después nos ofrecía un vaso de leche sacada de las vacas recién ordeñadas. Una o varias horas después, íbamos a bañarnos a un charco llamado El Salto y en la tarde regresábamos a casa saltando de loma en loma, buscando el frondoso árbol de mango, para pender la cuerda y armar un columpio. Allí disfrutábamos comiendo uno o dos mangos con sal mientras nos columpiábamos.

La universidad en cambio, no fue tan especial como la vida en la Normal y la escuela, prácticamente uno se dedica a estudiar y trabajar, los profesores generalmente no se relacionan estrechamente con los estudiantes, sino que se limitan a impartir el conocimiento simplemente. Por lo tanto, es un recuerdo repleto de saberes muy profesionales, pero afectivamente es poco lo que se vivencia por el diario vivir de tantas ocupaciones.

La escuela y la familia: un lugar para soñar

Desde que salí de la Normal, siempre intenté vincularme a trabajar con el gobierno, pero todo esfuerzo fue inútil, dado que los nombramientos se manejaban con las llamadas palancas políticas, es decir, con la ayuda o influencia de personas muy amigas de quienes se encargaban de realizar estos nombramientos. Por eso, empecé a laborar en los colegios privados, en donde trabajé con mucha dedicación y cariño.

Para esos años, los padres de familia y los educandos sentían un gran aprecio y respeto por sus profesores, lo que hacía un trabajo más unido, donde había más contacto, más diálogo y en los procesos de aprendizaje del colegio, se contaba con la colaboración de la casa donde se reforzaba lo enseñado.

El primer colegio donde me vinculé, quedaba en el barrio El Junín, yo me sentía un poco nerviosa, en forma parecida al primer día de práctica docente, donde un maestro observa para detectar errores, hacer sugerencias, evaluar y dar una nota. Así era en aquel colegio, el dueño del colegio pasaba constantemente mirando las clases, para después definir si uno se podía quedar trabajando o no. Pero tanta exigencia, en el cumplir de los libros reglamentarios, en estar dentro del salón todo el tiempo dando clase, en prohibir casi enfermarse para no faltar al trabajo ni siquiera un día, no compensaba con el miserable salario, que no llegaba a la mitad del que devengaba un maestro pago por el gobierno.

Allí laboré un año y los niños eran muy afectuosos y trabajé con todo el empeño y la alegría que se siente al realizar algo por primera vez, colocando en práctica todo lo que aprendí en la escuela Normal,

en realidad, para ese tiempo fue muy valioso todo lo que nos enseñaron, pero a pesar de todo me retiré.

Ingresé a un colegio donde también pagaban poco, pero nos valoraban más como personas y aprendí mucho del dueño, quien a pesar de sus 75 años de edad, enseñaba con mucha sabiduría y de él contagié esa mística por nuestra labor, que deberíamos tener todos los maestros. Allí trabajé hasta cuando el señor decidió terminar con el colegio.

Seguidamente, empecé a trabajar en un colegio dirigido por un padre de origen alemán, dedicado por completo a servir y a educar a un grupo de comunidades negras del distrito de Aguablanca. Allí se hizo más evidente mi amor por mi profesión, se necesita mucha dedicación para poder trabajar en esta zona, ya que los niños y sus padres son supremamente agresivos, cargados de resentimientos, pertenecen a las llamadas invasiones, provenientes de los desplazados por la violencia, el desempleo y los desastres naturales de la costa Pacífica.

Aunque en algunas ocasiones uno se angustiaba, ante la dificultad de poder controlar la disciplina en esos niños y lograr un aprendizaje en ellos, al verlos tan sufridos y solos, por la ausencia de sus madres que por ser cabeza de familia, salían desde las cuatro de la mañana a trabajar lavando ropa o vendiendo en la galería, uno terminaba compartiendo sus tristezas y tratando desde nuestro mismo trabajo darles afecto, seguridad, compañía y esperanzas en un mundo mejor.

Algo también muy lindo de trabajar allá, fue haber encontrado a quien es hoy mí mejor amiga, y el haber compartido con ella todos estos años de especial amistad, ha sido una de las cosas lindas que me ha dado la vida.

Cuando llevaba dos años de trabajar en este colegio, un político al cual yo le había asistido a muchas reuniones para que me ayudara a buscar un nombramiento, me llamó para ofrecerme un contrato de vinculación con el Estado en una escuela ubicada también en el distrito, lo acepté inmediatamente y seguí laborando todo el día. Ahí, los niños tenían menos problemas, sus familias provenían de los lados del sur del país y algunos eran de la ciudad.

Para ese tiempo ya me había casado y estaba esperando mi primer bebé, me tocó muy duro, salir del trabajo de la mañana, almorzar como

en quince minutos y trasladarme al trabajo de la jornada de la tarde. Así, en ese ir y venir, nació mi JhonK.

Para el año 1995, seis años después de sucesivas contrataciones, nos nombraron como docentes municipales a casi 500 maestros, después de varios paros, demandas y luchas sindicales. Ese año fue estupendo para mí, porque sin buscarla, me surgió una permuta, el cambio de escuela de la jornada de la mañana a una más central y más cerca de mi casa, donde trabajo actualmente.

Al año de haber llegado a ella, me postularon para hacer parte del consejo directivo, acepté y desde allí he ayudado en todos los procesos de construcción del proyecto educativo institucional —PEI—, el de nosotros tiene como eje la comunicación como base de la interacción y relaciones entre las personas. Tenemos una filosofía, visión y misión muy claras basados en organizar estrategias, que nos permitan ayudar a formar niños íntegros, alegres, autónomos, solidarios y como sabemos que lo aprendido en la escuela Normal ya no lo podemos aplicar como tal, hemos participado en muchos cursos de calificación docente, hemos realizado convenios con diversas instituciones para mejorar la calidad de los servicios a los niños, como con el Instituto Popular de Cultura —IPC—, quien les da las clases de danzas, música, teatro y artes; el centro de salud con sus jornadas de vacunación y ciclos de conferencias, Bienestar Familiar con el programa de restaurante escolar, y con Pleyade.

Particularmente el año pasado, trabajé una propuesta para la lectura y escritura de los niños en el grado primero, con las profesoras Patricia Calonge y Miralba Correa, la cual me dio buenos resultados en la mayoría de los niños, ya que aprendieron a leer comprensivamente y se iniciaron en la producción de textos.

Mi escuela me gusta mucho, la directora es muy asequible a los cambios que exige la educación actual y la promueve, además es amiga de todos, facilita el diálogo y quiere mucho a los estudiantes y su relación con los padres es muy cordial. Lo único que a veces me incomoda, es la resistencia al cambio de algunos compañeros y su falta de compromiso, lo que a veces nos trae dificultades para avanzar más en nuestros propósitos.

El año pasado, entramos al programa de cobertura con el gobierno municipal, ampliando los estudios hasta el grado noveno progresivamente, del cual yo soy coordinadora en la tarde. Tenía desde hace un año este espacio libre de tiempo, porque me había retirado del colegio del padre alemán.

La experiencia ha sido muy buena, solo que me toca combinar todo mi trabajo con mi vida familiar. En enero del año pasado tuve mi segundo bebé, mi JhonAless. He tratado de hacerlo lo mejor posible, mi esposo me colabora mucho en llevar y recoger a mi bebé, ya que el niño permanece el día donde mi mamá, también ayuda a mi hijo de nueve años en la realización de sus tareas. La verdad, a veces creo que me falta más tiempo para dedicárselo a ellos, para acompañar a JHonK a la escuela de fútbol, a donde asiste con gran alegría. En las prácticas lo llaman "Tino", porque tiene mucha fuerza y juega bien, uno de mis deseos es que llegue a ser gran futbolista.

Quiero mucho a mi esposo, fue mi novio de toda mi juventud y ya llevamos diez años compartiendo nuestro hogar, juntos nos colaboramos y nos impulsamos para seguir adelante. Adoro a mis hijos y mi mayor aspiración es que lleguen a ser personas felices, buenas, con espíritu de servicio a los demás, profesionales éticos y responsables. Ellos junto con mis estudiantes, que son como mis segundos hijos, han sido mi motivación para iniciar el posgrado en el que ya me inscribí, Desarrollo del pensamiento intelectual y educación.

Quiero conocer más acerca de la pedagogía conceptual para poderles brindar más y mejores herramientas para desenvolverse en la vida.

Mi vida de maestra: una entrega

Olga Lucía Angulo

Mi historia familiar

Mi familia ha estado compuesta siempre por las siguientes personas, en primer lugar de importancia mi madre y mi abuela y en segundo lugar están mis hermanos, un hombre y una mujer y tíos hermanos de mi mamá y primos.

Según historias contadas por mi abuela y mi mamá, procedemos de una familia humilde residente en Tumaco en el departamento de Nariño, ciudad que dejaron desde hace muchísimos años para radicarse en Cali, departamento del Valle del Cauca. En un principio para ellas la ubicación en esta ciudad no fue difícil, porque llegaron directamente a trabajar en casas de familia, ya que venían con un trabajo fijo, y sabían a donde iban a llegar. Mi madre en ese entonces era señorita, no tenía los tres hijos que tiene hoy en día. Empezó a trabajar. Me cuenta que los domingos, que eran los días de salida, se iban para Juanchito. Les gustaba mucho ir a allá a bailar y a distraerse. Allá pasaban sus horas de descanso. Así pasó el tiempo hasta que mi mamá se conoció con el que hoy en día es nuestro padre y se organizaron. De esa unión, del fruto de ese amor, nací yo, su primera hija en el año de 1965. Posteriormente, dos años más tarde, nació mi hermano Alfredo y tres años después, nació mi hermana Marta que es la menor.

Al organizarse mi mamá y mi papá, ella dejó de trabajar y se dedicó al hogar. En esa época no teníamos casa propia, vivían en arriendo. Vivimos en el barrio Simón Bolívar en el que nacimos los tres hijos.

Allí estuvimos hasta cuando yo tuve unos cinco o seis años de edad. Posteriormente, nuestro padre nos abandonó, dejó a mi mamá sola, abandonó el hogar, y ella tuvo que asumir la crianza de sus tres hijos. Para eso, empezó nuevamente a trabajar con la ayuda de mi abuela, que siempre siguió haciéndolo. Mi abuela era la mano derecha de mi mamá, nunca la abandonó, siempre estuvo allí presente.

En esa época, 1971, habían al sur oriente de la ciudad de Cali, muchas invasiones. Mi mamá se metió en una de ellas, participó, le tocó luchar muy duramente. Afortunadamente unas personas que ya estaban allí, que ya tenían días viviendo en esa invasión, la ayudaron y le consiguieron un lote. Hay que decir que estos lotes no habían sido repartidos, pues se trataba de una invasión. Le consiguieron un espacio donde pudo organizar un cambuche con esterillas y guaduas plásticas. Mi mamá se quedaba todas las noches cuidando el pedacito de tierra para lograr así la casa que hoy en día tenemos. A nosotros nos dejaba cuidando en una pieza alquilada, al cuidado de Nohora, una amiga suya. Cuando ya no pudo pagar más el arriendo, decidió llevarnos a vivir a la invasión. Poco a poco fue mejorando el ranchito hasta que llegaron los del municipio, los de catastro municipal a medir los lotes y a entregarlos para que la gente los pagara por cuotas.

Cuando se dio esta organización se formó el barrio que hoy en día se conoce como León XIII. A mi mamá le asignaron su lote y pudo construir la casa que hoy tiene. Nosotros fuimos criados en este barrio I, ese barrio tiene en este momento 26 años. Cuando llegamos allí, ninguno de los tres hijos había ido a la escuela. Solo lo hicimos cuando ella poco a poco se pudo organizar. A la primera que envió a la escuela fue a mí como hija mayor. Comencé a asistir a un colegio privado. Tocaba caminar muchísimo para poder llegar al colegio. Yo estaba todavía muy pequeña, pero afortunadamente en esa época no había los peligros que hay actualmente. Mi mamá me levantaba bien temprano en la mañana. Recuerdo tanto que yo le tenía tanto amor al colegio, que no me importaba despertarme a la hora en que me llamaba. No sabía el horario, pero yo le decía a mi mamá: “Mamá vea apúrese, porque ya salió el sol. Ya me cogió la tarde porque ya salió el sol”. Esa era la guía para mí. El hecho de que saliera el sol, me indicaba la hora en que debía ponerme en marcha para ir al colegio.

Mi mamá siguió en la lucha con su lote y en la construcción. Mi abuela siempre presente ayudándole con la crianza de sus tres hijos, de manera que la familia para mí fueron mis dos hermanos, mi mamá, mi abuela y los otros dos hijos de mi abuela. Por esa época, mi mamá empezó a buscar otros trabajos. Le tocó volverse comerciante, dedicándose a vender dulces y cocadas para ayudarse en nuestra crianza.

De manera, pues, que siempre hemos sido una familia unida. Recuerdo también que la unión en nuestra familia se manifestaba en que lo compartíamos todo. Las actividades que compartíamos eran los oficios de la casa. Todo el mundo tenía que ayudar, desde el más pequeño hasta el más grande. A medida que íbamos creciendo, mi mamá nos enseñaba cómo teníamos que lavar, desde la ropa interior, hasta la ropa que usábamos, los uniformes, como lustrar los zapatos y cómo cuidar las prendas que nos compraban. La familia también compartía celebraciones, festividades y paseos que se celebraban básicamente en el mes de diciembre. El 24, que era el día que llegaba el Niño Dios, en el cual creíamos, porque nos enseñaron así. Ese día preparaban la cena en la que estábamos juntos. Compartíamos hasta que nos íbamos a dormir. Los grandes bailaban y los niños jugábamos. Cuando nos daba sueño, nos íbamos a nuestras respectivas camas a descansar. También celebrábamos el domingo de pascuas. Ese día estrenábamos ropa y almorzábamos en familia. Estos eran básicamente los días que se celebraban. También celebrábamos los cumpleaños. Cuando alguien cumplía años, le compraban aunque fuera la tortica, si no podían hacerlo porque no había plata, la preparaban, porque gracias a Dios, mi mamá y mi abuela eran muy buenas cocineras. Ellas mismas preparaban la torta con la cual celebrábamos el cumpleaños o determinado acontecimiento.

Mi abuela siempre, lo que más me ha inculcado o me inculcó, pues hace cuatro años ya que falleció, fue que ella quería que su nieta mayor estudiara para que no le tocara pasar tantos trabajos como los que ella y mi mamá estaban pasando o habían pasado. Siempre me decía que yo tenía que estudiar o ser alguien en la vida para que no me tocara estregarle el culo a las ollas, como le tocaba a ella en las casas de familia donde le tocó trabajar como empleada doméstica. Ella anhelaba que yo trabajara en algo, que me desempeñara en mi oficio mejor. Por eso,

siempre estuvieron muy pendientes de nuestra preparación, de que estudiáramos, de que cumpliéramos, aunque pobremente, con los requisitos exigidos en los colegios. Ella y mi mamá trataron de darnos lo mejor que pudieron siempre.

Ahora, lo que sí nunca nos ha faltado en la vida gracias al Dios Todopoderoso, es nuestra alimentación. Así no hubiera para nada más siempre había para la alimentación. Aún en medio de la pobreza, sin embargo, había algunas costumbres en nuestra familia que siempre las trataron de mantener, por ejemplo: estrenar en diciembre, le compraban a uno el estreno o los tres o cuatro estrenos para los días. En los días de Semana Santa se acostumbraba a hacer muy buena alimentación, especialmente granos, lentejas, frijoles, sopa de queso, arroz, pescado en diferentes variedades: salado, ahumado, tapado, es decir, cocinadito con plátano, sin tanto aliño.

En la casa acostumbraban a darnos premios. Eran premios especiales, como dejarlo poner a uno el domingo la ropa "dominguera", dejarlo vestir bien bonito, dejarlo salir cerca a la casa, llevarlo a pasear donde alguna persona amiga o donde algún familiar lejano de los que no vivían con nosotros. Por ejemplo, no puedo olvidar el día de mi primera comunión, que fue algo maravilloso, porque me sentía una novia. Recuerdo que me compraron todo lo que necesitaba. Con 13 años y en quinto de primaria me dieron un vestido blanco, un velo, los guantes, los zapatos, pude estar en la iglesia y hacer todo lo que conlleva la primera comunión. Además hubo fiesta, invitados y regalos. Había también castigos, si uno desobedecía, se ganaba una buena pela, una paliza con látigo. A nosotros nos pegaban con látigo de cuero. Ese era uno de nuestros castigos, una buena pela.

Mi mamá ha sido una mujer que le ha gustado mucho exigirle a uno. Siempre nos ha inculcado que cuando uno va a hacer algo, tiene que hacerlo bien o sino no hacerlo. Nos enseñó a no dejar las cosas a medias. Siempre nos insistió, a toda hora y todos los días con su cantaleta, que había que hacer las cosas bien. Nos exigió mucho, tanto en el colegio, como en las relaciones con los amigos. Por ejemplo, a ella no le gustaba que uno se fuera a jugar en las casas ajenas. Eso era algo que a ella le chocaba, pues decía que los muchachos son muchachos y no se sabía las travesuras que hacer en casa ajena. Fuera de eso le preocupaban las

humillaciones que uno pudiera recibir. Esa era una época de pobreza, donde el que tenía un televisor era el rico de la cuadra y el que no lo tenía, era el más pobre, el que se tenía que aguantar las humillaciones. No teníamos que quedarnos en la casa de nosotros, podíamos salir a la calle, pero teníamos que quedarnos en lugares donde ella pudiera controlarnos. A pesar de ser estricta, mi mamá siempre nos ha dado buen ejemplo inculcándonos valores como la responsabilidad y el respeto. Nos insistió siempre que había que respetar a los mayores, evitar las palabras vulgares y compartir con la familia y los vecinos.

Nosotros nos relacionábamos con los vecinos del barrio. Era gente muy unida. Si alguien tenía algo, ese algo no era del dueño, como se dice, sino del que lo necesitaba. Si alguien no tenía cómo hacer el almuerzo o cómo hacer la comida, los vecinos acudían a ayudarle. Todo se compartía, las penas, las alegrías y eran más los pesares, porque todos los que vivían allí arrancaban de cero. Nadie tenía nada, pero había mucha unión: se defendían, se cuidaban, un vecino le cuidaba los hijos al otro. Mientras uno se iba a trabajar, el otro le ayudaba con la casa, con los niños. Era algo muy bonito, cosa que lamentablemente hoy en día ya se ha perdido, pues ya las familias surgieron. Lamentablemente se perdió toda esta unión, esa colaboración que se tenía. Eso era algo que siempre estaba presente, siempre hubo la unión de los vecinos. No importaba la hora que fuera, la madrugada, si había un enfermo, todos estaban atentos para colaborar, para definir lo que había que hacer.

El barrio tenía un ambiente muy sano. Se vivía un ambiente tranquilo, de paz. Recuerdo que jugábamos en la calle hasta las 10:00 o 11:00 de la noche. Nos gustaba jugar al escondite, la lleva, stop y al papá y la mamá. Esos eran los juegos más comunes entre nosotros y algunas rondas como la de “el puente está quebrado” y otras, que en este momento se me escapan. En esa época era muy común que los niños jugáramos en la calle en frente de nuestras casas, los padres lo permitían, porque hacerlo no representaba un peligro para sus hijos. Teníamos tanta libertad que yo, que he sido siempre una persona muy rezandera, organizaba grupos de niños para asistir a misa. A mí me ha gustado asistir mucho a misa los domingos. Era tanto el gusto, que también organizaba a los niños que estaban en mi casa para ir a todos

los eventos que programaba la iglesia, procesiones, misas, ceremonias. Yo era feliz asistiendo. Yo hice durante muchos años esta actividad, porque he sido muy católica, Dios me ha hecho muchos milagros, tengo varios testimonios de cosas que le he pedido a Dios, que siento que él me las ha otorgado.

Mi vida escolar

Inicié mis estudios en un colegio privado. Mi primera profesora se llamaba Aura. Allí estudié hasta segundo de primaria, el grado tercero lo continué en una escuela oficial que se llama Hernando Caicedo. En este grado, inicie con una profesora bastante exigente, rígida, que se llamaba Ligia. Esta escuela tenía fama de ser muy exigente y disciplinada. En la jornada de la mañana estudiábamos las niñas y en la jornada de la tarde los hombres.

En el grado tercero no me fue muy bien. Recuerdo los castigos que utilizaba la profesora. Empleaba la regla de madera, gruesa, con la cual le daba a uno en las manos. Otro de los castigos que utilizaba, era colocarlo a uno brazos arriba durante largo tiempo, delante del resto de los compañeros. Uno no podía bajar los brazos y si lo hacía recibía sus regaños.

En ese grado me fue mal. Lo poco que recuerdo son los castigos, los gritos y el maltrato de la profesora hacia los alumnos. En esa época se utilizaba mucho, que la profesora utilizara un alumno o alumna para determinadas actividades. Si tenía una alumna preferida, como solíamos decir los demás compañeros, la elegía para hacer este trabajo. Los castigos eran para unos, pues los preferidos no eran tocados. Recuerdo que ese año lo perdí y me tocó repetirlo. Me tocó con otra profesora que se llamaba Marlene. Esta profesora nos daba mucho cariño a todos los alumnos. No había esa discriminación que se notaba con la profesora Ligia. Este cariño que nos daba, lo hacía sentir a uno más seguro y más comprometido para responder con las diferentes actividades escolares. Con ella seguí hasta la mitad del año cuarto y luego la profesora fue trasladada a otra escuela. En su reemplazo llegó la profesora Abigail Romero con quien hice hasta quinto de primaria.

La escuela donde hice casi toda mi primaria era una escuela como todas. Había que hacer la formación en el patio, donde nos explicaban las normas y se hacían diferentes revisiones de uniformes, zapatos y del aseo de la cabeza. Todas estas recomendaciones las hacía en el patio la directora, quien era una persona bastante exigente. No aceptaba que en la fila se hablara con el compañero, que uno se volteara o se estuviera moviendo, en fin uno tenía que mantenerse en posición firme mientras duraba la ceremonia. Esta posición se utilizaba para todos los actos realizados durante los homenajes a la bandera o en las actividades culturales que se programaban en la institución.

Después de terminar mis estudios primarios con éxito, la profesora Abigail Romero me colaboró para ingresar el colegio INEM de Cali. Para ingresar a este colegio, que era mixto, presenté el respectivo examen el cual pasé sin ningún inconveniente y así inicié el primer año de bachillerato. No tuve ningún inconveniente para seguir estudiando, pues aprobé todos los cursos. Algo importante a destacar es la diferencia entre la escuela y el colegio, porque yo venía de una escuela donde había mucha disciplina, muchas exigencias. Al ingresar al INEM me encontré con que las exigencias se las debía hacer uno mismo. La disciplina se la daba uno mismo, no había quien lo estuviera a uno empujando para ir a clases. Uno decidía si entraba o no a clases. En este colegio la educación era como a nivel universitario. Uno era el que tenía que preocuparse por su rendimiento académico. El profesor dictaba su clase, calificaba, pero no se preocupaba por llamar la atención, ya que las decisiones eran del alumno. En este colegio no existían izadas de bandera, no hacían actividades culturales obligatorias. Todo debía decidirlo el estudiante. Esto es algo importante de destacar.

El ambiente del colegio INEM en esta época era de revolución, de bastante desorden, de vicios. Había mucho vicio en el INEM, malos vicios quiero decir, los que nunca compartí.

Recuerdo que durante el transcurso del año académico en que cursé tercero, me ocurrió algo que tendría mucha importancia en mi vida. Cuando inicié el grado tercero, me di cuenta de que el colegio tenía un grupo de danzas que hacía presentaciones. Cuando se abrieron las inscripciones, me inscribí. El profesor que dirigía este grupo era Hernando Carrillo. Dependiendo de la manera como uno participara en

las danzas, dependía su estadía en el grupo. Tenía que cumplir algunos requisitos, entre ellos ir bien académicamente en todas las áreas. Las horas de ensayo eran después de las clases. Así que yo iniciaba mi horario de clases desde las 12:45 p.m. hasta las 6:30 p.m. y a esa hora empezábamos los ensayos que duraban hasta las 8:30 o 9:00 de la noche. Los que estábamos en el grupo llegábamos todos los días a la casa tipo 10:00 o 10:30 de la noche.

Así pasó el tercer año de bachillerato. Al empezar el grado cuarto fuimos becados por estar en el grupo de danzas y por tener un buen rendimiento académico. De ahí en adelante hasta el grado sexto estudié con becas. Hacía las dos jornadas, estudiaba de 12:45 hasta las 6:30 y de ahí hasta las 10:00 p.m., ensayaba con el grupo de danzas. El ensayo de las danzas estaba repartido, había un tiempo para los ejercicios y el calentamiento y otro tiempo para ensayar diferentes danzas. Los sábados cuando había presentaciones, nos tocaba desplazarnos a diferentes instituciones de aquí de la ciudad de Cali o de otros municipios del Valle. Teníamos ensayos los sábados, los domingos y festivos. Esta fue una época maravillosa en la cual me entregué totalmente a mi estudio y a mis danzas. Para mí no hubo novios, nada más. Para mí la vida eran las danzas y el grupo que lo llenaban todo. Durante todo este tiempo lo más importante fue que tuve el apoyo de mi familia, de mi abuela y de mi mamá. Ellas me apoyaron en todo lo que estaba haciendo y a lo que había decidido a hacer.

El grupo de danzas estaba conformado por más o menos diez hombres y quince mujeres. Lo dirigía el profesor Hernando Carrillo, quien nos inculcaba el respeto de los hombres hacia las niñas, que era como el nos hacía llamar. ¿Por qué inculcaba él este respeto? Porque cuando uno está en un grupo de danzas, un grupo folklórico, había ocasiones en que uno tenía que desvestirse delante del compañero, colocarse la falda, pedirle el favor de que le abrochara el brasier, de que le subiera el cierre, de que le acomodara la blusa, de que le amarrara la alpargata. Cuando uno está en estas situaciones, uno no está pensando en fisgonear al compañero o compañera, sino que está colaborando para que todo resulte lo mejor posible. Uno de los valores que nos inculcó más el profesor Carrillo fue el respeto al compañero y a la compañera. Fue una persona muy importante en nuestras vidas. Fue

un segundo padre con nosotros, adolescentes necesitados de afecto y orientaciones. Siempre nos hizo llegar a tiempo sus consejos. Así como nos exigía, colaboraba, también nos mostraba su afecto hacia nosotros y nos daba mucho. Con él aprendimos mucho como seres humanos, para desempeñarnos en nuestra vida diaria.

Cuando terminé el bachillerato, en 1987, continué con el grupo de danzas. Continué tres años representando al INEM en calidad de egresada. Continuamos haciendo lo mismo de siempre. Presentándonos con las danzas, bailando, compartiendo en el grupo y el profesor. Debo aclarar que al graduarme lo hice especializada en bachillerato comercial, que era lo que yo había escogido cuando terminé cuarto de bachillerato. Salí preparada para trabajar como secretaria.

Para mi familia, este grado fue un gran logro. Para mí significó mucho a nivel personal, puesto que era la primera bachiller de nuestra familia. Mi mamá y mi abuela tiraron la casa por la ventana. Me prepararon una gran fiesta sorpresa con la colaboración de unos amigos compañeros de bachillerato. Me mandaron a pasear y al finalizar el día, cuando mis amigos me trajeron a la casa la encontré transformada. Me tomaron fotos, me mostraron las tarjetas de invitación. Me empezaron a contar cómo habían preparado la fiesta. Todo el mundo se reía de mí, pues a mis espaldas habían preparado la gran fiesta sin que yo me diera cuenta.

El mejor regalo que recibí fue de mi abuela. Para ella era un anhelo poderme dar el anillo de grado de bachillerato y la fiesta que me ofreció en compañía de mi mamá. A la fiesta asistieron familiares, vecinos y amigos de bachillerato, con ellos rumbeamos toda la noche hasta el amanecer.

Mi llegada al magisterio

Elegí ser bachillerato comercial, con modalidad secretariado, porque deseaba convertirme en una gran secretaria a nivel profesional y poder desempeñarme en una gran empresa. Eso era lo que yo más anhelaba, salir del colegio, conseguir trabajo rápidamente y ubicarme para empezar a poner en práctica lo que había aprendido en el colegio. Así

que empecé a empapelar a Cali buscando trabajo, pero fueron pasando los meses y no recibía ninguna respuesta. Empecé así a darme cuenta de lo difícil que era conseguir trabajo. Me di cuenta que nunca me iban a llamar para ocupar un cargo de secretaria en una empresa, pues supe que en esta ciudad existe una gran discriminación racial. No podía pues seguir albergando el sueño de trabajar en una empresa y mucho menos en una empresa grande, como era lo que yo aspiraba. Me di cuenta de la discriminación, porque siempre elegían a las blancas. A mí no me llamaban. Por eso, yo me di cuenta que tenía que ser discriminación, porque no podía ser por falta de presentación personal, porque es algo que siempre me lo he exigido. Entonces yo pensaba que si tenía buena presentación personal algo debía objetarse. Cuando me convencí que no iba a lograr nada por ese lado, empecé a buscar trabajo en otras áreas. Fue así como empecé a trabajar vendiendo rifas, tomando la presión arterial, desempeñándome como enfermera a la que los médicos tuvieron que enseñarle todo, desde aplicar una inyección hasta coger una vena. A medida que fui aprendiendo y fui cogiendo confianza, me fueron confiando más responsabilidades hasta que dejaron la clínica a cargo mío.

Aunque seguí trabajando, tenía claro que quería seguir estudiando. Sin embargo, no podía hacerlo, pues no tenía los medios económicos para empezar a estudiar una determinada profesión o una carrera intermedia. En ese tiempo, mi sueño era estudiar contabilidad. Aunque no se me presentó en ese momento la oportunidad de estudiar, si pude ingresar al Instituto Popular de Cultura a estudiar danzas en las horas de la noche. Empecé a estudiar en un medio en el que estaba rodeada de maestros, pues la mayor parte de los estudiantes que entraron en esa época eran profesoras de colegios privados. Al escucharlas hablar de su trabajo, empecé a interesarme por la profesión de maestra. Por intermedio de una de ellas, se me presentó la oportunidad de trabajar en la Escuela General Anzoátegui como profesora de danzas para los niños de la básica primaria en las jornadas de la mañana y de la tarde. Fue así como trabajaba tres días en la semana, durante todo el día desde las 7:00 de la mañana hasta las 5:00 de la tarde y luego me iba para el Instituto Popular de Cultura a seguir mis clases. Estudiar danzas para mí era algo fascinante, porque siempre lo he llevado en la sangre, siempre me ha gustado y siempre lo he practicado.

Cuando empecé a trabajar en la Escuela General Anzoátegui, me di cuenta del gran compromiso que tenía como maestra. Empecé a enseñar y pude decir que en este trabajo tuve grandes satisfacciones, porque los niños respondían a los esfuerzos que yo hacía para que ellos amaran la música y para que les gustara nuestro folklore. Les enseñé a conocer y respetar nuestra música folklórica. Al ver la respuesta que dieron, pues bailaban y les gustaba escuchar la música, me animé mucho. Desde que yo llegaba a la escuela, andaban detrás de mí, preguntándome a qué horas sería la clase. Peleaban por asistir a mi clase, pues decían que les gustaba mucho. La verdad es que eran muy serios en su trabajo. Comenzamos a hacer presentaciones en los barrios aledaños a la escuela y ante los padres de familia y sus compañeros.

Como docente que acababa de ingresar, el ambiente para mí en la institución era agradable, pues encontré amistad y afecto. Claro que me cuidé de no ir a decir lo que no debía, pues era una escuela con muchos maestros y donde existían conflictos. Yo traté de permanecer al margen de estas situaciones. Afortunadamente nunca tuve problemas con nadie. Al contrario, me hice querer mucho por los maestros que estaban en esa institución, que llevaban trabajando muchos años allí.

En esa época era la docente más joven en la escuela. Creo que ellos encontraban en mí a una persona más joven, inexperta, a quien enseñarle muchas cosas de la vida y del trabajo. Esto me sirvió mucho, porque empezaron a enseñarme, a aconsejarme, a motivarme para que yo siguiera trabajando. Entonces empecé a cogerle amor al hecho de ser profesora. Me agradaba mucho que los niños me reconocieran como su profesora de danzas y me abrazaran y me besaran, sobretodo que estos comportamientos no los tenían con los demás maestros, porque no les daban esa oportunidad de acercarse a ellos.

Estando en esta labor, me olvidé por completo de seguir luchando para conseguir trabajo como secretaria. Desistí de esa idea, al escuchar los consejos que me daban los compañeros. Me di cuenta que por la vía del magisterio podía enriquecerme mucho más a nivel personal, económico y profesional. Varios profesores comenzaron a presionarme para que estudiara la licenciatura en educación básica primaria. Fue así como inicialmente decidí empezar mis estudios en la Universidad San Buenaventura de Cali, pero después de haber averiguado la forma

de cancelación del semestre, decidí entrar a la Universidad Javeriana, porque podía cancelar por trimestres. Como yo ganaba poquito, me quedaba más fácil cancelar por trimestres que semestralmente.

Lo hice al darme cuenta del cariño que le tenía a esta profesión. Con el tiempo y el trabajo le había ido cogiendo cariño a esta profesión, porque me iba encontrando profesores muy dedicados, responsables y con mucha ética, que me hacían querer más esta labor.

Como se puede ver, yo no nací con vocación para maestra o para profesora. Fue algo que se dio en mí por casualidades de la vida y por la influencia de muchos maestros. Obviamente yo lo fui construyendo con mis pequeños aportes, a través de cada experiencia que iba viviendo, tanto al compartir con los niños, como con los compañeros y compañeras.

Estas experiencias las enriquecía buscando en los libros, preguntando a personas con más experiencia. No fue algo que sucediera de repente, sino que se fue dando al buscar métodos para llegarle a los niños. Creo que se fue dando por las experiencias que tuve como alumna de danzas en el Instituto Popular de Cultura. Entonces fue así como seguí estudiando, preparándome y logré terminar mi licenciatura en la Universidad Javeriana de Cali

Mis retos como maestra

En la Escuela General Anzoátegui estuve durante cuatro años. Me retiré porque se me presentó la oportunidad de empezar a trabajar como maestra contratada para básica primaria en la escuela en la que hoy estoy nombrada, la Miguel Camacho Perea. En esta escuela inicié con el primer grado de básica primaria.

En la época que empecé a estudiar mi primer semestre de licenciatura de educación básica primaria, conocí a quien hoy en día es mi esposo, el maestro Siccard Yurgaqui, quien también influyó mucho en mí para ser la maestra que soy hoy en día. Cuando yo lo conocí, él tenía en el magisterio 12 años de experiencia. Empezó a guiarme y a compartir conmigo los secretos que él tenía como maestro para que yo también me desempeñara igual o mejor que él y para que pudiera

hacer mis propios aportes. Él me daba pequeñas bases para que yo construyera mi labor cotidiana.

Debo decir también que la formación recibida en la Universidad Javeriana, la complementaba con la ayuda de algunas personas maestras y de mi esposo. Necesitaba este complemento, porque estaba estudiando a distancia en la Universidad Javeriana, así que requería mucha ayuda. Por esta modalidad el alumno trabaja solo. La universidad le entrega unos módulos y uno es el que tiene que estudiar y reevaluar lo que está en los módulos. Yo sentía en muchas ocasiones vacíos que me los ayudaban a despejar mi esposo, algunas compañeras de la universidad que eran maestras y que estaban haciendo su licenciatura o mis compañeras de trabajo. Mi esposo, por ejemplo, me enseñó cómo trabajar con los niños de primero las primeras letras, me indicó la metodología a seguir para que aprendieran o respondieran a lo que yo les estaba enseñando. Me orientó para saber con qué letra tenía que iniciar. En esa época se iniciaban con la m. Mi esposo también me mostró cómo enseñar para que unieran las vocales con las consonantes, a hacer ejercicios con recortes de periódicos y de revistas, a dibujar las letras en cartulina, en plastilina. Me indicó cómo hacer para que los niños practicando, fueran dando la respuesta que se necesitaba.

La formación que tienen las universidades en estos momentos para cursar licenciatura a distancia me parece muy importante. Tiene algunas falencias, que encontramos especialmente aquellos que nunca han sido maestros, ni han tenido esa experiencia. El programa se facilita más para aquellas personas que han sido maestros durante diez o quince años y que tienen unos conocimientos adquiridos. Para quienes nunca hemos sido maestras, es realmente difícil. Se me presentaron muchas dificultades, tuve la suerte de encontrar compañeras de estudios que me colaboraron bastante. Cecilia Naranjo, quien hoy en día es profesora de matemáticas. Ella me colaboró y me comprendió mucho, lo mismo que Lilia Inés Tello, profesora de básica primaria y Beatriz, que era profesora de artes en un colegio privado y la profesora Olga que era profesora de danzas. Entre las cuatro hicimos un grupo, buscado la forma de que todas pudiéramos beneficiarnos en el estudio y que pudiéramos entender cómo era este cuento de la educación para poder así transmitir los conocimientos a los niños.

El inicio en la Escuela Miguel Camacho Perea en el grado primero de básica primaria, fue un gran reto para mí, porque desconocía muchos aspectos de la enseñanza en este curso. Inicialmente el primer objetivo que me había fijado era que los niños aprendieran a leer y escribir. Esa era mi mayor preocupación y buscaba por todos los medios darles a ellos lo mejor que pudiera. Inicié en el mes de enero con un grupo de 35 alumnos y alumnas. Debido a problemas iniciamos el año escolar con un retardo de cuatro meses.

Además de este inconveniente encontré que el grupo había sido conformado sin hacer la selección de los alumnos. Este problema, que generalmente se presenta en la mayoría de las escuelas oficiales, hace que se tenga que trabajar con niños de todas las edades, con repitentes e indisciplinados. Al realizar la matrícula no se tiene en cuenta los criterios de selección y se reciben todos los niños sin importar los problemas que tengan.

Cuando inicié el trabajo me encontré con niños de diez y once años que habían repetido su primer año de escolaridad, con otros que apenas la iniciaban con siete u ocho años. Tenía pues un grupo bastante heterogéneo, cuyas edades oscilaban entre los siete y los doce años. Esta experiencia fue muy difícil, pues pronto se presentaron problemas de indisciplinas y de aprendizaje. Fue así como con mucha lucha, esfuerzo y responsabilidad, logramos que de los 35 alumnos pasaran al grado segundo 27. Hubo tres alumnos que se retiraron en el transcurso del año escolar. Aunque tuve conflictos y dificultades en este año, me satisface saber que posteriormente han sido pocos los que se me han presentado. En la institución prima la humanidad de los compañeros. Son compañeros humanos, responsables en sus labores y siempre han luchado por mantener una relación de hermandad, de verdadero compañerismo. Cuando hay un problema, una discusión que es lo que más se presenta a veces, cuando hay desacuerdos se busca remediar los problemas, nos reunimos, se hace una evaluación de la situación para resolver los conflictos y porque no queremos enemistades. Se tratan de buscar soluciones para seguir adelante. Somos personas muy emprendedoras, que nos gusta compartir bastante, entonces realmente las dificultades a nivel de institución han sido pocas. En este momento la directora, Rosalba Peña de Martínez es una persona muy asequible,

apoya los proyectos, lo estimula a uno hacerlos y trata de facilitarle a uno los medios y el espacio para hacerlos. Siempre contamos con el apoyo de ella y también de muchos de los compañeros a quienes les gustan las innovaciones, el trabajo y la preparación. En la escuela nos dan la oportunidad de participar en todo tipo de talleres, proyectos y capacitaciones.

El ambiente en la escuela donde yo trabajo es sano, familiar. Nos gusta compartir nuestros problemas. Si a veces hay que llorar, lloramos juntas, si hay que reír, también los hacemos juntas. Siempre tratamos de que haya mucha unión y de que esa unión perdure. Tratamos de no volvernos maestros de piedra, de no olvidarnos de nosotros mismos, luchamos porque así como queremos y adoramos nuestro trabajo, nuestra profesión, así mismo nos queremos nosotras mismas y a nuestros alumnos.

El grupo con el que trabajo en la jornada de la tarde está compuesto por dos hombres y siete mujeres, incluida yo. Tengo a mi cargo el curso primero de primaria.

La relación con los padres de familia de la escuela es a veces un poco difícil, pues está ubicada en el barrio Comuneros II, perteneciente al distrito de Aguablanca. Son personas que han tenido poco estudio. Algunas son muy irrespetuosas. Se encuentra de todo. El trato es a veces un poco difícil, porque se presentan desacuerdos y yo trato de resolver los problemas hablando con ellos. Me gusta mucho aclarar las cosas, que ellos se sientan en confianza conmigo para decirme lo que sienten o lo que necesiten en determinada situación. Hasta el momento, en los cinco años que llevo en la institución, no se me ha presentado ningún problema grave, ninguno que no haya podido manejar.

Me gusta mucho involucrar al padre de familia en el estudio de sus hijos. En las reuniones de padres que realizamos en la institución, siempre los padres de familia tienen la palabra y tienen un espacio para exponer sus inquietudes. Esas inquietudes las estudiamos ellos y yo para encontrar las soluciones más viables. Sus opiniones son tenidas en cuenta siempre. En este momento en la escuela por ejemplo, trabajamos con talleres en la jornada de la tarde, los talleres los realizamos nosotros mismos en la época de vacaciones. En estos meses realizamos

los talleres para todo el año. Esto le trae al padre de familia una economía, le proporciona un ahogo económico. Los talleres son muy prácticos, pues contienen todos los temas que se ven durante el año escolar. Con su realización se busca el beneficio para los alumnos, para los padres y también para los docentes. En este momento, nosotras llevamos tres años realizando los talleres. Los hacemos por niveles. En su elaboración participan todos los profesores.

Este método de los talleres les ha gustado mucho a los padres de familia, porque han visto los beneficios que les proporcionan. Claro que también tenemos libros de apoyo, porque en la escuela hay biblioteca. Contamos también con otros libros que aportan los alumnos, libros que ellos tienen en la casa y que les sirven para realizar consultas.

Uno de los logros más importantes que he tenido en la escuela ha sido poder acompañar y guiar al primer grupo con el que inicié hasta quinto de primaria. Tengo la satisfacción de haber ayudado a pasar a la mayoría del grupo. Lo considero un gran logro, pues pude ver sus avances desde primero hasta quinto de primaria. Es una satisfacción muy grande para mi saber que hoy esos niños en su gran mayoría, están en este momento en sexto de bachillerato. Hay alumnos que han ido a la escuela para contarme que siguen estudiando. Me he dado cuenta, a través de un seguimiento que les he hecho, que la gran mayoría está haciendo grado sexto.

Así como uno tiene satisfacciones como estas, también tiene preocupaciones. Uno de los problemas que se presentan con más regularidad en nuestra institución, es el maltrato infantil. Los niños llegan maltratados por los padres de familia. Entonces se me conmueve el alma e inmediatamente mando a llamar al padre de familia para hablar con él y para hacerle ver la incidencia que esto tiene en el niño. Trato de que el padre de familia busque otras maneras de castigar a sus hijos. Les hago un seguimiento a las cosas, o haciendo charlas para hacer reflexionar a los padres y para que vean que ese no es el mejor trato que le pueden dar a sus hijos.

En el trabajo que realizo en el aula, generalmente prima la participación del alumno. Me gusta que los alumnos sean participativos, que hagan aportes al trabajo que se va a empezar o que se está desarrollando. Utilizo mucho la autoevaluación para que ellos aprendan a ser

responsables y a evaluarse, a ver realmente y a conocer sus falencias y necesidades y a reconocer lo que realmente han aprendido, lo que es bueno para ellos y lo que no lo es.

Acostumbro a hacer evaluaciones y autoevaluaciones. Evalúo mucho el grupo. Me gusta que trabajen en grupo, que compartan y se ayuden, que se colaboren mutuamente. Hago muy pocos exámenes individuales y solo de vez en cuando. Todo depende de la situación que estemos trabajando. Tengo en cuenta también la participación del padre de familia, pues me gusta mucho que los padres participen en la educación de sus hijos, que les enseñen a sus hijos valores, que siempre estén allí colaborándoles y dando espacios para que puedan hacer sus actividades y para que puedan llegar a hacer sus propios aportes.

El trabajo en grupo es muy significativo para los niños. Entre ellos hacen sus propios aportes y tratan de solucionar sus problemas sin que necesariamente esté la profesora. Busco que en grupo ellos mismos den una solución a sus problemas. Trato de no darles directamente la solución, sino que ellos la busquen. Les doy la idea para que ellos decidan, así los estimulo a que sean libres y autónomos para muchas cosas.

Por ejemplo, en este año que empecé nuevamente con grado primero traté de cambiar. Para hacerlo, empecé a innovar en lectura y escritura. Después de estudiar las vocales, hice averiguaciones para saber la letra que deseaban aprender. Lo más sorprendente fue que escogieron la letra z. Esta les gusto por el programa del personaje zorro que ven por la televisión.

En el aula siempre estoy tratando de corregir los errores que puedo cometer y de mantener a los niños motivados. Busco la manera de jugar con ellos, de hacer dinámicas de grupo, de realizar actividades que les gusten y de tratar temas que les interesen.

Me gusta dialogar mucho con los alumnos, darles la oportunidad de que ellos se expresen en las situaciones que se presentan diariamente, sin juzgarlos anticipadamente. Busco el diálogo, pues pienso que es fundamental en cualquier situación. Cuando es necesario dialogo con el padre y el alumno. Nos reunimos las tres partes, se dialoga y se trata de llegar a un acuerdo que se trata de realizar hasta donde sea posible.

También me gusta motivar a los niños. Para hacerlo, utilizo el juego. Me gusta mucho inculcarles a los alumnos el gusto por la música y la danza especialmente y también el respeto hacia la música folklórica de nuestro país. Los relaciono mucho con las danzas. Hemos hecho montajes de algunas danzas y las hemos presentado en la institución ante los padres de familia, los docentes y sus compañeros.

Quiero permanecer en el magisterio hasta donde sea posible. Esta carrera que quiero le da a uno la oportunidad de contribuir, en cierta forma, a la formación del ser humano en nuestro país. Ojalá un día no muy lejano, el maestro sea visto como lo que es, como alguien que si quiere puede ser un gran profesional. Es cierto que estamos atravesando por una cantidad de dificultades. Ojalá lleguemos a la profesionalización del magisterio, que es a donde todos quisiéramos arribar para ser respetados y tenidos en cuenta como cualquier otro profesional. Pienso que la clave está en formarnos, en estudiar, porque la preparación del maestro no termina con la licenciatura o con el posgrado. Es de siempre, todos los días estamos teniendo nuevas experiencias y aprendiendo nuevas cosas.

Para desarrollar mi trabajo me baso en textos de pedagogía, porque pienso que la pedagogía es muy importante para el maestro. Le da herramientas para construir sus propios modelos, sus propios métodos de acuerdo a las necesidades que se tengan en el sector o en el grupo con que se está trabajando. Aunque no sigo un modelo determinado y ningún pedagogo en particular, he leído a Piaget y a Montessori. En mi trabajo trato de extraer elementos de estos modelos y combinarlos. Hago mis propios aportes, trato de construir mis propias metodologías, de acuerdo a las necesidades que se me presenten.

Como mi esposo es maestro, tenemos la oportunidad de hacer reflexiones en conjunto, ya sea por situaciones que se le presentan a él o a mí. Me han servido mucho los talleres que he realizado con la Universidad del Valle y con otras entidades. He hecho talleres de sexualidad, de lectura y escritura, inglés, asuntos afrocolombianos y lineamientos del proyecto educativo institucional —PEI—.

En estos momentos me parece importante trabajar con el PEI. Como maestra nos están dando la oportunidad a maestros, alumnos y padres de familia de construir nuestros propios currículos, de ampliar, quitar

o colocar temas de acuerdo a las necesidades de la comunidad, de los alumnos y de la institución. Por esta razón, creo que hay que trabajar el PEI con los aportes de padres de familia, alumnos, exalumnos, profesores y directivos docentes. En la institución, siempre he tenido la oportunidad de hacer algunos aportes a este proyecto, puesto que he tenido capacitaciones y participé en el *I Congreso sobre el PEI*. Con estos aportes iniciamos un trabajo en la escuela. Fue así como logramos realizar el manual de convivencia entre padres, docentes y alumnos y organizar el gobierno escolar. Únicamente hemos trabajado estos dos puntos y se ha interrumpido el trabajo de PEI por cuestiones de falta de tiempo, de dedicación y de responsabilidad, especialmente de los docentes. Es una lástima que el trabajo se haya tenido que interrumpir, pues los dos proyectos que logramos elaborar están marchando.

En todo caso, quiero señalar que tanto en estos como en otros proyectos, hemos contado con toda la autonomía del caso para hacerlos. En la institución donde laboro, cada profesor tiene libertad para realizar sus proyectos y actividades en el aula. En mi caso, trabajo con mucha independencia. Esto me motiva para buscar nuevas cosas.

Como maestra me veo comprometida en la búsqueda de nuevas metodológicas y retos para el desarrollo de diferentes proyectos que redunden en el bien de la comunidad y para desarrollar proyectos e innovaciones que enriquezcan mi labor pedagógica. Mi trabajo actual puede mejorar día a día participando en diferentes charlas, congresos, capacitaciones y reflexiones que tengan que ver con mi carrera docente. En el transcurso de estos nueve años de experiencia docente, he aprendido a querer y a amar esta profesión, que se ocupa de la formación de los niños, que son el futuro del país.

En mi trabajo actual no he sentido la discriminación ni de parte de los padres de familia. Aunque sí recuerdo que se presentó una situación con un padre de familia, que me acusó de preferir a los niños negros. No sé en qué se basó él para decirlo, pero le mostré cómo solo tenía siete alumnas negras, pues el resto eran mestizos. Analizamos el problema y encontramos dificultades en la alumna, era perezosa. El padre de familia reconoció el error en el que él estaba y la niña continuó en el grupo hasta cuarto de primaria, porque esta situación se presentó en

segundo de primaria. La niña tenía problemas que se originaban en el hogar, sus padres tenían problemas a nivel de pareja. Gracias a Dios pudimos conversar para aclarar toda esta situación.

Un matrimonio de maestros

Muchas de mis inquietudes y reflexiones las he compartido con mi esposo, que tiene 17 años de experiencia laboral y que ha hecho aportes importantes en mi vida profesional. Él se convirtió en mi tutor durante mi formación como maestra.

Nos conocimos en una celebración del Día del Maestro, un 17 de mayo de 1991, en un sitio que queda al sur de Cali que se llama Los Guayabales. Cuando nos conocimos, él estaba animando grupos de maestros de diferentes escuelas que estaban en ese sitio. Cuando terminó de animar se dirigió hacia mí y me sacó a bailar. Salí a bailar y, a partir de esa pieza, no me volvió a soltar. Seguimos bailando y compartiendo, conversando, conociéndonos y posteriormente iniciamos una relación como novios que duró casi los cuatro años. Al cabo de ese tiempo decidimos casarnos y ya llevamos cinco años de casados.

Compartir esta relación entre dos maestros ha sido muy rico, muy enriquecedor, porque nos da la oportunidad de reflexionar juntos acerca de nuestra labor cotidiana, de colaborarnos, darnos ideas, apoyarnos y comentar las diferentes situaciones que se nos presentan. Ambos trabajamos en la jornada de la tarde, de 1:00 a 6:00 p.m., porque se nos facilitan las cosas. Él ha sido mi maestro y seguirá siéndolo, porque tiene más experiencia que yo. Él me enseñó a dar esos pequeños pasos en la educación y compartió conmigo muchas reflexiones. Aún sigue compartiendo sus secretos, metodologías, proyectos y actividades que le han dado buenos resultados. Todo esto lo comparte conmigo. De todas maneras, él discute las ideas conmigo y yo decido lo que me conviene, pues tengo mi propio estilo y mi propia metodología.

Debo decir que somos un par de críticos mutuos, nos criticamos mutuamente para el bien de nuestra profesión. A veces somos muy duros con las críticas, pero al final nos damos cuenta de que es para el bienestar nuestro y de nuestra labor cotidiana. Nos respetamos mucho y compartimos también las diferentes actividades que se programen

en las escuelas, donde trabajamos cada uno de los dos. Casi siempre que yo tengo una actividad, que quiero programar algo nuevo con los alumnos, acudo a mi esposo, le comentó lo que deseo hacer, la actividad que tengo programada y la forma como quiero desarrollarla. Lo hago para que me dé su opinión sobre el asunto, así me doy cuenta de posibles errores.

Estos cinco años de casados que llevamos, han sido años de felicidad para ambos, de progreso espiritual. Tanto así que acabamos de tener nuestro primer hijo. Tuve un embarazo complicado, que finalizó con una preeclampsia, que después del parto se convirtió en eclampsia, porque convulsioné durante tres horas. Estuve a punto de irme para el otro lado. Gracias a Dios y a las personas que estuvieron dándome su apoyo y alentándome moralmente estoy con vida, contando el cuento.

En estos momentos, gracias a Dios estamos en una etapa de convalecencia. Estamos reponiéndonos tanto mi esposo, el bebe y yo. Mi bebe estuvo hospitalizado casi un mes, entre noviembre y diciembre de 1998. Yo también estuve hospitalizada hasta finales del mes de diciembre. Para mi esposo estos días fueron también muy duros, porque le tocó afrontar toda esta situación. Todo este problema se nos presentó, porque después de la convulsión, a los 15 días me dio una *trombosis flebitis* en la pierna derecha, por lo cual se extendió el tiempo de la hospitalización. Gracias a Dios en este momento estoy recuperándome satisfactoriamente y espero seguir así, bien, sin contratiempos. Estoy feliz nuevamente compartiendo mi hogar con mi esposo y mi hijo. Espero reintegrarme pronto a mi labor como maestra, porque también ya se está terminando la licencia de maternidad. Con muchas luchas y sacrificios, hoy día contamos con una casa propia, la cual estamos organizando poco a poco a nuestro gusto.

Mis proyectos y perspectivas de trabajo en la escuela de hoy

La escuela de hoy ha cambiado en muchos aspectos, como es el manejo de la disciplina, pues ya no es tan rígida, ni los maestros somos tan temerosos como los de hace 20 años. Sin embargo, hay algo que continúa igual y es la metodología. La mayoría de los docentes seguimos

trabajando con el método tradicional. En mi caso, el método tradicional es la base, aunque trato de apoyarme en nuevas metodologías y de realizar nuevas experiencias e innovaciones. Lo preocupante es que muchos docentes continúan con el método tradicional, porque los cambios son duros y difíciles. Para cambiar, hay que dar un paso que a veces es complicado de dar. Los que lo dan encuentran generalmente críticas y son molestados. La verdad es que se nos presiona para que no continuemos las innovaciones No lo digo por el caso particular de la escuela, pues allí tenemos otro ambiente, sino por otras escuelas. Los mismos padres de familia se oponen también, porque siguen arraigados al método tradicional y quieren que sus hijos se les enseñe como a ellos les enseñaron.

Como maestra, pienso que puedo colaborarle a la comunidad educativa en muchos aspectos, especialmente en la formación de los niños. Más que darles conceptos y guías académicas, pienso que hay que formarlos para que sean personas sensibles, amorosas y cariñosas. Hay que inculcarles muchos valores y el respeto al ser humano. Pienso que con estos valores logramos mucho, como también dándoles confianza para que expresen lo que sienten y para que puedan contarnos sus problemas, para uno pueda colaborarle.

Uno de los proyectos que he aplicado con los alumnos de quinto de primaria que estaban a mi cargo fue el proyecto de lectura y escritura, guiado por profesores de la Universidad del Valle, que ofrecieron un programa para formar a los maestros como lectores y productores de texto. Este proyecto me dio algunos resultados positivos con el grupo, porque los alumnos se motivaron más por la lectura, aprendieron a comprender de otra forma las lecturas realizadas y también a escribir sus propias experiencias y las experiencias de sus compañeros.

Mi lucha por la discriminación racial trato de darla en la escuela, pues pienso que los niños como individuos, deben ser respetados como personas. Trato de evitar el abuso y el atropello de sus derechos como seres humanos y lucho también para que se me respete como maestra, como mujer y como trabajadora. Trato de que los niños de población negra que hay en la escuela sean respetados. Les hago conocer sus derechos y sus deberes como personas y como seres humanos, para que se realicen como hombres y mujeres de bien.

Con los niños hago muchas actividades de teatro, pues tuve la experiencia de participar en grupos de teatro en el Instituto Popular de Cultura y en el colegio INEM. La participación en estas experiencias me hizo sentir más segura en determinados momentos. Fueron grandes aportes para mi vida personal y mi vida profesional, porque entre otras cosas el maestro es teatrero, de por sí le nace. A veces para explicar algo hay que recurrir al teatro y a diferentes formas de explicación.

Tengo que mencionar también el amor que siento por la literatura y la poesía, por el cine y el teatro. Son parte de grandes aportes a mi carrera como docente. En el cine, por ejemplo, admiro mucho la película de la vida de Nelson Mandela. Es una película que deja muchas enseñanzas, mucho que analizar y que reflexionar sobre nuestra vida.

Quiero hacer un paréntesis para referirme a una parte de mi vida de la cual no hablé antes y es que tuve la oportunidad de representar a mi barrio como presidenta de la junta de acción comunal, me convertí en líder comunitaria del barrio León XIII, donde me críe y donde mi mamá tiene su casa. Esta representación de la comunidad la tuve durante cinco años, desde 1992 hasta 1997, trayéndome una cantidad de experiencias, ya que pase muchas dificultades como también logros, alegrías, tristezas, porque fue algo que me enseñó. Aprendí a madurar mucho y sobre todo con el trato con la comunidad que no es nada fácil. Este es un trabajo no remunerado económicamente y que lo expone a uno ante la gente para que digan de uno lo que sea, porque es un trabajo muy desagradecido. El líder comunitario siempre está en función, en búsqueda del bien común y siempre es criticado, entonces aprendí. Esto me enseñó a aceptar las críticas como persona, como ser humano y a tener más responsabilidades; en general, fue una labor que asumí. Fue difícil, porque era la primera mujer que en el barrio León XIII asumía este cargo de presidenta de la acción comunal y fue un reto para mí, porque era la primera mujer que ocupaba este lugar dentro de la comunidad y además era muy joven.

Tenía 24 años cuando asumí el cargo de presidenta de la Junta, entonces fue algo que a la gente le gustó mucho, era el cambio. Era una junta de acción comunal que venía siendo manejada por personas adultas, especialmente hombres, entonces fue algo que llamó mucho la atención entre la comunidad. Tuve el apoyo, gané por 100 votos de

diferencia. Se presentaron dos planchas y la plancha en la que yo encabezaba sacó 100 votos de diferencia, con respecto a la otra plancha. Fue un trabajo duro, porque se elaboraron, se hicieron diferentes actividades: faltaba en el barrio por pavimentar tres cuadras, tres pasajes y gracias a Dios en el transcurso de ese tiempo se lograron pavimentar, se logró también el cambio de redes de la electricidad, se logró conseguir la nocturna para la gente del barrio y barrios vecinos también, y poco a poco se fueron logrando muchas cosas, entre ellas construir la segunda planta de la sede comunal, se hacían actividades, se celebraba el día de los niños, el día de las madres, también los 25 años del barrio con muy buena acogida por la comunidad. Fue una gran fiesta en la que mi esposo también les colaboro con el equipo de sonido y también en la parte de la animación. Logramos conseguir premios que fueron repartidos entre los niños y las personas adultas que participaban en los diferentes concursos que se organizaron. Se hacían actividades culturales, actividades deportivas en general, etc.

En pie de lucha

En el año de 1995 se me presentó la oportunidad de participar y de integrar el Movimiento Nacional de Comunidades Negras dirigido por Agustín Fernando Valencia, representante a la Cámara por las comunidades negras. En un principio lo que me llamó la atención de este movimiento fue su nombre: Movimiento Nacional de Comunidades Negras, que me indicaba que eran negros quienes participaban. Eso despertó en mí muchas expectativas y empecé a preguntarme con qué fin se reunían y qué hacían. Con mi esposo decidimos ser parte de este grupo para colaborar en lo que pudiéramos. Las puertas del movimiento nos las abrieron y empezamos a asistir a una serie de reuniones en las cuales constatamos que estaba integrado en su gran mayoría por abogados, ingenieros, docentes, licenciados con posgrados, médicos, secretarias, diferentes clases de profesionales.

Nos dimos cuenta así de que muchas personas pertenecientes a nuestra etnia se estaban preparando. En estas reuniones uno de los puntos que más se discutían era la discriminación que siempre sentíamos por una u otras razones en el trabajo, en los restaurantes, en

situaciones de la vida cotidiana. Así, por ejemplo, cuando una pareja de negros visita un restaurante, todo el mundo se le queda mirando como si no tuviera derecho a frecuentar determinados restaurantes o sitios de la ciudad. Empezamos a conversar, a reflexionar sobre todas las inquietudes que presentábamos y que eran ya generalizadas entre el grupo. Después de esto, nos dividimos en diferentes comités y junto con mi esposo estuvimos liderando el comité de educación.

En el comité de educación estuvimos trabajando en la Ley 70 de las negritudes. Íbamos a los diferentes municipios donde había comunidades negras a hacerles conocer la ley, aprobada durante el gobierno de Samper. Esta ley le da la oportunidad a los sectores donde existen comunidades negras de hacer respetar sus derechos. La ley habla sobre la identidad, sobre los derechos a los cuales tienen derecho los negros. Esta ley es importante, porque estudiándola se dan discusiones en las que se reflexiona sobre lo rezagado que hemos estado los negros en este país. Siempre se nos han dado los trabajos más duros, siempre se ha creído que el negro no puede desempeñarse en otros roles. Fuimos a hacer un trabajo con la comunidad negra para resaltar especialmente nuestra identidad, lo que nos identifica como negros para no avergonzarnos de nuestro color, de nuestra raza, de nuestros orígenes, de nuestra alimentación, de nuestras costumbres, de nuestro folklore, de todo lo que tiene que ver con nuestra cultura.

Con el trabajo que hacíamos, queríamos mostrar las contribuciones del negro al desarrollo del país. Lo que ha aportado a las grandes construcciones de nuestro país, de manera pues, que el negro ha ayudado a la construcción de esta Colombia.

Estar participando en este grupo me ayudó a sentirme más segura, a coger más cancha para defenderme ante situaciones de discriminación que se le presentan a uno. En el fondo, tratábamos de despertar, porque el negro ha estado dormido. Llevamos 2000 años de esclavitud, 2000 años de discriminación, 2000 años de hacernos a un lado. Ya es hora de que el negro empiece a despertar y empiece a hacer valer sus derechos, pues ellos no se mendigan, se exigen.

Este trabajo lo hago complacida, porque soy negra, llevo sangre negra en mis venas y porque he vivido la discriminación en carne

propia. Pienso que de una u otra manera todos los negros hemos vivido y sentido en algún momento de nuestras vidas la discriminación. Por eso lo hago, porque pienso que el negro debe estar siempre al pie del cañón, defendiéndose, enseñándole a la etnia de los mestizos a respetarnos y a no ofendernos. Uno no entiende por qué la palabra negro se usa para todo lo que está relacionado con cosas feas. Las aguas residuales son negras, los días malos son negros. Por qué relacionarnos con lo feo, si la cultura negra tiene valor. Son situaciones como esta las que, de una u otra manera, buscan discriminar al negro

Pensando en estas luchas, debo hacer referencia también a la labor que hace el Sindicato Único de Trabajadores y Educadores del Valle, el cual está bien organizado. En algunas ocasiones lo han integrado personas que buscan fines personales, en vez de fines colectivos, pero en general promueven luchas que nos benefician a todos. Por esto recuerdo la época de mi nombramiento como profesora en la Escuela Miguel Camargo Perea. Yo salí de la Escuela General Anzoátegui, porque se me presentó la oportunidad de ser contratada con el municipio para ir a trabajar a la Escuela Miguel Camargo Perea. Eso fue en el año de 1993, en octubre. Empecé a trabajar en esa escuela por contrato.

Al llegar junio de 1994, los docentes que estábamos contratados, nos enteramos en la Secretaría de Educación Municipal, de que no nos iban a volver a contratar. Para nosotros esto fue una gran sorpresa, especialmente para mí que tenía la esperanza de lograr una estabilidad laboral. Estuvimos en una situación de incertidumbre, sin que nos solucionaran el problema. Ni nos contrataban, ni nos nombraban. Es decir, la Secretaría de Educación no se hacía cargo de los docentes. Nosotros estábamos trabajando a media marcha en virtud de esta situación. Por esto, había cualquier cantidad de niños de las escuelas, especialmente del distrito de Aguablanca sin clases, otros con algunas clases, porque los maestros decidimos seguir yendo a las escuelas pero trabajábamos media jornada, un día sí, y otro no. Esto lo hacíamos para motivar a la secretaria para que nos solucionara el problema.

En vista de que transcurrieron varios meses sin que se hiciera ninguna solución al problema y que llegó diciembre de 1994 en medio de muchos problemas económicos, decidí hacer algo. Fue así como en el mes de enero de 1995, conversando con mi esposo, que pertenecía a

un grupo de docentes a quienes les habían solucionado su situación en el mes de enero, tomé la decisión de buscarle una salida al problema. Alentada por mi esposo, que ha sido un gran luchador sindical, cité a todos los profesores que se encontraban en mi misma situación para que nos encontráramos al día siguiente enfrente de las oficinas del Centro Administrativo Municipal —CAM—, donde se encuentran ubicadas las oficinas de la Secretaría de Educación Municipal y donde sesiona el consejo municipal.

Aunque yo no conocía a mis compañeros, decidí hablarles para invitarlos a que lucháramos para defender nuestros derechos. Les hice ver la vigencia de actuar, ya que la Secretaría de Educación no había definido nada. Empezamos así con un grupo de 35 a 40 maestros. Acudimos a las emisoras, a los noticieros de nuestro canal regional Telepacífico y pedimos la colaboración de un periodista, quien nos ayudó mucho dándonos unos espacios en el noticiero radial que él dirigía.

Nos dividimos el trabajo de manera que había varios comités. Unos hacíamos cartas a mano para el alcalde. Las firmábamos todos. Mandamos cartas al alcalde, al Secretario de Educación, el doctor Carlos José Holguin. Así empezamos a luchar por nuestro nombramiento. Continuamos la lucha durante todo febrero. Al finalizar el mes se dio la oportunidad de que viniera a nuestra ciudad el doctor Zarabia, Ministro de Educación de esa época. Ese día organizamos una gran movilización, nos tomamos la Avenida Colombia y la Avenida del Río exponiendo nuestras vidas. Fue una gran movilización, donde participaron maestros, alumnos y padres de familia de todas las escuelas del distrito de Aguablanca. Fue una participación de más o menos 300 a 400 personas. Eso fue en la jornada de la mañana hasta el mediodía.

Después del mediodía, en las horas de la tarde buscamos la forma de hablar con el ministro. Lo buscamos en distintos sitios hasta que nos dijeron que estaba en el Hotel Intercontinental. Desafortunada o afortunadamente logré entrar con otra compañera al Hotel Intercontinental. Esperamos a que se diera el acto de apertura del evento al cual asistía, durante el cual hablaron el ministro, el alcalde y el secretario de educación. El ministro estaba rodeado de periodistas y de mucha gente. Como pudimos, logramos acercarnos y como pude me identifiqué, le entregué una carta que habíamos preparado para la ocasión.

Le pedí su colaboración para el arreglo de este problema. Lo único que me alcanzó a decir fue que no me preocupara, pues él ya había conversado con el secretario de educación y le había dado instrucciones para solucionar el problema. No le pude decir más, porque había mucha gente esperándolo, prensa, fotografías. El caso fue que yo había cumplido, aunque salimos de allí con mi compañera satisfechas de lo que habíamos conseguido. Mientras tanto, afuera del hotel estaba un grupo de compañeros esperándonos y sufriendo por nosotras.

Al día siguiente, fuimos motivo de risas y de burlas por la forma como estábamos vestidas cuando entramos al hotel. Estábamos vestidas de jeans, zapatillas, camisetas. La verdad fue que al finalizar el mes de febrero de 1995 nos dieron la buena noticia, de que iba a salir nuestro nombramiento. Esto fue motivo de fiesta para nosotros. Nos posesionamos en los tres primeros días de marzo de 1995, puesto que éramos un grupo bastante grande de maestros, 220 maestros. Una vez posesionados, regresamos a las escuelas a cumplir con nuestra labor.

Aunque nunca había tenido la oportunidad de pertenecer de lleno a un sindicato, en esta lucha lo hice por necesidad, la de luchar por mi puesto y el de mis compañeros. Motivada por esto y por la colaboración de mi esposo, que fue bien grande, ya que se unió al grupo de los 220 maestros y siguió con nosotros hasta conseguir la lucha, decidió seguir adelante hasta conseguir lo que queríamos. Recuerdo uno de los estímulos que me dieron los compañeros docentes, me regalaron un anillo y la verdad es que para mí fue algo muy grande, porque no me lo esperaba. Y aunque todos luchamos bastante, yo sé que ellos vieron en mí una persona de más arranque, la que dio inicio a esta lucha.

A veces pienso que esto los motivó para darme este obsequio como reconocimiento a mi valor de haberlos llamado. Sé que esta lucha fue de todos, porque entre todos se consiguió el triunfo, ¡fuimos todos! El triunfo es de todos los maestros, aunque hubiera maestros que no participaron, pero eso no importa. Lo importante es que a todos los 220 maestros nos solucionaron el problema.

El día que se me entregó el anillo se hizo una reunión donde pudiésemos estar la gran mayoría de los que estuvieron en la lucha, donde pudiéramos compartir, reírnos, recordar todo lo que habíamos hecho.

Todo lo vivido me ha servido para pensar en la importancia de sindicato. No creo que se deban acabar, pues debemos de seguir en la lucha, pues lamentablemente el gobierno siempre quiere pisotear nuestros derechos como docentes.

Tanto la lucha de las organizaciones de maestros, como los de otros grupos son importantes y necesarias.

Vida de un etnoeducador comprometido

Jesús Siccard Yurgaky

Mi infancia y adolescencia

Quiero referirme a mi infancia y a mi adolescencia en el departamento del Chocó y hablar de estos dos temas.

Nací en Tadó, un municipio del departamento del Chocó, distante 75 km de Quibdó y ubicado a la orilla derecha del río San Juan. Es un pueblo que une la Carretera Troncal de Occidente con la Carretera Panorámica y el desembotellamiento del Tapón del Darién. Un proyecto que se viene adelantando en nuestro territorio colombiano desde hace más de 25 o 30 años.

Me ubico nuevamente en este pueblo para recordar a mi padre, de origen turco, quien con sus andanzas, en su recorrer como buen comerciante se aposentó en él al unirse con la que es mi madre. De esa unión nació la persona que esto escribe. En verdad que es grato recordar la infancia. A mis escasos cinco años, ni existían en nuestro departamento los kinder o preescolares. Se llegaba a la escuela con conocimientos básicos impartidos por familiares u otras personas allegadas.

Mis primeras letras fueron inducidas por una señora de nombre Ofelia, enfermera, amiga de la casa, quien a través de unos periódicos procedentes de la ciudad de Medellín, exactamente de *El Colombiano*, me mostraba algunas letras para que yo las repitiera y para que poco a poco fuera avanzando. Cuando mi mamá tomó la determinación de llevarme a la escuela, me evaluaron y como sabía leer, automáticamente me promocionaron al grado segundo. Ingresé así a formar parte de una escuela que se llamaba Diego Luís Córdoba, que era la escuela

Anexa a la Normal Demetrio Salazar Castillo. En este lugar fue donde posteriormente realicé mis estudios secundarios.

Recuerdo esos años de vida, las inquietudes del niño creativo, inquieto, molestoso que era yo, pero con ánimos de aprender. La verdad es que tomé mis lecciones en una forma ordenada hasta terminar mi primaria en 1971 en la misma escuela Anexa, para posteriormente seguir mis estudios secundarios en la Normal, la que más adelante, en 1977, me dio el primer título de maestro bachiller, implantadas las nuevas reglamentaciones del Ministerio Nacional de Educación.

La escuela y la familia, son puntos importantes para mí. Por eso me parece necesario hablar de mi familia y del ambiente en que vivimos. Mi padre llegó a este pueblo en el cual se ubicó como comerciante. De su negocio vivimos todos los 23 hijos que tuvo. En este grupo ocupo el antepenúltimo lugar. Para mí es importante ubicar la posición de mi familia, ya que los medios económicos que tuvo mi papá en ese entonces les permitieron a mis hermanos mayores convertirse en grandes profesionales, así, por ejemplo, mi hermano mayor es ingeniero metalúrgico, ha ejercido en el municipio de Tadó y ha sido en muchas ocasiones alcalde de esta localidad. Mi hermana mayor, aunque no tuvo igual suerte, terminó el bachillerato y luego se unió en lazos familiares con el que es hoy rector del Instituto Técnico Vocacional de Tadó. Así se formó otra familia para que se fuera propagando el apellido Yurgaki y fuera más extenso en el departamento y en el municipio. Mis demás hermanos han trabajado en el magisterio, porque adquirieron el título de maestros. Al abrirse la Universidad Tecnológica Jorge Luis Córdoba, hicieron la carrera de licenciados; algunos son magister en educación, otros trabajan en la universidad que funciona en la ciudad de Tadó, dependiendo de la tecnología del departamento del Choco. En verdad que recordar a mis 23 hermanos se hace interminable, le parece a uno increíble, algo sensacional, porque la familia es muy extensa.

El ambiente familiar que vivimos fue bueno, la verdad que con el grupo de hermanos, constituimos una familia unida, amplia, con buen estilo familiar de unión, de convivencia, de paz, y generalmente de hermandad. La relación familiar, tanto de mis padres, como con mis hermanos fue muy bonita, hasta el momento del fallecimiento de mi padre, quien partió en el año de 1978.

En nuestro pueblo, debido a que existen dos ríos: el río San Juan y el río Platino era costumbre ir a baño. También jugar con juegos tradicionales. Bueno, hablando del río, a veces nos volábamos de la escuela y nos íbamos al río a darnos un chapuzón. Era tanto que nos amañábamos en los ríos, jugando la lleva, transmitiéndole esto a los otros niños, compartiendo hasta salir cansados, muchas veces rucios de tanto nadar. En nuestras casas nos aguardaba una linda sorpresa, el látigo o rejo como parte de la desobediencia por habernos fugado del colegio y abandonarlo antes del horario adecuado. Esta costumbre aún se conserva en nuestro pueblo, todos los niños lo hacen. Además de los juegos tradicionales, recuerdo que jugábamos al trompo, la bola en el hoyo, la lleva, el escondido y otras que ya se han ido perdiendo, el juego de papá y mamá. Esto de pronto nos ayudo a ver muchos factores de cómo se dirigía la familia. Nos gustaba mucho la parte atlética, corríamos, saltábamos. La lleva es un juego tradicional, que creo que aun reposa en la mayoría de los libros de los institutos populares de cultura a nivel nacional. El escondido, otro juego tradicional estaba entre nuestras grandes aficiones, buscábamos sitios supremamente recónditos, solíamos suspender nuestras respiraciones, nuestra voces para que no nos detectaran en el lugar en que estábamos.

En nuestros fines de semana, los viernes, el último viernes de cada mes en las escuelas se organizaban caminatas a diferentes partes del pueblo. Existía la loma de la cruz, subíamos y bajábamos la montaña como la existente acá en Cali. Otra costumbre era hacer un recorrido de siete u ocho km hasta la desembocadura de un río llamado Tadocito, que vierte sus aguas en el río San Juan. Esta caminata para nosotros era fuerte, porque eran 7 u 8 km hacia arriba y 7 de bajada, 14 km en total y se hacía el día sábado, la verdad que no muy tarde, con pereza y con el cuerpo un poco cansado a pesar de nuestra fortaleza como niños.

La verdad que nuestra desobediencia en el mundo infantil era castigada con una “pela”, un fuerte castigo con látigo de cuero. Con esto querían darnos una formación un poco más rígida.

La situación económica nos obligó a trabajar, en algunos departamentos de nuestra querida Colombia, lo que en otras palabras llamaríamos en nuestro departamento la “fuga de cerebros”. Mi familia jugó un papel importante en mi preparación, porque de allí se empezó

a dar la primera formación, fue dada por mi padre, lo que hizo en una forma muy estricta a pesar del número de hermanos que fuimos; siempre queriendo que nosotros fuéramos alguien en la vida, que tuviéramos un título, una profesión y que más adelante tuviéramos con qué defendernos y prestar un servicio a la comunidad que tanto nos requería. El anhelo de nuestro padre fue que todos nosotros fuéramos una familia de profesionales, de gente de bien. Al fallecer nos tocó a algunos de nosotros, a los que yo llamo los últimos del grupo familiar trabajar con las uñas, rebuscarnos para sobrevivir y aquí estamos. Hoy estoy contando esta pequeña historia, que de pronto sirve de motivación para que otros maestros salgan adelante.

Quiero recordar cómo era Tadó. Era un pueblo construido linealmente, con calles rectas. En su aspecto geográfico era y sigue siendo uno de los mejores en el departamento. En el centro de la ciudad, como es costumbre en todos los pueblos, está la Iglesia Nuestra Señora de San José. A un costado existe una gran casa, la casa grande de la familia Yurgaki. Por su aspecto, casi ocupa una manzana. En esta casona hemos compartido grandes momentos en familia, ya que mi padre tuvo la oportunidad de relacionarse con varias mujeres con las cuales tuvo varios hijos, entre todos nos hemos tratado siempre como una familia.

Este grupo de 23 hermanos somos fruto de diferentes madres: dos hijos de una señora, tres en otra, cinco en otra y en el caso mío, un hijo único de mi mamá. Nuestro grupo familiar ha sido bastante sólido, mi madre, era una campesina minera que había dedicado su vida al laboreo, al mazamorreo del oro para su subsistencia. Era nativa de este pueblo. Su infancia también la dedicó, como yo, prácticamente a enseñar, porque tuvo la oportunidad de haberse graduado en el ITE, un instituto donde en el grado cuarto ya las personas terminaban el bachillerato y se introducían en el mundo laboral a desempeñar cargos. En el caso de ella, por haber terminado en ese Instituto IPE de cuarto de bachillerato, le permitió un trabajo en la Registraduría Nacional del Estado, labor que desempeñó solo durante cierto tiempo, debido al ajetreo político que se vive en nuestro departamento, donde cuando los gobernantes de turno acaban su temporada, sus cuotas también son sacadas. Es a ella a quien dedico gran parte de lo que hoy en la vida soy, porque su formación me permitió estar más

cerca de los niños, de meterme a este cuento de la docencia, motivado por el amor que ella dedicó a los niños, tanto del sector, como a los del grupo familiar.

Quiero hacer un preámbulo de lo que fue Tadó en mis tiempos de infancia. Fue un municipio que en el transcurso del día quedaba desolado, dado que las personas mayores se dedicaban al trabajo en las minas en búsqueda de oro y de platino, para buscar su subsistencia. La mayor parte de las familias de este pueblo siempre se han trazado la meta de ver a sus hijos superiores a ellos para que no corran el mismo riesgo de estar en las minas de oro, por lo cual les han inculcado el estudio para que a través de los grandes conocimientos se formen y sean los hombres del mañana. En el transcurso del día, todo el pueblo quedaba desolado, solamente se oía el ruido, el gritar de los niños en las tres escuelas de este pueblo. Las escuelas que existían en ese entonces eran la Manuela Beltrán, la Francisco Miranda y la Anexa Francisco Córdoba, lugar donde tuve la oportunidad de estudiar mis primeras letras. Con el pasar de los tiempos, corría, jugaba, gritaba, departía con mis compañeros a través del fútbol y del juego en los espacios libres. La oportunidad maravillosa a través de los juegos, era la de compartir con los compañeros, maestros quizás que observaban nuestra calidad de jugadores y futbolistas aficionados, nos permitían vivir un ambiente de familiaridad y de buena escolaridad.

Fueron esos años muy importantes en mi vida, ya que en ellos tomé fuerza para proseguir mis estudios en la escuela Normal, motivado de ver a mi madre, que siempre con sus palabras alentadoras decía que teníamos que educarnos, que teníamos que superarnos para que no fuésemos a estar metidos en las minas como ella. Quería que ese esfuerzo no se viera tirado al piso para que nosotros también lográramos tener mejores oportunidades.

Referente a mis hermanos, la verdad que recuerdo mucho a mi hermano, el que ejerce la profesión de médico pediatra en el Hospital de Quibdó. Este fue uno de mis hermanos más allegados, más motivantes y me hizo ver la importancia del estudio y la superación personal. La verdad, que parte de estos pequeños triunfos que he adquirido y del roce social que he adquirido a través de los años de experiencia se los debo a él y a mi madre.

Con el fallecimiento de mi padre, a nosotros se nos fue haciendo un poco dificultoso el factor económico, ya que con ese número de hermanos, los problemas de alimentación eran grandes, así que tuvimos que abocar cada uno de nosotros al tutelaje de nuestras madres, que fueron en un número también variado. Con la muerte de mi padre, cada uno de nosotros nos fuimos a vivir con nuestras respectivas madres, conservando siempre ese calor humano y el sentido de hermandad, que hasta hoy reina entre nosotros.

En esa casona grande de la que hablo, ha existido el almacén La Miscelánea, cuyo propietario fue el difunto que en paz descanse, Elías Yurgaki, mi padre. Tradicionalmente fue un almacén surtido de productos variados donde la gente, el pequeño comerciante, asistía a hacer sus pedidos y sus compras inmediatas para tener su negocio al día. Mi padre era un comerciante mayorista, que tuvo mucha influencia. Mi madre una persona que con su ahínco nos hizo mucho bien, ya que todas las mañanas con su cantaleta, nos empujaba a la escuela a compartir esos conocimientos de los maestros.

Recordando mi escolaridad

Mi primer grado de primaria lo hice con la maestra Orfilia de Valencia, temida por su carácter, pero con sus conocimientos muy amplios y muy positivos hacia los niños inquietos como yo. Con ella continué hasta el grado cuarto y por norma que existió en la Anexa, el grado quinto siempre se lo entregaban a maestros varones, luego tuve la oportunidad de cambiar de maestro

Quiero recordar también mi escolaridad primaria, Mis primeras letras fueron adquiridas a través del periódico *El Colombiano* que llegaba a Tadó con un día de retraso. Una señora muy allegada a la casa, doña Orfelina, quien se desempeñaba como enfermera del pueblo, me enseñó a leer. Esta señora me quiso mucho, fue una gran admiradora mía por lo inquieto, por lo amable, por lo sencillo con la gente, que me gustaba hacer los mandados. Esa simpatía permitió que ella se encariñara conmigo. Ella me enseñó a leer las letras de ese periódico, las letras más grandes, más sobresalientes, siempre mostrándomelas. Me exigía cada vez que en el lugar que me encontrara con ella, tenía que

leerle y explicarle qué era lo que decía aquí o recordarle lo que ella me había enseñado. Esto, la verdad, que lo agradezco mucho, porque fue un paso maravilloso, que me permitió que cuando mi mamá me llevó a la escuela me promocionaran. Ingresé al grupo segundo, encontrándome allí con una serie de compañeros amigos de la cuadra, vecinos, los cuales estaban sorprendidos de no haberse encontrado conmigo en el grado primero y más de verme en ese grupo sabiendo leer y escribir. Yo lo hacía mejor que ellos, que habían estado durante un año en la institución. Con el correr de los tiempos, nos familiarizamos, compartíamos nuestros momentos de travesuras en el horario de clases, en el aula y fuera del aula, en nuestros momentos de derroche hasta ganarnos las famosas pelas de látigos de cuero.

En la escuela también existía el famoso "banquillo", eso era utilizado por algunos profesores que eran como en la época de Pablo Murillo, época del terror. Lo tomaban a uno de los pies y de las manos y le aplicaban el látigo en la nalga boca abajo. Nosotros, la verdad que en el grupo de compañeros de grado, nos atrevíamos a volarnos aún a sabiendas de que sabíamos que tendríamos que hacer el banquillo en la escuela. Eso creó una serie de traumas psicológicos, ya que nos hacía comportarnos más fuertes. En la casa éramos más suaves y cuando nos castigaban, no era ante el público, era en un lugar cerrado, en nuestra habitación y podíamos gritar, llorar sin que otros nos vieran. En cambio, las maestras mujeres usaban una varilla de totumo, árbol difícil de partir, la varillita la pelaban y en verdad que la lisura y algunas partes de su fortaleza no permitían quebrarse tan fácilmente como otros arbolitos.

Debo reconocer que durante mi infancia no fui un alumno lumbrera, pero siempre llegué a ocupar los primeros lugares sin bajar de esos puestos, ya que en mi casa tuvimos la gran oportunidad de que en ese entonces había energía que era procedente de la famosa empresa minera, Chocó Pacífico, que daba su luz a todo. Aquí existía la torre de control energético de producción de la energía de esa compañía. La luz era totalmente deficiente, fallaba, se iba durante el transcurso del día y durante algunas horas de la noche con la eficiencia de 220, voltios que nosotros sabemos que es una luz muy débil.

Recuerdo que nos tocaba levantarnos a estudiar con velas. Nuestra lectura tenía que ser en voz alta y fuerte para que nuestros padres en la

alcoba nos oyeran y para que pudieran corregir las palabras mal pronunciadas. Esto nos ayudó en nuestra formación y a que nuestro amor por la lectura y la escritura fuera mayor. Mi inquietud por aprender era cada día mayor, pues tuve la oportunidad de que un profesor me obsequiara un libro llamado *La Citolégia,* que contenía consejos prácticos, cívicos, idiomáticos, matemáticos. En sí, era una completa miscelánea, una revoltura de todo. Con este libro aproveché más el estudio. Le saqué mucho jugo, porque tenía unos consejos muy importantes, muy prácticos y valederos, lo cual me permitió también seguir motivado en mis estudios y me dio la apertura de proseguir en mis lecturas. Yo siempre estuve motivado por la lectura. Recuerdo que en ese entonces mis hermanos, que llegaban de otras ciudades de estudiar, nos cedían a los menores sus libros. Esto me ayudó a relacionarme más con los libros. Así, me convertí en un coleccionista, porque los acaparaba para aumentar más mis conocimientos. Llegué a formar una biblioteca que más adelante, en la escuela primaria, cuando yo hacía el grado quinto se convirtió prácticamente en el centro de investigación de mis compañeros.

Si comparamos la educación de otros tiempos, la que nos tocó, con la actual, uno encuentra ventajas y desventajas. En la anterior estaba la rigidez, el sistema de enseñanza casi basado en aquello de que la letra con sangre entra. Ahora con la experiencia docente que tengo, alcanzo a ver que el sistema anterior traía ventajas por la forma en que los niños adquirían una fluidez verbal y de pronunciación. Casi no existía el sistema del "cancaneo" o de deletrear una palabra, por que se utilizaba un sistema de aprender de corrido. Utilizábamos oraciones completas, complejas y de pronto más entendibles y más fáciles de aprender. Con respecto a lo actual, vemos que los niños de hoy son distintos, a pesar de que nosotros tratamos de meter innovaciones, métodos, procesos y presentar problemas. Existen debido a la carencia, a la falta de educación en los hogares, porque la verdad que la formación empieza siempre en la casa, se prosigue en las aulas de clase, en la secundaria, a nivel universitario y así sucesivamente. Yo lo veo en mi familia, con mi mamá y la influencia que tuvo en mí. Creo que es algo valedero reconocer el papel de mi madre, quien con su ahínco formó en mí ese amor por la lectura y la escritura para así poder mejorar mi estado de vida y poderme desarrollar como persona.

Estoy convencido que la educación empieza en casa y se continúa en el aula. Es importante ver en la actualidad la carencia de este primer factor en los hogares, debido a que la mamá y el papá trabajan. Los niños permanecen solos sin el cuidado de sus padres, quienes aquí en el Valle se dedican a la venta de frutas, de toda clase de productos, los hombres trabajan en la construcción, en trabajos rudos para así poder dar sustento a los hijos, lo cual hace que ellos vuelvan a casa, cansados.

Mi encuentro con la profesión de maestro

Para ingresar a la secundaria, solo tenía como opciones las instituciones existentes en Tadó. En nuestro municipio existían hasta ese entonces dos escuelas de secundaria, la una, el Instituto Agrícola, la otra la Normal. Para seguir mis estudios secundarios solamente tenía esas dos posibilidades. La primera no contaba, ya que nunca me gusto dedicarme al agro, ni a los animales, que era lo que se aprendía en el instituto. Decidí la segunda, ir a la Normal, motivado por mi hermano. Él había compartido conmigo sus experiencias adquiridas en la ciudad de Bogotá, donde hizo sus estudios y terminó la primer parte como licenciado en bioquímica en la Universidad Inca, luego terminó medicina, su profesión actual. Él me hizo caer en cuenta de las ventajas que existían en la Normal para terminar mis estudios: primero, buscarme un trabajo para poderme costear el estudio universitario. Al fallecer nuestro padre los problemas económicos empezaron a acrecentarse.

Me era dificultoso trasladarme a estudiar a otra ciudad, debido a que mi padre estaba sosteniendo a otros hermanos que estaban haciendo su estudio en diferentes partes. Él no podía ayudarme, porque su presupuesto económico no le alcanzaba. Opté por entrar a la Normal, motivado por mi hermano que me había hecho ver las opciones que me daba cursar los estudios allí. Podía con ellos trabajar y al mismo tiempo, tendría la posibilidad de dedicarme a la universidad. Mis expectativas al proseguir la Normal, la verdad era que no eran de ser maestro. Quise en mi vida ser médico, pero este sueño lo abandoné pronto, al hacer mi propio análisis de los factores económicos que no me permitirían, ni me permitían estudiar esta carrera. Ni mi papá ni mi mamá podían darme esos estudios.

Continúe estudiando en la Normal, pero seguí con la idea de no desempeñarme en el magisterio. Esta sería como una segunda opción, dadas las circunstancias económicas que tenía. El no poder cumplir mis deseos me produjo al principio una serie de traumas, de desconciertos. Sin embargo, gracias al aliento y al ahínco de mi mamá y de mis hermanos, quienes siempre me daban una voz de aliento diciéndome que echara para adelante, logré culminar la Normal. Cursé hasta el grado sexto, graduándome como maestro bachiller en el año de 1977.

Aunque quedé con un gran vacío por no poder alcanzar mis objetivos, debo decir que con el correr de los años en el tiempo en que estuve en la Normal, le fui cogiendo cariño al cuento de la educación. Este sentimiento se fue agrandando al ver lo que la educación podía hacer, al ver a mi mamá dedicada a cuidarnos a todos los hijos, solo yo era el hijo de ella y a atender y cuidar a los niños que llegaban a la casa. Mi mamá era una mujer muy generosa, dedicada a cuidar a todos los niños y miembros de la familia. Quería mucho a los niños y cuando podía, jugaba con ellos. Compartía sus juegos, les compraba lo que necesitaban. Ella me influenció bastante, porque empecé a sentir como un interés hacia los niños.

Aunque la verdad nunca quise estar en la educación, empecé a interesarme por la educación de los niños con el correr de los tiempos y durante el tiempo que hice mis prácticas en la escuela Anexa, lugar donde hice mi primaria. Este lugar me traía una serie de nostalgias y de recuerdos al verme años atrás en esas aulas donde compartí mis conocimientos con otros compañeritos y con los profesores su sabiduría. Los primeros tiempos fueron duros, pues llegué con nerviosismo, porque teníamos al frente una maestra consejera que estaba atenta a nuestras reacciones tanto positivas como negativas. Ella supervisaba la temática preparada previamente por cada uno en la Normal para ser desarrollada en la escuela Anexa. Este lugar de la práctica docente, aclaro, me inspiró mucho y me motivó, porque estaba en el lugar donde recordaba mis travesuras, los corrillos con los amigos y los juegos. El recordar otros tiempos me ayudaba a comprender el comportamiento de estos niños, a la vez me llenaba de orgullo que ellos en esas mismas aulas donde estudié me empezaran a llamar profesor o maestro. Esto fue un factor motivante para proseguir mis estudios en la escuela Normal. La verdad

que ya salía a la calle y los niños lo veían a uno y le decían: "El profesor Siccard". Esto me hacía sentir comprometido con el magisterio.

Mi paso por la Normal Demetrio Salazar Castillo

Habiendo ya explicado cómo se fue formando en mí la vocación, quiero referirme a lo que fue mi paso por la Escuela Normal Demetrio Salazar Castillo. Antes de todo, un preámbulo para explicar por qué el nombre Demetrio Salazar Castillo. Éste fue un sacerdote español, que se radicó en el departamento del Choco, falleciendo en Tadó, después de prestar sus servicios en ella. En mi paso por la Normal, encontré algunos aspectos positivos y otros negativos. Dentro de los negativos debo mencionar la rigidez de los profesores y del sistema de enseñanza de algunos de ellos.

Debo decir que en el tiempo en que yo estudié, nos tocó un proceso acelerado de trabajo, ya que nos entregaban 20 temas para prepararlos con realización de materiales educativos, luego teníamos que llevarlos a revisión donde los maestros consejeros. Éstos, sin tener en cuenta que no éramos todavía unos verdaderos maestros en educación, sin pensar que apenas estábamos haciendo nuestros primeros "pinitos", nos colocaban una serie de observaciones negativas, que al principio nos desmotivaron emocionalmente, porque nos tocaba repetir muchas clases ya preparadas. Estas clases debían incluir todos los pasos considerados necesarios para dictar, es decir, con todos los requisitos de ley, la preparación, la motivación, el desarrollo, la evaluación y la sustentación. Otro de los problemas que se nos presentaba era que en nuestro pueblo existía solo una biblioteca municipal, que era utilizada por las personas que trabajaban en la administración pública. Los libros que había en la Normal y en la biblioteca eran escasos; la mayoría eran utilizados por los profesores de diferentes áreas, así que nosotros no teníamos casi materiales con qué estudiar. En el pueblo tampoco existían muchos libros, entonces eso se nos presentaban dificultades para estudiar una temática teniendo en cuenta el horario y el tiempo que nos dejaban y el que teníamos que dedicar a buscar bibliografías y a ilustrar los trabajos que nos habían puesto. Cada clase debía ir ilustrada con materiales bien presentados.

No puedo dejar de mencionar la parte positiva de la Normal. La verdad que yo me empecé a motivar por la carrera de maestro cuando empecé a ver fundamentos y técnicas de la educación, cuando estudié la psicología evolutiva del niño, tropezando con capítulos especiales de Piaget y otros psicólogos y sociólogos de ese entonces. Debo decir que en la Normal solo tuve ocasión de estudiar a una pedagoga. En verdad, en nuestro recorrido, la relación que tuvimos con los pedagogos reconocidos a nivel mundial fue escasa. Solamente destaco el conocimiento de Montessori y otro pedagogo cuyo nombre se me escapa. Creo que se debió a que hubo muchos problemas para adquirir libros de otros pedagogos. Si se que las profesoras que nos enseñaron fundamentos y técnicas de la educación nos entregaban algunos documentos y conferencias de varios pedagogos, pero no los citaban. Hacían la adaptación sin citar las fuentes ni los autores. Desafortunadamente no tuvimos la oportunidad de tener en nuestras manos obras de pedagogos famosos. Solamente tuvimos una versión adaptada que nos impidió discutir y conocer su pensamiento. La adaptación la hacían para darnos pautas para realizar la práctica docente en las escuelas anexas y las otras escuelas donde se estaba prestando el servicio de práctica. El desconociendo y el estudio de muchos autores, la carencia de libros, de bibliotecas adecuadas, fueron factores de problemas que tuvimos que afrontar con las uñas para seguir adelante, pero que poco a poco fuimos venciendo, labrándonos el camino hacia la docencia. Creo que con todos sus inconvenientes, esa experiencia se convirtió para nosotros en un factor decisivo para fortalecernos en nuestra profesión como docentes.

Tuvimos problemas con el aprendizaje de la química y la física por no tener la oportunidad de hacer buenas experiencias de laboratorio, con el manejo de las probetas y los demás elementos.

Esto tuvo consecuencias luego en mi práctica como docente. Recuerdo que fui recomendado para cubrir una plaza en un liceo denominado Gaspar de Roas en Jardín Tamana, Cáceres. Allí me tocó trabajar en el área de matemáticas a nivel de sexto, séptimo y octavo, de estética, dibujo, pintura, manualidades y educación física, recreación y deporte. Inclusive se me pidió hacer el manejo con otro compañero de un laboratorio, lo que no fue posible, porque prácticamente la donación que habían hecho en años anteriores solamente incluía pequeños

tubitos de ensayo y no había elementos químicos que permitieran el desarrollo de experimentos.

A pesar de los aspectos negativos, pienso que tuvimos experiencias que nos dejaron muchas enseñanzas. Las materias anexas como fundamentos y técnicas de la educación, la psicología evolutiva del niño y la práctica docente nos permitieron como educandos de la Normal, sentirnos como un futuro alumno-maestro. A través de su estudio, conocíamos aspectos de la profesión del magisterio. Conocíamos y estudiábamos los problemas de educación en niños, su proceso evolutivo, su conocimiento psicológico y en general, como personas, como humanos. Analizamos también los problemas con que tropieza un maestro y las formas de solucionarlos. Creo que por esa época empezaba a cimentarse la vocación en mí, empezaba a tenerla.

La Normal para mí fue como un pequeño laboratorio al cual le faltaron algunos elementos de reflexión sobre vida actual, considero que llevo muchos vacíos, porque en ella viví los valores: respeto, la igualdad, la comprensión y aspectos fundamentales de una formación hacia el magisterio.

Era una Normal mixta, donde compartimos hombres y mujeres. Esto hizo que nuestras relaciones se hicieran más espontáneamente, fue como un adelanto a la era moderna, porque estas relaciones se dieron como deben ser, en un ambiente natural en el que la sexualidad no era un tema de tabú.

Decididamente, la Normal tiene una importancia para mí. Además de que tiene también valor histórico al ser de las sobrevivientes en Colombia, sigue formando anualmente 250 maestros con cuatro o cinco sextos, con 50 o 55 alumnos como promedio, es un semillero que produce maestros para el Chocó y otras regiones de Colombia.

En estos recuerdos de la Normal no puedo dejar de mencionar uno de sus maestros que fue quien más me inculcó el valor de la escritura y de la lectura. El profesor A. Agualimpia, era un docente que después de haber pasado una serie de vicisitudes, de trabajos, se había graduado en esta Normal. Concluido su bachillerato y después de haber sido minero y sastre a la vez, ya adulto y padre de varios hijos, decidió terminar la Normal, fue contratado para trabajar en el área de español y de

literatura, área en la que se desenvolvía muy bien y con gran ahínco. Con sus ganas y con su locura, porque era un hombre muy creativo en su área, nos impulsaba mucho a escribir y a leer, enseñándonos desde el hiato, la sinalefa, hasta los versos, los eneasílabos y los alejandrinos. Para nosotros sus clases se convertían en sesiones de chiste y burla. El profesor era algo curioso y extraño al evaluarnos: se subía sobre una mesa, nos dictaba las preguntas, colocaba un tiempo adecuado para responderlas y nos indicaba que no nos regalaría notas, o sea, que teníamos que jugárnosla toda como normalistas.

De ahí surgieron las voces de los estudiantes que nos gritábamos los unos a los otros dándonos ánimo. "Juégatela normalista". Aunque al principio hacíamos chistes y nos burlábamos, nos dimos cuenta de lo mucho que le gustaba a este profesor el idioma español, leía demasiado y nos ponía a leer facilitándonos así sus materiales de trabajo, nos hacía ir hasta su casa y nos cedía los materiales para que nosotros investigáramos sobre los trabajos que nos dejaba. Esto nos motivó tanto, que comenzamos a escribir algunos en un pequeño periódico llamado *El Guachupecito,* que existía en la Normal por esa época. Los alumnos de los grados décimo y once éramos los encargados del contenido de ese periódico. Teníamos la responsabilidad de impactar a los alumnos que venían atrás para que el periódico siguiera vivo y para que se fomentaran la lectura y la escritura. También teníamos que hacer uso de nuestra creatividad, pues además de ser responsables de todo el contenido del periódico, había que sacar artículos culturales de valor para no dejar decaerlo. Es tanta la motivación por este trabajo, que a través de un señor José I. Perea, tuve la oportunidad de escribir algunos artículos para el semanario *El Campesino* de la casa editorial APO Nación Popular Cultural, con sede en Sutatenza en Boyacá, existente en ese entonces y dirigido por el señor Jaime Garavito, cuya cadena y sistemas de impresión se han acabado. Ahora existe con otra razón social Editorial Andes en Bogotá. En ese entonces, escribí varios artículos alusivos a problemas de la junta de acción comunal del pueblo. Esos artículos fueron publicados en ese periódico que se distribuía semanalmente. Este periódico era el que llegaba con más facilidad después de *El Colombiano,* porque era un semanario que se conseguía fácil, porque al circular solo una vez a la semana la gente lo compraba con la idea de hacer una sola compra.

La época de la Normal fue importante para mí, pero terminó y tenía que buscar trabajo. Debido a la gran afluencia de maestros que había en el departamento del Chocó, me atreví a realizar una "fuga de maestros". Lo hice obligado por las circunstancias. En ese entonces, la Normal producía muchos maestros, quienes lamentablemente tenían dificultades para encontrar trabajo, así que estas personas se veían abocadas a prestar sus servicios en otros departamentos como Antioquía y el Valle del Cauca. Es decir, el departamento de Antioquía nombraba anualmente 200 procedente del Chocó, lo mismo en el departamento del Valle del Cauca, que también era una zona apreciada por los profesores chocoanos para radicarse. Creo que por razones de índole familiar y por factores demográficos nos compenetrábamos más, y buscábamos más esa opción para trabajar. He hablado de una fuga de cerebros, porque las personas que terminábamos no nos prestábamos para trabajar en el Chocó, sino que nos veníamos a trabajar a otros departamentos donde éramos explotados, pero donde nos habían brindado la oportunidad de trabajo. Entregamos nuestro conocimiento y seguimos haciendo en esos departamentos donde encontramos, lo que el Chocó no nos pudo dar.

Mis primeras experiencias como docente

Mis primeras experiencias como docente las realicé en el departamento de Antioquia. En el año de 1978 por la iniciativa de un vecino, el señor Alberto Mosquera, conocido como "el profe", quien ejercía como jefe de núcleo de Cáceres, Antioquia y que fundó en compañía de otros dos antonios, el Liceo Gaspar de Rojas, el que hacía exactamente diez años venía funcionando como Centro Educativo de Educación Básica Secundaria. Este señor me invitó a trabajar en este departamento. Fue así como inmediatamente me trasladé, en vista de que de verdad carecía de un trabajo y quería trabajar. Fue así como llegué a cumplir las expectativas que tenía y realizar así mi primera experiencia como maestro. La verdad para mí fue una experiencia maravillosa, porque me sentía muy halagado de haber estado compartiendo con jóvenes que tenían ganas de superación, que tenían "garra" y que querían trabajar con maestros recién graduados. Es decir, con docentes recién desempacados de la Normal, con expectativas, con ideas modernas. Trabajé en el liceo

durante cuatro meses y medio, pagado por el municipio de Cáceres. Durante este tiempo, hice un trabajo maravilloso, porque tuve la oportunidad de alternar con una serie de docentes de mucha experiencia como el señor Luis S., quien en ese entonces era el rector de ese liceo. Él compartió conmigo esos momentos en los que yo, lleno de expectativas, trataba de realizar mi primera experiencia. Tuve la satisfacción de ser bien evaluado, lo que me halagó muchísimo

A los cuatro meses y medio de estar laborando, cuando estaban a punto de suspendernos el contrato, recibí un mensaje de la gobernación de Antioquia en la cual me comunicaban la asignación de una plaza para el municipio de Apartadó en una escuela urbana de Pueblo Nuevo. Al recibir ese mensaje me llené de alegría. Ese domingo siguiente salieron publicados en el periódico *El Colombiano* los nombres de quienes habían sido seleccionados. El señor Antonio Mosquera me ayudó para que saliera este nombramiento, que me produjo alegría y tristeza. Tenía pena por tener que despedirme del municipio de Cáceres y, en especial, de los jóvenes y de la comunidad con quienes había trabajado.

En esa corta experiencia de cuatro meses y medio, logré hacer equipo con los jóvenes colocando en cada grado los denominados coordinadores de área, con los cuales yo trabajaba, proyecto que gustó mucho y fue seguido por el resto de docentes de la institución. Esto me dio coraje para seguir adelante, pues fue reconocida la bondad de esta idea, que fue puesta en práctica en esa institución. Los coordinadores de que hablo eran jóvenes, trabajaban la temática y manejaban un sistema de talleres previos de acuerdo con el desarrollo del programa curricular del área.

Al conocer mi designación como maestro en Apartadó, tomé posesión del cargo y me trasladé luego a Turbo, donde funcionaba la sede del distrito de la zona de Urabá. Cuando llegué al distrito me tenían una sorpresa, pues había sido nombrado para reemplazar al rector de una concentración escolar urbana, Pueblo Nuevo, con 36 docentes. En verdad que la sorpresa fue para mí un poco desagradable, porque me sentía inseguro para cubrir una plaza donde habían docentes que llevaban 18 o 20 años en la misma institución. Es decir, trabajar con 36 docentes, alguien que era elemento joven, era algo que me preocupaba. Como no me decidí a aceptar la propuesta, propuse que me dieran la

opción de irme a una zona rural y escogí dentro de las propuestas, una que quedaba distante, a 45 minutos del municipio de Apartadó, en San José de Apartadó. Como aceptaron mi proposición, me trasladé allá donde laboré aproximadamente unos seis o siete meses. A los siete meses fui convocado nuevamente por el jefe de núcleo, el señor Plinio Romaña Pérez, para desempeñarme como coordinador de una jornada en la misma institución, Escuela Nueva Integrada, de Pueblo Nuevo. Ahí en esa escuela presté mis servicios al departamento de Antioquia, especialmente a la ciudad de Apartadó, hasta el año de 1981.

La verdad que Apartadó, en esta zona de Urabá, es una zona de difícil acceso, una zona de poca adaptación. Muy pocas personas se ubican con facilidad en este sector, excepto aquellas pertenecientes a nuestra etnia negra.

Es una zona de temperaturas muy fuertes, hace mucho calor. Es importante, porque es una región bananera que exporta sus productos a diferentes países del mundo. Por eso, en este sector están instaladas, Uniban, Banamar, Fruit y otras multinacionales como Augura y muchas más empresas exportadoras de banano y otros productos derivados.

Experiencias como maestro en el Valle del Cauca

Después de haber realizado una larga experiencia en el departamento de Antioquia durante dos años, tres meses y 19 días, tomé la decisión de irme para el Valle en vista de los grandes conflictos que se presentaban en la zona de Urabá. Fue en el año 1981, cuando comenzaron a presentarse las oleadas de matanzas en este sector de Colombia, más precisamente en el Parque de la Cultura, que queda a tres cuadras de la Escuela Pueblo Nuevo. Allí era donde dejaban, como dicen en Antioquia en argot popular a "los serenados", que eran aquellas personas que asesinaban y dejaban tiradas al amanecer en distintos lugares. Los arrastraban dejando con ellos panfletos en los que los acusaban de distintas cosas. Igual los mataban por sapos, por sindicalistas por X o por Y problemas. Debo decir que una de las personas que más me presionó para que renunciara fue mi madre, diciéndome que en la casa no nos moríamos de hambre. Yo lo pensé y decidí renunciar. La insistencia de mi madre no fue en vano, porque en verdad cayeron alrededor de unos

dos o tres maestros de ese entonces, que fueron asesinados. Entre esas personas estaba alguien que para mí fue admirable como profesor y como colega, quien me tendió la mano para ayudarme a trasladar al departamento del Valle del Cauca.

Cuando llegué a Cali, en octubre de 1981 y empecé a buscar trabajo, por un lado y por el otro, me tocó asistir a muchas reuniones políticas haciéndome conocer con la ayuda de un primo, con quien me había relacionado poco, pero que tenía muy buenas relaciones con funcionarios de la administración. Este primo me permitió un contacto con una líder política conservadora, la capitana María Cristina Rivera de Hernández, quien en ese entonces me sirvió con una carta de presentación para el Secretario de Educación vigente, el señor Carlos Alberto Potes Guzmán, quien me ofreció ayudarme en mi nombramiento. Desafortunadamente por esos casos de la política de este país nunca me ayudó.

Empeñado en conseguir trabajo, me encontré con un paisano compañero de estudio, con quien tuve la oportunidad de laborar haciendo licencias en un liceo cooperativo donde él trabajaba. Por ese entonces hice contacto con otra política, María Cristina Jiménez, quien en ese entonces era Secretaría de Educación Municipal. Logré conseguir un contrato para trabajar en la Escuela Carlos Holmes Trujillo, ayudado por mi compañero, quien ya falleció, con quien tendré siempre una deuda de gratitud. Debo aclarar que este trabajo era pagado por los padres de familia de los niños que iban a esta escuela. Vale la pena subrayar, además, que fuimos contratados con la condición de que nos comprometiéramos, firmando un documento, a entregarle a la Secretaría de Educación al finalizar el año lectivo un galón de pintura.

Mas adelante fui invitado a unas reuniones políticas con una líder comunal, Rosalba Salazar de Quintero, que militaba en el holmismo, corriente del Partido Liberal. Con otro grupo de compañeros maestros, tratamos de conseguir su apoyo para que ella pudiera ayudar para que nos nombraran, aprovechando que la escuela donde trabajábamos llevaba el nombre del padre del primer alcalde popular de la ciudad de Cali, Carlos Holmes Trujillo. Tratamos así de aprovechar, que la escuela fuera tenida en cuenta, ya que en ella trabajábamos nueve docentes que veníamos siendo contratados por padres de familia en la modalidad que expliqué antes.

En verdad que con el apoyo de los padres de familia y de la política fuimos cogiendo fuerza cada día, ya que empezamos a desplazarnos a diferentes dependencias en busca de nuestro nombramiento. Por este tiempo, aparecieron personajes importantes como Nelson Rueda, quien venía de la dependencia de Caminos Vecinales y militante también de ese mismo grupo, quien había de evaluarnos para lograr nuestro nombramiento. Esta persona nos relacionó con el Dr. Wagner, quien había sido asignado como secretario de educación municipal en el año de 1990. Exactamente el 1 de marzo nos hicieron la primer orden de servicios a través del municipio, órdenes que se convirtieron en unos contratos sucesivos de seis meses.

Luchas por la estabilidad laboral

Con la aparición de la Ley 115, Ley General de la Educación y con la Ley 60, empezamos a luchar un grupo de maestros con ideas gremiales para fortalecernos y buscar un nombramiento al que teníamos derecho. Con muestro trabajo fuimos ganando un espacio. En ese momento fue cuando decidimos formar una asociación de maestros municipales denominada ASTEMUC, Asociación de Maestros Municipales de Santiago de Cali. Empezamos a trabajar con las uñas, reuniéndonos clandestinamente en algunas escuelas, rotándonos, ya que andábamos con tan mala suerte que reportaban las reuniones que teníamos a la Secretaría de Educación Municipal. La administración, preocupada por lo que se avecinaba, empezó a elaborar un estudio jurídico para salirnos al paso y evitar nuestro nombramiento. Trataban de evitar que ganáramos la pelea, pues teníamos prioridad porque veníamos siendo contratados desde 1990 y fue en 1993 cuando apareció la ley. Lo cierto es que nos seguían contratando, no habíamos sido convocados a concurso y teníamos derecho al nombramiento, sin necesidad de participar en concursos, considerando nuestro tiempo de servicio, dado el sistema de contratación que habíamos tenido.

Este fue un proceso bastante duro y difícil. Tuvimos que luchar, arengar, taponar vías de acceso principales como la Avenida Colombia, la Avenida del Río frente al CAN y la primera frente a la Iglesia de la Ermita. De verdad que esta es una historia bastante fuerte e inolvidable

para aquellos que participamos. Fue una lucha en busca de nuestro nombramiento, en busca de un lugar como maestros, que no fuera tan indigno como el que teníamos.

Para comprenderla tendríamos que trasladarnos al pasado para conocer lo que fueron las luchas de las clases obreras de distintos países como Gran Bretaña y como Colombia con el movimiento de las Bananeras.

Nuestros sueños se vieron realizados en 1994 durante la administración del Secretario de Educación, Silvio Borrero, quien expidió el Decreto 016 de diciembre de 1994, en el cual nos facultaban para tomar posesión como maestros nombrados por el municipio. En enero de 1995 tomamos posesión de los cargos.

Mi trabajo educativo en la Comuna 16

Esta historia quedaría incompleta sino hablara de la Escuela Carlos Holmes Trujillo, lugar donde trabajo como docente desde 1981 y en el cual, gracias a la buena administración de los diferentes directores que ha tenido, he logrado participar en diferentes experiencias educativas —microcentros, foros de discusión, proyectos, etc.— La escuela queda ubicada al sur occidente de la ciudad de Cali, en una zona popular habitada por sectores populares. Durante la administración del alcalde Mauricio, mediante convenios con la Universidad del Valle, tuve la gran oportunidad de formar parte de un grupo que participó en un programa de cualificación en enseñanza de la lectura y la escritura. Gracias a profesoras como Claudia Patricia Quintero, Miralba Correa y Patricia Calonje, pude tener una experiencia que ha permitido que nosotros los docentes, después de muchos años volviéramos a leer y a escribir en forma más constante y sistemática.

Debo mencionar también aquí la experiencia del PEI en el Centro Docente 83 Carlos Holmes Trujillo. Hace más de tres años aproximadamente se viene desarrollando el PEI al igual que el manual de convivencia de la escuela. A raíz de todos estos proyectos y del programa de cualificación realizado en la Universidad del Valle, he comenzado a dar curso a mi creatividad para crear mi propio currículo. Es así que llevo dos años desarrollando talleres educativos en los grados que dirijo. Estos

talleres los transcribo en computador para darles mayor presentación, luego los anillo para presentarlos a los padres de familia previamente en reuniones, como forma de adelantar en la institución un proyecto curricular ejemplar. En el período electivo 1998-1999, algunas compañeras se unieron a este proyecto, creando así ya tres grados que están trabajando estos talleres, quienes son analizados por otros compañeros, quienes les hacen críticas, sugerencias y correcciones.

Todas las sugerencias las he tenido en cuenta para mejorar mi trabajo y los proyectos que hago. La Ley General de la Educación, nos permite crear nuestros propios currículos en los centros educativos donde estemos, para así mejorar la calidad del educando, la del educador y la de la educación.

Esta experiencia ha sido importante por todas las personas que participaron de una u otra forma en ella, padres de familia, niños y maestros. A los padres les agradecí por haberme dado un voto de confianza, porque estos talleres eran para trabajarlos, para mejorarlos, para deleitarse con ellos, sacándoles el mayor provecho en lo concerniente al aprendizaje.

En verdad que en mi trabajo en grupo han sido más los logros que las dificultades, ya que ha estado siempre dispuesto a mejorar la calidad de mi trabajo y la de los educandos. Por ello cada vez que aparecen programados, bien sea por el Ministerio, por la Secretaría de Educación Municipal Departamental u otro ente estatal, cursos o programas, he estado siempre presente para unirme al cambio educativo.

Esto lo he hecho motivado por el deseo de tener una relación alumno-maestro más provechosa y para poder evolucionar en mi proceso educativo. La valoración de la lectura y la escritura en mi vida como maestro ha sido un factor fundamental. Me he motivado tanto, que he realizado en la institución campañas para mejorar la biblioteca escolar, ya que también carece de ella. Los libros que han sido donados por muchas instituciones son obsoletos, pasados de moda y que no llenan las expectativas de los educandos. He organizado un proyecto a través de la institución para ser llevado a la Secretaría de Educación Municipal a ver si es posible avalarlo y con la creación del grado sexto, poder prestar un mejor servicio incluso como maestro bibliotecario de la institución. En este proyecto he involucrado a padres de familia,

alumnos y docentes, que han mirado el sentido positivo de buscar el mejor estar de la institución en la que todos trabajamos.

Todas estas experiencias las enriquezco con los conocimientos que he adquirido no solo en los cursos y los programas de cualificación en los que he participado, sino también desde el estudio universitario que estoy adelantando. En la actualidad curso en la Universidad Pontificia Javeriana por el sistema a distancia una licenciatura. Como contribución a la institución he elaborado una serie de trabajos, proyectos sobre los problemas que afectan la educación en los barrios donde queda ubicada la escuela. En verdad que estos trabajos desde lo sociológico enfocan los problemas que se viven en esta zona marginada del municipio de Santiago de Cali, donde los padres de familia, las madres cabezas de hogar, permanecen fuera del hogar durante el transcurso del día, ya que se dedican a las ventas ambulantes. Para hacerlo, tienen que dejar a sus hijos solos durante el día si no van a la escuela y durante media jornada si sí lo hacen. Los niños se sienten libres, se sienten que se mandan. Todos los problemas que viven los expresan donde estudian. No tienen muchas veces quién les ayude a estudiar, quién los oriente o les converse, pues sus padres llegan a las ocho de la noche a la casa. A ellos les resulta dificultoso poderles colaborar, hacerles una revisión de cuadernos, de tareas, ya que llegan supremamente cansados y al día siguiente deben continuar la rutina.

Lo cierto es que los alumnos tienen muchos problemas. Viven la mayoría en la pobreza absoluta, pues no poseen vivienda propia. Viven del alquiler, son inquilinos, por lo cual les toca amontonarse en una sola habitación. En muchos casos los niños son guiados por otra persona distinta a su padre, generalmente el padrastro —se podrán imaginar la curiosidad de estos niños en las horas nocturnas en aquellos hogares donde viven de esta manera descrita—, amontonados en una sola habitación y las parejas buscando sus momentos de placeres de pronto se olvidan de estos lugares y de la incomodidad.

Debo decir también que tengo la gran suerte de compartir estas experiencias con mi esposa, quien también es docente. Ella es una persona que ha sabido compartir conmigo momentos difíciles, dramáticos e importantes. Cabe destacar en su género a mi compañera de actividades caseras, Olga Lucía Angulo, mujer luchadora, con quien

tenemos un hijo, el nuevo heredero de la familia, Omán Stuart Yurgaky. Tengo también una hija, Jessica Johanna Yurgaky, quien recibió su grado de bachiller en la ciudad de Medellín en 1998 y que en la actualidad se encuentra realizando un curso de sistemas para posteriormente ingresar a la universidad a estudiar odontología, profesión que ha escogido de acuerdo con sus intereses, pues no quiso seguir como yo la profesión docente.

Mi hogar está ubicado en la ciudad de Yumbo, mi casa hace parte de una urbanización construida antes de haberse acabado la Cooperativa de los Trabajadores del Occidente, proyecto que escogimos, pues nuestra área de acción como docentes la realizamos mi esposa y yo en la ciudad de Cali en la jornada de 1:00 a 6:45 de la tarde. Verdad que estamos contentos de que a pesar de toda la serie de dificultades que hemos tenido hayamos podido alejarnos un poco del bullicio. Algunos dicen que estamos en una zona de contaminación por estar situada la urbanización en Yumbo, pero no es así, pues estamos en un lugar geográfico muy fuera de esa contaminación, en el filo de unos cerros al pie de los barrios Orbivalle, Uribe y Bolívar.

Mi trabajo con las etnias negras

El Ministerio del Interior a través de la Ley 70 de 1993 dio prioridades a las denominadas comunidades negras de Colombia. Teniendo en cuenta sugerencias hechas por el diputado a la Asamblea Departamental del Valle del Cauca y por el trabajo desarrollado por el senador Agustín Hernando Valencia, abogado oriundo de Apartadó, Chocó se creó en Cali la sede nacional del Movimiento de Comunidades Negras.

A través de esta ley, el Ministerio de Interior permitió un proceso de sensibilización y de motivación en esas zonas apartadas, zonas difíciles donde existían asentamientos de estas comunidades. Un grupo de profesionales nos unimos a este proyecto para engrosar el palenque de la ciudad de Cali. Aclaro que palenque se usa para designar un grupo de personas unidas para dar un mejor estar, mediante un proyecto denominado Comunidades Negras. Éramos un grupo de personas que queríamos trabajar con las comunidades. Fue así como realizamos una serie de talleres durante los fines de semana en cada uno de los

municipios vallecaucanos para sensibilizar y motivar a la gente y para difundir la Ley 70 en sus ocho capítulos. Queríamos que la gente conociera esos derechos a través de la creación de esa ley. Tuvimos con ellos la oportunidad de visitar diferentes municipios vallecaucanos y caucanos y de defender y de discutir la ley. Fuimos así ganando experiencia, gracias a la relación que tuvimos con personas versadas que ya venían trabajando en dicho proyecto, como el señor Pastor Murillo, delegado del Ministerio del Interior a nivel nacional, el maestro Esteban Cabezas y la licenciada Myriam Ceballos Maturana.

A las capacitaciones asistimos todas las personas que conformamos este palenque. Estas capacitaciones fueron realizadas tanto en la sede del movimiento nacional en Cali, como en diferentes municipios como son Pradera, Florida y Cerrito. Aprovechando una avalancha ocurrida en el municipio de Florida nos instalamos a la orilla del río. Estuvimos durante cuatro días realizando un taller en la casa cultural del municipio de Florida, al aire invitamos en representación de Cali a la licenciada Myriam Ceballos Maturana, quien siempre nos ha ayudado en todos estos procesos. El taller fue bastante fructífero, porque trabajamos la forma de crear un proyecto para desarrollarlo en las comunidades negras de acuerdo con lo que define el artículo 55 de la Ley General de la nación.

Después de varios días de trabajar la parte teórica, decidimos realizar una parte práctica en la zona afecta por la avalancha del río Florida. Organizamos una serie de campañas educativas y de alfabetización para que la gente se diera cuenta cómo podía actuar frente a estos problemas. El trabajo fue aceptado por la comunidad. Aquí cabe vanagloriar y elogiar a la jefe de núcleo en el corregimiento Chococito, doña Myriam Ceballos, quien siempre ha hecho trabajos en lo educativo en Florida. Meses más adelante nos trasladamos a la ciudad de Pradera, también con el objeto de difundir y de ampliar más el trabajo educativo con las comunidades negras. Allí trabajamos con madres comunitarias, con docentes de diferentes centros educativos de esa ciudad y con otros de diferentes municipios con el fin de compartir experiencias realizadas con la licenciada Nohora Melca Vanegas, con Lilian Rosero, folclorista del Valle del Cauca y con una poetisa de la ciudad de Palmira. Este taller fue un poco más amplio, ya que también realizamos otro trabajo

de campo sobre la sequía absoluta que se produce una en épocas de verano llegando a parecer un desierto Mi participación en el movimiento por las etnias negras no se limitó a la experiencia que acabo de narrar. En la ciudad de Cali por el Movimiento de Comunidades Negras formé parte de la comisión departamental de educación en compañía de la licenciada Jenny Lozano. Esta comisión pedagógica departamental, creada mediante la administración del secretario de educación pasado, Nelson Vargas, tuvo como objetivo principal presentar y dar a conocer los proyectos para el trabajo en la zona donde existen asentamiento de comunidades negras de nuestra querida Colombia.

En el marco del Movimiento de Comunidades Negras de la diudad de Cali, también se ha venido realizando un trabajo de campo en la zona del Distrito de Aguablanca, lugar del epicentro del asentamiento de diferentes etnias procedentes de Chocó, Nariño, Cauca y otros lugares de Colombia. Ver y darse cuenta de la serie de problemas que tienen estas comunidades es algo que lo pone a reflexionar a uno, en lo que debiera interesarse el gobierno, que aún no ha puesto su mirada en este grave problema.

En el movimiento en el que participo elevamos una voz de protesta para que se vea y se sienta un poco el proceso que se ha venido realizando, para que el país se dé cuenta del valor de las comunidades negras, despreciado hace más de 500 años. Se aproxima la hora del despeje, porque ya hemos visto en todos los campos educativos la presencia de nuestros negros no solo en el deporte, en las labores rudas, sino también en los campos profesionales, científicos, académicos.

Hemos recogido experiencias de Mandela, valores de Cunta Quinte, escrituras de Juan de Dios Mosquera. También hemos considerado los escritos de teología afroamericana realizados por Agustín Herrera Quiñón, un sacerdote que se ha preocupado mucho por la cultura afro en Colombia. Estamos conscientes del despertar de la conciencia del pueblo negro de las Américas, expresado en procesos impulsados por las comunidades afroamericanas y las organizaciones populares que van potenciando el movimiento nacional a lo largo de todo el continente con un ideario político y cultural propio.

En nuestro recorrido también hemos llegado a Mazú, Suárez, Cauca, Cerrito, Candelaria, Palmira, Santander de Quilichao, Robles, Puerto

Tejada y a muchos lugares más, difundiendo los capítulos de la Ley 70 de las negritudes, la ley de las comunidades negras.

Matrimonio de docentes

En mi correr he formado un hogar con alguien que llegó al magisterio por una suerte del destino, Olga Lucía Angulo, mi esposa, quien con el apoyo moral de un grupo de compañeras, se vio abocada a estudiar educación básica primaria en la Universidad Pontificia Javeriana, después de haber terminado bachillerato comercial en la modalidad de secretariado en el Colegio INEM Jorge Isaac de la ciudad de Cali y quien más adelante terminará su licenciatura en educación en la Universidad Javeriana. En su afán de encontrar trabajo se desempeñó como maestra de danza en la Escuela General Anzuátegui del barrio Siloé, donde laboró por casi más de dos años y medio pagada por los padres de familia de esa institución.

La verdad que nuestro encuentro se dio en una fecha memorable, el Día del Maestro. Con Olga conformamos un núcleo familiar que tratamos de que sea un ejemplo para la docencia y para los grupos gremiales del país. Desde el año 1995, cuando empezaron nuestras luchas gremiales en busca de una mejor estabilidad laboral a través del municipio de Santiago de Cali, tomamos la vocería los dos haciéndole un llamado a todos los maestros que habían sido contratados después de 1993. A estas personas no las cobijaba inicialmente la ley, pero esto se logró con un fallo de la Corte Constitucional. Lo logramos gracias a intervención del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación del Valle, quien se hizo presente y logró en parte que la administración tuviera en cuenta este grupo de maestros que estaban batallando para adquirir su nombramiento a como diera lugar.

Estos maestros hicieron lo mismo que en otras épocas hicimos nosotros, tomarse la Avenida Colombia, la Avenida del río la Ermita y la Catedral, planteando esta lucha como medio de presión ante el administrativo.

La pareja que he formado con Olga es una pareja de lucha de valores tesoneros, que trata de solucionar con sus luchas problemas generales. En el tiempo que se dio esta lucha eran 573 maestros que estaban sin

trabajo, sin un salario y además con un tiempo de labores perdido, porque no se les iba a tener en cuenta.

Mi vida hace parte de este proceso. Quiero contribuir a que todos los hombres y mujeres de este país reclamen sus derechos. Nuestro país esta así, porque nosotros vivimos dormidos, porque no despertamos, porque no luchamos. Esperamos que las cosas nos lleguen fáciles y en verdad que es hora de que veamos las cosas como son y que no nos quedemos atrás, que luchemos, que nos preparemos, que nos capacitemos, que nos valoremos y que exijamos nuestros derechos como trabajadores y como personas. Tenemos el amparo de la ONU, de la UNICEF, de la OEA y de muchas otras organizaciones que respaldan la defensa de estos derechos.

Reflexiones al magisterio y proyecciones

Como docente, como pedagogo, hago un llamado a todos los maestros de Colombia para que ayudemos a la transformación del país, para que ayudemos en la formación de los educandos de manera que puedan aprender un arte que les sirva para desenvolverse en la vida como maestros. Quisiera que todos trabajáramos para que los alumnos puedan culminar su bachillerato, que aprendan a autoeducarse, que puedan conseguir un trabajo honroso y que puedan desempeñarse como alguien importante en la vida.

Espero que podamos ayudar a través de los PEI a que otros docentes se involucren en trabajos con la comunidad y con padres de familia. Los maestros tenemos la responsabilidad de aportar nuestro granito de arena para que este cambio sea global, para que en este cambio participe toda la comunidad. Confío en que todos los maestros podremos utilizar nuestros saberes en las instituciones escolares, convirtiendo nuestras experiencias y conocimientos. También podremos vincular a los padres de familia a trabajar con los alumnos. Así, un padre con conocimientos de sastrería, podría enseñarle a los alumnos, motivarlos para aprender sastrería. Podrían vincularse todos los padres que supieran artes manuales, decoración de fiestas, floricultura, floristería, música, canto, dibujo lineal, artes. Llamo a reflexión a todas las instituciones del país para que tratemos de mejorar nuestra vida escolar y

a los docentes, también para que tomemos cartas en el asunto preparándonos y participando en la preparación de nuestros educandos, ya que nosotros estamos comprometidos como docentes con los cambios.

Siempre me ha llamado la atención que en la mayoría de las instituciones educativas se pida una infinidad de textos que a la larga no hacen sino romperle el bolsillo a los padres de familia. Su contenido generalmente es bastante deficiente, ya que son obras elaboradas sin pensar en las zonas donde van a ser utilizadas. Los maestros utilizamos estos textos sin evaluarlos muchas veces. Presionados por los promotores editoriales no tenemos tiempo ni siquiera de hacer una buena evaluación de los textos y luego nos vemos abocados a cometer errores. Algunos de estos textos son realizados pensando en la sabana de Bogotá sin tener en cuenta otras regiones, sin considerar factores topográficos, geográficos y biológicos.

A raíz de estas reflexiones he considerado hacer talleres educativos con el objeto de facilitar el trabajo del aula tanto de mis alumnos. Quisiera ilustrar a los padres de familia, darles informaciones sobre aspectos económicos y adoptar un proyecto para resolver este problema.

Para el futuro tengo proyectado que esos talleres con el tiempo sean una guía para muchos maestros del Valle del Cauca haciendo registrar mis derechos de autor. Hay compañeros que se han motivado al valorar el trabajo que venido realizando desde hace dos años y se han unido a este proyecto. He contado siempre con la buena voluntad y la aceptación de la directora de la institución, que me ha permitido contribuir a realizar el proyecto para trabajar en la creación de un currículum para la escuela. Invito a los demás maestros de Colombia para que demos pie a la creatividad, a la imaginación y a la literatura para que así tengamos una Colombia mejor.

Autobiografía

Carmen Elodia Cuero Vidal

Mi infancia

Nací el 17 de agosto de 1960 en la ciudad de Cali. Mi madre Ernestina, que en ese entonces era una mujer de 20 años, de piel negra, había nacido en Guapí, Cauca, era la sexta entre siete hermanas y un hermano, Melania, Liberota, Rosa, Aura, Rómulo y Mercedes. Como quedó huérfana a los cinco años, la ayudó a criar su hermana mayor, mi tía Melania y su abuela materna, Vicenta.

Por la difícil situación económica de la familia viajó a Buenaventura, donde mi mamá desde muy pequeña aprendió a trabajar para ayudar a su sostenimiento. Por tal razón, ella solo estudió hasta quinto de primaria. En esta ciudad murió su único hermano Rómulo, quedando las seis hermanas, quienes por ser muy unidas, siempre se ayudaron unas a otras. Tiempo después mi madre viajó a Cali, donde al igual que su hermana Melania trabajó en oficios varios en casas de familias adineradas.

Fue aquí, en Cali, donde se conoció con Pablo, mi padre, un hombre mayor que ella por diez años, nacido en la misma región de mi madre, él era el segundo de tres hermanos —Carolina y Andrés—. Como es costumbre en esa región los hombres tienen derecho a formar más de una familia, así que mi abuelo Margarito tenía diez hijos con otra mujer.

Cuando mis padres se casaron se fueron a vivir con unos paisanos —Alejandro, su esposa Flor y Marcial— en una casa que tomaron en arriendo en el barrio Benjamín Herrera de la ciudad de Cali. Como mi papá tenía trabajos ocasionales su situación económica no era la mejor.

Se produjo mi nacimiento en la casa y el parto lo atendió mi tía Aura, quien era enfermera. Por tener mi mamá una dolencia en el brazo en el momento de mi nacimiento fue necesario que viajara desde Buenaventura mi bisabuela para ayudarla. Mi bisabuela, mujer muy alta de cabello blanco no quiso regresar a Buenaventura, pues le daba miedo volver a viajar en tren, permaneció en Cali hasta su muerte siete años más tarde en casa de mi tía Liberata.

Mi papá logró conseguir trabajo en la Policía Nacional lo que contribuyó a mejorar un poco nuestra situación económica. Después de permanecer un tiempo con los paisanos de mis papás, nos trasladamos a una casa, donde arrendaron una pieza. Ahí nació mi único hermano, Fabio Héctor. Mi mamá me dice que siempre estuve muy pendiente de él y hasta lo cuidaba, en ese entonces yo tenía ya dos años. En mis dos primeros años fui una niña muy consentida por mis padres, tías y paisanos de mis padres. Dicen que aprendía con mucha facilidad.

Como vivíamos en una pieza mi mamá nos mantenía encerrados para que no molestáramos a los vecinos. Ella siempre fue muy drástica con nosotros. Creo yo que su mal carácter se debe a que su infancia fue muy triste. Cuando mi mamá estaba próxima a tener su tercer hijo, ella y mi papá vieron la necesidad de cambiar de vivienda, así que fueron a vivir con una familia blanca. El señor don Iván, compañero de mi papá y su esposa, doña Rosmira, modista, tenían tres hijos. A ella la recuerdo con mucho cariño, siempre nos ayudó; cosía mis vestidos y los de mis hermanos. Se hizo muy amiga de mi mamá.

Cuando tenía casi cuatro años llegó a vivir con nosotros Nancy, mi media hermana, la menor de las dos hijas que mi papá tenía con otra mujer, Cenaida, una mujer muy blanca, bajita, de cabello muy lacio y largo. Mi papá se vio en la necesidad de traer sus dos hijas debido a que cuando llegó de visita donde Cenaida las encontró solas encerradas en una pieza con candado y llorando. Habían estado allí gran parte de ese día sin comer. La mayor, María Luz, al tratar de darle leche a Nancy con un tenedor le había lastimado el paladar.

María Luz se fue a vivir con mi abuela Elodia a Guapí en casa de mi tío Andrés, y Nancy se quedó con nosotros. Como tenía casi la misma edad que yo, muy pronto me acostumbré a ella. Cenaida iba en algunas

ocasiones a visitarla, pero Nancy corría y se escondía debajo de la cama o en cualquier lugar. Lloraba y decía que no quería que se la llevara su mamá. Mi mamá la convencía para que saliera a saludar y lo hacía sin soltarse de la mano de ella, yo también la tomaba de la mano para que no se la llevaran. Así fuimos creciendo y siempre que iba donde Cenaida lo hacía conmigo, porque no le gustaba estar sola con ella.

Como nuestra familia crecía rápidamente, había nacido mi otra hermana María Teresa, y pronto nacería Elvia Ernestina, mis padres arrendaron otra casa cerca de la anterior. Esta era una vivienda grande con un apartamento que tenía salida a la calle, en donde instalaron una tienda. La entrada era por la sala comedor, había un largo pasillo, que mi mamá llenó de matas y en frente de éste dos habitaciones, la primera de las cuales era ocupada por mis padres y mi hermano Fabio y la segunda para nosotras las cuatro niñas. Al final de la casa había otra pieza en la que se quedaba mi bisabuela. Seguido estaba la cocina y los servicios.

En ese entonces, nos entreteníamos jugando con los juguetes que año tras año nos traía el Niño Dios. Recuerdo que siempre nos trajo los mismos juguetes: unas ollitas, una vajilla y una estufa; tenía además a Lucero, mi muñeca de caucho que me regalaron cuando tenía dos años. En pocas ocasiones pude disfrutar de ella, pues mi mamá me la mantuvo guardada por muchos años. Hoy a mis 38 años todavía la conservo. Además de los juguetes, disfrutábamos escuchando radio, ya que contábamos con un viejo aparato de tubos que con frecuencia se quemaba. Mi papá tenía que desbaratarlo y nosotros tratábamos de buscar, en vano, donde estaban los personajes que hablaban. Mi papá trataba de explicarnos cómo llegaban allí las voces, pero no le entendíamos.

El radio nos encantaba y era una entretención muy grande, ya que no teníamos televisor. Acostumbrábamos escuchar la música que le gustaba a mi papá, pero el no permitía que le cambiaran la emisora que estaba escuchando. Disfrutábamos más de la radio cuando él no estaba. Mi mamá colocaba música salsa y nos enseñaba a bailar —creo que fue así como despertó mi gusto por bailar y escuchar música salsa—. También solíamos escuchar los cuentos infantiles a la una de la tarde.

Como niños que éramos, en ocasiones peleábamos. Mi mamá nos castigaba con un látigo de dos patas al que le puso el nombre de Pedro Moreno, que era: "El que quita lo malo y pone lo bueno".

Mi bisabuela se fue a vivir con mi tía Liberata, quien llegó de Buenaventura con sus siete hijos, después de separarse de su esposo debido al mal trato que le daba. La habitación que ocupaba la bisabuela fue alquilada a una joven sobrina de mi papá llamada Jovita, quien vino a terminar sus estudios de bachillerato. No recuerdo cuánto tiempo vivió con nosotros.

Los domingos en la tarde generalmente íbamos a visitar a mi bisabuela y mis tías maternas que vivían en el barrio La Floresta, en una casa muy grande, con mi tía Chalo, una prima de mi papá. Otras veces íbamos donde el abuelo Margarito y su familia, quienes vivían en el barrio Santa Elena a más o menos seis cuadras de nuestra casa, en una casa de dos plantas. Fue así como en una de estas visitas a mi abuelo, un domingo, mi mamá nos vistió a Nancy y a mí con vestidos del mismo modelo, color y nos hizo el mismo peinado. Al llegar a la casa encontrábamos a mi papá jugando naipe con Marino, uno de sus hermanos, Alejandro y Wilfredo otro de sus paisanos.

Cuando a eso de las 5:00 p.m. regresamos a casa, mi mamá notó que había olvidado su monedero. De inmediato Nancy y yo nos ofrecimos a regresar por él, mi mamá dudó en dejarnos ir y recuerdo que nos preguntó si conocíamos donde quedaba la casa y le respondimos que sí, describiendo el recorrido que debíamos hacer. Fuimos corriendo, pero nunca llegamos pues nos perdimos. Se hizo de noche y tomadas de la mano recorríamos muchas calles corriendo y llorando, después de mucho voltear decidimos buscar nuestra casa y en varias ocasiones encontrábamos casas pintadas de un color similar. Entonces golpeábamos el piso y nos decíamos que pronto íbamos a llegar. Seguimos dando vueltas y llorando. De pronto una señora nos vio pasar y nos llamó; como teníamos miedo no nos acercamos, pero ella vino y nos preguntó nuestros nombres. "Nancy y Carmen Elodia Cuero", les respondimos. "¿Dónde viven?", nos dijo. "Por allá", contestamos. Ella nos tomó de la mano y nos acompañó por donde le indicamos, pero no pudimos dar con la casa. Al seguir conversando con la señora, ella se dio cuenta del nombre de nuestro papá y del oficio que desempeñaba; así que se le

ocurrió llevarnos a la policía, pero nosotras gritábamos rechazando su oferta, pues considerábamos que allá llevaban a los ladrones.

Después de dar muchas vueltas la señora nos llevó a su casa, donde nos ofreció comida, pero no le quisimos recibir. Entre tanto, mi mamá ya preocupada por nuestra demora le avisó a todos de nuestra pérdida y ellos salieron en nuestra búsqueda. La señora que nos había encontrado salió nuevamente con nosotras, de repente alguien nos llamó, nos volvimos y vimos que era mi tío Alejandro. Llorando nos aferramos a él hasta llegar a la casa.

Para prevenir situaciones futuras, mi mamá nos hizo memorizar la dirección de la casa. A partir de ese día siempre me fijo por dónde voy y memorizo bien mis recorridos. Cuando salgo con mis estudiantes les recomiendo que permanezcan cerca de mí y les indico por cuales lugares no deben transitar.

Como niños éramos muy inquietos, un día tomé un pan de la tienda sin permiso. No se cómo mi mamá me descubrió y me dio con el látigo y amenazó con quemarme las manos por coger lo ajeno. Nunca más volví a tomar nada sin permiso, me daba miedo hacerlo por las consecuencias que eso tendría para mí. También recuerdo que mi papá no nos pegaba, pero un día en el que mi mamá se fue a hacer el mercado, nos dejó solos con la puerta con llave. Los cuatro hermanos nos asomamos por una pequeña ventana, por la cual no cabíamos y como mi hermano Fabio no me dejaba espacio para ver lo que ocurría en la calle tome una tapa de gaseosa y se la puse por la cara rayándosela. Al llegar mi mamá me dio con el látigo. Más tarde cuando llegó mi papá y al verle la cara a mi hermano, también me volvió a pegar. Nunca más volví a tratar ni a agredir de esa forma a mis hermanos. En ese tiempo mis padres nos castigaban por toda falta y siempre lo hacían con el látigo, al que le teníamos mucho miedo. Mí mamá dice que: “Si no hubiera sido así, hoy no seríamos quienes somos”. Yo pienso que pudimos ser mejores si ellos hubieran utilizado otros métodos para corregirnos. No los culpo, pues ellos lo hacían seguros de que este era el mejor método y de cierta forma les dio resultado.

Recuerdo un día en que apareció un pequeño ratón, nosotros como niños, corríamos y gritábamos. Mi papá estaba en la casa, se levantó, mató el ratón lo tomó por la cola y me lo acercó mucho, muy disgustado

me dijo que lo cogiera y lo botara, yo gritaba y él muy disgustado lo acercaba cada vez más, fue tanta mi angustia y desesperación que mi mamá vino en mi auxilio; en principio él la ignoró, pero al fin no se cómo desistió de su empeño. Desde ese día tengo el pánico más grande por esos animales, no los soporto cerca de mí ni muertos ni vivos.

Por un buen futuro: mi escuela

Como estábamos Nancy y yo próximas a cumplir siete años, mis padres se preocuparon y mi mamá empezó a buscar la escuela. Esta debía ser pública, porque no había dinero para pagar una privada, pues nuestra familia era muy numerosa. Después de muchas vueltas, mi mamá logró conseguir cupo para nosotras en una escuela que quedaba retirada de la casa, en la que se iniciaban labores a las 7:00 a.m. A esta escuela acudía una comunidad compuesta en su mayoría por docentes, estudiantes y directivos de etnia blanca. La edificación en la que funcionaba la escuela era grande. En ella cursé toda mi primaria, esta se llamaba Nuestra Señora de los Remedios. Tenía dos patios, en el primero se hacía la formación diaria y el descanso de las niñas de tercero y quinto.

La escuela era femenina y tenía nueve salones adelante y en la parte de atrás había cinco y el otro patio que estaba encerrado para el descanso de los grupos de primero y segundo. No se nos permitía pasar de un patio a otro y ambos estaban separados por una gran reja.

A Nancy y a mí nos tocó en el mismo salón con la profesora Mélida, en ese entonces ella ya estaba en edad de jubilación, nos tenía mucha paciencia y siempre nos llamaba por nuestro apellido. Debido a esta manera de llamar a las personas recuerdo mucho a una niña La Poveda por un incidente que me sucedió con ella, que me dejó una enseñanza. Ella me quitó mi lápiz aprovechándose de su tamaño, lloré mucho por mi lápiz, el cual me devolvió gracias a la intervención de la profesora. Como La Poveda no quedó contenta me advirtió que a la salida nos veíamos. Yo me asusté mucho, pues en efecto así lo hizo y me puse a llorar cuando ésta se disponía a pegarme. Afortunadamente no pudo hacerlo, pues unas niñas de quinto de primaria me defendieron. No puedo olvidar que cuando llegue a la casa, mi mamá me advirtió que cada vez que llorara por un golpe recibido ella me daría otro. Aún

recuerdo el consejo que me dio: “Uno no busca pelea, si le pegan pega y más duro”. A partir de ese día no me dejé maltratar de nadie, si me pegaban a mi o a mis hermanos estaba pronta a devolver el golpe recibido.

Cuando veo dos estudiantes peleando o a dos niños, siempre los separo y les llamo la atención, escucho por qué fue la pelea y creo que regaño más al que inicia la pelea. Claro que en la escuela estoy fomentando mucho la tolerancia, pero pienso que ésta tiene sus límites.

Nuestra vida en la escuela transcurrió en medio de la rutina y de una disciplina estricta. Como siempre llegué tarde a la escuela, la directora nos pegaba con una regla de caucho en la mano. Al terminar los descansos nos formaban y nos hacían marchar para entrar al salón. Esto se repetía a la salida. Mi papá nos daba diez centavos para el descanso, que solo nos alcanzaba para comprar un bombón para cada una.

Cuando llegábamos a la casa a eso de las 12:30 p.m., mi mamá nos daba un almuerzo que consistía en un sencillo caldo de hueso sin carne, granos o pastas. Ella se acostumbró a prepararnos mazamorra para que quedáramos llenas. Luego nos poníamos a hacerle vestidos a las muñecas y más tarde hacíamos las tareas. Una parte del tiempo en la casa lo dedicábamos a leer y a escribir. Fue Jovita nuestra maestra, primero nos enseñó las vocales, todos los días nos las preguntaba o nos las dictaba de nuestra cartilla *Michin*. Algunas veces las hacíamos bien en otras no. Cuando no lográbamos complacerla nos pegaba, mi mamá le colaboraba en esto. Más adelante llegó la letra M de mamá, nos decía: “Juntamos la m con la a y así con todas las vocales”.

Jovita acostumbraba preguntarnos: “¿La m con la i?”. Uno repetía mi y así sucesivamente con otras letras. Si leíamos o escribíamos memo nos decía: “La m con la e, me, la m con la o mo”. Luego Jovita cada vez que le dábamos respuestas incorrectas nos pegaba y así luchaba con nosotras con todas las letras para que pudiéramos aprender. El caso fue que ella y mi mamá convirtieron cada una de estas lecciones en un calvario, leer y escribir se convirtió para nosotras en un sufrimiento. Poco a poco lo fui logrando. Nancy tuvo problemas, con seguridad para ella fue todo más difícil. Todos nosotros queríamos mucho a Jovita y cuando ella terminó sus estudios se casó y se fue a vivir a Barrancabermeja, nosotras la extrañábamos mucho y en las pocas ocasiones

que venía, éramos muy felices en su compañía, pues ella también nos quería mucho a Nancy y a mí.

Recuerdo mi vida en la escuela, no puedo dejar de mencionar la discriminación de la que fuimos objeto por ser negras. En la escuela algunos niños nos decían negras, nos pusieron el sobrenombre de Domitila, que es el nombre de un personaje de caricaturas que aparecía en el recibo de servicios públicos para orientar a los usuarios en el ahorro del consumo de energía y de agua. No solo en la escuela, sino en la calle los adultos también hacían observaciones sobre nuestro color de piel e imitaban el modo de hablar que según ellos dicen tenemos. Cuando nosotras nos quejábamos ante los profesores por los sobrenombres que nos ponían ellos no decían nada. Hoy que soy maestra no permito que estudiantes sean objeto de discriminación, no permito que se pongan sobrenombres y cuando me dan quejas o se dirigen a sus compañeros con sobrenombre, les sugiero llamarlo por su nombre.

La discriminación por parte de mis compañeras me afectó y me llevó a hablar solo lo necesario, a que hiciera pocos amigos y amigas. Me convertí en una persona tímida y prevenida, rasgos que aún hoy conservo.

Terminé mi primero y pasé a segundo grado. Como premio mi tía Chalo me regaló un puñado de bombones que me había prometido y que compartí con mis hermanos. Nancy se quedó en primero. Seguimos en la misma escuela, en la misma jornada y con las mismas rutinas de siempre. Como la profesora Gilma tenía doble acción[1], yo salía a las 11:00 a.m., pero debía quedarme esperando a Nancy hasta las 12 m., pues mi mamá solo permitía que llegáramos juntas a la casa. Esto siempre fue así y mi mamá decía: "Uno no debe dejar a sus hermanos tirados, si salen juntas deben llegar juntas". En ese entonces, a mi hermano lo matricularon en una escuela pública para hombres.

En la tarde ayudábamos a arreglar la cocina y hacíamos las tareas. Tenía que repasar las tablas de multiplicar. En las noches luego de ayudar a empijamar a Elvia y a Olga, mis hermanas menores, salíamos a jugar con los vecinos y con los hijos de doña Rosmira, jugábamos

[1] Trabajar en la jornada de la mañana.

cojín de guerra[2], a la lleva, a las ollitas[3] y otros. A las ocho entrábamos a dormir. Recuerdo que en algunas ocasiones nos despertábamos por el llanto de mi mamá debido a los golpes que le daba mi papá. Nosotros impotentes veíamos cómo mi papá la maltrataba física y verbalmente, ella se defendía, pero siempre salía mal librada.

Los domingos siempre íbamos a visitar a mis tías Liberata o a Rosa, que vivían con su única hija Patricia, por esta época la bisabuela y el abuelo ya habían fallecido. En ocasiones íbamos donde mis padrinos Elisa y Álvaro, personas adineradas, como ellos no tuvieron hijos me querían mucho y siempre me daban telas para vestidos o a mí mamá dinero para mis estudios. Debido a las necesidades que teníamos siempre terminaba gastándolo.

Doña Rosmira cosía mis vestidos, pero solo podía estrenarlos cuando mis hermanas también tenían forma de hacerlo, así que a veces debía aguardar un tiempo hasta que pudiera colocármelos. Sí alguno por casualidad llegaba a comprar dulces, tenía que compartirlos con todos. Lo bueno de esto es que sirvió para que creciéramos muy unidos y compartiendo todo lo que teníamos. Tal era la unión y la solidaridad que mi mamá me decía: "Carmen como vos sos la mayor, si yo muero te toca hacerte cargo de tus hermanos, no vas a dejar que los separen". Así se dedicó a hacerme memorizar las fechas de nacimiento de todos y cada uno de mis hermanos para que pudiera dárselas a ellos si ella llegaba a faltar. Lo hacía así para que no nos pasara lo que le sucedió a ella, que no sabia en que fecha había nacido.

Mi mamá también nos inculcó el interés por el estudio, siempre nos motivo para que estudiáramos. Aunque en esa época era muy joven, ella nos decía: "Ustedes tienen que estudiar para que sean alguien en la vida". Si perdíamos materias ella nos castigaba con el látigo. Hice de tercero a quinto con la misma profesora. Ella era muy joven, pero tenía niñas preferidas a las que siempre mandaba y a las que ponía buena nota, yo no era de sus preferidas. No sé, pero generalmente no me le acercaba mucho, no recuerdo cómo nos enseñaba. Solo sé que cuando

---

2 Juego que consistía en que los niños cogían a las niñas y viceversa.

3 Las ollitas: colocábamos las manos en forma de jarra y los otros nos balanceaban de adelante para atrás.

manejaba ella la tienda escolar, nosotras debíamos vender dulces, los cuales nos comíamos y mi mamá los pagaba en la reunión cuando la profesora los cobraba.

Como ya dije, la disciplina en la escuela era estricta. Los profesores usaban reglas para pegarle a los niños indisciplinados. No recuerdo que me hubieran pegado ni que me hubieran tratado mal, pero sí constataba que tenían sus preferidos. Ahora en mi condición de docente no muestro preferencia por ninguno de los estudiantes y procuro llegarle a cada uno dándoles el mismo trato.

A mis diez años ya tenía dos hermanas más, Margarita y Martha, ya eran conmigo ocho hijos. A los once años cursaba quinto de primaria y me dio una enfermedad llamada tifo que produce una fiebre muy alta. No pude regresar a la escuela y perdí el año. El año siguiente regresé a quinto, pero me tocó con otra profesora, Socorro, también muy joven. Recuerdo particularmente este año porque tenía que llevar a mi hermana Elvia que entró al primer grado.

Nancy, mi otra hermana, estaba en quinto en la tarde con Teresa. Mis otras tres hermanas todavía no estaban en edad escolar. La profesora Socorro nos dejaba trabajo y solía sentarse a conversar en la dirección, delegaba en sus estudiantes preferidas el cuidado de las demás niñas del curso. Les pedía anotar a las indisciplinadas y cuando llegaba regañaba a las que aparecían en el listado.

Hoy que reviso lo que aprendí en primaria me digo: aprendí a leer, a escribir, los números, las cuatro operaciones matemáticas. No recuerdo más, pero estoy segura que debo haber aprendido más. Me quedo con el sabor de no haber podido aprender lo que quería, pues cuando hacían grupos de danzas para presentaciones en la escuela siempre levanté la mano, pero nunca se me tuvo en cuenta. He lamentado tanto que situaciones como esta ocurrieran en la escuela y tengo la convicción de que como docentes debemos trata de darle oportunidad a todos los estudiantes para que puedan lograr hacer lo que quieren, así no lo hagan muy bien.

Por esta época, 1972, nos cambiamos de casa. Mi papá había comprado un lote en un barrio bien retirado del centro de la ciudad, al cual llegaban solo dos rutas de buses. Allí construyó una sala, dos

piezas, el patio era muy grande, el cual estaba sin encerrar. La casa no tenía piso, era en tierra, la pobreza era absoluta. Si la situación económica nuestra había sido difícil, ahora lo era más. Mi mamá tenía siete hijos, sin contar a Nancy, María Luz y mi abuela paterna Elodia, que vivían con nosotros.

Mi papá y mi mamá se acomodaron en una pieza con Martha, la hija menor. En la otra nos acomodamos las siete niñas y mi abuela. Fabio dormía en la sala en una cama desarmable. La cocina quedaba atrás. En las noches entrábamos nuestra ollas y nuestra pequeña estufa de petróleo a la sala. El agua la tomábamos a través de una manguera. Cuando llovía el agua entraba por las ventanas sin vidrios. Con mi abuela hacíamos oraciones para que no lloviera más y regresara la energía. No volvimos a visitar a nadie, pues vivíamos en un lugar muy retirado. Recibimos constantemente la visita de mi tía Rosa, la cual falleció en un trágico accidente diez meses después. Para ir a la escuela aprendí a abordar el bus. Mi mamá nos llevaba al control que quedaba a unas diez cuadras de la casa, esto era necesario porque solo así lo abordábamos vacío para no correr el riesgo de viajar colgadas en la puerta.

En esta nueva casa teníamos la ventaja de que podíamos jugar en el patio, así lo hacíamos todas las tardes —hasta cuando tenía más de 14 años—, sábados y domingos, jugábamos mucho, toda clase de juegos, a los fantasmas —nos cubríamos con las cobijas y asustábamos a las más pequeñas—, a la rayuela, al escondite, construíamos buses, hacíamos comitivas, chancarina —maíz tostado y molido con azúcar—, "misisijui" —polvo royal con azúcar— entre otros. Hacíamos muchas cosas que aún no he olvidado.

Cuando mi mamá entró a estudiar modistería, en las tardes lográbamos romper la rutina, sobre todo lo relacionado con el estudio. En su ausencia yo quedé a cargo de la casa y de mis hermanos, optamos por jugar y no hacer tareas, ni estudiábamos, así que perdíamos materias. Mi mamá como siempre, recibía las libretas y nos daba con el látigo, pero cuando alguno perdía el año ella se preocupaba por buscarnos otra escuela rogando aquí y allá.

Como soy la mayor, mi mamá enseño a los menores a respetarme y a que siempre contaran conmigo cuando ella no estaba. En ocasiones

nos peleábamos los más grandes, pero como mi abuelita estaba enferma no nos podía separar, solo amenazaba con contarle a mi mamá. Mi abuela, una mujer muy católica oraba todos los días a la 6:00 a.m., a las 12:00 m. y a las 6:00 p.m. y nos llamaba a rezar el Ave María, nosotros tratábamos de no estar cerca cuando se aproximaba la hora, pero si nos veía la acompañábamos a rezar. Ella nos contaba muchas historias bíblicas, las parábolas, todas nos daban un buen mensaje de amor y temor de Dios. Los domingos debíamos acompañarla a misa. A medida que fuimos creciendo se acostumbro a ir con la menor. También nos pedía que la acompañáramos a visitar a su familia. Esto no nos gustaba, porque ella caminaba muy lento, debido a que tenía una pierna operada y las visitas eran muy aburridas. La que salía con ella se perdía las tardes agradables en la casa.

Al llegar la Navidad mi papá como siempre nos compraba nuestros juguetes, claro que a las grandes ya no nos trajo más regalos el Niño Dios, pues no había dinero. Mi mamá en esta época se mantenía muy ocupada cosiendo nuestros vestidos uno para cada una de las cuatro mayores y de a dos para cada una de las cuatro pequeñas, criaba las gallinas, patos y palomas para ayudar un poco a la economía de la casa y para mejorar nuestra alimentación. Aprendimos a comer mariscos, pues cuando venían las tías o familiares de Guapí, traían toda clase de mariscos, dulces, cocos y frutas de la región. De madrugada nos levantábamos con mi mamá a moler el maíz para preparar las arepas para el desayuno. Algunas vez éstas iban acompañadas de un huevo frito que ella iba juntando a lo largo del tiempo a medida que las gallinas ponían. Cuando esto no sucedía no podíamos darnos esos lujos pues “No hay plata”, decía mi papá.

Creo yo, que el hecho de no tener televisión nos permitió disfrutar mucho de nuestra niñez, sobre todo los juegos. Fue ventajoso tener una familia tan numerosa, pues mi mamá veló porque siempre nos quisiéramos, nos ayudáramos y fuéramos muy unidos. Hoy que todos los hermanos vivimos en casas diferentes, siempre en Navidad, Año Nuevo, el Día de la Madre y del Padre, cumpleaños de cada uno y de los sobrinos, nos reunimos para celebrarlo con una cena o una torta y todos aportamos para que cada día sea mejor. Doy gracias a Dios por la familia hermosa que me dio, por mis padres y mis hermanos. Le ruego para que nos conserve unidos por muchos años más.

Buscando un mejor futuro

Después de terminar la primaria y de habernos graduado Nancy y yo en el escenario de la escuela con un pantalón y una blusa blanca, empezaron días difíciles para mi mamá, pues pensaba dónde haríamos el bachillerato, ya que era muy difícil ingresar a un colegio oficial sin contar con palancas y era más complicado entrar a la Normal, donde ella deseaba que continuáramos nuestros estudios. Cuando quise saber las razones por las que insistió en matricularme en la Normal, ella me respondió que quería que fuera maestra para que al terminar pudiera salir a trabajar y me defendiera si ella llegaba a faltar y pudiera ayudar a mis hermanos menores. Quería que todos sus hijos hasta Nancy fueran maestras, porque ella no pudo lograrlo.

Recuerdo como si fuera hoy, cuando fuimos a presentar el examen de admisión a la Normal Nacional y no logramos aprobarlo. La tristeza de mi mamá fue muy notoria, entonces fue conmigo donde una maestra, Nimier Escarpeta, una persona que ella no veía desde hace muchos años. Le llevamos dulce de coco, ella nos atendió muy bien y mi mamá le comentó el motivo de nuestra visita y ella le prometió ayudarle con un cupo para la Normal Departamental de Señoritas. En efecto así fue como logre ingresar a la Normal. A Nancy la colocaron en el colegio de la policía. Para la matrícula nos tocaba hacer interminables filas: unas para el pago de la mensualidad, otras para el transporte y otra para el patronato. Luego de una larga jornada estaba matriculada. Lo que más me agradaba de la Normal era su ubicación. Estaba en El Aguacatal, un municipio fuera de Cali. Era una edificación de tres pisos y tenía una gran zona verde sembrada con árboles frutales por donde yo revoloteaba.

Para llegar hasta allá nos transportábamos en buses que contrataba el colegio. Los alumnos de los grados superiores eran los encargados de vigilar nuestra disciplina. El bus nos recogía a las 5:40 a.m. para ir a la Normal y regresábamos casi a la 2:00 p.m., después de un lago recorrido. Mi papá no estaba muy de acuerdo con el pago del transporte, pero no le quedaba otro remedio, pues el costo era relativamente económico. Debo decir que aunque él no se preocupaba por buscar colegio, siempre pagaba las mensualidades.

A la Normal teníamos que llevar el agua, pues la que había allí era impotable. Mi mamá me daba lonchera debido a que regresaba muy tarde. En primero de bachillerato continuaba siendo una niña muy tímida y de pocas amigas. Mi rendimiento académico no era el mejor, no contaba con los textos guías que nos pedían. En ese año nos correspondió como directora de grupo doña Mery Rosales, mujer de descendencia negra, robusta y muy alta, nos dictaba sociales. Recuerdo en particular a esta maestra, pues ella se convirtió para mí en una profesora que poco ayudó a mi carrera docente. Tenía un cuaderno viejo para dictar cada una de las materias que le correspondían, con el cual año tras año dictaba sus lecciones. A doña Mery uno debía darle lecciones en forma oral sin olvidar una palabra o un párrafo. Si así sucedía, como me pasó siempre a mí, uno se merecía una sentada y de calificación ´uno´. Yo perdía todas las materias que ella me dictaba, pues no entendía mucho las clases y estudiaba poco, en las reuniones le decía a mi mamá lo que sucedía conmigo en la clase.

En ocasiones estudiaba, pero cuando me tomaba la lección me llenaba de terror y no podía decirla, terminaba llorando. Esto fue muy significativo en mi vida de docente, pues yo no les tomo lecciones orales a mis estudiantes, trato de utilizar poco la memoria. Debido a esta experiencia siempre he pensado que tengo muy mala memoria y en realidad olvido todo con facilidad.

A fin de año solo perdí dos materias, las habilité y gané solo una. Música me quedó pendiente y solo la habilité cuando estaba haciendo sexto de bachillerato. Pasé al grado segundo en el que doña Mery nos seguía dictando las sociales con sus misma metodología y yo como siempre perdiendo las materias. Mi rendimiento es este grado no fue bueno, así que perdí el año y por consiguiente, el cupo en la Normal. No sé cual de las dos cosas le dolió más a mi mamá, que hubiera perdido el año o que ella no pudiera ayudarme a resolver las tareas. Me mandaba donde mi tía para que estudiara con Flor (su hija), quien también estudiaba en la Normal y cursaba el mismo grado.

Cuando terminaba la jornada escolar cuidaba a mis hermanas pequeñas de tres, cuatro y cinco años, Martha, Margarita y Olga que no estaban en ese entonces en edad escolar. Mi madre se preocupó mucho, especialmente cuando mi papá anunció que no me daría más

estudio y que debía trabajar. Sin embargo, como siempre mi mamá estuvo allí "poniendo la cara", como dice. Fue gracias a una señora que la relacionó con la directora del Colegio Departamental de la Merced y logró que me dieran cupo. Por esa época también debió buscarle cupo a Elvia que ya había cursado los dos primeros años y entraba a tercero. Nancy, quien no quiso continuar con sus estudios, se dedicó a ayudarle a Cenaida a vender en un puesto en la plaza de mercado. Mi mamá insistió para que estudiara en la nocturna, pero al final no terminó y se retiró.

Ingresé al Colegio la Merced a segundo año. En este colegio se veían menos materias que en la Normal, era un colegio pequeño y yo estudiaba en la jornada de la tarde de 1:00 p.m. a 6:00 p.m. Mi rendimiento fue un poco mejor que en la Normal, aunque perdía algunas materias a lo largo de cada período. En las noches cuando llegaba a casa iba donde mis tías maternas que se habían pasado a vivir muy cerca de nosotros, a hablar con mis primas Inés, Flor y Patricia. Éramos más o menos de la misma edad y como ellas tenían amigos pasábamos buenos ratos charlando y riendo. Esta buena relación con mis primas aún continúa.

Al finalizar el año pase a tercero y mi mamá insistió que volviera a la Normal y yo acepté. Ella conocía a otra persona que me podía ayudar a reingresar. Era la hermana del secretario de educación de ese entonces. Esta persona consiguió que me aceptaran y fue así como volví a la Normal. A mi regreso encontré allí a mi antigua maestra doña Mery, la cual me acompañó dos años más. Durante este año que estuve de regreso, me motivó mucho el hecho de realizar ayudantía, una materia que consistía en ir a las escuelas afiliadas a observar las clases y llenar unas fichas sobre los pasos para dictar las clases, también colaborábamos con la decoración.

Creo que fue en ese entonces cuando comprendí que quería ser maestra y decidí serlo. Para ese entonces ya era una adolescente un poco más seria, ya no correteaba ni saltaba como en el primer año, pero disfrutaba con los partidos de béisbol que se organizaban en la Normal. Participaba un poco más con las compañeras, aunque no hice amigas, fue un año más agradable para mí. Durante este año mi mamá sufrió poco conmigo, pero mucho con mi hermano Fabio, a quien no lo recibieron en los colegios por su indisciplina y mi mamá buscaba la

forma de matricularlo y logró hacerlo en el colegio nocturno, donde el decidió dedicarse al deporte y no continuar sus estudios. Mis otras hermanas, Teresa, Elvia y Olga avanzaron en sus estudios, tanto ellas como yo le causábamos mal genio a mi mamá cuando perdíamos materias y dichas cuando ganábamos el año o cuando Olga le llevaba diplomas y medallas.

Cuando ingresé a cuarto año encontré que los profesores de la Normal, algunos eran muy exigentes, nos dejaban mucho trabajo sin tener en cuenta que también debíamos trabajar en práctica docente, preparando clases y elaborando material. Razón por la cual a la mayoría de las maestras practicantes nos iba mal en la práctica. Como practicantes debíamos preparar las clases que íbamos a dictar una vez a la semana, llevar el cuaderno preparador con cinco días de anterioridad para que la maestra consejera lo corrigiera y nos hiciera sugerencias. Por cada clase debíamos llevar mucho material didáctico elaborado por nosotras. Entre las maestras consejeras, encontrábamos unas muy flexibles y condescendientes y otras muy estrictas. Era una suerte que le tocara a uno, una de las "chéveres" como decíamos nosotras.

En la preparación de clases debíamos tener en cuenta el tiempo así: cinco minutos para llamar a lista, cinco para la motivación, veinte para el desarrollo del tema, cinco para el repaso y la síntesis y diez para la evaluación, todo debidamente especificado con objetivos, recursos y actividades. Como practicante dedicaba mucho tiempo a la práctica docente, elaborando materiales, me iba muy tarde a la cama cuando tenía práctica.

De este año recuerdo a la profesora de historia que tenía un método muy particular para evaluar. Consistía en que de los temas a evaluar cada alumna debía hacer un cuestionario de diez preguntas. De este cuestionario escogía una pregunta para hacérsela a una compañera —la que indicaba la profesora—, que generalmente no contestaba y perdía la evaluación. Esto sucedía con casi todo el grupo. Un día alguien nos propuso dictarnos las preguntas que cada una iba a hacer, colocando el nombre de cada compañera al lado de su pregunta. Esto nos dio resultado y empezamos a ganar la evaluación. En una de esas evaluaciones ella sospechó algo y revisó el cuaderno de varias compañeras descubriéndonos. Se enojó mucho y no volvió a evaluarnos de

esa forma. Pienso que esta forma de evaluar y el método que nosotros utilizábamos no era del todo malo, lástima que la profesora no tuviera en cuenta que cada una debía memorizar más de 50 preguntas, nos dedicábamos y repasábamos todas las del grupo.

Ese año a pesar de mi esfuerzo perdí práctica y si se perdía la asignatura se perdía el cupo en la Normal. Mi mamá me anunció que me quedara sin Normal y que ella ya no molestaría más, que me tocaba a mí decidir que haría de aquí en adelante. Esto me ayudó a sentar cabeza, fui y hablé con la directora, quien me recibió y escuchó. Así reinicie cuarto año ya más dedicada al estudio y a ser maestra, pues estaba decidida a emplear más tiempo en este proyecto.

Formé un grupo de estudio con Idalia, Margarita Elida y Nancy. Nos hicimos muy buenas amigas. Este fue el último año en el que funcionó la Normal Departamental en el local donde había estado siempre. Nos quitaron el local y la Normal Nacional prestó sus aulas en la jornada de la tarde. Aunque este local tenía piscina, parque, capilla, canchas y era mucho más grande y cómodo, nosotras añorábamos el lugar donde durante tantos años funcionó nuestra Normal.

Este último año en la Normal tuvimos muy buenas profesoras, con las cuales nos solidarizamos para evitar el cierre definitivo de la Normal. Fue el mejor de mis años de estudiante por mis compañeras y profesoras; la directora del grupo, doña Aura Fennis, siempre estuvo dispuesta a resolver nuestros problemas y a llamarnos la atención con cariño. Doña Mery me enseñaba sociología, pero como ya la conocía le perdí un poco el miedo e insisto que gracias a ella yo decidí que no tenía buena memoria, pero que lograba aprender cuando tenía la posibilidad de hacer análisis. La profesora de religión nos daba clases a oscuras, porque ella sabía que habíamos quitado la energía a propósito. Nelly de Aguirre, profesora de matemáticas que nos trataba como a unas niñas, nos llevaba por todos los pisos en busca de salón. El profesor de español, Ruales, nos deleitaba con la lectura de hermosos poemas. Tenía una mirada penetrante y unos ojos grandes, me infundía temor. No fui para él buena alumna, pues su materia no era de mi agrado. El profesor Manuelito, de inglés, siempre listo a ayudarnos. Recuerdo que en una evaluación intermedia de inglés vigilada por otra profesora, cuyo nombre no recuerdo, nos vio cuando discutíamos con mi amiga

Nancy sobre la escritura de una palabra e inmediatamente nos anuló el examen. El Manuelito lo revisó y calificó la evaluación con la nota que sacaríamos si lo hubiéramos terminado.

Todas teníamos muchas ganas de estudiar y dedicábamos tiempo a hacerlo y logramos pasar a quinto. Al finalizar el año se graduó de maestra mi prima Flor. Por esa época continuaba reuniéndome con mis primas. Mi tía Mercedes se fue a vivir a Buenaventura con sus cuatro hijos; durante cuatro años para Semana Santa nos íbamos para allá. Fue en Buenaventura donde aprendí a tomar licor y a ir a griles. La situación económica de mi familia era igual de difícil. Recuerdo la ayuda de mi tía Melania que como no tenía hijos se dedicó a colaborarnos asignándonos una mensualidad para el recreo. De esta mesada ahorrábamos para poder viajar a Buenaventura.

Este año lo terminé y fui promovida al grado quinto, también fue el último año de la Normal Departamental. Por esa época, 1979, las dos normales fueron fusionadas. Los estudiantes y los docentes realizábamos muchas protestas para que esto no sucediera, pero no lo pudimos lograr. Como estudiantes nos opusimos a cambiar nuestro uniforme (falda gris y blusa blanca) por el uniforme de la Normal Nacional (falda verde a cuadros y blusa blanca), que hoy sigue siendo el mismo. En los homenajes a la bandera no cantábamos el himno de la Normal Nacional, no hacíamos caso a las normas. Cuando la clase la dictaba un docente de la departamental aplaudíamos, cuando era de la nacional lo rechazábamos. Igual sucedía con las estudiantes de la Normal Nacional. La directora de ese entonces decidió no realizar más izadas, ni trató de imponernos el uniforme, nos dejó que nos tomáramos tiempo necesario para adaptarnos a la nueva Normal.

En los grados quinto y sexto las prácticas eran más intensas, teníamos práctica inicial y práctica final. En estas prácticas permanecíamos en las escuelas anexas y afiliados una semana todo el día, el resto era una vez a la semana. La rutina fue la misma del grado anterior, iniciábamos clase a la 6:00 a.m. y salíamos a la 1:30 p.m. Generalmente salíamos a la 3:00 p.m. o más tarde cuando preparábamos clases. Todas tratábamos de dar lo mejor de nosotras.

Ya no sé sí tenía vocación para maestra, pero si sé que fue aquí en la Normal donde aprendí a querer y a disfrutar de mi profesión. Aunque

me separaron de mis amigas, continuamos con nuestro grupo de estudio los sábados, nos reuníamos en la casa de Idalia, donde un hermano de Nancy que nos daba clase de física y trigonometría para prepararnos para presentar evaluaciones. Para ese entonces, mi hermana Nancy quedó embarazada, razón por la cual mi papá le dijo que se fuera. Cuando se fue, nosotros lloramos y le pedíamos a mi papá que no la dejar ir, pero él hizo caso omiso a nuestros ruegos.

Yo continué mis estudios. Empezamos a prepararnos para el examen del ICFES y para la excursión. Nos ofrecieron los pasajes a Cartagena y San Andrés a crédito. Mi tía me motivó para que fuera. Era la primera vez que salía de mi casa sola y lejos de mi familia y la primera vez que montaba en un avión. Conocí Cartagena y San Andrés, dos hermosas ciudades de mi país, Colombia. Aunque no sé nadar lo disfruté.

Hasta que por fin llegó el día tan esperado. El tiempo paso más rápido. Ese año por fin sería maestra, mi mamá vivió para ver su sueño realidad. Me gradúe en la capilla de la Normal. Éramos casi 150 graduandos con nuestro uniforme. Ese día cantamos, lloramos, fue uno de los mejores días de mi vida. Me sentía toda una maestra que podría trabajar, lo cual me daría un poco de independencia. No sabía quien estaba más contenta si yo o mi mamá. Ese día me acompañaron mis padres y mi tía Melania. El título de maestra bachiller se lo dediqué a mi madre, pues ella con su apoyo me ayudó a obtenerlo. Hoy soy maestra, es lo que sé hacer y lo hago con alegría dando gracias a Dios y a mis padres.

Mi primer trabajo

En septiembre de 1981, estaba recién graduada como maestra, entré a trabajar en el Colegio Bello Horizonte por recomendación de Idalia, mi amiga de la Normal, quien también iba a iniciar labores aquí. El colegio era pequeño, tenía tres años de fundado, la dueña y directora, se llamaba Alicia Rodríguez. La admiré mucho, porque era una docente muy trabajadora y con gran experiencia, pues desde muy joven fue nombrada en una escuela, en la que trabajaba como docente en la jornada de la tarde.

La planta física del colegio era pequeña, pero de un ambiente acogedor. Estaba muy decorada con muñecos y con muchas plantas. Tenía pocos estudiantes, funcionaban los grados: preescolar con Alicia, primero con Idalia y segundo conmigo, en la jornada de la mañana. En la jornada de la tarde: Teresa, Gloria y cuarto con James. Estos dos profesores eran compañeros de Alicia en la escuela y trabajaban en la jornada de la mañana allá. También había un profesor para la clase de educación física, se llamaba Aníbal.

Una semana antes de iniciar labores con los estudiantes, nosotras íbamos a ayudar a decorar el colegio. Se nos entregaban los libros, guías y elementos para trabajar. El primer día de clases los niños se recibían con una fiesta, dulces, helados, bombas. Alicia nos presentaba y les decía el grado que íbamos a dirigir. Al día siguiente, los estudiantes llegaban, se formaban en el patio que estaba en frente de los tres salones, cantábamos canciones infantiles, hacíamos la oración y pasábamos a los salones. Esta misma rutina se hacía todos los días y fue así durante los ocho años que trabajé allí. En el grado segundo que me correspondió estaban matriculados 12 estudiantes entre niños y niñas. No recuerdo muy bien sus nombres, pero sé que eran muy disciplinados y sus padres muy colaboradores, tanto los padres como los alumnos nos llamaban a todas por nuestro nombre, a mi por el primero, Elodia.

En principio traté de dictar las clases como lo hacíamos en la Normal, tomé cada materia, la preparé y la dicté. Evalué ese día a los alumnos y les fue bien, pero como los temas estaban correlacionados, los días siguientes en la evaluación no les iba bien y perdieron las materias, hablaba mucho con Idalia sobre esto. Ella también tenía las mismas dificultades.

Cuando se lo comentábamos a Alicia, ella nos decía: “Tranquilas que poco a poco ustedes van mirando la forma de hacerse entender”, y nos brindaba alguna ayuda. Nos decía cómo dictar un tema. Por ejemplo, si era un tema de matemáticas, ella me decía: “Elodia explícalo de tal manera y utiliza tal material”. En efecto, los niños me entendían mejor, siempre fue así hasta que también fui mirando mi mejor forma de llegar a ellos.

Fui una profesora muy regañona y exigente. Colocaba muchas tareas y cuando no las cumplían los regañaba y les tiraba de las orejas,

algunos padres decía: “Trátamelo fuerte”, otros no estaban muy de acuerdo, pero creo que a esos niños nunca les tiré las orejas, porque los padres nunca me reclamaron. Pero recuerdo que si un padre de familia se quejaba de nosotros, Alicia siempre nos defendía ante ellos, nos daba confianza, nos hacía sentir como dueñas del colegio, nos dio autonomía. En las reuniones de profesores nos hacía caer en cuenta de nuestros errores y entre ella, James y Gloria nos hacían sugerencias.

Alicia era una persona muy joven, de muy buena apariencia física, soltera, muy trabajadora, noble, respetuosa y cariñosa con todos. Idalia y yo nos amañábamos mucho en el colegio y nos quedábamos hablando, llegaban los profesores de la tarde y seguíamos hablando con ellos, especialmente con Gloria, en ocasiones observaba sus clases y me gustaba la forma como explicaba, llegué a tomar ejemplo de algunas de sus actividades.

Las reuniones de padres se realizaban por la noche, todos los profesores debíamos asistir. Alicia preparaba el orden del día y le daba un punto a cada profesor para que lo explicara ante la comunidad, en un principio me dio temor, pero luego fue muy fácil, creo que esto me ayudó mucho para que perdiera la timidez para dirigirme a grupos numerosos de padres de familia.

La clase de educación física era los martes y los jueves, para todos los estudiantes, los jueves los llevábamos a una piscina cercana con el profesor Aníbal, que era un señor mayor pero muy querido y respetuoso.

El año siguiente me correspondió el grado primero, enseñar a leer y a escribir. Como ellos tenían preescolar conocían las vocales. Alicia me sugirió que utilizara el método de “palabras normales”, que consistía en la palabra mamá, luego la separaba en sílabas ma-má y por último en letras m-a-m-a, y así con las otras palabras. Este método me gustó, pues los niños aprendieron en su gran mayoría, claro que no sé si fue el método o los gritos que les daba a los niños, cuando no leían lo que les indicaba. Claro que unos pocos no aprendieron, pero Alicia me sugirió que reiniciara con ellos, así lo hice. Al final aprendieron, pero hoy me pregunto si habrán aprendido por miedo, pues no tenía mucha paciencia con ellos. Estos alumnos los recuerdo mucho, porque a varios de ellos les enseñé de primero a quinto, llegamos a querernos mucho,

los regañaba, pero también jugaba con ellos, a través de la experiencia fui cambiando y mejorando mi metodología.

El año siguiente Alicia decidió no dirigir más el preescolar y consiguió otra profesora, Carmen. Fuimos un grupo muy sólido de docentes por más de cuatro años, realizábamos reuniones, íbamos a paseos fuera de la ciudad, entablamos una muy buena relación de amistad.

En 1984 ingresé a la Universidad Santiago de Cali a estudiar licenciatura en biología y química, luego de dos intentos fallidos en la Universidad del Valle para estudiar medicina, pues siempre quise ser médica. Desde pequeña tuve interés por el cuerpo humano, por conocer su funcionamiento. En el colegio cuando tenía la oportunidad ojeaba libros y leía sobre el tema. Cuando llegó el momento de elegir otra carrera decidí afianzarme como maestra y elegí bioquímica. La matrícula costaba $16.000, dinero muy difícil de reunir. Con mi mamá tocamos varias puertas, pero no lo conseguimos. Llegué a pensar que no podría continuar mis estudios, lloraba y lloraba de impotencia ante esta situación. Yo tenía ahorrados $8.000, me faltaba la otra mitad y mi mamá me sugirió pedirle prestado a Alicia. Así lo hice, obteniendo una respuesta positiva de parte de ella, quien me dijo que se los pagara cuando pudiera y en pequeñas cuotas. Así fue como pude iniciar mis estudios universitarios.

Más adelante se retiraron del colegio Gloria y James. Alicia nos ofreció trabajar todo el día a Idalia y a mi y nosotras aceptamos. Yo trabajaba de 7:00 a.m. a 12:00 m., y de 1:00 a 5:00 p.m. almorzaba en la casa de Alicia, que vivía cerca del colegio. A la universidad entraba a las 6:00 p.m. y salía a las 9:00 p.m. Era una jornada agotadora, preparaba mis parciales, después que llegaba a casa, los sábados y domingos. Fue así como empecé a usar gafas. En la universidad, aunque se nos dictaba metodología, no se nos orientaba sobre la forma como dictar una clase, esto lo aprendí en la Normal y a través de mi experiencia.

Un año más tarde se retiró Idalia, entonces vino a trabajar una compañera de la universidad, Joanne, oriunda de Buenaventura. Con ella nos hicimos buenas amigas y estudiábamos juntas para preparar los parciales y presentar trabajos. Loanne era una estudiante sobresaliente. Solo trabajaba en la mañana para tener dinero para sus gastos, pues sus padres le pagaban la universidad y la vivienda aquí en Cali.

Como soy tímida, en la universidad no hice muchos amigos. Al llegar a quinto semestre, debíamos escoger área mayor, yo escogí química, hubiera deseado escoger biología para estudiar la vida que era mi pasión, pero no lo hice, porque ellos trabajan con hámsteres, unos animales similares a los ratones a quienes les tengo terror.

En el año que ingresé a la universidad conocí a Julio César, un joven muy alto y fornido de piel negra. Él no era estudiante de la universidad, lo conocí en el bus, pues viajábamos en la misma ruta todos los días. Entablamos una buena relación de amistad, teníamos el mismo gusto por la música salsa, a él le gustaba caminar mucho. Nos hicimos novios. En mi tiempo libre lo dedicábamos a pasear, salíamos a los municipios del Valle o del Cauca, Palmira, Yumbo, Santander, entre otros y los recorríamos a pie, teníamos la oportunidad de hablar. Me contaba sus proyectos. Él trabajaba en el Plan Padrino como traductor de inglés, era muy emprendedor, hacía muchos negocios. Nuestro noviazgo duró alrededor de tres años. En ocasiones me acompañaba a los paseos con mis compañeras del colegio, o iba a la universidad por mi, fue una bonita y sana relación.

Mis estudios en la universidad iban bien. En ese entonces tenía tantas ocupaciones, que el tiempo se me pasaba muy rápido entre la teoría, las prácticas de laboratorio y las visitas a las bibliotecas para consultar. No tuve mucho tiempo para detenerme a compartir con mis profesores, me limitaba a asistir a las clases y a presentar los parciales.

En 1987, conocí a Luis Carlos, quien hoy es mi esposo. Él es un hombre muy alegre, con una facilidad para llegar a las personas, es de piel negra, gordo y no muy alto, compartíamos mucho tiempo. El siempre estaba conmigo en su rato libre, iba al colegio, a la universidad y a la casa. Estaba estudiando refrigeración a nivel técnico. Le ha gustado pertenecer a grupos políticos, con el fin de que le ayudaran a conseguir un empleo público. Luis Carlos tiene un hijo que en esa época tenía cinco años, Jhon Ángel, por quien sufría mucho, ya que la mamá no se lo dejaba ver a pesar de que tenía un trabajo fijo, siempre respondía por el niño con su aporte económico. Carlos tenía muchos problemas con su familia de origen, razón por la cual decidió salir a vivir solo en una pieza, muy cerca de la casa de sus padres.

En 1988 terminé mi carrera, nos graduamos en un salón nuevo, en la misma universidad, a mi grado asistieron mis padres y mi tía Melania. Ellos se mostraban muy contentos al igual que yo, pues era motivo de orgullo tener una hija profesional en la familia. Me hicieron una fiesta a la que fueron los hermanos, hermanas y sobrinos de mis padres, también algunos amigos.

En 1989 me retiré de trabajar en el colegio. Carlos a través de su grupo político me había conseguido un contrato en el municipio. El salario era mucho mejor y fue así como ingresé a trabajar en la Escuela Miguel Camacho Perea, donde laboro actualmente. El cambio del colegio a la escuela fue un poco difícil, venía de trabajar con un número no mayor de 20 alumnos a trabajar con más de 50 estudiantes, con 13 profesores. Para llegar a la escuela debía caminar un largo trayecto por lugares muy peligrosos. Situación que obligó a que cambiara mi forma de vestir. Cuando llovía, los caminos se ponían intransitables y llegar a la escuela era toda una odisea, nos llenábamos de lodo hasta los tobillos.

Los estudiantes y padres eran personas muy pobres, algunos vivían en invasiones. En su gran mayoría no eran nacidos en Cali, sino que venían del Cauca, de Nariño y de la costa Pacífica. Mi escuela estaba ubicada en el barrio Comuneros II, en el distrito de Aguablanca, donde se encuentran personas muy pobres. El rendimiento académico de los estudiantes no era el que hubiera querido y esperado como maestra. Los padres de familia, eran algunos muy cordiales otros no mucho. En principio tuve problemas con ellos, se quejaban de que dejaba muchas tareas y de que no era muy cariñosa con los niños y niñas. Para ellos ser cariñosa significa cargarlos y abrazarlos, decían que era muy regañona. Para esta época ya no los gritaba ni les tiraba las orejas, pero sí era muy seria y exigente y les colocaba malas notas cuando no cumplían con las tareas escolares. Aquí los padres manifestaban su cariño dándonos comida y frutas en los descansos.

La directora, Alba Lucía, era una persona muy grosera para llamarle la atención a las demás personas. A pesar de que ella manejaba preescolar, siempre llegaba cuando los niños ya estaban por irse para sus casas. Mi relación con ella no pasó del trabajo, pues no compartía su forma de tratar ni de trabajar. Debíamos hacer carteleras y comprar

los materiales con nuestro sueldo. La escuela se pintaba cada año con la ayuda de los padres, colocando ellos material y mano de obra, los profesores también colaborábamos.

En la jornada de la mañana están todos los grados de la básica primaria y preescolar al igual que en la tarde. Mis compañeras eran Liliana, Stella, Diana, Clarita, Yaneth y Gloria Isabel. La directora trataba de relacionarse poco con Diana, con Gloria Isabel y conmigo, ya que éramos nuevas y no estábamos allí por ella sino por el jefe de ella; yo podría decir que mi relación no pasó de la cordialidad.

Las izadas de bandera eran una vez al mes y se rotaban por grados. Estoy de acuerdo con las izadas, porque se enseña a los niños los símbolos patrios y además es un estímulo para los buenos estudiantes. En la escuela debíamos entregar libros reglamentarios cada mes, observador del alumno, parcelador de clases y el asistencial. Siempre he pensado que estos libros son importantes para el maestro como tal, no para el director ni para los jefes del núcleo. Personalmente llevo el observador del alumno, ya que allí registro todo lo que observo en ellos, pero me gusta llenar el anotador de clases y el asistencial, ya que aunque me preocupo por la asistencia de los alumnos a clase, no llevo un registro de su número de inasistencias.

Los consejos de profesores los realizábamos también una vez al mes, pero era difícil reunirnos todos, pues los docentes de la jornada de la tarde trabajaban en otros colegios privados en la mañana. Generalmente se hacían para informarnos de las actividades curriculares y extracurriculares que se hacían en el período.

En 1990 me casé con Luis Carlos por la iglesia católica, religión a la cual todavía pertenezco, pues fui criada con muchos valores y respeto por la misma. Mi esposo se ubicó laboralmente en EMCALI, una empresa del gobierno, inicialmente vivimos en un apartamento, el cual poco a poco fuimos llenando de objetos materiales. Luego nos fuimos a vivir a una casa muy grande en el barrio La Base y más tarde logramos comprar una casa en Lares de Comfenalco, donde hoy vivimos. Alba Lucía se retiró y fue nombrado un compañero de la jornada de la tarde, Holmer. Él no podía asistir en las mañanas y ejercía su dirección a través de los mensajes de los padres de familia, lo cual no funcionaba e hizo

que las relaciones entre docentes fueran más difíciles, hasta el punto que nos evitábamos unos con otros.

Más adelante fue nombrado un profesor y las relaciones mejoraron, pero fue cambiado y entonces nos quedamos sin dirección. Aunque cada profesor cumplía con sus obligaciones no dejaban de haber malos entendidos entre las dos jornadas. Fue así como nombraron a una compañera de la mañana como directora encargada, a Rosalba. Con ella las relaciones han llegado a un clima de cordialidad, tratando cada uno de cambiar para hacer de nuestro lugar de trabajo un ambiente agradable, es algo por lo que le doy gracias a Dios, pues fue muy difícil trabajar en ese clima de tensión de días pasados.

Yo continué trabajando en la escuela donde firmábamos contrato con el municipio dos veces al año, no teníamos prestaciones. Se nos pagaba un salario que era un poco más del mínimo. Los maestros decidimos luchar para que se nos diera el mismo trato que a los otros maestros que trabajan con el municipio, colocábamos demandas, tutelas pero no funcionaron, solo hasta el año de 1995, cuando el gobierno decidió que debíamos ser nombrados y se nos debía pagar por nuestro escalafón docente. Así que fuimos nombrados. A partir de aquí los docentes de la escuela decidimos terminar nuestros estudios, hacer sus carreras universitarias y prepararse para ser cada día mejores educadores. Hoy somos 20 profesores en las dos jornadas y las relaciones son cordiales, tuvimos muchos conflictos, pero los sorteamos, estamos aprendiendo a vivir como una familia. Cuando en la escuela alguien tiene un proyecto, es apoyado por todos trabajando en función del mismo. Como docente asisto a los cursos de capacitación que más puedo, me gusta estar al día en las innovaciones de la educación.

En estos momentos estoy realizando un posgrado en educación y orientación familiar, siento que así puedo contribuir un poco y colaborar con mi comunidad educativa, pero desde el grupo familiar. Esta especialización me ha dado herramientas para comprender y llegar más a mis estudiantes. No leo muchos libros de pedagogía, pero sí leo muchos artículos de prensa sobre educación.

En mis clases hago mucho énfasis en la lectura; tengo una hora para ella y ésta es la base de la comprensión, además de ser un buen pasatiempo. Leer y escribir debe ser algo que todos los seres humanos

deberíamos aprender, porque es a través de la lectura que enriquecemos nuestro conocimiento y con la escritura dejamos plasmada una historia para las generaciones futuras. Pienso que la educación es buena, pero educar es un proceso y todo proceso debe ser dinámico e ir con los avances de la ciencia.

Como maestra en este momento veo que mi relación y mi trato para con los alumnos ha cambiado, ya no estoy tan preocupada por cumplir con los programas, sino por comprender a los alumnos como personas, ver el porqué de su bajo rendimiento, el porqué de su comportamiento. En estos 18 años de experiencia, he aprendido que los alumnos no son perezosos, sino que nosotros no sabemos llegar a ellos, no los miramos como personas que tienen problemas y dificultades emocionales, sino como seres que solo deben adquirir conocimientos intelectuales.

Hoy vivo con mi esposo, no tenemos hijos, me he sometido a operaciones y largos tratamientos, pero no ha sido posible para mí tenerlos. El hijo de mi esposo vivió con nosotros por espacio de tres años, pero en marzo de 1998, decidió regresar a donde la mamá. Desde entonces vivimos solos, nos acompañan nuestros dos perros, un dálmata y un bóxer, estos son los únicos animales que me gustan y los cuido mucho.

Mis padres viven con mis dos hermanas menores: Martha, licenciada en filosofía y Margarita, técnica en ingeniería de sistemas y mis cuatro sobrinos, Leopoldo y Héctor, hijos de mi hermano Fabio, quien se fue para Estados Unidos hace 12 años y desde allí colabora para hacer más cómoda la casa paterna; Salomón y Revin, hijos de mi hermana Teresa, también viven allá hace más de diez años. Mi hermana Elvia, tecnóloga en sistemas, vive con su esposo en una gran casa y su pequeña hija Hillary. Olga, la quinta de mis hermanas, médica, está terminando su posgrado en ginecología en Medellín. Nancy vive con sus dos hijas, Ana Milena y Luisa María.

Mis padres están orgullosos de haber tenido una familia tan numerosa y haberlos sacado adelante muy unidos.

Sueños y verdades

Carmen Agudelo

El mundo

"Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta contó. Dijo que había contemplado desde allá arriba la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. El mundo es eso, reveló. Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas, que no se puede mirarlos sin parpadear, y quién se acerca se enciende". (Galeano, 1989, p.7)

Qué será de esta barca si la luz del faro que la guía ya no alumbra

Fue un 25 de abril de 1970, había llovido toda la noche; yo miraba por la ventana del cuarto del segundo piso, donde estaba mi papá muy grave. El agua formaba pequeños hilos de lodo allá abajo en la calle y mis lágrimas parecían agrandarlos. Permanecí allí toda la noche, pues mi esperanza me decía que al llegar el día él mejoraría, sin embargo, mi esperanza me engañó y al rayar en el reloj las 7:00 a.m. expiró. Todo se oscureció, inmensos nubarrones danzaban a mi alrededor, fue como si la tempestad hubiera arreciado y me arrastrara kilómetros y kilómetros

por esa misma calle que era un solo río de lodo y dolor; un dolor que solo se siente y que con palabras no puedo describir. No entendía nada, no podía entender... se había ido. ¡Me había dejado! ¿Me había dejado de querer? Sentía que mi papá me había abandonado. ¿Cómo entender lo que me estaba pasando? Esa persona que siempre había estado a mi lado, que decía que me quería mucho y que yo era muy importante en su vida, ¡ahora me abandonaba! Ese ser maravilloso que me cuidaba, me daba jugo de col en ayunas para limpiar el hígado y prevenir enfermedades, me hacía masajes con saliva en ayunas en el antebrazo para —según él— quebrar las amígdalas cuando éstas se inflamaban o que orgulloso me llevaba de la mano y me presentaba a sus amigos feliz por mis pequeños logros, mostrándoles las medallas que colgaban de mi pecho y cuando llovía me llevaba hasta el colegio en su volqueta, para que no me mojara, o me embarrara los zapatos. Él mismo, que me compraba todo cuanto necesitaba en el colegio, para que por ningún motivo fuera a quedar mal, él, que me firmó las libretas e informes durante todos los años de mi escolaridad... ahora, sencillamente, ¡ya no estaba conmigo! Y a mis escasos 16 años me había dejado y se había ido para siempre. No, no podía entender; estaba aturdida, obnubilada por la pena y así pasaron muchos, pero muchos días.

Me resultaba muy difícil superar su ausencia por todo lo que representaba en mi vida y porque con su muerte me veía abocada a una vida de inmensa soledad y desamor y, ¿saben por qué? Para que puedan comprender los motivos de este vacío, necesito remontarme a mis orígenes y explicarles los lazos que me unían a esta persona, que sin ser mi padre biológico me acogió de niña como su hija más querida y me brindó el apoyo y el afecto que el otro me negó. Esa persona que yacía inerme en esa cama aquella mañana y a la que solo me ligaba un entrañable afecto, pues no estaba unida a mí por ningún vínculo sanguíneo, pero fue la única que reconocí, amé y respeté como mi verdadero padre.

Llegué a su hogar siendo una niña de brazos; él era el esposo de mi abuela paterna, cuando se casaron eran viudos, cada uno con sus hijos, incluso ya mayores y no tuvieron hijos en común. Yo terminé siendo su hija, pues mi verdadero papá me dejó allí y nunca más se volvió a saber de él y si se hizo sentir, no fue precisamente preocupado por

mí sino por beneficio propio. Mi mamá biológica, aunque muy dolida se vio obligada a aceptar por fuerza y por ley dicha situación y poco o nada supe de ella a través del tiempo. Mi abuela paterna, la que más adelante ocupó el lugar de mi mamá, no estaba muy contenta con mi presencia en su hogar, pero terminó aceptándome, muy a su pesar, pues su esposo —luego mi papá— se había encariñado ya conmigo. Así fue como crecí, en una familia paisa, radicada, desde hacía muchos años en Armenia y luego emigró no se porqué razones para esta calurosa pero acogedora ciudad, Cali, cuando yo apenas contaba con cinco años de edad.

Meliton, que así se llamaba mi papá, oriundo de la Ceja, Antioquia, era hombre alto, muy trigueño, crespo, de nariz aguileña, ceño fruncido y unas manos tan grandes como su bondad, como buen paisa, su palabra era ley. Todo en él hablaba de su gran corazón y calidad humana, fue la esperanza de muchos en el barrio. María, mi mamá, que en realidad era mi abuela paterna —como ya lo expliqué— era natural de Armenia, de baja estatura, robusta, de hermosas pero duras facciones, muy inteligente pero analfabeta, había aprendido de la vida el sigilo y la astucia en los negocios, de ahí que fuera muy meticulosa y desconfiada.

Melitón y María eran tan distintos, yo no comprendía por qué estaban juntos. Parecían ausentes el uno del otro, parecía como si solo se soportaran él por compromiso y ella por comodidad. Nominalmente él era el jefe del hogar, pero en realidad era ella quien mandaba. Vivíamos en un barrio cualquiera de esta ciudad, en una casa grande muy parecida a esas que se construyen en las fincas del eje cafetero, con mucho espacio para cultivos caseros como plátanos, yuca, maíz, caña y muchas matas de flores en los corredores. Había un buen espacio para guardar los materiales de construcción que allí se vendían y otro que servía de garaje. Aunque éramos una familia de clase media baja, nunca nos faltó nada, teníamos lo necesario y más. En diciembre, por ejemplo, el 24 mi papá acostumbraba a hacer la natilla y los buñuelos. Armaba el fogón en el centro del patio, alistaba la paila de cobre y el mecedor, la leche y la panela y hacía natilla para todos, familia, vecinos y amigos. Todo el día. Los platos iban y venían con natilla y buñuelos, era toda una fiesta y él se veía feliz, silbaba y tarareaba sus canciones predilectas al compás del mecedor. Hasta más o menos entre los diez y trece años compartí

ese hogar con una hija de él, Ferly y una hija de ella, Yolanda, contemporáneas entre sí, pero mayores que yo siete años y entre las que aún hoy nos llamamos hermanas, y un sobrino de mi papá, primo hermano de Ferly, venido de Pereira y al que terminó de educar, recuerdo que estudió química en la Universidad del Valle. Vivía también con nosotras Magolita, una señora viuda, prima hermana de mi papá con su hijo y que aunque tenían casa en Armenia, ellos permanecían con nosotros. A ella, los vecinos la consideraban mamá de mi papá y nosotros por lo tanto, abuela la llamábamos, Bolita de cariño; su hijo creció con nosotros como primo. Los otros hijos de mi papá, que por cierto eran varios, arrimaban solo de visita y aunque algunos habían vivido ahí, cuando yo aún era muy niña, no eran bienvenidos por mi mamá, pues ella nunca los había querido y hacía todo lo posible para que mi papá los alejara definitivamente.

Ferly y Yolanda habían terminado la primaria y estaban realizando cursos informales de comercio, pero aparecieron los amigos y los novios y eso hizo que las dejaran en la casa haciendo oficio. "¡No se puede atender a dos señores al mismo tiempo!", decía mi papá. La rigurosa disciplina de mi padre y la intransigencia de mi mamá, obligaron a mi hermana Ferly a irse de la casa, ausencia que me afectó mucho porque ella, además de orientarme en algunas tareas, me defendía de las palizas que mi mamá me daba. El estudiante de química se casó a escondidas y el primo se fue para el ejército, Yolanda comenzó a trabajar e hizo un curso de salón de belleza, un tiempo después se fue de la casa, porque estaba en embarazo. Mi mamá la buscó y en cierta forma la obligó a casarse. Me quedé sola cargando no solo con el peso de los quehaceres de la casa, sino con la rabia de mi mamá, que no sabía cómo desahogarla conmigo. Bolita, cuando estaba en casa, mediaba un poco para que la vida se me hiciera más llevadera.

Me alentaba la idea de ir al colegio a estudiar y los domingos hacía todo lo posible porque mi papá me llevara como su ayudante a descargar ladrillo o teja, generalmente íbamos al saladito. Luego de terminar la tarea, cuadraba la volqueta a la orilla del camino y tomábamos leche de chiva o agua de panela caliente con queso y pan de bono. En esos momentos éramos muy felices; siempre silbaba o entonaba las mismas tonadas, recuerdo mucho dos: "¡Sale loco de contento

con su cargamento para la ciudad! ¡Ay!" o "¡Songo le dio a borondongo, borondongo le dio a Bernabé...!". Así se nos iba el día y a mi jamás se me ocurrió aprovechar esos momentos para quejarme o agobiarlo con mis cosas, pues yo sabía que él tenía bastante amargura por no llevarse bien con sus hijos y por no haberse impuesto ante la intransigencia para con ellos de su esposa.

Por las noches, yo lo esperaba para acompañarlo a comer, cuando llegaba a casa lo primero que decía era: "¿Dónde está la niña de la casa?". A veces traía alguna sorpresa para mi, un muñeco, un carro o algo de comer. Tenía 14 años cuando una noche me entregó una bolsa con un oso café de plástico que aún conservo, yo le correspondía con detalles, le traía las chanclas o le hacía papitas fritas y tostadas de plátano verde, que tanto le gustaban.

En casa los ratos de esparcimiento eran muy pocos, cuando no estaba estudiando, estaba haciendo oficio; siempre había qué hacer, no había por lo tanto mucho tiempo ni para juegos ni para amigos. A veces me dejaban jugar con algunos amigos en la calle, en los lotes vacíos que había, porque dentro de la casa era peligroso para los otros niños, por los perros tan bravos que había. Jugábamos al papá y a la mamá, al cojín de guerra, que me encantaba, pues pocas veces me cogían y siempre ponía en libertad a mis amigos. También jugábamos a la maestra, aunque a mi casi no me gustaba, pues generalmente me tocaba hacer de maestra y eso me molestaba un poco, porque esa era una tarea que hacía a menudo con los nietos, ahijados de mi papá, que en mi casa se quedaban por temporadas. Los domingos íbamos a misa en las mañanas y solo muy de vez en cuando salíamos hasta el centro. Generalmente lo hacíamos en diciembre para ver el alumbrado y el pesebre de las empresas municipales que eran muy bonitos; en Semana Santa para ver los monumentos de las iglesias principales de la ciudad, y en julio para comprar los útiles escolares. A los paseos que programaba el colegio mi papá siempre me dejaba ir, recuerdo que él mismo cortaba las hojas de plátano para envolverme el fiambre que él compraba, tan suficiente que nunca me faltaba y siempre podía compartirlo con alguien.

Al cumplir mis 15 años además del vestido y los zapatos, me hicieron un almuerzo del que lo único bonito e importante de recordar fue el

momento, cuando mi papá me abrazó y me dijo: "Recuerde mija, que el mejor regalo y la única herencia que yo le puedo dejar es el estudio, una carrera que le sirva para defenderse en la vida y con esa inteligencia que tiene la niña, médico puede ser, así me podría morir tranquilo, pues estaría muy orgulloso. ¡Ah! Pero eso sí, con tal de que no haga lo mismo que hacen los melenudos de ahora que están disque en la universidad y se agarran es a tirar piedra, porque la saco y la pongo a mantequiar[1]. Tampoco quiero verla por ahí parada en una esquina con esos indios que se la pasan rondando por aquí, espero que no esté parándoles bolas ya". Me sonreí, guarde silencio, él volvió y me abrazó. Al otro día había cambiado los vidrios de la ventana de la sala que daba a la calle —aún vivíamos en el primer piso—, por esos grabados que impiden la visibilidad y le había puesto candado. Esto a mí me causó algo de gracia, pues yo no tenía ningún interés en particular y sabía que lo hacía por protegerme.

Comencé el tercero de bachillerato e igual que mis logros su orgullo crecía, nada parecía entorpecer el rumbo normal de nuestras vidas. Sin embargo fue a mediados del mes de marzo de 1970 cuando lo vi por primera vez enfermo; estaba en una reunión de la junta de acción comunal del barrio, cuando a raíz de un disgusto que tuvo con un muchacho mal educado, empezó a sentirse mal, se asfixiaba y se tambaleaba de tal manera que muchos de ellos pensaron que él estaba borracho, pero mi papá no tomaba y si lo hacía era en ocasiones especiales. Los días pasaban y aunque él no le dio mucha importancia al asunto su salud empeoraba, el 3 de abril celebró sus 64 años y aunque se le veía tan fuerte como siempre, la enfermedad avanzaba con sus silenciosos estragos. El miércoles 22 de abril, él mismo fue al hospital para hacerse un chequeo, allí le recomendaron hospitalizarse, pero él medio en broma les dijo: "¡Si la pelona vino por mi, que me coja en mi casa!". Lo cierto fue que su enfermedad —que nunca se supo con certeza cual fue— se complicó y desde que llegó a la casa no volvió a levantarse y ese 25 de abril murió —como ya se los había contado —.

Me quedé sola, con la única persona con la que no hubiera querido a mi lado. "Qué ironía", pensé. "¿Por qué no se murió ella y no él?".

[1] Cocinar.

La rabia, el dolor y el miedo se mezclaron en un solo sentimiento y mi tristeza se zambullía en él. A mi papá yo lo amaba y necesitaba, a ella en cambio le temía. Él alentó en mis sentimientos y valores que guiaron mi andar futuro, amor por el otro, respeto por la diferencia, responsabilidad y disciplina en mis estudios. Constancia en el alcance de sueños y metas propuestas. Ella en cambio me infundió temor y desconfianza, rebajó mi autoestima, claro que también aprendí de ella su sabiduría innata, era tan precisa y oportuna con sus refranes, que yo no los olvido y utilizo todavía. Aprendí mucho. ¡Ave María!

Por fin termine el tercero de bachillerato con más pena que gloria, el paso lento de los días acrecentaban mi soledad y me empujaban despacito en el vacío. En los dos meses de vacaciones me puse a trabajar, hice chuspas de aliños y de periódico de esas que se usan todavía en las tiendas para envolver revuelto, luego hice máscaras para la época decembrina. Me ganaba $40 quincenales, una parte del dinero se la di a mi mamá y con la otra compré los zapatos del colegio y algunos útiles escolares. Así me fui preparando para el año escolar siguiente.

¡Para que hagas buena letra y no manches el papel!

Estudiaba en el colegio parroquial cercano a mi casa, era un colegio pequeño pero a mí me parecía muy grande y bonito además de organizado y de muy buen nivel académico. Era muy acogedor, pertenecía a una comunidad de religiosas muy diligentes. Allí estudié nueve años. Mejoré mis primeros trazos al ritmo de: “Manecita rosadita, muy experta yo te haré para que hagas buena letra y no manches el papel”, y terminé el cuarto año de educación básica secundaria con muy buenas notas.

Aunque había muchas y muy buenas estudiantes, yo sentía que las hermanas me querían mucho y me tenían muy en cuenta, pues tenía muchas aptitudes, cantaba, bailaba, declamaba, hacía teatro, pintaba, jugaba en el equipo de basquetbol. Desde muy pequeña participaba en la explicación de la Homilía[2], lo hacía con tal propiedad que al sacerdote le causaba cierta gracia y admiración, pues yo era muy pequeña

[2] Comentario libre sobre las lecturas de la Biblia realizado en la misa.

y menudita. Razones que me pusieron muy cerca a ellos y los lazos de amistad con mi papá se estrecharon, contando con él para que de vez en cuando les colaborara con su granito de arena. Cuando él falleció y las hermanas conocen de las intenciones de mi mamá de no darme más estudio, me otorgaron una beca para que terminara el cuarto de bachillerato. Muy a su pesar, mi mamá permitió entonces el que culminara el ciclo básico de enseñanza media comercial, pues tenía la idea de que sería el último año y así podría dedicarme a trabajar.

Volvieron las vacaciones de fin de año escolar de julio a agosto y con ellas el intenso sol de verano, los VI Juegos Panamericanos y mis 17 años. Cali, ciudad deportiva por excelencia, venía desde la década del 60 sufriendo un proceso de deterioro en todos los niveles, se palpaba un estancamiento del gran impulso industrial de los años 50. Seguíamos siendo la tercera ciudad del país, pero su infraestructura iba en descenso. Los juegos lograron cambiar la actitud de los caleños. Una nueva fe se sentía y se empezó a proyectar una ciudad con gran capacidad de realización, el deporte dejó un gran provecho en nuestra región, especialmente en su infraestructura; se construyeron obras como el Hotel Intercontinental, la Unidad Deportiva Panamericana, etc.

Mi espíritu se contagió también de este ímpetu y por esos días logré emplearme como vendedora en un almacén de cadena, una semana después como cajera del mismo, ascenso solo nominal otorgado gratuitamente por mi cuarto de bachillerato, ya que la mayoría de las empleadas no tenían ni quinto de primaria, pero la rutina era agobiante, los gritos de: ¡A la orden!, ¡siga!, ¡qué se le ofrece!, empujaban lentamente las horas en un angustioso deseo de terminar la tediosa jornada. Todas las noches, le juraba pasito a mi cansancio infinito, que no volvería a trabajar en un empleo similar.

El 16 de julio cumplí años, mis hermosos 17 años. Al salir del almacén me esperaban dos amigos: Amanda, amiga inseparable por aquella época, me regaló un diario que aún conservo, solo escribí en él la primera página ese día, y Omer, un joven estudiante de arquitectura quién se había hecho conocer por mí, a través de una carta que me envió un mes antes de morir mi papá y al que después de unos meses y muchas cartas acepté como novio. Mi primer novio. Omer. Cómo describirlo: inteligente, yo diría que ideal, escribía de una manera tan

linda que me confundía, descubrió en mí cualidades que nunca imaginé yo tener, o que más bien había sepultado bajo el alud de insultos y sobrenombres que mi mamá permanentemente me decía. Creo que en algunos momentos me apropié de su letra, de sus dibujos, pero aún así mi mamá, los perros y mi insoportable timidez impidieron que volara en las alas del amor, una fuerte coraza escondió mis sentimientos y terminamos perdidos en el tiempo y en el espacio.

Corrían los últimos días del mes de agosto y yo aún no resolvía mis dos grandes interrogantes: ¿Cómo iba a seguir estudiando?, ¿qué alternativa tenía? La verdad es que mi papá no había nadado en la abundancia, pero había dejado suficiente como para que por un buen tiempo ni a mi mamá ni a mí nos faltara nada, incluyendo los gastos de mis estudios, pero ella seguía firme en su decisión, no gastaría un solo peso en mi. En una de las visitas que yo le hacía al padre Germán, párroco de mi barrio, quien se había convertido en mi amigo y confidente, le comenté mi inquietud y él sin mencionar promesa alguna, habló con las hermanas del colegio y me extendieron la beca para continuar en el colegio principal, que la comunidad tenía en las afueras de la ciudad. El único y pequeño inconveniente era que allí estudiaban las niñas más ricas de la ciudad y mis condiciones, en ese aspecto, me situaban en una posición de gran desventaja. A mi favor contaba el hecho de que la directora de mi antiguo colegio era en ese momento la madre superiora de éste. Acepté el reto, aunque a veces es peor el remedio que la enfermedad e ingresé a hacer el quinto de bachillerato.

Renuncié al trabajo y con multitud de expectativas le comenté a mi mamá lo de la beca, fue tal su reacción, que por poco me saca por la ventana del segundo piso, estaba fuera de sí y rotundamente dijo: "¡Ni se haga ilusiones señorita que yo no le voy a dar ni un solo peso, usted verá cómo hace, no faltaba más!". De tal forma que las cosas empeoraron y si antes mi mamá me cogía del pelo y me restregaba los errores en la cara, ahora me castigaba porque si o porque no, hacía cualquier cosa para ponerle trabas a mi estudio. Cerraba muy temprano la puerta que conducía al portón de la calle, algunas veces tuve que saltar por la ventana que daba a las gradas y salir por el primer piso para ir a hacer alguna consulta, pues no me gustaba presentarme al colegio sin tareas y mucho menos poner en peligro mi beca por bajo rendimiento

académico. Como era obvio, ella terminaba notando mi ausencia y me esperaba con perrero[3] en mano.

A las ocho de la noche, según ella, todos los quehaceres tenían que estar terminados y todo mundo dispuesto a dormir. Todo mundo es un decir, porque generalmente solo estábamos las dos, los perros y el gato, o muy de vez en cuando la Bolita o Yolanda, que venían por temporadas. Apagaba la luz y no se podía volver a encender, porque según ella, nadie iba a ayudarle a pagar el desperdicio. Cuando ella se encerraba en su cuarto, yo salía despacito, prendía una vela o me sentaba al lado de la ventana y con la luz de la bombilla de la calle, terminaba mis tareas o leía. Me encantaba leer así, me leí entre algunos a *Cien años de Soledad*, *Los hermanos Karamazov* de Fiódor Dostoyevski y *La Madre* de Máximo Gorki, libros que solo muchos años después pude entender. Otras veces prendía el radio pasito, me tendía en el suelo, pegaba el oído al parlante y disfrutaba un programa de poesía dirigido y declamado por Luis Ariel Acosta, llamado ¡*Cita para el romance!,* ¡cómo me encantaba! A través de la poesía me escapaba a otros mundos a soñar. Algunas veces cogía mi cobija, me salía por una claraboya ubicada arriba del aparador de la cocina, por allí, salía a las gradas subía a la terraza y me tendía en el suelo a observar las estrellas que con su titubeante titilo me confiaban sus fantásticos secretos.

El bus del colegio me recogía a las 6:00 a.m. en la Ermita, yo llegaba allí en bus urbano, tenía que salir como mínimo a las 5:00 a.m.; era una tragedia mi madrugada, aunque siempre lo había hecho, alguien me tenía que llamar y ahora mi mamá había dicho: "El que tiene su cuidado no se lo deja a nadie". Ella no me llamaría. Doña Matilde, la vecina del frente, se levantaba a las 4:00 a.m. todos los días a hacer arepas para vender, tuve que pedirle el favor de que tocara el portón de la calle tan duro como pudiera, ojalá con una piedra hasta que ella viera que se encendía la luz y así lo hizo durante buen tiempo.

La jornada en el colegio era larga, de 7:00 a.m a 2:00 p.m, allí mismo almorzaba, porque mi mamá no me guardaba y solo comía cuando estaba ella de buen genio o Bolita, que cuando estaba, escondía algo para mí. A medida que transcurría el tiempo, la situación se hacía

[3] Rejo de tres cuerdas.

inaguantable y mis necesidades aumentaban. Afortunadamente yo parecía tener un ángel que velaba por mí y como algunos de los hijos de mis vecinas presentaban dificultades con sus tareas y con su estudio, sus mamás me pedían el favor de que de vez en cuando trabajara con ellos explicándoles y orientándoles sus tareas y lecciones, que ellas me reconocerían algún dinero por ello. A veces me daban $ 5.oo, $ 8.oo por cada hora, así solventé mi transporte y algunos gastos mínimos. Los sábados en las mañanas ayudaba a las monjas con la catequesis y también les enseñábamos a leer y escribir a muchos de los niños que asistían a ella.

Por las tardes iba a las reuniones del grupo juvenil cristiano, al que había ingresado desde que estaba en cuarto de bachillerato. Teníamos un programa de trabajo comunitario en las invasiones cercanas. Como el director era un estudiante de último año de medicina, organizábamos diferentes brigadas de salud y nutrición, aseo, alfabetización y modistería básica. Era muy interesante, porque mucha gente se beneficiaba con el programa, además los resultados eran muy halagadores y a corto plazo. También hacíamos jornadas de recreación y en época de Navidad les enseñábamos a hacer tarjetas y adornos para su casa. De todo esto se prendió mi mamá para decir que yo andaba en malos pasos, pues me la pasaba, según ella, andareguiando la calle con una partida de mariguaneros y que ella eso no lo iba a permitir más. "¡Se compone o se va a donde pueda vivir sin Dios y sin ley!", me dijo.

"La única fórmula aceptable es excavar en uno mismo hasta encontrar el mapa". Mario Benedetti

No recuerdo cuando, ni cómo empecé a pensar en irme de la casa, creo que fue a finales del año lectivo. Esa idea daba vueltas y vueltas en mi cabeza, hasta que un día me decidí y saqué mis libros y algo de ropa, los que guardé donde una vecina, mamá de una amiga mía del otro lado de la cuadra. Harold, un muchacho amigo y compañero del grupo juvenil, más tarde mi novio, quien con su compañía alivió y me ayudó a superar momentos muy difíciles, fue quien me colaboró en dicha empresa, él sabía que era la única alternativa que tenía. El día que había decidido volarme y ya salía, mi mamá cortó el paso y me dijo sin ningún miramiento: "¡Ah! Conque con esas tenemos, claro, así paga el diablo a

quién más le sirve", me quedé petrificada, mientras ella seguía: "Pues bien, aquí no vas a volver langaruta infeliz, ¡porque te rompo la mula con la puerta!". Yo le contesté muy segura: "No se preocupe mamá, que si algún día tengo que volver me tomo un veneno antes", y salí. ¿Saben? Me sentía tan mal, tan culpable, tan ingrata, creo que en el fondo me dolía dejarla. ¿Pueden ustedes creerlo? No, ¿verdad? Pero nunca más volví. Muchas veces pensé que había cometido un error, pues no sabía qué era más difícil, si vivir en esa casa o fuera de ella, pero en mis condiciones lo menos grave era vivir fuera. La poca familia que tenía cerca, eran los hijos de mi papá, hermanos(as) de crianza, pero no recurrí a ellos porque su situación económica era escasa y suficiente tenían con su obligación.

Por esa época se casaba una amiga mía, Myriam. Con ella había compartido muchos momentos de nuestra vida escolar, desde que iniciamos las primeras letras, hasta el tercero de bachillerato y al calor de su boda y el cariño de sus padres, me fui a vivir con ellos un tiempo. Pasada una temporada me fui a vivir donde la mamá de mi amiga, donde inicialmente me habían guardado la ropa y los libros, allí doña Melba me acogió con cariño y me brindó estadía por algún tiempo. Yo le retribuía, colaborándole en los quehaceres de la casa y orientándole las tareas a sus hijos menores. Mi mamá siempre decía que el acomedido come de lo que está escondido. Terminé el quinto de bachillerato con más pena que gloria.

Conseguí un trabajo con la Universidad del Valle para realizar encuestas sobre el servicio de urgencias del Hospital Universitario del Valle y del Hospital San Juan de Dios. Había dos turnos, el diurno y el nocturno. En el primero cada entrevista la pagarían a $ 10.oo y en el segundo a $15.oo; este turno, que tenía un horario de 6:00 a 12:00 p.m. era el que me favorecía. Hasta ese momento yo había guardado un riguroso luto, una pena y un vacío tal, que en nada me ayudaban. Pensé entonces que era el momento de romper con esa actitud derrotista y autocompasiva y reemplazarla por una positiva, que de seguro era lo que mi papá hubiera querido; tampoco volví al cementerio y me aferré a la idea de que su presencia y afecto eran raíces muy profundas como para impedir que me derrumbara. Inicié en el Hospital Universitario, luego continué en el San Juan de Dios, compartí esta jornada con

una chica que estudiaba derecho en la Santiago y de la que nunca volví a saber.

Los vientos de agosto parecían haber despejado cualquier nubarrón posible y volví al colegio para hacer el sexto de bachillerato con una maleta de ilusiones, seis cuadernos y un lápiz. El mismo horario, mis compañeras las mismas, tan ajenas e indiferentes como siempre, vivían inmersas en su glorioso mundo y yo en el mío tan sombrío. Alterné con pocas y solo con una de ellas, Fabiola, entablé cierta amistad; hacer amigos no era mi fuerte, pues mi timidez e inseguridad me aislaban.

Una tarde cualquiera me disponía a salir a trabajar, cuando doña Melba se acercó y me dijo: "¡Carmelita, me da pena lo que le voy a decir, pero es mejor que busque para donde irse!". Desconcertada le pregunté: "¿Por qué?, ¿qué hice?". Ella dijo: "No, nada, yo soy la primera que lo siente, pero la gente anda diciendo, que quién sabe si es cierto que usted trabaja en el hospital y de noche todavía y la verdad yo no me quiero meter en problemas y menos con su mamá que también anda por ahí diciendo cosas". Era obvio que ante la obligada vecindad con mi mamá, ella no había dejado de inventar y formular calumnias; algunas veces me la encontré, pero ni para qué mencionar los insultos y desaires que me hizo. Planteada la situación, me vi obligada a no causarle molestia alguna a doña Melba y acepté la invitación de una amiga del grupo juvenil para irme a su casa. Ella vivía dos barrios más arriba.

Al principio fue todo color de rosa, pero a medida que los días pasaban yo me sentía como parche donde no es el dolor, me sentía muy incómoda, pues no aportaba ni en dinero, ni en especie, como gratitud, a la gentileza de aquella familia. Las 24 horas del día no me alcanzaban para vivir, salía a las 5:00 a.m. y volvía a las 3:00 p.m., volvía a salir a las 5:00 p.m. para el hospital y regresaba a la 1:00 a.m. Pensaba mucho, dormía poco, comía igual y como era de esperarse, la represa no demoró en reventar, terminé en el hospital con fuertes dolores de cabeza, mucha fiebre y un desequilibrio emocional del que me fue muy difícil salir. La gota que rebozó el vaso la recibí en el colegio. Llegué a éste como siempre, me senté en mi puesto y me puse a mirar el libro de francés, mientras llegaba la profesora que había tardado un poco. De pronto, Martha, que estaba unos dos puestos más adelante empezó

a decir: "¡Uy! Sí que huele mal, ¿no sienten o qué? Alguien pisó algo y lo trajo en los zapatos. ¡Revísense!". Todas nos miramos y no, nadie tenía nada, pero sí empezamos a sentir muy imperceptiblemente el olor; no recuerdo bien si hubo o no clase. Lo cierto es que al rato ella volvió a insistir en lo mismo casi gritando. "¡He pues! ¡Si alguien tiene los zapatos sucios pues que se limpie!". Yo seguí inmersa en mis cosas, pero empecé a observar que a mi alrededor se hizo un vacío y Martha hablaba con otras niñas y me señalaba, yo me levanté y salí, creo que al baño por un momento y cuando regresé, debajo de mi pupitre había una escoba y restos de tierra. Llevé la escoba a un rincón del salón sin decir nada, luego me senté haciendo caso omiso de lo que apenas empezaba a entender, entonces Martha volvió y dijo: "¡Eh, pero tan cochina, que barra y se limpie los zapatos! ¡Qué le cuesta si ella es la única que viene de esos barrios que ni pavimentados son!". Empecé a oír mucha bulla, todo giraba a mi alrededor y salí corriendo del salón buscando cómo irme de ahí.

Me subí en un bus que hacía la ruta de la primaria y llegue al centro, iba conmigo un profesor, que salió coincidencialmente al mismo tiempo, y como yo lloraba sin control me acompañó hasta el bus urbano, no supe cómo llegué. Perdí la noción de la realidad y me hundí en un vacío. Una amiga que vivía al frente me contó luego, que lloraba y me reía con la misma intensidad de todo y de todos. Le avisaron a mi acudiente —el padre Germán— y él me llevó al hospital. A través de su secretaria, corrió con todos los gastos y todos los días me visitaba a las seis de la tarde; pasados unos días me llegó un dinero que recolectaron las compañeras para mí y los deseos de que me recuperara pronto. No acepté el dinero ni nada que viniera de ellas, pues lo que ellas intentaban era tranquilizar sus conciencias, si es que en algún momento fueron conscientes de lo que hicieron, pues supe después que el mal olor de esa vez era en todo el colegio, porque era ambiental, de lo que se enteraron cuando salieron al descanso.

Después de un tiempo prudencial y aún convaleciente, volví a mi vida normal, si es que podía llamarse así. Aunque mis ganas de vivir me ayudaron a superar ese impase, a ponerme la máscara y a presentar mi mejor función, había olvidado muchas cosas que tampoco me esforzaba en recordar. Volví al lugar donde vivía, pero según el panorama ya

no vivía allí. Habían metido mis cosas en una caja y las habían puesto en la pieza del rebujo, tomé una muda de ropa, la eché en una mochila, me despedí de la señora, le di las gracias y le pedí que me guardara la caja. Salí y empecé a caminar, iba y venía sin decir nada, no sentía angustia, no sentía nada, mi cerebro estaba congelado, no pensaba, hoy me quedaba en un lado, mañana en otro, en muchas partes me brindaron hospitalidad por uno, dos días pero hasta ahí no más. Hablé de nuevo con el padre Germán y él a su vez con la madre superiora del colegio y me ofrecieron la posibilidad de terminar el bachillerato interna. El domingo siguiente, a eso de las seis de la tarde recogimos mi valiosa valija, la caja y su *Lambretta* nos arribó al colegio.

Conmigo se internaron dos niñas más, ambas venían de Manizales a realizar el cuarto año de bachillerato. Gloria quien exactamente venía de Chinchiná, resultó ser hermana de una monja, que casualmente había sido mi profesora en tercero y cuarto de bachillerato en el colegio parroquial de mi barrio, a quien recordaba mucho. Era genial, de muy buen humor, pero seria y franca, alta y recta tanto en su andar como en su obrar, tan clara y precisa en sus apreciaciones que no había opción alguna para replicar o mentir. En una ocasión, por ejemplo, habíamos terminado de hacer el aseo del salón y todos se habían ido, nosotras habíamos ajustado la puerta y nos habíamos puesto a conversar y a jugar cartas, cuando ella entró y dijo: "¡Las pillé infraganti!, ¡son las 6:00 p.m. y no se han ido!". Su mirada fija nos hizo sonrojar, pero una leve sonrisa suya fue su pase de complicidad y comprensión ante nuestra pilatuna. A medida que uno va formando y moldeando su personalidad, va insertándole retacitos de comportamientos y actitudes de otras personas y yo creo que me apropié de algunos retacitos de la de ella. La otra chica, Teresa, no supe bien cómo fue su vinculación en el colegio; nos hicimos buenas compañeras y amigas, y aunque yo no hablaba de mis cosas, ella sí me confiaba las suyas. ¡Era tan alegre!

Unos meses después llegó Beatriz, sus papás se habían trasladado a otra ciudad y ella estaba cursando el tercero de bachillerato, así que tuvo que internarse, también nos hicimos buenas amigas. Fue muy bonito ese tiempo, éramos cuatro internas, compartíamos el mismo cuarto y dentro de éste, en uno más pequeño, una monja nos acompañaba. Las hermanas me cuidaron mucho y en cierta forma me consentían,

pues como aún estaba convaleciente no me obligaban a madrugar ni a ir a misa. Salía del cuarto a las 6:15 a.m. a desayunar, pues las clases iniciaban a las 7:00 a.m. Me fui incorporando a las clases lentamente, pues a la segunda o tercera hora tenía que retirarme, porque me agotaba con mucha facilidad, entonces me iba al cuarto a descansar. Las compañeras me recibieron normalmente y ni ellas ni yo comentábamos nada al respecto. Yo no hice reproche alguno, preferí olvidar el incidente y así evitar rencores. Lo importante ahora era no recaer y comenzar de nuevo. Por las tardes hacíamos las tareas, leíamos y bajábamos a lavar los uniformes, a veces íbamos a jugar a las canchas; era una vida apacible, pero muy monótona.

Funcionaba allí por las noches una escuela de alfabetización, mucha gente —adultos principalmente— de las veredas vecinas, venían a aprender a leer y a escribir, otros a recordar y reforzar matemáticas o a terminar su primaria. Me ofrecí entonces a colaborar con el programa. Me dieron español de quinto de primaria. Fue muy interesante, porque además de ocupar mis ratos de ocio preparando las clases, resultó ser una especie de terapia para mí, a la gente le encantaba trabajar conmigo y yo me sentía muy útil.

Allí me ocurrió algo muy particular con un señor alumno mío y que por más que yo analizaba la situación, mi inexperiencia y la falta de elementos cognitivos no me dejaban entender. Sin embargo, puse todo mi empeño por superarlo y darle el mejor tratamiento. Yo sentía una gran aversión hacia el señor cada vez que él me hablaba o se me acercaba, yo sentía que automáticamente se me disparaba un mal genio y un rechazo. Todos los días me imponía la tarea de dedicarle el tiempo necesario y con la mejor disposición para que él no se sintiera mal y pudiera superar sus dificultades. Solo después de enfrentar muchas situaciones y dificultades pedagógicas, leer y aprender poco a poco a solucionarlas de la mejor manera e incluso de enfrentar mis propios fantasmas, entendí el por qué de mi antipatía hacia el señor. No me van a creer los que les voy a confesar. pero así fue. Me di cuenta que el señor se parecía a mi papá biológico y de ahí el rechazo; afortunadamente el manejo que le di estuvo a la altura y por ello no me acompañó ningún sentimiento de culpa. Los seres humanos somos tan complejos y frecuentemente nos olvidamos de ello.

Los fines de semana generalmente lo pasaba allí en el colegio, pues no tenía mucho a donde ir y los costos, aunque eran mínimos, yo no tenía cómo cubrirlos, ya que el colegio quedaba bastante retirado de la ciudad. El padre Germán a veces me visitaba y me llevaba mecato[4], también lo hacían algunos de mis amigos del barrio, pero yo prefería que no lo hicieran, porque no aguantaban la curiosidad y ociosidad de asaltar la huerta o los árboles frutales: guayabas, mangos aguacates naranjas y zapayos engalanaban con su desfile la carretera hacia Cali y como era lógico, las consecuencias no se dejaban esperar. Las monjas llenas de coraje la emprendían contra mí, especialmente aquellas que no habían visto con buenos ojos mi estadía allí y no perdían oportunidad alguna para hacérmelo saber. Así como las había tan nobles y magnánimas las había resentidas y mezquinas.

En una ocasión la ecónoma me vio entrando en la camioneta de la comunidad —el chofer nos cotejaba a Teresa y a mi algunas pilatunas—. Ese día él había ido a Cali a llevar a la coordinadora de la alfabetización a la casa y yo aproveché y me fui con ellos a comprar una caja de helado que las otras internas me encargaron y a la vez a dar una vuelta, pues me moría de ganas por salir. cuando ella me vio me dijo: "¡Atrevida, abusiva! Este carro no es su particular, todavía se le está ayudando aquí, que no es nuestra obligación y usted no respeta". Yo no supe qué decir, a mí me parecía que tenía y no razón.

Otro momento que no olvido fue la vez que la directora, a quien poco conocía porque estaba recién trasladada, nos reunió en el comedor después del almuerzo y muy disgustada nos dijo: "Ustedes qué están pensando o qué se creen, ¿que la comida es para botarla?, ¿por qué no están almorzando?". Todas nos miramos y guardamos silencio por un momento. Luego yo dije: "Hermana la única que dejó el almuerzo fui yo, porque las papas que tenía el seco venían mal lavadas y con unos pasadores[5], que ni usted se lo hubiera comido". Casi al grito dijo: "¡No sea altanera que eso no es así, de la misma comida que nos sirven a nosotros, les sirven a ustedes!", "Pues a mi me da mucha pena hermana", le dije, "Si quiere tráigame el plato y verá, que además para su comedor

4 Golosinas.

5 Gusanos.

pasan ensaladas y unos platos que al nuestro no llegan". Ella repuso: "¡Insolente, al menos tienen la comida oportunamente y usted acostumbrada a aguantar hambre y tan exigente!". Yo respondí: "Tal vez hermana, pero en mi casa, me acostumbraron a que así fuera una agua de panela que me tomara, fuera limpia y bien hecha". Mis compañeras guardaban silencio, mientras la hermana se retiró con la cara encendida por el coraje.

Otro incidente que vale la pena mencionar ocurrió después de terminar una reunión de teatro que hicimos con una de ellas. Pretendíamos formar un grupo de teatro y esa tarde se quedaron conmigo algunas compañeras de diferentes cursos. La hermana nos brindó *Coca-Cola*, muchas de ellas quedaron empezadas o a medio terminar. Cuando todos se fueron, ella empezó a recoger los envases y los poquitos sobrantes los envasó formando unas cinco ó seis gaseosas. Viendo esto le pregunté: "¿Y eso para qué hermana?". "Ah no, esto es para que no se desperdicie, las empleadas se lo toman ahora en el algo". No pude disimular mi indignación y le dije: "Por qué para las empleadas; por qué no para sus compañeras, las otras hermanas?". "¿Cómo se le ocurre?", me contestó. Pensé: "Así somos los seres humanos, manejamos una doble moral en todas nuestras acciones".

Pasaron los meses y en marzo iniciamos la jornada de alfabetización obligatoria para quienes estábamos a punto de graduarnos. Alfabetizamos en Comfandi de San Nicolás. Allí tenían un programa de primaria para adultos, asistían a ella obreros, que en los turnos libres aprovechaban para terminar su primaria. Tomé las ciencias sociales de cuarto y quinto de primaria. Preparaba muy bien mis clases, hacía mapas, gráficos y cuadros sinópticos que facilitaron la comprensión de los temas. Ellos trabajaban con mucho entusiasmo, esa era mi mejor recompensa.

Las grandes decisiones y las despedidas no se hicieron esperar, había llegado el fin de año. Las monjas me ofrecieron una beca para estudiar bacteriología en Manizales, yo estaba sorprendida y muy entusiasmada, le comenté al padre, quien de inmediato me preguntó: "¿Y en calidad de qué te darían la beca?". Yo no entendía, el volvió y me dijo: "No creo que como seglar te sostengan la propuesta y no creo que estés interesada en irte como novicia". "¡No!, ¡claro que no!". El padre tenía razón, cuando aclaré las cosas, la madre superiora me dijo: "Consideramos

entonces que ya hicimos lo suficiente, apenas te gradúes te tocará asumir la responsabilidad de ti misma".

Beatriz, Teresa y Gloria reunieron el dinero de los derechos de grado equivalente a $150.oo y me lo dieron de regalo. Me acompañaron en la ceremonia y los papás de Beatriz me invitaron a almorzar en un lujoso restaurante de la ciudad. El padre me llevó a comer con unos amigos suyos y luego volví al colegio para empezar a recoger mis cosas. Mis amigas hacían lo propio, la única y gran diferencia era que ellas tenían un lugar seguro para ir, en cambio, yo no sabía para donde ir.

"¡De los rayos de luz del sueño puro, haz lanza de combate soñador!" *A un poeta*, Anthero de Quental

Viajé a Bogotá y busqué a mi mamá biológica, idea que había rondado mucho tiempo en mi cabeza. Para ella fue un motivo de alegría, para mí era más curiosidad que otra cosa. Estuve unos muy pocos días con ellos, no me sentía muy bien allí, pues los lazos afectivos eran muy débiles, supongo que más de mi parte. Allí me enteré que mi mamá —mi abuela— le había escrito una carta diciéndole que yo me había vuelto inmanejable desde que había muerto mi papá, que andaba tarde en la noche con una partida de vagos y que quién sabe qué tenía con un tal sacerdote con el que andaba y que al parecer me iba muy bien, que ella me había llamado la atención y que yo había preferido irme de la casa y que hasta allí había llegado su responsabilidad. Con este documento en mano, mi mamá biológica quiso retenerme y ejercer su autoridad sobre mí, pues era menor de edad —18 años— y cualquier juez fallaba a su favor, pues en esa época la mayoría de edad se adquiría a los 21 años.

Traté de hacerle entender mis razones, que obviamente ella no aceptaba. Cogí mi maleta y me regresé. Volví a mi barrio y me quedé un mes más o menos, donde un hermano de crianza, pero yo era incapaz de recargarle más la obligación. Mientras tanto, estreché amistad con la hermana Bernarda, encargada del centro de salud contiguo a mi antiguo colegio, allí me convertí en su mano derecha, le colaboré en la farmacia, luego en la toma de signos vitales previos a las citas médicas y por último, en la toma de muestras de sangre.

Mi salud comenzó a quebrantarse de nuevo, pues no me alimentaba ni bien ni a la hora, entonces ella me invitó a su casa mientras las otras religiosas estaban de vacaciones. Con ella se encontraba otra hermana a quien le pareció muy buena idea. Así que me fui con ellas esa temporada. Los primeros días ellas me atendieron y mejoré de nuevo rápidamente, luego nos distribuimos las actividades y pasamos unas vacaciones muy agradables y tranquilas. Regresaban las otras hermanas y yo tenía que irme, también se acercaba la época de planear y organizar las actividades administrativas y académicas del año lectivo 1973-1974 del colegio. Me encargaron el inventario y la organización de la biblioteca, así conocí a la nueva directora del colegio, la hermana Ana María. Renovar contratos y contactar nuevos profesores fue su prioridad. Necesitaban un profesor de sociales para segundo y cuarto de bachillerato, así que me ofreció dicha vacante, no sin antes haberse informado de mis capacidades y posibilidades. A mí me encantó la idea, porque además de ser una de mis áreas preferidas y de tener algo de experiencia era una puerta que se me abría. Con la colaboración y supervisión suya, empecé el trabajo de planeación al que me dediqué con todo interés y entusiasmo. Con esa perspectiva busqué una pieza en una casa de una familia conocida de mi papá. Allí me arrendaron con cama incluida un cuarto, con el privilegio de poderlo pagar cuando recibiera el primer sueldo.

Esa fue mi gran oportunidad y mi primera experiencia formal como maestra, me dediqué de lleno, estudiaba y preparaba minuciosamente mis clases. Completé la carga académica con educación física de primero a cuarto de bachillerato, hoy sexto a noveno. Muchas de las alumnas del último grado habían sido compañeras mías de colegio, cuando yo estudiaba allí en cuarto de bachillerato, ellas estaban en ese entonces en primero de bachillerato, por lo tanto, no había mucha diferencia cronológica entre ellas y yo, factor que favoreció e influyó positivamente en mi labor, porque más que maestra fui amiga y confidente, nos entendíamos muy bien y me respetaban mucho, porque terminé siendo un modelo para ellas y no querían defraudar mi confianza. Al principio algunos padres estaban recelosos por mi juventud y poca experiencia, pero al paso de los días con mi trabajo y dedicación cambiaron de opinión. Jamás confundí los límites; yo les brindé toda mi capacidad, todo mi apoyo y amistad, y ellas me respondieron, con

respeto, colaboración y admiración. Hasta ese momento aún me comunicaba con mis amigas del internado, que habían vuelto a estudiar. Tanto es así, que en vacaciones de Semana Santa pasé unos días con Beatriz y su familia en Popayán, después no volví a saber de ellas, aún no sé por qué.

Para el siguiente año lectivo y por intermedio del padre, me vinculé a una escuela oficial que tenía además de otros aportes, maestros nombrados y pagados por el Ministerio de Defensa, pues allí estudiaban hijos de los empleados de esta institución. Me dieron el primero de primaria, pero como yo no era normalista, empezaron a surgir dificultades. A pesar de esto la directora que era muy amiga del padre inicialmente, no tuvo mayores reparos. Sin embargo, yo sabía perfectamente de mis falencias metodológicas y pedagógicas, pero conocía también mi capacidad de aprender y mi convicción por hacer las cosas bien, así que asumí el reto. Las otras compañeras creo que todas eran normalistas y con muchos años de experiencia docente, así que supuse que podría aprender mucho de ellas. Sin embargo, me parecía que aunque conocían bien su labor no estaban muy comprometidas con ella o simplemente ya estaban cansadas de tanto tiempo de servicio y de los pocos incentivos que brinda el magisterio oficial. Había dos que todavía trabajaban como con entusiasmo.

Lo primero fue matricular a los niños, pero había además de requisitos, ciertos reparos. Niños menores de siete años que no se podían recibir en primero y mayores de 13 deberían ir a otra formación —creo que ya para adultos—, y los niños con ciertos defectos físicos tenían que buscar instituciones especializadas. Sin querer contravenir las normas, me sentí en la obligación de hacer algunas excepciones que no fueron muy bien vistas. Por ejemplo, recibí a una niña de cinco años, Beatriz, cuyo desarrollo cognitivo estaba muy por encima de su edad y me pareció que perfectamente tenía capacidad para hacer el primero de primaria. Además, era una oportunidad que la niña no podía perder, pues la abuela que trabajaba de empleada interna en una casa era lo único que podía brindar. Al principio fue muy difícil lograr que se integrara al grupo, no quería alejarse de su abuela, pero poco a poco con algo de firmeza y mucho cariño lo conseguí, hasta que se apropió tanto de su papel, que su paso por la primaria fue muy brillante y fluido.

Otra excepción que hice fue con una niña que ya tenía 13 años y no había podido superar el primer año de primaria a pesar que, según la mamá, lo había intentado varias veces, pero siempre se había encontrado con maestros que la gritaban, o ridiculizaban y entonces ella se atemorizaba de tal manera, sufriendo un bloqueo que le impedía avanzar. El trabajo con Gertrudis fue lento pero seguro, hubo momentos de regresión, pero retomábamos el proceso sin afanes ni presiones, hasta que ella tomara confianza en sí misma, solo así logró superar sus dificultades. Continuó con toda normalidad, supe con el tiempo que trabajaba como secretaria en un consultorio médico, se había cambiado el nombre por el de María Elena y era la novia de un pediatra.

Un caso similar por la edad fue el de Fabio. El sí me dio problemas, porque era muy indisciplinado pero era buen alumno; su progreso era notorio, pero la directora estuvo a punto de expulsarlo. Me opuse y asumí la responsabilidad por su comportamiento y logré que terminara el año felizmente. Claro que fueron casos a los que había que darles un tratamiento particular e intensificar el trabajo en ratos libres para poder nivelarlos con otros niños, además de hacerlos sentir importantes y útiles; como eran los mayores se convirtieron en mi mano derecha en el grupo.

Recibí también una niña con labio leporino, cuya pronunciación era dificultosa y no se le entendía casi. “Esa niña es mejor que la lleven a una institución especial, donde la puedan atender adecuadamente, aquí no se le entiende nada”, comentó una profesora de manera casi ingenua y creo que con la mejor intención. Hice caso omiso al comentario de la profesora y comencé a trabajar con Marina. Primero aprendí a oírla y entenderla. Luego le enseñé poco a poco a los niños a hacer lo mismo y a respetarla, pues se burlaban al principio de ella. Todos fuimos entendiéndola y a medida que los días avanzaban su pronunciación mejoraba. Su proceso de aprendizaje se desarrolló normalmente y nunca necesitó de una educación especial, solo de un poquito de paciencia y dedicación que derribara el tabú y la prevención. Volví a verla cuando estaba cursando el segundo año de bachillerato, ya se había sometido a una cirugía.

Creo que fue allí donde empecé a hacerme maestra y aunque no sabía de las directrices pedagógicas de una Normal, me enamoré de mi

trabajo y lo hice con gran dedicación y entusiasmo. Era un grupo muy numeroso, a veces me sentía medio encartada. ¡Como gallina criando patos! Porque todos y cada uno reclamaban mucho de mi atención, inclusive en los recreos yo jugaba con ellos hasta terminar con la ropa desgarrada, pero fue maravilloso ver que en abril y mayo aún con todas mis deficiencias metodológicas, ellos ya leían y copiaban al dictado. Había un caso muy particular de un niño que no leía ni escribía, porque era miope pero manejaba con una habilidad el cálculo matemático y tenía una memoria excelente. A raíz del seguimiento que se le hizo, logré que la institución donde trabajaba el papá asumiera los costos de un tratamiento adecuado, pues era una familiar de escasos recursos.

Ser maestra no me vino como una vocación innata. Empecé a construir lo que sería mi profesión definitiva, poco a poco, con todas sus alegrías y angustias, con todos sus anhelos e inquietudes. En cada carita afloraba la esperanza de encontrar en su maestra dulce y cariñosa, pero firme y segura, alguien que canalizara y guiara sabiamente sus constantes y numerosos ´por qués´; unos tímidos, otros tan explosivos, pero todos tan ingenuos. Recuerdo aún a César que con su carita de luna, muy pálido pero totiado de la risa, me decía una vez que los llevamos a la rueda: “Señorita, me gomito... me gomito...”.

He admirado mucho a las maestras normalistas, las que he conocido ya sea como mis maestras, como compañeras o como maestras de mis hijos. ¡Lo hacen todo tan bien! Carteleras, letreros, dibujos , informes, etc. Son muy organizadas y muy estrictas, pero sentía cierta decepción al ver a algunas tan ajenas e indiferentes con los niños, parecía que disfrutaran con esa especie de régimen del terror que imponían a su paso. Confundían la exigencia con la intransigencia y sin pretender juzgarlas, ni mucho menos calificar su trabajo como bueno o malo, pienso que sentían temor de interaccionar con los niños y mostrarse tan humanas y tan frágiles como ellos, pues eso sería complicarse la vida. Era más sencillo enseñar, como les habían enseñado a ellas, que debían enseñar para ser buenas maestras. Había algo así como una ruptura entre el quehacer pedagógico, cognoscitivo y el aspecto afectivo. Yo, en cambio, me había involucrado de tal manera con los niños, que poco a poco fui aprendiendo que la interacción maestro alumno no obedece solo a un diseño institucional o al buen uso del material didáctico, sino

a una relación personal cargada de calor humano, donde el actor básico es el maestro, quién al intercambiar con su alumno no solo construye un conocimiento, sino que tiene la posibilidad de reconocer en él un ser humano; lo cognoscitivo no debe excluir el aspecto afectivo para lograr resultados en el proceso de aprendizaje.

Esta fue, diría yo, la razón que llevó a los padres de familia a protestar ante la Secretaría de Educación con oficios y pancartas, cuando en el siguiente año lectivo la supervisora de la zona que no me conocía ni a mi, ni a mi trabajo, en una visita que hizo me dijo: "Profesora, no se quién es usted, ni mucho menos cómo llegó aquí, pero mientras yo esté aquí en este cargo no voy a permitir que una bachiller esté al frente de un curso de segundo de primaria, mientras hay cantidad de normalistas esperando que las nombren". La directora que estaba junto a nosotros, sin poder ocultar su gratuita animadversión se dirigió hacia mi y dijo: "Desde el año pasado le había dicho lo mismo, pero como ella viene como aporte del Ministerio de Defensa yo no podía hacer nada". "Yo sí", dijo la supervisora y siguió hacia la dirección. Lo más lamentable era que yo no tenía ni idea de cual era el procedimiento legal efectivo a seguir para que no me quitaran el grupo. A veces pienso que tanta falta de malicia es más bien estupidez que otra cosa. Tardíamente me enteré que lo que a mí me faltaba era un buen padrino político. Me quitaron el grupo y me ubicaron como profesora de manualidades, pues mi nombramiento terminaba en diciembre de 1977 y apenas estábamos en octubre. En mi reemplazo, nombraron una niña normalista muy buena gente, pero que al año siguiente renunció para irse para el extranjero.

Trabajar en el campo de las manualidades fue una experiencia muy enriquecedora, pues me parecía una buena oportunidad para estimular en ellos su creatividad y así vincular el arte y el trabajo manual con la vida cotidiana, donde ellos pudieran aprovechar al máximo los recursos del medio con un mínimo de inversión. Como éramos dos profesoras en el mismo campo nos distribuimos los grupos y trabajamos las manualidades en todas sus facetas: modistería, culinaria, bordados, tejidos, elaboración de bolso y zapatos, arreglos navideños, tarjetería etc.

En vista de mi inestabilidad laboral y las pocas posibilidades que tenía para que me nombraran como maestra oficial y de la urgencia de capacitarme para no solo respaldar mi trabajo, si no para proyectarme

con altura en cualquier campo que me desempeñara y en un futuro casi que inmediato, me presenté a la facultad de derecho en la Universidad Santiago de Cali. Ingresar allí no fue fácil y en casi tres semestres que me sostuve como asistente, no logré reunir el valor de la matrícula. Mi sueldo no era gran cosa, escasamente me alcanzaba para el arriendo del cuarto donde vivía, transporte y comida; nada de moda, cine o diversiones, esos resultaron ser mundos extraños y ajenos para mi, máxime cuando en un acto sentimentaloide y poco práctico había asumido la responsabilidad de mantener a mis dos hermanas biológicas a quienes creí que podía sacar adelante, primero una, luego otra. Con lo que yo no contaba, era que ellas no estaban muy interesadas en superarse. Con ellas me convencí de que, no hay cuña que más apriete que la del mismo palo.

En la facultad de derecho conocí a un joven quién desde un comienzo se convirtió en un gran amigo y compañero. Chucho le decíamos todos. Conocía muy bien de la tramitología y del ambiente universitario. La verdad es que me evitó muchos dolores de cabeza y me aconsejó mejor, que tratara de estudiar una carrera a fin con mi trabajo y cuando económicamente estuviera mejor, pensara entonces en el derecho. Él mismo me inscribió en la facultad de educación en la licenciatura de ciencias sociales y me ayudó a conseguir media beca con una fundación que colaboraba a estudiantes de escasos recursos.

La academia me golpeó muchísimo más que ni en la misma facultad de derecho y aunque éramos como 73 y a muchos les pasaba igual, yo me sentía muy sola y me parecía que solo a mí me iba tan mal. Yo, que venía de un colegio privado y más aun de religiosas, con una formación tan conservadora y mojigata y que jamás había oído hablar sobre Marx, Engels, Lenin o del capitalismo, del que solo había leído lo que decía muy sesgadamente el librito de la *Doctrina Social Cristiana*, no podía sentirme más que aterrorizada pasando a una institución tan librepensadora como la Universidad Santiago de Cali. En esos momentos, cuando, el profesor Paredes en fundamentos de las ciencias sociales me decía: “Señorita, entonces según Lenin, ¿qué es Estado?”. Yo que me había aprendido de memoria el significado que el pequeño *Larousse* tenía de Estado, se lo repetía textualmente como mi mejor lección, entonces él replicaba: “Miren aquí, la niña cree que el Estado es como

una guanábana que vuela, ustedes que dicen?". Y todos soltaban la carcajada. Lo que más me desconcertaba era que él decía que el Estado era un aparato. Yo no podía entender, en ese momento, por qué el Estado podía ser un aparato. Muchos compañeros se ofrecieron a estudiar conmigo y formar un grupo de estudio permanente, pero primaba más el interés de ganárselo a uno políticamente para uno u otro grupo. Me tocó leer y releer mucho para superar mis dificultades.

En tercer semestre estreché amistad con uno de mis compañeros a quién yo admiraba por su capacidad para analizar y comprender los temas que a mí me causaban tanto escozor y además por su fluidez para expresarse. Con motivo de mi cumpleaños, lo invitamos a él y dos compañeros a la casa de una amiga para celebrar. Un par de meses después nos hicimos novios, juntamos nuestros sueños, hicimos un solo equipaje y con la bendición del padre Germán Silva nos casamos, precisamente el día de mí siguiente cumpleaños julio 16 de 1977. Con su compañía, su apoyo y su afecto logré acercar poco a poco las dos orillas, una la de mis vivencias y conceptos y otra la que me ofrecía la universidad. Así fue que en el primer semestre de 1980, en febrero, tuvimos nuestro primer bebé y en agosto obtuvimos el título de licenciados en ciencias de la educación, especialidad ciencias sociales. La universidad no nos dio soluciones definitivas como recetas para enfrentarnos a la vida, pero nos dio muy buenos elementos para encontrarlas.

En diciembre de 1977 yo había renunciado al trabajo de la escuela donde me desempeñaba como profesora de manualidades, pues hacía ya cuatro meses había ingresado a otra institución, también del Ministerio de Defensa, como profesora de tiempo completo de ciencias sociales. Era mi segunda experiencia formal como maestra, pero ya con una capacitación acorde y aunque era un nivel diferente, secundaria, entrañaba retos e interrogantes similares.

Trabajar allí, según muchos, era todo un caché[6] que no era fácil lograr, claro que yo había tenido mi ayudita, pues iba recomendada por el padre, que aunque de lejitos, no me desamparaba. Sin embargo, con el tiempo me convencí —obvio que para mis adentros—, de que el "tigre no es como lo pintan". Era innegable que la institución gozaba

[6] Lujo.

de muy buena reputación por su buen nivel académico y disciplina y quienes trabajamos allí, deberíamos hacerlo con la misma altura. Independiente de si era o no, una institución con buena reputación, me dediqué a realizar mi trabajo con el mismo ímpetu de siempre. No me cansaba de estudiar y aprender cosas nuevas que me ayudaran a mejorar cada día mi quehacer pedagógico. Hacerme de los alumnos su amiga y confidente fue una muy buena estrategia para que el proceso de enseñanza y aprendizaje arrojara resultados positivos. Pude observar algo muy particular en mi interacción con los alumnos y que a través del tiempo y en otras experiencias, se conserva; aunque se tenga muy buenas relaciones con ellos uno no deja de ser su superior inmediato y por lo tanto, hay que —a veces— sentar precedentes con respecto a la disciplina o al rendimiento académico. Ante un llamado de atención, por fuerte que fuera, los muchachos aunque enojados temporalmente, reconocían su falta y hasta le agradecían a uno por la represalia, mientras que las niñas —con algunas excepciones—, se resentían y nada las hacía reconocer y rectificar su falla.

Los contratos eran anuales, de enero a diciembre. Habían pasado dos años y mi continuidad parecía asegurada, pues hasta el momento la observación y evaluación del rector y de la directora eran positivas. Sin embargo para septiembre de 1979 me llegó una carta de la dirección, donde daban por terminado mi contrato. Para esa fecha yo contaba con cuatro meses de embarazo, estado del que muchos ya sabían, además a simple vista era de dominio público. Parece que esa fue la razón para no tenerme en cuenta para el año lectivo siguiente. Contradictoriamente, el hecho de estar embarazada, estaba por encima de cualquier razón legal que me dejara sin empleo. Así se los alegó un abogado laboral que conocí en la oficina de trabajo y que aunque no había terminado su carrera, y por estar vinculado al sector oficial no podía litigar abiertamente, fue quien me asesoró y redactó un oficio que hablaba además de mi estado, de hacer pública en prensa y en radio tal situación, ya que ellos mismos acababan de sacar una revista en pro de los derechos del niño, por aquello de que ese era el año internacional del niño. No hubo necesidad ni de demandar ni de hacer publicación alguna, pues me reincorporaron al trabajo y me cancelaron los meses que habían transcurrido. Dicho abogado no me cobró un solo peso, solo me pidió que cuando pudiera le regalara un buen libro de derecho.

Mi hijo Omar Julián nació el 8 de febrero de 1980, como ya lo había mencionado antes y cuando me incorporé de nuevo a mis labores, todo parecía estar en completa calma. Sin embargo, solo en diciembre de 1981, entendí por qué ese año tuve tantos tropiezos, que aunque no daban para evaluarme negativamente, iban encaminados a aburrirme. Me quitaron las ciencias sociales y me dejaron solo religión y filosofía (esta me encantaba), además de revisarme todas las conferencias que se entregaban a los alumnos. El sacerdote capellán de esa institución supervisaba mis clases y me decía: "Profesora, ¿por qué no les enseña a rezar o las partes de la Santa Misa?". Yo le decía: "Claro padre ,eso ya lo saben, pero dentro de mi planeación tengo justificado el por qué trato de enseñarles que no basta solo saber rezar si no que hay que aprender a dar testimonio de vida cristiana, poniendo en práctica todos esos principios de que usted habla". No le gustaba mucho, pero tampoco encontraba razones para quejarse.

En junio de 1981 llegó una visita de auditoría de Bogotá sin yo saberlo, pues se me había acusado de falsificar en una fórmula médica la firma del doctor que autorizaba su entrega. Ciertamente era algo costoso, pero no tanto como para llegar a esos extremos de mi parte y las veces que me la habían recetado, siempre me la habían autorizado, sin problema alguno, porque la situación lo ameritaba y además cuando esto sucedía las fórmulas ya habían sido revisadas por otras personas. A eso no le puse mucho cuidado, porque cuando no se es culpable uno está tranquilo, solo le pedí al auditor, quién me había llamado a descargos, que le pedía por favor que aclararan la situación para que mi nombre no quedara en entredicho. Luego me llamó el director, que además de no ser un civil, no tenía nada que ver con el magisterio, pero era el jefe y me dijo: "No se preocupe profesora, que yo le puedo ayudar para que salga limpia, usted sabe cómo y así no tiene que renunciar". Sin comprender el significado subyacente de su ofrecimiento le dije: "Señor, se lo agradezco pero no necesito ayuda alguna, porque no he hecho nada incorrecto y tampoco voy a renunciar y para que me puedan echar tienen que comprobar que yo lo hice y lo veo muy difícil".

Pasaron los meses y nadie volvió a mencionar el caso, sin embargo el círculo se cerró poco a poco. El 30 de noviembre de 1981 recibí la carta donde sencillamente me agradecían mis servicios y daban por

terminado el contrato, no teniendo intención alguna de renovarlo. No daban ninguna razón para su terminación y no insistí, porque estaba cansada del hostigamiento al que me había visto sometida, además, después de lo que había vivido al lado de mi mamá abuela, había aprendido muy bien la lección y es que es preferible morir de pie, que vivir arrodillado.

Buscando mejorar mi papel de madre me matriculé en un instituto de carreras intermedias para hacer educación preescolar, pues me encantaba el trabajo con niños de ese nivel y consideraba que había que prepararse muy bien para ello y a la vez redundaría en la educación de mi hijo. Allí conocí a Ismailia, quien sería luego, la madrina de mi segundo hijo, una maestra genial, que en cierta forma desmitificó el concepto que tenía de las maestras normalistas. Ella y sus hermanas, también maestras, muy jóvenes por cierto, eran muy dedicadas a su labor y estaban también en la búsqueda de hacer las cosas cada día mejor. Un semestre después, tuve que retirarme pero Ismailia sí terminó y con el tiempo Sebastián y Laura, mis hijos menores, disfrutaron los beneficios de tenerla a ella como maestra de preescolar. Mi temor como madre era de no encontrar un punto medio, un equilibrio en la formación de mis hijos y caer en uno de estos dos extremos, el de ser muy permisible para no repetir con ellos, los esquemas en que educaron o por el contrario reproducirlos tanto hasta llegar a caer en la intransigencia.

Enero de 1982 se presentaba ante mí con un panorama muy difuso. Mi esposo también se había quedado sin trabajo, pues la entidad con la que él trabajaba se convirtió, a partir de ese momento en una especie de fundación, donde el personal que quedara laborando allí, tendría que hacerlo por espíritu investigativo y él no podía darse el lujo de quedarse sin sueldo. Pensar a esas alturas del año lectivo en conseguir un puesto como maestros en alguno de los colegios privados de la ciudad, si no era imposible, era muy difícil. Mientras surgía algo, él con el dinero de las prestaciones sociales se compró un taxi, un *Simca*, que en lugar de mitigar nuestras angustias económicas las aumentó, pues eran más los gastos de mantenimiento que las ganancias.

Yo me fui donde Chucho, ¿lo recuerdan? Él ya se había graduado de abogado y tenía su propia oficina. En ese momento él estaba sin secretaria y me quedé colaborándole, esto como por hacer algo, para no

dejarme ganar por la incertidumbre. Fueron seis meses muy difíciles, pero los siguientes fueron peores, pues tuvimos que afrontar una crisis afectiva que ya venía haciendo estragos y que tal vez por falta de experiencia, pero sí mucha inmadurez no pudimos superarla. Mediando el mes de julio decidimos separarnos, sin tener la más remota idea de que estaba embarazada. Como quien dice: "Tras de gordo, hinchado y con paperas". Solo dos meses después me enteré de mi estado y aunque no era el mejor momento y el pánico a veces se apoderaba de mí -porque ahora con mayor razón nadie me iba a dar trabajo, yo me sentía inmensamente feliz, pues estar embarazada era para mí un privilegio. Dejé la oficina de mi amigo y me encerré en el apartamento que aún estábamos pagando al instituto de crédito y cuyas cuotas empezaron a acumularse hasta que estuvimos a punto de perderlo. Tuvimos que vender la moto para librarlo. El año 82 se fue tal como llegó, implacable e indiferente. Solo me dejó deudas y sinsabores.

El entusiasmo de mi hijo Omar Julián por su tercer cumpleaños y el afán del que estaba en mi vientre por llegar, me hicieron sacudir del marasmo emocional en el que me encontraba y aunque pareciera descabellada la idea, por no tener palanca alguna, envié hojas de vida a las secretarías de educación de Armenia, Bogotá, Medellín, Bucaramanga, Popayán e insistí de nuevo aquí en Cali. Algo me decía que de alguno de estos lugares se abriría una puerta, además porque mi ofrecimiento era incondicional. Me iría para donde resultara la vacante, no había otra alternativa.

Mientras pensaba así y el tiempo transcurría, me vinculé con ASED LTDA. para realizar unas tutorías los sábados de 2:00 a 6:00 p.m. en Palmira y Buga. Esta institución tiene varios programas, entre ellos el bachillerato acelerado y la validación del mismo ante el ICFES. Ellos entregaban al tutor un material que incluía teoría y taller, que servían como marco de referencia para preparar los temas básicos a trabajar en un período de uno o dos meses para cada asignatura. Clases dictadas, clases pagadas, no había ningún otro vínculo laboral con uno. Condiciones que en mi estado, me eran muy favorables. Económicamente fue mejor que nada y profesionalmente fue una experiencia distinta, muy linda y enriquecedora . El interés y entusiasmo de los alumnos eran un incentivo para prepararme muy bien y dar lo mejor de mí.

Dejé de autocompadecerme y me di cuenta que la vida ofrece muchas posibilidades y por estar lamentándose, las desperdiciamos. Obreros, secretarias, mensajeros dejaban su fatigante jornada, robándole tiempo al tiempo para ir a trabajar conmigo cuatro horas seguidas sin dar muestras de cansancio. Íbamos y veníamos a través del tiempo a veces desde Tales de Mileto hasta Sartre u otros, o desde la Edad de Piedra hasta los más espectaculares viajes espaciales.

En ambas ciudades, la relación maestro-alumno fue muy estrecha, muy fluida y diligente y aunque no mediaba una nota, los resultados hablaban por si solos. Realizaban sus talleres con sumo cuidado y exponían sus dudas sin reserva alguna. Leían y trataban de estar informados de los sucesos de actualidad. Ese entusiasmo e interés era mi mejor recompensa. Un señor alumno mío le dijo un día a la coordinadora ante la pregunta de cómo les iba conmigo: "Si no se aprende con ella, no se aprende con nadie". Puede parecer pedante mencionarlo ahora, pero observaciones como esa lo obligan a uno, como maestra, a ser mejor cada día.

Como mi embarazo estaba a término no pude volver. Mi hijo Sebastián nació el 16 de abril de 1983 y aún sin cumplir la dieta viajé a Popayán a insistir personalmente en la Secretaría de Educación. Por medio de una amiga de la universidad, Nubia, conocí un profesor que era rector de un colegio del norte del Cauca, él me conectó con el jefe de educación media. Hablé con él, le llevé de nuevo mi hoja de vida y le plantee mi física necesidad de trabajar. Su actitud sencilla y amable, me dejó abierta la posibilidad de una vacante como catedrática, había que esperar un poco, el momento y el lugar más propicio.

Así fue que en julio se concretó la vacante y él mismo me permitió escoger entre dos posibilidades, la de catedrática en Guachené, pues esta opción me dejaba más tiempo con mis hijos y la posibilidad de viajar todos los días, solo había que esperar que en agosto en la semana de planeación la directora hiciera sus ajustes y definiera cuantas horas habrían disponibles. Mientras tanto, empecé a sacar documentos y exámenes médicos exigidos.

Para la misma época me aceptaron como profesora de tiempo completo en el área de ciencias sociales en un colegio cooperativo

nocturno de carácter privado en Cali. Era un bachillerato formal para mayores de 15 años y aunque la mayoría eran adultos de 20 y 28 años, había jóvenes que estaban en una etapa de transición entre adolescente y adultos y por lo tanto, no encajaban con un patrón de conducta específica, no se identificaban con nada ni con nadie, convirtiéndose en alumnos problema, pues confundían los extremos hasta rayar en la altanería e irrespeto.

En el curso séptimo y noveno traté de acercarme a través del diálogo, pero fue muy poco lo que logré. Uno de ellos del grado noveno, por darse aires de grandeza públicamente en plena clase, cuando le dije: "Joven, ¡atienda por favor!". Él me contestó: "Claro, mamita. Cómo prefiere aquí o en la cama". Todos soltaron la carcajada y rechiflaron. Me puse colorada, traté de calmarme, le llamé la atención y le pedí que se retirara si no podía comportarse e igualmente al resto del grupo, quienes se callaron de inmediato. Él no quiso salirse y por el contrario, me amenazó con chuzarme si me quejaba. Me retiré de la clase y con amenaza y todo, me vi obligada a exigir los correctivos pertinentes, pues él ni se retractó, ni mucho menos quiso disculparse e incluso se negó a dialogar conmigo. Al principio me sentía culpable de su expulsión y hasta de los fracasos que ello le pudiera acarrear, pero cada vez me convencía de que había sido lo más correcto, porque si por un sentimiento paternalista le hubiera pasado por alto su falta, no solo le había fomentado su actitud negativa y la de los compañeros, sino que ni yo, ni ningún otro profesor hubiera podido trabajar normalmente allí. Creo aunque sentar ese precedente fue sano para todos, ¡ustedes juzgarán!

Trabajar en el grado octavo era tan distinto. Habían alrededor de 78 alumnos, entre mensajeros, empleadas de ferreterías, de almacenes de cadena, del servicio e incluso secretarias, todos con muchas expectativas e interés participaban activamente en clase, eran inquietos y preguntaban mucho. De pronto el contenido de los temas les despertaba su curiosidad. Aún se veía la geografía y la historia por separado. Cada clase era un viaje imaginario a través del espacio y del tiempo, desde la aparición del fuego, la rueda, la escritura, la imprenta, las naves espaciales, hasta el computador. Toda una cadena de momentos e inventos que llevó al hombre a crear no solo el arco y la flecha para lograr su subsistencia, sino las armas más sofisticadas para ahora autodestruirse

o ¿cómo podía llamarse lo que había ocurrido en Hiroshima y Vietnam? O para no ir muy lejos, lo que acababa de ocurrir en Afganistán y que ponían fin a casi veinte años de distensión y coexistencia pacífica para retornar a una nueva etapa de la Guerra Fría. Eran clases muy dinámicas y de mucha discusión, pues ellos mismos proponían temas, leían, sustentaban, etc.

También en nuestro país había en ese momento mucho revuelo político por las famosos diálogos de paz, cuyo objetivo era lograr una amnistía con los grupos alzados en armas, especialmente con el M-19. De allí, de esa institución, había integrantes de dicho grupo que incursionaban ocasionalmente encapuchados en el plantel para motivar a los alumnos a incorporarse a la lucha. Era un grupo muy inquieto, lo que facilitaba la metodología de trabajo, porque aunque era muy numeroso, pocos eran los que incumplían o se marginaban. Lamentablemente en marzo tuve que retirarme, porque también había resultado lo de Guachené y ya los estragos del viaje diario empezaban a hacerse sentir.

"¡Para que pueda ser, he de ser otro, salir de mí, buscarme entre otros, los otros que no son si yo existo, los otros que me dan plena existencia!". *Piedra de Sol.* Octavio Paz

El 19 de septiembre de 1983 me avisaron de mi nombramiento como profesora catedrática del Colegio Jorge Eliécer Gaitán de Guachené. Me había ganado en cierta forma la lotería y mientras resoluciones y decretos hacían el lobby respectivo, en las oficinas de la Secretaría de Educación del departamento del Cauca, me dispuse a conocer el lugar. José Omar se ofreció a acompañarme y una mañana muy temprano salimos en su moto rumbo a Guachené. Llegamos a Puerto Tejada y después de atravesarlo de norte a sur, cogimos por una carretera destapada y en muy regular estado, recorrimos durante aproximadamente 30 minutos los 11 ó 12 kms de una serpenteante carretera, que al paso de una y mil volquetas que por allí transitaban, nos dejaban perdidos en nubes de polvo, que como velos de tul nos envolvían impidiendo ver más allá de nuestras narices y mucho menos respirar. Al lado y lado de la vía se extendía una extensa mancha de un desteñido verde, formada por miles y miles de estilizadas cañas que nos susurraban al

paso sus poco halagadores secretos. Al llegar, nos bajamos de la moto como antigüedades acabadas de sacar del cuarto de San Alejo a las que el polvo del tiempo y el olvido habían cambiado hasta el color. No podíamos más que reírnos, el uno del otro y sacudirnos un poco, para la presentación formal ante la directora del colegio.

La directora, una señora relativamente joven a la que una amplia sonrisa le iluminaba el rostro, me dio la bienvenida, me presentó a algunos compañeros y me llevó a uno u otro salón para presentarme a los alumnos. Luego me entregó la carga académica, pero sin el horario, pues aún no habían terminado de hacer los ajustes necesarios de cada comienzo de año lectivo.

Me llamó la atención que la mayoría de los profesores y alumnos eran negros, uno o dos alumnos "blancos" o "amarillos", como me di cuenta con el tiempo que así les llamaban a las personas medio blancas que allí había. Caí en cuenta entonces, que había llegado a una comunidad donde el 99% de la población era de raza negra.

Guachené, corregimiento norte caucano, perteneciente al municipio de Caloto, estaba situado a orillas del río Palo, con una temperatura promedio de 23 grados y una población racialmente definida, cuyos orígenes se remontan al periodo colonial. Inicialmente constituida por esclavos libertos de la hacienda de Quintero y la Bolsa, posteriormente a esta población se les sumo la población que migró de los centros mineros en busca de mejores condiciones de vida a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Los actuales moradores de las veredas del Norte del Cauca son casi todos, nietos, bisnietos o tataranietos de esclavos. Así nos lo recuerdan sus apellidos: Arará, Lucumí, Carabalí, Bram, Balanta, Ocoró Mina, Popo y son ellos los depositarios de una tradición que mira al negro a través de sus propios ojos[7].

El sustento económico de la región se deriva fundamentalmente en la agricultura. La mayor parte de esta zona está dedicada al cultivo agroindustrial de la caña de azúcar, convirtiéndose en la fuente agrícola

[7] Ver por ejemplo, Atencio, J y Castellanos, I. (1982). Fiestas de negros en el norte del Cauca: las adoraciones del niño Dios, Cali.

que ocupa el mayor volumen de mano de obra asalariada. En algunas parcelas se cultiva plátano, naranjas y cacao, que luego son llevados a mercados urbanos locales. Hay obreros de algunas industrias aledañas como Propal. Otros han emigrado a ciudades vecinas en busca de mejores perspectivas de empleos. Un mínimo de la población se desempeña como empleados públicos, maestros. Es muy importante destacar la fuerza de trabajo de la mujer negra, pues además de sus quehaceres domésticos, la mujer ayuda al varón en la recolección de las pequeñas cosechas o se emplea en las haciendas, ingenios o en las casas de familia de las ciudades vecinas, Santander de Quilichao, Puerto Tejada, Cali, etc.

La vida de los guacheneseños es sencilla, matizada a veces por ratos de alegría y licor, especialmente los fines de semana y el lunes día de mercado. Su infraestructura es pobre, no tener agua potable ni espacios para la recreación a excepción de los tres o cuatro bailaderos que hay por la calle principal y del río, que durante muchos años ha sido una inagotable fuente de materiales, como piedra y balastro necesarios en la construcción de diferentes obras de pueblos y ciudades vecinos y cuyas ganancias van a parar a la cabecera municipal o a unos cuantos bolsillos, que no la revierten en beneficio de la comunidad, pues ni su vía de acceso principal, entrando por Puerto Tejada y tantas veces tomada como trampolín político, está pavimentada.

En este espacio geográfico mi quehacer pedagógico tendría que ser muy eficaz, pues siempre había anhelado trabajar en una comunidad rural, donde creía había muchas cosas que hacer a nivel educativo. Iba cargada de expectativas y sin prevención alguna. Sin embargo, el recibimiento tanto de profesores, como de alumnos estaba teñido de reservas y prevenciones. El cuerpo de profesores tenía solo dos maestras “blancas”, una también de ciencias sociales egresada de la Universidad del Cauca y que incluso vivía ahí en Guachené hacía algún tiempo y la “monja”, que estaba encargada del área de religión y que también vivía ahí en la casa de la comunidad religiosa. Contaban ya con la aceptación de los pobladores, que no veían con buenos ojos la llegada de profesores foráneos.

El primer año solo trabajaba 16 horas semanales distribuidas en tres días: lunes, miércoles y jueves. Viajar a Guachené resultaba a

veces una aventura. Tres días a la semana durante un año, tratando de adaptarme a los horarios de chivas y volquetas que a veces hacían su recorrido normal o a veces no y generalmente llegaba tarde a clase. Camiseta, jeans, tenis y una pañoleta y un pasamontañas para evitar el polvo y el frío, era mi vestuario cotidiano para esperar, inicialmente, a don Justo con su busecito tan viejo como él, que con su lento conducir trataba de adivinar la parada de uno u otro pasajero que se subía o bajaba de su vehículo hasta llegar a Guachené, como por inercia por su agotada visión. En otras ocasiones Matapato hacía el turno en su chivita, acomodando pasajeros, mercados, animales, uno encima de otro. Nos llevaba en un santiamén, pues "lo mío está en el camino", decía. Sin embargo, sus hijos no aprendieron la lección y siguieron los vicios de los demás choferes, un viaje de 45 minutos terminaban haciéndolo en hora y cuarto u hora y media, pues se demoraban en salir o en el camino esperaban a que el pasajero terminara de almorzar, vestirse, peinarse, en fin, de alistarse para lograr un jugoso recorrido.

Peor era un viaje en sumbo, unos carritos piratas que viajaban a todo dar, pero que por lo viejos y desvencijados, parecían que se iban a desbaratar en el camino. Yo prefería esperar volqueta, más rápida y más cómoda, pero también era una suerte que no llevara ya pasajeros en la cabina, porque entonces había que subirse en el volco, vacío si apenas iba o lleno, si ya venía. Realmente yo no tuve mayor inconveniente en hacerlo, además de habilidad para subir y bajar de ellas. En cierta forma me agradaba, pues me remitía a mi infancia cuando acompañaba a mi papá en su volqueta a cargar piedra o arena del río.

Fueron catorce años en ese ir y venir, dos horas de ida y dos de venida, con todos sus bemoles; claro que los últimos años fueron menos críticos, pues de Puerto Tejada a Guachené y viceversa viajábamos en el carro de un compañero. Todo esto ocurría antes de llegar a enfrentarme a la más desanimadora jornada, donde los alumnos ponían toda clase de trabas para no dejar trabajar. De sexto a once era igual. Había un séptimo en el que intentarlo era casi imposible; cualquier observación, por insignificante que fuera, era mal recibida, dejando resbalar por lo bajo toda clase de improperios, mentadas de madre o frases descorteses e hirientes, como: "¡Esta amarilla creerá que nos vamos a dejar echar las babas de ella, pues se jodió!". La discriminación venía de todos los lados, alumnos, padres de familia, compañeros y aunque la

de estos últimos era más velada, no intentaban disimularla. Recuerdo que después de llevar unos cuatro años allí, la directora se ausentó por licencia de maternidad y no se porqué razones me llamaron de Secretaría de Educación, para que yo hiciera el reemplazo, como había tanta indisposición de gran parte de la comunidad educativa para con ella, dudé mucho en aceptar, pues veía venir ya la avalancha de males interpretaciones. Volvieron a llamarme y terminé asumiendo el reto. Dicho y hecho, expresiones como estas se dejaron oír por todos los frentes: "¡Tanto va el indio al pueblo hasta que por fin lo nombran de Alcalde!" o "¡Eso ya se sabía... crónica de una muerte anunciada!". No podía entender por qué, si ya los maestros más antiguos habían desempeñado la misma función en sus anteriores licencias de maternidad. Aunque me mortificaba mucho el rechazo, trataba de entenderlo a la luz de razones históricas relacionadas con un pasado de explotación y discriminación desde la colonia, razones que aún hoy día están relacionadas con una vida de dificultades y privaciones económicas y ausencia de oportunidades para llevar una vida digna.

Creo que terminé despejando el camino que recorrerían los futuros maestros blancos. Lo más grave era que no tenía con quien discutirlo y buscar soluciones y si se hablaba de ello con los maestros o con el director de curso, surgían soluciones como ésta: "¡Mire profesora, los muchachos aquí no son como usted estaba acostumbrada a tratar, aquí hay que hablarles duro, ellos no entienden de otra manera!" o "¡Impóngase, hágase respetar y el que no, sáquelo de clase y pase el informe o califíquele!" o "¡Pero profesora, ellos dicen que es que usted, es muy delicada, que con nada se ofende, que les habla en un tono muy bajo y con un lenguaje muy elevado!". En el fondo, sentía que mis compañeros parecían disfrutar ligeramente con lo que me pasaba, pues ellos parecían moverse como pez en el agua. Sin embargo, cuando había consejo de profesores, las quejas por indisciplina, irrespeto y bajo rendimiento académico eran iguales o peores que las mías. Había golpes de pecho por doquier y los más fantásticos propósitos por incentivar a los alumnos a superar y mejorar las deficiencias colmaban el papel, la directora hacía otro tanto. Pero discretamente, dejaba que fuera el cuerpo de profesores quienes asumiéramos la responsabilidad frente a la comunidad si se tomaba alguna medida drástica contra los alumnos. Siempre tuve la sensación de que había cierto recelo en asumirla.

Me había hecho muy amiga de la monja y al año siguiente, en vista de que ella no tenía mucho tiempo para dedicarse al colegio, renunció a su plaza como profesora de tiempo completo con la idea de que me nombraran a mí. Ella entonces pasaría como catedrática, pero sus superiores no lo aceptaron y le informaron que le enviarían un auxiliar, pero pasado unos meses esto no fue posible, entonces ella hizo lo convenido. Inmediatamente hice las diligencias respectivas y después de muchas triquiñuelas y de casi perderse el decreto de una oficina a otra, me nombraron como profesora de tiempo completo en septiembre de 1984. Teniendo resuelta mi estabilidad laboral y viajando ya todos los días, me dediqué de lleno a tratar de conocer y entender más a mis alumnos.

Me dieron la dirección del curso octavo o sea el séptimo del año pasado, que parecía no quererme ni poquito. Me despojé de cualquier animadversión y me enfrenté al grupo con la mejor disposición. Empecé a aprenderme el nombre de todos y cada uno de los alumnos, elaboré cuidadosamente las hojas de vida y traté de memorizar sus rostros para irlos conociendo a cada uno, poco a poco, porque al principio todos se me parecían tanto, uno con otros que los confundía fácilmente. Paradójicamente los alumnos que se habían portado tan agresivamente conmigo, terminaron siendo mis mejores amigos. Muchos venían a mi casa cuando viajaban y se quedaban los fines de semana, mientras hacían alguna diligencia o buscaban trabajo por temporadas. Para entonces, yo había formado un nuevo hogar y con motivo del nacimiento de mi hija Laura muchos de mis alumnos venían a visitarme. Situación que llegó a ser malinterpretada por uno que otro compañero, al afirmar que yo buscaba beneficios personales. Como su alusión no tenía fundamento, no pasó de ser un comentario mal intencionado y ligero. Fui su directora de grupo hasta que salieron de once y los lazos de amistad se estrecharon más, si no con todos, con algunos, después de la de excursión. Con ellos comprobé que el diálogo es, si no la única, la herramienta más eficaz en la comunicación e interacción con los alumnos y aunque no lograron superar algunas deficiencias, me acerqué más a ellos y conocí más de su realidad.

Ellos se graduaron en junio de 1988 y para los años siguientes trataba de quedarme como directora de los sextos, preferiblemente el sexto D, donde casi siempre quedaban los alumnos repitentes y

mayores, porque creía estar adquiriendo elementos para dedicarme a ellos, ya que estaba haciendo un trabajo simultáneo con adultos en Cali con el Centro de Capacitación Popular Alfonso López o más conocido como Universidad Obrera. Allí se estaba implementando un programa de educación básica continuada con asesoría directa de CAFAM-Bogotá, donde se trabajaba con adultos teniendo en cuenta sus capacidades y su ritmo de trabajo. Cada profesor era un tutor, quien guiaba los diferentes grupos de adultos de un mismo nivel, pero con diferentes dificultades para que superaran las deficiencias y reforzaran los aciertos. Interaccionar con adultos de diferentes edades, muchos de ellos apenas aprendiendo a leer y escribir, además de ser una especie de terapia pedagógica, me llevó a cuestionar mi práctica diurna con los alumnos del colegio. Pensaba: "¿Qué tan responsables somos los maestros de tanto analfabetismo en Colombia?, ¿cuántas veces con nuestra actitud displicente y prepotente frente a los niños hemos coartado la espontaneidad de ellos obligándolos a desertar y engrosar la futura fila de adultos que tardíamente quieren estudiar?, ¿por qué esperar a que estos niños se hagan adultos para implementar estrategias pedagógicas que conduzcan a un proceso de enseñanza y aprendizaje eficaz?". Había sido testigo en varias ocasiones en el transcurso de la escolaridad de mis hijos o de otros cercanos, de repetidos abusos de poder, que por ser maestros muchos se autootorgan. Por ejemplo, en un muy popular colegio oficial de Cali, un profesor de matemáticas daba el siguiente saludo de bienvenida a sus alumnos de sexto. "¡Caballeros ustedes han venido a estudiar y el que venga con otras intensiones se puede ir para su casa de nuevo, porque aquí el que me la hace me la paga!".

En una escuela oficial de esta misma ciudad un profesor de cuarto de primaria estaba en clase de educación física, los niños estaban apostando carreras y de pronto se dirigió a un niño y le dijo: "Esta nevera qué va a correr. ¡Sálgase de ahí y no estorbe!", y así sucesivamente podría mencionar cantidad de momentos donde nosotros los maestros agredimos constantemente a nuestros alumnos, sin detenernos a pensar toda la carga negativa que frases y actitudes como estas encierran.

La tarea que me había impuesto dentro de mi quehacer pedagógico, era enfatizar en el aspecto cognoscitivo, pero retomando el elemento afectivo, que parecía haberse perdido en la interacción maestro-alumno

sobre todo en la secundaria. La historia de repitencia y de fracaso académico en el colegio era deprimente, en sexto D llegué a tener alumnos con cuatro años de repitencia en sexto, observándose en ellos más, un proceso de regresión que de avance. Alumnos que en el primer sexto al menos tenían buena letra y se expresaban relativamente bien, ya en el cuarto sexto parecía que se les había olvidado hasta hablar. Creerán ustedes que es una exageración, pero así lo expresé en varios consejos y a la directora misma, quien también estaba preocupada por las estadísticas de fin de año. Estaban perdiendo el año no solo en los grados sexto, sino en todos los cursos, casi más de la mitad de los alumnos.

Consejos y reuniones de toda índole se sucedían año tras año y nada parecía surgir efecto, muchos compromisos se quedaban en el papel y terminábamos siendo solo los maestros los únicos responsables, pues según la directora y algunos miembros de la comunidad educativa, los maestros no estábamos cumpliendo a cabalidad nuestra labor, porque llegábamos tarde a las clases y/o nos íbamos temprano y si agrego otros ingredientes como para no quedarme corta, la situación era más grave: paros cada mes, muchas veces hasta por más de diez o quince días por pago; ausencia de maestros porque aún no los habían nombrado por falta de presupuesto; las constantes incapacidades de uno u otro maestro, sin olvidar que las mías eran bastantes frecuentes y largas, ya que mi salud se deterioraba día a día, pues había adquirido una bronconeumonía alérgica, que cada vez se agudizaba por las constantes infecciones gripales, además el afán de todos los maestros que vivíamos en Santander, Puerto Tejada o Cali que salíamos como pepa de guama a buscar carro para viajar o el de los que vivían allí mismo, porque sencillamente los esperaban otras responsabilidades.

Hasta cierto punto aquellas personas tenían razón, éramos un grupo de profesores idóneos, todos licenciados y con una brillante hoja de vida, pero nos faltaba compromiso. “Mucho tilín tilín y nada de paletas”. Pero lo que no era cierto, era que los maestros que no éramos de la comunidad y peor aún si éramos medio blanquitos, por cualquier crítica o cuestionamiento que les hiciéramos nos convertíamos en sus enemigos; es más, un grupo de maestros blancos y negros de la comunidad o de afuera estábamos en una continua búsqueda de alternativas que nos permitieran cambiar y mejorar nuestra labor. Para entonces habían llegado varios maestros provenientes de Cali, Santander y

Popayán, entre ellos mi ex-esposo, quien había venido como profesor catedrático de música, área que hacia algún tiempo estaba vacante y como eran tan poquitas horas, nadie las quería tomar; él aún no tenía una estabilidad laboral en Cali y conocedora de su espíritu de trabajo lo recomendé.

Sabíamos que la problemática educativa que estaba viviendo el colegio era también departamental, nacional, etc. pero así fuera universal, nosotros no podíamos hacernos los de la vista gorda y seguir amparados ante la masiva excusa. Nos propusimos a hacer un diagnóstico de la situación y confirmamos lo de siempre: los alumnos no saben leer ni escribir. ¡Habíamos descubierto que el agua moja! Los alumnos de sexto grado llegaban al colegio con grandes lagunas y deficiencias en ortografía y comprensión de lectura. La pregunta del millón no se hizo esperar: ¿De dónde viene la deficiencia? Sin pretender culpar a nadie dijimos que de la escuela primaria. "Hablemos con ellos y expongámosles la situación, hagamos un análisis y conjuntamente busquemos la solución". Reuniones iban y venían con los maestros de allá, de acá, con padres de familia, con asesores de título sobre título. Como el tiempo pasaba y la situación seguía igual, decidimos volver a los exámenes de admisión y colar gente, obviamente había un gran público y otro en contra, inútil efervescencia, porque al final se hacía caso omiso de los resultados y por diversos motivos todo el mundo pasaba. Esta era una razón por la que muchos nos desanimábamos y seguíamos el camino más fácil: trasmitir unos conocimientos de manera ajena e impersonal, donde cada quien iba por su lado.

Sin embargo, reaccionamos y volvimos a retomar un proyecto de lectoescritura que estábamos implementando hacía un buen rato y en el que tratábamos de involucrar a todos los maestros en sus respectivas asignaturas. Así nos sorprendió la Ley General de la Educación con su renovación curricular y su famoso PEI en cuya elaboración no se nos va, no solo un ojo, si no dos, pues cada quien lo interpretaba a su modo. Trabajamos con mucha seriedad en él, involucrando una buena parte de la comunidad educativa. El colegio consiguió un asesor y con él comprobamos fallas y aciertos de nuestra práctica pedagógica, solo que no lo habíamos escrito y ahora todo esto quedaría incluido y escrito en el PEI para irlos implementando, modificando o desechando, en beneficio de nuestros educandos; los resultados se verían a largo

plazo. Con PEI y sin el, los resultados seguían siendo deprimentes y lo peor de todo, es que parecía que todo ese revolcón educativo lo único que había logrado era acrecentar la apatía y la displicencia de los alumnos por su proceso de formación y desarrollo académico, sacando a relucir siempre sus derechos.

En un pueblo tan cercano a uno de los polos de desarrollo como Cali, pero con tantas carencias y con una población promedio de 7.000 habitantes, donde los mayores no alcanzan el nivel primario de educación, los jóvenes eran los llamados a generar cambios para beneficio de ellos y la comunidad, razón por la cual los alumnos del colegio, quienes son los que tienen acceso al conocimiento y a la información, deben ser los abanderados de dicho proceso. No pueden ni deben estar de espaldas a ese constante fluir del hombre, que lo llevó no solo a viajar a la luna, sino a crear el más sofisticado cerebro electrónico, que es la herramienta más significativa de una revolución tecnológica que colocó al individuo en los umbrales del 2000. Una de mis tareas con décimo y once en filosofía era, además de que supieran de Platón y Aristóteles, que reflexionaran estos aspectos proyectados hacía su realidad y a la del mundo circundante. Sin embargo, el número de alumnos que leía, cuestionaba o se inquietaba por su entorno y su desarrollo, no era representativo, ya que su actitud era desidiosa frente a cualquier esfuerzo intelectual que significara sacrificio o empeño, la mayoría parecía estar sumergida en una especie de aletargamiento académico. Y digo académico, porque visto desde otros ángulos ellos son alegres, fiesteros, muy buenos deportistas y bailarines.

Los años corrían mientras nosotros seguíamos dando palos de ciego, diría yo, en el proceso de enseñanza-aprendizaje; en un tira y afloje de alternativas para hacer las cosas mejor cada día, pero que no surtían efecto y nos estaba ganando el desánimo. Para entonces, José Omar renunció, pues las condiciones laborales eran muy desventajosas y el polvo también estaba haciendo estragos en su garganta, yo había logrado ganarme el aprecio de mis compañeros de unos más, de otros menos, pero de todos aprendí y crecí como persona y como profesional.

Los que más nos identificábamos, tratábamos de trabajar bajo los mismos criterios, además de reunirnos con frecuencia para un almuerzo,

un cumpleaños, un paseo etc. Lamentablemente esto no se logró realizar con todos, porque habían diferencias entre uno y otros que no se superaron nunca. Con ellos logré sobrellevar la apatía que me estaba haciendo presa, los pocos incentivos que me acompañaban se estaban esfumando y con ellos mis ganas de vivir, de trabajar y hasta de reír. Por ejemplo, la falta de respuesta de los alumnos frente a mis esfuerzo pedagógicos me llevaron a pensar que tanto ellos como yo, nos estábamos desperdiciando, pues parecíamos estar hablando lenguajes muy distintos. El sabor amargo que empecé a sentir en cada viaje, después de que perdí de cuatro meses de embarazo a mi último bebé, causado tal vez por lo intrincado del camino o por la droga que tomé para contrarrestar una tifoidea, sin tener idea de mi estado.

Mi hogar, que parecía ir viento en popa y a toda vela, se estaba desmoronando y yo con el, pues durante los últimos años había hecho de mi esposo Jorge y mis hijos, como diría Benedetti, el mejor conjuro contra la mala jornada. Eran ellos mi mejor bastión para enfrentarme a una labor que se estaba haciendo cada vez más estéril y con la que ya no disfrutaba. El ser humano es un todo y si uno de sus componentes falla se hace muy frágil, así uno se disfrace con innumerables mascaras cada día, todo su entorno se ve afectado. Por último, mi salud parecía no querer fortalecerse. Una neumonía silenciosa agravada por un golpe que me di en la espalda en un accidente de tránsito, me ocasionó un derrame pulmonar que me incapacitó por un buen tiempo, llegando a creer que no volvería a levantarme.

Pero así como la vida oscurece los caminos, así mismo los despeja, a mi lado he tenido amistades, entre otras como Ángela, Tulia, Vicky, Marina, Cielo, Resfa, Miriam, Lucía y María Elfa, seres tan especiales, que como dice Eduardo Galeano: “Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende”. (Galeano, 1993 p.5), que sin reparo alguno han estado conmigo evitando que este árbol se deshoje. Tenerlos de amigos, ya es una luz al final del túnel. Gracias a ello y a la actitud positiva que he tenido frente a las circunstancias adversas, logré controlar el miedo y la desolación, empecé a aceptar que se había terminado otro ciclo en mi vida y que como en otras ocasiones, lo valioso es comenzar una nueva etapa sin resentimientos, con mucho amor y mucho optimismo.

“Si no creyera en lo que agencio, si no creyera en mi camino, si no creyera en mi sonido, si no creyera en mi silencio”. *La Masa.* Silvio Rodríguez

Ciertamente cuando se trata de males parece que los del cuerpo son mas fáciles de aliviar, que los del alma. Me reintegré al trabajo con una idea fija, además de haber recuperado mi salud debía recuperar la credibilidad en mis alumnos y en lo que hacía. Dejaría por lo tanto de estarme quejando y buscaría fuentes, documentos, estudios, que me ayudaran a transformar mi práctica educativa en esa comunidad. Me encontré entonces con el boom de los posgrados, veía cómo muchos maestros empezaban a hacer cambios en sus títulos, especialistas, magíster en una u otra área afín con su especialidad. Sin embargo, no se observaban cambios significativos en su práctica: mitad del tiempo dedicados a enseñar y la otra mitad a evaluar y evaluar para comprobar si los alumnos habían logrado aprender algo, pero las quejas y resultados seguían por lo mismo.

Frente a este espejo y al hastío que sentía de estar repitiendo y reproduciendo los mismos esquemas, mi búsqueda se encaminó hacia un posgrado que orientara y facilitara la revisión de mi quehacer pedagógico para mejorar y/o cambiar mis estrategias que acercaran a los alumnos a las vías de acceso, al conocimiento, pero partiendo de su realidad y de sus características culturales. Me había dado cuenta que sus impresiones frente al mundo y la forma como ellos se apropian de la realidad, una realidad rural, era muy diferente al proceso de apropiación del mundo de un niño de la ciudad, elementos que me fue brindando entonces, el primer curso de actualización que inicié en la universidad del Valle, llamado Niñez y culturas, dictado por la doctora María Cristina Tenorio. Fue un acierto. La altura, el conocimiento y el manejo que la docente hizo del curso me incentivaron a inscribirme en la especialización en psicología del niño, cuyos objetivos se ajustaban con mis intereses e inquietudes. Encontrarme con temas tan afines a mis dudas e interrogantes, con otros maestros que andaban en la misma búsqueda y con personas con el carisma y la dedicación de los doctores, que orientaron el programa, confirmaron dicho acierto.

El principal aporte de este estudio me encaminó hacia dos frentes: uno, la reflexión sobre mi propia práctica a través de interrogantes como: ¿Qué estoy haciendo como docente? y ¿cómo lo estoy haciendo? Dos, recuperar el papel de la lectura como medio para acceder al conocimiento de las ciencias sociales partiendo de mi propio papel como lectora. A medida que la universidad me fue brindando elementos, fui insertándolos e implementándolos poco a poco con mis alumnos. Igual que encontré resistencia a algunas propuestas, encontré aceptación y apoyo de muchos de los compañeros dispuestos a trabajar en la misma dirección y a enriquecer la propuesta, apoyados en el PEI, cuyo principio partía de que el alumno es el centro de la actividad pedagógica y la enseñanza debe estar basada entonces en las características cognitivas y afectivas del niño, lo que exige, por lo tanto, que los maestros nos capacitemos y conozcamos dichas características, para que se puedan comprender los motivos que impiden o promueven el aprendizaje. Interiorizando que la docencia efectiva no es solo diseño institucional, buena planeación curricular y/o dominio de un área, si no una gestión de interacción entre el maestro y el alumno, donde de acuerdo con el modo como el maestro revista de valor y significado el ejercicio de su profesión, el estudiante reforzará su concepto de sociedad basado en sus primeras vivencias escolares y cimentará en su interior las bases en las que descansará en gran medida su posterior concepto de sí mismo y su relación con el mundo.

Las nuevas políticas educativas contenidas en la Ley General de Educación a pesar de estar bien formuladas en líneas generales, requieren cambios en la práctica educativa y en la actitud frente a ella, por parte de todos los miembros de la comunidad educativa y los maestros, quienes somos los más renuentes al cambio, estamos llamados a buscar estrategias alternativas a las acciones del estado, exigiéndole que brinde las condiciones mínimas que permitan la implementación de la ley de manera más eficiente. En ese sentido, considero que si no conocemos bien los principios que la fundamentan corremos el riesgo de malinterpretarla, cometiendo el peor de los errores: caer con los alumnos en el facilismo, en lugar de formar colombianos en un aprendizaje significativo, que les permita buscar soluciones para mejorar y transformar su medio e integrar el proceso educado a su proyecto de vida.

En el caso de esta u otra comunidad para las cuales la ley propone el diseño y desarrollo de un currículo centrado en lo propio, los maestros tenemos que tener mucho cuidado, ya que en aras de rescatar y proteger la identidad de las comunidades, no podemos rebajar y empobrecer el aspecto cognoscitivo del proceso enseñanza y aprendizaje, pues lo único que lograríamos sería aislar e invalidar la participación de nuestros jóvenes en los procesos sociopolíticos y económicos del país y del mundo entero. Cabe anotar, en este momento, cómo la organización sindical del magisterio ha de jugar también su papel en la búsqueda de la cualificación de los docentes frente a la cual su accionar creo no ha sido suficiente.

Es pertinente aclarar que no estoy atribuyéndome descubrimiento alguno en materia pedagógica, ni fórmulas mágicas, que vayan a solucionar la problemática educativa existente y a liberarnos de los constantes conflictos que se generan a lo largo del proceso de enseñanza y aprendizaje, pero sí creo que el cuestionar continuamente nuestra práctica, es una alternativa que nos permite a los maestros reflexionar, revisar y transformar dicho quehacer, para crear estrategias que permitan involucrar conscientemente a nuestros alumnos en el alcance de sus metas.

En octubre de 1997 me nombraron por concurso como profesora de tiempo completo en un colegio oficial del departamento del Valle del Cauca. Renuncié a mi trabajo en Guachené con cierta nostalgia, pues fueron 14 años de mi vida tratando de hacer un buen trabajo en una comunidad que al principio me rechazó, pero que me terminó acogiendo, valorando y apoyando mi labor. Aprendí de sus vivencias y crecí con ellas, como ser humano dispuesto y abierto a otras posibilidades. Sin embargo, siento que quedó mucho por hacer, pues con mi retiro del colegio, no alcancé a fortalecer mi práctica con todos los elementos adquiridos en el posgrado y que solo son medibles en un proceso formativo a largo plazo. Acorde con lo planteado por los teóricos que han servido de soporte en mi capacitación, Vigotski, L. Tolchinsky, A. Teberosky, Bettelheim, U. Eco, etc. Por eso considero que en cualquier lugar que esté ejerciendo mi profesión he de reconocerme como miembro activo y eje de la comunidad educativa y tomar conciencia de que ese rol me obliga a generar transformaciones efectivas en ella.

Actualmente estoy terminando el posgrado y como requisito final elaboré una propuesta de lectura, con la intención de hacer del texto una herramienta eficaz en la enseñanza de las ciencias sociales. Propuesta cuyo diseño inicial está pensado para ser aplicado en Guachené por razones socio-culturales. Sin embargo, como es una propuesta que se puede trabajar en diferentes contextos y se puede enriquecer de acuerdo a las necesidades e inquietudes de alumnos y maestros, me tocó implementarla con los alumnos de sexto grado de la institución donde me nombraron actualmente. Trabajé tres hojas semanales de clase durante tres meses. Creo que es un proyecto interesante encaminado a estimular en los alumnos el interés por la lectura y a alcanzar ese deseable objetivo, que consiste en lograr que el alumno además de adquirir la capacidad de pensar, adquiera habilidades para pensar en diversos aspectos y movilizar esquemas haciendo los cambios conceptuales que sean necesarios y oportunos.

Referencias

Galeano Eduardo,(1993) *El mundo de los abrazos*. Siglo XXI España.

Maestros de la generación joven

Sueños y realidades de una maestra negra

Francy Amú Molina

Para la mayoría de las gaviotas
no es volar lo que importa, sino comer.
Para esta gaviota, sin embargo,
no era comer lo que le importaba, sino volar.
Más que nada en el mundo.

Amaba volar. Juan Salvador Gaviota

A mi madre, quien ha sido un pilar, un roble para mi vida.
A mis alumnos por haberme ayudado a crecer como maestra.
A mi esposo, un hombre que amo y con su amor me ha apoyado en esta ardua labor.

"Consejo para un país maleducado"

> Todos los sabios coinciden en que la mejor forma de solucionar los problemas de un pueblo, está en la buena educación. Aquí nos referimos específicamente a la educación superior.
>
> El gobernante de turno convocó a los sabios de la comarca y les pidió que con las luces de sus inteligencias iluminaran el sombrío panorama del presente y las cerradas tinieblas del futuro, porque el estado de las cosas impedía la paz y la alegría, dos de los elementos fundamentales para todo pueblo, en todas las etapas de la historia. Y los sabios se reunieron a puerta cerrada y se hizo la luz: "Al pueblo hay que educarlo", sentenciaron en coro. Y el gobernante y el pueblo reconocieron, avergonzados,

pero cada cual por su lado -sin ponerse de acuerdo, precisamente por eso-, que de todos los males que les agobiaban había una sola responsable: la mala educación, que tiene que ver con la enseñanza y la formación que se da a los individuos. Hubo silencio y reflexión. Y la palabra educación quedó grabada en las mentes de todos.

No se trata de una fábula milenaria, sino de la recapitulación de uno de los más recientes episodios de nuestra historia, cuando con la promulgación de la Constitución de 1991, se definió la educación como un derecho de la persona y como un servicio público con sus funciones sociales y se consagró la autonomía para las universidades, que como entes depositarios del saber, tienen la responsabilidad de impartir el conocimiento a todos los ciudadanos en condiciones equitativas y de fácil acceso, mandato retórico que suena muy bien, pero que al ir a la práctica tropieza con gravísimos problemas de calidad, de entorno, de cobertura y democratización, de descentralización y regionalización, de relaciones entre los niveles superiores, básico y medio, de financiación, de autonomía de créditos y subsidios, de incentivos y gravámenes, de órganos de coordinación de fomento y de vigilancia y control, de casi infinitos fenómenos propios de un sistema que siempre fue segregacionista y que apenas ahora cae en cuenta en la conveniencia de convocar, a reconocimiento de algunos expertos en el tema de la educación, para deliberar y formular recomendaciones concretas al gobierno nacional, con el fin de lograr la adopción de medidas tendientes a mejorar de manera sustancial el desarrollo de este nivel educativo.

Por supuesto, los "reconocidos expertos", lo mismo que los sabios orientaron sus lámparas hacia una agenda de transformación educativa y formularon muy pronto una serie de planteamientos y recomendaciones de cuya eficiencia se espera que se aclare el presente y se ilumine el futuro de nuestro entrañable maleducado país, que si no toma tal camino puede quedar convertido en una colcha de retazos, o en un oscuro cementerio.

Revista *Credencial*, Edición 123, febrero de 1997

La Maina

"La Maina", mi madre Nora Yamila Molina.

En las tardes silenciosas de mi pueblo, el ruido de los pájaros, el cacaraquear de las gallinas y el murmullo de las conversaciones de los vecinos que se comunicaban de patio a patio, se confundían con el caer de las hojas secas de los árboles y allí mi madre en el horno de adobe haciendo crujir la leña seca al despedazarla con el hacha. Con curiosidad y creatividad formaban un entretazado con pedazos de leña para ser prendidos en llamas. En ese instante el horno calentaba, mientras ella muy impetuosa, alistaba los implementos de aseo y de trabajo. Una batea de madera profunda, amarilla y bien lisa, los ingredientes para empezar a amasar, un cepillo de madera y de cerdas en aluminio para lavar la batea.

Esas manos que me acariciaron y me siguen acariciando con sus dedos retorcidos, resecos y toscos, sus puños con protuberancias protagonistas del buen sabor y fama de las galletas acemas, tostadas, panochas, panes de sal, pan de bono, tortillas de maíz y envueltos blancos, de mote, de choclo, manjar blanco, champús caucano, que produce en su tienda[1].

Especialidades productos de la tienda de Maina. Con sus hijos Nefer y Eison

Esas tardes de los martes son las que más recuerdo, el olor a pan caliente, el sonajear de los moldes donde se asa el pan y allí mi madre trabajando en la Casa Rosada, donde aún sigue viviendo y tienen la tienda. Ubicada en uno de los barrios más populares de Santander de Quilichao, Cauca, al lado de la carretera vía a Timba, ubicada sobre la calle 17, por cierto, polvorienta. La tienda queda enseguida de la casona la Casa Vieja, primera propiedad de mis padres al lado de un lote vacío de propiedad de la familia. Allí está la Casa Rosada. Desde la casa se escucha un río, el río Agua Sucia, distante a unas diez cuadras.

[1] Especialidades de la pastelería propia de la región del Cauca y en particular del Municipio de Santander.

Lo llaman así, porque en el caen la mayor parte de las letrinas del barrio y del pueblo.

Maina, mi madre, es muy conocida en el barrio por su manera de ser, de ella dicen que es trabajadora, berraca y pujante. Siempre está pensando en sus seis hijos, al lado de ella, Francisco, mi Pachito, mi tía Cilia y mi prima Nilsa, mi abuela Herminia "ía", mi bisabuela Tomasa, mi tía Pola y sus hijos. Aunque algunos ya no estén, los menciono porque siguen estando presentes en mi corazón.

La casa se caracteriza por tener un jardín amplio, en el un árbol que da a la calle. Entramos y encontramos la sala con una vista hacia la calle, un ventanal y esos muebles, los muebles de madera que me traen tantos recuerdos. Esos en los que estaba prohibido sentarse cuando era niña, porque los pelaba, ensuciaba o regaba del tetero. En la pared están colgados los cuadros que mi hermano Eison regaló a mi madre Maina, cuando estrenamos la casa en el año de 1989. El piso es de color amarillo con pintas oscuras y colores que dan brillo y hacen ver la casa limpia y agradable a la vista. Maina se siente en toda la casa, cuando se traslada de norte a sur de la tienda al horno. Cuando está ausente se siente vacío y la diferencia en la Casa Rosada, pues ella da un toque hogareño.

Siguiendo por el corredor, enfrente está ubicado el patio de cemento con muchas matas, especialmente bifloras. Este es el lugar donde habitualmente nos sentamos cuando el sol ha bajado. Allí se siente la frescura de la tarde junto con los aromas de los árboles y de las flores de jazmín y bifloras combinadas. Hay una gran variedad de matas en el patio, que son las que le dan una vista inconfundible y característica a la Casa Rosada. Expresa el gusto de Maina por las matas, por lo que el corredor y el patio están inundados de matas de palama, dolar, platanillo y sobre todo muchas bifloras. Siguiendo por el corredor está el cuarto de las niñitas, que es donde dormíamos mi hermana, Nefer y yo. Luego está la habitación de Idalia y la de Edison.

La habitación de mi madre Maina y la de Pacho, mi padre, queda enseguida de la sala, contiguo está el zaguán donde queda la tienda. Hay una reja de hierro alta de color vino tinto y una mediana de madera. Está también la vitrina donde se pone el pan, es de color azul.

La conozco desde que tengo uso de razón, están también las ollas de aluminio muy grandes, donde acomodamos el pan, colocadas sobre canastas de gaseosa, todo muy bien organizado, típico de una tienda de pueblo.

En el fondo está el comedor donde se visualiza a Maina. Allí termina la casa. En este lugar hay una mesa de madera ovalada, seis puestos y el bife. Hay también una mata de "dólar" en la esquina, que Maina compró con tanto esfuerzo. Al frente está la cocina. Finalmente encontramos el taller donde está el horno de adobe y donde permanece Maina la mayor parte del tiempo: todas las semanas, todas las tardes y madrugadas. El horno queda al lado de un horno de tierra, donde está la casa de los pollos, el lavadero y el aljibe rodeado de matas, un árbol de naranjas y uno de pomarrosa.

Maina está siempre con su pañoleta y sus trenzas cogidas en la parte de atrás en una moña. La recuerdo con su delantal y sus manos untadas de masa de maíz o de trigo, afanada por hacer el negocio, preocupada porque en casa no faltara nada, a su lado mi abuela. Maina mi madre, como la bautizó Carmen Eugenia, mi prima y ahijada suya y como la llama especialmente mi prima Nilia, que también es ahijada suya, nació en Caloto en el departamento del Cauca. Su madre Herminia y su abuela, vivían en la Bodega, corregimiento de Caloto, Cauca, en una casa de bareque, cuyo piso era de tierra, produciendo una belleza de campo finquero. Aquella casa humilde tenía una hornilla de barro donde cocinábamos los alimentos que blanqueaban con ceniza del mismo fogón y la cual mojaban formando una masa gris. La hornilla era embetunada cada vez que lavaban los platos de la última comida, cuando la tarde daba permiso a la oscuridad y a la aparición de la luna, de los vientos de la noche y de los aullidos de los perros de la vecindad.

Por ser la hija mayor, mi mamá era la adoración de la abuela Tomasa. Creció en el campo, donde aprendió a lavar platos con hojas de drago[2] y jabón, a cargar leña, a cosechar café y a criar gallinas. A los 14 años empezó a interesarse por salir adelante y a trabajar en el mismo negocio de su mamá, que se dedicaba a vender en la galería.

[2] Hoja grande, peluda utilizada como esponja para lavar los platos.

El Sanjuanero una lección escolar

Maina me vistió con el mejor vestido que encontró en el armario y me dijo: "Vamos a ir a la reunión de padres de familia de la Escuela Fernández Guerra". Para mí era la felicidad más grande del mundo, iba a conocer por fin la escuela que tanto había imaginado en mis juegos y con la que también soñé en más de una ocasión.

Subimos por la calle cuarta, polvorienta. Nos subimos a los andenes para no ensuciarnos los zapatos. Llegamos al Ferguerra, como le decían. ¡Tal como lo imaginé! Con grandes paredes blancas. Nos sentamos alrededor del patio donde se hacían las reuniones.

Empezamos el programa, recuerdo unas niñas vestidas de pantalón blanco y camisa, disfrazadas de hombres y unas en faldas largas y blusas de boleros. Se formaron en el patio, listas para bailar el San Juanero, una canción colombiana. Era el sonido del tambor el que más llegó a mis oídos y el que más recuerdo como si fuera ayer, acompañado de una letra muy linda que dice: "En mi tierra todo es gloria cuando se canta el joropo, cuando se canta el joropo, San Juan, San Juan, San Juan, San Juan, San Juan". Como si lo sintiera en la planta de los pies, en mi corazón, en fin, en la sangre, sangre de negra y de raíces africanas, aunque no supiese de ella a mi edad. Me uní al grupo y sin pena alguna, la ingenuidad de niña me empujó a bailar. Fui el show de esa tarde, hice los pasos no como los hacían las otras bailarinas, porque tan solo aprendía en ese momento. Me sentía alumna.

A mis cinco años de edad, diariamente le decía a Maina mi madre: "Quiero ir a la escuela". Normalmente mis juegos eran con las muñecas, pero de pronto la fiebre por estudiar se apoderó de mí y solo jugaba a la escuela. Yo era la profesora, mi hermana Nefer y demás amiguitas eran las alumnas, en realidad disfrutaba esos juegos.

Por fin se cumplió el sueño. A mi primer día de escuela me llevó mi hermana Herminia, me sentía muy feliz. Había sido matriculada en aquella escuela que a los cinco años conocí con el Sanjuanero. Me tocó el salón de la profesora Clarita, tuve la fortuna de estudiar con niñas de familias muy reconocidas del pueblo. Ella dice ahora cuando nos encontramos, que parece como si me estuviera viendo subir por aquella calle

polvorienta. Con mis zapatos bien lustrados, mi uniforme blanco con los prenses bien hechos y la maleta de los útiles y la lonchera inclinaban mi cuerpo como si me fuera a caer.

Todas las mañanas a las 6:30 a.m., camino a la escuela pasaba por la casa de doña Martha, cerca del terminal de transporte, luego llegaba a la Panamericana. ¡Qué susto! Se venían a mi mente las palabras de mi madre Maina: "Miras arriba, abajo y pasas la calle". Mis pies tomaban tal velocidad y me sentía más tranquila cuando yo estaba al otro lado, próxima a llegar a la escuela.

Mis primeras letras las aprendía al lado de una profesora que se veía que amaba su profesión y a sus alumnas. Nos trataba con cariño haciendo ver las cualidades que teníamos y poco nos regañaba.

Siempre me caracterice por ser alegre, juguetona, aprovechaba los descansos al máximo, tenía amigas en todos los cursos. Las clase que más tengo presente en mis recuerdos es la de educación física, la realizábamos en la orilla del río Quilichao, éste rodeaba la escuela. Jugábamos sobre unos troncos anchos, húmedos, llenos de líquenes, resbalábamos y eso era lo mejor, jugábamos a la mamá y también a la profe. Siempre yo era Clarita, me identificaba con ella y quería ser como ella. Los años en el Ferguerra pasaron como el viento sobre mi rostro. Sí, aquel rostro de niña reflejando sueños y tristezas, también las alegrías. Como niña de diez años me preocupaba, me atormentaba aquella enfermedad que acompañaba a Maina desde que yo nací. Una úlcera varicosa y así siempre trabajando mojando trigo. Poco asistió a las reuniones de padres de familia, ya por el trabajo o ya por los dolores en la úlcera.

A la persona que servía de acudiente en mis reuniones, la profesora Clarita o Doris -mi profesora de quinto- le hablaban muy bien de mi rendimiento académico. Yo era el orgullo de Maina, que con la frase: "A esta niñita nunca sé que es hacerle tareas, nunca me ha perdido un año", manifestaba su alegría. Pensaba en verme vestida de blanco, llenar mis manos de orquídeas y ser la niña más linda del pueblo, haciendo la primera comunión. ¡Qué día! Me sentí tan importante porque me asignaron leer un texto bíblico en la misa, había sido escogida por mi excelente desempeño en las clases preparatorias. Lo que

más importaba para mí, era que Maina me viera. Me tenía preparada una fiesta, como la de una princesita, todas mis amigas de colegio y de juego estaban en ella, disfrutando de la piñata, la torta y las sorpresas que eran unos pollitos de incubadora.

Terminé básica primaria con muchos éxitos y con la ilusión de ir a estudiar a una Normal. Maina siempre pendiente de mí, de mis hermanas y hermano, de nuestros sueños, porque también eran los suyos, me inscribió en la Normal Nacional de Señoritas de Cali, estaba segura de quedar. El examen me pareció muy fácil, salí feliz y llegué a Santander a contarle a mi familia y a mi mejor amiga Tita y le dije: "Me voy a estudiar a Cali, voy a ser profesora".

Pasamos quince días y fuimos a la Normal a mirar las listas para ver si había quedado. El corazón me palpitaba muy aceleradamente, se me humedecieron las manos y los ojos, creo que casi se salen de orbita, mirando el listado rectificando una a una las listas y mi hermana me dice: "¡No! No saliste". La miré a ella, especialmente a mi tía Pola, no me contuve más y las lágrimas humedecieron la pechera de mi vestido azul modelo marinero, había escogido el mejor para recibir la mejor noticia de mis días, pero no fue así. Me dieron palabras de aliento, pero no comprendí, todo lo había planeado tan bien. Mi primera derrota a los 11 años. Sentía mucha pena por mí, pero lo más grave, no sabía cómo lo iba a tomar Maina. Qué pena llegar a casa con aquella noticia, que había roto mi castillo de sueños. Muy triste me decía a mi misma: "No cumpliré, no seré maestra y deseo serlo. Maina me tiene que ver como una profesional". Maina, siempre comprensiva, entonces no vaciló más y me dijo: "Estudiarás aquí en el pueblo". Y mandó a Nilsa, mi prima, a buscarme cupo para sexto grado, porque ya habían pasado las matrículas. Sentí pena con mis amigas, encontrármelas allá después de haberles contado todos mis planes.

Sexto para mí fue un año tormentoso. Perdí por primera vez una materia, inglés. No me sentía alumna de allí, sentía y además pensaba en ser profesora, no una simple bachiller. Maina siempre pendiente gestionó con mi tía Pola la posibilidad de matricularme en octavo grado en la Normal Departamental de Cali y así fue. Por fin comencé mi preparación como docente.

Al fin Amucita en la Normal

Empecé la Normal viviendo en Cali solo cuatro meses, de septiembre a diciembre. Le dije a mamá la falta que me hacía la casa, ella, sus consejos y las palabras de aliento. Entonces decidió que viajara todos los días. Por las ganas de estudiar y estar siempre al lado de mi madre, no importaron las madrugadas que tenía que soportar, debía estar en el terminal de transporte a las 5:25 a.m., porque a las 5:30 salía el bus que me llevaba a mí, a los otros estudiantes y trabajadores a la Sultana del Valle. Mamá diariamente me llamaba y se levantaba a las 4:00 a.m. para ayudarme a hacer el desayuno y acompañarme hasta el bus.

El rocío del amanecer, el olor a la hierba húmeda, la luna, las estrellas o la lluvia eran quienes nos acompañaban en la travesía del barrio donde vivíamos hasta llegar a la terminal. Por la calle oscura se escuchaban las gallinas y gallos saludando el nuevo día y dándonos los buenos días. Oto, el motorista, siempre me guardaba el puesto con su dulce abrigo rojo. Le llamaba la atención, porque era la única niña que viajaba con ellos. Para mí era divertido, porque durante la travesía del departamento del Cauca al Valle se escuchaba buena música, que junto al aroma a campo y caña dulce de los ingenios azucareros hacían el amanecer cada día diferente. Dormía durante el viaje, despertaba precisamente cuando llegábamos a Cali. Para llegar a la Normal caminaba tres cuadras desde la autopista suroriental, donde me dejaba el transporte de Oto. Debía estar a las 6:55 a.m., de lo contrario me tocaba quedarme por fuera y esperar hasta la segunda hora, posiblemente exponiéndome a una mala nota. Esa era una de las cosas con las que no estaba de acuerdo, las directivas no tenían excepciones con las alumnas que vivíamos muy retiradas o que viajábamos de otras ciudades. Me esmeraba siempre por llegar impecable, perfumada. Mamá complacía todas mis peticiones, la maleta en la que llevaba los útiles era tan linda, muy juvenil y muy ejecutiva, me sentía una maestra.

Admiraba algunos de mis profesores por su pulcritud y la manera de tratar a los alumnos. A la profe de álgebra, por su exigencia y dinamismo en clase, a la profe de español, por su comprensión y elogios a sus alumnos, pero el mejor de todos era el profe de psicología, mi Leo y por su especialidad en creer en los alumnos el profe de antropología,

tan detallista que en una ocasión me asignó una exposición sobre la evolución del hombre y la naturaleza, estaba en el grado once y lo hice tan bien que no me importó el diez que me colocó de nota, sino el reconocimiento que me hizo ante mis compañeros.

Creo que la Normal no solo me formó académicamente, sino que reforzó esa imagen que tenía sobre la labor como docente. Las clases de práctica docente eran complicadas, no sé si era por las exigencias de los profesores o porque el tiempo para mí era oro, ya que llegaba a Santander a las 3:00 de la tarde para estudiar lo académico y lo pedagógico.

Cuando iniciamos las prácticas docentes era lo mejor de lo mejor, desarrollaba mis clases con gran seguridad y las observaciones que me hacían eran muy pocas. No puedo negarlo, se dieron prácticas aburridoras y tediosas. Estaba creo en noveno grado, tenía 14 años y me asignaron la práctica en un colegio de policías. Era un tormento que llegara aquel día, no compartía la idea de impartir autoridad utilizando reglazos, no me veía en ese plan que había detestado y aún detesto. Para lograr mis prácticas con grupos tan belicosos, me tocó recurrir a las teorías aprendidas en clase de metodología: A Montessori, porque "mediante el juego el niño libera energías y aprende de él". Bueno, fue un gran reto.

En la Normal presentábamos trabajos didácticos, que iban desde un ábaco hasta pintar los salones de una escuela en particular y entregarla decorada. Una de las prácticas que más me llamó la atención fue cuando la profesora de álgebra me escogió para dictar clases a los alumnos de sexto grado que tenían dificultades en el área de matemáticas, éstas las realizaban dos días por semana en la tarde. Fue satisfactorio, porque los alumnos me veían como una compañera, llegaban a mí más fácilmente y comunicaban sus dudas. El trabajo que realizaba con ellos era como a mí me gustaban las clases, dinámicas, participativas y prácticas. Para las prácticas me asignaron el laboratorio de física y química, encontré allí un ambiente ideal y eso motivó mi creatividad, logrando que se vinieran a mi mente estrategias de trabajo fabulosas, entonces empecé a realizar laboratorios matemáticos que aún hacen parte de mis estrategias de trabajo.

Hice muchos amigos con los grados inferiores, estos siempre me consultaban las dudas que tenían frente a algunas ideas, especialmente en el área de matemáticas. Cuando no podía ayudarles, consultaba y resolvía sus dudas. Realicé unas prácticas tan vivenciales, que permitieron ilusionarme, soñar, hablar y proyectarme en la carrera de docente. Cuando llegaba a casa siempre estaba mi madre dispuesta a escucharme, a pesar de sus innumerables ocupaciones.

También soñé y viví la música folklórica, especialmente la del Pacífico, con bailes como la moña, el currulao, la jota, el seresese. Sentía la música en la sangre, dándome cuenta cuan importante eran mis raíces africanas y latinas, aunque no mirara el color de mi piel. Al profesor Leonel le gustaba bailar y él era el organizador del grupo de danzas de la Normal. Vivíamos los ensayos como si fueran las presentaciones. Me hice conocer aún más en las escuelas donde nos presentábamos por mi actuación. ¡Digo yo! En el baile la Moña. Era la protagonista y lo hacía bien, cada ritmo, música, canto, copla dicha y bailada la sentía. Creía alguna vez haberlo hecho ya.

Esta misma sensación la sentía cuando exponía en clase, cuando realizaba mis prácticas docentes y ahora en la escuela dando clases. Me siento satisfecha por haber escogido esta profesión, porque creo llevarla conmigo como el cantante ama la música.

Los maestros que me acompañaron durante la trayectoria como alumna, formándome tanto en lo académico, como en lo pedagógico, todos no eran un buen ejemplo como para seguirlos, pero me sirvió para imaginar mi vida como maestra, entonces asumí una meta y me dije: “Tener metas no es problema, lo que nos crea problemas es la importancia que le demos. Las metas cumplen un propósito, nos señalan un lugar específico a dónde dirigirnos”. Entonces, ¿cuál es mi propósito? Capacitarme y evaluar mi desempeño; descubrir mis limitaciones y convertirlas en oportunidades; no considerarme sabia en mi trabajo, al contrario “ignorante”; hacer de mi labor un viaje emocionante donde cada día aprenda del error y también de los acertijos; caer y levantar la cabeza para continuar; evitar empobrecer la labor, ridiculizando a mis alumnos; conseguir ser amiga y compañera de mis alumnos; crear un ambiente propicio en clase para que los

alumnos se sientan motivados, y cuando mis pies ya no deseen escalar, darme valor y si no lo consigo no desfallecer.

En el mes de agosto del año 1992 deseaba trabajar, fue entonces cuando mi hermana Herminia me llevó a presentar donde una religiosa amiga suya, que trabajaba en la Comunidad de Fé y Alegría. Visité con ella una escuela ubicada en el barrio Comuneros, ubicado en el distrito de Aguablanca. La intención fue buena, pero debía ir a la oficina regional, donde darían el visto bueno si me aceptaban o no. Me entrevisté con la directora regional, empezamos a charlar muy agradablemente y empezó a contarme sobre el centro donde posiblemente entraría a trabajar, describió muy bien el lugar, hasta utilizó un croquis para explicarme en qué zona estaba ubicado el colegio. Durante su explicación me dijo que era una zona montañosa y transportarse era difícil. Bueno, en mi interior me parecía que ella estuviera asustándome, horrorizándome. Como si estuviera midiéndome las ganas, la vocación por el trabajo.

Después de haberme hecho algunas preguntas me dijo: "Bueno, mañana en la mañana a eso de las 7:00 a.m. la espero con una hoja de vida bien diligenciada". Así fue, muy temprano estuve presente en la oficina, me observó muy detenidamente y saludó. Me dijo: "Francy, durante esta semana vendrás a esta misma hora para que realices la lectura de estos libros". Los libros eran sobre la historia de la organización y su filosofía. Pasaron tres días de lecturas y en el cuarto día me hizo una serie de preguntas referentes a los textos. Terminó la etapa de las preguntas y dijo: "La Pedregosa es una escuela que apenas está surgiendo, la comunidad es muy pobre y en su mayoría son desplazados del departamento del Cauca, son indígenas y existen pocos blancos y negros. El número de alumnos negros en la escuela es reducido, solo el mayordomo, sus hijos y su mujer. El colegio necesita una profesora negra para evitar la discriminación de los niños que hay en la comunidad educativa, ellos se sienten aislados y poco comparten con los otros alumnos". En ese momento supe cuál era mi misión al llegar a la escuela. Puedo decir que mi color de piel fue el que permitió que consiguiera trabajo. Era la profesora más joven y negra que ingresaba a La Pedregosa.

Durante las diferentes explicaciones, la directora regional enfatizó cómo debería ir vestida al colegio. En el momento me pareció como

ridículo, pero por la ilusión que tenía para trabajar no lo tomé muy en cuenta. En el primer día de trabajo se realizó una integración de todos los colegios de fe y alegría de la ciudad de Cali, en su totalidad son doce. La reunión se llevó a cabo en las instalaciones de La Pedregosa, por ser uno de los colegios con mejor planta física. Se caracteriza por su amplia zona verde, rodeada del río Meléndez y aulas con buena ventilación. Esta planta física donde hoy funciona La Pedregosa, perteneció a un grupo político y fue donada a la comunidad religiosa.

La reunión tenía como finalidad presentar a los nuevos docentes de los diferentes colegios. Durante la reunión se realizaron una serie de reflexiones que a mi parecer fueron muy importantes. Nunca en mi vida había visto tantas monjas reunidas y de diferentes hábitos. Creo que se cumplió el propósito de la reunión, motivarnos para iniciar el trabajo del nuevo año escolar.

El 5 de septiembre de 1992, el primer día de trabajo escolar, me estrené un vestido, hice caso a la hermana y mandé a confeccionar una falda larga con prenses y una blusa muy bonita, unos zapatos negros y un bolso negro muy bonito. Mis trenzas largas fueron la admiración de profesores y alumnos. Me recogían en la calle quinta, en el "tablazo" a las 6:10 a.m., aquel día la lluvia del mes de septiembre nos dio la bienvenida. Cuando llegué al lugar, en una banca de madera ya estaba una de las compañeras, luego poco a poco hasta las 6:15 a.m. se completó el cupo. Nos fuimos rumbo a la escuela en un campero destartalado que todos los tornillos le sonaban. Llegando al Colegio El Pantano, la lluvia más intensa empezó a desilusionarme. La entrada a clases era a las 7:00 a.m.

Cuando llegamos, ya había niños mojados, embarrados y otros que habían resbalado loma abajo. Los alumnos de La Pedregosa viven en Polvorines, barrio de la ciudad de Cali y de la Buitrera, zona rural. Los padres campesinos, en su mayoría caucanos, trabajan en la construcción, en la vigilancia, en las minas de carbón o cuidando fincas. Las madres trabajan haciendo aseo, otras son madres comunitarias.

Me asignaron el grado quinto, los alumnos en su mayoría indios o blancos, solo cuatro de ellos negros, dos niñas y dos niños. Era un grupo bastante heterogéneo, había edades desde los 10 años a los 16 años.

La indisciplina, los robos, las peleas se apoderaron del curso durante los primeros días y semanas. Durante la planeación del cronograma se planearon unas visitas a los hogares. Se denominaban visitas domiciliarias. Tenían como objetivo conocer de qué manera vivían nuestros alumnos y sus necesidades. Empezamos en el barrio Polvorines. Sus viviendas son como casas de pesebre, hechas en guadua sobre la loma. A cada casa donde llegábamos veíamos una necesidad diferente, pero una en común, el analfabetismo. La atención de los padres durante estas visitas fue muy buena. "¿Profe, una tacita de café?". "Profe le provoca una aguapanelita...". En el primer día se alcanzó a recorrer casi el 50% de lo propuesto. Algunas familias se molestaban, pero fueron después muy asequibles. Quizás les daba pena, por la forma como vivían.

Las visitas no se quedaban así, luego realizábamos un registro sobre cada familia. En términos generales se concluyó que:

- La mayor parte de las familias son madres separadas de sus esposos y con la carga de la familia a sus espaldas.
- Los niños viven con sus tíos o abuelos.
- Los niños permanecen solos en casa y las madres trabajan durante toda la semana en casas de familia y el padre en fábricas y llegan hasta la media noche y en caso de trasnocho o hasta altas horas de la noche.

Posteriormente se procedió a organizar el programa pedagógico con una intensidad diferente para cada curso, nos apoyábamos en los resultados obtenidos en las visitas. En el primer año de experiencia en La Pedregosa se intensificó el programa en el trabajo de la lectoescritura y las matemáticas. Se trabajaba integrado y ello permitía que el trabajo se tornara interesante. Los alumnos eran muy agresivos, algunos cargaban en su maleta alguna arma cortopunzante. Con la llegada de las hermanas del Santísimo Sacramento y María Inmaculada a vivir al colegio, los alumnos cambiaron en un 80%.

La escuela cuenta con una biblioteca para cada salón, permitiendo que los padres no se preocuparan por la compra de los libros para el inicio del año lectivo, permitiendo el trabajo en equipo. Los alumnos muy indisciplinados y activos, me exigían realizar clases participativas.

Con algunos debía aplicar nuevas estrategias, porque eran apáticos al trabajo, pensé que debía motivarlos y nombré monitores de filas, de aseo y de repartir almuerzo. Los alumnos desayunaban y almorzaban en el restaurante escolar. Los almuerzos se servían en el salón de clase, no puedo negarlo en un principio fue muy duro, pero como todo, es una costumbre. El menú del almuerzo era variado, lo que más consumía era papas, fríjoles, arvejas, lentejas, también pastas y sancocho de menudencias de pollo. En la media mañana un pan acompañado con un vaso de colada o aguadepanela.

La inasistencia era frecuente en aquellos alumnos que tenían que caminar una hora y media o dos horas para llegar al colegio. Esto era más frecuente cuando llovía de seguido o en otros casos tenían que cuidar de sus hermanitos cuando la madre salía. En los niños la necesidad de colaborar económicamente en casa, los hacía decidir salir a trabajar en las minas. Cuando se daban estos casos se realizaba una visita domiciliaria si el alumno vivía más o menos cerca de la escuela. Los mismos niños del curso me llevaban a la casa de alumno o alumna. Para ir preparaba una caminata en clase de educación física.

La metodología utilizada era muy dinámica, participativa. Trabajaba lectoescritura con el diario informativo de la localidad o del departamento. La mayor parte de mis clases las dictaba y dirigía a campo abierto, utilizaba mucho espacio al lado de los árboles. Los alumnos en los trabajos manuales combinaban sus materiales con recursos naturales.

Cada día de trabajo para mí era un logro, una meta, un reto. Los alumnos me tomaron cariño muy rápidamente, decían que era por la forma como llegaba a ellos. Los hacía partícipes en la preparación de las novenas de Navidad, en la preparación del valor semanal, en los actos culturales. Preparábamos bailes, dramas, inventábamos canciones, casi siempre el curso recibía felicitaciones por lo que hacían. Esto me motivaba para continuar con la labor. A los alumnos que no cumplían con sus obligaciones, como hacer el aseo del salón de clase, lavar los platos del almuerzo, se les “castigaba” realizando la actividad durante más semanas, por ejemplo, si le correspondía realizar el aseo durante una semana, se le incrementaba a siete semanas más. La mayoría de los alumnos limpiaban el salón cada vez que se ensuciaba con barro

o polvo. Esto lo hacían las niñas y niños sin excepción. Algunos con el deseo de aparecer en el cuadro de honor del salón de clase llevaban ACPM y brillaban el piso.

Con los alumnos de quinto grado acostumbraba a realizar proyectos, entre ellos: huertas, insectarios, comitivas, experimentos, arreglos al jardín. La experiencia de la huerta escolar fue fabulosa, comprometí a padres, maestros y alumnos. Ésta la hice con los alumnos del año lectivo 1992-1993. Se plantaron semillas de brócoli y tomate, el semillero se hizo en casa de Hugo. La tierra se preparó durante las horas de clase. Se cercó en caña y guadua, todo se hizo por comités. Los alumnos llevaban botas pantaneras y ropa de trabajo, al igual que yo. El papá de Hugo nos explicó el cuidado de la huerta. Organizamos comités de riego y vigilancia durante el recreo para que los alumnos más pequeños no nos desplantaran las maticas. Este proyecto se utilizó y se integró a las diferentes áreas. Se cosechó el brócoli y el tomate. Algunos de ellos no conocían estas plantas tan nutritivas, entonces entramos a consultar más para conocer sobre ellas. Con los frutos realizábamos una comitiva y los otros se donaron al restaurante escolar.

En clase se divertían, ya que gozaban y aprovechaban cada actividad propuesta. Realizamos un insectario, al principio se tomó como algo cochino, mal oliente, pero luego divertido. En verdad nunca antes lo había hecho y consulté cómo hacerlo con unos amigos de bioquímica de la universidad. Fue interesante, porque los alumnos consultaron sobre todas las variedades de insectos de la localidad, entre ellos, cucarachas, cucarrones, cigarras, etc. Se procuraba que se consiguieran en casa para prepararlos con el formol en la clase. Se sujetaban sobre una tabla de madera con unos alfileres, se les suministraba un tanto de formol y se disponían a pintar con barniz, después de unos días se colocaban en el insectario. Cada insecto disecado era objeto de consulta en clase. Se evaluaba la disposición de trabajo, la colaboración en clase, la participación y el interés, también se realizaban evaluaciones conceptuales.

Me asusté cierto día, cuando uno de los alumnos colocando el formol a los insectos le cayó un poco en el ojo. En el momento el niño se azaró y dijo: “¡Me voy a quedar ciego profe!”. Corrí y busqué una solución de azúcar y le apliqué en el ojito irritado, se calmó un poco y

lo mandé a casa con previo aviso a la dirección. Mi angustia continuó y decidí informarle a los padres por escrito lo sucedido. La madre en ese mismo día lo llevó al centro de salud del barrio. Este incidente permitió realizar una clase sobre el formol y su utilidad al igual que el peligro. Cuando culminó el proyecto un padre de familia lo enmarcó en vidrio y aún el insectario permanece en la institución.

El experimento de la célula fue otra experiencia de aula genial, en realidad se las describo para que se hagan una idea de la forma como trabajo. Mediante la utilización de un huevo con todas sus partes los alumnos estudiaron el proceso de las células en los seres vivos y sus partes. El experimento permitió que los conceptos de membrana nuclear, citoplasma, nucléolos, contenidos en el libro guía se fueran reafirmando en los alumnos. Ellos vivieron la teoría, el experimento se trabajó durante una semana y media.

De igual manera, los alumnos en matemáticas trabajaron la tienda escolar. Esta tenía como propósito elaborar problemas en los cuales ellos aplicaban cada una de las operaciones vistas. Cada semana el tendero pertenecía a una fila diferente. Existían cuatro filas, la A, B, C y D. Cuando el turno era para la fila A los alumnos correspondientes a esta fila llevaban objetos para armar la tienda, ya sea un granero, una tienda de ropa, una librería, ellos escogían. Se realizaba resolviendo problemas como estos: "Si le compro los dos sombreros, ¿en cuanto me los da?", "Pues $50.000, te pago el 50% con cheque —en realidad los alumnos realizaban el cheque en papel— el otro 50% en efectivo a 30 días". La experiencia se torno productiva, ya que los alumnos aplicaban todas las operaciones y algunas no vistas solo escuchadas, como el tema de los porcentajes (%). Los ejercicios permitían consultar y aclarar las dudas sobre eventos reales. De esta manera, el alumno aprovechaba el 75% en clase y el 25% en casa de aprendizaje en el área de matemáticas.

Los viernes dejaba dos horas de clase para que jugaran dominó, ajedrez, parqués, damas chinas, pues son útiles para el estudio de la matemáticas. Para algunos niños ir a La Pedregosa era como ir de paseo, como la mayoría por no decir todos almorzaban allí, se quedaban en la escuela toda la tarde, me lo confirmó el mayordomo don David.

Francineth, un alumno que recuerdo con mucha alegría, activo, indisciplinado, inteligente, charlatán, negro claro, piloso, líder, de ojos grandes y pelo ensortijado, me sorprendió, ya que como docente tenía una imagen negativa acerca de él, porque no aprovechaba todas sus cualidades para mejorar académicamente, sino para cansoniar y pelear. El comité social en la Navidad de 1992, organizó unos concurso. Nosotros nos inscribimos en el de inventar una canción navideña. En realidad, nunca pensé que mis alumnos ganaran. Francineth en clase inventó la canción, le arreglamos la música y la aprendimos, la presentamos el último día de la novena y fuimos los ganadores. Esto me dejó una lección: No rotular a las personas. Todas tienen las mismas capacidades. A partir de ese momento dejó de ser "mal estudiante" y se destacó positivamente en clase. ¡Qué lección! Muchas veces los maestros nos creemos tan sabios, que castramos a los educandos y no los dejamos expresarse libremente. Los estudiantes activos se deben aprovechar al máximo.

Mis días en La Pedregosa se hicieron más largos. Fue cuando la hermana directora me dijo: "Francy elabore una hoja de vida y me la lleva a la oficina". En unos días resulté en la nómina del municipio de Cali. Me había conseguido contrato municipal. Fue entonces cuando mi nombre salió de la nómina de Fé y Alegría. Esto sucedió en el año 1993. Posteriormente en el año 1995 fui nombrada en propiedad en esa misma institución. La verdad nunca hice política para buscar un nombramiento, éste se dio por decreto. Nunca he ni participado en paros. Solo una vez participé en una protesta en la cual participaban empleados oficiales de colegios y universidades. Salimos caminando desde Jamundí hasta la gobernación del Valle del Cauca. Nunca lo había hecho antes, porque en el colegio se han hecho acuerdos de no paros y no manifestaciones. Ellos manejan cierta ideología convincente: "Los alumnos en la calle aprenden y toman malos pasos", "un niño en la calle es un peligro". Evitaba realizar comentarios de que había participado, porque me tildaban de "revolucionaria".

Un año después por la directora empecé a dar clases en bachillerato, en las áreas de matemáticas de sexto y séptimo, educación sexual de sexto a once y ética en séptimo, octavo y noveno. Es un reto, porque se pueden imaginar la educación sexual en un colegio de religiosas. No he tenido tropiezos cara a cara, pero algunos comentarios se hicieron.

"Eso que los alumnos utilicen condón para clases como material didáctico, pienso que no es lo más adecuado". Para educación sexual, la institución no contaba con suficiente material, entonces los alumnos y profesores conformamos un comité y empezamos a realizar actividades pro-fondos. Los alumnos gozan, aprecian estos talleres, mejor dicho los viven. Educación para la vida y el amor ha dado buenos resultados en la institución. Gracias a estas clases los alumnos me han tomado como amiga, consejera. Esto es satisfactorio. Trato de orientarlos de la mejor manera posible. Soy una profe espontánea, alegre, creativa, regañona, joven en pensamiento, en espíritu, esto ha hecho que los alumnos sean más amigos.

Algunas compañeras les molesta todo esto. Con algunas ideas que promuevo en clase de educación sexual no comulgan las religiosas y yo con algunas de ellas. Ejemplo de ello es el manual de convivencia, que no fue elaborado por la comunidad educativa y otros aspectos del sumario que me permito no tocar.

El comité al cual pertenezco es muy dinámico. Somos emprendedoras, en el año 1998-1999 se propuso trabajar para mejorar y comprar material didáctico. Hemos promovido actividades como: el *jeans day*, que consiste en que los alumnos se presenten en jeans y deben pagar por ello, disfrutando de actividades deportivas y culturales. Además realizamos rifas, chocolatiadas y convivencias. El proyecto de educación sexual promueve desde hace dos años convivencias. Estas consisten en unos talleres de reflexión. En el primer año se trabajó el tema de la democracia y libertad de expresión, en el segundo año el manejo de sentimientos. Hasta ahora se ha logrado que los alumnos se respeten y que hayan mejorado en el trabajo en equipo. Estos espacios son aprovechados al máximo, porque luego de una reflexión intensa, siempre hay un momento de recreación.

El pensamiento productivo de cada uno de los alumnos después de haber vivido en la convivencia es una prueba contundente del aprendizaje adquirido. En el informe presentado por algunos alumnos puede leerse: "La convivencia me pareció muy chévere, dinámica y constructiva, ya que aprendí como expresar mis sentimientos y la importancia de ello". "Las personas valen mucho y tienen sentimientos que se deben explorar". "La convivencia de este año, pienso que tuvo mayor

éxito que la anterior, puesto que además de divertirnos, compartimos y nos integramos, por esta razón me sentí muy bien". "Fue una nota. ¡Que bien!, cargada de creatividad".

La filosofía de la institución es la educación en valores. El comité de ética promueve semana a semana un valor que cada curso debe preparar y se debe pasar el proyecto a dirección. Diariamente se reflexiona sobre la palabra de Dios durante 30 minutos, casi siempre de 7:05 a 7:35 a.m. Es dirigido desde dirección y escuchado en cada aula de clase. Puedo afirmar que estas reflexiones diarias han hecho cambiar algunos comportamientos negativos de algunos estudiantes.

La Pedregosa se caracteriza por tratar a sus alumnos en particular con cierta especialidad, haciéndoles sentir como en casa. El nivel académico de los alumnos ha ido mejorando paulatinamente con los esfuerzos que ha venido haciendo la comunidad educativa, creando espacios de trabajo en el aula, más que el de la casa. Nos ha permitido ir un poco más lento pero a paso seguro. El PEI de la institución es totalmente diferente al de otras instituciones de los alrededores. Ha sido preocupante que por primera vez el ICFES evaluara a nuestros alumnos. Los resultados de la primera promoción de grados onces no fueron satisfactorios. Debido a esto se está trabajando fuertemente en lo académico. Los alumnos reciben en la institución clases en las siguientes áreas, consideradas de suma importancia para conseguir un empleo cuando sean bachilleres: electricidad, modistería, computación o sistemas, dibujo técnico, sastrería. Los alumnos en las horas de la tarde tienen oportunidad de participar en grupos de crecimiento personal, como la juventud misionera e infancia misionera.

A pesar de nuestros esfuerzos, los alumnos de La Pedregosa presentan grandes falencias en la escritura, lectura y análisis. En la actualidad se están creando estrategias de mejoramiento continuo.

En ocasiones pienso que mi mente se está chiflando cuando me interrogo... me cuestiono... me evalúo, pero soy muy, pero muy dura conmigo misma. Sé que en mis manos tengo una labor muy grande e importante: la educación de adolescentes, infantes, quiénes son el futuro de Colombia. Me permito citar un escrito tomado de la Asamblea Mundial en Melbourne, Australia, que en un día de 1988, declara que:

> El primer valor del sistema de enseñanza pública deberá residir en la existencia y calidad de dicho sistema.
>
> La enseñanza pública ofrece un servicio a la población, que abarca desde la infancia hasta la edad adulta, respetando los valores de todos los grupos que constituyen la nación. Deberá permanecer exento de toda presión política.
>
> El sistema de enseñanza pública deberá contar con garantías constitucionales y estructurales para poder asegurar su supervivencia, accesibilidad, eficiencia e independencia.
>
> *Ética y Educación*. Cooperativa de Editorial Magisterio.

En este texto se trata claramente sobre la calidad del maestro. No me explico por qué maestros de la básica primaria tienen toda la mañana a unos alumnos frente a un tablero y sobre unos pedazos de madera sin espuma que tallan los glúteos, condenando a los alumnos a ser pasivos, poco creativos, etc. ¿Quién ha dicho que un alumno de grado primero o segundo de la básica debe permanecer con las manos sobre la cabeza, para que aprenda o practique la disciplina? O utilizar frases como: "Hoy no hay descanso, están muy indisciplinados", "En el día de hoy no se dará educación física, tenemos que reponer tiempo".

Reflexionando más profundamente creo concluir que: la tarea educativa supone un denodado esfuerzo personal por lograr lo mejor, equilibrio de nosotros mismos. Educar más que una labor educativa a favor de los alumnos, supone un talento anímico, una postura existencial, una actitud constante que va dejando una profunda marca en aquellas personas que comparten con nosotros. Es preocupante escuchar a compañeros decir: "¿Qué voy a hacer? Se va a acabar el año lectivo y no hemos visto la raíz cuadrada". Llenar un programa pedagógico no es lo más importante. Se debe tener claro cuál es la filosofía de la institución. Educar en valores en los lugares más populares del mundo y de Colombia.

Muchos de nuestros alumnos han vivido tragedias como la de ver asesinar a su padre o a su hermano. No es justo llenar su cabecita de temas y temas sin matizarlos con una dosis de comprensión y amor. Si nuestros alumnos van muy lento y no dejan rendir el programa. ¿Nos hemos preguntado alguna vez si tienen problemas psicológicos que

deben ser tratados? Así encontraremos pistas para aterrizar el avión en el cual le damos la mano.

Me gusta la música, soy muy enamorada y de alguna manera poeta. Canciones como la canción de la cigarra me hacen cuestionarme. En ella encuentro frases que me hacen sentir culpable, como ésta: "Niño la tabla del cinco, replica toda la tabla, dígame niño qué comen los árboles, hierbas y plantas, conjugue el verbo callarse, niño salga a la pizarra y escriba cuarenta veces, yo no se nada de nada". Esta estrofa la comparo con mi diario vivir. Normalmente al alumno distraído se le llama la atención y después recibe una porción del sermón de las siete palabras, pero nunca se le pregunta por qué está tan distraído, qué es lo que pasa, ni qué es lo que le interesa. Considero que el castigo, el regaño no es la mejor forma de reaccionar, de educar. Absurdo proceder así, viéndome como la maestra más insensata del siglo, casi culpándome por la actitud de los estudiantes. ¿Será culpa mía?

La educación es una empresa, la mejor que ha podido crear el hombre. Siempre he comparado la educación con una organización. Por eso decidí estudiar administración, porque creo que si la educación se mirara con una visión futurista, las deserciones escolares serían mínimas, se crearían planes de contingencia, se lograría realizar un programa de mercadeo de la educación pública, las debilidades se convertirían en fortalezas, la motivación salarial sería mucho mejor, se invertiría en la cultura, en el deporte, se capacitaría plenamente a los docentes.

En La Pedregosa se incentiva al docente sintiendo la escuela como una casa. Allí encontramos diversión, esparcimiento, reuniones, paseos. Muestra de ello es el paseo hecho en la localidad de Silvia (Cauca).

Culminé mi carrera como administradora de empresas el 14 de noviembre de 1998. Pero, ¿qué utilidad tiene la administración para la educación? Tenemos que partir que cualquier disciplina es una empresa. De hecho la educación también lo es. Estudié esta carrera con los firmes propósitos de formar líderes en la educación, maestros positivos creadores de planes. Estar convencida que mi carrera me permite capacitarme, estar actualizada, motivarme financieramente y lo más importante, me permite ser un gerente en el aula de clases. Deseo en el futuro poder desempeñarme en los colegios como administradora.

La escuela: un lugar para ser feliz

He observado muchos niños y jóvenes que llegan a nuestras escuelas y colegios temerosos, desconfiados, siendo la escuela un lugar de gozo y aprendizaje, de felicidad, posible de plenitud humana. ¿Son nuestras escuelas donde se irradia el bienestar de alegría, la espontaneidad? En todo momento este ha sido el objetivo primordial de mi tarea educativa: hacer de la escuela un lugar donde los niños se sientan seguros, alegres, donde se propicien encuentros humanos.

Me permito afirmar que en nuestros colegios y escuelas se destaca cada vez más la competitividad frustrante por encima de la gratitud generosa. Vivimos una cultura pragmática, donde predomina la ganancia máxima, el goce exterior sin fronteras. Se educa para el éxito, para ganar más, para pasar la universidad, para llegar a la cúspide de los placeres.

Así, el cerebro solo va archivando mensajes para ampliar conocimiento, para conocer con exactitud los secretos del triunfo, los aplausos del reconocimiento público y se nos olvida que la educación debería tender a hacer a nuestros niños felices, adultos felices.

Educar con Amor. Hermana Esperanza Uribe.

La vida me permitió cimentar un sueño

Teófila Ortiz Mosquera

¿Quién soy?

Son las 9:45 del día 14 de octubre de 1998 y empiezo a relatar lo que ha sido mi vida durante estos 29 años de existencia. Estoy sentada en la mesa del comedor que tengo dentro de mi pieza, la cual alquilo hace un año cuando decidí vivir sola.

Es un cuarto acogedor, donde me encuentro conmigo misma. En el tengo muchas cosas que me identifican y las cuales quiero mucho, porque han marcado una etapa o momento importante en mi vida. Por ejemplo, tengo en mi cuarto, un cuadro precioso que me regaló mi ex novio, es un paisaje maravilloso que te invita a soñar, tengo dos biblias, las cuales me ayudan mucho en momentos de tristeza y de alegría, siempre recurro a ellas para orientarme y seguir adelante. Mis dos diplomas enmarcados, uno de licenciada y el otro de especialista, ambos en ciencias sociales. Estos representan dos grandes sueños alcanzados durante mi existencia. En mi cuarto tengo también un reloj, en estos momentos está sonando el tic-tac de sus manecillas, que me indican la hora, me gusta mucho porque tiene el color rojo, el mismo color de mi equipo de fútbol. El América de Cali.

En estos momentos, a medida que escribo estoy escuchando la música de Mercedes Sosa, la argentina, suena la canción *Luna Tucumana*. Adoro esta música porque es identificarse con la sociedad en que vivimos.

Y así como esas cosas, tengo muchas más en mi cuarto que me recuerdan día a día lo que soy y por lo que he pasado a través de mi corto recorrido por esta vida.

¿Pero quién soy?

Soy una mujer de 29 años, de piel negra, que le falta mucho por recorrer y aprender del mundo. Soy maestra jardinera, a la cual le fascina su profesión y la cual desempeña con mucha entusiasmo y entrega.

Amo lo que hago y por eso cada día trato de dar lo mejor de mí, más si esto va en beneficio de mi trabajo y de los seres que me rodean. Me considero una persona amable, la cual trata de sacarle una sonrisa a la vida y a las situaciones. Eso trato de trasmitirle a mis alumnos(as), me desdoblo con ellos para obtener el mejor regalo que me pueden dar: una sonrisa espontánea que sale de ellos sin dificultad con cualquier gesto sencillo que les puedo hacer y el cual no están acostumbrados a ver.

La verdad es que me siento feliz cuando veo esa expresión de alegría en su rostro, es verme reflejada en ellos, es devolverme a mi niñez. Y eso es lo que logra cuando estoy jugando con ellos, bajarme a su nivel —aunque con ello estoy trasmitiendo algún concepto—. Ese nivel que te permite olvidar tus problemas, tristezas y angustias y te ayuda a transportarte a un mundo de sueños y fantasías. Eso alcanzo con ellos, soñar una vida sin complicaciones; aunque me suelen sacar de casillas o enojar cuando por algún motivo están peleando o no prestan atención por estar distraídos con algún juguete que otro compañero llevó. Me he acostumbrado a abrazarlos y a darles besos en las mejillas y a ellos les gusta, les brindo mucho afecto.

Pero no solo a mis alumnos(as) les brindo afecto. También a mis familiares y amistades. Trato de valorar a cada persona como tal. Y es que siempre he pensado que el ser humano por tener esa sola cualidad, es importante. Y así como valoro a los demás, me valoro demasiado a mí misma, supongo que por eso he logrado mantener hasta ahora una visión realista y concreta de la vida, consiguiendo con esto saber qué es lo que quiero, tratando de ser yo, con todos mis defectos y virtudes.

Siempre he pensado que uno de mis grandes defectos es la entrega total de mí hacia los demás y me ha tocado en ocasiones recibir lo que me brindan. De mis virtudes que puedo decir, siempre trato de ofrecer una amistad sincera y abierta, tratando de ayudar a los demás de acuerdo a mis posibilidades y capacidad sin esperar nada a cambio. De mis defectos, puedo considerar muchos, pero me sobresale uno muy marcado y es el de entregarme de lleno a la gente que me rodea y en ocasiones no es muy bueno.

He aprendido de la vida a saber cuándo decir si y cuándo no, aunque en ocasiones ese no se me dificulta para pronunciarlo y he tenido inconvenientes por esto. ¡Ah!, pero poco a poco vas encajando todas esas dificultades a tu forma de ser y te vas acoplando al medio en que te desenvuelves, con todos tus pros y tus contras; tus sentimientos, los cuales no son sino un cúmulo de pasiones que logran mantenerte en un mundo lleno de ilusiones, temores, sueños y esperanzas por un convivir en armonía contigo mismo y los que te rodean.

¡Mis temores! Trato de no sacarlos a flote con frecuencia. Siempre le he tenido miedo a la soledad, aunque no lo demuestro ni lo hago saber a las personas que me rodean. Siempre he vivido en casas donde hay gran cantidad de personas, esto ha hecho que nazca en mi ese temor. El encontrarse solo después de haber convivido con mucha gente a tu alrededor, supone para mí un estado de ánimo depresivo. Eso sentí las primeras semanas que me trasladé de casa hace un año. Claro que mi temor más grande desde que cumplí los 18 años es el de tener un hijo, no por el proceso de tenerlo, sino porque creo que esa responsabilidad es demasiado grande y no me siento capacitada para ello. Pienso siempre en la forma como criarlo y eso para mí se me hace muy difícil, más no imposible y sé que tarde o temprano me llegará el día y espero estar preparada para ello.

Sí, esos sentimientos que día a día se van afianzando hacia un determinado sueño y que debes luchar para lograrlo. Y eso es lo que me ha enseñado la vida, a tomar las oportunidades que me presenta y me brinda, siempre y cuando éstas vayan en beneficio tanto propio, como de los demás y sobretodo de mi trabajo como docente. Son tantas las oportunidades que le he tomado a la vida y por eso le doy todos los días gracias a Dios. Le doy gracias por permitirme disfrutar todo aquello

que me gusta y me siento realizada con ello. Por ejemplo, me fascina bailar, bailo ritmos como salsa, merengue, pasodobles; en fin, todo lo que suene, exceptuando el ritmo vallenato, aunque debería, por mi condición de bailarina del folklor colombiano, lo cierto es que este ritmo no me ha podido gustar nunca.

Me encanta la trova cubana, representada en Silvio Rodríguez y Pablo Milanés; también me encanta la música protesta de Mercedes Sosa y Facundo Cabral, ambos argentinos. Mi pasión por esta música nace cuando estoy en la universidad estudiando la licenciatura en ciencias sociales, en tercer semestre por influencia de mis compañeros de los semestres superiores, que hablan sobre ellos y me prestan dicha música. Luego se da la oportunidad de asistir a un concierto de Silvio Rodríguez, ayudo en la realización de pancartas y esto me emociona mucho, además era un cantante cubano y eso para mí era más que suficiente. Como buena admiradora de Fidel Castro. Esto sucede hacia 1991. Posteriormente, fui a ver en concierto a Pablo y a Facundo. Cuando vi y escuché a este último —mayo de 1998— fue como si Dios me estuviera irradiando una tranquilidad y una emoción, que rogué y deseé que esos momentos no se terminaran. Fue tal el gozo, la emoción, ese encuentro con Dios a través de la voz de Facundo, que me duró tres días la nostalgia del encuentro. A la única que no he podido ver y escuchar en concierto es a Mercedes Sosa, espero que Dios me brinde esa oportunidad.

Y así como me gusta esta clase de música y la danza, trato de trasmitirles a mis alumnos(as) este gusto. Los pongo a bailar, he tenido grupos de danza con ellos. Ellos felices, pero creo que yo soy más feliz viéndolos moverse al ritmo de una cumbia, para que las mamás y profesora los feliciten y les digan que estuvieron fabulosos, que lo hicieron muy bien.

Pero además de la trova cubana, la música protesta y la danza, me gusta mucho el deporte: trotar, jugar basquetbol, el fútbol ,etc. Por eso, “les saco la leche” a mis alumnos(as), como se dice, cuando practicamos por ejemplo el atletismo, el fútbol o hacemos educación física, la cual combino con la música y el juego.

Adoro la naturaleza, me emociono mucho el estar en contacto con ésta, lo que hace que disfrute apreciar un árbol, una montaña, adorar

los perros y por supuesto, disfrutar de una larga caminata y si es montaña, mucho mejor. Creo que si de mí dependiera, viviría viajando y conociendo todas nuestras selvas, montañas, volcanes y en fin, todo el paisaje: flora y fauna que en nuestro hermoso país existe.

Esto me ha llevado a ser muy persistente y consagrada en la institución donde trabajo, tanto con los niños, como con el personal de aseo, en la conservación de un ambiente libre de basuras y contaminación. Con los niños(as) estoy en permanente campaña de cuidar lo que poseemos a nivel de plantas, animales y recurso hídrico.

Creo que soy una mujer incansable cuando de disfrutar la vida se trata, pero disfrutarla de una forma sana y beneficiosa. Y así como me encantan todas las actividades mencionadas anteriormente, me gusta el cine y el teatro y en la medida que tengo la oportunidad disfruto de ellos, sola o en compañía. La verdad es que allá por el año 1993, mi novio logró contagiarme de la pasión del cine, ya que le fascinaba esta actividad, íbamos mucho a ver películas que estuvieran en cartelera, aunque seleccionábamos las mejores según nuestro criterio y que presentaran buen contenido social, humano, etc. La pasión por el teatro me la despierta uno de mis compañeros del grupo de danzas, con sus comentarios sobre obras que ha visto y el estilo de los actores. Es así como en el 95 me llama la atención el grupo de teatro *El Águila Descalza* del departamento de Antioquia y ahora no me pierdo ninguna presentación de ellos en Cali. Lo curioso del asunto es que cuando se despierta en mí el gusto por el teatro, se incrementa el interés de que mis alumnos(as) realicen esta actividad. Es así como logro que mis niños(as) se interesen en el año 96, por el montaje de una pequeña obra: *El gato bandido* de Rafael Pombo. Mis niños(as) lograron meterse tanto en el cuento, que me daban ideas sobre cómo realizar los diálogos y escenas. Recuerdo que gozábamos mucho en los ensayos, a veces debíamos parar un largo rato por estarnos riendo con alguna cosa o comentario que alguno de ellos había dicho.

Esa es la vida que siempre he soñado y he logrado realizarla. Una vida con sonrisas, mucho goce, mucho ser yo misma, sin complicaciones. Aunque también una vida de lucha, de sufrimiento, de angustias y de continuo seguir adelante. Pero, sobre todo, una vida de entrega a

todo lo que me gusta y en lo que me siento realizada, como son mis estudios, mi trabajo, mis danzas y deportes.

En esa continua entrega a la vida, he logrado culminar muchos sueños y aspiraciones que hoy me dan la oportunidad de estar en lo que me gusta y en lo que quiero. Si… hay que soñar y tener aspiraciones, pero no olvidarse del presente, del hoy y lograr una vida puesta en la realidad. Y es que como dice Anthony de Mello: "Hay que vivir en el presente, gustando de cada momento a medida que lo vive". Eso es lo que trato de hacer, vivir cada día dando lo mejor y gozando de él.

Pero, ¿por qué menciono a Anthony aquí? Claro, se me escapaba, desde hace muchos años me fascina la lectura, este gusto me lo despertó mi profesor de español y literatura en el séptimo año de bachillerato, mi profesor Cesar Octavio Moreno de la Escuela Normal Departamental para Varones y en la actualidad, me estoy leyendo del autor antes mencionado *Charlas sobre la Espiritualidad ¡Despierta!*, me lo regaló mi asesora del trabajo de grado de la especialización en ciencias sociales.

Y como todos los gustos anteriores, este también se lo he trasmitido a mis alumnos(as), lo que les ayuda en su imaginación, creatividad y lenguaje oral y escrito, debido a que les coloco a escribir y dibujar los cuentos leídos o narrados.

Esos son mis gustos y pensamientos. Pero, ¿qué puedo decir de lo que ha sido mi transcurrir por la vida? Un dar sin esperar mucho a cambio y eso se demuestra con lo que fue mi noviazgo. Digo mi noviazgo, porque considero que a pesar de haber tenido varios novios, no fueron lo suficientemente importantes en mi vida, debido a que no duraba mucho con ellos. Solamente al que haré referencia, logró tener dicha importancia.

¿Por qué escribir en este punto sobre mi noviazgo y no otro aspecto de mi existencia? Lo que me impulsa a escribir en esta parte de mi relato dicho pasaje, es la gran decepción y engaño que por estos días estoy sintiendo del que fue mi novio; con el cual pasé momentos muy agradables, pero también momentos de angustia y desconsuelo. Creo que es mejor descargar todo eso primero.

Mi noviazgo

Primera etapa:

Ésta empieza hacia 1993, tengo 24 años, el 28 de febrero a eso de las 9:30 p.m., cuando estaba muy cerca de la casa donde vivía hasta hace un año, en el barrio Santa Elena de la ciudad de Cali. Llegaba de la Universidad Santiago de Cali, donde estudiaba la licenciatura en ciencias sociales en las horas de la noche, debido a que en el día trabajaba. Cuando escuché el pito de un carro, no presté atención, como suelo hacerlo cuando esto sucede. Seguí caminando y un poco más adelante un taxi frenó muy fuerte y alguien me dijo: "Tan creída. Le estoy pitando hace una cuadra y usted no me presta atención; los muchachos que están allá sentados se burlaron de mí porque usted no me atendió". Yo miré y le dije: "Qué pena, no sabía que eras tú, lo que pasa es que no suelo mirar cuando escucho un pito". Él se rió y me dijo: "Vamos a comer un helado, te invito".

Me subí al carro. Un chevrolet *chevette* de placa VBD 518. Claro, era uno de los muchachos conocidos del barrio, Vladimir Villegas, con el cual había hablado en muchas ocasiones. Fuimos al Dari de la Parisien en el barrio Junín. Luego de comprar vasitos de helado, empezó a conducir hacia la calle 5. Yo le dije: "Disculpa, este no es el camino de regreso a casa donde vivo". Él me contestó: "Vamos al cerro de Cristo Rey, ¿has subido?". Respondí que no y en ese momento empecé a sentir mucho miedo, porque uno de mis cuñados me había comentado que esa vía era muy peligrosa, sobretodo en horas de la noche. Él me dijo que no tuviera miedo. A pesar de eso no fui capaz de terminarme el helado que se me derritió en el transcurso del trayecto. Realmente estaba muy asustada, sentía latir mi corazón muy aprisa. Mi sufrimiento terminó cuando llegamos al cerro y encontramos personas arriba. Sí, allí terminaba mi sufrimiento por esos momentos, pero empezaba una época llena de goce, disfrute, entretenimiento, insatisfacciones, disgustos y entrega hacia alguien que no valoró lo que había llegado a su vida.

Sí, comenzaba a partir de ese momento en el cerro una nueva forma de vida para mí, ya que esas dos horas que estuvimos en aquel lugar fueron suficientes para observar el paisaje, besarnos y pensar en reencontrarnos. Él me comentó que era un poco difícil el ponerse de

acuerdo conmigo debido al horario de trabajo y estudio que yo tenía, pero que de todas formas me iba a dar el número de teléfono de su casa y del radioteléfono para que lo pudiera ubicar y hablar. Yo acepté.

Eran las 11:20 p.m. cuando decidimos regresar a casa, volvió a invadirme el miedo de tener que transitar por esa carretera tan peligrosa, creo que en cierta forma él también sentía el mismo miedo, pero no me lo demostraba para no aumentar mi sufrimiento. Subimos al carro y me sujetó por los hombros con su brazo derecho y me recostó sobre su pecho mientras manejaba con la otra mano. Por cierto, a muy buena velocidad. Yo estaba muy contenta por esos momentos vividos.

Llegamos a la casa donde yo vivía, me tocó decirle a mi tía Angelita (mamá Angelita) que me había ido a casa de una de las compañeras de la universidad. Ella no me dijo nada y subí al segundo piso de la casa donde estaba mi cuarto. Ese resto de noche fue maravilloso, no quería dormirme para recordar lo que me había sucedido.

Claro, cómo no iba a cambiar mi forma de vida, sí al día siguiente no veía la hora de estar en el trabajo en el Jardín Infantil Nacional No. 1 de Cali y contarles a mis compañeras lo que me había ocurrido. Pero sobretodo a una en especial, María Magdalena, mi confidente en el trabajo. Cuando a la 1:00 p.m. llegué al jardín —ya que trabajo en las horas de la tarde—, empecé a contarle a ella lo sucedido, ella me escuchó y me hacía preguntas sobre Vladimir, yo le respondía. Luego llegaron las otras compañeras y escucharon la historia, yo estaba emocionada y esa alegría la reflejé en mis alumnos(as). Ese día era especial; jugué más con ellos y logramos realizar las actividades propuestas sin contratiempos.

Ya en la noche, cuando llegué a la universidad, les comenté a mis dos compañeras Patricia y Liliana, con las cuales realizaba todos los trabajos y estudiábamos, mejor dicho, con mis compinches de la universidad. Estas me escucharon y se rieron del asunto me dijeron: “Esperamos que con este dures algo, porque como sos vos, no demorás en decirnos que ya terminaron, es que a ti no te dura un novio más de dos meses, porque siempre le sacas peros al muchacho”. Yo les dije: “Espero que con este sea diferente”. Ojalá no se me hubiera dado este pensamiento. Y fue diferente, porque a partir de ahí, me alejé un poco de las reuniones con mis compañeros de danza, con los cuales habíamos logrado formar un grupo muy compacto y sólido. Cada ocho días

estábamos reunidos, celebrando un cumpleaños o solamente reunidos porque queríamos. Nos visitábamos mucho y estábamos pendientes si alguien se enfermaba para acompañarlo, en fin, éramos todo un grupo. A pesar de ello, Vladimir logró encasillarme tanto en él, que mi vida giró en torno a mi trabajo, al estudio y a él. Y es que compactamos bien, las cosas que a mí me gustaban también le gustaban a él y las que no, nos las contagiábamos. Por ejemplo, yo no era muy amante del cine, él logró despertarme esa pasión y ahora la disfruto sola o acompañada. El es un aficionado de este arte y eso hizo que no nos perdiéramos de ninguna película que estuviera en cartelera.

A él no le gustaba el baile, porque era de otra religión (evangélico), pero poco a poco logré que se interesara por éste y cada quince días o cada mes, estábamos en los bailaderos de la sexta, la quinta o Juanchito.

Pero quién era esa persona con la que lograba establecer una relación amorosa. Vladimir Villegas, como ya lo anoté anteriormente, era un muchacho de 25 años de edad, que se dedicaba a manejar un taxi, el cual había comprado en compañía de un primo y con el cual compartía los turnos para conducirlo o manejarlo. Había terminado sus estudios de bachillerato y le había tocado ir a prestar el servicio militar en Bogotá. Vivía con su padre pero no tenía muy buenas relaciones con él. No vivía con su madre, ya que desde que tenía unos cinco años se fue de la casa, porque el señor la maltrataba, según me contó Vladimir. A él lo crió una tía hasta los 13 años, cuando ésta decidió viajar a los Estados Unidos. Cuenta él, que se desubicó mucho con esto y le tocó seguir solo sus estudios, porque su padre nunca se preocupó por él. La tía le enviaba el dinero para sus estudios.

Durante el tiempo que sostuve la relación con Vladimir, jamás hablé con el papá. A pesar de que lo veía a diario, nunca nos dirigimos palabra alguna. A la mamá me la presentó un día y de ahí en adelante jamás la volví a ver. Jamás me relacioné son su familia, ni conocí a sus hermanos. Ahora me doy cuenta que tampoco valía la pena conocerlos.

Cuando empezamos la relación, Vladimir era de otra religión, como ya lo dije. En el transcurso de nuestra relación, un día me dijo que ya no pertenecía a ésta y que ya no creía en nada, que le había

costado mucho tiempo tomar esta decisión, debido a que toda su familia, exceptuando a su padre, era muy consagrada a dicha religión (evangélica).

Me contaba que a él le era muy difícil demostrar sus sentimientos, ya que por su forma de crianza, prácticamente le costaba mucho trabajo ser cariñoso, porque eso no lo había sentido o vivido cuando pequeño. También hacía referencia a su inestabilidad emocional y su forma de vida, debido precisamente a su forma de crianza. Había empezado en dos ocasiones una carrera intermedia y en ambas se había retirado por falta de dinero y motivación.

Este era Vladimir, la persona a quien quise, pero de la que no me enamoré perdidamente como se dice. Y eso ayudó a que cuando dijo terminemos, para mí daba lo mismo o me era indiferente.

Esta primera etapa de relación empieza a decaer, cuando él decide empezar a estudiar por tercera vez la carrera intermedia (ingeniería de sistemas). Con esto se terminaron las salidas continuas a cine, las salidas a bailar, las prácticas continuas de deportes como trotar, basquetbol, nadar, en fin, todo aquello que habíamos logrado compaginar. La relación estaba muy bien, al menos eso creo; tal era así, que en mi casa estaban de acuerdo con ésta, mi mamá Angelita, que era tan fregada, lo aceptó y permitía sus visitas continuas o mejor casi a diario, lo mismo que nuestras salidas. Mis primos con los que vivía también congeniaron muy bien con él. A mi hermana, con la que vivía también, Targelia, no le gustaba la idea, pero no me comentaba nada.

Pero como ya lo anoté, a partir del momento en que entra de lleno a estudiar Vladimir, la relación entra en decadencia, ya no nos vemos con tanta frecuencia, aunque en ocasiones le ayudaba a realizar las tareas o trabajos asignados. Esto ocurre a comienzos del año 1995, entre enero y febrero. Ya en marzo deja de visitarme, no llama, yo trato de ubicarlo en su casa, por radioteléfono, pero nada.

Después de marzo no volvimos a comunicarnos, ni a vernos; yo llegaba de estudiar en la noche a eso de las nueve y media o diez y salía a trabajar a las doce del día, por tal motivo, a pesar de vivir tan cerca, yo no tenía tiempo de buscarlo y tampoco tenía ninguna intensión de hacerlo.

Pasaron los días y meses y se termina esa relación. Él nunca dijo que termináramos, solo se alejó; tampoco lo busqué. Me dije a mí misma: "Si no vuelve, sus razones tendrá". No me afectó su alejamiento, por el contrario, yo seguí con mi trabajo normal, sin cambio de actitud y de ánimo con mis niños(as), seguía en lo que me gustaba y disfrutaba lo que hacia, lo mismo sucedió en el estudio, seguía con mis danzas, aunque no volví a reunirme con los compañeros de rumba.

A todos los que me preguntaban por él, incluyendo mis compañeras de trabajo y universidad, yo les respondía: "Debe estar bien, aunque ya terminamos y no lo he vuelto a ver". Y así terminaba una relación que había durado dos años.

A partir de mayo del 95, empiezo a salir con un muchacho menor que yo en tres años, tenía yo 24 años. Esta relación no duró mucho, ya que en octubre del mismo año habíamos terminado. Creo que congenié mejor con su familia que con él. Después de terminada esta relación, Vladimir cumple años, el 19 de noviembre. Yo lo ubico por vía telefónica y le regalo una camiseta, le dije: "No suelo quedarme con un favor o un regalo y como me diste regalo en mis cumpleaños, te lo devuelvo". A él le gustó la camiseta, me dio un beso en la mejilla y me abrazó, el asunto quedó así, hablamos sobre su alejamiento, me comentó que había sido por su trabajo y mucho estudio. No le dije nada, tampoco hablamos de volver con la relación. Él me volvió a dar las gracias y se fue.

Vladimir va al Jardín Infantil donde trabajo a visitarme el noviembre 26 del mismo año, yo no asisto ese día al trabajo por tener permiso para la realización de un curso. Cuando hablé por teléfono esa noche con mi compañera sobre mis alumnos(as), ella me comenta sobre la visita. Yo le contesto: "Y qué fue a hacer este allá, si yo no tengo nada con él". Ella me responde: "A la reconciliación", me río y el asunto queda así.

En diciembre 8 del mismo año, Vladimir vuelve a mi casa, es un domingo y me invita a subir al cerro de las Tres Cruces, yo acepto. Empezamos nuevamente a salir, a hacer deporte y comienza aquí nuevamente la relación.

Segunda etapa (El regreso)

Después de la subida al cerro de las Tres Cruces se dieron otras salidas a hacer deporte: trotar, jugar basquetbol, etc. El 18 de diciembre del 95, me pregunta lo que yo quería de regalo de navidad, yo le dije que no se preocupara por eso, que yo pasaría el 24 con mi hermano mayor en Miranda (Cauca). El me respondió: "Listo, cuando vuelvas hablamos". Yo viajé donde mi hermano y regresé el 26 de ese mes. El día 28, él arrima a la casa a eso de las siete y media de la noche. Me preguntó si había visto el regalo que me había llevado en horas de la tarde, yo no me encontraba en la casa cuando eso. Entré a la sala y ahí estaba el regalo, lo destapé y era un jean color crema, me lo medí y me quedó bueno, yo subí y le bajé el regalo que le había comprado, era una pantaloneta de baño de color negra y azul. Le gustó mucho y me dijo: "Muy inclusive, no tenía, ahora hay que programar la ida a baño". Yo lo miré y nos besamos.

Esa misma noche me invitó a observar la *Quema de las fallas* que se dan en Cali y se hacen los 28 de diciembre —se hacen las representaciones en muñecos de todos los desaciertos de los gobernantes y situaciones malas que hayan ocurrido en el municipio y se reúnen ese día para quemarlas—. Salimos en el taxi y había tal congestión de vehículos, que decidimos ir a otro lugar; estábamos dando vueltas por lo calle quinta, cuando llegamos a una discoteca de ritmo reggae, llamada *Nuestra Herencia.*

Entramos a ella y estuvimos bailando un rato, posteriormente nos fuimos a bailar a la Avenida Sexta y terminamos en los bailaderos de Juanchito, aquí empieza en serio la relación amorosa, donde esta nueva etapa duró dos años y tres meses.

En enero del 96 se retira de estudiar por falta de dinero, debido a que tenía muchas deudas; bueno eso fue lo que dijo. Ya había hecho negocios con el primo, al cual le compró la parte del carro. El que no volviera a estudiar me entristeció mucho, yo quería que terminara la carrera. Acepté su justificación.

Él se dedica a su trabajo y empezamos nuevamente a salir con mucha continuidad. Cuando se da ese regreso, yo termino mi carrera de licenciatura. El 6 de abril del 96 me gradué, aunque había terminado

materias en el segundo periodo del 94. Después de terminada mi carrera como licenciada, le comento a mi novio Vladimir el deseo de continuar estudiando y realizar el posgrado. La idea me estaba funcionando desde antes de terminar la carrera por allá en séptimo u octavo semestre.

Él me animó mucho para que la idea se concretara. Me hizo ver todas las posibilidades y las ventajas de la continuidad del estudio. Yo siempre le decía: "El cura predica, pero no práctica", un refrán muy utilizado y nombrado en nuestra zona vallecaucana. Él me respondía: "Aproveche Ud. ahora que puede y se le presenta la oportunidad de hacerlo, además Ud. tiene los medios; que más hubiese querido yo, tener esa posibilidad de estudiar. Además es lo único que les queda a las personas". En eso tenía toda la razón y eso siempre me lo dijo mi padre y mi mamá Angelita. Sus palabras me alegraban mucho porque veía su preocupación por mí, pero también me entristecían ya que él no había cumplido su sueño de culminar sus estudios hasta el momento.

Lo cierto del caso es que me inscribí en el posgrado de ciencias sociales en la Universidad Santiago de Cali, donde había hecho la licenciatura en la misma asignatura. En enero de 1997 entro a estudiar, aunque meses antes él (Vladimir) me había comentado su preocupación, porque con mis estudios ya no nos podíamos ver tan a menudo, yo le expliqué el horario de clases, donde solo estudiaría los días viernes en las horas de la noche y el sábado todo el día.

Recuerdo que después de escucharme, me cantó: "El tiempo que te quede libre, si te es posible dedícalo a mí. No importa si son dos minutos o si es uno solo, yo seré feliz. Pero el tiempo que te quede libre, si te es posible dedícalo a mí". Yo le di un abrazo y lo besé. Este gesto me pareció muy hermoso, porque él no era de los que suelen expresar sus sentimientos.

En fin, él comprendió mi horario de estudio, es más, en ese lapso de tiempo que duró la especialización (un año) en varias ocasiones arrimó por mí a la universidad, claro yo me escapaba de clases más temprano y nos íbamos a bailar. Era todo un corre, corre por llegar al lugar establecido de la cita. Claro, cómo no recordar ese corre, corre, si era el mismo que debía realizar todos los viernes con mis alumnos(as) a las

5:45 p.m. para poder salir corriendo a abordar el bus que me llevaría a la universidad, donde tenía como horario de entrada las 6:30 p.m. Y es que en muchas ocasiones llegaba tarde a la universidad, porque a pesar de que a las 5:00 p.m. empezaba a organizar junto con mis alumnos(as) los materiales utilizados en la tarde, por estar pendiente de cosas como: "¿Quién vino por Ud.?, ¿con quién se va?, ¿Ud. conoce al señor o señora?, ¿seguro que es familiar suyo?, ¿ya se subió a la buseta? Corra papito o mamita que lo(a) lo deja el transporte". Daban las 5:40 p.m. y no habían recogido a tres o cuatro de ellos(as). Luego era la preocupación, los dejo o no con la compañera. Al final, con la incertidumbre de lo que les pudiera pasar, salía corriendo como ya lo dije a abordar el bus. Lo bueno del asunto era que siempre llegaba tarde a clases los viernes. ¡Que pena!

El trote duró todo un año y en muchas ocasiones le comenté a mi novio que estaba cansada de esto, sobre todo del estudio; en el segundo semestre se notó más ese cansancio, debido a que la exigencia era mayor. Él me animaba y me decía: "Tranquila que ya casi termina, ya hizo lo más, aguante lo menos". En muchas ocasiones fue por mí al trabajo para llevarme a la universidad.

La verdad es que la relación continuó estable, las cosas marchaban bien, aún cuando en segunda etapa yo vuelvo y busco a mis compañeros de danzas con los cuales retomamos las salidas a bailar y las reuniones. Esto sucede hacia septiembre del año 97.

Termino mis estudios académicos de la especialización el 6 de diciembre del 97 y el 18 de ese mismo mes, empezamos a realizar el trabajo de grado con dos de mis compañeras, este lo habíamos empezado hacía un mes aproximadamente. Desde ese día, —18 de diciembre del 97 hasta el 18 de enero del 98— cuando lo terminamos, no nos dimos cuenta de vacaciones, descansamos los días 24, 25, 31 y 1 de enero. Todos los días, desde las 8:00 a.m. hasta las 10:30 p.m. nos dedicamos a terminar el trabajo, el cual teníamos plazo de entregarlo hasta el 6 de febrero. Durante todo este tiempo si me vi con mi novio dos veces fue mucho. Cuando yo llegaba a la casa, me daban razón de que había venido a visitarme, pero como siempre, no me encontraba. Yo solo decía: "Qué le vamos a hacer, no puedo de dejar de hacer mi trabajo, qué pena". Jamás me había dedicado tanto al estudio y a

producir como esa vez. Luego del cansancio, del agotamiento, del ir y venir, de quitar y poner, de discutir y llegar a un acuerdo con mis compañeras, cuando tuvimos el escrito de casi 200 páginas, la satisfacción fue enorme y en esos momentos no estaba él, mi novio para contarle: "Lo logramos, hemos terminado". Él empezó a alejarse, cuando regresaba, las cosas ya no eran lo mismo, comenzamos a hacer las mismas cosas, ir a cine, hablar de cosas sin importancia, ya no salíamos a bailar, porque según él, no le quedaba dinero para ello, etc. Esto se da a finales de enero y todo febrero de 1998.

Aunque este cansancio de la relación yo ya la venía sintiendo desde mucho atrás, ya lo había dejado de querer hacía rato, pero trataba de que la relación funcionara sin contratiempos. No me atrevía a terminar la relación, porque siempre pensaba en su soledad frente a la vida, su inestabilidad que mostraba ante ésta.

Esto siempre se lo comenté a mi compañera de trabajo y vivienda María Magdalena. Ahora me doy cuenta que fue un grave error, aunque no es momento de lamentarse, sino más bien de reflexionar sobre esta etapa de mi vida y aprender de ella. Pero gracias a Dios, mi novio llegó el domingo 14 de marzo de 1998 a eso de las 3:20 p.m. a la casa donde vivo y me dijo que necesitaba hablar conmigo. Le pregunté: "¿Qué pasa?". Él me dijo: "Creo que esta relación no tiene razón de ser, las cosas se volvieron rutinarias y así no podemos seguir". En esos momentos sentí un alivio inmenso, porque él era el que rompía la relación y por tal motivo no me quedaría ese cargo de conciencia, sentí que me quitaba un peso de encima. Yo lo observaba mientras hablaba, luego me dijo: "Perdona todo el tiempo que te hice perder". Lo miré y le respondí: "No, fresco, no te preocupes por eso, no tiene importancia". Posteriormente me preguntó: "¿Quieres decirme algo?". Yo respondí: "No, qué quieres que te diga, ya todo está dicho". Él salió y se fue.

Pensé que todo había terminado ahí, al menos eso sentí y eso quería. Me dediqué a mis amistades, seguí frecuentando el cine, haciendo deporte, trabajando armónicamente con mis niños(as), la verdad no me afectó para nada la partida del que por años había sido mi novio. Hasta yo estaba aterrada y extrañada de mí reacción, pero

seguía disfrutando de mi nuevo estilo de vida. Más extrañado estaba él, ya que volvió a visitarme a los ocho días del rompimiento y mi actitud fue de ignorarlo por completo, solo lo saludaba y pare de contar.

Estuvo frecuentando la casa durante ocho meses después de eso, a mediados de septiembre de 1998 llega a un acuerdo con mi compañera de vivienda para que ella le vendiera el almuerzo. El 24 de ese mismo mes, tuvimos una discusión, él tomó un actitud de tristeza por eso. Me sentí muy mal al verlo así, le pedí disculpas, porque yo le había alzado la voz, cosa que nunca había sucedido con él. Empezamos a hablar y él comenzó a llorar, estaba tan sorprendida con esto que no hice sino tratar de consolarlo, me comentaba que se sentía muy solo y que le hacía daño mi indiferencia. En esos momentos, mis sentimientos de amor hacia él despertaron, aunque luego me arrepentiría de ello. Pero en fin, debes caer para levantarte.

De ahí en adelante seguimos hablando toda la semana. El día sábado 10 de octubre hubo fiesta en la casa donde vivo e invitaron a Vladimir. Llegó a eso de las 12:20 de la madrugada, bailamos toda la madrugada. Al día siguiente, el domingo, fuimos hasta el pueblito Pance, en el caserío del municipio de Santiago de Cali donde empiezan los Farallones de Cali. Durante el recorrido hasta allá, yo le comentaba a él mis temores sobre volver a empezar la relación debido a su inestabilidad. Él me escuchó y me dijo: "No quiero engañar a nadie". Le pregunté: "¿Por qué?". Y solo me miró. Toda la mañana estuvimos en el pueblito. La relación empieza nuevamente a funcionar.

El día martes 13 de octubre de 1998, tenía yo una ida al teatro, se presentaban los del grupo El águila descalza con su obra *El sueño del Pibe*. Le pedí el favor a Vladimir que me recogiera en el teatro a eso de las diez a diez y media. Efectivamente estuvo muy puntual. Durante el recorrido del teatro a la casa, comentamos lo ocurrido el día domingo. Cuando llegamos a la casa donde vivo, él estacionó el carro y le pregunté a qué se debía ese cambio de actitud, estaba más cariñoso, más entregado al diálogo, etc. Me dijo: "¿Estás preparada para la verdad?". Yo le respondí: "No me digas, ¿tienes mujer?". Contestó: "No, tengo un hijo de un año y medio". En esos momentos sentí un nudo muy grande en la garganta y exclamé: "¿Que, qué?, ¿No me digas que durante el tiempo que estuvimos de novios sucedió?". Dijo: "Sí".

A partir de ahí descargué contra él todo un discurso que jamás en la vida pensé decirlo y sobre todo a él. Algo que recuerdo haberle dicho fue: "Eres lo peor que me ha pasado en los 29 años de vida que tengo, cómo me pudiste hacer eso. Si algún día me llega la noticia de que te han matado, diré bendito sea Dios". Aunque luego reaccioné y le dije: "No. Tú no te puedes morir tan rápido, la vida no puede ser tan benévola contigo, porque si te mueres hasta ahí té queda todo. Estoy segura que la vida te cobrará día a día lo que me hiciste". Él se limitó a escucharme por casi hora y media. Hasta que me despedí de él y salí del carro, eso sí con una agonía que jamás había experimentado, pero como se lo había prometido a él no lloré. Le dije: "Llorar, ¿para qué?", con eso no remediaré nada, además llorar por ti no vale la pena. Y gracias a Dios que me dio las fuerzas suficientes lo cumplí.

Al día siguiente les comenté a mis compañeras de trabajo, porque aunque estábamos en paro estatal indefinido —éste se da por el no acuerdo de las negociaciones sobre el aumento salarial del año 1999 y prestaciones sociales, entre gobierno y trabajadores estatales—, nos reuníamos a cumplir horario, cuando no estábamos en marchas, mítines, etc. Las compañeras aterradas del asunto, no lo podían creer. Claro, para colmo de males estábamos en paro, como me hacían falta mis niños(as), porque junto a ellos no había sentido el vacío tan grande que sentía en esos momentos. Creo que los extrañé más que nunca. Pero en fin, me tranquilicé mucho cuando después de hablar con varios amigos, amigas y mi hermana, dándome ánimo, me hicieron ver la situación. Recuerdo que hablé con uno de mis compañeros de danzas y muy amigo Edgar (lo adoro), él me dijo: "Tranquila mija, que uno se revuelca en la cama unas dos semanas y a la tercera se levanta y sigue su vida como si nada".

Y efectivamente eso sucedió, después de la segunda semana me puse a pensar: "Si Dios quiso que él me comentara ese asunto, es porque en verdad no me convenía seguir con él". Y le di gracias, muchas gracias a Dios por ello y sobre todo, por tener amigos como los que tengo, porque sin ellos el asunto me hubiese sido más difícil.

Esto sucede justo cuando decido empezar a escribir mi autobiografía y pensé: "Cómo no empezar por esta etapa de mi vida". Sí, siento que los recuerdos desagradables y amargos son los primeros que se deben

olvidar, pero no sepultar, ya que de alguna manera estos te ayudan a madurar, a afrontar los problemas con firmeza y confianza. Creo que éstos, en el momento en que se interiorizan y se hacen parte de uno, logran que veas las cosas como son y te enseñan algo demasiado importante: Que la vida es hermosa. Y en eso tiene toda la razón Facundo Cabral cuando canta: "La vida es hermosa, desear tanta guerra, la vida es hermosa, si podés no te la pierdas, si podés no te la pierdas".

Hoy superada esta etapa en mi vida, creo que lo más importante del asunto ha sido encontrarme a mí misma nuevamente, entregada al trabajo, a mis amigos(as), al goce, a las danzas, de andar de un lado a otro. Pero pienso que esa es la vida, a veces estas bien, otras veces mal; en ocasiones te da y en otras té quita, aunque hay que seguir adelante, sobre todo cuando quieres culminar un sueño. Esos sueños que día a día vas construyendo y haciendo realidad. Así es con todo, con el trabajo, con el estudio, con lo que quieres lograr. En todo hay un sueño, luego que sería de los hombres sin éstos. Lo que sí es cierto es que siempre debes luchar para conseguirlos. Por ejemplo, cuando era pequeña, soñaba con ser maestra y me fascinaba jugar a eso. Y hoy que soy maestra jardinera (preescolar), me siento realizada a nivel profesional y le doy gracias a Dios todos los días por ello. Creo que mejor profesión no me pudo dar. Y es que cuando, por alguna razón, me transporto a esos días de mi infancia, se despierta en mí la nostalgia de lo que fueron mis primeros años de existencia.

Mi infancia y mi familia en Chilvi (Tumaco-Nariño)

Mi infancia

¿Que dónde transcurrió mi infancia? Mi pueblito… Qué nostálgico es recordarlo. Mi pueblito está bañado por una quebrada, no tiene nombre, pero da igual; todos tienen que ver con ella. En ella, se lava la ropa de todo el pueblito, se bañan los grandes y los chicos, cuando llueve aumenta su caudal y se vuelve muy corrientosa y con muchos remolinos.

Recuerdo que en una Semana Santa uno de los habitantes estaba bebiendo aguardiente en una de las fuentes de soda o cantinas del caserío, salió de ésta y fue derecho a donde el puente que cruza la

quebrada, en él estaban los muchachos del pueblo conversando a eso de las ocho de la noche. Se acercó al borde del puente y gritó: "No hay pa' nadie" y se lanzó a la quebrada. En esa Semana Santa estaba lloviendo mucho y la quebrada había aumentado demasiado su caudal. Cuentan los muchachos que jamás pensaron que él se iba a lanzar; después de esperar unos minutos y en vista de que no salía, empezaron a gritar: "¡Se ahogó Lorenzo!". Desde esa misma noche empezaron a buscarlo.

Todo el pueblo se conmocionó con la noticia y la mayoría no pudo dormir esa noche. Al día siguiente llamaron o buscaron a un señor que decían era experto en sacar personas ahogadas de los ríos, porque los que habían intentado del pueblo no lo lograron encontrar. El señor efectivamente a eso de las diez y media de la mañana logró encontrarlo, el sitio no era muy lejos de donde se había lanzado. Estaba atrapado en uno matorrales en el agua. Yo tenía unos ocho o nueve años y jamás había visto a una persona muerta y sobre todo ahogada, recuerdo que mi padre al verme en la multitud que observaba la acción de cuando estaban sacando al muerto, me regañó, porque sabía que yo le tenía pavor a ver muertos y además en las noches no podía dormir tranquila por esa situación. Creo que de ahí en adelante mi miedo de ver muertos se agudizó y no he podido superarlo.

Ah, la quebrada; Es para los viejos del pueblo sinónimo de temor cuando crece su caudal, pero también de recurso importante para el diario vivir de éste, ya que de él se obtiene toda el agua necesaria para los quehaceres de las casas y su alimentación, para otros como yo, es sinónimo de pesca con los sobrinos y amigos, de natación. Sí, en ella uno de mis sobrinos me enseñó a nadar. Ese día fue emocionante, cuando lo logré después de varias explicaciones, de varias zambullidas (sumergir), pude gritar: "¡Ya sé nadar!". Mi sobrino solo se reía de verme en el alboroto. Ese día nadé hasta que me cansé y claro, papá me regañó porque decía que me iba a pegar un buen paludismo (enfermedad infecciosa de los pantanos). Esto debido a que el agua es de color ladrillo lo que la hace muy turbulenta.

Pero, ¿en qué pueblito queda esta quebrada de la cual estoy hablando? Queda en un pueblito llamado Uribe- Uribe, corregimiento de Chilví en el municipio de Tumaco, departamento de Nariño. Es un

pueblito acogedor, de gente muy humilde, amable y cordial, donde se le brinda solidaridad a todo el que lo necesita. Unidos en las buenas, pero sobre todo en las malas con sus vecinos, logran conformar una comunidad agradable y servicial, donde el visitante se siente como en su casa.

Con sus casas de maderas , techos de paja o eternic, sus calles, si se les puede llamar así, sin pavimentar, reflejan la condición campesina de este pueblo. Haciendo posible un ambiente muy característico de la región del litoral pacífico colombiano.

Si, en ese pueblito de no sé cuántos habitantes nací y transcurrieron mis años de infancia, donde trepé árboles, corrí como loca, jugué a las bolas (elementos muy pequeños que se lanzaban con los dedos de las manos para pegarle a otra y ganársela al contrincante), a los hoyitos (donde se medían muchos jugadores, perforaban un hoyo pequeño en la tierra y se apostaba con monedas, éstas se lanzaban al hoyo y las que entraran en el, le pertenecían al que había lanzado y así sucesivamente hasta quedar sin monedas), a las comitivas o bodas (donde se reunían varias amigas y cada una debía llevar algún ingrediente para preparar una comida con ollas pequeñas). Creo que de ahí surge el amor por la cocina. Pero a mí me encantaba un juego, el de ser maestra con mis sobrinos, me gustaba más que misa cantada, como se dice en nuestra región vallecaucana.

Por mi pueblito pasa la carretera principal que conduce de Pasto hasta Tumaco, que hoy se encuentra totalmente pavimentada y el trayecto que anteriormente duraba de diez a doce horas, hoy se hace en siete u ocho horas. Con esto entran a prestar sus servicios de transporte otras empresas diferentes a la Transipiales, que tenía el monopolio de esta ruta.

Los habitantes de mi pueblito viven la mayoría de los cultivos de plátano y cacao que siembran en sus fincas o terrenos (el cacao es un fruto con un caparazón, de muchas semillas o pepas y es la base del chocolate). Otros viven del trabajo que realizan en empresas como Palmas de Tumaco (dedicada a la siembra y cultivo de la palma africana, fruto de donde se extrae el aceite), o en la empresa camaronera (cultiva camarón y el pescado llamado tilapia).

Cuando pequeña recuerdo que había conmigo muchos infantes, con los cuales me reunía a jugar en las noches de luna llena, porque no existía energía eléctrica. Ésta fue instalada mucho después de yo vivir en la ciudad de Santiago de Cali. A la luz de la luna jugábamos al escondite, al rey ordena, al rompimiento de brazos —consistía en formar dos grupos y formar filas verticales con los brazos bien sujetos, se nombraba un moderador para cada grupo y éstos pedían a uno de los integrantes del grupo contrario, el cual salía corriendo hacía el grupo que lo había pedido. Si lograba romper el cordón de ese grupo se llevaba a un integrante, si por el contrario no lo hacía debía quedarse en él—. Otro juego que solíamos realizar era el de las ollitas —consistía en sujetarse a una palma de coco, un poste de la luz que no cumplía esta función o a cualquier palo bien enterrado que hubiese, los jugadores se sujetaban uno tras otro con las manos por entre la cintura del compañero y un comprador de ollitas le preguntaba a la mamá de la casa que estaba ubicada de primera en el palo o poste, sí vendía las ollitas, ella contestaba que si lograba romperlas, lo podía hacer. Después de varios intentos de coger al último participante por medio de la cintura, lo cual causaba mucha risa, el comprador lograba romper la cadena y en ocasiones llevarse no solo a una sino varias ollitas, hasta llevarse a mamá olla, la cual siempre era la más fuerte. No todas las veces ésta era representada por una mujer—.

Mi adorado pueblo, gratos recuerdos que tengo de él. Como el día de mi primera comunión. En mi escuela me prepararon para este evento, estaba en cuarto año de primaria. Para esto nuestra profesora Aura María (no recuerdo el apellido), nos hizo aprendernos un resto de rezos, los cuales ocupaban tres hojas tamaño oficio. ¡Qué horror!

Faltaban dos semanas para que nos preguntaran por aquellos rezos y una tarde una de mis compañeras comentó que ya se sabía toda la lección, pero sobre todo el credo, no el que normalmente oran en las iglesias católicas, claro está, si no uno más largo, el que anteriormente se rezaba, el cual es mucho más largo. Después de que mi compañera se había ido, corrí a la casa, tomé las hojas y empecé a aprenderme de memoria todo ese cuento. Durante tres días estuve en ese proceso. Lo bueno del asunto es que el día de la llamada primera comunión no rezamos ni la mitad de lo que nos habíamos aprendido de memoria.

Lo importante de esto era que por lo menos nos había quedado algo de nuestra religión católica y realizamos nuestra comunión. Ésta la hicimos en la iglesia del pueblo, la cual fue mandada a construir por un tío Flavio Ortiz, que en paz descanse (representante a la Cámara por el departamento de Nariño), la verdad fue que mandó a construir más de una instalación, si no todas las que había en el pueblo. La iglesia era muy grande, con imágenes de santos inmensos, sobre todo San Martín de Porras, patrono del pueblo. A la iglesia iba el padre o sacerdote cada fin de semana para oficiar las misas, matrimonios, primeras comuniones, bautizos, etc. Cuando se celebraban las fiestas del pueblo o la fiesta de la patrona, la Virgen de la Inmaculada Concepción, el sacerdote se quedaba por varios días en el pueblo y por eso le ofrecían estadía en una de las casas de las señoras encargadas de mantener la iglesia muy linda.

Se hacían procesiones, donde se sacaban todos los santos y se entonaban cantos religiosos, era todo un acontecimiento, esto se hacía cada año. Esta es una de las pocas costumbres que se mantienen. Una que se perdió fue la de la celebración del 20 de julio, Día de la Independencia. Esta era una fecha muy conmemorativa, donde se reunía todo el pueblo y se realizaban competencias, había baile, etc. Pero en fin, como dice el dicho: lo bueno no dura. La iglesia en la cual hice mi primera comunión se derrumbó con el terremoto que hubo en el año 77 o 78, no recuerdo exactamente esta fecha, pero sí recuerdo que causó muchos estragos en la costa pacífica. La iglesia fue reconstruida totalmente tres años después.

La iglesia es un lugar que llama al recuerdo, pero al recuerdo de las buenas costumbres, esas que poco a poco vamos tratando de cambiar. Y es que en un pueblo donde desaparecen los viejos sin dejar sembrado en los jóvenes ese espíritu de conservación por lo propio, se tienden a olvidar sus costumbres y con ellas muchas cosas. Por ejemplo, recuerdo que en mi pueblo teníamos un puesto de salud muy bonito y muy bien dotado, podíamos darnos el lujo de decir que como ese no había otro en los pueblos o caseríos cercanos. Este también lo mandó a construir y dotar mi tío Flavio Ortiz, que aunque no hablé mucho con él, lo conocí y visité su casa en varias ocasiones. Era un puesto de salud con médico y enfermera permanente, bien dotado de instrumentos y medicina.

Tenía el lugar de la vivienda de los médicos y enfermeras. Cómo no recordarlo, si yo me mantenía metida allá, cuando lograba hacerme amiga de la enfermera que llegaba. Porque aunque ésta era permanente, las cambiaban a cada rato. En alguna ocasión a una de ellas se le quedaron las llaves dentro y después de varios intentos fallidos de meter a algún niño por los calados, lograron introducirme y pude abrir la puerta. Fue toda una odisea.

Hoy en día del puesto de salud tan bonito y bueno, no quedan sino los recuerdos, porque está muy deteriorado y abandonado. Lo mismo ocurrió con las instalaciones de la inspección de policía y la plaza de mercado. La plaza estaba conformada por dos edificios, uno con un salón de eventos y reuniones sociales y el otro donde se realizaba el mercado del pueblo. Ésta a su vez tenía unos locales en los cuales funcionaban almacenes. Todo aquello se vino abajo cuando el tío Flavio Ortiz se murió, hace unos 22 años. Las obras que había logrado construir y mantener se fueron descuidando por parte de la comunidad. Se puede decir que ahora todo es leyenda, como esas que nos contaba mi abuela paterna de crianza (crió a papá y a mis dos tíos del matrimonio) sobre dragones , brujas, en fin, todos esos cuentos que solía contarnos para distraerse, reunirse con nosotros y por qué no, asustarnos un poco. Esto lo hacía con todos los nietos. Y es que tenía tantos cuentos que contar, que en ocasiones se quedaba dormida antes que nosotros, lo que significaba que debíamos irnos a nuestras casas sin hacer mucho ruido para no despertarla, las cuales estaban pegadas o unidas a la de ella con el abuelo.

Vaya cuentos que nos relataba, muy parecidos a los que se daban en el pueblo sobre personajes fantasiosos. Uno de esos cuentos es el de la Tunda (cuento nariñense que habla de la aparición de una mujer muy bonita, la cual se aparece en las fincas con aspecto de algún familiar de la persona a la cual se va a llevar y hace que ésta pierda el camino de regreso a casa, luego de embrujarla la conduce para que le haga compañía y en esa estadía, que puede durar varios días, le da de comer camarón a la persona). Para lograr encontrar a la persona que se ha llevado la Tunda, hay que buscar agua bendita y algunos de los padrinos desaparecidos para lograr sacarlo de donde lo tenga.

Este suceso sí recuerdo haberlo vivido en mi pueblo. Tres muchachas del caserío y su madre se fueron a la finca o terreno donde tenían sus cultivos, a eso de las seis de la tarde aparece la señora con una de las hijas preguntando si las otras dos ya habían llegado a casa, porque en mitad de camino se habían perdido. Todos dijeron que era la Tunda que se las había llevado. Inmediatamente consiguieron agua bendita y uno de los padrinos que era un tío y a esa hora se fueron a buscarla. Regresaron a eso de las doce y media con las muchachas, las cuales estaban todas distraídas y no hablaban. Al día siguiente, cuando lograron musitar palabra, comentaron que se les había presentado una señora muy parecida a una tía que las había llamado y les hacía señales para que la siguieran, hasta que no se dieron cuenta donde estaban y se sentían perdidas. Y así como éste hay muchos cuentos, como la del Riviel (un hombrecillo muy pequeño con un sombrero muy grande, que anda en una canoa por los ríos y se lleva a los pescadores o personas que andan en él por las noches), o la Patasola, o la Llorona (mujer a la cual le quitaron su hijo y por eso sale todas las noches llorando y pidiendo que se lo devuelvan). En fin, una gama de personajes que aún se conservan en las costumbres de mi pueblo, como también se conserva gracias a Dios, la escuela llamada Uribe-Uribe Chilví. Mi querida escuela, a la cual le debo una enseñanza tradicional adecuada al sistema del momento.

La escuela

Para mí, sinónimo de juego, cada vez que sonaba la campana para salir al descanso o recreo. Mi escuela en la cual estudié hasta cuarto de primaria, porque el quinto lo realicé en la ciudad de Santiago de Cali.

Tengo muy gratos recuerdos de mi escuela en Chilví. Ésta estaba diseñada para funcionar como una escuela unitaria, donde en una construcción de un solo salón grande funcionaban todos los grupos. Éstos estaban separados por el tablero. Para los grados segundo y tercero era un solo tablero. Por un lado le correspondía a uno y por el otro lado al otro, lo mismo sucedía con los grados cuarto y quinto. Los grados primero A y B compartían el mismo tablero y se dividía por una línea vertical que trazaba la profesora o el profesor, quienes eran

los encargados de manejar de dos a tres grupos. La escuela tenía un pequeño apartamento en el cual vivían los profesores que tenían sus familiares demasiado lejos y no podían viajar los fines de semana. El pueblito está ubicado a treinta minutos del municipio de Tumaco. La escuela siempre se mantenía muy limpia y hermosa porque los profesores junto con nosotros los alumnos, la manteníamos arreglada y sembrándole flores, lo mismo que árboles. Era muy agradable participar en estas jornadas para embellecer nuestra escuela.

De mis profesores qué decir, recuerdo que le tenía pavor al que me enseñó primero A, se llamaba Clímaco. Creo que todos los estudiantes le teníamos miedo, que digo, terror. Y no era para menos, acostumbraba a castigar a los hombres arrodillándolos con dos ladrillos, uno en cada mano frente a los demás compañeros para que tomaran escarmiento, pero no antes sin darles unos treinta reglazos en las manos. Esto sucede hacia 1975, a mí me tocaron unos cuantos reglazos por no saber realizar alguna tarea asignada o porque peleaba con algunos de mis compañeros por una regla, borrador, tiza, etc.

Claro, así quien no le cogía pavor ir a la escuela, pero no nos salvábamos de ésta, porque los padres siempre lo mandaban a uno a sabiendas de cuales eran los castigos, hasta ellos en algunas ocasiones le autorizaban al profesor a llevar a cabo dichos castigos con sus hijos. Recuerdo un día en el que me hice la enferma después de que me regañó y me iba a pegar, mis compañeros le dijeron que yo tenía fiebre y frío, ahora no sé si en verdad estaba enferma físicamente o era el temor al castigo. Lo cierto del caso fue que me envió a la casa por el resto del día. Ah, porque para colmo de males nos tocaba estudiar de ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Como las casas quedaban tan cerca, podíamos ir a desayunar y almorzar perfectamente, además alcanzábamos a jugar en el descanso. Con relación a las tareas asignadas no tenía inconveniente, porque mi papá siempre me ayudaba a realizarlas, en ocasiones mis compañeros me decían que me las había hecho él, porque mi letra era muy similar a la de él. Ya cuando pasé a primero B, las cosas cambiaron, la profesora que nombraron era muy cariñosa y amable con nosotros, no nos pegaba o castigaba como el profesor anterior. Ella se llamaba Luz Estela y nos ayudaba bastante en las soluciones de los problemas o tareas asignadas. De ahí

en adelante no sentí temor a asistir a la escuela y a la realización de mis tareas. Lo malo del cuento con los profesores era que cada seis meses los estaban cambiando, no nos habíamos habituado a uno cuando aparecía otro u otra.

Cuando nos hacían evaluaciones estudiaba mucho, sobre todo porque eran exámenes memorísticos y gracias a Dios me acompañaba una memoria muy buena. Claro que a veces eran tan largas las lecciones, que debía hacer fraude y chancuco como lo llamamos en nuestra región vallecaucana, pues solía copiar en hojas pequeñas las partes que no me había aprendido y mis compañeros me descubrían. Me pedían copia o sino me delataban, entonces yo aceptaba y así lograba sacar buenas notas, aunque no todo el tiempo lo hacía. Por suerte nunca me descubrieron los profesores. Esto lo hice ya cuando estaba en cuarto de primaria.

Frente a mis compañeros, en más de una ocasión tuve problemas con las mujeres, con las cuales por algún comentario o chisme nos peleábamos. Quedábamos de enemigas por algunos días, pero siempre terminábamos hablándonos y continuaba el compañerismo.

Cuando no estaba en la escuela solía jugar con mis sobrinos —que eran muchos— a la profesora, que en ocasiones terminaban llorando y diciendo que jamás volverían a jugar conmigo, porque les había dado un coscorronazo (golpe en la cabeza que no produce herida). Lo que pasaba era que me enojaba cuando alguno de ellos no me prestaba atención a lo que estábamos haciendo o les estaba explicando. Creo que de alguna manera se veía en mí el reflejo del profesor Clímaco, que a punta de reglazos y castigos nos hacia entender. Esa frase muy conocida en nuestra sociedad y utilizada por nuestros profesores anteriormente aquí queda precisa: “La letra con sangre entra”. Parece que esa frase la estaba aplicando a mis sobrinos cuando jugábamos. Por suerte que no la utilizo en la actualidad.

Cuando jugábamos a esto, mi papá me observaba y le comentaba a uno de mis tíos, Basilio (Q.E.P.D), que a mí sí que me gustaba ese cuento de la educación. Parece que la vocación fue naciendo poco a poco en mí, pero no por imitación a alguno de mis profesores o algún familiar. Y es que ese revoletear ahora con mis alumnos no es gratuito, recuerdo que cuando niña me gustaba todo lo que tenía que ver con

subirse a los árboles y corretear con mis sobrinos y compañeros de la escuela por los patios de las casas, los cuales eran grandes.

Si, recuerdo los gritos de papá: "¡Deja de correr que pareces un niño detrás de todos esos muchachos!". Era la única mujer entre todos mis sobrinos y compañeros de escuela. Jugábamos hasta fútbol que siempre me ha gustado. Ah… mi padre, siempre tratando de ubicarme en el lugar que me correspondía como mujer, lavar platos, barrer, etc. Pero yo siempre llevándole la contraria, es que siempre estaba en el cuento de la competencia con los muchachos, me decía a mí misma si ellos pueden yo también puedo hacerlo y en esas me las pasaba. Pero bueno, creo que los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos.

Mi familia

Mi padre

Llega a mi mente el recuerdo de un hombre que duerme en su hamaca (red de lona asegurada en dos palos, estacas, etc., que queda pendiente en el aire y sirve de cama, columpio, etc.), colgada de dos bigas de madera, situada en la sala de la casa de madera, la cual está ubicada al borde de la carretera principal del pueblito. Y es que a aquel hombre no le preocupa mucho todo lo que pase en su pueblo, un hombre calmado, muy tranquilo, sin complicaciones, que se ha sabido ganar con esa serenidad el respeto de la comunidad. No solo por eso, sino porque es uno de los pocos viejos que en ella queda.

Un hombre que nunca se ha preocupado por lo que hablen de él los demás, que no le gusta trabajar, que es perezoso, que siempre ha evadido sus responsabilidades. Un hombre oriundo del pueblo, de contextura delgada y una estatura aproximada de un metro con ochenta y nueve centímetros, con 79 años de edad, de color de piel negra. Un hombre que siempre le gustaron las mujeres y que antes de unirse a mi madre tuvo más de un resto y de ello le quedaron cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres, aunque dos de ellos con una mujer (Dalila) y los otros dos una con (Nelly) y el otro con (Alba), lo bueno del asunto es que nunca veló por ninguno de ellos, siempre les correspondió a las señoras hacerse cargo de toda la responsabilidad de criarlos. Un hombre que estudió hasta tercero de bachillerato en la ciudad de Buenaventura,

puerto del Pacífico colombiano, en el Valle del Cauca. Tiene un tipo de letra preciosa, por esto siempre lo han buscado en el pueblo para que ayude a redactar y escribir los oficios que la comunidad necesita. Un hombre que se ha caracterizado por ser un poco tacaño (miserable) para con las cosas y sobre todo con el dinero.

Cómo no recordar esa faceta de él, si cuando yo iba a realizar la primera comunión tenía yo diez años, mi madre le comentó que había que comprarme las cosas para ello y dijo que no tenía dinero, lo bueno era que no se sabía qué hacía la plata que obtenía de la venta de cacao. Por esto se imaginarán que no pude tener fiestas y por ende regalos, ni nada. A mamá le tocó que conseguir el dinero para esto, logrando comprarme lo necesario.

Ah… mi padre, Walterio como lo llamo ahora. El se llama Walter Ortiz Benítez, hijo de Bernardo Ortiz y Targelia Benítez, es el segundo de tres hermanos del matrimonio, todos nacidos en el pueblo. Los otros hermanos son por parte de padre y son bastantes, pero yo no conozco a más de uno, porque no me relaciono con éstos. Mis tíos por parte del matrimonio son Angelita y Moisés. A mi padre jamás le gustó trabajar y cuando lo hizo, no duró mucho tiempo en ello. Recuerdo que mi abuelo paterno, como trabajaba en la Registraduría de Tumaco le consiguió un puesto como delegado para las elecciones municipales, departamentales y nacionales. Cada vez que se daban éstas lo enviaban a cualquier pueblo del pacífico. Un día le llegó el telegrama donde debía presentarse y dijo que estaba aburrido de eso, por lo tanto no se presentó y no lo volvió a hacer por más que le llegaron los telegramas durante varios años siguientes.

De ahí en adelante se dedicó a cuidar las vacas de la hermana Angelita, la cual le mandaba dinero para su cuidado y él utilizaba una parte para esto, la otra era para él. También se dedicó a recorrer las fincas que les había dejado mi abuelo y las que él había logrado comprar, en las cuales tenía cacao, plátano, banano, etc. Después este trabajo se lo dejó a mamá, que se encargaba de recoger el cacao junto con mi hermano (Estanislao) y mis sobrinos.

A pesar de todo ello, recuerdo que era muy complaciente conmigo, se preocupaba por mi bienestar. Cómo no hacerlo si era la última de

los hijos y la que había estado con él su infancia, al menos, también era la mimada tanto de él como de mis hermanos(as). Recuerdo que como yo era muy mala para comer, no me gustaban las verduras, las pastas, etc., me dio cuando pequeña complementos vitamínicos.

Creo que debido a mi mala alimentación era muy flaca y enfermiza, sufrí mucho con el asma. Recuerdo que una madrugada mamá estaba llorando porque decía que yo no amanecía de lo mal que me veía con el ataque de asfixia que tenía. En toda la noche no dormí ni los dejé dormir a ellos que la pasaron despiertos cuidándome. ¡Pobrecitos! A eso de las cinco y media, cuando ya empezaban a pasar carros para Tumaco, papá me sacó cargada y me llevó al hospital, porque mi mamá no se atrevió a ir conmigo. Apenas llegamos al hospital el médico de turno ordenó que me aplicaran una inyección, no sé cómo se llamaba, lo cierto es que a los cinco minutos se me fue calmando la asfixia. El médico también me recetó unas pastas, como treinta que papá compró y me las hizo tomar todas al pie de la letra, tenía yo unos cuatro o cinco años. Desde eso jamás me volvió a repetir dicha enfermedad.

Y ahora le doy gracias a Dios, porque de no ser así no habría podido disfrutar de mi infancia como lo hice, al lado de mis padres. Y qué decir de mi madre, que cuando eso hasta que no nos vio volver no se tranquilizó.

Mi madre

Lo más bello y sagrado que me ha dado Dios. Mi madre. Sí, ese ser regocijante de amor y afecto, de entrega, de ternura. Ese ser irreemplazable sobre la tierra. La madre. Todas las noches oro y le pido a Dios que me la conserve aliviada de todos los males que la aquejan, que me la conserve viva por muchos años más. Pero esos males que tiene no son nada comparados a los que le tocó vivir al lado del primer esposo que tuvo. Fueron aproximadamente unos dieciocho años de tormento y maltrato físico con ese hombre, que no vale la pena ni mencionar su nombre. No hago sino recordar ese espíritu de lucha y de trabajo que siempre la han caracterizado.

Detenerse a observarla era enamorarse de ella, siempre pendiente en la cocina por la comida de sus hijos y de su esposo, siempre pendiente

de la ropa, del arreglo de la casa, parecía una hormiguita, siempre estaba en movimiento. Y cómo no estarlo, si debía multiplicarse, que para ir a trabajar a la finca o terreno donde estaban los cultivos, que para los quehaceres de la casa, que para atender a una de las hijas que había tenido bebé, porque de las cuatro hijas mujeres que tuvo conmigo, dos de ellas han tenido cada una de siete y ocho hijos, la otra tuvo tres. Conmigo no ha tenido ese problema, porque hasta ahora no he tenido ninguno. Siempre le ha tocado a mi madre cuidarlas durante los cuarenta días de reposo.

Vaya mujer trabajadora como es mi madre. Recuerdo el día o mejor la noche que decidió, a eso de las 8:30 p.m., construir una parte de la casa donde hoy vive con mi padre, porque en la que vivíamos estaba a punto de derrumbarse. Ésta era de madera y el techo de paja. A esa hora empezó a coger bigas y tablas de madera y construir sobre el armazón de la casa que se había empezado, pero que no se había podido terminar. Papá estaba enfermo y lo habían trasladado a la casa de mis abuelos paternos, enseguida de nosotros. Cómo olvidar esa noche, si junto con un vecino que al escuchar el martilleo vino en ayuda y uno de mis sobrinos, que vivía con nosotros logramos armar cuatro paredes y poder dormir sin peligro esa noche. Luego que papá se recuperó mandó a terminar la casa.

Y así como la recuerdo de niña ha sido siempre, una incansable mujer que le tocó sacar sola a sus hijos adelante. Los nueve del primer esposo (Estanislao, Inés, Cecilia, Olga, Miguel, Elias, Anastasio, Pedro y Nicolás), claro y a mí, con una entereza y dedicación envidiable. Admiro en ella ese don de entrega, dedicación y solidaridad hacia los demás, siempre dando sin esperar recibir. Siempre ha sabido darnos a nosotros sus hijos el consejo justo y se ha preocupado porque todos logremos ser lo que hemos querido, sin imponer sus ideas y criterios.

Mi madre una mujer de contextura delgada debido a su enfermedad de la tensión alta, de color de piel negra, de uno con sesenta de estatura y con setenta años de edad. Su nombre, Paula Juliana Mosquera, bonito nombre, ¿verdad? No sabe leer ni escribir, porque sus padres jamás la enviaron a la escuela ni se preocuparon por su educación. Cuando pequeña yo le estuve enseñando, pero con nuestra separación ahí quedó todo.

Mi madre hace parte de una familia de siete hermanos, dos hombres y cinco mujeres, de ellos se han muerto dos, un hombre y una mujer. De aquellos tíos(as) no recuerdo a la mayor Felisa, la vi en una ocasión, yo estaba muy pequeña. Con los otros tíos sí tuve bastante contacto de infante, ya que mi mamá me llevaba junto con mis hermanos a visitarlos.

Mi madre, de mirada cansada y expresión pensativa, que alimenta el deseo de soñar. Persona que al escucharla hablar de su vida denota tristeza y sufrimiento, pero que ha sabido enfrentarlos sin dejarse agobiarse, ni rendirse ante ellos. Mi madre, aquella que siempre estuvo en los momentos justos para guiarme y aconsejarme mientras permanecí a su lado y ahora cuando hablo con ella por teléfono suele aconsejarme. Sí, mi madre, aquella que sufre con mis tristezas y ríe con mis alegrías, pero sobre todo se regocija con mis logros y triunfos. No fue mi confidente cuando pequeña, porque nunca tuve una y tampoco de adolescente y adulta porque me separé de ella. Pero igual da, porque siempre ha estado pendiente de mis cosas. Cómo no estarlo y quién sino ella.

Ah... mi madre. Ser maravilloso, el mejor regalo que Dios y la vida le dan al ser, bueno al menos eso pienso yo. Y aquí cabe repetir las palabras del cantautor argentino Facundo Cabral cuando hace referencia a la madre. El dice: " Si ella no fuera quien es, yo no sería quien soy". Creo que estaría de acuerdo con esto uno de los nietos que ella crió y que fue más que eso, fue un hijo.

Mi sobrino

¿Por qué dedicarle un título a él? Porque en mi infancia significó el hermano mellizo, ya que teníamos la misma edad, solo nos llevábamos de diferencia dos meses. A pesar de que vivíamos con mis dos últimos hermanos, Estanislao e Inés, siempre andábamos de un lado para otro como dos buenos hermanos. Adoraba a ese sobrino. Nos fascinaba trepar árboles y apostar quién llegaba primero hasta lo más alto de ellos. Nos compenetramos tanto, que hasta las enfermedades nos daban por igual (sarampión, paperas etc.). Recuerdo que cuando lo de las paperas, estábamos trepados en un árbol y cuando nos bajamos él me dijo que le dolía la garganta, claro, al día siguiente amaneció con

paperas y al otro día estaba yo en las mismas. Nos la pasamos detrás de las faldas de mi mamá como perritos regañados. Por esos días, mis otros sobrinos no se nos acercaron y mucho menos mis amigos del pueblo. Por supuesto, para rematar no podíamos salir de la casa. Teníamos unos siete u ocho años cuando esto sucedió.

Era todo un hermano para mí, cuando nos separamos, porque me trasladaban a Cali, fue muy triste, yo pensaba en su soledad y él en la separación. Aunque sabíamos que nos volveríamos a ver en cada vacación que yo regresara, de todas formas era eso, una separación y nos dolió mucho. Ya no iba a ser lo mismo, con quién iba yo a jugar. En las dos o tres vacaciones que estuve con él después de la separación y que sucediera lo que sucedió, ambos estuvimos felices de volver a vernos. Ese reencuentro fue hermoso. Era muy tierno, de una expresión triste, pero junto a mí esa tristeza se borraba y se transformaba en alegría, además era muy juguetón. Siempre dormíamos juntos después de que mis padres decidieran que yo no dormiría más con ellos.

Mi sobrino tenía unos ojos preciosos y por esto siempre las muchachas lo perseguían, era muy colaborador con los quehaceres de la casa y el trabajo de la finca o terreno. Se llamaba Aquilino. Un día mi madre se lo quitó a la mamá, porque le daba muy mal trato, le pegaba mucho, mi madre al ver esta situación y que el papá no hacía nada por remediarlo, le dijo a la mamá que se lo dejara y ella aceptó. Además a él le gustaba mucho la casa de la abuela paterna. Eso sucede cuando él tiene cuatro años. Si, digo que se llamaba porque un día la vida nos lo arrebató, en un accidente donde un primo de él y sobrino mío, mayor que nosotros, Segundo, le disparó con una escopeta pensando que era un ladrón, ya que éste estaba cuidando una casa de un vecino y Aquilino junto con otros muchachos del pueblo fueron a molestarlo. El disparo le dio en el pecho, cuando llegaron al hospital estaba muerto.

Con este suceso mi madre por poco se muere de la pena moral, mi padre duró mucho tiempo nombrándolo al llamar a cualquiera de mis otros sobrinos, fue muy difícil para ellos. Yo ya vivía en Cali, lloré mucho su pérdida y hoy que escribo sobre él vuelven mis ojos a inundarse de lágrimas y nuevamente lloro. Este hecho ocurrió hace dieciséis años. A esta época tendría 29 años y me pongo a pensar qué hubiese sido de él . Como quisiera que estuviera conmigo. El accidente nos afectó a

todos, el padre de Aquilino quiso matar a Segundo, su sobrino, por este hecho. Mis familiares enviaron a Segundo donde mi hermano mayor en Miranda (Cauca), mientras los ánimos se calmaban. Estuvo Segundo por allá dos años. Creo que no es una historia muy alentadora que digamos, pero con la ayuda de Dios se sigue adelante.

Recordar esta parte de mi vida ha sido lo más difícil de escribir y es que creo que no me ha sucedido algo parecido hasta ahora, porque lo ocurrido con mi ex novio no se puede comparar, sobre todo el dolor que se siente. La verdad es que la vida te enseña de todo, pero nunca a perder lo que quieres y adoras. Esta muerte me afectó mucho, más que la de mi abuelo paterno al cual quería bastante también. Con él la relación era muy buena, lo que no sucedió con mis otros abuelos.

Mis abuelos

De ellos que puedo decir. Mi abuelo paterno solía llamarme "Pajarita", por comer tan poquito y porque me gustaba subir las escaleras de la casa de él en varios saltos, además siempre andaba corriendo. Mi abuelo tenía dos mujeres, una en el pueblito donde vivíamos y la otra en Tumaco, donde trabajaba como registrador. Iba al pueblo los fines de semana y se regresaba el día lunes. Cada vez que llegaba al pueblo nos llevaba pescado, arroz, azúcar, etc. Mejor dicho, toda una remesa, a mí me llevaba dulces. A la mujer que tenía en el pueblito, Emiliana Riascos, mis primos y yo le decíamos abuela. Aunque no era la madre natural de mi padre y mis dos tíos, ella los crió y eso era más que suficiente para llamarla así. A mi abuela paterna natural no la conocí, ya que murió cuando mi padre tenía unos 14 años. Se llamaba Targelia Ortiz.

Mi abuela Emiliana no decía nada respecto a la otra mujer de mi abuelo, ésta se llamaba Virginia, con ella tuvo una hija, la tía Yolanda, con mi abuela no tuvieron hijos. Mi abuelo y sus dos mujeres ya murieron. Aunque antes de estas dos mujeres, mi abuelo tuvo más de un resto con las cuales tuvo muchos hijos(as) de los cuales no conozco a más de uno.

Gracias a mi abuelo Bernardo Ortiz, como llamaba, pude ingresar a la universidad después de mi bachillerato, porque antes de morir me

dejó una vaca la cual dio cría y me la vendieron, me guardaron el dinero y con eso pagué el primer semestre de la universidad. Creo que siempre fui la nieta preferida y a la única que le dejó algo cuando murió.

De mis otros abuelos(as) qué puedo decir. Mi abuela materna vivió con nosotros varios años cuando yo era niña, un día dijo que se quería ir a vivir con otra hija, cogió sus cosas y se marchó. Era muy callada, tenía un tono de voz muy suave, se llamaba Silveria Estacio, siempre estaba pendiente de una bisnieta, Sury, a la cual no dejaba, donde iba allá la llevaba. De mi abuelo paterno no tengo recuerdos, ya que no lo conocí, se llamaba Jacinto Mosquera. Lo que sí recuerdo, es que cuando tenía unos cuatro o cinco años, viajaba con mi madre a Tumaco y me dejaba donde mi abuelo paterno, porque ella debía ir a cuidar a mi abuelo materno que estaba muy enfermo por esos días. Eso duró unos quince días en los cuales viajamos dos o tres veces para quedarnos, finalmente mi abuelo Jacinto murió, no recuerdo haber ido al entierro. No recuerdo nada más referente a él. Tanto mi abuelo como mi abuela por el lado materno ya murieron, mi abuela hace unos seis o siete años. Mis hermanos mayores sí conocieron a mi abuelo Jacinto, pero nunca hablamos de él.

Mis hermanos

Vaya, sí que tengo hermanos. Por el lado materno son nueve y por el lado paterno cuatro, de este último hace dos años se murió uno de los hombres, Silvio. Todos son medio hermanos.

De mis hermanos puedo decir que durante mi infancia compartí con la mayoría de ellos y todos me trataban como la niña mimada de la casa por ser la menor de todos. De los hermanos maternos, no recuerdo a dos de ellos, los que le siguen al mayor. Se fueron al Brasil cuando yo tenía cuatro años. Lo que llega a mi mente de esos cuatro años con ellos es que siempre les gustaba montarme en los hombros y andar conmigo por todo el pueblo. Ese es el único recuerdo que tengo de ellos, pero si en estos momentos se me presentan no los reconocería, aquellos hermanos son Anastasio y Nicolás.

Mamá también dice que si los ve no los reconoce, es que hace mucho tiempo que se fueron y jamás escribieron y avisaron dónde

estaban, nosotros dábamos cuenta de ellos por medio de una cuñada de mi hermano mayor. De mi hermano mayor por este mismo lado, Elias, de lo que nací siempre ha vivido en Miranda (Cauca). Mamá me llevaba a visitarlo cuando pequeña, lo recuerdo como alguien muy serio, yo no me le acercaba mucho, creo que era un cierto temor. De lo que vivo en la ciudad de Cali, solo hasta hace unos seis años me volví a relacionar con él. Las cosas son diferentes, la relación es mucho mejor, hasta lo regaño en vez de él hacerlo conmigo.

Con los otros hermanos maternos (Inés, Estanislao, Olga, Pedro, Cecilia y Miguel) sí compartí mi infancia, ya que siempre han vivido muy cerca de mamá, estos eran los que me mimaban, sobre todo Inés, Estanislao y Cecilia. Aunque la mayoría ya estaban casados cuando mi infancia, siempre estuvieron pendientes de lo que me hacía falta. Mis hermanos maternos siempre han estado pendientes tanto de mamá como de papá, que aunque no es su padre natural, lo han querido y respetado como tal. Sobre todo Miguel, Inés y Estanislao. Todos mis hermanos son casados y el que menos hijos tiene, tiene tres, de ahí hasta ocho. Por tal motivo, tengo más de un resto de sobrinos, creo que ya perdí la cuenta. Exceptuando a Miguel que vive en Cali y Elias en Miranda, los otros viven en Chilví, mi pueblo.

Cuando pequeña recuerdo que Estanislao jugaba conmigo y estaba muy pendiente de lo que quería y me lo conseguía. Hasta ahora cuando voy de vacaciones a mi pueblo, él siempre está pendiente de lo que me gusta en cuestión de alimentos y me lo consigue. Molesto mucho con las frutas, sobre todo con las que no consigo en Cali tan fácilmente. Él me las consigue, junto con mis sobrinos que son muy altos.

Después de mi separación con ellos hace 18 años, la relación afectiva con ellos disminuyó al menos así lo siento. Y es que en la medida que las personas se relacionan continuamente, ese lazo de afecto aumenta y lo contrario sucede cuando ese contacto se rompe. Esto no quiere decir que no los quiera.

Qué decir de mis hermanos paternos, con estos las cosas no han sido muy diferentes. De pequeña me relacioné con Genaro, Rosana y Silvio el menor de ellos. Los muchachos eran muy cariñosos conmigo. Como ya lo dije anteriormente, Silvio murió hace dos años en un accidente de motocicleta. Mis hermanos vivían muy cerca de mi casa, lo que

permitía que estos nos visitaran a diario. Rosana, la mayor de nosotros por ese lado, vivió con mi abuela Emiliana varios años, como ya lo dije, ella vivía al lado nuestro. Rosana era muy rebelde cuando joven y por esto la mamá se la envió a papá y la ubicaron con mi abuela. Recuerdo que papá la castigaba mucho, porque siempre lo desobedecía y se iba con sus amigos a bailar. Papá le pegaba y la encerraba, mi abuela solo se limitaba a observar y la aconsejaba. Después de varios años mi papá decidió enviar a Rosana donde mi tía Angelita a Cali, duró muy poco con ella. Cuando eso, ella tenía unos 24 años. Cuenta mi tía Angelita que un día Rosana se fue a trabajar y no regresó, desde esa fecha hasta hace un año no la vi. Tiene dos hijos con un hombre, uno de 17 años y una mujer de 13.

Todos excepto Targelia tienen hijos. Silvio dejó dos hijas que ahora tienen ocho y siete años, Genaro tiene dos hijas una de doce y otra de diez años de edad. Todos ellos viven en Cali. En estos momentos con la única que me relaciono es con Targelia, con la que viví toda mi adolescencia, todos los 17 años que estuve donde mi tía Angelita. Targelia decidió vivir sola hace un año también, después de estar con mi tía 31 años. A mi tía o mamá Angelita, como le decimos, le afectó nuestra partida. Pero creo que había llegado el momento para ello y es que así como un día llegamos ilusionadas por la ciudad y todo lo que ella representaba: posibilidades de estudio, de mejor trabajo etc., así había llegado el momento de la separación, con un agradecimiento infinito por lo que había logrado hacer de nosotras.

Llegada a la ciudad de Cali: mi adolescencia en casa de mamá Angelita (tía Angelita)

No recuerdo el día exacto en que llegué, pero sí recuerdo que era el mes de julio del año 1981 a casa de mamá Angelita. Había terminado el cuarto año de primaria. La emoción era grande. Cómo no estarlo, si venía de un pueblo a toda una ciudad a continuar mis estudios. Atrás quedaban 11 años de juegos con mis sobrinos, mis compañeros de escuela, amigos, 11 años de mimamientos y contemplaciones por parte de mis padres y mis hermanos, de andar por los patios de las casas sin preocuparme de los peligros que en ellos se podían presentar.

Había llegado a una casa donde mamá Angelita inspiraba mucho respeto, pero sobre todo mucho temor. En casa todos le teníamos mucho miedo, sus cinco hijos: Enriqueta la mayor, la cual estudiaba el último semestre de bioquímica en la Universidad Santiago de Cali, Nelly, Mario y Segundo Bernardo, que estudiaban el bachillerato y William el último y el único que había nacido en Cali con siete años de edad, estudiaba el segundo de primaria. Mi hermana Targelia, que junto con Nelly estudiaba el bachillerato, la había adoptado a los cuatro años cuando yo tenía la misma edad de Nelly. Elvira, una ahijada a la cual también había adoptado a los seis años, era la mayor de todos los muchachos de la casa. Walton un sobrino que había llegado a la casa de un pueblo de la costa pacífica a estudiar, este también estudiaba bioquímica en la Santiago junto con Enriqueta. Y yo, que terminaba la lista de los temerosos del carácter tan fuerte de mamá Angelita. Todos le temíamos, era muy autoritaria. Era una mujer trabajadora y luchadora frente a la vida, a la cual le tocó sola terminar de criar y educar a sus hijos, porque el esposo había muerto unos tres o cuatro años antes de yo llegar.

Mi hermana y mis primas me comentaban que era un hombre alto, de piel negra que trabajaba en la ciudad de Buenaventura, allá tenía otras mujeres y muchos más hijos. Que viajaba todos los fines de semana y les llevaba muchas cosas a mis primos y hermana. Solo puedo decir eso de él, porque no lo conocí.

Pero, ¿por qué llamamos a mi tía mamá Angelita? Recuerdo que cuando niña mi hermana Targelia, que iba de vacaciones junto con mis primas al pueblo la llamaba mamá, en esos momentos yo no la conocía, porque cuando decidieron viajar a Cali, yo tenía un año de edad, cuenta mi madre. Luego cuando ella fue a visitarnos yo ya tenía unos siete u ocho años y empecé a llamarla mamá, debido a que se me habían quedado grabadas las palabras de mi hermana, desde esa época la he llamado y la seguiré llamando hasta que me muera así, porque ahora eso significa para mí, una madre.

Gracias a ella en estos momentos puedo decir que soy lo que soy, como persona y como profesional, porque con su carácter pudo guiarme y brindarme la oportunidad de hacer lo que yo quise ser. Creo que nunca tendré cómo pagarle todo lo que hizo por mí. Y cómo no

estar agradecida siempre, si apenas llegué a su casa me dijo: "Ya estás matriculada en la Escuela Isabel de Castilla, una escuela muy cerca de la casa, donde hice el quinto año de primaria". Lo terminé en junio del 82. Cuando terminé mi primaria, me dijo: "Hay que inscribirte en la Normal Departamental para Varones que ahora es mixta, así apenas salgas de ahí puedes conseguir trabajo y continuar tus estudios universitarios, ya que de ahí salen listas para trabajar como profesoras". Y no se equivocó. Antes de terminar mi escuela Normal yo ya estaba trabajando como docente.

En el momento en que ella me dijo lo de la Normal, me sentí muy contenta, porque eso era lo que me gustaba y había soñado cuando niña. Ser maestra. En esos momentos recordaba a mis sobrinos, sobre todo a Aquilino con los cuales yo jugaba a ser la profesora y pensaba: "Ahora lo seré de verdad". Pero al recordarlos también sentía una gran nostalgia. La misma que me había invadido el día de esas vacaciones de julio del año 81, cuando mamá debía partir nuevamente para el pueblo y me dejaba donde mamá Angelita. Ese momento siempre ha permanecido en mi mente. Mamá tenía las maletas listas, a mí me estaban alisando el pelo, pues era, como decimos es nuestro lenguaje, negro, muy quieto, era toda una lucha cuando me iban a peinar. Esto lo estaba haciendo una de mis primas, Elvira, por orden de mamá Angelita. Mamá llegó a despedirse de mí con la tristeza de dejarme, su niña mimada ya no estaría con ella, pero creo que también sintió mucho alegría al saber que tendría la oportunidad de estudiar en una gran ciudad, lo que significaba muchas más oportunidades de salir adelante.

Yo me despedí de ella y no mostré ningún problema, estaba tranquila, cuando llegó la noche empecé a sentir ese vacío y esa nostalgia por mi madre, jamás nos habíamos separado hasta ese momento. Mi llanto no se hizo esperar, mis primas y hermana empezaron a hablarme y a consolarme, pero no había nada que me detuviera, recuerdo que duré como dos semanas en eso, todas las noches lloraba y lloraba. Hasta que mamá Angelita me regañó y me amenazó con pegarme si seguía en esas. Me calmé por el miedo al castigo, más no por el olvido. Ya en septiembre de ese año que entro a estudiar, el ánimo se mejora, las nuevas compañeras llenan un poco esa nostalgia del recuerdo de mis sobrinos y de todo lo que era mi pueblo.

Lo que si me costó mucha dificultad fue adaptarme al sistema alimenticio de la casa, no comía muchas de las cosas que preparaban, pues no estaba acostumbrada a ellas, pero poco a poco tocó acostumbrarme. En lo que sí no tuve muchos problemas fue en encontrar por la cuadra amigas y una de ellas era Concepción Prado, estudiaba su primer año de bachillerato, tenía dos años menos que yo, pero igual daba, era delgada, de color trigueña, de pelo crespo y largo, todos la llamábamos Conchita. Nos entendimos muy bien, cuando empezaba el grado tercero u octavo de bachillerato la cambiaron de colegio y la pasaron a la Normal donde yo ya hacía mi segundo año. Aunque por la cuadra había muchas niñas, siempre estábamos juntos y jugábamos con las otras y con los muchachos, era muy divertido vernos corretear por la calle, gritábamos mucho. Con Conchita siempre nos ayudábamos en la realización de las tareas, es que vivíamos frente a frente.

Ah… mis tareas, en casa mis primas y hermana me daban la mano también con éstas, como todos estudiaban no había problema, cualquiera tenía un libro. Cuando bachillerato, me ayudaban con lo teórico, porque con lo manual ninguno le gustaba ese cuento, a la larga era mejor ya que a mí me gustaba muchísimo y no me importaba quedarme sola hasta las dos o tres de la madrugada terminando algún trabajo.

Todos en la casa me trataban muy bien y se preocupaban por mí, mis primas cuando empezaron a trabajar me ayudaban mucho en lo económico, pues como estudiaba en la Normal debía comprar mucho material y eso me ayudaba mucho, mientras mamá me enviaba dinero para mis gastos. Ella siempre estaba pendiente de eso. Mis primas se convirtieron en cierta forma en mis hermanas y hoy lo siento más así. Como éramos muchos en casa, recuerdo que dormíamos dos o tres en una pieza o cuarto. La casa era grande por cierto, de dos pisos. En el segundo piso estaban tres habitaciones muy amplias, las dos las ocupábamos las mujeres y la otra los hombres, había un salón grande donde estudiábamos y un baño. En el primer piso estaba la cocina, la salacomedor, dos habitaciones más, la de mamá Angelita, donde dormía con William el menor y la otra para las visitas, un baño, el patio y el lavadero de ropas. También estaba el almacén de ropa, el cual siempre ha existido desde mucho antes de yo llegar.

Recuerdo que después de que uno llegaba de estudiar, debía ayudar a atender en el almacén, ahí realizábamos las tareas hasta que lo cerraban a las 12:00 m. o a las siete de la noche. Yo además ayudaba con los quehaceres de la casa, lavar platos, barrer, etc. Cuando pasé al grado décimo mamá Angelita me puso a planchar los fines de semana la ropa de mis primos y prima Nelly, la cual me daba dinero por eso, también ayudaba en la cocina. Hasta me gustaba mucho más que las otras cosas a las que ayudaba en casa. De ahí mi gran amor por la cocina. Es la parte que más quiero de una casa. Aprendí mucho con mi hermana Targelia en la cocina, preparaba ricos platos de cocina.

En esta misma época de estudio (décimo), llegó a vivir a la casa con nosotros otro primo Luis Guillermo, venía de Tumaco también a estudiar. Ya se habían casado Enriqueta, Walton, Elvira y Mario, los cuales ya no vivían con nosotros. Llegaba para ingresar a la universidad, se inscribió en la del Valle y en la Santiago para la licenciatura en bioquímica y quedó en la Santiago. Los padres y mi tía Esperanza, por el lado paterno y el papá le enviaban el dinero para sus gastos de alimentación y estudio. Se adaptó muy rápido al ambiente de la casa, dormía con mi primo Segundo. Estando con nosotros se le muere la mamá, esto lo afectó mucho, pero pudo continuar sus estudios y graduarse.

Ya cuando paso yo al grado once, llega otra familiar a la casa, una prima, Janeth, a la cual se le había muerto la mamá, que era otra tía, no recuerdo el nombre en estos momentos, también llegaba para estudiar. Ingresó a la Santiago a la licenciatura en matemáticas, que no la terminó. A ella, como a todas las mujeres que llegaban a la casa, le tocaba ayudar en los quehaceres. A ella le toca dormir conmigo, debido a que yo estaba sola en una pieza. Después de un año de estar ellos con nosotros se casó Nelly y se fue a vivir a otro lado.

Durante el tiempo que permaneció mi prima en la casa nuestra relación fue muy buena, siempre nos prestábamos las cosas, estábamos acostumbrados en la casa a eso. Cuando alguien necesitaba algo ahí estaba uno de nosotros para prestárselo, aunque en ocasiones discutíamos con mis primos, Segundo y William, que eran los que siempre botaban las cosas prestadas. A mi prima el papá le enviaba el dinero para su sostenimiento donde mamá Angelita.

Estando yo en tercer semestre de la licenciatura en ciencias sociales en la Universidad Santiago, llega a casa otra prima de Tumaco, Sandra, a la cual también se le había muerto la mamá, la tía Gloria. Por esta razón, mamá Angelita la mandó a traer. Cuando ella llega, mi hermana Targelia se muestra en desacuerdo de que la coloquen a dormir en la pieza con ella. A la final le tocó aceptar la situación. Por esa época Targelia y yo estábamos trabajando ya y asumiendo todos nuestros gastos, incluyendo nuestros estudios. Sandra llega a continuar su bachillerato, ingresa a noveno grado, todos los gastos de ella los asume mamá Angelita. Nosotras le dábamos dinero cuando nos pagaban para algunos gastos que tuviera. Cuando ella está terminando su bachillerato, llega a la casa otro primo a continuar sus estudios también de bachillerato, Enrique, ingresa a noveno, a éste los padres, mi tío Sergio y la mamá Amparo le enviaban el dinero para todos sus gastos, incluyendo sus estudios. Sandra apenas termina el bachillerato la envían de vacaciones a Buenaventura, donde otra tía y se queda allá, sin decir gracias, al menos a mamá Angelita. Jamás volvió, envió a una, a otra prima a recoger sus cosas. En la vida uno siempre da sin esperar recibir nada de los demás, pero un gesto de gratitud es lo menos que podemos dar. Bueno no todos pensamos igual. Durante su permanencia en casa las relaciones fueron muy buenas, todos la tratábamos como una hermana más.

Con esto quedábamos en casa Luis Guillermo, Segundo, Enrique y William de los hombres, Targelia, Janeth y yo. Poco después se va Janeth y quedamos mi hermana y yo de mujeres, a las cuales nos tocó asumir los quehaceres de la casa, porque como buena mujer tradicionalista, mamá Angelita no permitía que los muchachos hicieran nada. Por esto, las mujeres siempre le discutíamos a mamá Angelita.

Cuando yo entro a octavo semestre, mi hermana empieza a trabajar todo el día como docente y en las horas de la noche estudiaba, por tal motivo me toca asumir todos los quehaceres de la casa, incluyendo la cocina. Ya para esta fecha, hacia mucho rato lo realizaba, debido a que desde que me nombraron en el jardín infantil donde laboro, siempre me ha correspondido la jornada de la tarde.

La relación con todos mis primos era buena, hasta el momento que decidí irme a vivir sola de eso hace un año. Mi tía entonces se queda

solo con los hombres, por lo cual se ve en la obligación de contratar a una persona para que haga todos los quehaceres de la casa. Mis primos Luis Guillermo y Enrique se van de la casa, Enrique viaja donde sus padres en Tumaco y Luis se casa. De esto hace ya seis meses. Hace unos tres o cuatro meses se pasaron a vivir con mamá Angelita mi prima Elvira y su esposo.

Y así desfilamos por la casa de mamá Angelita más de un resto de familiares a los cuales les tendió la mano y logró que cada uno alcanzara una meta, cualquiera que fuera, con su carácter fuerte y decidido, logró formar hombres de bien que hoy le estamos infinitamente agradecidos, por lo menos en mi caso. Con todos sus pro y sus contra, mamá Angelita siempre supo aconsejarme sobre lo bueno y lo malo de la vida, siempre estuvo guiándome y haciéndome ver lo importante que era estudiar, sobre todo en una ciudad. Recuerdo que siempre me decía: "El negro debe demostrar que vale y eso solo se logra estudiando". Siempre lo he tenido presente. Estos y otros consejos ayudaron a formar mi personalidad, a fomentar mis principios y conseguir esa fe católica que tengo, aunque nunca nos acostumbró a asistir a la iglesia, siempre nos hablaba de Dios. Por eso el día que salí de la casa para vivir sola sentí una gran nostalgia y una tristeza inmensa, porque no solo se quedaban muchos recuerdos en aquella casa, sino que dejaba mi segunda madre, la historia se repetía. Ahora dejaba a la otra. Y aunque yo sabía que no era el adiós, sino un hasta pronto, sentía un vacío y una soledad que me acompañarían por varias semanas en mi nueva vida. Me iba sola de la casa y eso era más difícil.

Hoy, después de un año, en ocasiones me embarga la nostalgia y la soledad, pero sé que a todos los hijos nos llega el momento de partir por una u otra razón y creo que el mío había llegado ya. En fin, doy mil y mil gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de tener no solo a una tía, sino a una segunda madre, como es mamá Angelita, ya que por ella soy lo que soy, porque sin su ayuda jamás hubiese sido posible que yo cumpliera mis sueños y lograra mis metas. Si, mis sueños… llegar a ser maestra y lo logré gracias a mis estudios de normalista y de licenciatura, pero sobre todo gracias a mamá Angelita.

A mi segunda madre. Mis más eternos agradecimientos.

Mis estudios y mis trabajos como docente en la ciudad Santiago de Cali

La Escuela Isabel de Castilla

Creo que soy mala para recordar fechas exactas, o se me esfumó esa capacidad memorística que poseía. Lo que sí recuerdo muy bien son los acontecimientos o sucesos. Y del acontecimiento de mi primer día de clases del grado quinto de primaria, sí que lo recuerdo. Ese día del mes de septiembre de 1981, amanecí enferma de los ojos, me había dado la llamada mirada china, que por esa época estaba de moda. Los ojos los tenía rojos y me corrían las lágrimas. Mi uniforme, un vestido blanco de prenses de la cintura hacia abajo, mis zapatos negros y medias blancas, un cuaderno de cien hojas, lápiz, borrador y sacapuntas o tajalápiz. Eran las doce y media del día y todas mis primas y hermana estaban pendientes de mí, sobre todo Elvira la cual me había cosido el uniforme y me alentaba, porque yo estaba muy asustada.

Luego de verme vestida se dieron cuenta de que el vestido era demasiado transparente, por eso, la semana siguiente utilicé enaguas (falda interior), luego Elvira me cosió un fondo (especie de vestido interior).

Un tío que estaba en casa recuperándose de una operación me regaló dinero para el descanso. Ese día me acompañó a la escuela uno de mis primos, Segundo, ésta quedaba muy cerca de la casa, mi primo me explicó el camino de regreso. Llevaba un miedo inmenso, no conocía nada de la ciudad y mucho menos de la escuela, no tenía ninguna amiga ni conocida en ésta. Cuando llegué a la escuela me impresioné mucho, era muy grande comparada con mi escuela del pueblo, todas las alumnas estaban reunidas en el patio central, yo no sabía quién era mi profesora ni dónde estaba ubicado mi salón. Después de que llamaron listas y no me nombraron por ningún lado, me le acerqué a una de las profesoras y le pregunté con quién me correspondía, ella empezó a andar conmigo y otras cinco o seis niñas que estaban en mi misma situación por todos los salones. Después de estar con ella en este paseo un largo rato, lograron ubicarnos con varias profesoras. A mí me dejaron con la que sería mi profesora de quinto, Inés Ospina. Mi primera impresión fue qué profesora tan jodida, se veía muy seria.

Efectivamente tenía un carácter muy fuerte, era muy exigente en el trabajo con nosotras. Pero poco a poco fue mostrando su lado amable, detrás de esa personalidad dura existía una mujer con mucho sentido del humor y era accesible. En esta época funcionaba el sistema de tener una sola profesora para todas las áreas. Nos enseñaba muchas manualidades.

A medida que transcurrían las semanas iba haciendo amistades. En mi salón estudiaba una niña que vivía al lado de la casa, Adriana Cortés, con la cual nos hicimos muy amigas. Realizábamos las tareas juntas, ya como a los dos meses de estar estudiando formamos un grupo de cinco compañeras con las cuales realizábamos todos los trabajos, tanto teóricos como prácticos. Este grupo estaba conformado por Alexandra, Marisol, Sandra Patricia, Adriana y yo. Con esto se fueron mis temores y me sentía muy contenta con mi nuevo ambiente escolar.

Mi Escuela Isabel de Castilla era muy grande, de dos pisos y tres patios grandes. El principal, donde a su alrededor estaban construidos los salones y su segunda planta, donde también se ubicaban salones. En este patio se encontraba una plazoleta o tarima para los eventos. En el otro patio se encontraban las canchas de basquetbol y los kioscos donde comprábamos en las horas del descanso. El otro patio daba a la calle, estaba lleno de flores y era muy acogedor. La escuela siempre estaba muy limpia. Era una escuela femenina, manejada por monjas, pero las docentes no eran religiosas. Las monjas se encargaban de la asignatura de religión y música. Hoy en día su modalidad de femenina cambió, pues es mixta. Sigue funcionando en el mismo sector, en el barrio Cristóbal Colón de la ciudad de Cali.

Con relación a mis tareas no tuve mucho inconveniente con ellas, ya que todos en la casa me ayudaban. Lo que sí me daba temor eran los exámenes, aunque estudiaba para ellos, siempre tenía la sensación de que la profesora lo colocaría muy difícil. Pero a la final siempre me iba bien.

De esta etapa de mi vida me quedó una muy buena amiga, Sandra Patricia Díaz, que en la actualidad vive en los Estados Unidos, pero que siempre nos comunicamos por cartas y en dos ocasiones me ha telefoneado.

Terminado el quinto de primaria sin muchos problemas o dificultades, mamá Angelita decide ingresarme a la Normal Departamental para Varones, en esa época 1982, ya era mixta. Recuerdo que mamá Angelita me dijo: "Apenas salgas de ahí podrás empezar a trabajar como profesora, además la Normal es muy buena". La idea era fabulosa, lo que había soñado. Mamá Angelita siempre nos ayudó, incluyendo a sus hijas mayores, a terminar el bachillerato. De ahí en adelante cada uno debía defenderse en la vida, para ello había que empezar a trabajar para seguir estudiando si uno quería. Entonces ingreso a la Normal Departamental para Varones.

La Normal Departamental para Varones de Cali

!Ah… Mi Normal! Junio de 1982. Me correspondía presentar el examen de admisión. En esos momentos sentía el mismo temor que había experimentado en mi primer día de clases en el grado quinto de primaria. Cuando llegamos a la institución con mi hermana Targelia, que me acompañaba, ese temor se agudizó, había mucha gente. Luego de toda una mañana en el cuento de esperar a que se nos dijera en qué salón nos correspondía presentar dicho examen, de esperar que tanto directivas como profesores llegaran e informaran algo, por fin a las once y media de la mañana salimos de allí, yo con un cansancio y el hambre aún más duro por el bendito examen y mi hermana con el cansancio de la espera.

Luego de eso, la espera de las listas de los admitidos. Cuando ésta por fin salió, ¡que alegría! Había quedado, no sé si fue la ayuda de una profesora amiga de mamá Angelita o por méritos, pero ahí estaba mi nombre. Había quedado en la institución, se me iba a cumplir el sueño, ser maestra.

No recuerdo mi primer día de clases, solo recuerdo que me correspondió la jornada de la tarde. Todos los sextos o primeros y los séptimos o segundos de bachillerato estaban en dicha jornada. En septiembre de 1982 empezaba una nueva etapa en mi vida. Tuve un cambio de profesores, venía de un modelo en donde solo tenía una profesora para todas las áreas, en donde no la veía sino a ella toda la tarde en cada cambio de actividad. De pronto todo cambia, ahora tenía más de un resto de

profesores a mí alrededor y para mí eso era terrible. Pensaba: "Cómo voy a poder comprenderles, cómo voy a diferenciar los temas del uno y del otro", eran tantas dudas, tantas preguntas, que me aterraba el solo imaginármelas. Poco a poco se fueron desvaneciendo en la medida que me introducía en dicho modelo o sistema educativo.

Lo más importante de este primer año escolar fue el resurgimiento de mí revoleteo, ya no trepándome a los árboles, ni corriendo detrás de mis sobrinos, sino que surge en mí la pasión por el baloncesto, ya era correr detrás de un balón, no había quién me parara jugando este deporte, apenas sonaba el timbre para el descanso yo estaba lista en las canchas para el juego. En ocasiones llegaba más temprano o me iba mucho más tarde a la casa solo por estar jugando. Por eso en muchas ocasiones mamá Angelita me regañaba, yo seguía en lo mío, el baloncesto. Esto hizo que me convirtiera en amiga de los profesores de educación física, a los cuales molestaba para que me prestaran los balones, con esto también logré hacer amistad con los compañeros de los grados superiores, sobre todo los décimos y los onces. Que era todo una satisfacción y un orgullo.

Los profesores en su mayoría muy exigentes, lograban que hiciéramos las cosas bien. Olvidar a la profesora Idalid en este primer año es imposible. Sería olvidar los momentos de terror que vivimos con ella y su área de caligrafía y urbanidad, que como sentarse, que no haga esto, ni aquello y sobre todo, las planas o tareas asignadas debían quedar perfectas, como si nosotros o ella lo fuéramos. Estaba muy avanzada en edad, por lo que se mantenía muy enferma, pero esto no le quitaba lo cascarrabias que era. No había día de clases con ella que no enviara a algún compañero(a) a coordinación. ¡Qué cuchita o viejita! Pero pese a todo eso, siempre estábamos dispuestos a molestar y es que tenía unos compañeros de salón que, ave maría, tremendos.

Los otros profesores eran muy amables y se prestaban al diálogo. De este primer año puedo decir que fue mi apasionamiento por el área de geografía, no sé si fue la forma de llegar el profesor a mío la materia en sí que me gustó. Lo cierto es que terminado este año yo dije: "Quiero estudiar geografía". Mis compañeros, con los cuales siempre me relacioné muy bien, siempre me decían que no sabían lo que yo le veía a esta materia. Mi profesor José A. Valencia (JAVA), me decía que

era fascinante y me animaba a estudiarla. Seguí sus consejos, porque al que le gusta le sabe.

Y así transcurrieron muchos años en la Normal. Me tocó repetir el segundo año por la asignatura de inglés, que la odiaba y sobre todo a la profesora, qué señora para caerme mal. Claro era la cuchilla de la institución, por desgracia me la volvía a encontrar en décimo y nos dictaba español y literatura, no me fue mal porque ésta sí me gustaba y la estudiaba, pero igual seguía odiando a la profesora. Nancy Peña de Guzmán, cómo olvidar su nombre. En el grado séptimo o tercero mi profesor de español y literatura, Cesar Octavio Moreno (Cesitar, le llamábamos), me despierta el interés por la lectura y es así como empiezo a devorar libros, cualquiera que llegara a mis manos, leo mucho a Gabriel García Márquez y muchos otros.

Ya en el grado noveno o tercero llega lo bueno, la práctica docente. Los profesores de pedagogía en los años anteriores nos venían haciendo muchas precisiones sobre ésta y nos habían introducido en ella de forma tal que estábamos ansiosos por llegar a ésta. Y ese momento llegó. Con el corazón palpitándonos demasiado fuerte, nos presentamos con los compañeros asignados a una de las escuelas anexas a la Normal más temida para la práctica, la escuela Anexa a la Normal Departamental. En ella se encontraban las profesoras más exigentes que uno podía encontrar en las escuelas de práctica. A la final fue más el susto que otra cosa, porque nosotros íbamos con todas las pilas puestas a realizar el mejor trabajo posible y lo logramos. Después de coger el ritmo y la metodología de trabajo el asunto no fue muy complicado, además porque al menos a mí me gustaba el cuento y sabía que tenía madera para ello y así lo demostré.

Cuando la profesora consejera observó el trabajo que estaba realizando y como llegaba a los niños me felicitó. De ahí en adelante las cosas salieron muy bien, pues si lo había logrado en la escuela más difícil podía con las otras y efectivamente así lo hice. Siempre me esforzaba por dar lo mejor de mí en cada una de las clases, juguetona con los niños, eso me ayudaba mucho en todas las prácticas realizadas durante los tres años que me correspondieron de noveno a once.

Así recorrí cinco o seis escuelas anexas y un instituto donde los niños presentaban retardo, me correspondió en esa ocasión, en la sección de

retardo avanzado. Esta fue una experiencia buena y al mismo tiempo triste para mí, asistía cada ocho días y era terrible para mí ver a estos niños, la forma de comportarse, de comer. Yo llegaba tan desconcertada a mi casa que no podía almorzar ese día. Cuando terminé esta práctica, donde tocaba sobre todo colocarlos a pintar y procurar que controlaran un poco su motricidad, me sentí aliviada.

Durante mi estancia en la Normal me gustó mucho el trabajo que realizaba con nosotros el profesor de dibujo, taller y manualidades, el profesor James Sánchez, siento una alegría inmensa cuando me lo encuentro en algún lugar. A él le debo mi pasión por la realización de buenas carteleras, la pasión por lo manual. Y es que mi primo Luis Guillermo siempre me decía: "Estás en tu salsa", como dice el dicho. Cuando me veía emocionada realizando algún trabajo manual o alguna de esas carteleras de tres o cuatro pliegos de papel, en muchas ocasiones me tocó realizarles a todos ellos alguna, no era para menos, siempre me ingeniaba algo diferente y eso gustaba mucho. Aprendí a utilizar un tipo de letra hermoso.

Creo que mi Normal tenía una gama de excelentes maestros, su amor por su profesión lo transmitían de una forma tal, que uno como estudiante se enamoraba de ella, había que ver a Leonel Hinestroza inyectándonos esa pasión, era emocionante entrar a sus clases, porque siempre daba algo nuevo de él, porque siempre estaba defendiendo al estudiante y luchando para que tanto los profesores de la Normal y los maestros consejeros de las anexas motivaran al estudiante a seguir en ese cuento, en el cuento de la docencia.

Era hermoso verlo trabajar, hacía que uno viera esta profesión como algo hermoso y sencillo. Y conmigo lo logró, porque yo amo mi trabajo con niños(as). Ese amor que no solo él le ponía a su trabajo hizo que mi Normal nos diera unas buenas bases para enfrentarnos a la vida de la docencia. Pero cómo no hacerlo si teníamos a una coordinadora de mucho empuje y un rector con una bondad hermosa, un hombre que siempre estaba dispuesto a escuchar al estudiante y plantearle soluciones, esto hacía que la institución funcionara no excelente, pero sí muy bien. Esto ayudaba a que el estudiante valorara lo que en ella existía, una buena biblioteca en la cual yo permanecía mucho tiempo molestando a doña Miriam, la bibliotecaria, para que

me prestara los programas, libros, en fin todo lo que yo necesitaba. En ella se respiraba un ambiente de tranquilidad, que permitía concentrarse en la lectura y disfrutar de ella. Me convertí en una admiradora de todos los detalles que en ella colocaba Miriam, con la que llegué a tener una relación muy hermosa de amistad, solía llamarme: "Mi negra linda". Yo siempre le llevaba cualquier dulce o detalle, después que salí de la Normal y me nombraron en el jardín infantil donde trabajo, volví a ésta como docente anexa, lo cual fue para mí muy emocionante, debía asistir cada mes y me encontraba con la mayoría de mis profesores y por supuesto con Miriam la bibliotecaria, había que verla el gusto que le daba verme. Eso eso es maravilloso.

También teníamos un buen laboratorio de química y de física, un salón de audiovisuales y otro de música, donde nuestro profesor logró conformar una pequeña orquesta, yo no participé en ella. Había unos espacios amplios donde practicar los deportes, una buena enfermería y odontología, una amplia sala de profesores, unas buenas oficinas, unas buenas baterías sanitarias, un salón de implementos deportivos, unos salones muy amplios con una construcción de tres pisos, etc. Ahora sé que era muy poco lo que teníamos, pero sabíamos valorarlo y aprovecharlo al máximo.

Si, valorar esa Normal por todo lo que nos había dado, claro que para algunos no significó mucho, pero para otros como yo, demasiado, porque para mí era lograr un sueño: el sueño de ser maestra. Y antes de terminar mi Normal en el último grado, once, ese sueño se había hecho realidad, empecé a trabajar en un colegio privado de monjas, haciéndole un reemplazo a unas de mis primas en el área de ciencias, eso se da en 1989 por los meses de abril y mayo.

Mi primer trabajo como docente

Con todo el nerviosismo del caso acepté el ofrecimiento de mi prima, era trabajar el último período con los muchachos de primero y segundo de bachillerato, éstos se mostraron muy complacidos y muy juiciosos. Yo terminaba clases en la Normal en las horas de la mañana, iba a la casa, almorzaba, me cambiaba de ropa y salía al colegio en las horas de la tarde. Para esto debía abordar bus, los tres días que asistía a éste.

No recuerdo el nombre en estos momentos. Me acoplé rápidamente a los muchachos, logré terminar satisfactoriamente el año lectivo con ellos, claro no sin antes comentarles a mis compañeras de corrinches en la Normal esta experiencia, las cuales todos los días me preguntaban cómo me había ido, qué se sentía, en fin, todo un bombardeo de preguntas.

Con esta corta experiencia tomé confianza en la profesión. La relación con las monjas era buena, aunque no me gustaban mucho las instalaciones, ya que no tenía mucho espacio libre donde los muchachos lograran desplazarse a su antojo. Era una construcción de dos pisos con pocos salones. El sueldo era muy poco en aquella época, pero lo que importaba era la experiencia. Recuerdo que me pagaban ocho mil pesos ($ 8.000), de los cuales le daba tres mil ($ 3.000) a mamá Angelita y lo otro era para mis gastos de transporte y descansos. Mamá Angelita estaba contenta, porque tenía un sueldo. Vaya, qué sueldo. No fue mucha la diferencia en cuanto a sueldo ya cuando salí de la Normal y conseguí trabajo toda la mañana como docente.

Segundo y tercer trabajo como docente

Había terminado mis estudios en la escuela Normal el 8 de julio de 1989. No continué en el colegio de las monjas. Empezamos a buscar trabajo con una de mis compañeras —Nelly Rivas—. Si quería seguir estudiando, debía conseguir trabajo. Esa era la consigna en la casa de mamá Angelita para todos.

Bien, empezamos la búsqueda de trabajos, a través del periódico logramos ubicar uno en el barrio Marroquín (distrito de Aguablanca). Cuando llegamos, el dueño nos dijo que necesitaba dos profesoras, una para el grado segundo y otra para el tercero de primaria, nos comentó que él siempre tenía a los del grado primero. El trabajo era en las horas de la mañana. Nosotras aceptamos, pues estábamos cansadas de andar de un lado para otro. El colegio se llamaba Fernando III. El dueño del colegio nos dijo que para empezar nos pagaba un sueldo mensual de doce mis pesos ($ 12.000), decidimos quedarnos. Empezamos a adecuar los salones con carteles, muchos dibujos, etc. Nosotras empezamos una semana antes que los niños.

Para ambas era la primera vez que salíamos tan lejos de nuestras casas, ya que el colegio estaba ubicado a unos cincuenta minutos o una hora en bus. El lugar tenía unas referencias no muy alentadoras, lo que hacía que siempre estuviéramos a la expectativa. Sentíamos temor por algo que nos pudiera pasar. El dueño del colegio nos hablaba del sector y nos comentaba que a las personas conocidas, los pandilleros no les hacían nada. Esto no nos tranquilizó. El señor se mostró muy amable y satisfecho con nosotras, decía que éramos muy responsables y eso le gustaba.

El asunto fue que llegó el momento de empezar con los niños, ese primer día conocimos a otro profesor, el encargado de los grados cuarto y quinto los cuales estaban unificados, ya que no tenían los suficientes estudiantes para cada grado. Cuando conocimos a los alumnos no hubo mucha reacción a eso, los niños tranquilos en su mayoría, todos muy limpios y bien arreglados, la impresión que dieron fue buena. Ellos se sintieron complacidos al vernos. Toda la mañana nos integramos a través de juegos y rondas en las cuales participamos todos los docentes.

En la medida que pasaban los días empezó la lluvia y con ella el barro, esto debido a que el sector no estaba pavimentado, con lo cual la trayectoria de donde nos dejaba el bus hasta el colegio se ponía de difícil acceso para caminar. Este hecho nos parecía muy aburridor, pues llegábamos al colegio con barro hasta el copete. El colegio no contaba con personal de aseo, nosotras junto con los niños realizábamos esta labor, el polvo que se acumulaba era impresionante. Mi compañera Nelly no resistió y a los tres días de empezar con los niños se retiró. Yo soporté un mes. Cuando decidí salirme, el dueño del colegio se enojó mucho y me amenazó con denunciarme en la oficina del trabajo, yo le respondí que bien lo podía hacer y que estaba en todo su derecho, pero que recordara que yo estaba en periodo de prueba y además tenía dos meses para ello. Salí y me fui sin cobrar el mes de sueldo que jamás me pagó.

Después de un mes de retirada de allá, otra de las compañeras de la Normal, Leika Margrith, me llama por teléfono y me comenta que el papá compró un colegio en el barrio Ciudad Córdoba y que necesitaba una profesora para el grado primero, esto sucede a mediados del mes de diciembre de 1989. Yo acepto y empiezo a trabajar con ella en el

mes de enero del 90. Mi sueldo era en esa época ($18.000) mensuales. La relación con ella fue muy buena, los niños 26 en total, algunos muy inquietos, otros por el contrario no se hacían notar dentro del aula.

Lo incómodo del colegio es que era demasiado pequeño, ya que era una casa donde funcionaba. Los niños no tenían espacio donde realizar su descanso, solo contaba con dos salones, en la jornada de la mañana funcionaban dos grupos y en la tarde otros tres. El primero y segundo de primaria funcionaban en las horas de la mañana y los terceros, cuartos y quintos que estaban unificados. Los salones eran muy pequeños, no quedaba espacio para que los niños transitaran libremente. Tampoco había un espacio donde realizar la educación física, por tal motivo nosotros los docentes junto con los niños debíamos desplazarnos hasta un parque cercano al colegio para ello. El colegio se llamaba Camilo José Cela.

El ambiente era mucho mejor que el anterior, la relación con los padres era muy buena. Paralelamente cuando entro a trabajar en este colegio, empiezo a estudiar la licenciatura en ciencias sociales en la Universidad Santiago de Cali, en enero de 1990. Ingreso al primer semestre con el dinero de la venta de una de las vacas que me dejó mi abuelo Bernardo, en esa época el semestre me costó $ 68.000. Con lo que ganaba en el colegio, me ayudaba para el transporte, los materiales que necesitaba en la universidad y aportaba en la casa un poco para alimentación. Esto porque era inconcebible que uno trabajando no aportara nada en la casa de mamá Angelita.

El año lectivo se terminó en junio, sin ninguna novedad con los muchachos, para esta clausura se ensayó un canto, se les pidió un aporte a los padres de familia y se les hizo una pequeña reunión. Los niños quedaron muy contentos lo mismo que los padres. Por esa fecha yo termino semestre, en el cual me había ido muy bien. Mamá me envía el dinero para el segundo semestre.

Empiezo nuevamente año lectivo en septiembre del mismo año en el colegio, ya con el nivel de preescolar, donde se unen los niveles A, B y párvulos en un solo salón, en total resultaron 28 niños. Para ello había una auxiliar, la mamá de mi compañera. El trabajo se hace más difícil a pesar de tener ayudante o auxiliar, tocaba estar pendiente de

cambiar pañales, de mirar si estaban los otros realizando bien las actividades, etc. En fin, una tarea muy ardua, logro estar con este grupo tres semanas, en las cuales tuve una relación muy buena con los padres de familia.

Una de mis primas, Nelly, a la cual terminaban de trasladar de colegio, me comenta que en el nuevo trabajo hay una docente que necesita a alguien para que le administre un jardín infantil que ella tiene, me dice que si me le mido a esto, yo respondo que sí. Hablo con la profesora —Omaira Martínez— por el día viernes y quedamos en que sí me daba el trabajo. Inmediatamente llamo a mi compañera y le planteo la situación, ella me dice que no hay problema si me retiro, le comento que asistiré al colegio los tres días de la siguiente semana para acordar detalles y explicarle el trabajo a la mamá, la cual era la auxiliar, ella acepta.

El día sábado de esa misma semana Omaira me llama y me dice que es mejor que yo me quede en el jardín infantil donde ella trabaja —Jardín Infantil Nacional No. 1 de Cali— y que ella se va a administrar el de ella. Me comenta que estará conmigo en el jardín la siguiente semana para explicarme como es el trabajo y para que los niños se adapten de una vez a mí, ya que apenas comenzaban clases esa semana. Esos tres primeros días fueron terribles, de un corre, corre. Debía llevar la comida preparada, porque en la mañana asistía al colegio en Ciudad Córdoba y en la tarde al jardín. Para colmo de males, debía abordar dos buces del colegio al jardín y el segundo que abordaba me dejaba a unos diez minutos de este caminando y a medio día con ese sol resplandeciente sobre mí.

Mi prima a la cual habían cambiado de colegio, la trasladan como directora al jardín en donde yo empezaba. A eso de las doce y cuarenta de la tarde de un día lunes del mes de septiembre de 1990, con el sol sobre mi cabeza, voy caminando para ubicar la dirección que con anticipación me había dado mi prima Nelly y solo pienso en como será dicho jardín. Los comentarios que ella me hace son: “Este es muy grande, con amplias zonas verdes, los salones son muy acogedores”. Pero pienso: “¿Será tan grande como dice? Jamás he visto alguno por esta zona”. Encuentro la dirección, pero no logro ubicar la entrada, por suerte veo a mi prima por medio del enmallado, ella logra divisarme y me señala

el camino de entrada. Entro al jardín y mis expectativas se disuelven. En efecto era muy grande, con zonas verdes muy amplias, su estructura muy bonita, buena arborización y sus salones muy amplios.

Mis preguntas sobre las profesoras: ¿Cuáles serán sus reacciones?, ¿serán amigables?, ¿les caeré bien? En fin, toda una serie preocupaciones, las cuales se esfumaron cuando entro en contacto con ellas. A Omaira la traté esa semana de empalme y desde ahí no la he vuelto a ver. Todas las profesoras me recibieron bien, ellas llevaban un año de nombradas por el sistema de hora cátedra. Nelly la directora, me comentó: "Cualquier cosa le preguntas a la profesora Alina Castro, que es como la más accesible". Ella apenas las estaba conociendo. A la larga, me hice más amiga de la profesora María Magdalena, primero por estar nuestros salones continuos y en segundo lugar, porque ella también estudiaba en la Universidad Santiago de Cali (bioquímica), lo que nos permitió compartir más tiempo, ya que siempre nos íbamos a la universidad juntas a eso de las cinco y media y esto hizo que ese lazo de amistad se compactara más. Ella no termina la universidad, en el tercer semestre se retira.

De todo aquello que es mi trabajo en el jardín infantil haré referencia más adelante, por ahora entremos en lo que fue mi experiencia en la universidad con mi licenciatura en ciencias sociales.

La Universidad Santiago de Cali: licenciatura en ciencias sociales

Era para mí un orgullo inmenso poder seguir una carrera universitaria, otro sueño que se iba a ser realidad. Me inscribo en la UNIVALLE y en la USACA, en ambas para la licenciatura en ciencias sociales, quedo en la Santiago, no había que presentar exámenes, yo feliz.

En el momento que estoy realizando la matrícula académica me encuentro con la gran sorpresa, Sandra Patricia Díaz, mi compañera inseparable de quinto de primaria que no nos habíamos vuelto a ver entraría a la misma carrera universitaria conmigo, estaba también diligenciando la matrícula académica. ¡Qué emoción más grande! No lo podíamos creer. Siete años sin comunicarnos y eso que vivíamos

muy cerca. Volvía el dúo dinámico a reunirse. Ingresamos al primer semestre y seguimos en la misma tónica, estudiando juiciosas para los exámenes y exposiciones y realizando todos los trabajos asignados. A mediados del semestre ingresa a nuestro grupo Patricia Cuéllar y Pablo Cesar Ojeda, con ellos logramos conformar un grupo muy compacto y responsable.

Por desgracia para mí, Sandra viaja a Estados Unidos después de terminar el primer semestre, esto me entristeció mucho. Recuerdo que lloré mucho con la primera carta que me envió, en la cual me manda una fotografía. No la podía observar, porque se me inundaban los ojos. Claro, cómo no llorar si después de siete años la vuelvo a encontrar y en menos de un año se va nuevamente. Luego me acostumbré a la idea y junto a Patricia logré formar un grupo sólido. Empezamos a trabajar juntas cuando las actividades se debían realizar en parejas, resultó ser muy parecida su forma de ser a la mía, lo que nos daba una gran ventaja frente al pequeño grupo de cuatro que formamos luego con Pablo, Liliana, ella y yo. Era como si nuestros pensamientos estuvieran conectados, era impresionante la forma como nos entendíamos. En muchas ocasiones hablamos de ello y solo nos reíamos de la situación. Y entonces surge no solo ese lazo de compañerismo, sino también una amistad muy fuerte, que no importa donde estés, ahí está presente ese sentimiento, ese alguien, que de una u otra manera empieza a ser parte de ti. Eso nos sucede a ambas, donde estemos, sabemos que no nos olvidaremos.

Pero quién es Patricia Cuéllar, una muchacha demasiado sencilla, con un gran corazón, descomplicada, de un espíritu muy alegre, a la cual le dio la locura de casarse muy joven, a los 23 años y hoy esta arrepentida, pero a pesar de ello, siempre tiene una sonrisa para regalar, es hermosa su forma de ser. Yo la adoro. Si, la universidad me dio mucho, pero esto fue lo mejor, la amistad con Patty como la llamo.

¿Pero qué significaba la universidad para mí? Eran muchas cosas, relacionarme con mucha gente, el poder culminar una meta, conseguir lo que había anhelado: estudiar geografía. Aunque con ella también perdía otras, ese revoletear en la Normal, ese juguetear con el balón de basquetbol, porque ya no me quedaba tiempo para ello, estudiar en la noche y trabajar en la mañana. Se da esa relación con los compañeros,

cada uno con su historia, pero todos con una meta, terminar la carrera y en el camino se quedó más de uno, pero los más constantes seguimos y con ello una serie de sacrificios y luchas.

Y sin importarles esos sacrificios y luchas muchos profesores se dedicaban a creerse la panacea y entonces eran los temibles de la carrera, pero es que había que verlos, Galo Payares, Lennín Florez, Alcibiades Paredes, qué cuchillas, solo valía su palabra, lo demás era puro cuento. Claro que así como teníamos cuchillas, también contábamos con profesores(as) que daban gusto ingresar a sus clases, eran el polo opuesto, con un sentido humanitario, con una entrega hacia los estudiantes, eran una maravilla. William Carmona, Alba Rosa Polo, Efraim Aragón, Jaime Hurtado y Jorge Hernán Calderón con el que logré una amistad muy buena. Y así como adoraba a estos profesores, adoraba su materia, claro la mayoría eran del área de geografía.

Para nuestro trabajo final de grado escogimos el área de geografía y con ésta al profesor Hernán Calderón como asesor. Recuerdo que me decía cuando estábamos en este proceso: "Voy a tu casa a explicarles, pero con la condición de que me prepares un buen pescado de esos que sabes preparar tan deliciosos". Yo le respondía que sí, cómo no hacerlo. Era feliz comiendo pescado y cada vez que tengo la oportunidad lo invito a mi casa a comer. Se da gusto con éste. Claro que todo ese cuento de la universidad no hubiese sido posible sin un trabajo estable, porque a partir del tercer semestre yo empiezo a costearme mis estudios y todos mis gastos.

El trabajo en el Jardín Infantil Nacional no. 1., Cali

Por esas cosas de la vida logro quedarme en el Jardín Infantil Nacional No. 1 de la ciudad de Cali, con unas dudas inmensas, por ejemplo: ¿Será que me nombran?, ¿cuándo?, etc. En la medida que pasa el tiempo estas dudas no se resuelven. Yo llego al jardín en septiembre del 90 y me nombran por el sistema de hora cátedra hacia junio del 91, no antes sin haber pasado por la angustia de estar sin sueldo por casi ocho meses, en los cuales, tocó vender más de una vaca para pagar universidad y alimentación donde mamá Angelita. Pero bueno, lo importante y milagroso fue el nombramiento sin políticos, ni palancas. Las dudas

se despejaron y se logra consolidar otro sueño, el más grande a nivel profesional. Ser maestra.

Llego al jardín infantil a eso de las doce y cuarenta de la tarde ese lunes, estoy en la oficina de la directora y prima, de pronto aparece la profesora que voy a reemplazar, no la conocía. Entra a la oficina y la directora nos relaciona, no alcanzamos a hablar mucho, pues llegan los niños, el primer día ingresaron diez, el segundo los diez del día anterior y los diez del día en curso y al tercer día se reúne todo el grupo. Treinta y dos (32) en total. Me correspondía el nivel A niños(as) de cuatro (4) años. Esa semana no tuve inconvenientes y me sentía tranquila, porque estaba con la profesora Omaira, ya a la semana siguiente, cuando ya en asunto me tocó sola, es a otro precio, los nervios eran grandes, tenía niños(as) que lloraban mucho y eso me preocupaba. Logré sortear la situación bastante bien. Poco a poco fui aprendiendo de ellos y de mis compañeras que me explicaban en sistema de trabajo.

Me fui adaptando al sistema de planeación por unidad establecido por el MEN. En esta forma de trabajo debíamos escribir en el preparador de clases lo que se iba a realizar con los niños por días y establecer un horario para cada cosa. Por ejemplo: de 1:30 a 2:00 p.m. juego libre, (donde los niños jugaban con los juguetes que llevaban y se quedaban en el jardín), de 2:00 a 3:15 p.m. la unidad (se realizaban las actividades propuestas), etc. Con este sistema, los niños no tenían muchas oportunidades de participar en su proceso de enseñanza-aprendizaje. Estos eran receptores de los temas o contenidos planteados por nosotras las docentes.

Después de dos años de trabajar con este sistema, una de las compañeras de nuestra jornada de la tarde nos plantea cambiar este esquema y nos orienta para uno nuevo. Nos expone ideas del constructivismo y sobre los trabajos por proyectos, además solicitamos a la directora que se nos capacitara en estos temas, es así como se nos dan talleres con conferencistas. Después de realizar varios talleres y adquirir un poco de base en el tema, empezamos a realizar cambios en nuestro trabajo.

Con este nuevo sistema (que no era tan nuevo), los niños logran un mejor desarrollo de sus capacidades (imaginación, formas de pensar, etc.). Esto nos trajo como consecuencia grandes conflictos con las

docentes de la jornada de la mañana, docentes que llevan 16 a 20 años en la institución y se mostraron muy molestas con esto y muy renuentes al cambio. Hoy después de seis años de constantes contradicciones han logrado entrar en otra tónica de trabajo y esas contradicciones se han ido superando. Así, con la nueva forma de trabajo, los niños han logrado motivarse más por los temas que les son de interés de su cotidianidad.

Recuerdo que en el año 96 realizamos un proyecto sobre la importancia de las frutas en las loncheras, éste surge a raíz de la necesidad de concientizar a los padres de familia sobre la sana alimentación de sus hijos. Mis hijos(as), después de que les hice una larga motivación, decidieron titular el proyecto Las Frutas y de ellas escogieron la manzana para estudiarla y conocer sus propiedades. Era hermoso verlos exponer sobre el tema, realizar carteles y decidir qué nombre colocarles a éstas. Cómo discutían sobre quién le escribiría el título que ellos habían decidido colocarles, ya que las estaban realizando en grupos. No, y verlos ayudar en la picada de las frutas para realizar la ensalada de frutas, que fue la culminación del proyecto. Eso sí que daba emoción. Pero lo verdaderamente gratificante y valioso fue que durante todo el resto del año lectivo, decidieron llevar a menudo cualquier fruta en las loncheras. En mi concepto, este ha sido el mejor de los trabajos con ellos, aunque se han planeado otros buenos también. Pero es que cómo no serlo, si mis hijos(as), como siempre los he llamado cuando me refiero a ellos dentro y fuera de la institución, eran muy pilosos y con una energía envidiable, lo que hizo que nos comprendiéramos muy bien y trabajáramos de una forma excelente.

¿Por qué los llamo hijos? Porque para mí eso representan, unos hijos a los que hay que cuidar, regañar, ayudar, pero sobre todo amar. Llamarlos hijos para mí es acercarme más a lo que son.

Con este grupo del 96 logramos también montar el cuento de Rafael Pombo *El gato bandido*. Estuvieron fantásticos mis hijos ese día. Las madres nos ayudaron a confeccionar los disfraces. No, era todo un sueño estos disfraces, el gato, el perro, el gallo, la lechuza, todos estaban preciosos. Los padres de familia se rieron mucho en esa representación, fue todo un cuento, se les olvidaban los diálogos y ellos le acomodaban otros, pero creo que fueron mucho mejor los ensayos. En ocasiones parábamos un largo rato, porque alguno de ellos decía algo

muy gracioso y todos empezábamos a reírnos. No, y dando ideas sobre cómo realizar alguna acción de alguno de los personajes. Estaban realizando la obra Gerald, Pedro Sair, Cristhian, Juan David y Boris Jhosua. Hermosos, no tienen comparación.

Si hay algo en la vida que me gusta es trabajar con mis hijos(as), alumnos y alumnas. Siempre he pensado que tanto Dios como la vida me han premiado con esto. Trabajar con niños(as). Y es que con ellos es como regresar a lo que fui en mi infancia, esa etapa de la vida sin complicaciones y preocupaciones de nada. Es disfrutar de la vida con unas ganas inmensas, porque te gusta y te entregas sin recelos, solo con el sueño de ver en sus rostros una sonrisa, esa alegría que expresan cuando están jugando, pero sobre todo, cuando logran entre todos lanzarme al piso y luego caerme encima o cuando estamos jugando fútbol y logran darme una patada voladora como dicen ellos, con la cual me quejo e intento cogerlos, según ellos para el desquite. Todos los días doy gracias a Dios por haberme puesto en el lugar que estoy, mejor sitio no pudo encontrarme.

Con mis hijos(as) canto, molesto, les payaseo. Suelo hacerles muchos gestos cuando les relato un cuento o quiero que me presten atención sin necesidad de regañarlos o gritarlos.

Claro que en muchas ocasiones los regaño y me les enojo, sobre todo con aquellos muy inquietos, porque sí que tengo. Por alguna razón. Pero a la final, termino como toda madre, consolándolos o riéndome con ellos. Son niños y por eso los adoro. Y acostumbro a decírselos. Creo que por ese amor y ese sentido de responsabilidad para con ellos, siempre me cogía la tarde para ir a la universidad, tanto en la carrera de la licenciatura, como en la especialización. Todos los días era el mismo cuento. Ese corre, corre con ellos: que si llegaron por ellos, que con quién se van, que los va ha dejar el transporte, pensar que si los dejo solos algo les puede pasar. A pesar de solicitarles el favor a los padres de familia que llegaran temprano por ellos, siempre los recogían tarde como buenos colombianos y por ende yo, como buena colombiana, llegaba tarde a mis estudios.

Lo importante es que siempre me he relacionado muy bien con los padres de familia, lo que me ha permitido ser apreciada por ellos. Creo que en vez de verme como la profesora de sus hijos, me ven más como

una amiga. Sobre todo con las madres que siempre son las que están pendientes de sus hijos(as), ya que los padres nunca pueden asistir a una reunión por X o Y motivos. En ocasiones pasan los dos años que están los niños en el jardín y no conozco a más de uno.

Mi trabajo es demasiado gratificante, hay fechas en que debemos exigirnos mucho más de lo que lo hacemos todos los días, esas fechas donde hay que realizar trabajos manuales para que los niños se los lleven a sus padres y familiares. Es el caso del Día de la Madre, del Padre, las fiestas navideñas, etc.

El trabajo en la institución es muy agradable, la relación con mis compañeras de la jornada de la tarde es excelente, en esta jornada hay conmigo cinco profesoras, María Magdalena, María Elena, Patricia, Alina y yo. Siempre procuramos que el trabajo sea armonioso y productivo para los niños. Con las que hasta hace un año no teníamos buenas relaciones era con las profesoras de la jornada de la mañana. Éstas siempre se opusieron a nuestra llegada a la institución, siempre decían que ahí no se necesitaba otra jornada. Era aceptable su opinión y reacción, ya que han estado en el jardín por más de 18 y 20 años, docentes con más de 45 años. Nunca les discutimos sus razones, nos dedicamos a trabajar y a hacer lo que sabíamos y lo hacíamos bien. Y es que cuando nos proponemos algo no importa el tiempo, los sacrificios, las condiciones. Simplemente lo hacemos porque sabemos que esto va en beneficio tanto de nuestros niños(as) como de la institución. Esto ha permitido que las profesoras comprendan que las instituciones no tienen dueño, que si estamos en ellas solo es de paso. Por eso lo mejor es dar como persona lo mejor a éstas para que con ello se logre un buen funcionamiento. Aunque nosotras no hacemos las cosas para que a ellas les agraden, sino porque nos nace y nos gusta nuestro trabajo y lo amamos. Eso hace que personas que están a nuestro alrededor trabajando se contagien y se sientan comprometidas con éste. Es el caso de la directora Nelly Cortés, con la cual la relación ha sido muy buena. Aunque le ha tocado duro sortear todos los conflictos que como institución genera nuestro jardín infantil.

Nuestra institución cuenta con cuatro auxiliares de aseo, mujeres todas y tres vigilantes, con los cuales la relación se ha deteriorado un poco debido a comentarios, pero en lo posible tratamos de que esto

no rompa esa armonía entre las profesoras. Nuestro jardín está dotado de piscina con su respectiva planta de tratamientos, un amplio restaurante escolar, una linda casa de las muñecas muy bien dotada, un kiosco muy acogedor, una zona verde amplia donde están ubicados los juegos recreativos y un salón de títeres, eso y muchas otras cosas tiene nuestro jardín, pero sobre todo, tiene un personal docente comprometido con él.

Soy muy exigente en mi trabajo y severa en cuanto al cumplimiento de las normas establecidas, eso ha hecho que esté en constante choque con aquellos que tratan de eludir estas normas. Me he ganado la fama jodida, a la que hay que andarle suave, pero sobre todo la fama de creerme la directora de la institución. No me preocupa eso siempre y cuando se cumplan las normas y reglamentos. Pero es que el sentido de responsabilidad que tengo no es gratuito, es la constante entrega a las cosas que quiero y valoro. No todos somos iguales, ni pensamos igual y por ello hacemos parte de esta vida y la colmamos de contradicciones y soluciones. Pero en la medida que recorres caminos te encuentras muchas personas con ese sentido de responsabilidad y entonces logras una empatía con esta que lograr hacer cosas maravillosas y sales adelante. Eso me sucedió con mis compañeras de la especialización, logramos conformar un grupo muy bueno de estudio.

La universidad: estudios de especialización en enseñanza de las ciencias sociales

A finales de 1996 me inscribo en la Universidad Santiago de Cali para el programa de especialización en enseñanza de las ciencias sociales. Entro a estudiar a comienzos de febrero de 1997, las expectativas son muchas. Durante los últimos dos años venía yo con mi cuento de estudiar el posgrado, había llegado el momento. Era otro sueño, otra meta que quería alcanzar.

Mis expectativas se satisfacen cuando nos presentan los programas y logramos ver que estos apuntan a la realidad educativa de nuestras instituciones, pero mi gran satisfacción fue encontrarme con la sorpresa de tener nuevamente a muchos de nuestros profesores del pregrado en esta nueva etapa de mi vida estudiantil. Y lo más importante con un

avance en sus métodos y estilos. La relación con la mayoría de ellos fue muy buena, lo que hizo que este proceso se diera armoniosamente.

Y ni qué hablar de la relación con mis compañeros, aunque era la más joven del curso, esto no impidió que dicha relación fuera excelente. Lo que nunca logramos hacer fue integrarnos en salidas, en reuniones, porque todos tenían compromisos adquiridos, esto no permitió un acercamiento más provechoso. Nuestro horario de clases era de 6:00 a 9:00 p.m. todos los viernes y los sábados de 8:00 a.m. a 6:00 p.m. Era una jornada agotadora, pero que al final de ésta, nos quedó una satisfacción inmensa por haber culminado una meta, haber logrado un sueño. No importando los sacrificios y las penurias pasadas, porque a más de uno nos tocó sacrificar muchas cosas para lograr lo que queríamos. A mí me tocó dejar mis adorables danzas y bailoteo, privarme de muchas cosas durante esos dos semestres que duró este estudio para cumplir con lo adquirido. Pero es una alegría tan grande lograr lo que anhelas y es que el día que sustentamos nuestro trabajo de grado titulado: *Nivel de autoestima en los grados segundo y tercero de primaria de la Escuela Antonia Santos-Dagua*, que era un municipio del Valle ubicado a cuarenta y cinco minutos o una hora de la ciudad de Cali, junto con mis compañeras Soraya Campo y María Luisa Zamudio, no lo podíamos creer, después de tantas horas, días, semanas de trabajo, después de tantos corre, corre, después de tantas reuniones con nuestra asesora Sara Marmolejo, que por cierto es todo un amor, después de viajar en muchas ocasiones al municipio de Dagua, estábamos sorprendidas de lo que habíamos producido, un escrito de casi 200 páginas. ¡No! Si hasta cartilla de talleres para trabajar el autoestima sacamos. Eso fue fantástico.

Así cómo no querer seguir en este cuento de la educación, si sabes que tarde o temprano, aquello que día a día vas adquiriendo lo vas aplicando a tu quehacer pedagógico, eso es lo que hago cada vez que realizo un estudio, asisto a una charla, un taller o un seminario sobre educación. Aplico de acuerdo a nuestro nivel con los niños(as) lo adquirido no solo a nivel teórico, sino práctico. Aunque también asisto a talleres que tengan que ver con lo artístico de la educación. Es el caso del curso que por el momento estoy haciendo y que ya va a cumplir un año, es el de formación de maestros en artes, en el cual se dan

o plantean herramientas que el docente puede manejar para llegar a sus niños(as) de una manera sencilla y muy práctica. Además, creo que esa nueva educación que todos queremos como docentes debe estar enmarcada de lo más allá del aula y lo rutinario, en donde el niño pueda mostrar otras facetas de lo que él o ella es y le gusta. Y dentro de esas posibilidades, he logrado que mis hijos(as) logren desarrollar a través de lo artístico sus capacidades y se integren a una sociedad que cada día les exige más.

Otras experiencias

Grupo de danzas

Y en el cartel decía el grupo de danzas de la Universidad Santiago de Cali con su directora Orfanery Hoyos te invitan a que te integres y seas parte de él. Ensayos sábados de 2:00 a 6:00 p.m. Nunca había bailado danzas folclóricas y de repente ahí estaba el cartel y la mirada lo fue penetrando. De pronto se escuchó una voz que dijo: "Por qué no ingresamos al grupo". Era uno de los compañeros que en ese momento estaba a su lado. Ella respondió que sí. Y a partir de ese instante solo pensaba en danzar, pensaba en que sí podía lograrlo, lograría ser parte de eso, de ese grupo.

Los días pasaron y llegó el día esperado, al entrar al salón donde se encontraba aquel grupo de danzantes, empezaron a pasar por su mente muchos interrogantes. ¿Llegaría a ser buena bailarina?, ¿tenía madera para ello? Estaba ahí y debía probar si aquello que deseaba se cumpliría. Reunidos todos los nuevos participantes, muy separados del grupo representativo, se hace un silencio y surge una voz invitando a aquellas personas a escuchar; era la directora del grupo quien empezaba a dar confianza a los nuevos participantes. Una mujer alta, de color de piel blanca, de pelo negro muy indio. Los nuevos participantes son observados por el grupo representativo, quienes les brindan una sonrisa de bienvenida.

Pero en esa intervención de la directora y su presentación le surge una pregunta: "¿Sabe de folklor?", y junto con los demás se hace el cuestionamiento. Ella pensaba encontrarse con una persona de piel negra. Bueno, ya estaba ahí y quería seguir. Después de varios ensayos

logra congeniar con la mayoría de los integrantes del grupo, muy amables y solidarios, ayudaban a que los nuevos se sintieran bien. La directora junto con su esposo Hernán Quezada, logran que los integrantes nuevos se introduzcan rápidamente a los bailes montados o practicados. De esta relación surge una muy buena amistad, aparece un compañero de la carrera (ciencias sociales) Emilio, quien logra compactar muy bien con la nueva integrante. Él está en los semestres avanzados. La relación dura más de tres o cuatro años, hasta que él termina carrera y viaja a Francia. Durante su estancia dentro del grupo y la relación de amistad con la nueva integrante, siempre estuvo pendiente de ella, la cuidaba como a una hermana. Esa integrante a la cual hago referencia soy yo. Cuando Emilio decide viajar, para mí la noticia fue como un baldado de agua fría, me había acostumbrado tanto a él, siempre salíamos a bailar, a pasear, etc., decía: "Cualquiera que nos ve dirá que somos esposos". Y es que hasta íbamos a hacer las compras del mercado para su casa. Ya en mi casa todos lo conocían y lo trataban muy bien, logró congeniar muy bien con mamá Angelita, es que tiene una forma de ser maravillosa. Pero bueno, cada cosa tiene su tiempo.

Lo cierto es que este grupo me ha dado muchos momentos hermosos. ¡Ah! Porque logré quedarme en él y mantenerme. Con ellos llevo ocho años, de inmensa satisfacción, de viajes, recocha, pero también de mucha responsabilidad, con ellos gozo en cantidad. Hoy egresada en dos ocasiones de la universidad sigo en este cuento. Adoro la actividad de las danzas y he logrado contagiar de esa experiencia artística a mis hijos, que cada vez que les coloco una canción folclórica se empiezan a mover al ritmo de la música. De este grupo logro obtener el mejor amigo hombre que tengo en estos momentos. Edgar Lucumí, ¡lo adoro!

Mis amigos

En la vida, creo que el mejor tesoro que uno puede tener es una buena amistad. Si logras obtenerla, debes procurar mantenerla y alimentarla cada día. Tengo muchas amistades, pero pocos amigos. Entre ellos Edgar Lucumí, es todo un personaje. Lo conozco hace ocho años. Tiene un carisma que todo aquel que lo conoce lo admira y lo aprecia. Su

forma de ser es única, alegre, descomplicado, con una personalidad envidiable. Muy trabajador, pero sobre todo rumbero a morir. Y baila muy bien. Fue bailarín del ballet folclórico de Sonia Osorio. De él he aprendido a valorar más el arte y todo lo que el implica. Entrega, dedicación y amor. Creo que mi descomplicada forma de ser en parte se la debo a él. Es la persona que siempre está dispuesta a escucharte y mostrarte la cara realista de la vida. Una persona que te llena de sueños, de ilusión por lo sencillo, pero al mismo tiempo de lo hermoso que es el mundo. Con un sentido espiritual admirable, cuando te habla, es como si escucharas un canto el cual te invita a una tranquilidad inigualable.

Muy detallista y sincero, no hay cumpleaños que no nos reunamos a celebrar, creo que el grupo que logramos consolidar desde hace seis años para las pachangas y reuniones es espectacular. Pero no solo nos reunimos para las rumbas, sino también en los momentos difíciles de cada uno de los integrantes. Cuando uno se enferma, los otros están muy pendientes. Recuerdo por ejemplo, que uno de los integrantes del grupito tuvo un accidente en una moto, todos estuvimos pendientes y nos repartimos los turnos en el hospital para cuidarlo todos los días y las noches, porque no lo podíamos dejar solo. Después de que salió, andábamos con él de aquí para allá donde el médico, en los exámenes, etc. Para mí es muy hermoso y confortante saber que cuento con ellos, pero sobre todo con Edgar. El grupo está conformado por Shirley, Edilson, Cesar, Wilman, William, Edgar y yo. Es bello compartir mi vida con ellos.

Pero así como tengo a Edgar como un buen amigo, tengo a tres amigas más, con la que comparto mi vida. De una de ellas me referí antes, Patricia Cuéllar. Las otras son Jacqueline Ramos y María Magdalena Soto, la primera mi comadre, la segunda mi compañera de trabajo ambas confidentes.

¿Qué representa para mí tener amigas como ellas? Con relación a Jacqueline, puedo decir que es un regalo hermoso que Dios y la vida me ha dado. Es esa amiga que se convierte en tu hermana, que está pendiente de ti en todo momento. Hace dos años que somos comadres y ocho años y pico de amigas. Mi ahijada es preciosa, de pronto no por su físico, sino por su forma de ser. Con mi comadre nos conocimos en

la universidad, ella estaba en primer semestre y yo en segundo de la licenciatura cuando nos conocimos y desde eso estamos juntas en este camino de la vida.

Es una persona maravillosa, se entrega a la gente de tal forma que en ocasiones se olvida de ella, siempre piensa primero en los demás que en ella. En muchas oportunidades le he comentado que esto en ocasiones no es bueno. Es de color blanca, ojos claros que le cambian de tonalidad según su estado de ánimo. Le fascinan los negros, lo que ha hecho que la mayoría de sus amigos sean de este color. Claro y eso debía concretarse con algo y es que su esposo Wilson Moya es negro, de una personalidad hermosa, mi compadre; hemos logrado congeniar de maravilla. Sus dos hijas de color de piel trigueña, a las cuales quiero y adoro mucho. La mona, como la llamamos sus amigos, me da la mano en los momentos difíciles tanto espirituales como materiales, siempre está dispuesta a ayudarme y por supuesto hago lo mismo cuando ella lo necesita. Creo que toda la vida le seguiré dando las gracias a Dios y la vida por tan maravilloso regalo.

De mi compañera María Magdalena Soto, puedo decir que ha sido el soporte en la institución donde laboramos, me guió en ésta justo cuando más lo necesitaba. En estos momentos vivo con ella, ya que desde hace un año alquilo una pieza o cuarto en la casa de sus padres desde que decidí vivir sola. Ellos no viven con nosotras, debido a que están cuidando y trabajando en las fincas que tienen en el municipio de Toro (Valle). Conozco a Magda, como la llamo, desde hace ocho años cuando llegué a trabajar en el Jardín Infantil Nacional No. 1 de la ciudad de Cali. Congeniamos mucho por su forma de ser, muy amigable y amable. Cuando nos conocimos estudiaba en la Universidad Santiago la licenciatura de biología y química en las horas de la noche, lo que nos permitió andar juntas, ya que salíamos de trabajar a estudiar. No solo se convirtió en mi compañera sino en mi confidente y viceversa. Es una persona extrovertida, pero al mismo tiempo muy impulsiva y explosiva. Cuando explota, explota pero la adoro así, después de tantos años ya he aprendido a entender un poco su genio y ella el mío. Tiene un hijo de cuatro años que le suele sacar el mal genio, el niño se llama Gabriel Gustavo Soto, el padre no ha respondido mucho por él, no vive con ellos. Gracias a Dios.

Estas son mis amigas. Lo único que no he conseguido lograr con ellas es practicar deporte y eso que a varias de ellas les hace falta, pero no les gusta por nada del mundo.

Los deportes

Al que le gusta le sabe, como dice el refrán. Y es que siempre me he caracterizado por practicar cualquier deporte: trotar, jugar basquetbol, realizar caminatas largas, natación, jugar fútbol y por supuesto, asistir al gimnasio. Siempre he pensado que la mejor forma de cuidarte física y mentalmente es tener tu tiempo ocupado y qué mejor que en el deporte. Me apasiona el fútbol, lástima que ya no lo puedo practicar, porque en la Normal donde estudié mi bachillerato lo hacia con mis compañeros, aunque lo hago con mis hijos(as). Soy hincha del equipo América de Cali y como tal asisto al estadio cada que tengo oportunidad, grito, sufro y gozo con los partidos. Pero también soy boba viendo las competencias de atletismo. Con el que fue mi novio, lo practicábamos mucho, ahora lo hago pero no con la misma intensidad que lo hacía anteriormente.

Creo que alcancé una de las metas en cuanto al deporte aficionado en el año 1997, cuando por el mes de julio, una amiga, la hermana de Magda, Ana María, la cual vivía con nosotras hasta hace unos seis meses y su novio John Jairo Reyes me invitaron a subir el pico más alto de los Farallones de Cali, Pico Pance ubicado a una altura de 4.200 metros s.n.m. Fue toda una aventura, dos días caminando, subiendo montaña. Cuando llegamos a la cima con los morrales a la espalda, cansados de la travesía, pero satisfechos de haberlo logrado. Ellos me abrazaron y me felicitaron. Ana María me dijo: “Te portaste muy bien, no todos lo han logrado. El año pasado vinimos con uno compañeros de la Universidad del Valle y no lo logró. A mitad de camino se regresó. Por tal motivo, eres una dura, nada de quejas, de cansancio. Felicitaciones”.

Yo les di las gracias. Pero lo mejor era que yo estaba más orgullosa, lo había logrado. Y es que cuando ellos me propusieron la idea de un día para otro, pensé que no lo lograría, porque hacía dos meses me había retirado del gimnasio, estaba oxidada según yo, pero total así acepté. Ahora que estaba arriba no lo podía creer, con un frío inmenso

pero eso no importaba. Le di gracias y gracias a Dios por eso tan maravilloso que tenía frente a mí, unas montañas y un paisaje hermoso. Allá estuvimos una semana, aguantando frío, como aburridos, pero nada era comparado a la felicidad de tener esa tranquilidad y ese silencio que producía el estar tan alejados del bullicioso y el corre, corre de la ciudad.

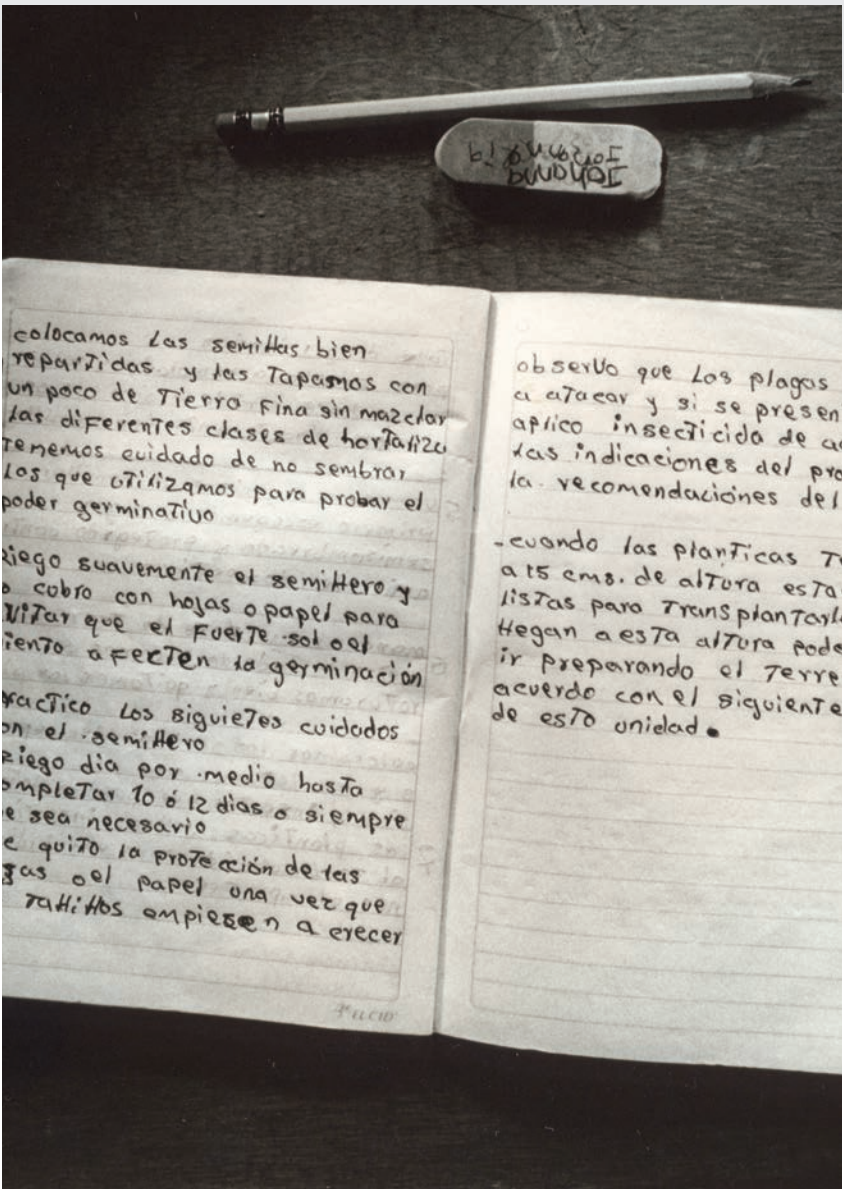
De ahí en adelante siempre que ellos dos tienen una salida a caminar o a algún paseo me invitan, porque dicen que yo no me arrugo para nada. Lo que pasa es que he aprendido a disfrutar de la vida y tomo de ella todas las oportunidades que me brinda. Y con ellos y mi aventura en las montañas termino por ahora mi relato de lo que ha sido mi corta existencia por esta vida. Sé que aquí no termina dicho relato…

Reflexión

Hoy que culmino estas letras siento una emoción muy grande, porque con ellas logré reencontrarme, volver a sentir y eso ha sido maravilloso. Y de antemano doy las gracias a todo ese equipo que hizo posible que este proyecto se concretara, que nos dio las herramientas y la oportunidad de reflexionar sobre lo que somos y hacemos en nuestro quehacer pedagógico.

El ser maestra jardinera me ha dado la posibilidad de conocerme más, de saber lo que soy y lo que tengo, de pensar en el futuro que deseo para la sociedad que quiero y de la que hago parte. Por esto creo que a través de mis hijos(as) (alumnos) es la mejor forma de aportar algo en la construcción de ese sueño. El sueño de una convivencia social y pacífica, la que todos deseamos. Y en la medida que logremos esto como maestros(as), como institución, estaremos dando una luz de esperanza a nuestra educación. En la medida que reconozcamos lo que somos y lo que tenemos como MAESTROS, podemos dar y construir un mejor mañana.

Contenido de la serie



Contenido de la serie

Tomo I.

Agradecimientos

Presentación: mirar con los ojos del maestro

Conceptos y métodos

i. Diversidad y modernidad

La diversidad y la vida

Referencias

ii. Las dinámicas de la inclusión precaria

La tensión básica

La soledad del maestro

Referencias

iii. Recomendaciones de política. Los maestros del siglo XXI

Los componentes de una política integral para los docentes

Lineamientos de políticas de formación docente

Políticas diferenciadas y resultados homogéneos

Referencias

iv. El método biográfico

El método biográfico: su origen y su apuesta investigativa

Referencias

v. Anexos

Ejes temáticos para la construcción de biografías

Ficha técnica

Maestros de Bogotá

i. **Maestros de la generación adulta**

Mi vida es un sueño, *Leonor Cruz*

Historia de una vida buscando la cima, *Ana Dominga Pinzón de Vela*

Mis recuerdos, *María Teresa Almeida Agudo*

Fundadora de escuelas, *Ana Fulvia Rodríguez Díaz*

Mi vida un tranvía, *Cecilia Guayacán*

Maestra de maestros, *Ana Helena Florian Amaya*

Maestro y médico escolar, *Freddy Cárdenas Aguirre*

ii. **Maestros de la generación intermedia**

Mi experiencia histórica, *Argemiro Pinzón Arias*

Vida en algunos apartes, *Isabel Cristina Campiño Araujo*

Mi razón de ser, *Oneyda Rojas*

Historia plena, *Juliana Sánchez López*

iii. **Maestros de la generación joven**

Entre la docencia y la ingeniería, *Gloria Esperanza Páez Castillo*

La infancia de Lili, *Jenny Pabón*

¿Yo docente? Mis génesis, *Nancy Stella Bohada Pacheco*

La búsqueda de una pedagogía del amor, *Victor Fabián Molina Murillo*

Afecto y pedagogía, *Fernando Parra*

Tomo II. Maestros del Caribe

i. **Maestros de la generación adulta**

Reminiscencias y sueños de una maestra rural, *Ana Calixta Blanco Díaz*

Historia de vida, *Aurora Mendoza*

El camino feliz en la realización de un sueño, *Elisa Prens*

Rosalina "una maestra desde niña", *Rosalina*

Esther Marrugo: "la andariega", *Esther Marrugo*

El sueño de mi vida, *Martina Olmos de Gutiérrez*

Ser maestra no es fácil, *Edith Pereira*

Sufrimientos, alegrías y esperanzas de un maestro, *Francisco Olivo*

Un cachaco entre costeños, *José Joaquín Hernández*

Historia de vida, *Zoila Narváez*

Del sueño a la realidad, *Wilfrido Bello*

ii. Maestros de la generación intermedia

Los sacrificios de una dulce vida, *Evelys Vargas*

Entre la timidez y la irreverencia, *Orlando Berrio*

Tejiendo la historia de Juan Tejedor, *Juan Tejedor*

Entre la docencia y la fabulación de historias, *Edgar Balanta*

Entre la educación y la psicología, *Amparo Valencia*

Lo importante es la responsabilidad, *Miriam Guerra*

iii. Maestros de la generación joven

Un poco de recuerdos de la historia de mi vida, *Adalfredo Anaya Pérez*

Fabricio el travieso, *Fabricio Valdelamar*

Con Dios todo se puede, *Rubiela*

Tomo III. Maestros del Pacífico

i. Maestros de la generación adulta

Educarse a sí mismo requiere sacrificio, *María Elvira Mina*

Aconteceres en la vida de una maestra de escuela, *Teresa de Jesús Cabeza Valois*

Vida, historia y realidad de un maestro, *Juan María Congo*

Sé que no soy lo que a los demás les gustaría que yo fuera, *Nidia Rojas*

Añoranzas, *María Elfa Carabalí de Peña*

ii. Maestros de la generación intermedia

El trabajo ideal, *Martha Cecília García Rayo*

Caminando con Dios, *Elizabeth Calero Cardozo*

Tras las huellas de mi vida, *Aleida Meneses Muñoz*

La construcción de mi destino, *Adriana Castañeda Arango*

Mi vocación como maestra, *Sonia Viveros*

Mi vida de maestra: una entrega, *Olga Lucía Angulo*

Vida de un etnoeducador comprometido, *Jesús Siccard Yurgaky*

Autobiografía, *Carmen Elodia Cuero*

Sueños y verdades, *Carmen Agudelo*

iii. Maestros de la generación joven

Sueños y realidades de una maestra afrocolombiana, *Francy Amú Molina*

La vida me permitió cimentar un sueño, *Teófila Ortiz Mosquera*

Tomo IV. Maestros indígenas

i. Maestros embera-chamí

Mi pensamiento es la educación, *Alcides Onogamá*

Mi lucha por la organización de las comunidades indígenas, *Darío de Jesús Cortés Carupia*

Vida y pensar de un maestro embera—chamí, *Amilcar Yagary*

La formación de un líder, *Flaminio Onogamá*

ii. Maestros paeces

Mi nacimiento como indígena y como maestro, *Mesías Mestizo*

Entre las dos culturas, *Raúl Salcedo Castro*

Nuestro sueño, *José Leonardo Campo*

Mi silencio, espacio para todos, *Adelmo Guetio*

Los frutos de la guerra, *José Benigno Parra*

iii. Maestros wounaan

Experiencia de vida de un maestro indígena wounaan, *Enrique Ortiz*

Un maestro wounaan en busca de la recuperación de su cultura, *Nire Chocho*

Mi amanecer, *Nilvio Málaga*

iv. Maestros yanacona

Un maestro yanacona en la búsqueda de su formación y sus orígenes, *Jimmy Albert Sevilla Chicangana*

Yo, caminante yanacona, *Ary Campo Chicangana*

v. Maestros blancos que trabajan con indígenas

Constructora de sueños y realidades, *Adriana Abadía*

Mi trasegar como maestro, *Nilo Hoyos*

El sentir de ser maestra, *Myrian Ruiz*

Enseñanzas y aprendizajes en la vida de una maestra, *Domitila Perdomo*

vi. Maestros reconocidos como indígenas

Mi integración con los indígenas, *Edward Angrino*

Mi reconocimiento como indígena y como maestra páez, *Martha Elena Trochez Montoya*

Un maestro por vocación, *Roosevelt Carvajal*